HISTORIA DE IBEROAMERICA

Tomo I

PREHISTORIA E HISTORIA ANTIGUA

Coordinador: Manuel Lucena Salmoral
Jordi Gussinyer • Emma Sánchez Montañés
Andrés Ciudad Ruiz • José Alcina Franch
Josefina Palop • José Luis Rojas

CATEDRA

recoge este primer volumen de la Historia de Iberoamérica varias decenas de miles de años con una peculiar Historia económica, social, política y cultural: la del medio de América o amerindio antes de la llegada de los europeos y africanos. Se inicia y termina con dos descubrimientos efectuados por pueblos euroasiáticos. El de los asiáticos marca su término *a quo* o punto de partida y del de los europeos el *ad quem* o punto de llegada. El primero está envuelto en las brumas de las hipótesis; el segundo perfectamente documentado hasta el día y hora: dos de la madrugada del día 12 de octubre de 1462. De uno a otro median veinticinco mil años como mínimo y cincuenta mil posiblemente. Es el más largo de la historia del hombre en el Nuevo Mundo. Se estudia en dicho volumen lo que otros manuales llaman «Prehistoria y Protohistoria», «América Indígena», «América Prehispánica» o «América Precolombina» usualmente —porque aún hay calificativos— y lo hemos llamado *Prehistoria e Historia Antigua de Iberoamérica* con objeto de enfatizar que, aparte de la Prehistoria, existe un verdadero periodo de Historia indígena anterior a la colonización peninsular y muy importante, además, ya que durante el mismo se desarrollaron las altas culturas de la América primigenia que tanto interés despiertan entre los universitarios. El término no es original, pues varios tratadistas lo utilizaron ya en el siglo XIX y referido precisamente a este periodo, pero no es usual en los manuales. Se justifica plenamente al historiar el área iberoamericana, pues fue en ella concretamente donde florecieron tales culturas. Quizá pueda resultar absurdo hablar de Edad Antigua en una Historia de Angloamérica, pero no en la de Iberoamérica.

Historia de Iberoamérica

Tomo I

Prehistoria e historia antigua

HISTORIA DE IBEROAMÉRICA

TOMO I

PREHISTORIA E HISTORIA ANTIGUA

Manuel Lucena Salmoral
Jordi Gussinyer
Emma Sánchez Montañés
Andrés Ciudad Ruiz
José Alcina Franch
Josefina Palop
José Luis Rojas

SOCIEDAD ESTATAL PARA LA EJECUCION
DE PROGRAMAS DEL QUINTO CENTENARIO

CATEDRA

HISTORIA. SERIE MAYOR

Ilustración de cubierta:
Fragmento de la página L del códice Trocortesiano,
mostrando al dios Ek Chuah.

© Manuel Lucena Salmoral, Jordi Gussinyer,
Emma Sánchez Montañés, Andrés Ciudad Ruiz, José Alcina Franch,
Josefina Palop, José Luis Rojas.
© Sociedad Estatal para la ejecución de programas del Quinto Centenario.
© Ediciones Cátedra, S. A., 1987
Don Ramón de la Cruz, 67. 28001 Madrid
Depósito legal: M. 13.422-1987
ISBN: 84-376-0666-7
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S. A. - Fuenlabrada (Madrid)

Índice

Presentación. *Manuel Lucena Salmoral* 13
Introducción 15

PRIMERA PARTE
EL POBLAMIENTO AMERICANO

Los orígenes. *Manuel Lucena Salmoral* 19
1. Las lucubraciones más imaginativas 19
1.1. Colón descubre que no todos los indios son iguales 19
1.2. Rebuscando el ancestro semita 20
1.3. Pirámides y momias que recuerdan Egipto 21
1.4. Otros orígenes fantásticos 22
1.5. La solución inversa: el Homo Pampaeus 23
2. Hipótesis de poblamiento 24
2.1. El homotipo amerindio 24
2.2. Hablan las cabezas de la isla de la Pascua 25
2.3. Rivet o los caminos del mar 25
2.4. Las doce tipologías indias de Imbelloni 30
2.5. Mongoles, amurianos y murrayanos en América 31
2.6. La Kon Tikí rompe el aislamiento del Pacífico 31
2.7. Teorías viejas en barcos nuevos: Las Ra I y II 32
2.8. Valdivia y los pescadores japoneses 33
2.9. Contactos entre las altas culturas asiáticas y americanas 34
2.10. Los vikingos en América 35
3. Los invasores de la América Glaciar 36
3.1. Las primeras huellas del amerindio 36
3.2. América a finales del Pleistoceno 37
3.3. Bering, estrecho y puente asiaticoamericano 38
3.4. El paso de los pobladores 40
Orientación bibliográfica 42

SEGUNDA PARTE
PREHISTORIA DE IBEROAMÉRICA
Las primeras culturas

I. Los orígenes culturales. *Jordi Gussinyer* 45
1. La cultura de nódulos y lascas 46
1.1. Su formación 47
1.2. Desarrollo en América del Norte 48
1.3. Desarrollo en Iberoamérica 50
2. Los cazadores de la megafauna 55
2.1. La fauna pleistocénica 57
2.2. Sus cazadores 60

2.2.1. En América del Norte 60
2.2.2. En Mesoamérica 69
2.2.3. En Sudamérica 70
3. Los cazadores-recolectores 74
3.1. La estapa preagrícola en Norteamérica 75
3.2. La Tradición Andina 76
4. El arte rupestre 79
Orientación bibliográfica 81

II. El periodo arcaico. *Emma Sánchez Montañés* 83
1. Los grandes cambios del Postglacial 83
2. Caracterización general de la cultura arcaica 85
3. Los inicios de la producción de alimentos 95
3.1. El foco mesoamericano 97
3.2. El foco andino 99
3.3. El foco tropical o del Caribe 101
3.4. Condicionantes para el desarrollo agrícola 102
4. Los yacimientos arqueológicos más representativos 105

III. El periodo Formativo. *Emma Sánchez Montañés* 111
1. El formativo en el área intermedia y el origen de la cerámica 112
1.1. La aparición de la cerámica en el Formativo temprano 112
1.2. Chorrera o el Formativo tardío ecuatoriano 117
2. El formativo mesoamericano en la costa del Golfo: La civilización Olmeca 119
2.1. La economía y la sociedad 121
2.2. El arte 125
3. El Formativo mesoamericano de influencia olmeca 134
3.1. Región del Istmo, altos de Guatemala y el Pacífico 134
3.2. Las tierras bajas mayas 139
3.3. Oaxaca 142
3.4. Las tierras altas del centro de México 144
3.5. El occidente mexicano 146
4. Chavín en el contexto formativo peruano 150
4.1. El estilo Chavín 151
4.2. Origen y naturaleza de Chavín 157
5. Otras manifestaciones formativas en el área peruana 162
Orientación bibliográfica 167

IV. El periodo clásico 169
1. El clásico mesoamericano: tendencias evolutivas. *Andrés Ciudad* 169
1.1. Teotihuacan 174
1.2. Monte Albán y el valle de Oaxaca 190
1.3. La zona veracruzana 202
1.4. La civilización maya 206
Orientación bibliográfica 268
2. El clásico andino. *José Alcina Franch* 270
2.1. Área septentrional 271
2.2. Área central 285
2.3. Área centro-sur: Tiahuanaco 308
Orientación bibliográfica 311

V. Periodo postclásico 313
1. Área mesoamericana. *Andrés Ciudad* 313
1.1. Tula 314
1.2. Los zapotecos de Oaxaca 320
1.3. Los centros de Huasteca 322
1.4. Chichén Itzá y el Yucatán postclásico 324
Orientación bibliográfica 330
2. Área andina. *José Alcina Franch* 331
2.1. Zona septentrional 331
2.2. Zona Central 333
3.3. Zona circum-Titicaca 337
Orientación bibliográfica 338

TERCERA PARTE
HISTORIA ANTIGUA

Códices y tradiciones orales 341
1. Los pueblos de los códices mexicanos. *Andrés Ciudad* 341
1.1. Chichimecas 341
1.2. Tarascos 344
1.3. Mixtecas 347
1.4. Los mayas 351
Orientación bibliográfica 362
2. Los aztecas. *José Luis Rojas* 363
2.1. La historia 363
2.2. Economía y sociedad 370
2.3. Ideología 386
2.4. Artes y conocimientos 398
2.5. Los mexica en la historia 408
Orientación bibliográfica 412
3. Los incas. *José Alcina Franch* y *Josefina Palop* 413
3.1. Medio ambiente y población 413
3.2. Historia política 416
3.3. Organización social 429
3.4. Organización política y administrativa 427
3.5. Organización económica 446
3.6. Religión 456
3.7. Urbanismo y agricultura 463
3.8. Arte, pensamiento y ciencia 470
Orientación bibliográfica 475

PRESENTACIÓN

Más de ochocientos años de Historia, y en un área cada vez más definida política, social, económica y culturalmente como es Iberoamérica, ameritan suficientemente la realización de este manual universitario por un escogido grupo de profesores especializados que han tenido la vocación de volcar su experiencia docente e investigadora en esta obra de síntesis interpretativa.

Hemos dicho más de ochocientos años de Historia porque ésta comienza para nosotros, como para todos los historiadores, con los registros documentales del pasado, y los de Iberoamérica se conocen desde la centuria decimosegunda de nuestra era a través de los códices indígenas y de las tradiciones orales recogidas luego y escritas por los españoles. Algunos prefieren denominar Protohistoria a los acontecer es sucedidos entre las centurias decimosegunda y decimoquinta, reservando el calificativo de histórico para los hechos de los últimos quinientos años, pero nos parece un rigorismo excesivo y hasta quizá tendencioso. Sin entrar en comparaciones, es de sobra conocido que muchos países euroasiáticos tienen una historia inicial mucho más desdibujada que ésta de los iberoamericanos y recogida en fuentes documentales indirectas y ajenas, sin que nadie haya pretendido llamarlas protohistóricas, quizá porque sería minusvalorarlas.

En cuanto a Iberoamérica, el espacio que vamos a historiar es una realidad. Hace treinta o cuarenta años hubo grandes polémicas entre los historiadores por los justos títulos o nombres que debían etiquetar cada zona de América, sin embargo, están afortunadamente olvidadas, salvo casos excepcionales de reconocida reticencia. Iberoamérica es un ámbito perfectamente definido y encuadrado en otro mayor que es Latinoamérica —éste, a su vez, se halla inmerso en el de América— que se refiere al conjunto de naciones colonizadas por españoles y portugueses durante la Edad Media. Son unos países tan concretos que hasta tienen nombre propio: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela. Veinte exactamente, ni más, ni menos.

Como es obvio, no vamos a emprender el absurdo de justificar teóricamente la posibilidad de historiar esa parte del mundo que son los veinte países citados, por muy perfilados y nítidos que sean, pues compartimos el criterio de que sólo hay una Historia, la de la humanidad, universal en el tiempo y el espacio, pero si por razones investigativas y docentes recurrimos a menudo a los artificios de aislar partes de esa Historia única para su mejor estudio mediante cortes espaciales (Historias de España, Francia, Inglaterra, Europa, África, etc.), o temporales (Historias Antigua, Me-

dia, Moderna y Contemporánea) resulta evidente la factibilidad de emplear un criterio semejante con los países iberoamericanos, que comparten una historia común o paralela. El recurso es mucho más válido en nuestro caso al hacer un manual orientado a la formación universitaria, donde son comunes estas divisiones artificiales de la Historia como recurso metodológico. Se justifica así esta Historia de Iberoamérica no desde un punto de vista conceptual, sino solamente desde el pragmático de facilitar su estudio.

El contenido que se ha de historiar, ese pasado común o paralelo de los países iberoamericanos, está muy subjetivado por enfocarse comúnmente desde una perspectiva de presente. Las especiales circunstancias de explotación y dependencia por parte de algunas naciones europeas y de los Estados Unidos han inducido a dicha situación, agravada además por la persistencia de algunos mitos del romanticismo decimonónico. Como historiadores, rechazamos, desde luego, cualquier proyección coyuntural que distorsione la visión del pasado, pero tampoco podemos olvidar lo que decía Barraclough de que cualquier historia es siempre contemporánea y que el historiador la afronta siempre desde su circunstancia temporal. De aquí que el problema de la objetivación del contenido histórico se haya confiado totalmente a la profesionalidad de los especialistas que la han trabajado, a los que se ha respetado la libertad de cátedra. El resultado es altamente positivo, como puede comprobarse.

La coordinación de la obra ha manejado dos parámetros de subjetivación que debemos mencionar no obstante: el plan de trabajo y la selección de los autores. Los dos condicionan el resultado obtenido.

La idea inicial ha sido realizar el manual en tres volúmenes, cada uno de los cuales se ocupa de las tres partes en que comúnmente se divide la Historia de Iberoamérica, si bien sobre la hipótesis de que las tres son igualmente importantes. No hemos querido hacer una Historia Colonial y colocarle unos capítulos introductorios de época indígena —como algunas veces se hace, lamentablemente con cierta frecuencia— y otros de la época nacional, a modo de epílogo. Tampoco hemos querido hacer una Historia Contemporánea con los obligados prólogos indígena y colonial. Entendemos que cada una de las tres épocas tiene un indudable valor intrínseco, aparte del correlativo con la siguiente o anterior, y esto obliga a equilibrarlas dando un volumen y tratamiento semejante a cada una de ellas. En este sentido el de la época indígena es, por ejemplo, una verdadera historia de la misma y no antesala de la siguiente.

La denominación de cada una de las tres épocas ha suscitado, como es sabido, mucha controversia entre los historiadores por conllevar proyecciones de filosofía de la Historia. No queremos entrar en la polémica, cuyo resultado es que no existe ninguna denominación adecuada, lo que aceptamos, pero debemos y tenemos que explicar el porqué de las nuestras.

El primer volumen contiene lo que otros manuales llaman «Prehistoria y Protohistoria», «América Indígena», «América Prehispánica» o «América Precolombina» usualmente —porque aún hay más calificativos— y lo hemos llamado *Prehistoria e Historia Antigua de Iberoamérica* con objeto de enfatizar que, aparte de la Prehistoria, existe un verdadero periodo de Historia indígena anterior a la colonización peninsular y muy importante, además, ya que durante el mismo se desarrollaron las altas culturas de la América primigenia que tanto interés despiertan entre los universitarios. El término no es original, pues varios tratadistas lo utilizaron ya en el siglo XIX y referido precisamente a este periodo, pero no es usual en los manuales. Se

justifica plenamente al historiar el área iberoamericana, pues fue en ella concretamente donde florecieron tales culturas. Quizá pueda resultar absurdo hablar de Edad Antigua en una Historia de Angloamérica, pero no en la de Iberoamérica.

El segundo volumen recoge lo que se denomina normalmente época «Colonial», «Hispanoamericana», «De la colonización europea», «De la sociedad preindustrial», «capitalista», etc., y la hemos llamado *Historia Moderna de Iberoamérica,* recurriendo a una terminología muy usual en los programas de estudio de las universidades, por considerarla tan válida como cualquiera de las otras. Se nos objetará que en nuestro esquema Iberoamérica salta de la Edad Antigua a la Moderna, sin pasar por la Media, pero esto resulta para nosotros tan evidente como para los numerosos historiadores que han escrito auténticas monografías sobre dicho «salto», y a los que no podemos referirnos ahora. Ni siquiera Weckmann, en su conocida *Herencia medieval en México,* ha podido hacer otra cosa que encontrar «supervivencias» medievales en un mundo claramente moderno, y como verdaderas reliquias de un pasado en vías de extinción.

Por lo mismo titulamos el tercer volumen *Historia Contemporánea de Iberoamérica,* y ahora sin el problema del «salto», a lo que otros colegas llaman «Historia Nacional» o «De las naciones», sin que tampoco tengamos nada que objetar a estos títulos.

Problema mayor fue el de orientar los contenidos, pues nuestra idea inicial de una historia común o paralela para este conjunto de países nos obligó a rebanarla por periodos, subperiodos y etapas durante las cuales se analizan los fenómenos comunes, homólogos, parecidos y singulares en cada uno de ellos. Ya ha sido difícil en el primer volumen, donde se ve el choque de los elementos culturales universalizantes con los regionales, conformándose esa singularidad iberoamericana que es la tensión entre lo integrador y lo disociador, pero ha resultado mucho más evidente en el segundo, cuando hubo que proyectar una combinación de lo homogéneo y lo regional en las distintas épocas, además de los monarcas Austrias y Borbones. El árbol de lo heterogéneo se vuelve más frondoso en la copa, en la Historia Contemporánea, donde las etapas se estudian por procesos parecidos o semejantes en las diversas naciones. Este combinar la historia común o semejante con la particular ha sido nuestro empeño, lo cual evidencia que las naciones iberoamericanas, aunque con vida propia e independiente, tienen ese pasado común o semejante que las une y que las hace presentarse al resto del mundo como un bloque, aunque diferenciado en su interior.

Queda pendiente la explicación relativa al profesorado que hemos escogido cuidadosamente para hacer este manual. Usualmente este tipo de obras están hechas por un profesor o por multitud de ellos. En el primer caso se gana en claridad y coherencia expositiva lo que se pierde en profundidad, ya que no existe ningún docente capaz de dominar todos los temas que se tratan, especialmente en Historia de Iberoamérica, donde hay que abarcar desde la Prehistoria hasta nuestros días. De aquí que se enfaticen solamente los cuatro o cinco temas que el especialista ha podido estudiar en su vida, convirtiéndose el resto de la obra en antecedentes o consecuentes de los mismos. En el polo opuesto tenemos las obras hechas por verdaderos especialistas, cincuenta o sesenta a veces. Los trabajos ganan entonces en profundidad, pero pierden la coherencia y hasta el orden expositivo, resultando muy difíciles para el universitario que se siente abrumado por el rigor histórico. En este manual hemos intentado una fórmula mixta, como es la de escoger seis o siete especialistas para cada uno de los volúmenes, lo que les permite conjugar su conocimiento con la in-

terpretación coherente que pueden abarcar además en auténtica síntesis. Para evitar posiciones doctrinarias o de escuela se ha abierto la gama de posibilidades, resultando así que los diecinueve especialistas que han elaborado este manual pertenecen a diez universidades distintas y de cinco países. Resulta obvio decir que los profesores manifiestan posturas ideológicas muy variadas e incluso contrapuestas, lo que no nos parece ningún defecto en una obra de formación universitaria. Para todos ellos nuestro sincero agradecimiento por haber querido colaborar en esta pequeña obra colectiva que acoge su experiencia universitaria.

MANUEL LUCENA SALMORAL
Coordinador

INTRODUCCIÓN

Recoge este primer volumen de la Historia de Iberoamérica varias decenas de miles de años con una peculiar Historia económica, social, política y cultural: la del indio de América o amerindio antes de la llegada de los europeos y africanos. Se inicia y termina con dos descubrimientos efectuados por pueblos euroasiáticos. El de los asiáticos marca su término *a quo* o punto de partida y el de los europeos el *ad quem* o punto de llegada. El primero está envuelto en las brumas de las hipótesis; el segundo perfectamente documentado hasta en día y hora: dos de la madrugada del día 12 de octubre de 1492. De uno a otro median veinticinco mil años como mínimo y cincuenta mil posiblemente. Es el más largo de la historia del hombre en el Nuevo Mundo.

Para facilitar su estudio se ha dividido en tres partes bien definidas: el Poblamiento americano, la Prehistoria y la Historia Antigua de Iberoamérica. La primera recoge las distintas hipótesis sobre los posibles grupos pobladores, desde los primeros descubridores, seguramente asiáticos, hasta las posteriores oleadas procedentes del mismo continente y de Oceanía. Por razones de una mejor comprensión ha sido necesario abrir el foco iberoamericano a toda América. La Prehistoria engloba el proceso de desarrollo cultural desvelado por la Arqueología y se ha subdividido en cinco periodos o pisos culturales, también por una razón metedológica: los Orígenes Arcaico, Formativo, Clásico y Postclásico. A medida que los recorremos vamos cerrando el foco americano a lo iberoamericano, nuestro verdadero objetivo. A partir del Formativo es casi exclusivamente Prehistoria de Iberoamérica. La tercera y última parte es la Historia Antigua de Iberoamérica en la que se estudia el pasado documentado a partir del siglo duodécimo de nuestra era, y principalmente las tres altas culturas maya, azteca e inca.

El aislamiento del Continente del Viejo Mundo durante todos estos milenios, roto esporádicamente por algún grupo migratorio cada vez más escaso, ha dado cierto carácter de evolución cultural que, aunque no está intencionalmente orientado, se evidencia de alguna manera. Hay un ritmo lento de desarrollo que singulariza esta Prehistoria de la del Viejo Mundo. Ni el descubrimiento de los metales, ni la domesticación de los animales y, ni siquiera, la agricultura supusieron una revolución como allí. Todo fue surgiendo paso a paso, aunque con un movimiento acelerado, conformando quizá un sistema vital que contrasta con el europeo.

Siete profesores de las Universidades Complutense, Barcelona y Alcalá de Henares han elaborado este volumen de síntesis, vocando en él no sólo su experiencia docente, sino también sus investigaciones, realizadas pacientemente durante años, mu-

chas de las cuales tienen reconocido prestigio. El caso más significativo es, desde luego, el del maestro José Alcina Franch, catedrático de la Universidad de Madrid, a quien deseamos testimoniar aquí nuestro agradecimiento por la colaboración, ya que, al hacerlo así, lo extendemos al resto del equipo, discípulos suyos o deudores de sus investigaciones: doctora Josefina Palop, doctora Emma Sánchez Montañés, doctor Jordi Gussinyer, doctor Andrés Ciudad Ruiz y doctor José Luis de Rojas.

PRIMERA PARTE

EL POBLAMIENTO AMERICANO

LOS ORÍGENES

Quinientos años lleva la ciencia preguntándose cómo se pobló el continente americano sin que hasta la fecha haya podido encontrar una respuesta totalmente satisfactoria. El origen del hombre americano ha sido uno de los temas más estudiados por prehistoriadores, antropólogos físicos y culturales, lingüistas e historiadores, pero ninguno ha logrado descifrar su misterio. Hace sesenta años Imbelloni publicó su famosa *Esfinge indiana,* en la que trataba de hacer hablar a ese rostro hierático e inescrutable. Otros muchos le han seguido en el empeño; sin embargo, la Esfinge sigue muda guardando su secreto. Afortunadamente, el enorme esfuerzo realizado no ha sido baldío, y aunque permanece el enigma, poseemos ya un bagaje de conocimientos que nos permite descifrarlo en buena parte, posiblemente en su mayor parte. Quizá el día que la Esfinge indiana hable y devele la incógnita (algún afortunado hallazgo arqueológico) es difícil que pueda decirnos algo más de lo que ya sabemos.

1. Las lucubraciones más imaginativas

Las hipótesis científicas de poblamiento apenas llevan cien años de historia. Los cuatrocientos que antecedieron a éstos fueron, sin embargo, ricos en sugerencias, y los estudiosos derrocharon un enorme caudal imaginativo para tratar de explicarse cómo había llegado el hombre al Nuevo Mundo. Recurrieron a los parecidos más sugestivos y a los relatos más inverosímiles sobre los grupos humanos perdidos en la Antigüedad. Algunos llaman a este periodo la etapa precientífica de las hipótesis de poblamiento, pero quizá le cuadra mejor el de Edad de Oro de la literatura pobladora por el gran esfuerzo creativo y literario que llevó consigo. Veamos algunas de estas interpretaciones.

1.1. *Colón descubre que todos los indios no son iguales*

El primero que se planteó el problema del poblamiento americano fue don Cristóbal Colón el 12 de octubre de 1492. Tras examinar a los que llamó indios (al fin y al cabo a la India iba), concluyó que no eran de raza blanca, ni negra, sino de «la co-

lor de los canarios». Su descripción del somatotipo amerindio es francamente buena y bien merece citarse aquí:

> Mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andaban todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vide más de una farto moza y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de más de treinta años; muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras; los cabellos gruesos cuasi como sedas de cola de caballos e cortos; los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detrás, que traen largos, que jamás cortan; dellos se pintan de prieto, y ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos.

Hombre profundamente creyente, consideró que descendían de la única pareja creadora,de Adán y Eva, a quienes Dios creó en América. Sabido es que en el tercer viaje situó el Paraíso terrenal en la Orinoquia, escribiendo en su *Diario* de a bordo: «Grandes indicios son estos del Paraíso terrenal, porque sitio es conforme a la opinión de santos e sanos teólogos, y asimismo las señales son muy conformes, que yo jamás leí, ni oí que tanta cantidad de agua dulce fuese así adentro e vecina con la salada.»

Pero la observación más interesante que realizó en su tercer viaje fue la de la variabilidad somática del indio, ya que los de la costa venezolana le parecieron diferentes a los de las islas del Caribe: «todos mancebos, de buena disposición y no negros, salvo más blancos que otros que haya visto en las Indias y de muy lindo gesto», volviendo a repetir luego «la color de esta gente es más blanca que otra que haya visto en las Indias». Resulta increíble que esta aportación se perdiera con el transcurso de los años y se llegara a la idea contraria de que visto un indio se han visto todos.

1.2. *Rebuscando el ancestro semita*

Quienes mejor conocieron a los indios fueron, sin duda, los religiosos españoles, principalmente los misioneros, que se plantearon explicaciones sobre su origen en función de los relatos bíblicos. Afortunadamente el Diluvio Universal que acabó con el género humano, a excepción de Noé y sus hijos, limitó bastante el rastreo genealógico.

Los tres hijos de Noé (Sem, Cam y Jafet) fueron candidatos a procrear el pueblo amerindio. Lo más corriente fue fijarse en el primero de ellos que engendró los semitas, pero para Torquemada el color de la piel de los indios indicaba claramente que su ancestro era Cam, padre de los camitas. Fray Alonso de Zamora y Lucas Fernández de Piedrahíta se inclinaron por Jafet, el tercer hijo. Otros muchos siguieron luego rastreando los nietos y biznietos de Noé. Curiosa en extremo fue la interpretación del conocido Arias Montano, para quien América fue poblada por dos individuos diferentes: Ophir, hijo de Jactan, dio origen a los peruanos, mientras que Jobal engendró los indios de Brasil. Como es natural, fundaba su hipótesis en numerosas y complejas relaciones filosóficas.

Nadie conoce la filiación racial del pueblo cananeo (quizá también fueran semitas) al que los hebreos invadieron y expulsaron de la tierra donde vivían por considerar que era suya y prometida por su Dios, pero su misteriosa volatilización en la

Historia hizo pensar a algunos (Hornius entre ellos, siglo XVII) que cruzaron África de E. a O., y luego, al llegar al Atlántico, continuaron hacia América.

Los distintos pueblos semitas son los que, como dijimos, atrajeron las miradas de los religiosos. Para Genebrado, fue una flota despistada del rey Salomón la que llegó al Nuevo Mundo. Otros pusieron sus ojos en los fenicios, semitas también, cuyas naves alcanzaron las costas atlánticas de África, desde donde pudieron ser arrastrados a América. Todavía a mediados del siglo pasado, Geo Jones seguía empeñado en afirmar que los habitantes de Tiro embarcaron para América cuando Alejandro Magno tomó su ciudad. Semitas eran también los cartagineses, que según Alejo Venegas y el padre Mariana emigraron al Nuevo Mundo durante la Primera Guerra Púnica.

La dispersión de las Diez Tribus de Israel como causa del poblamiento americano encontró también numerosos adeptos y algunos de ellos de la talla de fray Bartolomé de las Casas o fray Diego Durán. Fray Gregorio García sistematizó toda la hipótesis y la dotó de un cúmulo de pruebas «irrefutables» entre las que sobresalen algunas tan pintorescas como que ambos pueblos (hebreo e indio) tenían narices grandes, habla gutural, eran ingratos y poco caritativos, tenían un vestido parecido (se refería, naturalmente, a los aztecas e incas), hacían reverencias y postraciones ante sus superiores, se alimentaban con ruin comida, besaban el carrillo a modo de saludo, etc. La ruta migratoria estaba también clara; la oriental a través de Asia. Así se explicaba que fueran quedando grupos judíos en las principales ciudades asiáticas. Cuando los israelitas llegaron al NE de China pasaron a América a través del estrecho de Annian (Bering).

1.3. *Pirámides y momias que recuerdan Egipto*

Las similitudes entre los habitantes del antiguo Egipto y algunas culturas americanas empezaron a tentar a algunos pensadores, especialmnente durante la segunda mitad del siglo XIX, cuando la egiptología se puso de moda (John Campbell, 1875). Elliot Smith y sus discípulos trabajaron con ahínco en las semejanzas, formando la denominada Escuela de Manchester a principios de nuestro siglo. Brockwell creó la civilización Heliolítica, que se caracterizaba por el culto al sol, las grandes construcciones megalíticas y las prácticas de momificación. Se originó en el antiguo Egipto y se difundió hacia el E. a comienzos del primer milenio antes de Cristo, pasando finalmente a América. Como la cultura egipcia no estaba entonces totalmente configurada, estos emigrantes llevaron consigo los elementos esenciales que desarrollaron luego en sus sitios de llegada. De aquí que tuvieran formas diferentes los cultos solares inca, azteca y egipcio, etc.

Las influencias culturales egipcias siguieron dos rutas. La primera atravesó Siberia y la segunda bordeó el sur de Asia. Esta última a su vez se dividió en dos corrientes: una hacia Japón y otra hacia Malasia, de donde pasó a Australia y Polinesia. Las tres influencias convergieron luego sobre América poco antes del comienzo de nuestra era, produciendo el gran levantamiento cultural heliolítico.

Para los manchesterianos, el desarrollo arquitectónico megalítico surgió tempranamente en Egipto, produciendo primero la mastaba, luego la pirámide y finalmente el templo. Su influencia en Europa se refleja en dólmenes y menhires, así como en las posteriores torres y fortalezas. En Asia se extendió por el Cáucaso, Persia y la India hasta las regiones del sureste asiático y de aquí a América. El templo indígena en

terrazas era así una idea egipcia introducida a través del sureste de Asia. Otras semejanzas son los grandes pórticos de los templos, las estatuas gigantescas a las entradas de los mismos, las avenidas con obeliscos o estatuas y algunas decoraciones interiores. Igualmente son similares el ureus egipcio y la serpiente emplumada (Quetzalcóatl) azteca. En cuanto a la momificación, siguió las rutas anteriores, siendo significativo que la misma técnica egipcia se encontrara en las islas de Torres, desde donde pasó luego al Perú.

Otros elementos egipcios que se encuentran en América son el uso de la trompa marina como instrumento musical, la púrpura, la afición a las perlas, la deformación del cráneo, el tatuaje, la distensión del lóbulo de la oreja, la práctica de la covada, la circuncisión, ceremonias fálicas, el asesinato ritual del monarca, las tradiciones de un antiguo diluvio universal y calendarios formados por 360 días más cinco complementarios, etc.

1.4. *Otros orígenes fantásticos*

Existen infinidad de otros supuestos orígenes del pueblo amerindio, utópicos en su mayor parte. Similitudes lingüísticas, etnográficas o etnológicas han conducido a dichos supuestos. Aunque el difusionismo cultural es relativamente reciente como escuela científica, sus principios han operado prácticamente siempre en la mente lógica del hombre.

Podría decirse que todos los pueblos antiguos han sido propuestos como ancestros del pueblo amerindio. Hugo Grocio, por ejemplo, pensó en un origen germánico porque este pueblo tenía la misma costumbre de los indios de lavar a los recién nacidos en agua corriente de un río. El idioma griego ha sido utilizado en este intento y también el etrusco. Pero de todos estos juegos intelectuales descabellados, cuya simple enumeración sería imposible hacer aquí, uno de los más pintorescos ha sido el de atribuir a los indios un origen español, cosa que llegó a formar casi una escuela de pensamiento. La inició el cronista don Gonzalo Fernández de Oviedo que, pese a su extraordinaria sensatez bien demostrada, llegó a considerar las islas de Barlovento como las antiguas Hespérides, cuyo nombre les vino de Hespero, duodécimo rey de España, quien las conquistó en el año 1658 antes de Cristo, según aseguró:

> E así como España e Italia e aquella cibdad que se dijo en Mauritania, se nombraron Hespérides y Hespéride, de Hespero, rey duodécimo de España, así las islas que se dicen Hespérides, e que señalan Seboso e Solino e Isidoro, segund está dicho, se deben tener indubitablemente por estas Indias, e haber sido del señorío de España desde el tiempo de Hespero, duodécimo rey della, que fue, segund Beroso escribe, mill seiscientos e cincuenta e ocho años antes que el Salvador del mundo nasciere.

Para fray Tomás de Maluenda los españoles que poblaron América y dieron origen a los indios eran los descendientes de Túbal, hijo de Jafet, tesis en la que coincidió también el oidor de la Audiencia de Lima don Andrés Rocha. Este último anotó que el momento de la migración coincidió con el reinado de Osiris en Egipto, cuando existía la Atlántida. Los españoles pudieron así llegar cómodamente a pie al Nuevo Continente. Para el humanista Lucio Marineo Sículo este poblamiento español es

mucho más tardío, de la época de la dominación romana, y por eso llevaron ya el latín como lengua, cosa que puede observarse en algunas reliquias que aún quedan en el kechua. Igualmente llevaron algunas costumbres típicamentes españolas como la de pintarse el cuerpo de rojo, las prácticas adivinatorias con las entrañas de los animales, tener vírgenes en los templos, etc.

La Atlántida ha sido una verdadera mina para explicar el poblamiento americano. Según narró Platón en sus diálogos «Timeo» y «Critias», se trataba de un antiguo continente que existía donde hoy está el océano Atlántico y donde se desarrolló una altísima civilización hasta que un cataclismo la sumergió en el fondo del mar. Para el cronista Pedro Sarmiento de Gamboa, la Atlántida era, en realidad, un puente terrestre que comunicaba España con América por el que pasaron las gentes de un lugar a otro hasta el año 1300 antes de Cristo, cuando se hundió de pronto dejando sólo unas huellas de su antigua existencia que son las islas del Caribe.

1.5. *La solución inversa: el Homo Pampaeus*

Ante las dificultades existentes para explicar cómo llegó el hombre al Nuevo Mundo, se empezó a pensar en la solución inversa de que siempre hubiera estado allí. Esto abría dos vías de exploración: la poligenista y la del autoctonismo americano del *homo sapiens*. La primera surgió ya en el siglo XVIII. Voltaire fue una de sus figuras más destacadas y señaló con enorme lógica que si la Providencia había colocado a los hombres en determinadas regiones del mundo no había razón para negar que los hubiera puesto también en América. En el siglo pasado el astrólogo Morton seguía pensando que los habitantes de América se habían originado en este continente, salvo el grupo esquimal, y Brasseur de Bourbourg trató de demostrar que los egipcios no eran ni más ni menos que mayas trasplantados al Nilo.

Pero la solución más radical la dio el monogenista argentino Florentino Ameghino, quien elaboró a finales del siglo XIX una complejísima teoría según la cual el hombre había surgido en América, y más concretamente en la Argentina. Con una serie de restos paleontológicos encontrados principalmente en la costa de la provincia de Buenos Aires organizó una cadena evolutiva a través de unos supuestos *Tetraprotomo, Triprotomo, Diprotomo* y *Protomo*. De este último, el *Protomo Pampaeus,* surgieron el *Homo Primigenius* y el *Homo Sapiens* a mediados del Terciario. Los homínidos poblaron Sudamérica, y al levantarse el istmo de Panamá pasaron a Norteamérica. Más tarde una rama de ellos cruzó por Bering hasta Asia, dando origen a la raza mongol o amarilla, y otra pasó por el puente terrestre que a principios del Pleistoceno unía a Canadá con Europa. Una vez allí, dio dos *filum:* el primero evolucionó por «el camino de la bestialización» hacia el *Homo Heidelbergensis,* mientras que el otro lo hizo por la de la «humanización», creando la raza blanca o europída.

La hipótesis de Ameghino no resistió la crítica, especialmente la que le hizo Hrdlička. Demostró que algunos huesos utilizados para su medición no correspondían a la edad de los yacimientos, etc. Pese a todo, Ameghino estableció las bases de la Paleontología en la Argentina.

2. Hipótesis de poblamiento

Durante el siglo XX aumentó más si cabe la inquietud por el poblamiento americano que canalizó un extraordinario acervo científico de investigaciones en los diversos campos. Las hipótesis de poblamiento son muy numerosas, pues suelen presentarse en cada Congreso Internacional de Americanistas (y llevamos más de cien años de tales congresos). Son hipótesis, porque la verdadera tesis sigue sin establecerse, pero poseen rigor científico y han barrido todas las posibles correlaciones con el viejo mundo. Veamos algunas de las más sobresalientes.

2.1. *El homotipo amerindio*

El mismo antropólogo Ales Hrdlička que demostró los errores cometidos por Ameghino es autor de la primera gran hipótesis del siglo. Partió de una idea muy antigua defendida por el padre Acosta en el siglo XVI y por otros muchos posteriormente, que es la similitud del amerindio con el hombre asiático y la posibilidad de que este último emigrase al Nuevo Mundo a través del estrecho de Bering (presentido incluso antes de ser descubierto por Virtus Bering en 1741).

Hrdlička pensó que el indio americano procedía de un poblamiento único y reciente (unos diez mil años atrás) efectuado desde Asia. Determinó que el amerindio tenía unas características generales que demostraban su clara ascendencia mongólica, tales como el color amarillento de la piel, el cabello negro, liso y rígido, la falta de pilosidad facial, la proyección pomular del rostro, el ojo mongólico y la mancha mongólica. El ojo mongólico se caracteriza, como es sabido, por tener un plano inclinado entre los dos extremos del mismo, presentar un pliegue en el párpado superior que oculta a menudo las pestañas y replegarse desde el ángulo interno del ojo sobre la nariz, tapando la carúncula lagrimal. En cuanto a la mancha mongólica, está producida por las células de Baelz y es de carácter congénito. Suele aparecer en la región sacrolumbar y tiene usualmente color verdoso o pizarroso. Es usual en pueblos de ascendencia asiática y se da con frecuencia en ciertos grupos amerindios.

A Hrdlička se le ha criticado haber inventado un homotipo amerindio inexistente (tal como si, por ejemplo, los españoles se definieran como bajos, morenos, de tez oscura y cabello negro), pero no es cierto que el antropólogo desconociera la variedad indígena. Lo que ocurre es que pensó que tales tipologías venían ya diferenciadas desde Asia y entraron así en el Nuevo Mundo, donde se acentuaron más. El prototipo asiático de Hrdlička es el mongol, pero con rasgos peculiares adquiridos en China occidental, Japón, Filipinas, Formosa, Corea y Tíbet.

El mayor error del antropólogo fue señalar que había una tipología lingüística y cultural, imposibles de sostener. Afirmó que todas las lenguas amerindias tenían en común el ser polisintéticas (sin contemplar las diferencias estructurales que las separan) y que la cultura de los indios tenía similitudes tales como las técnicas de trabajar la piedra, la arcilla, la madera y el hueso, así como para la fabricación de tejidos y cestas, un método igual de obtener fuego y vestidos, mobiliario y religión parecidos, etc.

Pese al rechazo a la hipótesis de Hrdlička, hoy se sigue admitiendo un pobla-

miento mongólico y por la vía propuesta por este autor, aunque se niega que fuera la única, tan reciente y que por sí sola sea capaz de explicar la tipología somática, lingüística y cultural indígena.

2.2. *Hablan las cabezas de la isla de la Pascua*

Hace más de cincuenta años, Montandon (1933) elaboró una hipótesis con la que pretendía dar respuesta a la indudable evidencia de rasgos étnicos australianos y malayo-polinesios entre algunos grupos amerindios. Centró su atención en la isla de la Pascua, que dista aproximadamente igual de Polinesia que de América (costa chilena), donde existen las cabezas megalíticas (alguna pesa 350 toneladas) que presentan rasgos polinesios (moais). Montandon estimaba que las extraordinarias dotes de navegación de los polinesios les permitirían atravesar el Pacífico hasta la isla de la Pascua y pasar luego desde aquí a América, aprovechando las islas intermedias de Sala, Gómez y Fernández para hacer escala.

La escultura megalítica pascuense en su opinión exigió una gran organización social en la que habría un grupo dirigente de los trabajos y unos obreros, esclavos con gran probabilidad. Naturalmente, los polinesios preferirían esclavizar a gentes de otros pueblos antes que a los de su propia raza, tal y como siempre ha ocurrido en la historia. Dedujo así que tales esclavos pudieron ser los aborígenes de Australia a donde también podrían llegar en sus veloces embarcaciones.

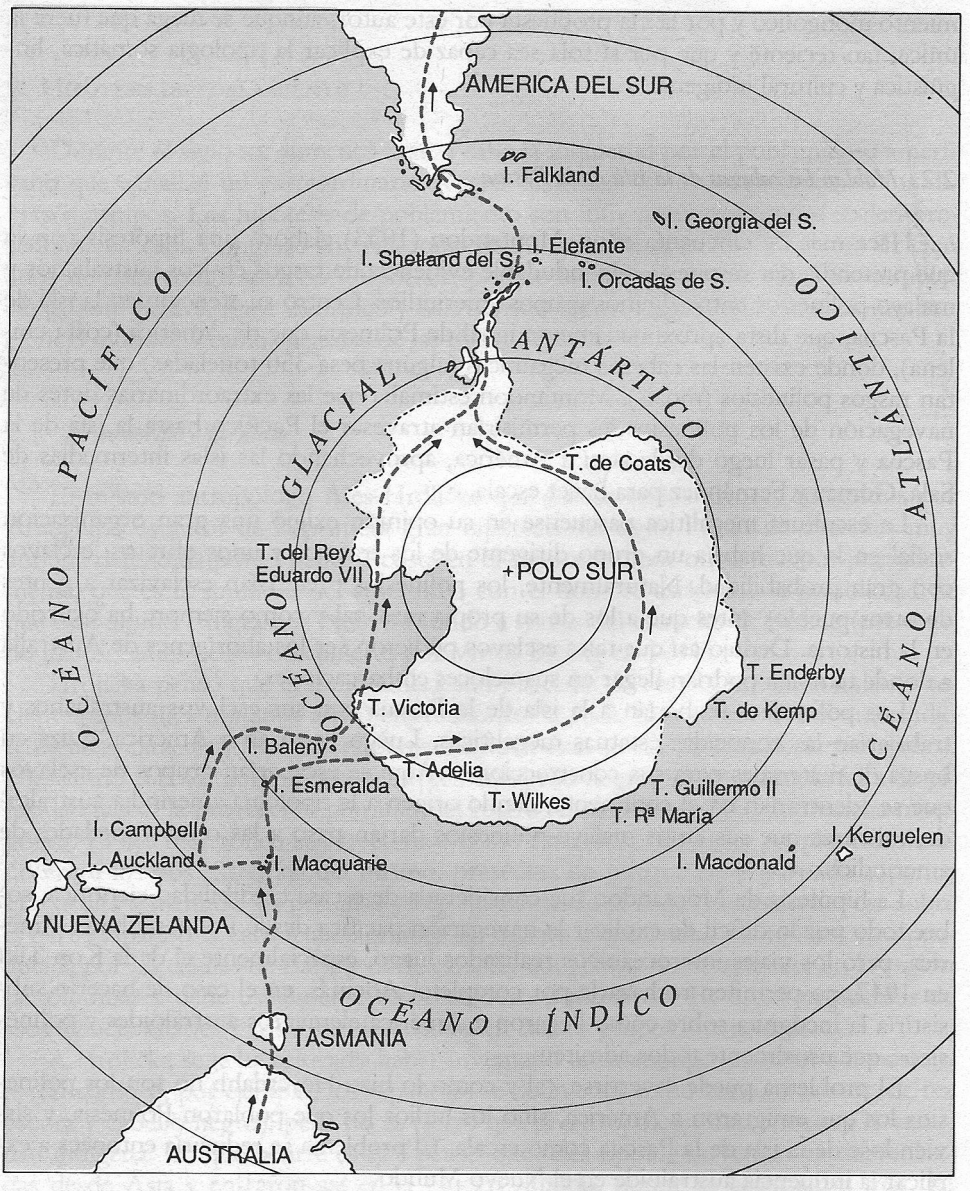
Los polinesios arribarían a la isla de la Pascua con sus esclavos australianos y trabajarían las conocidas estatuas megalíticas. Luego llegarían a América, quizá en busca de materiales para sus construcciones. Aquí se escaparían grupos de esclavos que se adentrarían en el continente, dando origen a la tipología amerindia australoide, mientras que sus amos malayo-polinesios darían paso a las otras variedades de amerindios.

La hipótesis de Montandon fue considerada de escasa credibilidad científica, sobre todo por lo difícil de explicar la navegación pacífica desde Polinesia hasta América, pero los viajes interoceánicos realizados luego, especialmente el de la Kon Tikí en 1947, no permiten rechazarla por completo. Además, en el caso de hacerlo subsistiría la incógnita sobre cómo llegaron a América elementos australoides y polinésicos, que usualmente todos admiten.

El problema puede invertirse, tal y como lo hizo Heyerdahl: no son los polinesios los que emigraron a América, sino los indios los que poblaron Polinesia, y sirviéndose de la isla de la Pascua como escala. El problema se reduciría entonces a explicar la influencia australoide en el Nuevo Mundo.

2.3. *Rivet o los caminos del mar*

Otros muchos científicos establecieron hipótesis de poblamiento por vías oceánicas durante los primeros cuarenta años de nuestra centuria, pero fue Paul Rivet quien logró sistematizarlas en su conocido libro *Los orígenes del pueblo americano,* publicado en 1943 y en el que recogió sus propios trabajos anteriores. Rivet partió del punto de vista de una diversidad amerindia en los tres campos de la Antropología



Ruta migratoria empleada por los australianos, según Méndes Correa.

Física, la Lingüística y la Antropología Cultural, que evidenciaban el hecho de un poblamiento múltiple y procedente de Asia, Australia y Malayo-Polinesia.

La migración asiática se produjo mediante dos grandes corrientes, mongólica y uraliana. La primera penetró por Bering tal y como Hrdlička señaló. Rivet siguió en gran parte a este autor del que difiere substancialmente en el hecho de que los asiáticos no fueron los únicos pobladores. Apuntaló así su hipótesis con algunos descubrimientos notables, realizados después de que Hrdlička la formulara, procedentes de la lingüística y la serografía. En el primero de éstos destacó las correlaciones entre morfemas de las lenguas de los grupos Na-Dene y Sino-Tibetano hechas por Sapir. En serología resaltó el alto porcentaje de grupo sanguíneo O existente entre los indios como prueba de su ancestro mongólico o asiático.

En cuanto a la corriente uraliana, o protouraliana mejor, supone que partió de alguna zona de Asia meridional y se dirigió hacia el norte por algún motivo que desconocemos (quizá por la presión de otros pueblos), adaptándose progresivamente a climas cada vez más fríos. Al llegar a las regiones árticas se dividió en dos grupos que siguieron direcciones contrapuestas, E. y O. Este último entraría en Europa durante el Cuaternario superior dejando la raza de Chancelade como testigo de su presencia. El otro grupo cruzaría Asia hacia el NE. desde donde pasaría a América, siendo los actuales esquimales sus descendientes.

La presencia de un elemento australoide en América la fundamenta antropofísica, lingüística y etnográficamente. Para lo primero establece unas semejanzas craneométricas (capacidad, índice cefálico horizontal, índice anchura-largura, índice nasal, facial superior y orbitario, así como prognatismo) y serológicas (grupo sanguíneo predominante O). En lingüística estudia las correlaciones existentes entre los australianos y la lengua amerindia Chon a través de un vocabulario de 44 palabras que recogió el padre Schmidt entre los elementos más estables (con los que se designan partes del cuerpo o fenómenos naturales). Finalmente anota una larga serie de semejanzas etnográficas tales como la hamaca, el uso de mantas de piel, las chozas en forma de colmena, el trenzado en espiral, barcas hechas con pedazos de madera cosidos, armas semejantes al *boomerang*, etc. El propio Rivet reconoce que las series utilizadas para las comparaciones son muy pequeñas, sin embargo son las únicas que puede aportar. En cuanto a la ruta migratoria utilizada por los australianos para ingresar en América, es la misma que había propuesto el antropólogo Mendes Correa en 1925, es decir, Australia, Tasmania, islas Auckland, Campbell, Macquarie, Esmeralda, Tierra de Wilkes, Tierra de Eduardo VII, Tierra de Graham y Cabo de Hornos. Rivet opina que la migración se efectuó cuando los hielos se contrajeron como consecuencia del *optimum* climático ocurrido hace unos seis mil años y que las pruebas arqueológicas de tal paso se encontrarán quizá en el futuro. Aparte de lo señalado anteriormente, esta hipótesis adolece de un grave inconveniente, y es la imposibilidad de que los australianos, un pueblo que desconocía prácticamente la navegación, fuera capaz de atravesar los 1.600 kilómetros existentes entre Tasmania y Macquarie.

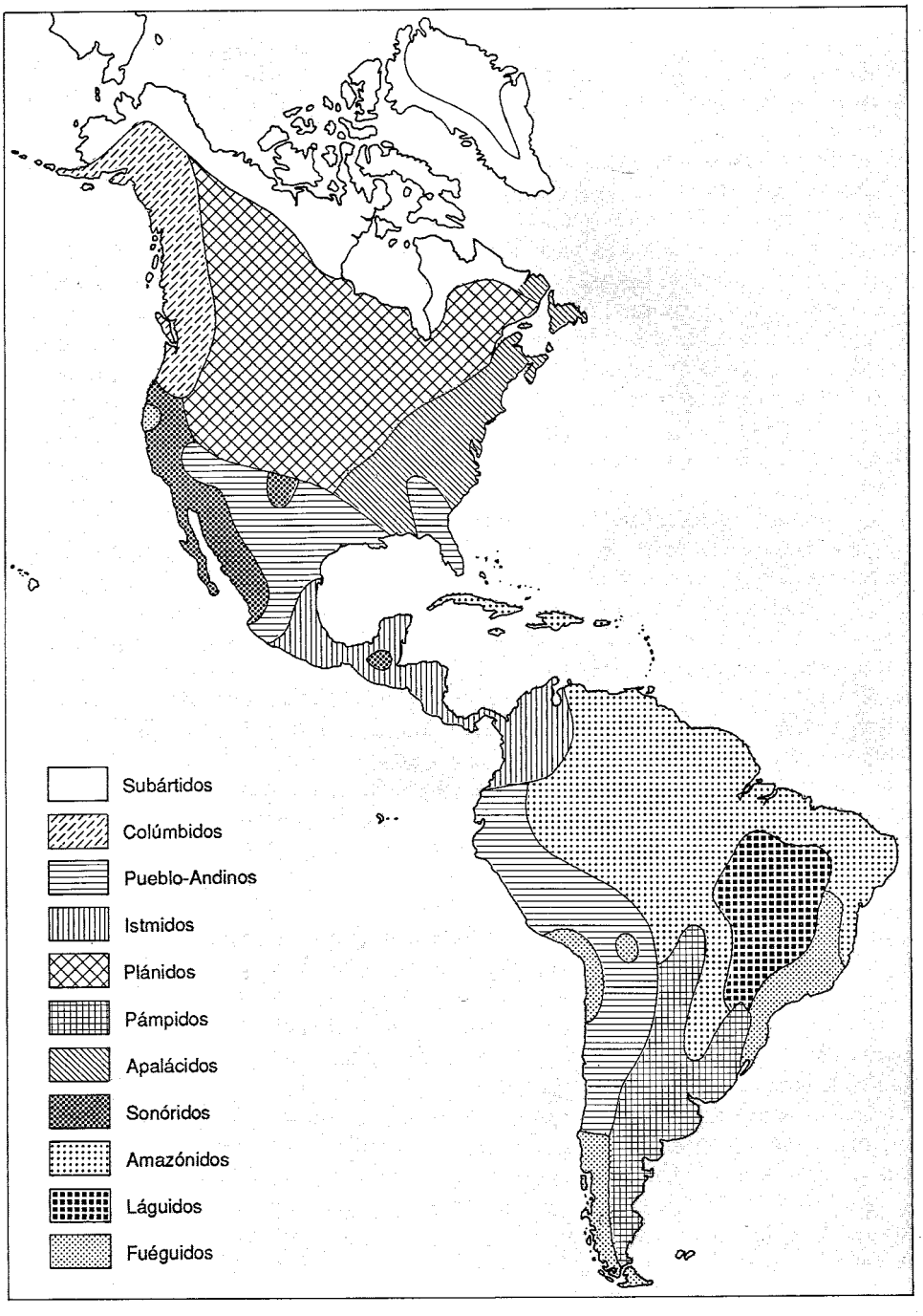
El poblamiento melanesio dejó en América, según Rivet, un tipo étnico que denomina paleoamericano, caracterizado principalmente por los famosos cráneos de Lagoa Santa (Brasil), aunque se extiende por toda América, desde la Baja California hasta Argentina, pasando por el suroeste norteamericano, Colombia, Ecuador y Perú. Su cráneo lo definió como

pequeño, dolicocéfalo y sobre alzado, cara corta y ancha, frente estrecha, nariz y órbitas medianas, bóveda palatina sumamente ancha. Visto de perfil, el cráneo presenta una curva antero-posterior bastante regular, la gabela está fuertemente marcada, la frente bien desarrollada y sin fuga; más allá de la bregma, la línea del perfil continúa elevándose y no empieza a doblarse sino aproximadamente al nivel del tercio anterior de la sutura sagital...

Es, en suma, el cráneo aspiradado que se encontró en Lagoa Santa y que está diseminado por todos los museos importantes del mundo, principalmente los europeos. Rivet coteja los índices de estas piezas museográficas con los que Biasutti y Mochi anotaron como cráneos dominantes de Melanesia y encuentra ciertas similitudes. La muestra completa correlacionada son cinco índices, la capacidad craneana y la estatura (muy incompleta) en los grupos americanos de Perikú (Baja California), Lagoa Santa y Paltacalo (Ecuador) y Neocaledonios por otra. Añade luego el común predominio del grupo sanguíneo O y algunas semejanzas etnográficas que extrae de los trabajos de Graebner, Nordenskiold y el padre Schimidt agrupadas en armas, útiles, instrumentos musicales, juegos, cocina, pesca, etc. En armas, por ejemplo, anota la mutua existencia de la cerbatana, el propulsor, el rompecabezas anular o estrellado, el arco de balas, la honda y el lazo. En útiles, la azuela de mango acodado. En transporte, el bastón balancín para llevar las cargas. En ingeniería, el puente de bejucos. En navegación, el remo en forma de muleta, la embarcación hecha con haces de cañas, la balsa, la canoa doble, la canoa con balancín y la decoración de proa con dibujos de ojos, etc. Rivet cierra los paralelismos en el campo de la lingüística donde encuentra parentesco entre el malayo-polinesio y la gran familia Hoka de América. Su conclusión merece la pena transcribirse, pues evidencia la insuficiencia de los datos aportados: «A pesar de la insuficiencia de los documentos que poseemos para la mayoría de los dialectos hoka, se ha podido hallar en estos dialectos 281 radicales netamente idénticos a radicales malayo-polinésicos, es decir, pertenecientes a diversas lenguas emparentadas de Oceanía: melanesio, indonesio y polinesio.» En cuanto a la vía de penetración, supone que fue la transpacífica. Esta hipótesis tiene los mismos defectos que la anterior: series antropofísicas y lingüísticas muy pequeñas para poder obtener conclusiones y rasgos etnográficos muy genéricos que podrían aplicarse a otros pueblos.

El poblamiento polinésico lo establece con una metodología similar. En lingüística destaca la identidad de las palabras kichua y polinésica para designar el camote o plantas similares, o del polinésico y araucano para el morfema hacha. En etnografía recoge semejanzas como el horno polinésico (se han encontrado evidencias de su existencia desde hace cuatro mil años en Sudamérica) y objetos como el patupatu. La posibilidad de que los polinesios llegaran a América no ofrece problemas ciertamente, pues tenían una gran técnica de navegación y unas embarcaciones magníficas, como las piraguas dobles, que les permitirían resistir el oleaje del océano y cubrir distancias de unas 75 millas en diez o doce horas, llegando así a la isla de la Pascua en unos veinte días, y saltar luego hasta América. Rivet refuerza su hipótesis con una tradición recogida por Caillot entre los polinesios mangarevienses, según la cual sus habitantes habían navegado por el Oriente hasta Taikoko y Ragiriri, lugares que supone serían el Cabo de Hornos o el estrecho de Magallanes.

Rivet concluyó su hipótesis incorporando la migración vikinga en el siglo x, que pudo también dejar influencias lingüísticas y culturales en América. Había abierto así los océanos a todos los pueblos pobladores desde el Viejo Mundo.



Grupos étnicos de amerindios, según Imbelloni.

2.4. *Las doce tipologías indias de Imbelloni*

Utilizando datos antropofísicos recogidos por otros investigadores y sus propias investigaciones anteriores, J. Imbelloni replanteó en 1938 su hipótesis de poblamiento. Partió del hecho de que los indios americanos presentaban once tipologías bien diferenciadas, reflejos de un origen poblador múltiple y de un mestizaje entre los grupos inmigrantes. Las corrientes pobladoras eran siete: tasmanoides, australoides, melanesoides, protoindonesios, indonesios, mongoloides y esquimales.

Imbelloni consideraba inútil buscar semejanzas culturales entre los pueblos que hoy habitaban Asia y Oceanía y los de América, pues éstos tienen ya poco que ver con sus antecesores. También consideraba absurdo preocuparse por las rutas de poblamiento, ya que los lugares de partida no obligaban necesariamente a seguir una vía marítima o terrestre. Rompió de esta forma con la Historia y con el difusionismo cultural.

Los once grupos étnicos de amerindios son los siguientes:

SUBÁRTIDOS. Habitaban en la costa ártica (esquimales). Son de estatura pequeña, cuerpo rechoncho, extremidades cortas, piel amarillenta, ojo y mancha mongólicos.

COLÚMBIDOS. Habitaban en la costa pacífica de Canadá y Estados Unidos hasta el río Columbia. Son de estatura media o alta, cráneos braquicéfalos, torso y piernas cortas, piel clara y escasa pilosidad.

PUEBLO-ANDINOS. Habitaban dos regiones muy diferentes: una en Norteamérica, sobre las cuencas de los ríos Grande y Colorado, así como en los estados de Arizona y Nuevo México; otra sobre la cordillera andina en Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y norte de Chile. Son de estatura pequeña, cráneos meso o braquicéfalos, cabeza pequeña, torso muy grande, cabello negro, liso y rígido y escasa pilosidad.

APALÁCIDOS. Habitaban el oriente de los Estados Unidos, desde el río San Lorenzo hasta el Mississipi. Son de gran talla, dolicocéfalos con tendencia a la braquicefalia y color claro de piel.

PLÁNIDOS. Habitaban las grandes llanuras norteamericanas desde Alaska hasta el Atlántico. Son altos, mesocéfalos, con pómulos muy salientes, narices largas y cóncavas y piel bronceada.

SONÓRIDOS. Habitaban la costa pacífica norteamericana, desde el río Columbia hasta el actual estado de Sonora en México. Son altos, de cabeza pequeña, cara redondeada y piel algo oscura.

ÍSTMIDOS. Habitaban en el sur de México, Centroamérica y Colombia (excepto en la parte andina de este último país). Son de pequeña estatura, cráneos braquicéfalos, cara ancha y corta, nariz ancha, y cabellos y ojos de color negro.

AMAZÓNIDOS. Habitaban en la gran Amazonía, que va en Sudamérica desde los Andes al Atlántico y desde Venezuela hasta el río de la Plata, y principalmente las cuencas de los ríos Amazonas y Orinoco. Son de mediana estatura o baja, algo dolicocéfalos, cuerpo robusto, brazos largos, piernas cortas y piel amarillenta.

PÁMPIDOS. Habitaban la Pampa hasta la Tierra de Fuego y una gran parte del Mato Grosso en Brasil. Son muy altos, dolicocéfalos, pómulos salientes, mentón muy pronunciado, cara larga, nariz alargada y pelo liso y duro.

LÁGUIDOS. Habitaban en dos regiones muy diferentes, como el altiplano oriental

de Brasil y pequeñas áreas al sur de la península de California, México y costa de Chile. Son de estatura pequeña, muy dolicocéfalos y de cara y nariz anchas.

FUÉGUIDOS. Habitaban la Tierra de Fuego y algunas regiones de la costa chilena y del oriente colombiano. Son de estatura baja, dolicocéfalos, piernas cortas y cara y nariz largas.

A Imbelloni se le ha criticado la escasa influencia que atribuye al medio en la conformación de tipologías amerindias y lo incompleto y anticuado de los materiales que utilizó para su hipótesis.

2.5. *Mongoles, amurianos y murrayanos en América*

Siguiendo asimismo estudios somáticos y osteológicos y las hipótesis de numerosos antropólogos polirracistas (Imbelloni, G. Taylor, R. B. Dixon, H. S. Gladwin, E. A. Hooton, E. W. Count y F. Weidenreich), Birdsell desarrolló una compleja hipótesis cuyo planteamiento inicial era que no existían en el oriente de Asia pruebas sobre habitantes negroides, papúas, melanesios, ni mediterráneos del tronco caucasoide, por lo que habría que excluir totalmente la posibilidad de que ellos contribuyeran a poblar América (presupone, naturalmente, un poblamiento por el estrecho de Bering). Siguiendo a Conn, estima que del caucasoide arcaico se desarrolló el mongoloide que pobló rápidamente el este de Asia, alcanzando la región del río Amur, donde se configuró como amuriano. Este amuriano dio origen a los aino (que poblaron la isla de Yeso y las Kuriles) y a otro grupo que llegó a Australia, donde se configuró como grupo independiente en el río Murray, recibiendo por ello el nombre de murrayano.

América, según Birdsell, se pobló mediante una aportación dihíbrida asiática: primero de mongoles y amurianos, y murrayanos luego cuando éstos se habían ya independizado racialmente. Aseguró, además, haber encontrado rasgos amurianos en los amerindios vivos de la Baja California (cahuillas, yuki y pomo) y que el mestizaje de mongoloides y murrayanos creaba híbridos cuyo fenotipo predominante era el mongoloide.

A Birdsell se le ha acusado también de falta de pruebas seriadas que respaldaran sus hipótesis y la evidencia de que si el amerindio fuera resultado del mestizaje que propuso debería presentar alto porcentaje serológico N y muy apreciable de B, cosa que no ocurre.

2.6. *La Kon Tiki rompe el aislamiento del Pacífico*

Aunque las relaciones de Polinesia con América no contaban con ninguna evidencia histórica, no ocurría lo mismo en sentido inverso, ya que algunos cronistas españoles habían recogido relatos incas sobre una antigua expedición marítima por el océano hasta unas islas lejanas. Se trataba, concretamente, de los cronistas Pedro Sarmiento de Gamboa y Miguel Cabello de Balboa, quienes escucharon esta leyenda en fuentes separadas y de labios de los incas, pocos años después de la conquista. La leyenda señalaba que el antiguo monarca Topa Inca Yopanqui, después de conquistar la costa manteña, organizó una gran expedición marítima con 500 balsas en las que embarcó a 20.000 hombres y navegó hasta unas misteriosas islas llamadas Aua-

chumbi y Ninachumbi, donde estuvo algún tiempo y de las que regresó luego con unos prisioneros de tez negra y unas muestras de oro y plata, así como una silla de latón y unos cueros de un animal semejante al caballo.

La leyenda inca interesó mucho a varios científicos preocupados por las teorías de poblamiento americano, entre ellos al propio Rivet. El tema de la expedición inca recobró interés cuando se recogió en la isla de Mangareva (Polinesia) una tradición oral según la cual en tiempos pasados llegó allí una flotilla de embarcaciones de vela desde el Oriente que acaudillaba un rey llamado Tupa. Los nautas estuvieron en Mangareva algunos meses y volvieron hacia el Oriente sin haber regresado jamás.

El sueco Thor Heyerdahl se interesó por la posobilidad de demostrar la veracidad de la leyenda y mandó construir una balsa del tipo manteño siguiendo las descripciones de los españoles (entre ellas la de la balsa que Francisco Pizarro encontró en su viaje descubridor a Tumbes). La bautizó como *Kon Tikí*, y en 1947 emprendió con ella la travesía por el Pacífico, logrando arribar a las islas de Raroia, en el archipiélago de Tuamato, tras ciento un días de singladura. Probó así que el relato legendario tenía visos de veracidad, y que los indios, al menos los incas, pudieron poblar la Polinesia. Heyerdahl no dudó en una colonización de E. a O. que posteriormente han desmentido los hallazgos arqueológicos realizados en Polinesia. El poblamiento en esta parte del mundo se realizó, tal y como se imaginó al principio, de O. a E.

Pero si Heyerdahl había probado experimentalmente la posibilidad de realizar un poblamiento desde América hasta Polinesia por vía transpacífica, subsistía, sin embargo, el problema fundamental de cómo llegó entonces el hombre a América. El intrépido sueco elaboró entonces la hipótesis de una migración africana y se propuso probar su factibilidad con las embarcaciones conocidas como *Ra*, que veremos a continuación.

2.7. *Teorías viejas en barcos nuevos: las Ra I y II*

Las viejas teorías sobre la influencia de Egipto en América, y en particular las de la Escuela Heliolítica, parecían definitivamente enterradas desde mediados de los 20, cuando revivieron cincuenta años después como consecuencia de las travesías efectuadas por las *Ra*. Thor Heyerdahl se dispuso a finales de los 60 a completar el marco de las relaciones interoceánicas de América que había iniciado con la *Kon Tikí* para probar que unas embarcaciones del antiguo Egipto podían haber llegado a América.

Siguiendo cuidadosamente los modelos de embarcaciones de papiro egipcias existentes en el Museo de El Cairo, encargó la fabricación de una nave bautizada como *Ra* a tres expertos tchadianos. La transportó luego al puerto marroquí de Safi y embarcaron en la misma siete personas de diversas profesiones y naciones preocupados por estudiar determinados problemas relacionados con el comportamiento humano en condiciones límite. La *Ra* cruzó el Atlántico en 1969, dejándose llevar por las corrientes y los vientos dominantes y alcanzó a llegar a unas 500 millas al este de la isla Barbados, donde fue abandonada. Había recorrido 2.720 millas en cincuenta y cinco días.

El experimento se repetiría con otra nave similar bautizada como *Ra II*. Esta nueva embarcación fue fabricada en el propio puerto de Safi por cuatro indios aymaras traídos del lago Titicaca, donde se usan las conocidas naves o «caballitos» de fi-

bra de totora. En la *Ra II* embarcaron ocho personas, entre ellas el famoso antropólogo Santiago Genovés. Se hizo a la mar en 1970, e igual que en el caso anterior, fue arrastrada por las corrientes hacia América, llegando hasta la misma isla de Barbados después de cincuenta y siete días de travesía. La *Ra II* tuvo mejores condiciones marineras que su antecesora.

Los viajes de las *Ra* han tenido una enorme importancia para las teorías del poblamiento americano, pues si una embarcación de juncos del tipo egipcio pudo cruzar el Atlántico, con mucha más razón pudieron hacerlo otras más marineras como las fenicias, las cartaginesas, las romanas, árabes, etc. Todas las teorías sobre pueblos de la antigüedad desechadas tienen ahora un grado de verosimilitud.

El profesor José Alcina ha replanteado su estudio sobre las relaciones trasatlánticas precolombinas y ha completado recientemente su hipótesis de un poblamiento americano efectuado desde las costas de África noroccidental y Canarias durante el segundo milenio antes de Cristo, por unos pobladores de cultura formativa o neolítica cuyas huellas rastrea a través de las pintaderas, la vasija con mango vertedero y la figura femenina peniabierta. Estos pobladores, según el profesor español, tendrían rasgos negroides y caucasoides.

2.8. *Valdivia y los pescadores japoneses*

La cerámica de Valdivia originó una nueva hipótesis de poblamiento americano en los años 60. Los trabajos arqueológicos de Estrada y los Evans durante la década anterior en la costa de la provincia ecuatoriana de Guayas permitieron el hallazgo de la cerámica más antigua de América en Valdivia. Su cronología, obtenida por el carbono catorce, fue de 3.150 ± 150 a.C. Se trataba de una cerámica bastante elaborada y bien pulida. Los bordes de las vasijas estaban engrosados y terminaban en unas ondulaciones intencionales que producían el efecto de un almenado. Estaban decoradas con incisiones de líneas paralelas y puntos, algunos motivos de rectángulos reticulados, bandas anchas, espigas y triángulos. Era, en definitiva, una cerámica demasiado elaborada para ser la primera que se había inventado en América. Los ceramistas eran además un pueblo de recolectores de mariscos típico del periodo Arcaico. Desconocían la agricultura, incluso en sus primitivas fases experimentales. Su base alimenticia se completaba con algo de caza y pesca. Lo más llamativo era la imposibilidad de correlacionar este yacimiento cerámico con algún otro de la costa pacífica americana, bien al norte o al sur, lo que inducía a pensar que hubiera surgido como consecuencia de alguna migración venida por el Pacífico.

Estrada y los Evans buscaron posibles correlaciones en el Viejo Mundo y las hallaron, finalmente, en Japón, y más concretamente en las islas de Kiushu y Honshu. Allí, y hacia la misma fecha antes anotada (3000 antes de Cristo), se desarrolló la cultura del Jomón temprano por unos recolectores de marisco que combinaban también su dieta con pesca y algo de caza. Los japoneses fabricaban una cerámica muy parecida a la de Valdivia, con vasijas de borde almenado y decoraciones incisas de zig-zag, líneas curvas y rectas paralelas, espigas, etc. Pescaban con canoas, cuya evidencia arqueológica se ha encontrado.

La hipótesis de poblamiento no pudo ser más simple. Unos pescadores japoneses portadores de esta cultura del Jomón temprano fueron sorprendidos por alguno de los frecuentes tifones que azotan la región y se vieron arrastrados hasta la corriente

del Kuro Shivo que los arrojaría ya a la costa californiana y al Ecuador. Aquí encontrarían la corriente fría de Humboldt, justamente frente a la región de Guayas, y pudieron desembarcar. Habrían recorrido 9.450 millas durante un tiempo de unos once meses. Los japoneses encontraron allí unos habitantes primitivos que tenían una vida similar a la suya, lo que les permitió familiarizarse con ellos. Introdujeron entonces su técnica cerámica y posiblemente algunas prácticas religiosas.

La hipótesis de los pobladores japoneses fue muy discutida en los años 60. Se objetó principalmente la falta de similitud entre la cerámica de Valdivia y la del Jomón y la imposibilidad de realizar una travesía tan larga sin más medio de subsistencia que la pesca. Esto último no plantea ya grandes problemas después de las expediciones oceánicas realizadas, pero las dudas sobre el primer problema siguen subsistiendo. Además, en la década de los 60 se siguió trabajando en Valdivia y en Santa Elena y se encontraron muestras de otras cerámicas que demuestran una evolución de la técnica de la misma zona. En Puerto Hormiga (costa atlántica colombiana) se halló además otro yacimiento con cerámica y de una cronología casi similar a la de Valdivia (3.090 ± 70 a.C.), igualmente en el contexto de unos recolectores de marisco, que obliga a considerar que la cerámica americana se inventó en algún lugar desconocido de la zona septentrional sudamericana, desde donde se difundiría luego a varios lugares, Valdivia y Puerto Hormiga entre ellos. Algunos piensan que el centro difusor estuvo en la costa atlántica colombiana, mientras otros lo sitúan en la Amazonía.

2.9. *Contactos entre las altas culturas asiáticas y americanas*

Aparte de las hipótesis de poblamiento asiático existen en América unas evidencias de contactos tardíos con la misma Asia que han preocupado a gran número de científicos, como Robert Heine-Geldern, Gordon F. Ekholm, Paul Kirchhoff y Pere Bosh Gimpera entre otros. Su inquietud se centra no tanto en explicar el poblamiento de América como en responder a la evidencia de contactos entre altas culturas de uno y otro continente y en épocas ya tardías. Resultan muy interesantes, pues afrontan algunos de los grandes misterios culturales de la América prehispánica.

Tres grandes periodos recogen estas relaciones culturales:

a) Primer periodo (1700-1000 a.C.). Los estímulos foráneos procedentes del E. (mesopotámicos y del valle del río Indo) influyeron sobre las culturas Shang y Chu, y éstas, a su vez, sobre América. Ekholm anota que su consecuencia podría ser la aparición de la cultura Olmeca, que no puede explicarse mediante un proceso de evolución cultural en la región, sino únicamente por intrusión foránea. La representación del tigre en la cultura Chavín podría ser otra manifestación de tales contactos.

b) Segundo periodo (700 a.C. a 200 d.C.). Relacionaría los periodos medio y tardío de la cultura Chu con el área mesoamericana comprendida entre Veracruz y Honduras. Su influencia más significativa estaría en el estilo Tajín y en los vasos de mármol de Ulúa. Una influencia postrera de la dinastía se evidenciaría en los vasos trípodes y cilíndricos con tapadera que encontramos en Teotihuacan III, periodo con el que coincide además cronológicamente.

c) Tercer periodo (100-900 d.C.). Trae a América influjos hindú-budistas tales como el motivo del loto, las figuras humanas con cabeza de elefante, el makare

(monstruo marino que combina rasgos de cocodrilo, pez, elefante y delfín helenístico), las columnillas de estilo Puuc y la cabeza Kala-makara.

En cuanto a las vías de penetración, Ekholm se inclina decididamente por el NE. asiático y a través de tres rutas posibles: Por el estrecho de Bering, por vía transpacífica siguiendo la corriente del Kuro Shivo (la misma que emplearía luego el galeón de Manila español) y bordeando el NE. asiático y el NO. americano mediante navegación de cabotaje.

2.10. *Los vikingos en América*

No podemos cerrar este capítulo sobre las hipótesis de poblamiento sin citar brevemente a los únicos emigrantes del Viejo Mundo que llegaron a América según las fuentes históricas, los vikingos. Su poblamiento no es, ciertamente, ninguna hipótesis, sino un hecho bien conocido. Se realizó en época muy tardía y por ello influyó poco en la formación del pueblo amerindio.

Desde el siglo IX de nuestra era los vikingos venían realizando una expansión hacia Occidente desde sus bases escandinavas. Se asentaron en las islas Shetland, Orcadas e Islandia. Sus descubrimientos y colonizaciones se apoyaban en un extraordinario vehículo marítimo que era el *drakkar* o «serpiente». Una barca de 20 a 30 metros de eslora, unos 6 de manga y escasa quilla que navegaba a remos y a vela. Ésta se colocaba en una verga sostenida por un mástil fijo. En caso de tempestad o lluvia intensa la vela se utilizaba para cubrir a los remeros (unos 30). No tenía cubierta y su único gobierno era un remo en popa a la borda de estribor que se movía libremente en una estropa de cuero. Las dos extremidades de la embarcación eran igualmente puntiagudas y en la alta popa llevaban comúnmente tallada una figura de serpiente que daba nombre a este tipo de naves.

La exploración hacia América la inició el campesino islandés Erik Thorraldson, llamado el Rojo, que fue desterrado hacia el año 982 por haber cometido un homicidio. Erik el Rojo exploró el territorio groelandés al que se envió una flotilla con emigrantes en el año 986. Se fundaron entonces dos colonias que llegaron a acoger a unos 3.000 habitantes. En ellas nació el primer europeo americano que fue Snorri Thornfinsson.

Los vikingos siguieron explorando hacia Occidente. En el año mil, Leif Ericson, hijo de Eric el Rojo, descubrió la tierra firme americana: Markland o Terranova, Helluland o el Labrador y Vinland o Nueva Escocia. Thorwald, hermano de Leif Erikson, intentó colonizar en Vinlandia el año 1004 y al siguiente murió a manos de los scraelingos (esquimales), lo que motivó la retirada de los colonos. En el año 1010, Thorfinn Karlsefni intentó nuevamente colonizar en Vinlandia, pero fue rechazado por los esquimales. Los vikingos abandonaron definitivamente su proyecto de colonizar aquellas tierras y se retrajeron a sus colonias de Groenlandia.

Las relaciones entre los vikingos y los esquimales fueron al parecer bastante agresivas, lo que quizá influyó en la falta de interés por establecerse en sus tierras. Debieron existir, no obstante, algunas relaciones convencionales entre ellos. Hace unos años se encontró en un estrato inferior de una casa de Bergen correspondiente al siglo XII o XIII una escultura de una morsa, que es, sin duda, trabajo de los esqui-

males. Otros muchos objetos americanos pudieron también llegar a Escandinavia. Parece, en cambio, que la cultura vikinga no influyó en la esquimal.

3. Los invasores de la América glaciar

El poblamiento americano, como vemos, es un fenómeno complejo que plantea numerosas posibilidades migratorias sobre distintas zonas del Continente y en épocas diferentes. Especial importancia tienen las primeras oleadas humanas que llegaron al mismo, ya que son las que iniciaron la conformación básica del amerindio. En este aspecto los trabajos científicos de los últimos años permiten sobrepasar los límites de lo hipotético para entrar en el de la realidad. Veamos cuál es.

3.1. *Las primeras huellas del amerindio*

Indudablemente, América es un continente marginal al proceso de hominización cuyos elementos evolutivos se sitúan en la mitad meridional de Eurasia y en el norte y este de África. En América existieron durante el Terciario algunas especies de primates primitivos o prosimios (El *Purgatorius* de Montana tiene unos setenta millones de años) que, evidentemente, tienen un origen común con los del Viejo Mundo, esplicable por el hecho de haber estado unido al mismo hasta hace unos cuarenta millones de años. A partir del Eoceno se desarrollaron algunos simios, los platirrinos, que no evolucionaron hacia formas más complejas como, por ejemplo, ocurrió con los catirrinos del Viejo Mundo. América quedo así al margen del proceso de hominización del Cuaternario, tanto en sus fases prohomínidas (australopitecinos) como homínidas (pitecantropinos). Esto no ha impedido, sin embargo, que algunas formas de fauna arcaica subsistieran hasta el Pleistoceno e incluso hasta nuestros días.

América es así un contienente poblado por el Homo Sapiens y además tardíamente, ya que no le fue fácil acceder a un continente que estaba prácticamente aislado de aquellos en los que surgió.

Prescindamos ahora del problema de por dónde entró y preocupémonos de ver sus primeras huellas. Se discute mucho cuáles son los artefactos más antiguos que hizo, y el tema se tratará con detalle en el próximo capítulo de la Prehistoria, pero ahora que todos los científicos están de acuerdo en que hay una indudable presencia humana desde hace unos trece mil años, cuando el amerindio fabricó unas puntas de proyectil con las que cazaba. Hay también una serie de artefactos burdos muy dudosos, tales como nódulos y lascas, que son aceptados como útiles humanos por gran cantidad de científicos y datan de hace veinte a cuarenta mil años. Los yacimientos donde se encontraron son famosos y citaremos algunos de ellos: Lewisville (Denton, Tejas) de 36.000 a 35.000 años; Texas Street Site (San Diego, California), 33.000 años; Tule Spring, 26.000 años; Santa Rosa (California), 27.500 años, etc.

Todavía existen algunos implementos líticos que sobrepasan la cronología de los cuarenta mil años, pero tienen escasa credibilidad científica. Se trata de algunos machacadores que parecen obra de la misma naturaleza y que se encontraron al sur de California en el desierto de Mohave, concretamente en el sitio conocido como Calicó Hill. Su antigüedad obtenida por el sistema de uranio-torio se fijó en doscientos mil años, sin embargo tal cronología es incluso rechazada por algunos de los que aceptan

que son útiles humanos, como MacNeish, quien piensa deben datar como mucho de la glaciación Wisconsin.

Nos encontramos así con una probable presencia humana en América desde hace unos cuarenta mil años y segura desde hace unos trece mil años. Esto nos coloca necesariamente en la época final del Pleistoceno y más concretamente en la del glaciar Wisconsin. Fue entonces cuando el hombre pobló el Continente.

Un segundo aspecto importante a considerar es que la cronología de la presencia humana va descendiendo a medida que avanzamos hacia el Sur. Los cazadores con punta de proyectil de Sudamérica son más modernos que los de Norteamérica y la cultura de nódulos y lascas ha dado sus fechas más antiguas en América del Norte también, lo que parece indicarnos un poblamiento de Norte a Sur y a través del istmo de Panamá. Lo estudiaremos luego con mayor detalle en la Prehistoria, pero ahora baste decir que el poblamiento primigenio apunta hacia Bering como lugar de acceso, cosa que por otra parte tiene enorme lógica y fue señalado reiteradamente en las hipótesis de poblamiento.

La tercera anotación que deseamos dejar sentada es que los artefactos humanos (ya los veremos) nos indican la presencia de un poblador de escasa cultura, similar a la de un paleolítico del viejo mundo. Esto dificulta la posibilidad de supervivencia en medios de pocos recursos económicos apropiables (caza, pesca o recolección), así como también descarta cualquier travesía oceánica que requiriera embarcaciones complejas o navegaciones muy largas.

Tenemos así acorralado al primer poblador de América como un hombre de cultura muy primitiva que penetraría en el Continente durante el glaciar Wisconsin y probablemente por la vía de Bering.

3.2. *América a finales del Pleistoceno*

El Cuaternario americano, igual que el euroasiático, se caracterizó por las glaciaciones, que depositaron grandes masas de hielo sobre la superficie terrestre, principalmente sobre las próximas al círculo polar y las grandes cadenas montañosas. Las cuatro glaciaciones, correspondientes a las europeas Günz, Mindel, Riss y Würm, se denominan usualmente (los nombres varían según los países donde se estudian) Nebraska, Kansas, Illinois y Wisconsin. Entre cada dos glaciaciones existió el correspondiente periodo interglacial. El de la transición de Illinois al Wisconsin se llama Sangamon y terminó hace unos setenta mil años, antes, por consiguiente, de la posible penetración del hombre en América.

El glaciar Wisconsin, en forma similar al Würm, tiene varios periodos de avance y retroceso de los hielos. Todavía se está estudiando en profundidad, pero en términos referenciales comenzó hace unos cincuenta mil años y terminó hacia el 7.000 a.C., cuando se inició el Holoceno o Reciente en que vivimos. Veamos un esquema del proceso:

Periodo Cuaternario	Avances hielo	Años a.C.
Glaciar Nebraska		
Glaciar Kansas		
Glaciar Illinois		
Interglaciar Sangamon		100.000
Glaciar Wisconsin:		
	Fases Alton y Farmdale	50.000
	Interestadio Farmdale/Iowa	30.000
	Avance Iowa	25.000
	Interestadio Peoria	23.000
	Avance Tazewell	20.000
	Interestadio Brady	14.000
	Avance Cary	13.600
	Estadio Mankato	11.000
	Interestadio Twoo Creeks	10.000
	Estadio Valders	9.000

Periodo Holoceno o Reciente	
Anatermal	7.000 a 5.000
Altitermal	5.000 a 2.000
Meditermal	2.000 al presente

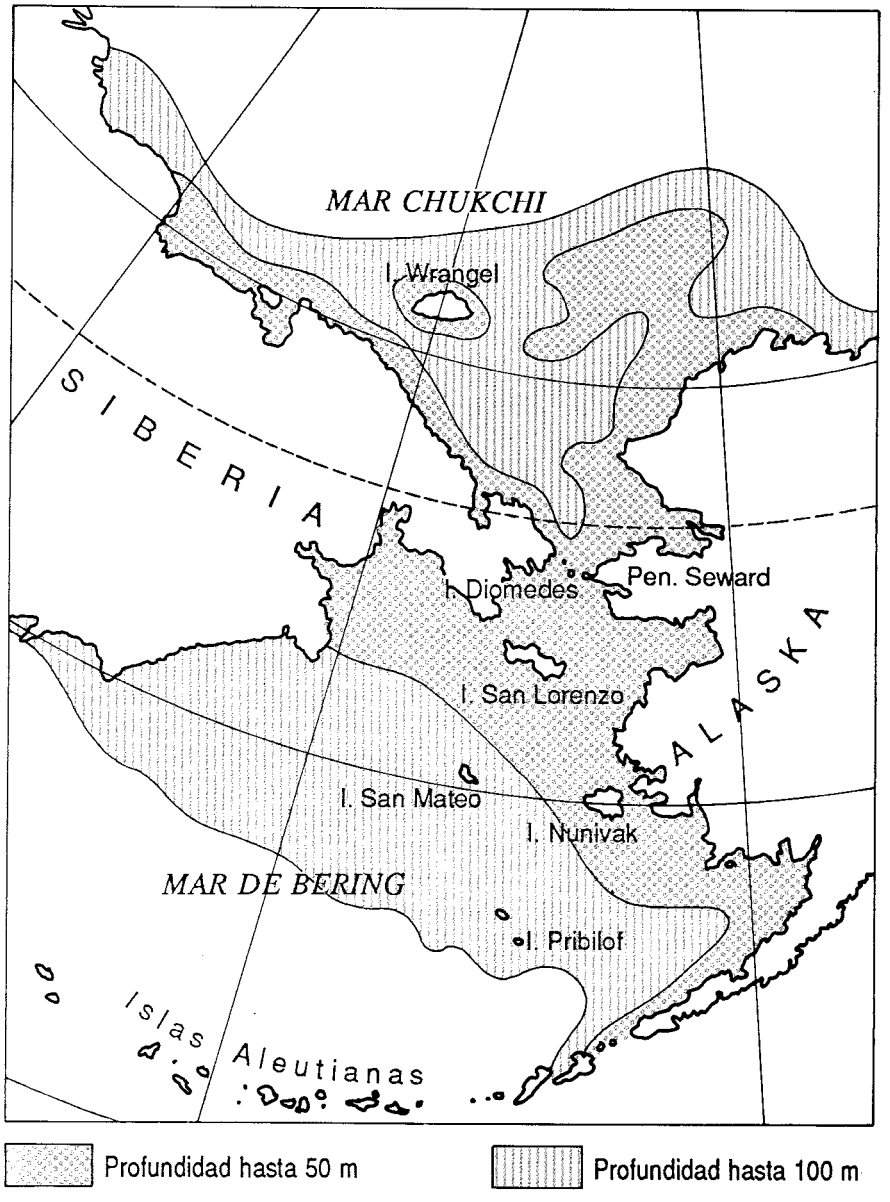
La glaciación Wisconsin comienza así con dos fases de avance de hielos que son las Alton y Farmdale hace unos cincuenta mil años. Tras un interestadio, sigue el avance Iowa, el interestadio Peoria, el avance Tazewell, el interestadio Brady y el avance Cary. Este último empezó unos 13.600 años a.C. y se detuvo hacia los 12.000 años a.C. El interestadio Two Creeks o de retroceso de hielos estuvo situado entre dos estadios de avance de los mismos, que son el Mankato y el Valders. Hacia el año 8.000 a.C. la glaciación Wisconsin termina y los hielos empiezan a retroceder. En el 7.000 a.C. se inicia ya el Holoceno o Reciente, que tuvo también oscilaciones climáticas. El altitermal u *optimun* climático se dio hace unos siete mil años.

La variabilidad térmica durante el Wisconsin influiría en la flora y fauna americanas creando obligados desplazamientos de algunas especies, e incluso la aparición y desaparición de otras. En la zona noroeste de América se registraría un juego de avance y retroceso de dos grandes glaciares, que son el del casquete ártico o Laurentida y el procedente de las Montañas Rocosas o Cordillerana. Los dos glaciales se soldarían en momentos de máxima glaciación y se separarían, dejando un pasillo entre ellos, en momentos de interestadios.

3.3. *Bering, estrecho y puente asiaticoamericano*

El estrecho de Bering que separa América de Asia ha sido tradicionalmente el punto elegido para explicarse el poblamiento inicial del Nuevo Mundo, no obstante conviene conocerlo bien para comprender la facilidad de acceso que ofrecería durante la última glaciación.

Llamamos Beringia la región terrestre y marítima en torno al mencionado estre-



El estrecho de Bering durante el Cuaternario.

cho. Su parte oriental de Asia es la península de Chukchee y la occidental de América la península de Seward, en Alaska. Entre sus extremos media sólo una distancia de 90 kilómetros que pueden navegarse con relativa facilidad, dado que en el centro del mismo están las islas Diomedes, que pueden servir de escala. Los aborígenes de la zona suelen cruzar el estrecho en frágiles embarcaciones.

Las Diomedes no son las únicas islas, pues más al sur tenemos las de San Lorenzo y San Mateo, Nunivak y Pribilof, antes, naturalmente, del archipiélago de las Aleutianas que circunda la zona.

Beringia tiene en su mayor parte menos de 100 metros de profundidad, y en algunas partes, concretamente en la del estrecho que separa las penínsulas de Chukchee y Seward, menos de 50 metros. Esto es muy importante, porque si las aguas del océano Pacífico descendieran esos cien metros desaparecería el estrecho y quedaría sustituido por un puente terrestre entre Asia y América. Pues bien, sabemos que esto ocurrió realmente en algunas fases del glaciar Wisconsin, cuando el nivel del océano descendió hasta 200 metros por debajo del actual. Fue en momentos de máxima glaciación, cuando la tierra se cubrió de inmensos glaciales. Sabido es que la cantidad de agua de nuestro planeta es constante y si se concentra sobre la tierra en estado sólido debe descender lógicamente la masa acuosa oceánica. Este puente terrestre de Bering permitiría no sólo el paso de los hombres, sino también de los animales que cruzarían de uno a otro continente.

El descenso del nivel del mar en momentos de máxima glaciación facilitaría además el acceso a Norteamérica por la costa. Tras franquear Bering, el poblador asiático tenía sólo tres posibles modos de ingresar a las planicies norteamericanas: uno por el corredor interglaciar existente entre la Lauréntida y la Cordillerana, otro bordeando la llanura ártica y el tercero por la costa. El primero estaría cerrado en momentos de máxima glaciación (precisamente cuando se facilitaba el acceso terrestre por Beringia), ya que los dos glaciales se habrían soldado formando un muro infranqueable. El segundo sería igualmente impracticable en momentos de avance del glaciar. En cuanto al tercero, sería el único utilizable, ya que el máximo glaciar haría descender el nivel del mar y dejaría en la costa pacífica norteamericana (desde Alaska hasta la de Estados Unidos) una mayor franja de playa que permitiría al emigrante asiático llegar hasta la cuenca del río Columbia, entrando luego por ésta hacia el interior de los Estados Unidos.

3.4. *El paso de los pobladores*

Verdaderamente resulta muy difícil saber en qué momento del Wisconsin se produjo el paso del hombre asiático. Los restos arqueológicos más antiguos encontrados en Alaska son los de Old Crow Flat y datan de hace unos veinticinco mil años, pero pertenecen a la discutida cultura de nódulos y lascas (como sabemos ha dado cronologías más antiguas en otros lugares de Norteamérica). Tenemos así que movernos en una cronología que fluctuaría entre los comienzos del glaciar y unos trece mil años, cuando se produjo el avance Cary, sin posibilidad de determinar el momento exacto de la penetración.

Laming-Emperaire señaló que cuando llegaron a América los emigrantes asiáticos pudieron encontrar tres posibilidades: que Bering tuviera una situación climática semejante a la de la actualidad, que ésta fuera más caliente o que fuera más fría. La

primera situación sabemos que se dio durante el interglacial Sangamón, en el interestadio Two Creeks y, naturalmente, en el Anatermal y Meditermal del Holoceno. El Sangamón es demasiado antiguo, pues sobrepasa los setenta mil años, y el Two Creeks excesivamente moderno, ya que data de hace sólo diez mil años. Los del Holoceno quedan descartados por la misma razón. Es posible que durante ellos se efectuaran otras migraciones asiáticas, pero no de los primeros pobladores.

La posibilidad de que el clima fuese mas cálido que en la actualidad sólo ocurriría durante el Sangamón o en el Holoceno, ya que durante el Wisconsin fue igual o más frío que en la época actual.

La tercera, de que el clima fuese más frío, es la única que podemos manejar de cara al poblamiento y nos ofrece una gran gama de posibilidades, especialmente en los momentos de gran avance del glaciar que es cuando Bering se convertiría en un puente terrestre y la costa en una playa de fácil penetración. El hombre asiático pudo entrar así en las fases iniciales del Wisconsin o en los grandes avances Iowa, Tazewell y Cary, y quizá durante varios de ellos. En tal caso no podría utilizar el pasillo interglaciar, que estaría cerrado, y menos aún la ruta ártica. ¿En cuál de todas las señaladas? No hay una respuesta unánime. Para los defensores de la cultura de nódulos y lascas este poblamiento tuvo que realizarse en las primeras fases Alton y Farmdale con las que se inició el Wisconsin. Para los que niegan la existencia de tal cultura y admiten únicamente la presencia humana a través de la cultura de puntas de proyectil, esto no sucedió probablemente hasta el avance Cary, hace unos trece mil seiscientos años. Gran parte de los prehistoriadores han adoptado una fórmula ecléctica, y es considerar dos grandes oleadas de emigrantes asiáticos y por la misma ruta de Bering. La primera sería la de los portadores de la cultura de nódulos y lascas hace unos cuarenta mil o cincuenta mil años (fases Alton y Farmdale). La segunda sería la de los cazadores que usaban las puntas de proyectil hace unos trece mil seiscientos años (avance Cary).

Ahora bien, lo que no puede sostenerse en la actualidad es que esta migración asiática fuera la única que pobló el continente. En América existieron al menos once tipologías de indios cuya diferenciación somática es imposible de explicar por razones de medio ambiente en un lapso de tiempo de quince o cuarenta mil años. Tampoco puede explicarse un tronco común para las 117 lenguas existentes según Loukotka o las 90 que indicó Swadesh. Las ocho grandes familias lingüísticas (Makrochibcha, Ecuatorial andina, Ge-pano-caribe, Otomangue, Tarasca, Hoka, Penutia y Azteco-tano) evidencian un poblamiento múltiple. Sabemos también que los océanos no son tan infranqueables como se pensaba antaño y que tienen corrientes marinas que inexorablemente llevan a América a pequeñas embarcaciones. Necesariamente hemos de admitir la llegada al Nuevo Mundo de otros muchos grupos pobladores procedentes del sureste Asiático, de Polinesia-Melanesia, posiblemente de Australia y también de África y de Europa. La Esfinge indiana sigue guardando su secreto, pero, como decíamos al principio, el esfuerzo científico realizado ha permitido ya desvelarlo en una gran parte, quizá en su mayor parte.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

ALCINA FRANCH, José, *Los orígenes de América,* Madrid, Alhambra, col. Estudios, 1985.

BLASCO BOSQUED, María Concepción, y Luis Javier RAMOS GÓMEZ, «La Prehistoria», en *Gran Historia Universal,* vol. XXVI, Madrid, Club Internacional del Libro, 1986.

BERDICHEWSKY, Bernardo, *En torno a los orígenes del hombre americano,* Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1973.

BOSCH GIMPERA, Pere, *La América prehispánica,* Barcelona, Ariel, 1975.

CARRASCO, Pedro, «América Indígena», en *Historia de América Latina* 1, Madrid, Alianza América, 1985.

COMAS, Juan, *Origen de las culturas precolombinas,* México, SepSetentas, 1975.

EKHOLM, Gordon, «Transpacific contacts», en *Prehistoric man in the New World,* Chicago, Chicago University Press, 1964.

GENOVÉS, Santiago, *Ra. Una balsa de papyrus a través del Atlántico,* México, UNAM, 1972.

HEINE-GELDER, Robert, «The problem of transpacific influences in Mesoamérica», en *Handbook of Middle American Indians,* vol. 4, Austin, 1966.

IMBELLONI, José, *La segunda Esfinge indiana,* Buenos Aires, Hachette, 1956.

KIRCHHOFF, Paul, «The diffusion of a great religious sistem from India to México», *Actas del XXXV Congreso Internacional de Americanistas,* vol. I, México, 1964.

LAMING-EMPERAIRE, A., «Le problème des origines americaines», en *Cahiers d'Archeologie et d'Ethnologie d'Amerique du Sud,* Lille, 1980.

LUCENA SALMORAL, Manuel, «La evolución del mundo indígena. Paleoindio, Arcaico y Formativo», en *Historia General de España y América,* vol. VII, Madrid, Rialp, 1982.

PERICOT, Luis *América indígena,* Barcelona, Salvart, 2.ª edic., 1962.

RIVET, Paul, *Los orígenes del hombre americano,* México, Cuadernos Americanos, 1943.

SHUTLER, Jr., R., *Early man in the New Vorld,* Beverly Hills, 1983.

MANUEL LUCENA SALMORAL

SEGUNDA PARTE

PREHISTORIA DE IBEROAMÉRICA

LAS PRIMERAS CULTURAS

Aunque la prehistoria de América alcanza su mejor desarrollo en el área que denominamos Iberoamérica, verdadero objeto de nuestro estudio, hasta el punto de desembocar abiertamente en un proceso protohistórico (incluso histórico, si no nos atuviéramos a una clasificación muy exigente y tradicional que rige todavía en la enseñanza), durante sus primeras fases tiene un indudable énfasis en América del Norte, impuesto no sólo por el rigor de los trabajos científicos, sino sobre todo por el hecho de que las mayores oleadas de pobladores ingresaron en el Continente por Bering, de donde se fueron extendiendo a los restantes lugares. Esta realidad, así como el hecho de correlacionar mejor la tradición cultural iberoamericana, nos impone enfatizar el estudio de Norteamérica al menos en los primeros procesos de desarrollo cultural, como son los que van a ocupar nuestra atención inmediata.

En términos generales y didácticos —lo que conlleva siempre la crítica del rigor científico—, podemos distinguir cinco periodos de la prehistoria iberoamericana, todos ellos con nombres muy discutibles, de los que hemos seleccionado los de los Orígenes culturales Arcaico, Formativo, Clásico y Postclásico, sin ninguna finalidad polémica, sino únicamente didáctica, ya que es necesario organizar su estudio en fases para la mejor comprensión.

I. LOS ORÍGENES CULTURALES

Los orígenes culturales americanos son todavía objeto de grandes polémicas científicas, como antaño lo fueron los del Viejo Mundo. En líneas muy generales se aceptan tres grandes etapas iniciales, que son también denominadas de muchas maneras y que nosotros titularemos como de «Cultura de nódulos y lascas», «Cazadores de la megafauna» y «Cazadores-recolectores». La primera y más antigua se caracteriza por la utilización de unos artefactos líticos muy burdos, que recuerdan los eolitos. Sus restos culturales nada o poco se relacionan con capas estratigráficas sobre todo en la prehistoria de América del Norte. Una segunda etapa se caracteriza por una tecnología depurada, bien realizada, con excelente manufactura de formas y de utilización, y una gran riqueza de materiales arqueológicos. El elemento tal vez más importante que define esta etapa es la presencia de unas formas llamadas puntas de proyectil que definen hasta cierto punto áreas culturales. Estos artefactos son típica-

mente americanos, aunque algunos especialistas partidarios del difusionismo quieran ver en ellos antecedentes en el Viejo Mundo. En la tercera la recolección se convierte en la base de su economía, a un paso de las primeras plantas cultivadas. Una fragmentación cultural interna comienza a caracterizar ciertas etapas y regiones del continente, basadas en una economía más diversificada, consecuencia de un proceso de cambio en el medio ambiente, transformación que se nos muestra a través de una tecnología bastante más compleja.

Con la aparición de las primeras plantas cultivadas se termina la prehistoria americana propiamente dicha (aunque, en realidad, en muchas regiones del continente, la etapa prehistórica, en el sentido estricto de la palabra, alcanza hasta la llegada de los europeos) en los espacios que conocemos con el nombre de América Nuclear, o sea, desde la frontera norte de Mesoamérica hasta la actual entre Chile y Perú aproximadamente.

Las primeras etapas de la prehistoria americana son muy difíciles de clasificar y de ordenar, y sobre todo de darles un nombre específico. Se han inventado varias denominaciones, que utiliza cada investigador, creándose un verdadero caos de nomenclatura.

1. La cultura de nódulos y lascas

La etapa más antigua de la prehistoria americana ha recibido varios nombres. De entre los más conocidos y adecuados vale la pena destacar los siguientes: Horizonte de «pre-puntas de proyectil» *(Pre-projectil, Point Horizon),* tal vez la denominación más utilizada ahora. El nombre fue propuesto por Alex D. Krieger. Le siguen el de «Nódulos y Lascas», de Pere Bosch Gimpera; el de «Paleo-indio», dado por H. M. Wormington; «Proto-lítico», de O. F. A. Menghin; «Lítico inferior» o «temprano», de Gordon R. Willey y Phillips. Además de otros nombres como el de «Arqueolítico» de José L. Lorenzo; «Estadio de la Percusión» (Semanario de Andover); «Estadio Paleolítico inferior», nombre dado por diversos investigadores.

Para este periodo y de acuerdo con A. D. Krieger, el nivel técnico del trabajo de la piedra fue bastante bajo. La forma y manufactura de los implementos americanos nos aproxima casi a un Paleolítico inferior de Europa, etapa prehistórica mucho más antigua que la americana, pero con una tecnología semejante. Los utensilios fueron confeccionados por el sistema de percusión, a menudo, lanzada. El artefacto que se quería obtener se realizaba sobre un núcleo o una lasca grande, que incidía en su burdo acabado. De ahí surge la peculiaridad más sobresaliente de esta etapa, que son los utensilios grandes, pesados y como consecuencia de embarazoso manejo.

Al material lítico lo acompañan otros materiales tal vez más maleables, pero, por desgracia nuestra, mucho más perecederos, como por ejemplo el hueso, la madera, el cuerno y el marfil. La composición social de esta escasa población que por primera vez penetró en América sería de familias nucleares organizadas en microbandas que se reunían alrededor de hogueras que a menudo encontramos y de cuya realidad dudamos muchas veces. Su economía fue siempre muy diversificada e imprecisa, como en buena parte lo era su tecnología. Sus asentamientos en América del Norte fueron casi siempre sencillos campamentos cerca de lugares en los que abundaban el agua, la caza y las plantas o animales recolectables. Condiciones de este tipo generalmente tenían lugar cerca de lagos creados por el deshielo de los glaciares. Las cuevas, cuando era posible y adecuado utilizarlas, fueron habitadas.

Esta primera etapa de la prehistoria americana es todavía bastante complicada y difícil de encauzar. Los artefactos encontrados se presentan a menudo bastante menos definidos que los del Viejo Mundo. Además, hay que tener en cuenta que en muchas ocasiones aparecen en una extraña promiscuidad tipológica. En un mismo lugar y nivel estratigráfico pueden llegar a encontrarse puntas de proyectil realizadas con una gran pericia junto con otros artefactos de una ejecución tan tosca que nos recuerdan a los eolitos.

Una buena parte de estos artefactos se hallan sobre la superficie del suelo, otras veces relacionados con hogares o animales extinguidos. De vez en cuando en las capas más profundas de una cueva o un abrigo. A veces los implementos y los restos óseos de megafauna no aparecen juntos, pero sí en el interior de una misma capa geológica. Todas estas y otras circunstancias nos ayudan a conformar una cronología de la evolución prehistórica del Nuevo Mundo, e ir desgranando las etapas más antiguas de su evolución cultural.

1.1. *Su formación*

La mayor parte de los investigadores admiten esta etapa de la prehistoria americana (llámese Prepuntas de Proyectil, Nódulos y Lascas, Arqueolítico o Tradición de Lascas) como la más antigua de América. No se originó en el Nuevo Continente, sino que vino formada o al menos bastante esbozada por sus primeros inmigrantes. Poblaciones procedentes del este y del noreste de Asia, región en la que predominaba desde muy antiguo de acuerdo, por ejemplo, con P. Bosch Gimpera (1975), una antigua tradición de nódulos y lascas con partidores *(choppers),* por lo general «muy pura, con escasas influencias e infiltraciones de las hachas de mano».

C. S. Chard y otros muchos investigadores aceptan esta proposición, uniéndola con el proyecto de que el hombre entró en América a mediados del Pleistoceno. Otros (Sanders y Marino 1973) aceptan la idea de que tal acontecimiento pudo ocurrir durante un periodo cálido, posiblemente el interglaciar Sangamon o un interestadial caluroso del Pleistoceno. El lapso de tiempo más aceptado es, sin embargo, el principio o mediados del periodo glacial Wisconsin. Para estas fechas se argumenta que las poblaciones asentadas en Siberia, el este y el sudeste de Asia se encontraban provistas de un bagaje cultural relacionado con la proposición de P. Bosch Gimpera de artefactos a base de nódulos y lascas *(choppers-chopping tool Tradition).* Por supuesto que estas primeras oleadas de población hacia América desconocían las puntas de proyectil y como consecuencia el bifacialismo. Su instrumental más característico fue el de rudos artefactos sacados de núcleos *(choppers and scrapers)* (Willey, 1966). De acuerdo con C. S. Chard, esta primitiva cultura evolucionó por sí sola en Beringia, Alaska y al sur de las zonas cubiertas de hielo de América del Norte. La población que por primera vez pasó al Nuevo Continente parece ser que fue poca, pero es la única que tiene el honor de haber descubierto por primera y única vez el continente americano.

Esta misma población, unos miles de años más tarde, dio origen a las puntas de proyectil, empezando por un tosco y tímido bifacialismo, hasta transformar sus conocimientos en una gran riqueza de artefactos de los que sobresalen las puntas de

proyectil lanceoladas, sin pedúnculo y con una acanaladura central a ambas caras del artefacto, una forma netamente americana.

1.2. *Desarrollo en América del Norte*

Se denomina con el término de Nódulos y Lascas a la fase de la prehistoria americana en la que los artefactos son imprecisos y realizados con una burda tecnología. Hasta ahora los implementos líticos son los más abundantes porque han resistido mejor la inclemencia destructiva del tiempo, pero no fueron, por supuesto, los únicos. Se trata del periodo prehistórico del continente con mayor problemática a causa de su antigüedad, ambigüedad y de la peculiaridad de la prehistoria americana.

Una etapa cultural más o menos compleja es la conformación de un orden cultural que tiene su base, en realidad sus cimientos, en un patrón de existencia que se fundamenta en una proposición económica muy específica y en un ambiente social que se refuerza y que en cierto modo depende de aquel factor económico. Sin lugar a dudas, los restos de cultura material, o sea los arqueológicos, nos ayudan mucho en la configuración de una cierta economía y un orden social muy preciso, puesto que una etapa cultural cualquiera se identifica, en arqueología, entrañablemente con sus restos materiales.

Entre los materiales identificados hasta hoy día de la etapa cultural que estamos analizando abundan las lascas, algunas navajas con retoques en los bordes rayantes o cortantes,a veces con denticulaciones para reforzar su utilidad. Durante este periodo de la prehistoria americana se presentan en algunas ocasiones los llamados retoques alternos, pero sin llegar a un claro bifacialismo, aunque de vez en cuando se logran artefactos bifaciales junto con instrumental no lítico como, por ejemplo, el hueso y otros materiales, como se verá más adelante.

Por lo general, una etapa cultural prehistórica se delimita en el espacio, en el tiempo y en la cronología por unos determinados artefactos utilizados en el interior de su contexto cultural. Implementos que pueden ser, por ejemplo, unas formas específicas de puntas de proyectil. En estos niveles de investigación a menudo no se toman en cuenta, en la conformación de un orden cultural, el resto de los elementos de cultura material que acompañan a las puntas de proyectil. Sin embargo, se trata a veces de artefatos que en algunas ocasiones nos ayudan a conocer toda una completa faceta del ambiente cultural que utilizaba determinadas formas de puntas de proyectil. Implementos que pueden llegar a ser, de acuerdo con la economía del pueblo en estudio, de un gran valor como, por ejemplo, los raspadores para limpiar las pieles de la grasa animal y posteriormente curtirlas o las piedras de moler para triturar ciertas gramíneas u otros frutos para su conservación o inmediata utilización. Lo que ocurre es que este tipo de artefactos llegan a ser muy semejantes por su función en cualquier pueblo o etapa cultural de la prehistoria y por sí solos no llegan a determinarla.

Esta etapa cultural se caracteriza por la presencia de burdos artefactos líticos y otros de materiales perecederos. Instrumentos realizados en la mayor parte de las ocasiones de grandes lascas sacadas de gruesos núcleos o directamente de cantos rodados. Para realizarlos se utilizó el sistema de percusión, la mayor parte de las ocasiones lanzada. Posteriormente se efectuaban los retoques a percusión necesarios para mejorar la función que se le quería dar al artefacto. A veces se trataba de encon-

trar por medio de las modificaciones necesarias partes o bordes cortantes para utilizarse como cuchillos, raspadores, buriles, etc. Ninguno de los grupos de los implementos encontrados hasta ahora presentan las suficientes características que puedan utilizarse con el fin de conformar alguna forma de tipología que englobara en su interior determinadas formas de implementos definidos y con rasgos precisos.

Otra de las características de los instrumentos de esta época es una casi total ausencia de artefactos bifaciales. Sin embargo, se presentan elementos de bifacialismo en determinadas circunstancias, sobre todo cuando se trata de conseguir un lasqueado alterno para hacer más cortante el filo de las lascas utilizadas como implemento. Se trata, sin lugar a dudas, de una metodología muy sencilla, lo que comporta la presencia de una escasa variedad de formas. En algunas ocasiones los implementos son tan toscos que se hace difícil adivinar que puedan ser artefactos realizados por el hombre para utilizarlos con alguna finalidad provechosa.

Como se ha indicado con anterioridad, parece ser que en la actualidad la denominación más aceptada para esta etapa cultural de la prehistoria americana corresponde a la propuesta dada por Alex D. Krieger (1974) con el nombre de horizonte de Prepuntas de Proyectil. Sin embargo, debería agregársele a la denominación propuesta «líticas», puesto que ésas son las únicas que aparecen en los yacimientos arqueológicos de esta época. Debe pensarse en la posibilidad ya comprobada, además de ser casi una exigencia inherente de una tradición cultural de cazadores-recolectores, de la presencia de algunas formas de puntas de proyectil realizadas con materiales no líticos (madera, hueso, marfil, etc.), como hacen todavía hoy día muchos pueblos como, por ejemplo, los de la Amazonia, región con una ausencia casi total de rocas adecuadas, lo que obliga a sus habitantes a hacer puntas de proyectil de diversos materiales. En estas condiciones, tanto la madera como el hueso, espinas de pescado o cactus, dientes de animales y otros materiales son útiles para obtener buenas y apropiadas puntas de proyectil; fáciles de construir, adaptar, más abundantes y menos pesadas que las líticas.

Un yacimiento arqueológico con materiales de esta índole (no líticos) podría ser el de Old Crow en el norte del Canadá, muy cerca de la frontera con Alaska, en el interior de la cuenca del río Yukon, lugar arqueológico que ya nos ha proporcionado una gran cantidad de materiales culturales que forman parte de una etapa cultural prehistórica como la que estamos tratando. En este sitio se ha encontrado toda una serie compleja de materiales óseos de gran valor para conocer las primeras etapas de la prehistoria americana, a través de materiales no líticos, puesto que no nos ha proporcionado este lugar todavía ningún artefacto lítico (Lorenzo 1981). La industria de artefactos osteodontoqueráticos de Dart (1957) se refiere a esta idea y tiene sus precedentes en los trabajos de Pei (1938).

En el instrumental de Old Crow se encuentran huesos de fauna extinguida. De entre ellos un número bastante considerable muestra huellas de haber sido modificados por el hombre. La fecha de C.14 para este yacimiento nos acerca a los 40000 a.C. (Irwin y Harrington, 1973). Con estos datos puede demostrarse que estas zonas americanas casi árticas ya estarían habitadas antes de los 40000 a.C.

Para Lorenzo (1981) esta etapa de la prehistoria americana es muy significativa e importante, por hallarse las primeras huellas del hombre en el Nuevo Mundo. Él nos recuerda que hizo

acto de presencia por todo el Continente americano, aunque disperso y escaso. Salvo en algunos lugares, pocos, el material es frustrante y, en la mayoría de los casos lo que se encuentra son huellas claras de la presencia humana, en distintas formas, pero nada específico. Son frecuentes restos de hogares, sin otros materiales asociados; huesos de fauna extinguida con claras huellas de transformación o uso, o de ambas cosas; litos con poco trabajo de transformación, que en muchas ocasiones son atribuibles a la presencia humana, no tanto por el trabajo que demuestran, sino por pertenecer a especies de rocas que no son las del roqueo del sitio del hallazgo y no son raros a veces en las que los artefactos pertenecen al mismo lugar, planteándose el dilema de si se trata de artefactos o productos de modificación natural.

Para esta primera etapa o cualquier otra de la prehistoria americana no hay que olvidar la riquísima fauna marina y fluvial de sus costas y de sus ríos desde Alaska hasta la Tierra de Fuego. No se debe pasar por alto, por ejemplo, la rica fuente de economía que presenta para los pueblos del NO la pesca del salmón o la abundancia de recolección marina (moluscos, almejas, caracoles marinos, etc.) entre los fueguinos hasta nuestros días en el extremo sur de las costas del Pacífico americano, o la importancia de la fauna marina en los pueblos de la costa del Perú, de Chile y entre los sambaquís.

Una tecnología muy sencilla como acaba de describirse para esta etapa de la prehistoria americana se completaba con una economía muy diversificada y poco especializada. Algunos grupos se establecían temporalmente en lugares de cierta riqueza vegetal para la recolección. Otras veces persiguiendo algún animal de grandes manadas (venados, caribús, bisontes) llegaban a enfangar en las zonas pantanosas de los lagos cercanos a las morrenas glaciares algún mamut desorientado o enfermizo.

Se establecían mientras duraba la abundancia de caza o de recolección en campamentos al aire libre, en lo que los arqueólogos llaman *kills,* o sea lugares de matanza. Permanecían en ellos hasta que la carne del animal cazado se volvía incomestible al llegar a un adelantado proceso de putrefacción o se agotaba la recolección. Para aprovechar al máximo los productos comestibles existe la posibilidad de que conocieran ciertas formas de conservación de la carne o de los materiales recolectados (carne seca, ahumada, etc.). Sin embargo, siendo pueblos nómadas, el peso de los utensilios y otros elementos de cultura material no hacía posible el transporte de cantidades importantes de alimentos.

1.3. *Desarrollo en Iberoamérica*

En Iberoamérica este periodo presenta las mismas características que en el resto del continente, si bien es algo más tardío. Es natural, si suponemos que los primeros pobladores ingresaron por el estrecho de Bering. Las fechas de los materiales prehistóricos serán más recientes a medida que nos vayamos acercando al extremo meridional del cono sur americano. No hay que olvidar que su recorrido hacia el sur fue lento y encontraron a su paso el cuello de botella del istmo de Panamá, con clima tropical húmedo. Otra ruta podría haber sido por las Antillas.

En México, los primeros hallazgos prehistóricos, o si se prefiere líticos, corresponden a fechas algo más próximas a nosotros.

Esta etapa cultural terminaría en Mesoamérica alrededor de los 14000 años a.C.

Su comienzo es desconocido por el momento y tal vez lo será siempre. En la actualidad los restos más antiguos relacionados con el hombre son unos supuestos hogares, restos de animales extinguidos y algunos artefactos, en algunas ocasiones de dudosa realidad y cronología, realizados con el roqueo de los lugares en los que se encuentran. La fecha más antigua nos acerca a los 25000 años a.C. Los sitios más destacados de este periodo de la prehistoria mesoamericana son las localidades de Tlapacoya, Caulapan, Valsequillo y Tehuacán en las tierras altas del centro de Mesoamérica. Fuera de ellas suenan los nombres de Laguna de Chapala en la Baja California y cueva del Diablo en el estado mexicano de Tamaulipas. Mucho más hacia el sur, los lugares y cuevas de Chamalacatlan y algo más tardía la cueva de Teopisca y Santa Marta en las tierras altas de Chiapas, Estos últimos sitios sin comprobación de C.14. En Teopisca se han encontrado artefactos muy antiguos.

Restos prehistóricos más tardíos, algo posteriores al periodo que estamos tratando, corresponden a una lasca de obsidiana hallada junto al esqueleto de un proboscídeo en los llanos de Tepexpan, y al lado de los restos óseos del famoso hombre de Tepexpan, que una reciente investigación demostró eran los de una mujer que vivió hace aproximadamente doce mil años, por lo tanto hallazgos posteriores al periodo que estamos tratando. En la prehistoria mexicana esta fase recibe el nombre de Arqueolítico (piedra antigua) (Lorenzo, 1981).

Las culturas prehistóricas suramericanas se basan en una tradición cultural en íntima relación con el horizonte Prepuntas de Proyectil de Norteamérica. Esta primera etapa de la prehistoria del cono sur americano G. R. Willey la llama la tradición de lascas *(Flake Tradition)*. Sin embargo J. Shobinguer, por ejemplo, prefiere seguir con la nomenclatura dada por D. F. A. Menghin cuando nos recuerda que «...en Suramérica no hay evidencias de láminas y puntas de proyectil anteriores a los 9000 años a.C. Por lo cual cabría designar como protolítico los restos datables antes de esta fecha» (Shobinguer, 1963).

Parece ser que hasta hace poco tiempo se creía que la presencia de restos de cultura en Suramérica no iban más allá de los 9000 años a.C. El hombre considerado procedente de Beringia no llegaría a las regiones norteñas de América del Sur hasta entonces. Es muy probable que la presencia del hombre en el cono sur americano sea para unos investigadores bastante anterior a la fecha indicada, mientras que para otros es tan sólo algo anterior. Esta propuesta surge de las investigaciones de Gordon R. Willey (1971). A pesar de todo (las investigaciones y hallazgos), la antigüedad del hombre en Suramérica sigue siendo difícil de demostrar con hechos y materiales contundentes.

Uno de los primeros, pero no de los más antiguos, testimonios de la presencia del hombre en el cono sur americano fueron los descubrimientos realizados en las cuevas de Lagoa Santa y Lapa de Cofins en el sureste del Brasil. Su descubridor fue el profesor P. W. Lund, cuando entre 1835 y 1844 extrajo de la cueva llamada del Sumidouro, cerca de Lagoa Santa, en el estado brasileño de Minas Geraes, restos humanos pertenecientes a unos 30 individuos asociados a vestigios de fauna pleistocénica: *Platyonyx, Meghaterium* y *Smilodon,* y otras especies de mamíferos actuales o desaparecidos. El estudio de los restos óseos humanos demostró que eran *Homo sapiens.*

El caso de Cofins es muy semejante: se trata del esqueleto de un adulto descubierto en la Lapa de Cofins entre 1933 y 1937. Los restos óseos humanos pertenecen a un adulto y se hallaron extendidos sobre el suelo y a una profundidad de dos metros. No existen indicios de que se tratara de un enterramiento. Junto con los res-

tos óseos humanos había otros de camélidos, de équidos, desdentados *(Mylodon)*, de *Smilodon*, de mastodonte y de otros vertebrados. El esqueleto humano no era «muy primitivo». El cráneo resultó dolicocéfalo, hipsicéfalo, prognático y mesorrino (Martínez del Río, 1952). Una capa estalacmítica sellaba la antigüedad prehistórica de todos estos restos óseos.

En cuanto a los restos culturales de la llamada Tradición de Lascas *(Flake Tradition)* de G. R. Willey, se han encontrado algunos artefactos muy rudos trabajados mayormente en pedernal con el sistema de percusión, llevando a menudo algunos retoques posteriores para adaptarlos a los propósitos deseados. La mayor parte de los implementos son raspadores, punzones, navajas, instrumentos puntiagudos, etc. Aparece entre ellos, de vez en cuando, un ingenuo bifacialismo. Parece ser que se trata en algunas ocasiones de artefactos líticos secundarios; o sea que su verdadera función sería la de confeccionar otros con la ayuda de éstos. Por lo general realizados con materias menos duras, como podrían ser la madera, el cuerno o el hueso.

La economía, y con ella la forma de subsistencia de las poblaciones de esta tradición cultural en América del Sur, variaba de acuerdo con las regiones de su asentamiento y el medio ambiente. Así, por ejemplo, en la costa del océano Pacífico tendrían una economía estrechamente relaccionada con la pesca y la recolección marina, sobre todo en las costas de los Andes centrales (Ecuador, Perú y Chile). Restos de ésta y de estos pueblos podrían ser los fueguinos de hoy día, los concheros de Valdivia y Coquimbo. En las tierras altas de los Andes se dedicaban a la caza de animales pequeños y, cuando era posible, algún camélido, mastodonte o desdentados, completando la subsistencia con abundante recolección animal y vegetal. Se trataba, como en el hemisferio norteamericano, de una economía diversificada, aunque quizá menos que en aquella área.

Algunos de los primeros hallazgos se localizaron en zonas cercanas a la costa del Pacífico con una economía básica de recolección marina y vegetal en las «lomas», completada con algo de pesca. Su organización social sería de microbandas, familias extensas o nucleares sujetas a un nomadismo regional: costa, lomas, tierras altas.

Parece ser que esta tradición cultural sudamericana se extendió por las tres grandes regiones ecológicas de América del Sur: un complejo mundo montañoso localizado a lo largo de la extremidad occidental de esta parte del continente; vendría después una enorme llanura tropical de tierras bajas, región compuesta de sabanas y bosques tropicales hacia el este; finalmente, los ondulantes pastizales templados de Argentina junto con un bosque marítimo-boreal a lo largo de la costa de extensas zonas de Chile. Su presencia nos es conocida por medio de algunos hallazgos localizados a lo largo de la costa del Perú, de Ecuador, del interior de Colombia, el norte de Chile, Uruguay y hay muchas posibilidades que se extendieran hasta la Patagonia.

En la costa de los Andes centrales se encuentran artefactos de esta época en el curso bajo de una gran cantidad de ríos de corto recorrido que descienden al Pacífico. De entre ellos sobresale el Lurín, y el sitio más importante de esta zona es Cerro Chivateros. En este lugar se han encontrado muchos artefactos, entre los que sobresalen los buriles. Se trata de los implementos conocidos con el nombre de Chivateros Zona Roja. Las lascas con las que se trabajaba fueron extraídas frecuentemente de núcleos de cuarcita. Una vez conseguidas, se transformaban por percusión en el implemento deseado. Además de los buriles se encuentran otros artefactos, todos ellos con una antigüedad que los acerca a los 14000 años a.C. Muchos son instrumentos secundarios y servían para hacer otros de materiales perecederos. Los inicios

de esta etapa cultural de la prehistoria sudamericana podrían colocarse alrededor de los 25000 años a.C., aunque los artefactos encontrados son bastante más recientes.

La economía de la población de Chivateros Zona Roja, la etapa cultural más antigua de esta localidad, era de recolección de moluscos y mariscos en la costa, y caracoles terrestres y plantas silvestres en las llamadas «colinas o lomas». No se sabe si hacían recorridos a las tierras altas para obtener carne y pieles con la caza de camélidos, mastodontes o perezosos. La población se agrupaba en pequeñas bandas más o menos sedentarias que se ubicaban cerca de los valles de los pequeños ríos que bajan de los Andes. La abundancia de los productos relacionados con la pesca y la recolección en estos ríos de corto recorrido, en las llamadas lomas, algo más húmedas que la costa, junto con la riqueza piscícola de las aguas del mar, daban lugar a un nomadismo cíclico que casi se podría llamar sedentarismo. Junto al ejemplo de Chivateros hay otros lugares en los que se ha comenzado a trabajar, de entre los que sobresale Pikimachay. Más hacia el interior Guitarrero, Oquendo y Huargo o el valle del río Lurin en donde se encuentran restos culturales muy antiguos. Con una economía semejante se encuentran los sitios de Tagua Tagua en el centro de Chile, otros cerca de la costa. Con una economía algo más diversificada están las localidades de El Abra y Garzón, en Colombia.

Existe muy lejos del ambiente marino del océano Pacífico, del que ya se ha hablado, otro complejo cultural de la misma época y tradición cultural relacionado con la industria de lascas. Se trata de una industria de *chipped-stone artifacts,* recogidos en las terrazas de río Catalán en la provincia de Artigas en Uruguay. Se trata de una zona con unos materiales más cercanos a nosotros (la etapa más antigua corresponde a unos 11000 años a.C.), que tienen cierta relación con los buriles de la costa del Perú. De nuevo son de materiales y artefactos secundarios.

Por su tardía cronología, la fase más temprana de Río Catalán Chico podría representar una última etapa de la casi omnipresente tradición cultural de lascas en el cono sur americano. Una parte de los investigadores están de acuerdo con esta idea y su relación con instrumentos «burilantes» de la costa del Pacífico. Sin embargo, se objeta a este posible contacto cultural entre la misma tradición en la costa de los Andes centrales y río Catalán Chico, los centenares de kilómetros que median entre ambas localidades. Aunque ésta no pueda ser una barrera imposible, puesto que esta tradición abarca la casi totalidad de América del Sur, existe otra pregunta que no encaja con la idea que se viene anotando: se trata de los tres mil años de diferencia que existen entre uno y otro lugar.

Se ha dicho con cierta insistencia que el río Catalán Chico pudo llegar a ser en su tiempo un importante centro de dispersión de la tradición cultural de lascas tan característica de América del Sur, influencia que podría alcanzar por un lado el sureste del Brasil, región que más adelante evoluciona con una tradición cultural propia, conservada hasta casi nuestros días. Esta región forma parte de estas zonas marginales de las que tanto se ha hablado en las que se «fosilizaron» unos grupos cazadores-recolectores. Por el otro lado, la influencia de la tradición de lascas partiendo de río Catalán Chico llegaría hasta la región conocida con el nombre de Altoparaná o Altoparanense, espacio localizado en el Paraguay y región de Misiones en el norte de Argentina. Los artefactos más característicos de estos lugares son rudos buriles *(rough pickilikools)* hechos de grandes lascas planoconvexas. La cronología de estos artefactos es algo conflictiva para esta zona de América del Sur (Oliviense). La razón es que, junto a los materiales que nos recuerdan los trabajos en lascas tan característicos

de esta tradición en el cono sur americano, aparecen junto a ellos artefactos bifaciales. Se les ha dado a estos materiales algunas fechas que se relacionarían con las últimas etapas de finales del Pleistoceno.

Teóricamente, el poblamiento de América del Sur debió empezar por la región septentrional. La vía de entrada sería la zona del noroeste de Colombia, próxima al istmo, región difícil de traspasar a causa de las espesas selvas tropicales. En las diversas etapas del Pleistoceno también podrían haberse utilizado el rosario de islas del Caribe, islas y archipiélagos que tendrían una superficie mucho mayor durante las etapas frías de los estadiales del Wisconsin. En algunos lugares la unión entre islas se vería tan sólo interrumpida por estrechos canales. Además, tenemos conocimiento de una larga persistencia en las islas Antillas de la antigua tradición de lascas y núcleos o de prepuntas de proyectil, hasta llegar a una avanzada recolección y las primeras etapas de la agricultura.

Es, pues, justamente en el norte de Venezuela, en lugares como Taima Taima y El Muaco, en los que aparecen industrias líticas prehistóricas sin bifacialismo con fechamiento de C.14. Las excavaciones fueron y siguen realizándose por J. M. Cruxent, junto con el paleontólogo S. Royo Gómez, encabezando un equipo de expertos. Excavaron una antigua vertiente que había atraído diversos animales vertebrados en la actualidad extinguidos y con ellos al hombre en etapas tardías del Pleistoceno. En sus trabajos encontraron restos óseos de mastodonte, megaterio y caballo americano. Una gran cantidad de huesos de estos y otros vertebrados aparecieron quemados y rotos a propósito para extraer la médula.

Los artefactos líticos fueron bastante menos abundantes que los restos óseos. De entre ellos sobresalen: algunos martillos o machacadores, un raspador concavo-convexo, un tosco cuchillo y el fragmento de una punta de proyectil lanceolada. Las fechas, por medio de C.14, dieron unos promedios entre los 14500 y los 12300 años a.C. (Schobinger 1969). La duda, en una fecha tan antigua para el cono sur americano, es la presencia de un fragmento de punta de proyectil, junto con el hallazgo de unos *choppers* trabajados por golpes alternos junto con el filo y los lados de un canto rodado de cuarcita, hasta lograr lo que llamaríamos un instrumento protobifacial.

Un sitio descubierto recientemente y no lejos de El Muaco es la localidad de Taima Taima. Se trata de un lugar con restos óseos de vertebrados del Pleistoceno Superior, junto con piedras en superficie redondeadas, utensilios que nos acercan a cantos rodados con un ligero retoque para facilitar su enmangamiento. En ellos puede observarse la superficie desgastada de algunas de sus partes. Por su configuración, parece ser que fueron utilizados para trabajos de percusión (Schobinger, 1969). Todavía no se han conseguido fechas más o menos exactas para los materiales de Taima Taima. Sin embargo, todo hace pensar que nos encontramos en uno de los sitios más antiguos de América del Sur. Parece ser que es anterior a El Muaco y Camare. Otros sitios de la misma región muy cercanos a la cronología propuesta para El Muaco son: El Jobo, Las Lagunas y Rancho Peludo, entre otros que podrán, más adelante, darnos verdaderas sorpresas. En los lugares mencionados se mezclan artefactos del tipo de tajadores *(choppers)* con inicios de bifacialismo. De ahí que las Lagunas y su entorno, por ejemplo, podría ser, de acuerdo con E. P. Lanning y T. C. Petterson (1967), una de las regiones con algunos de los lugares más antiguos del cono sur americano. Es justamente en esta región donde empiezan a aparecer las primeras formas de bifacialismo en fechas tan antiguas para América del Sur que alcanzan los 10000 años a.C.

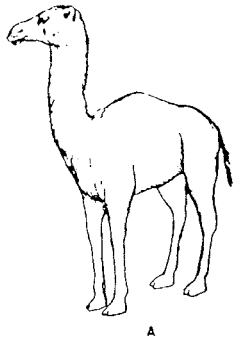
2. Los cazadores de la megafauna

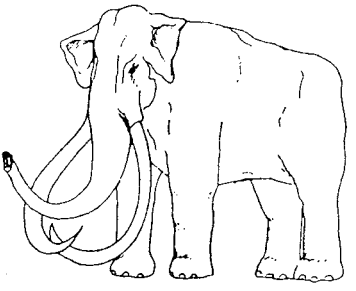
Como ocurriera con la primera etapa de la prehistoria americana, este nuevo horizonte cultural no tiene una denominación unánime. Alex D. Krieger la denomina *Paleo-Indian Stage,* denominación que coincide con la de Thomas Lynch. Para O. F. A. Menghin sería el horizonte Epiprotolítico y algo del Miolítico. Para la prehistoria mexicana (no de acuerdo con todos ellos), J. L. Lorenzo llama a este periodo de la prehistoria Cenolítica (piedra nueva). En cambio Gordon R. Willey propone el de *Bing-Game Hunting Tradition.* En algunas ocasiones, G. R. Willey y P. Phillips han bautizado a esta etapa cultural de la prehistoria americana con el nombre de Lítico superior. De acuerdo con Pere Bosch Gimpera, el nombre sería el de Cultura de los cazadores superiores. Con anterioridad a la propuesta actual de G. R. Willey, escogió el nombre de Etapa de cazadores de grandes presas (1960), nombre con el que, por este tiempo, concordaba más o menos el que le daba Luis Aveleyra Arroyo de Anda (1959), con una denominación de Periodo de la cacería del mamut. Pere Bosch Gimpera también lo llamó, por un tiempo, Cazadores del Paleolítico Superior o Cazadores Superiores. Se podría añadir a su vez los nombres de Cazadores americanos tempranos (Krieger, 1947), el de Estadio paleoamericano (Suhm, Krieger y Jeeks, 1954), o el de estadio de Puntas acanaladas (Seminario de Andover, 1956). Es curioso, pero esta gama de nombres para la etapa coincide en la busca de una significación económica para la misma. Finalmente, para A. L. Bryan podría ser el de Arcaico, uno de los nombres tal vez menos adecuados. Juan Schobinger la llama Cazadores superiores paleolíticos; epipaleolíticos, si se acepta la denominación de Menghin; finalmente para Gordon R. Willey el nombre es el de *The Old South American Hunting Tradition* para América del Sur.

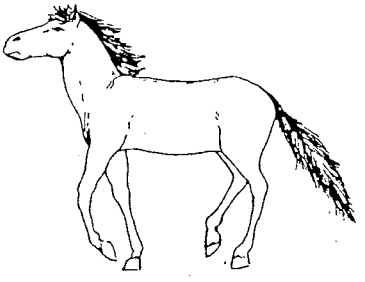
Una de las denominaciones más aceptada, generalizando para toda o la mayor parte de América, es la de Cazadores de megafauna. Aunque, como dicen algunos investigadores, muchas poblaciones de esta época no hayan visto uno solo de estos animales en toda su vida, y viéndolo se pasan el resto de ella platicando de tal acontecimiento; como ocurre con algunos arqueólogos que por haber hallado los restos de un mamut, por ejemplo, se pasan el resto de la vida hablando de él (MacNeish, 1967). Debía ser muy frecuente ver pasar los años sin poder cazar una presa de la magnitud de un mamut, pero no hay que olvidar que, pese a todo, estos animales dan significado al periodo.

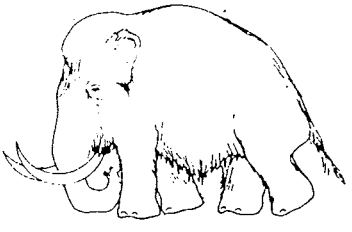
Los elementos tecnológicos y culturales de los habitantes de esta nueva etapa los habrían recibido del periodo anterior y se habrían originado en Eurasia. La etapa coincidiría con el estadial frío del periodo de Wisconsin llamado Woodford, que abarca desde los 22000 años a.C. hasta los 12500 a.C. Por ser un estadial frío, el nivel de los océanos podría haber bajado debido a un nuevo acumulamiento de hielo sobre la superficie terrestre. En esta ocasión el nivel de los océanos bajaría entre 70 y 120 metros, desnivel suficiente para crear de nuevo un gran espacio libre de agua entre la península de Chukotka en el NE de Asia y la de Seward en Alaska, lo que haría resurgir otra vez a Beringia, y en esta ocasión quizás con mayor extensión por ser más frío el estadial y como consecuencia llevaría consigo un mayor acumulamiento de hielo sobre la superficie terrestre americana.

La nueva emigración asiática hacia América con nuevos soportes raciales, tecno-









Mamíferos extinguidos del Pleistoceno. (A) Camélido. (B) Elefante colombino. (C) Megatherio. (D) Caballo primigenio. (E) Mastodonte.

lógicos y culturales pudo también haber ocurrido durante el último estadial frío denominado Valders, con una cronología aproximada de los 11000 a los 9000 años a.C. Este estadio de la glaciación Wisconsin parece que tuvo menos posibilidades por la escasa intensidad climatológica, su tardía cronología y corto periodo de duración.

Esta nueva oleada de pueblos de origen asiático albergó varias etnias con unos conocimientos técnicos superiores a los de la primera etapa de emigración hacia América. Si la entrada de nueva población hubiera tenido lugar durante un interestadial cálido como, por ejemplo, el Twocreek (desde el 12500 hasta el 11000 años a.C.) la entrada hubiera ocurrido en «verano». En este caso hubiera sido con embarcaciones que podrían ser sencillas canoas. De escoger el invierno se hubieran aprovechado de la gruesa capa de hielo en el estrecho de Bering, pero en constante movimiento, lo que hacía peligrosa la travesía. Como se ha indicado con anterioridad, pudo buscarse el paso más al norte, cerca de las islas Wranger, zona en la que la capa de hielo era más gruesa y rígida. Con todo y esta circunstancia, el paso era difícil y peligroso a pesar de ser gente acostumbrada a situaciones climáticas y ambientales de esta índole.

2.1. *La fauna pleistocénica*

La flora y la fauna americana tienen relación con la del Viejo Mundo, que sólo puede explicarse si admitimos que en determinadas épocas existieron puentes terrestres hoy desaparecidos que facilitaron el paso de un continente al otro.

El Pleistoceno fue una época de grandes convulsiones y desplazamientos biológicos. Muchas especies animales se vieron obligadas a buscar nuevas regiones para adaptarse, es decir, emigrar a espacios más propicios a su medio ambiente. Si no podían emigrar o adaptarse a los nuevos ambientes ecológicos, sucumbían.

La fauna básica existente, por ejemplo, a finales del Pleistoceno en América del Norte puede dividirse en tres grupos.

A) los animales emigrados desde Asia: elefante o mamut, alce, bisonte, reno, castor y diversos felinos.
B) animales emigrados desde América del Sur, tales como el megaterio el mylodón y el megalonix.
C) animales autóctonos de la zona: mastodonte, *equus,* platygonas, tapir, ciervo y camello fósil americano.

El caso de América del Norte es diferente con relación o conexión con el NE de Asia. Sus contactos fueron siempre muy antiguos, unión que desapareció y apareció de nuevo en diversas épocas. Parece ser que existió un puente de enlace durante el Terciario, pasaje que favoreció la entrada de aquellos «verdaderos monarcas del mundo arbóreo, los pinos gigantes o sequoias. Chaney opina que una inmensa floresta de sequoias hubo de extenderse desde Asia a América, casi sin interrupción, en la primera mitad de dicho periodo geológico» (Martínez del Río, 1952). A pesar de la trascendencia de estas relaciones entre ambos continentes durante el Terciario y tal vez antes, tienen poca importancia para nuestro tema que es el Pleistoceno.

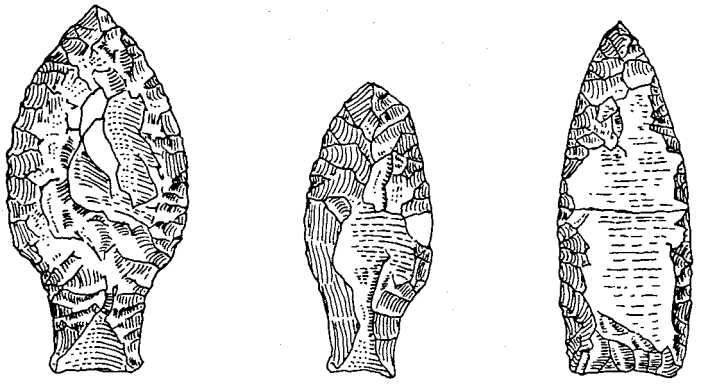
El origen de las primeras migraciones de varios vertebrados y hervíboros hacia

el Nuevo Mundo ha sido descrito por Hans Gadow. En términos generales, la fauna pleistocénica de América ha sido siempre rica en proboscidios, o sea animales de la familia de los elefantes: mastodontes *(M. americanus* o *M. ohioticus),* elefantes (elefante imperial Archidiskoton o *M. imperialis),* mamuts *(M. primigenius),* elefante colombiano *(M. colombini),* mamut de lana *(M. primigenius),* mamut enano *(Mexilis),* sin olvidarnos de los bóvidos relacionados con el bisonte, cuyo origen de la mayor parte de las especies hay que buscarlo en Asia. Con relación a sus astas, el género *bison* ha sido dividido en seis subgéneros de los cuales cuatro resultan comunes a las dos masas continentales. El *Gigantobison* parece ser que fue originario de América y el *Parabison* de Eurasia. Otras formas de bisonte son: *Bison bison* y *Bison athabasca.* Por el otro lado, el *Bison occidentalis* ha dejado restos en zonas de América. Los vestigios que se encuentran en su recorrido hacia América nos recuerdan el posible camino seguido por el hombre. Con los restos del *Bison athabasca* ocurre lo mismo. Otras especies de bisonte son, por ejemplo, el *Bison simobison.* Los bisontes se caracterizaron en su mayor parte en Asia. Aparecen por primera vez en el Plioceno de China. Se multiplican con una gran rapidez y a finales del Aftoniense (en las primeras fases del Pleistoceno) varias especies habían llegado a Siberia y a Norteamérica. Como dice P. Martínez del Río (1952), «la distribución de estos bóvidos, junto con las rutas migratorias que se deducen, resultan sumamente sugestivas por su gran parecido con las que se han propuesto para el hombre. En realidad, antojóse muy posible algunos de los antiguos inmigrantes humanos a las Américas hayan sido cazadores de bisonte que no hicieron más que seguir a su presa acostumbrada».

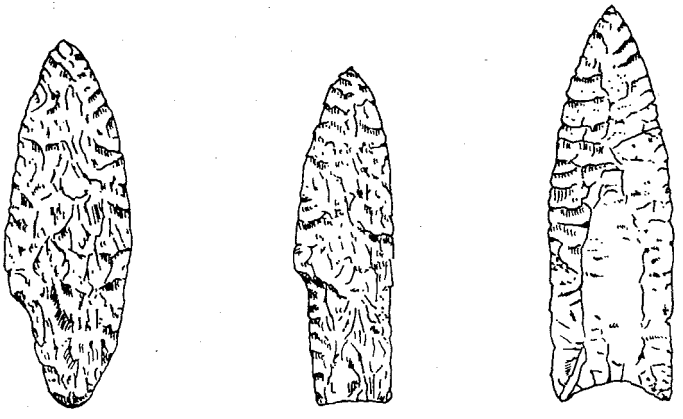
La fauna americana también es rica en camélidos, sobre todo en el cono sur americano *(Camelops hesternus).* Se extinguieron, pero nos dejaron como descendientes a las llamas *(Llama llama),* las vicuñas y los guanacos. Le siguen los caballos *(Equus),* como por ejemplo el *Equus excelcis.* Parece ser que el caballo fue originario de América, y con el tiempo pasó a Eurasia. Más adelante desapareció del Nuevo Mundo y no regresó hasta el siglo XVI. Luego venía la familia de los desdentados, representados todavía hoy día por el armadillo y la tamándoa. En otro tiempo incluía a los llamados perezosos, algunos de tamaño muy grande, que parecen ser originarios de América del Sur, como por ejemplo, el *Mylodon grypotherium.* Algunos de los desdentados estaban provistos de caparazón, otros estaban cubiertos de abundante cobija pelosa como el *Mylodon* y el *Megaloni.* Algunas especies menos abundantes eran castores gigantes *Castoroides,* el oso *Artodus,* el tigre dientes de sable *Smilodon,* los alces *Cervales* y otros muchos.

La extinción de la mayor parte de la fauna pleistocénica no fue súbita ni igual para todas las especies y regiones. Algunas especies sobrevivieron algún tiempo en determinados nichos ecológicos. Por desgracia, no existen estudios sistemáticos sobre el proceso de extinción de algunas especies en el cono sur americano. Parece ser que no existía mucha diferencia con el resto del continente. Un análisis de J. Hester, por medio de C.14, nos acerca al conocimiento de algunas especies y su supervivencia.

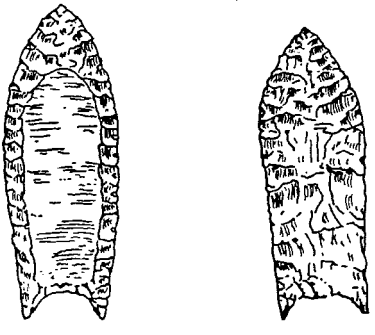
Mastodonte	4000 a.C.
Mamut	10000 a.C.
Mamut columbi	5500 a.C.
Mamut imperator	9000 a.C.
Mamut exilis (enano)	10000 a.C.



Utillaje lítico de Palli Aike.



Puntas Sandía I y II y Clovis.



Puntas Folsom y Midland.

Mamut primigenius	8000 a.C.
Caballo *(Equus ep.)*	5500 a.C.
Camelops	5500 a.C.
Bisonte *(Bison ep.)*	4000 a.C.
Dasypodidae (varios)	5500 a.C.

No existe concordancia entre la extensión de la fauna pleistocénica auroasiática y americana.

2.2. *Sus cazadores*

La megafauna, con grandes reservas de grasa y carne abundante, constituyó una parte importante de la dieta del hombre americano que se especializó en su caza mediante la fabricación de los instrumentos adecuados, entre los que sobresalió la punta de proyectil.

2.2.1. En América del Norte

De acuerdo con A. D. Krieger, las características tecnológicas básicas de esta nueva etapa de la prehistoria americana se distinguen o se identifican por la continuada presencia de un sistema de percusión muy avanzado en la manufactura de artefactos. El sistema es mucho mejor realizado y controlado y se lleva a cabo con piezas o lascas de tamaño mucho más reducido que en la etapa anterior. Por medio de estas circunstancias se consiguen los propósitos deseados: la manufactura de unos implementos bastante más ligeros de manejar, más pequeños que en la etapa anterior, más eficientes, delgados y de extremos cortantes, hasta alcanzar los artefactos que conocemos por puntas de proyectil líticas. Junto con las técnicas más depuradas se obtienen otros instrumentos que por su similitud de una época a otra no son diagnósticos de un periodo determinado. En esta categoría quedarían incluidos las raederas, las navajas, los punzones, los buriles y otros muchos más instrumentos líticos que en algunas ocasiones podrían ser considerados secundarios, es decir, realizados para utilizarlos en la manufactura de otros artefactos no líticos.

En esta época la habilidad en la manufactura de artefactos líticos es extraordinaria. Con un cuidadoso, sistemático y hábil método de percusión podían conseguirse puntas con una todavía algo burda acanaladura como la Clovis. Durante una primera fase no se utilizan aún los retoques a presión. Sin embargo, en etapas avanzadas de este nuevo periodo de la prehistoria americana los objetos fueron tan bien realizados y la manufactura era tan cuidadosa que se hacía imprescindible el sistema de presión.

El bifacialismo es una de las características más importante de esta fase. Sin embargo, no hay que olvidar que en etapas tardías del horizonte Prepuntas de Proyectil se encontraron, aunque de forma débil y esporádica, insinuantes artefactos bifaciales, así como las primeras puntas de proyectil. Unos y otras de manufactura muy tosca, pero que, a pesar de todo, nos indican el principio de un nuevo concepto tecnológico y cultural.

Las puntas de proyectil de esta etapa son por lo general lanceoladas o foliáceas. Bifaciales, nunca con pedúnculo, aunque en algunas ocasiones hagan acto de presen-

cia en etapas tardías al desaparecer la acanaladura. Tal vez el rebaje lateral de algunas puntas Sandía pueda considerarse una especie de pedúnculo. Las acanaladuras laterales, tan características de las puntas de proyectil de esta fase de la prehistoria americana, se conseguían por medio del levantamiento de una o de dos lascas desde la base del artefacto.

Existen algunas proposiciones para justificar la presencia de estas acanaladuras en las puntas de proyectil norteamericanas. Se ha dicho que su realización sería para hacerlas más livianas y ligeras. En otras ocasiones, para las Folsom, las dos acanaladuras muy profundas en este tipo de puntas servirían para facilitar el desangre de las víctimas. Sin embargo, parece ser que la realidad de su presencia era la de lograr un enmangado más rígido y seguro. Incluso en la parte baja de estas puntas la parte cortante de los filos laterales ha sido limada para que el mismo filo no cortara las ataduras del asta.

Otro rasgo interesante es conocer el tamaño y el destino de estas puntas de proyectil. Cada una de estas puntas reciben, en América del Norte, un nombre diferente y casi podría decirse a su vez que cumplen una misión que siempre es la misma (la de matar), pero con peculiaridades y destinos diferentes. Su área de expansión también debe tenerse en cuenta. El nombre de estos artefactos para América del Norte son los siguientes: las más antiguas parecen ser las puntas *Clovis,* les seguirían las *Sandía,* prosiguiendo con las *Folsom,* para terminar con la compleja manufactura de las *Plano.*

El destino es semejante en cada una de ellas, pero asimismo algo conflictiva su forma de utilización. Las primeras podrían estar destinadas a colocarse en uno de los extremos de pequeñas lanzas o jabalinas. Por su tamaño (entre 7 y 12 centímetros), no se las considera útiles para estar colocadas al extremo de dardos para *átlats* o propulsores. Por sus mismas características son muy pesadas para un destino de esta índole. En diversas ocasiones se ha supuesto, por ejemplo, que algunos de los escasos ejemplares de las Sandías, con un enmangado apropiado, podría utilizarse como cuchillo. Debe de tenerse en cuenta que de las pocas que existen a veces uno de los filos es más desgastado que el resto. Por supuesto que cada uno de estos tipos de puntas de proyectil iban acompañados de otros implementos, líticos o no, con formas y funciones muy diversas y de manufacturas muy parecidas en cualquiera de los tipos de puntas enumeradas.

En esta variante cultural aparecen las más antiguas puntas de proyectil, las Clovis, completamente desarrolladas. Sus áreas de mayor incidencia son las grandes praderas del sur de las zonas de glaciares en el centro de América del Norte. Corresponden, desde el punto de vista cronológico, a las etapas tardías del Pleistoceno e incluso tal vez a los primeros siglos del Holoceno. No debe de pensarse que su presencia es exclusiva de aquella parte del hemisferio norteamericano. En otras regiones del continente aparecen con formas semejantes y los mismos destinos. Por ejemplo, a las puntas Clovis se las puede encontrar en las regiones que más adelante compondrán la famosa e importante cultura denominada tradición cultural de desierto (estados americanos de Nevada, Nuevo México, Utah, Arizona). También hacen acto de presencia en las regiones boscosas de los Apalaches en el este de América del Norte. Zonas en las que más adelante se desarrollará la tradición cultural arcaica (estados de NE de México y Texas hacia la costa del océano Atlántico). Por el extremo sur las Clovis alcanzarán la América Central. En la localidad de Torrialba, en Costa Rica, se ha encontrado la punta Clovis más meridional. Por el norte parece ser que la zona

más lejana corresponde a sitios de la sierra de Brooks en el NE de Alaska y el NO del Canadá.

Desde el punto de vista cronológico, abarcan un espacio de tiempo que puede ir aproximadamente de los 12000 a los 9000 años a.C. Parece ser que las más antiguas, o sea las Clovis, se originaron en el continente americano, como algunos investigadores proponen, por sus características tan peculiares, y serían una evolución tecnológica de la etapa anterior. De no ser así vendrían de una antigua tradición de cazadores de megafauna siberianos del oeste y centro de Asia. Una región clave sería la del lago Baikal por sus conexiones con el Oriente y Occidente europeo. De ser esta última región el verdadero origen de las puntas Clovis, su entrada al nuevo continente podría estar relacionado con algunos de los estadiales supuestamente fríos de la etapa glaciar Wisconsin, más cercanos a nosotros. Su desaparición o, mejor dicho, su evolución hacia formas más sofisticadas ocurriría con la aparición de las Folsom. Entre las dos podrían quedar las que un prehistoriador llama «las fantasmagóricas Sandía». La desaparición de las Folsom y su substitución por las Plano coincidiría con largas etapas de sequía, resultado de la retirada de los hielos hacia su posición actual, y como consecuencia de un cambio climático que significaría la desaparición de la megafauna americana y la entrada al mismo tiempo de un nuevo periodo geológico que es el que estamos viviendo y conocemos con el nombre de Holoceno o Reciente.

De acuerdo con la hipótesis de C. S. Chard, estas poblaciones habrían entrado por primera vez alrededor de los 60000 años a.C. con su sencillo y pobre bagaje cultural. Con el tiempo, después de algunos milenios, aquellos primeros y antiguos pobladores de América evolucionaron por sí solos, utilizando aquellos pobres recursos culturales. Con ellos sobrevivían hasta llegar al uso del bifacialismo del que ya existían algunos precedentes en la etapa anterior y con él a la aparición de las primeras puntas de proyectil que caracterizan esta segunda fase de la prehistoria americana. De acuerdo con el mismo investigador (Chard, 1963), no sólo encontraron la manera de hacer las primeras puntas de proyectil, sino que exportaron su técnica al NE de Asia. Tal vez existe una base científica para pensar en la primera hipótesis, pero resulta más aventurado asegurar la segunda parte de su proposición.

Un buen número de investigadores norteamericanos no creyeron en la hipótesis de C. S. Chard sobre el origen de las puntas de proyectil norteamericanas. Ellos creían en un origen euroasiático (G. H. S. Bushnell, Charles Mac Burney, E. N. Wormington, entre otros). La posición más cómoda, menos conflictiva y más aceptada por la mayor parte de los prehistoriadores americanistas es la del origen euroasiático de las puntas de proyectil norteamericanas.

De acuerdo con la hipótesis propuesta de H. M. Wormington, una técnica y unos artefactos similares a los de Norteamérica procedentes de SO de la Siberia se mezclarían con la antigua y tradicional cultura de nódulos y lascas *(choppers chopping tool),* cerca del lago Baikal. Con el tiempo los portadores de esta mezcla cultural emigrarían hacia el norte utilizando la cuenca del río Lena, hasta llegar al poco tiempo hasta Beringia. Según Pere Bosch Gimpera, las etnias que él llama «cazadores superiores americanos» procederían de los cazadores de elefantes siberianos de mediados del Paleolítico Superior. Poblaciones que por aquella época ocuparían la región del lago Baikal. En sus movimientos desde Baikalia pasarían a la Mongolia hasta alcanzar más adelante las costas del NE de Asia. Luego pasarían a establecerse un tiempo en Beringia y de allí penetrarían al continente americano hasta llegar a la zona no cu-

bierta por el hielo del hemisferio norte continental. El camino sería una brecha entre los glaciares de las Rocosas y el Laurentido, siguiendo más o menos las cuencas de los ríos Yukon, Mackenzie y Fraser, camino que siguieron algunas especies de bisontes de origen asiático y zona en la que comienzan a aparecer restos de actividad humana. (Sanders y Marino, 1973.)

Al ver C. S. Chard refutada su teoría, la reformó. Sostuvo la primera entrada del hombre al Nuevo Mundo, pero añadió que esta primera oleada poseía una técnica industrial «...of choppers, bifaces amorphous flakes and probably levallois-mousterian techiques» (Willey, 1966). Aceptó la posibilidad de una segunda entrada de población de origen asiático alrededor de los 25000 años a.C., procedente del centro de Siberia que llevaría consigo elementos *levallois-Mouterian,* pero incluyendo en esta ocasión una burda técnica de navajas y «...possibly the germen of bifacial flaking» (Chard, 1963).

Incluso existe otra hipótesis para los rebajes laterales (las acanaladuras), tan características de las puntas de proyectil americanas. Para G. R. Willey existe la posibilidad, que tan importante acontecimiento de la tecnología prehistórica americana tuviera lugar durante el desarrollo de los inicios de esta etapa de la prehistoria de Norteamérica, en algún lugar de Alaska o de las regiones en la actualidad sumergidas del antiguo territorio de Beringia. En este sentido podemos comprobar que Willey no se alejaría mucho de la hipótesis de Chard.

Junto con la tendencia difusionista de Wormington y de Bosch Gimpera, tal vez ya superadas, existe una tendencia reciente que se apoya en la hipótesis de Chard, aunque difiere en el modo de realizarse. Para ellos el principio del bifacialismo y de las puntas de proyectil sería totalmente americano. R. J. Mason (1962) cree que el origen de elementos tan importantes de la prehistoria americana hay que buscarlos en el centro de los Estados Unidos, o sea en el límite sur de las glaciaciones, mientras que John Withoft (1954) sitúa la raíz de las puntas de proyectil en la región de Pennsylvania. A. D. Krieger (1974) opina que es difícil de encontrar la región exacta de acuerdo con las actuales investigaciones de la prehistoria norteamericana, pero está seguro de que es preciso abandonar la creencia según la cual tendría un origen asiático, así como que su vía de penetración sería Beringia.

Las puntas de proyectil Clovis han sido hasta ahora las más abundantes. Como se ha indicado con anterioridad, su área de expansión fue muy grande. No solamente se han encontrado en lugares de las grandes praderas (el centro y el oeste de Estados Unidos), sino incluso en zonas boscosas del este, región en la que debía haberse adaptado una parte de la megafauna pleistocénica. Su característica básica es la forma lancelada convexa en la parte de los filos y la base cóncava, sin pedúnculo. Son puntas realizadas exclusivamente por percusión, y bifaciales. Llevan siempre una burda acanaladura a ambas caras, que en algunas ocasiones alcanza la mitad de la pieza, pero por lo general un tercio.

Los hallazgos de las puntas de proyectil se han hecho casi siempre a cielo abierto, con excepción de las Sandía, en algunos lugares de Mesoamérica y el resto de Norteamérica. El temporal asentamiento de aquellos grupos nómadas se realizaba en sitios que denominan los prehistoriadores norteamericanos *camps,* o sea los campamentos de las pequeñas bandas que formaban la organización social de aquellos pueblos compuesta de unas pocas familias nómadas. Además de los *camps* se encuentran puntas de proyectil en los llamados *kills* o lugares de matanza. Estos lugares de asentamiento temporal han enfatizado el hecho de los hallazgos de forma casual.

La matanza de un mamut, por ejemplo, era en muchas ocasiones un hecho excepcional, puesto que con las armas con que contaban aquellos pueblos era muy difícil conseguirlo. Sin embargo, no hay que olvidar que en algunas ocasiones se han encontrado las puntas de proyectil entre las costillas de un mamut o entre las vértebras de un bisonte, etc. A pesar de todo, la caza de animales pequeños o medianos era mucho más abundante que la de grandes herbívoros pleistocénicos, a lo que se unían, en ciertas épocas del año, la recolección animal o vegetal.

De todas maneras, la persecución y muerte de la gran megafauna pleistocénica tuvo lugar y fue una realidad. Parece ser que en muchas ocasiones se aprovechaban de ciertas circunstancias que favorecían la captura de un herbívoro de estas dimensiones como podría ser, por ejemplo, animales separados de su manada, heridos o enfermos. En estos casos se le acorralaba en lugares cercanos a lagos, como tantas veces se ha reproducido en dioramas o murales. En aquellos espacios pantanosos el hombre se aprovechaba de la dificultad en los movimientos del animal acorralado para darle muerte con mayor seguridad y facilidad.

R. G. Willey insiste en que la caza de megafauna fue la característica y el hecho diagnóstico con los que se puede ordenar y clasificar la mayor parte del ambiente cultural de esta fase.

La organización social debió ser muy sencilla. No iría más allá de las microbandas nómadas que al final de periodo serían ya cíclicas. Tal vez en determinadas épocas del año se reunían en lugares en los que abundaba la caza o la recolección. En estos sitios formaban temporalmente macrobandas que se disolvían al terminar la época de explotación del elemento de subsistencia que las había mantenido juntas. A finales del Pleistoceno y principios del Holoceno, debido al cambio climatológico empezó a escasear la caza pleistocénica y el nomadismo impuesto por ir detrás de las grandes manadas empezó a transformarse en un nomadismo cíclico, recorriendo los mismos lugares en diferentes épocas del año, como ha podido comprobar Richard MacNeish en sus investigaciones del valle de Tehuacán en México (MacNeish, 1964).

El hallazgo de las primeras puntas de proyectil Clovis tuvo lugar en 1932, y fueron descritas por E. B. Howard, investigador que dirigió los trabajos de exploración con una gran minuciosidad y espíritu científico. No hay duda de que estas puntas se encontraron a menudo en relación con los restos óseos de megafauna pleistocénica. El hallazgo de las primeras puntas Clovis se hizo en la localidad de Llano Estancado, al este del Estado de Nuevo México, cerca de la ciudad de Clovis. Estas altiplanicies del occidente de Norteamérica son, en la actualidad, lugares de una gran aridez, pero durante algunos estadiales pleistocénicos estuvieron llenas de lagos de origen glaciar.

Se han encontrado bastantes puntas Clovis, a menudo relacionadas con otros artefactos, como raspadores, raederas, lascas retocadas, hojas de pedernal y navajas. Uno de los lugares donde se hallaron estas puntas Clovis relacionadas con otros artefactos fue la localidad de Blackwater Draw, sitio que se define como un *Meat Kill* o matadero. En la mayor parte de los sitios de esta índole se encuentran puntas de proyectil relacionadas con otros artefactos. De entre ellos sobresalen los raspadores destinados a separar la grasa de las pieles para poder curtir éstas. El intenso frío del medio ambiente obligaba a llevar el cuerpo cubierto la mayor parte del año. Estos dos artefactos, puntas y raspadores, van siempre muy unidos, formando parte de una tecnología bastante compleja y la base de una economía muy definida. En Blackwater Draw, además de restos culturales, fueron encontrados vestigios de animales como camélidos, caballo y bisonte.

Relacionadas con las puntas líticas denominadas Clovis, se han encontrado puntas de marfil y hueso con ranuras para facilitar el enmangamiento. Puntas que, de acuerdo con algunos prehistoriadores americanistas, nos recuerdan las del Solutrense europeo.

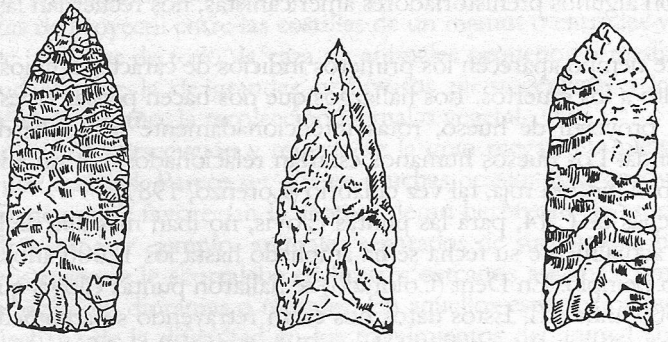
En este tiempo aparecen los primeros indicios de carácter religioso, relacionados con un culto a los muertos. Los hallazgos que nos hacen pensar en esto son diversas puntas de proyectil de hueso, rotas intencionadamente o inutilizadas y colocadas como ofrenda. Los huesos humanos estarían relacionados con un entierro secundario y llevaban pintura roja, tal vez cinabrio (Lorenzo, 1981).

Las fechas de C.14, para las puntas Clovis, no iban más allá de los 10500 años a.C., pero actualmente su fecha se ha ampliado hasta los 12000 años. El sitio Laher es un claro ejemplo. En Dent (Colorado) se hallaron puntas Clovis que se han fechado en 11500 años a.C. Estos datos nos están retrayendo su antigüedad mucho más de lo que nos imaginábamos hasta ahora. Tal vez podríamos fijar su origen alrededor de los 16000 años a.C. (Krieger, 1974).

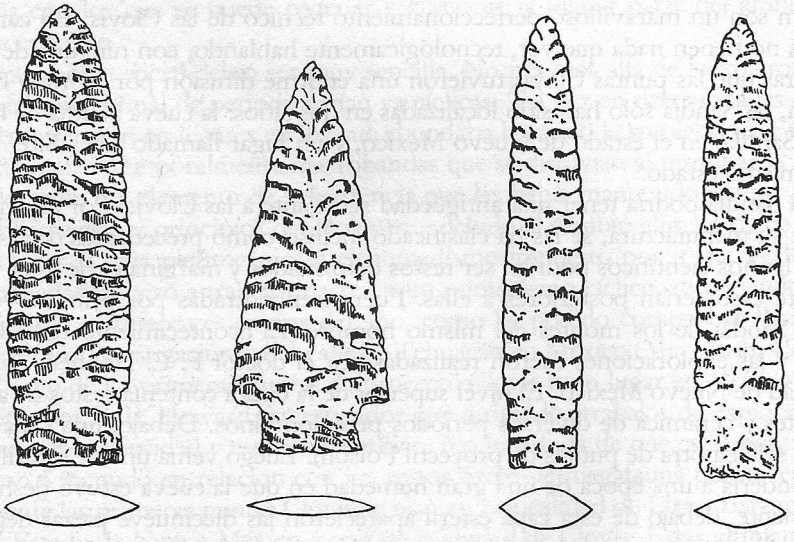
Entre las puntas Clovis y las Folsom podrían colocarse las puntas Sandía. Las Folsom son un maravilloso perfeccionamiento técnico de las Clovis. En cambio las Sandía no tienen nada que ver, tecnológicamente hablando, con ninguna de las dos. Mientras que las puntas Clovis tuvieron una enorme difusión por Norte y Centroamérica, las Sandía sólo han sido localizadas en dos sitios: la cueva Sandía de las montañas Sandía, en el estado de Nuevo México, y un lugar llamado Lucy Site, también en el mismo estado.

La Sandía podría tener una antigüedad semejante a las Clovis. Por algunos detalles de su manufactura, se las ha clasificado incluso como precedentes de las Clovis. Para algunos científicos podrían ser restos deformados y marginales de estas últimas. En este caso serían posteriores a ellas. Fueron encontradas por primera vez en la cueva Sandía de los montes del mismo nombre. El acontecimiento tuvo lugar en 1935, y las exploraciones fueron realizadas por el doctor F. C. Hobben, de la Universidad de Nuevo México. El nivel superior de la cueva contenía restos de animales recientes y cerámica de diversos periodos precolombinos. Debajo, una capa estalacmítica sellaba otra de puntas de proyectil Folsom. Luego venía una de estéril que correspondería a una época de una gran humedad en que la cueva estuvo deshabitada. Finalmente, debajo de esta capa estéril aparecieron las diecinueve piezas denominadas Sandía.

No se trata de puntas muy grandes, oscila su tamaño entre los seis y los nueve centímetros de longitud. De acuerdo con su conformación, pueden clasificarse en dos grupos. En el grupo «A» los extremos son puntiagudos, los filos laterales cóncavos y de sección lenticular con una especie de rebaje u «hombro» en la parte baja. De acuerdo con Willey, las más grandes podrían haberse utilizado como cuchillos con un enmangado. El grupo «B» parece ser que fueron mejor trabajadas, más bien acabadas. Una sección transversal nos da una forma de punta de diamante. Los filos laterales son paralelos y la parte baja es cóncava con un ligero rebaje; una insinuante acanaladura que servía para conseguir un mejor enmangado. Debido a esta pequeña acanaladura en la parte baja, se duda sobre su antigüedad. La pequeña estría apenas esbozada podría corresponder tanto al principio como al fin de la célebre acanaladura de las puntas de proyectil americanas que las distingue de cualesquiera otras del Viejo Mundo. A pesar de lo dicho, se han fechado por C.14, entre los 1000 y 8000 años a.C. Algunos prehistoriadores son reacios a aceptar la presencia de estas extra-



Puntas Plainview, Meserve y Milnesand.



Complejo Cody: puntas I y II de Scottsbluff y Eden.

Cuchillo Cody.

ñas puntas, que tan sólo se han localizado en dos lugares, dudándose que conformen una tipología especial.

Las puntas Folsom son las que cierran la célebre trilogía de las puntas de proyectil norteamericanas de finales del Pleistoceno (entre los 15000 y 8000 años a.C.). Reciben el nombre de Lindenmeier, y fueron encontradas por primera vez en la localidad de Folsom en el estado de Nuevo México. Son, por lo general, más ligeras a causa de sus grandes y profundas acanaladuras laterales y de tamaño más reducido que las Clovis. Suelen encontrarse asociadas con restos óseos de bisontes, mientras que las Clovis lo hacen con megafauna de mayor tamaño.

Poco tiempo después de hallarse las primeras piezas Folsom se exploró el sitio denominado Lindenmeier, en el extremo NE del estado de Colorado. En este sitio se encontraron muchas puntas de proyectil y casi todas ellas asociadas con muchos artefactos de la misma época e incluso elementos de adorno. Se trata por lo general de piezas magníficamente trabajadas por los sistemas de percusión y de presión para dar a las puntas de proyectil el acabado final. Destreza tecnológica que casi convierte a algunos de los ejemplares Folsom en verdaderas obras de arte por la elegancia de sus proporciones y su manufactura. Las profundas acanaladuras de las dos caras de la pieza alcanzan casi la totalidad de la punta de proyectil.

La localidad de Lindenmeier fue un hallazgo verdaderamente excepcional por la riqueza y la abundancia de artefactos de cultura material. Parece ser que se trata de un verdadero campamento próximo a una zona donde abundaba la caza. La cronología de las puntas Folsom o Lindenmeier alcanzan los 9000 años a.C. En cambio, en la localidad de Lucbbock, en el estado de Texas, las pruebas de C.14 nos dieron fechas bastante más recientes: entre los 7300 y los 7800 a.C. Las puntas de proyectil fueron encontradas relacionadas con restos óseos de *Bison antiquus*. En los estratos más antiguos de dicha localidad se encontraron restos óseos de bisonte, mamut, tapir y caballo.

El área de expansión de estas puntas de proyectil es mucho más reducida que la de las Clovis. La región de los hallazgos más genuinos gira en torno al este de los estados de Nuevo México, Colorado y de Wyoming. Da la sensación, si nos olvidamos de las Sandía, que las Folsom derivan de las Clovis. Su tecnología, manufactura y acabado son mucho más delicados. Con las Folsom se obtuvieron puntas de gran utilidad por su ligereza y tamaño más reducido que las Clovis. En algunas ocasiones, como ya se ha dicho, gozan de un valor verdaderamente artístico a pesar de su finalidad utilitaria.

En las puntas Folsom se utilizó para su manufactura el lasqueado por presión llamado semiduro, que consiste en levantar, por medio de un artefacto más o menos puntiagudo de hueso o de madera, pequeñas lascas, que le daban a la pieza el acabado final. Las puntas Folsom, de acuerdo con P. Bosch Gimpera, no son otra cosa que la evolución de las Clovis, profundizando la acanaladura, afinando, alargando y retorciendo los extremos de la base. Por lo general este tipo de puntas van asociadas a otros artefactos líticos y de otros materiales. Abundan los cuchillos de sílex, moledores o frotadores de arenisca y de hueso.

Las puntas de proyectil que vienen después de las Folsom se desarrollan durante el estadial frío Valders. Constituyen una etapa de transición entre los siglos finales del Pleistoceno y los primeros del Holoceno con un predominio o tal vez especialización en la caza de bisontes. De ahí que la vida de los cazadores «superiores», y con ella su economía y la subsistencia, perduren hasta las últimas consecuencias del gla-

ciarismo. A través del preciosismo de las puntas Folsom se desarrolla una transición en la manufactura de implementos que caracteriza la etapa siguiente y última de la prehistoria de algunas regiones de América.

Finalmente, vienen las puntas de proyectil denominadas Plano. Aparecen junto o inmediatamente después de las Folsom. De ellas heredan el gusto por las piezas bien hechas, y el «preciosismo» en la tecnología. Su cronología abarca desde el 8000 hasta 5000 a.C., siempre de acuerdo con las regiones en las que se desarrollan las diferentes puntas de proyectil. Su mayor área de expansión o presencia corresponde a las tierras altas de América del Norte. Una de sus características más sobresalientes es la variedad de formas y su excelente manufactura.

La mayor parte de los investigadores coinciden en que su aparición y características son la consecuencia o el resultado de una evolución tecnológica muy bien orientada y de una gran profundidad, desarrollo que se inició poco antes de las puntas Clovis con la aparición de los primeros artefactos bifaciales y llegó a su plenitud con las puntas Plano. De acuerdo con A. L. Bryan, este nuevo conjunto de puntas de proyectil se agrupan en dos grandes apartados: *a*) las Plainview, y *b*) las de lasqueado paralelo *(parallel-flaked)*. Unas y otras se presentan desde un principio sin acanaladura, los filos paralelos con un pedúnculo o una parte cóncava en la parte baja. De no ser por la ausencia de las acanaladuras podrían confundirse con las Clovis o las Folsom.

Variedades del primer grupo podrían ser las Plainview propiamente dichas, las Middland, Milnesand y Meserve, bautizadas con el nombre del primer lugar del hallazgo. La mayor parte de estas puntas de proyectil fueron encontradas en grandes *kills* de bisontes, o sea lugares de matanza. Su desarrollo coincide totalmente con los primeros siglos del Holoceno. Su espacio de mayor expansión alcanza el área que después será la Tradición cultural del desierto. Además de esta región del SO norteamericano, llegan hasta el norte de Canadá y centro de Mesoamérica.

El segundo grupo, llamado de lasqueado paralelo, ocupa un espacio cronológico parecido. Desconocemos si estuvo enlazado con los últimos restos de la fauna pleistocénica, puesto que su origen podría estar relacionado con áreas mucho más septentrionales que las Plainview (estados de Wyoming, Montana y Dakota del Norte). Se caracterizan por un perfecto lasqueado de forma horizontal y realizado a presión. En alguna de sus formas aparece por primera vez un ancho y tímido pedúnculo. Tienen muy alargados los extremos y casi paralelos y no poseen acanaladura. Las formas más características asociadas a estas puntas son las Scottsbluff, Eden, Cody. Las Agatas Basin del mismo grupo se distinguen por su excelente manufactura, su ligereza y filos paralelos o ligeramente convexos.

Al final de la prehistoria norteamericana los cazadores del sudoeste debían, según P. Bosch Gimpera, yuxtaponerse a los supervivientes de la antigua cultura de nódulos y lascas de aquella gran región en la que al poco tiempo se originó la gran Tradición cultural del desierto, centro de gran trascendencia cultural, que en algunas regiones todavía sobrevive (etnias de California y la gran Cuenca: California, Nevada y Utah). En otras partes evolucionan hacia la agricultura con los espectaculares ambientes culturales de Hohocan, Anazazi y Mogollón, partiendo de la base cultural Cochise (Nuevo México Arizona Chihuahua).

La tradición de la manufactura de puntas de proyectil no desapareció, sino que prosiguió en una antigua tradición cultural que se extendía hacia regiones septentrionales persiguiendo las manadas de bisontes, caribús, renos y algo de la fauna super-

viviente del Pleistoceno. Este es el ambiente cultural que conocemos con el nombre de la Tradición de la Vieja Cordillera *(Old Cordilleran Culture)*.

2.2.2. En Mesoamérica

En Mesoamérica y el resto de América Central, tal como ocurre en América del Norte, se distinguen dos etapas durante este segundo periodo de la prehistoria: el primero corresponde a las puntas de proyectil lanceoladas sin pedúnculo, fase que algunos prehistoriadores mesoamericanos (Lorenzo, 1974 y 1981) clasifican con el nombre de Cenolítico Inferior (14000 a 9000 años a.C.): sus puntas más características son semejantes a las Clovis (San Rafael, Guatemala), o tienen reminiscencias de las Folsom. Hay también puntas de hueso y marfil con base biselada. La segunda etapa se denomina Cenolítico Superior (9000 a 7000 años a.C.), y se caracteriza por la presencia de puntas foliáceas, a menudo con un ligero pedúnculo, otras con los extremos terminados en punta, ambas nos recuerdan las Plano de América del Norte. En estas latitudes reciben el nombre de puntas Lerma. Los materiales más empleados para la manufactura de los artefactos son el cuarzo, el sílex, el pedernal y la obsidiana. Uno de los lugares de Mesoamérica que ha proporcionado mayor cantidad de materiales culturales es la cueva de Teopisca, en Chiapas, donde se han encontrado unos artefactos que datan de los 13000 años a.C. La mayor parte de ellos son de una gran calidad de manufactura, pero no están datados por el C.14.

En las puntas Lerma, al igual que en las norteamericanas, se elimina el filo de la parte inferior con el fin de obtener un amarre al asta más seguro. A veces evolucionan hacia un sencillo pedúnculo, como ocurrió también con las puntas Plano de América del Norte. La manufactura de los implementos del Cenolítico mesoamericano (nueva edad de la piedra) se realiza por percusión. Más tarde aparece, procedente de Norteamérica, el sistema de presión, realizado con percutores blandos: asta, madera o hueso. Se obtenían así filos más cortantes mediante el desprendimiento de pequeñas lascas y se lograban unas puntas de proyectil de inmejorable acabado, bien hechas y magníficamente proporcionadas. La manufactura se terminaba en muchas ocasiones con abrasión y pulido.

Del Cenolítico existen en Mesoamérica bastantes sitios trabajados con resultados muy significativos en algunos de ellos (MacNeish, 1964, y Lorenzo, 1974), tanto en cronología como en materiales culturales. La cronología de Mesoamérica y Centroamérica va de los 14000 años a.C. hasta los comienzos de la agricultura, o sea, poco después del 8000 a.C.

Aparte de las puntas de proyectil, abundan los implementos cortantes obtenidos de lascas sacadas de núcleos prismáticos: navajas, raspadores, raederas, etc.

La población en esta época del Cenolítico, en los espacios que más adelante conformarán Mesoamérica, cazaba conejos, liebres y de vez en cuando un caballo, un camélido o un venado y muy raramente o quizás nunca un mamut. Se completaba la dieta con un gran número de plantas y animales recolectados (bayas, vainas, frutos silvestres, bulbos, raíces, saltamontes, larvas, hormigas, etc.). La cacería de algunos de los grandes hervíboros del Pleistoceno implicaba el acorralamiento de la pieza, utilizando el fuego, el ruido o cualquiera otra forma de comportamiento para atemorizarla y separarla de la manada. Esto nos hace pensar en una organización bastante más compleja que la de la etapa anterior: pequeñas bandas mucho mayores que las

familias nucleares o extensas. Bandas que en ciertas épocas del año se subdividían o desmembraban en familias extensas o incluso nucleares, debido a la escasez o imposibilidad de subsistencia. Tal y como nos demuestra Richard MacNeish para el caso de Tehuacán, la subsistencia orientaba un nomadismo cíclico. Se trataba de «microbandas trashumantes que cambiaban de residencia estacionalmente, esto es, grupos que iban de campamentos de la estación de lluvias a campamentos de estación seca a lo largo del año». Estas familias se agrupaban en ciertas épocas del año para formar macrobandas, que se disgregaban de nuevo cuando desaparecían los incentivos que las había reunido (abundancia de ciertos productos vegetales o animales). Con el tiempo evolucionan a un parcial sedentarismo en los albores de la agricultura.

En etapas avanzadas del Cenolítico mesoamericano aumentó la base dietética de recolección vegetal y animal, en paralelo con el aumento de sequedad ambiental que hizo más difícil la supervivencia. Los análisis de cropo y otros elementos, como puede ser la tecnología, demuestran la presencia de un profundo cambio en la economía que se materializa con la aparición de la cestería y de las piedras de moler. La base dietética agrícola era cada vez más utilizada, aunque subsistía la caza menor (pequeños mamíferos, reptiles, roedores, etc.).

Hacia el final de esta época, es decir, en el periodo de transición de los últimos siglos del Pleistoceno a los primeros del Holoceno, el medio ambiente fue más cálido y menos lluvioso. Los hielos se empezaron a retirar a su posición actual. En Mesoamérica los glaciares se redujeron a las partes altas de las grandes cordilleras y la megafauna se extinguió, emigró hacia el norte o siguió sobreviviendo en pequeños nichos ecológicos junto a las zonas frías. A finales del Pleistoceno, poco antes de este gran cambio, aparecieron en Mesoamérica los hombres que fabricaban unas puntas de proyectil pedunculadas y sin acanaladura llamadas Plano, en América del Norte y aquí Lerma. Se caracterizan por tener forma fosilácea (hoja de laurel) acabando en punta en sus dos extremos. Con ellas cazaban mamíferos como los actuales, puesto que no se han encontrado asociadas a animales extinguidos. Su cronología, C.14, sobrepasa ligeramente los 7000 años a.C. Las cuevas secas del estado de Tamaulipas en México eran un foco importante de estas puntas. Hay que tener en cuenta que esta región del México actual estuvo muy ligada a la antigua Tradición cultural del desierto. De acuerdo con G. R. Willey, existiría una íntima relación entre las puntas Lerma de Mesoamérica y las de la Tradición de la Vieja Cordillera *(Old Cordilleran Tradition)*.

2.2.3. En Sudamérica

En América del Sur ocurre algo semejante a lo que ha venido diciéndose para Mesoamérica. En esta ocasión hay que agregarle la enorme extensión que ocupa su masa terrestre. Por esta razón es todavía difícil proponer secuencias prehistóricas con cierto rigor científico, puesto que nuevos hallazgos pueden, y de hecho dan, lugar a cambios frecuentes. Como dice un prehistoriador del área norteamericana, «la situación en muchos países sudamericanos ha sido y en ciertos aspectos sigue siendo todavía, si no caótica, sí al menos complicada» (Lorenzo, 1981).

Un extenso y duradero horizonte de cazadores-recolectores sin puntas de proyectil, del que ya se ha hablado, conforma la primera etapa de su poblamiento. A continuación viene la segunda fase de la prehistoria sudamericana, que evoluciona

sobre la tradición del primer periodo. Al parecer se desarrolló sin préstamos culturales foráneos, ni siquiera del mismo continente.

Sobre una tradición de culturas de nódulos y lascas, de las que vimos algunas muestras, se origina un horizonte caracterizado por la fabricación de bifaces líticos y en relación con megafauna, cuyos restos óseos se han podido localizar vinculados a los mismos. De este nivel de bifaces se pasará posteriormente a una tradición cazadora, como veremos.

El horizonte cultural prebifacial ha sido denominado por G. R. Willey tradición de lascas *(Flake tradition)* y se acusa especialmente en la región andina. Su antigüedad podemos situarla en unos 12000 a 14000 años y una de sus primeras evidencias las encontramos en Venezuela y más concretamente en su zona noroccidental. Hoy día es una región árida y seca, pero durante el Pleistoceno sería bastante más húmeda que en la actualidad. En el sitio de El Muaco han podido recobrarse restos óseos de mastodonte, caballo y perezoso gigante. En esta región se dio alrededor de los 15000 años de antigüedad una intensa actividad cultural. De ella sobresale la etapa cultural llamada Camare, con implementos que podríamos llamar «protobifaciales». Se trata de artefactos gruesos y pesados *(crude choppers)* de unos 12 centímetros de largo. Se realizaron por medio de una burda percusión en las dos caras del artefacto. Asociados con estos implementos se encontraron bastantes lascas bien trabajadas que podrían algunas de ellas haberse utilizado como raspadores o cuchillos.

A pesar de lo dicho para esta región del NO de Venezuela, se trata de una fase de transición entre la antigua tradición de lascas y los primeros artefactos bifaciales. Con todo y la importancia de la región desde el punto de vista cultural, no aparecen todavía puntas de proyectil líticas. Pudieron o debieron de existir de otros materiales, como madera endurecida al fuego (Willey, 1971).

En El Pedregal, en el interior de la secuencia cronológica de Las Lagunas, se encuentran implementos que podrían ser cuchillos, cabezas de hachas y otros artefactos, a menudo de forma ovoide o triangular de base plana y, lo que es más importante, claramente bifaciales. Piezas que alcanzan un tamaño que varía entre los 8 y 10 centímetros, con una antigüedad que oscila entre los 12000 y 8000 años a.C.

Muy semejantes a los hallazgos de El Pedregal son los materiales culturales de Chivateros I, localidad asentada cerca de la costa central del Perú. Se trata de una unidad cultural semejante a las del NE de Venezuela. Los materiales analizados tienden hacia un claro bifacialismo. Algo parecido ocurre con el sitio y fase de El Manantial en la costa de Ecuador. Sin embargo, el verdadero bifacialismo se encuentra a partir de los Andes centrales, hacia el Sur. Sitios culturales paralelos en el espacio y el tiempo podrían ser, por ejemplo, Ampajano, cerca de Santa María del Valle de Catamarca en los Andes del Sur. Algunos de los implementos se encuentran en superficie en las antiguas terrazas del río. Tal vez algunos artefactos de un tardío río Catalán, en el norte de Uruguay, podrían corresponder a esta etapa.

Esta tradición de burdos implementos bifaciales realizados solamente a percusión son, en cierto momento, característicos de la mayor parte de la cadena montañosa de los Andes y no va más allá de unos 12000 años. La mayor parte de los implementos líticos que acompañan a los bifaciales son secundarios, es decir, artefactos realizados para hacer otros de materiales como cuerno, asta, hueso, etc.

De esta cultura de los bifaces burdos se pasa a una nueva tradición cultural que Willey denomina *The Old South American Hunting Tradition,* una etapa semejante a la de *The Big-Game Hunting Tradition* de América del Norte «...there are a number of

clues that strongly suggest that significant technological elements the Old South American Hunting Tradition did indeed derive from North American "Paleo-indian" or "Big-Game Hunting Tradition Culture"» (Willey, 1971). Se trata en principio de cazadores de megafauna contemporánea o tal vez algo tardía de su homóloga de Norteamérica. Parece ser que de ella no reciben los sudamericanos ninguna o muy pocas influencias, contrariamente a lo que insinúan algunos prehistoriadores norteamericanos (Willey, 1966, 1971). Sus implementos son algo más tardíos (entre los 7000 y 9500 años a.C.) que los de Norteamérica, pero no influidos por ellos.

Por primera vez nos encontramos en América del Sur una cultura con base económica en la caza. «This does not mean that there were no other economic pursuit, but it does mean that the hunting large mammals, for food and for hides, was a major activity» (Willey, 1971). Los mamíferos más cazados serían camélidos, venados, caballos, mastodontes y perezosos. Al final de la etapa existe una clara adaptación a las tierras altas (las punas) de los Andes Centrales y del Sur. Su finalidad era realizar con mayor facilidad la caza de camélidos y venados, en especial el *Hippocamelus* y el *Odocaileus.* La recolección no dejó de ser una parte importante de la subsistencia de aquellos cazadores, organizados en familias nucleares o extensas a la manera de microbandas.

De la misma manera que en Norteamérica, se distinguen dos formas de puntas de proyectil en *Old The South American Hunting Tradition.* Ambas muy bien trabajadas, bifaciales y realizadas por el sistema de percusión directa. Para darles un acabado más perfecto y una forma más definida se utilizaba también en el sistema de presión blanda, con el que se obtenían pequeñas lascas y sobre todo unos filos más rectos y cortantes.

a) La cola de pescado

Una de las dos formas básicas de estas puntas de proyectil lleva el nombre de *cola de pescado,* y es la más antigua, recordando en algunas ocasiones las puntas Clovis de América del Norte. Algunos investigadores ven influencias de éstas sobre aquéllas, lo que no parece correcto, porque las colas de pescado más antiguas se encontraron en cuevas del extremo sur de esta parte del continente (región de Tierra de Fuego, cueva de Palli-Aike y de Fell). En dichas cuevas hay junto con los restos humanos y culturales otros de animales pleistocénicos, principalmente caballo y perezoso. Junius Bird, el arqueólogo que más ha trabajado esta región de América del Sur, conforma una cultura llamada magallánica y con una cronología que parte de unos 10000 años a.C.

Otro yacimiento importante de puntas de cola de pescado es El Inga, cerca de Quito y separado de Palli-Aike y Fell por miles de kilómetros. El sitio fue cuidadosamente excavado por R. E. Bell. El llamado El Inga I es la etapa más antigua de las tres que contiene este lugar y en él aparecen ya perfectamente definidas estas puntas de proyectil. Por su tamaño, tecnología y función recuerdan mucho a las de la isla de Tierra de Fuego y sur de Patagonia. La diferencia más notable entre unas y otras consiste en que las del Inga tienen una acanaladura en la parte de la «cola» de pescado bastante más pronunciada que en las Palli-Aike y de Fell. La fecha más antigua de el Inga es de algo más de 8500 años a.C.

Se ha insistido en una dependencia de las colas de pescado con las Clovis, pero

hasta ahora la cronología parece contradecir esta hipótesis, puesto que las puntas del extremo del cono sur son algo más antiguas que las del área septentrional. Puntas de cola de pescado se han hallado en Colombia (Reichel Dolmatoff) y especialmente en su Cordillera Central (Manizales, Tumba de Garzón) y Occidental. Incluso se dice que se han descubierto puntas «folsonoides» en diversas partes de Venezuela. Tampoco resulta excepcional encontrar puntas relacionadas con las cola de pescado en la costa atlántica de América del Sur (región de Río Claro en Brasil y en el sur de Uruguay). La cronología de la primera fase de El Inga es muy semejante a la de Fell o Palli-Aike. A pesar de ello, y por medio de nuevos hallazgos y exploraciones, parece ser que las puntas cola de pescado más antiguas se encuentran en el extremo meridional del cono sur americano, disminuyendo su antigüedad a medida que se asciende al norte. Muchos prehistoriadores norteamericanos estiman que las puntas cola de pescado derivarían de las Clovis, puesto que algunas se han encontrado muy cerca del extremo sur de Centroamérica: «If we are assume a relationship between the almost indentical Magellan I and El Inga I projectile points, and between these and the similar Clovis-derived points of North America, a date closer 9000 b.C would be more in keeping with the spread of this fish-tailed and fluted point form from north to south» (Willey, 1971). Thomas F. Lynch insiste en este mismo sentido cuando nos indica que «las puntas acanaladas de El Inga son, en realidad, más parecidas a las Clovis que lo que tenemos derecho a esperar. Teniendo en cuenta la distancia que media entre ambos grupos. Me resulta inconcebible que no estén íntimamente relacionados tanto cultural como cronológicamente» (Lynch, 1967). Los tamaños de las colas de pescado son algo reducidos, puesto que alcanzan entre 4 y 7 centímetros de largo. A veces, sobre todo en El Inga, llevan una tímida acanaladura en la parte baja. Los sitios en los que aparece ese tipo de puntas de proyectil son principalmente cuevas, aunque también abundan en los *camps* (campamentos). Se trata en todo caso de asentamientos temporales de pequeñas bandas de cazadores que persiguen la megafauna para aprovechar su carne, algunos huesos y la piel.

b) La punta foliácea

La otra punta de proyectil característica de este periodo tiene forma foliácea alargada. A veces con los dos extremos terminados en punta. En otras ocasiones recuerdan un poco a las puntas Lerma del Norte de México y el centro de Mesoamérica. Las encontradas en El Jobo al NO de Venezuela tienen entre 5 y 10 centímetros. Son de cuarcita y por supuesto bifaciales. Su manufactura, siguiendo una tradición de esta etapa, es de percusión y acabadas en el sistema de presión. Los filos a menudo toman la forma de pequeños dientes de sierra. Su cronología oscila entre los 7000 y los 9300 años a.C.

Sus fabricantes, de acuerdo con G. R. Willey, serían nuevos inmigrantes especializados en la caza de hervíboros grandes. Sus espacios predilectos serían las altas planicies del norte y sur de la América meridional. De acuerdo con los difusionistas, estarían incluidos en una antigua tradición tecnológica del Viejo Mundo de carácter *Levallois-Mousterian.* Su modo de vida contrastaría con el de los antiguos habitantes de la Tradición de lascas. La movilidad y su carácter eminentemente nómada era una de sus características más destacables. Las puntas foliáceas, igual que las colas de pescado, pudieron originarse desde la tradición de artefactos bifaciales de Sudamérica en vez de ser una importación cultural procedente de Norteamérica.

Las puntas de proyectil iban acompañadas de otros artefactos, la mayor parte de ellos relacionados con una forma de subsistencia conectada con la caza: raspadores, cuchillos, punzones de hueso y otros implementos sacados de lascas. Su cronología es casi contemporánea con las cola de pescado. Incluso se ha insinuado que estas últimas podrían ser una consecuencia de las foliáceas o, como insiste G. R. Willey, una derivación de las Clovis. Las puntas foliáceas se desarrollan entre el 9500 al 7000 años a.C.

Puntas de proyectil foliáceas aparecieron en El Jobo, en el norte de Venezuela. Sus artefactos más representativos son hojas que a veces acaban en punta por sus dos extremos y se relacionan con la tradición cultural del NO de Venezuela. Igual que con las puntas cola de pescado, algunos prehistoriadores norteamericanos creen que existen relaciones entre estas puntas foliáceas y las de la Vieja Cordillera *(Old Cordilleran)* del NO de Norteamérica, pasando por las Lerma, de Mesoamérica, lo que parece difícil de demostrar y comprobar.

Las puntas foliáceas se extienden por una gran parte de los Andes y regiones vecinas. Se hallaron unas semejantes a las de El Jobo, pero algo más toscas de manufactura (con ausencia del lasqueado a presión), en Chivateros II, en la costa Central del Perú. Lauricocha en el interior del Perú, cerca del río Marañon, podría ser otro de estos yacimientos; sus puntas de proyectil recuerdan las del Jobo y Chivateros, con lasqueado a percusión y a veces a presión. Aquí, en Lauricocha, se encontraron unos enterramientos humanos que demuestran un culto religioso relacionado con la muerte. Los enterramientos tenían ofrendas de lascas de pedernal y algunos artefactos junto con restos óseos de animales propios del medio ambiente de aquella zona, además de cuentas de turquesa y huesos colocados junto al muerto.

3. Los cazadores-recolectores

La última etapa de este periodo de los orígenes culturales de América corresponde a los denominados «cazadores-recolectores», pues su base económica resultó ser una simbiosis de caza y recolección. El gran cambio climático producido a fines del Pleistoceno y principios del Holoceno fue largo y progresivo, permitiendo al hombre una adaptación lenta hacia la forma de vida que denominaremos arcaica. Durante esta última, como veremos, el hombre fue recolector fundamentalmente y cazador accidentalmente, a la par que pescador, etc.

Durante los primeros siglos del Holoceno, el medio ambiente se volvió más cálido, a consecuencia de unos profundos cambios climáticos. Este trastorno, relacionado con la retirada de los hielos a sus actuales espacios, duró siglos y afectó de diferente manera a la mayor parte del continente y en especial a la parte septentrional de América del Norte.

Al retraerse los hielos hacia su posición actual, desapareció la humedad en grandes regiones que antes contenían enormes pastizales. Estas transformaciones ecológicas provocaron la desaparición de muchos herbívoros, acontecimiento que produjo cambios en muchas especies animales y en el mismo comportamiento cultural del aborigen americano en los últimos siglos del Pleistoceno o principios del Holoceno, pues dichos animales formaban parte importante en la economía de aquellos pueblos.

Con las alteraciones climáticas del Holoceno, América del Norte empezó a di-

versificarse desde el punto de vista cultural. Aparece la gran Tradición del desierto en el SO del hemisferio septentrional, como también la Arcaica en la vertiente oriental. Estos dos grandes complejos culturales surgen en los primeros siglos del Holoceno, sobre la antigua Tradición de prepuntas de proyectil, y principalmente sobre los llamados Cazadores superiores. Mesoamérica y parte de Centroamérica cayeron bajo la órbita de la Tradición cultural del desierto, mientras que el NE de México se abría camino a la tradición Arcaica.

En Sudamérica apareció asimismo una subdivisión cultural en tres grandes bloques, a principios del Holoceno: una localizada en las tierras altas de los Andes y en las tierras bajas de la costa del Pacífico; otra en el altiplano del SE del Brasil y extremo sur del cono americano, y la tercera se formaría en las cuencas de los ríos Orinoco y Amazonas.

3.1. *La etapa preagrícola en Norteamérica*

El cambio climático y ecológico impuso una evolución cultural con mayor incidencia de la recolección, lo que se evidencia en la aparición de implementos de molienda (muelas y morteros con sus manos). Primero aparecen las muelas a la manera de sencillas lajas sin una forma definida. En una de sus caras se trituraban los productos vegetales (gramíneas, frutos, raíces, etc.) necesarios para el consumo inmediato o para su conservación. Las mujeres se ayudaban con otra piedra en estas primeras etapas, por lo general un canto rodado. Éste será el principio del metate, implemento indispensable hasta casi nuestros días, para la preparación del nixtamal y otros muchos productos de la cocina mesoamericana.

Los morteros fueron más tardíos y se vieron substituidos en muchos de sus usos por los conocidos metates. Los primeros morteros no eran otra cosa que un simple agujero hecho en un gran nódulo, por lo general de basalto vesicular, por su suave cualidad. Estos nuevos implementos van, sin lugar a dudas, muy ligados a la intensa recolección que se practicaba durante los primeros siglos del Holoceno y quizás en algunas regiones desde finales del Pleistoceno. La recolección desarrolló también la cestería, unos implementos de gran capacidad para almacenar y transportar frutos, semillas, bulbos, setas, bellotas, piñones y otras muchas plantas recolectables. Su antiquísima tradición y experiencia en su realización ha perdurado hasta nuestros días entre los californianos actuales y otros pueblos de aquella parte de América del Norte, íntimamente ligados a la Tradición cultural del desierto. La habilidad en su fabricación llegaba a tal punto que podían contener líquidos, pues con la humedad se hinchaban las tiras de carrizo u otros materiales con los que se fabricaba el cesto y se obstruían los pequeños intersticios existentes entre fibra y fibra. Podían incluso cocerse ciertos productos en su interior por el sistema de las piedras calientes, o fundirse la grasa que contenía.

La explotación de los recursos marinos fue otra fuente importante de la subsistencia. Baste recordar la importancia de la pesca del salmón entre los pueblos del O y NO de América del Norte. Esta combinación de dos formas de economía provenía de la presencia o ausencia, en ciertas épocas del año, de determinadas especies.

Las plantas recolectadas en Norteamérica y principalmente en Mesoamérica fueron el aguacate, las calabazas, la setería, el supuesto maíz silvestre, diferentes especies de ciruelas y de zapotes, frutos de cactus y mezquites. Algunas de estas plantas como

las *cucurbitas,* el aguacate y la setería fueron las primeras en cultivarse unos siglos más tarde. De estas y otras plantas recolectables se aprovechaba los frutos, los tallos, los bulbos, las raíces, etc, siempre de acuerdo con el sabor o su poder energético.

Estas nuevas tendencias de economía y formas de asentamiento muy específicas fueron provocadas por el medio ambiente cada vez más y más árido. De ahí que los espacios aprovechables fueran muy codiciados, al escasear los lugares con la humedad necesaria para la vida de las plantas, animales y el hombre. Todas estas circunstancias dieron lugar a una interrelación cada vez más frecuente entre diferentes microbandas que en determinadas épocas coincidían en los mismos lugares transformándose en macrobandas.

3.2. *La Tradición Andina*

La distribución espacial de la Tradición andina de cazadores y recolectores empieza al norte del Ecuador y termina en la isla de Chiloé, donde los Andes se sumergen en el mar. No obstante, sus influencias se prolongan en el norte a través de las cordilleras colombianas hasta los Andes de Venezuela, y en el sur hasta las Pampas, la Patagonia y el sureste del Brasil. La secuencia corológica varía de una zona a otra. Así, por ejemplo, en los Andes Centrales los cultivos de las primeras plantas producen un rápido cambio en la economía, mientras que en algunos sitios de la costa esta etapa se «fosiliza» con una especialización en la pesca, caza de mamíferos marinos y la recolección. Estancamiento cultural que, para los fueguinos, en el extremo sur de Chile, o los sambaquís en la costa del sureste del Brasil, perduró hasta prácticamente nuestros días. Una cronología aceptable para este desarrollo cultural oscila entre los 7500 a 4500 años a.C.

Una de las características básicas de este horizonte cultural, igual que en América del Norte, fue que la población se orientó hacia un nomadismo cíclico con la finalidad de aprovechar al máximo las posibilidades alimenticias de determinado espacio. Las microbandas o familias extensas ya no perseguían las manadas de herbívoros, cada vez más escasos. Se encerraban en un minientorno para su aprovechamiento o alternaban la costa, «las lomas» y la altiplanicie, de acuerdo con las facilidades de subsistencia en las diferentes estaciones del año. Pesca y recolección marina en la costa, recolección y caza de pequeños mamíferos en las «lomas» y caza de grandes herbívoros en las tierras altas.

Este periodo de la prehistoria sudamericana se caracteriza, desde el punto de vista instrumental, por la presencia de una forma de puntas de proyectil muy particular, pese a las variaciones existentes. Es una punta de proyectil de forma de hoja de sauce *(willow leaf),* que luego se vuelven pedunculócilos. Son de diversos tipos de piedra en función de la que predomina en cada región. Su tamaño es pequeño, entre los 4 y los 7 centímetros de largo y los 1 ó 2 de ancho, y 1 centímetro de grueso. La manufactura se empezaba con el sistema de percusión y se terminaba a presión. A menudo la parte baja era cóncava, pero sin terminar en puntas. Más que una nueva tipología de punta de proyectil, parece una evolución de las lanceoladas de la etapa anterior.

Estas puntas se fueron reduciendo cada vez más y tomaron una forma casi triangular, con un adelgazamiento en la parte baja, que se transformaba en un pedúnculo. Su ancho era de 2 a 3 centímetros y tenían una especie de cintura de 1 a 2 centímetros. Su manufactura es siempre bifacial y se hacían por percusión, aunque a veces el

acabado final se realiza con el sistema de presión. Su parte más estrecha es cóncava. Estas puntas llevan a menudo una pequeña acanaladura en el pedúnculo que a veces puede ampliarse por el interior de la hoja.

Parece que iban enmangadas para su mejor uso como cabezas de jabalina las más grandes; o de dardo para *átlatl* o propulsor las más pequeñas, sin descartar tampoco la posibilidad de su utilización como puntas de flechas. La introducción del arco en América es bastante tardía, pues no principia en Mesoamérica hasta aproximadamente el 700 a 800 d.C.

Otro instrumento característico de Sudamérica, aunque presente también en otras regiones, son las *boleadoras*. Se trata de dos o tres bolas de piedra adheridas a un largo mecate. Se ha constatado la presencia de este artefacto de caza desde unos 5000 años a.C. Su utilización para la caza se extendió rápidamente, sobre todo por las llanuras o punas, donde mejor puede utilizarse.

Otros implementos utilizados son los rascadores, cuchillos y taladros, así como las piedras de moler, abundantes sobre todo en las regiones donde la subsistencia se basaba en la recolección. Los sitios más destacados en el interior de esta tradición cultural corresponden a Lauricocha II y III, junto al río Marañón en Perú, Ayampitín y San Luis Intihuasi en el centro de Argentina. Otro podría ser El Inga II y III en Ecuador, cerca de Quito.

Al final de la etapa prehistórica sudamericana de los Cazadores-recolectores andinos se desarrolla, de acuerdo con T. F. Lynch (1967), una *small pointhorizon,* etapa cultural que recuerda, en cierto modo, la abundancia de formas de puntas de proyectil durante la fase Plano en Norteamérica. En este «pequeño horizonte», al decir de Lynch, abundan tres o cuatro formas diferentes de puntas de proyectil. Artefactos que no llegan más allá de los 3,5 centímetros de longitud, de forma foliácea, siguiendo una antiquísima tradición sudamericana. La sección es de punta de diamante con los extremos terminados de punta. De vez en cuando uno de ellos es cóncavo y sin pedúnculo. Corresponden cronológicamente a fines del Pleistoceno y principios del Holoceno.

Las últimas etapas de la tradición cultural de los cazadores recolectores de los Andes coincide en el área peruana con la aparición de las primeras plantas cultivadas y los primeros restos de arquitectura (El Caballar). En otra parte, en especial en Puricapa, se localizaron los cimientos de los primeros edificios de cierta consideración. El más grande de los tres mide unos 7 metros de largo, con tres habitaciones en su interior que se comunicaban entre sí.

Los cazadores-recolectores de los Andes se especializan en la caza de animales pequeños y en una compleja recolección, estableciendo campamentos a cielo abierto. Su nomadismo era cada vez más cíclico.

En fases finales del periodo aparecen también a menudo puntas de proyectil con un pronunciado pedúnculo. Sin embargo, podría ocurrir que estas puntas fueran, en algunas regiones, contemporáneas de las foliáceas. El Arenal, en la costa del Perú, es uno de los sitios más significativos (6500 a.C.). Junto a las puntas de proyectil aparecen a menudo las primeras piedras de moler (los más antiguos metates), que nos indican la importancia que iba tomando la recolección.

La tradición cultural del este del Brasil *(The East Brasilian Upland Tradition)* es en cierto modo anterior a la de los Cazadores-recolectores de los Andes, pero coincide con ella desde el punto de vista cronológico en buena parte de su desarrollo. Abarca una porción del área brasileña, casi toda la extensión del Paraguay, el norte de Uru-

guay y la provincia de Misiones en la parte septentrional de Argentina. Localidades específicas de esta época podrían ser, por ejemplo, Río Catalán tardío al norte de Uruguay, Cerro Grande y Barracõa en el interior del SE del Brasil y Monjolo Velho en la costa brasileña. Es una zona marginal, en cierto modo contemporánea de la *Old South American Hunting Tradition.* Se inició hacia el final de la Tradición de lascas, con la que a menudo se mezcla, y no terminó hasta alrededor del 500 d.C. En el área central del SE del Brasil perduró hasta prácticamente nuestros días, a través de los sambaquís y los fueguinos, y algunos pueblos del Mato Grosso, las Pampas y La Patagonia. Curiosamente, la mayor parte de estos ambientes culturales pertenecen a un mismo origen australoide. Sus elementos básicos lo conforman una gran industria de lascas trabajadas, en su mayor parte unifaciales. Formas tecnológicas que podrían tener sus orígenes en las primeras poblaciones que penetraron al continente. Con el transcurso del tiempo se adaptaron a un área específica que se ha caracterizado siempre por su marginalidad. Su base económica ha sido siempre la caza y la recolección, aunque a veces complementada con una agricultura temporal y de poca importancia.

Su cronología es muy amplia a causa de su misma marginalidad y podría comenzar alrededor del 9000 a.C. y prácticamente termina en nuestros días. La caza en el interior y la pesca en la costa deben de haber desempeñado un papel importante en la subsistencia de estos pueblos, sin olvidarnos de la recolección.

Los supervivientes actuales de esta tradición cultural, cazan, pescan, recolectan e incluso siembran algunas plantas, de maíz principalmente. Tras la siembra, prosiguen con su vida nómada, hasta que llega el momento de la recolección, cuando regresan por los frutos. Los inicios de esta especial agricultura secundaria en su economía cazadora-recolectora, cabe situarlos hacia el año 1000 a.C., junto con la introducción de la cerámica, que llegó por el Amazonas. En el este del Brasil se le da una cronología entre el 1000 a.C. y el 500 d.C.

Después de estas dos últimas etapas de la prehistoria sudamericana (la tradición andina de cazadores-recolectores y la de las tierras altas del SE del Brasil y otras regiones del cono sur americano), el ambiente cultural empieza a diversificarse. Surgen grandes divisiones culturales que, en principio, se relacionan con las áreas cercanas a la costa y a las zonas montañosas próximas. En este tiempo (entre el 6000 y el 4000 a.C.) y en un medio ambiente semejante al actual empiezan a vislumbrarse toda una serie de áreas culturales. Unas se transformaron luego en zonas de una gran actividad cultural y otras permanecieron marginales. Algunas de estas áreas son las siguientes: la tradición cultural del litoral del NO de América del Sur (costa de Ecuador, Colombia y parte de Centroamérica), con una subsistencia básica de caza y recolección; tradición litoral del Pacífico (desde el norte del Perú hasta casi el centro de Chile), con una subsistencia centrada en la pesca y recolección en la costa y en las lomas); la tradición cultural fueguina (desde las islas Guaiteras hasta la de los Estados en el sur de Chile y Argentina), con una subsistencia substancial de recolección marina y de caza de mamíferos marinos cercanos a la costa; tradición cultural del Amazonas (cuencas de los ríos Orinoco y Amazonas), con una subsistencia básica de agricultura extensiva; tradición cultural sambaquí (establecida en el SE del Brasil) con una subsistencia dependiente de la pesca y recolección marina; tradición del Gran Chaco (con asentamientos que van desde el norte del Paraguay, ocupando partes de Bolivia, Brasil y Argentina), con una predilección por la caza terrestre; tradición Paraná-pampeana (con una localización y una subsistencia semejantes a la tradición anterior); tradición del Caribe (Antillas y norte de Venezuela), agricultores de

mandioca preferentemente. Con estas tradiciones múltiples se iniciaría ya el periodo Arcaico.

4. El arte rupestre

Manifestación cultural de enorme importancia es el arte rupestre, que en América ha sido muy poco estudiado desde el punto de vista científico. Faltan incluso inventarios regionales que nos permitan establecer tipologías. Quizá el problema estriba en que las mejores manifestaciones de este arte se han localizado en Iberoamérica, donde el interés por la prehistoria es menor que en Estados Unidos. Los centros de interés rupestre se encuentran además en lugares marginales y frecuentemente de difícil acceso, lo que impide su explotación turística, faceta que lamentablemente canaliza en muchos lugares el interés por lo prehispánico. Esta despreocupación por tales centros artísticos motiva a su vez un mayor riesgo de pérdida de los materiales, pues la naturaleza y personas de poca preparación intelectual colaboran a su destrucción antes de que hayan sido analizadas (Gussinyer, 1980).

Existen varias etapas de dicho arte rupestre. La más antigua corresponde a impresiones positivas y negativas de manos, generalmente la izquierda y a menudo con uno o varios dedos mutilados. A veces existen igualmente impresiones de pies positivos o negativos en rojo o negro. Las pinturas de color rojo son las más antiguas. Casi contemporáneas serían las de color negro, amarillo y blanco. En la cueva de Fell se encontró un pedazo de punta lanceolada con restos de pintura roja. Entre los actuales fueguinos no hace mucho tiempo que los artefactos de caza se pintaban con dicho color. Otros colores usados por los fueguinos son el blanco y el negro. El rojo era símbolo de paz, el blanco de guerra y ritual, y el negro representaba la muerte (Cooper, 1963). Sin embargo, parece ser que el rojo tenía un origen mágico y a menudo relacionado con la muerte. La utilización del cinabrio es un buen ejemplo de esta idea y además de asepsia, por su composición química. En Chiapas, mucho más al norte, en el abrigo de Los Monos se encuentra pintada una punta de proyectil en color rojo (sangre coagulada) (Gussinyer, 1980).

En cuanto a las impresiones de las manos, se realizaron, por lo general, en color negro o rojo. Las positivas en amarillo y blanco. No se trata, sin embargo, de una regla constante. Las pinturas podrían relacionarse con algunos ritos de iniciación, y corresponden a un Toldense inicial (localidad de los Toldos en la Patagonia), hacia unos 9000 años a.C. El color verde corresponde a etapas mucho más tardías (cultura tehuelche, dos mil años a.C.).

La segunda etapa corresponde a figuras bastante naturalistas y pueden fecharse a finales de un Toldense tardío. Su característica más sobresaliente es la composición de escenas de carácter seminaturalista (Bosch Gimpera, 1975) (Shobinger, 1969) y abundan en el extremo sur del cono americano. Para P. Bosch Gimpera, correspondería a un Postpaleolítico. A este tipo de pinturas pertenecen las de Toquepala en el sur del Perú. De acuerdo con H. Buse, «representa en el estudio de la antigüedad peruana el más notable muestrario de arte rupestre». Toquepala reproduce, con criterio convencionalizado, escenas de caza sin ceñirse a patrones preconcebidos.

Las pintura naturalista pasa luego a una fase de esquematización en la que se dificulta a veces reconocer los seres humanos y mucho más a las diversas especies animales, según afirma J. Muelle (Shobinger, 1969).

Sobre las pinturas hay tajos y puntazos, huellas de ritos propiciatorios que practicaban los hombres de aquella época para asegurar el éxito de sus expediciones de caza. Entonces, la relación se ve nítida: estos cazadores de guanacos, para asegurar la caza de la cual vivían, pintaban figuras de guanaco y otros animales en las paredes de la cueva y hacían luego operaciones mágicas.

Tal ocurre, por ejemplo, en el abrigo de Los Monos en Chiapas. En una de las escenas un personaje es materialmente «acribillado», bajo la fría mirada de una esquemática y extraña ave, con fuertes e intensos toques del muchón que se utilizaba como pincel. Todas las figuras del abrigo de los Monos fueron realizadas en un tono de rojo apagado parecido al de la sangre coagulada.

Las pinturas de Toquepala son de color rojo y se consideran muy antiguas por los materiales arqueológicos encontrados en sus cercanías. Estas pinturas tendrían aproximadamente una antigüedad próxima a los 7500 años a.C. La segunda etapa de las pinturas prehistóricas sudamericanas podría terminarse con el inicio de las primeras aldeas sedentarias y las primeras plantas cultivadas, o sea, unos 5000 años a.C. Esta época, en el caso de la localidad de Toldos, correspondería a un Toldense II. En algunas zonas marginales este tipo de pinturas siguen esquematizándose hasta el Precerámico avanzado. Lugares característicos de esta época son la localidad de Río de las Pinturas, en Santa Cruz, y las del lago Musters en Comodoro-Rivadavia, ambas en Argentina.

Algunas pinturas rupestres de las dos etapas mencionadas presentan superposiciones. Para el caso de las pinturas de Toquepala la estratigrafía arqueológica parece ser que nos demostró una primera ocupación de cazadores poseedores de una tosca industria lítica. Los hogares que pudieron explorarse proporcionaron materiales con dataciones de C.14 de alrededor de los 7500 años a.C.

Una tercera etapa corresponde a un tipo de pinturas con representaciones antropomorfas y zoomorfas muy esquemáticas. Aquella delicadeza de expresión y elegancia de ejecución de las pinturas de la segunda fase, que en algunas ocasiones recuerdan las representaciones pictóricas prehistóricas del este de la Península Ibérica, desaparecen en este periodo. La esquematización domina sobre la forma. Los temas que aparecen con mayor abundancia son las pisadas de diversos animales actuales (pumas, jaguares, guanacos, etc.), y a veces esquemas de los mismos animales. Se llega a una fase de gran rigidez esquemática en la que los elementos de un lejano naturalismo desaparecen y son substituidos por formas geométricas como, por ejemplo, círculos, escaleras, cruces, etc. De acuerdo con O. F. A. Menghin, esta etapa tardía de las pinturas rupestres corresponde a culturas agrícolas con una antigüedad que no va más allá de unos dos mil años a.C. En el área tehuelche podrían relacionarse con esta cultura y durarían hasta la llegada de los europeos. Otro centro importante son las pinturas de la Baja California. Algunas tienen gran cantidad de elementos y enorme tamaño. Los varios intentos de estudio y de datación no han llegado todavía a un resultado satisfactorio.

Las pinturas rupestres y los petroglifos abundan en otros muchos lugares de América, estando amenazados numerosos de ellos. Recordamos a este propósito la comisión que se nos dio en 1977 de rescatar algunos de ellos en Chicoasan, en Chiapas, centro de un plan de arqueología de salvamento pues se iba a construir allí una presa. Cuando llegamos a ellas habían sido ya mutiladas. Seguramente en la actualidad han desaparecido (Gussinyer, 1976 y 1980).

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

ACOSTA, José de, *Historia natural y moral de las Indias,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1970.

ALCINA FRANCH, José, *Los orígenes de América,* Madrid, Alhambra, 1985.

BOSCH GIMPERA, Pere, *América pre-hispánica,* Barcelona, Ariel, 1975.

— *El arte rupestre en América,* Monografía núm. VIII, Barcelona, Instituto de Prehistoria y Arqueología, 1964.

CANALS FRAU, Salvador, *Prehistoria de América,* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1959.

BERDICHEWSKI, Bernardo, *En torno a los orígenes del hombre americano,* Universidad de Santiago de Chile, 1973.

COMAS, Juan, *Antropología de los pueblos iberoamericanos,* Barcelona, Lábor, 1974.

DÍAZ MADERUELO, Rafael, *Los Indios del Brasil,* Madrid, Alhambra, 1986.

GANDÍA, Enrique de, *Historia crítica de los mitos de la conquista americana,* Buenos Aires, 1937.

GARCÍA, Gregorio, *Origen de los indios del Nuevo Mundo,* México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

GRADIN, Carlos J., «El cañón de las manos pintadas», en *La Prensa,* Buenos Aires, 2 de agosto de 1970.

GUSSINYER, Jordi, «Pinturas rupestres de Chiapas: El abrigo Juy-Juy», *Revista de la Universidad Autónoma de Chiapas,* vol. 1, núm. 2, Tuxtla Gutiérrez, 1976.

— «Les pintures dupestres de l'abric de "Los Monos" a Chiapas», *Boletín Americanista* número 30, Barcelona, Univertsitat de Barcelona, 1980.

HOPKINS, David H., *The Bering land Bridge,* Stanford University Press, 1967.

JENNINGS, Jesse D., y EDWARD NORBECK (editores), *Prehistoric Man in the New World,* Chicago, The University of Chicago Press, 1965.

KRIEGER, Alex D., *El hombre primitivo en América,* Buenos Aires, Nueva Visión, 1974.

LAUGHEIN, William S., y ALBERT B. HARPERS (directores), *The first Americans: Origins and Adaptations,* Nueva York, Gustav Fischer, 1979.

LORENZO, José Luis, «Poblamiento del continente americano», *Historia de México,* vol. I, Barcelona, Salvat, 1974.

— «Los orígenes americanos», *Historia General de México,* vol. I, México, El Colegio de México, 1976.

— «La Tierra y su poblamiento», *Historia Universal Salvat,* Barcelona, Salvat, 1981.

MACNEISH, Richard, *El origen de la civilización mesoamericana, visto desde Tehuacán,* México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1964.

MARTÍNEZ DEL RÍO, Pablo, *Los orígenes americanos,* México, Páginas del siglo XX, 1952.

MENGHIN, O., «Estilos del arte rupestre de Patagonia», *Acta Prehistórica I,* Buenos Aires, 1957.

MIRAMBELL, Lorena, «La etapa lítica», *Historia de México,* vol. I, Barcelona, Salvat, 1981.

PERICOT GARCÍA, Luis, *América indígena,* Barcelona, Salvat editores, 1936.

RIVET, Paul, *Los orígenes del hombre americano,* México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

SANDERS WILLIAM, T. y JOSEPH MARINO, *Prehistoria del Nuevo Mundo,* Barcelona, Lábor, 1978.

SERVICE, Elman R., *Profils in Ethnology,* Nueva York, Harper and Row Publishers, 1971.

SHOBINGER, Juan, *Prehistoria de Sudamérica,* Barcelona, Lábor, 1969.

STEWARD, Julian H. (editor), *Handbook of South American Indians,* vol. I, Nueva York, Cooper Square Pub., 1963.

VIGNAUD, Henri, «Le probleme du peublement initial d'Amérique», *Journal de la Société des Americanistes,* vol. XIV, París, 1922.

WEST, Robert C. (editor), «Natural Environment and Early Cultures», *Handbook of Middle American Indians,* vol. I, Austin, Texas University Press, 1964.

WILLEY, Gordon R., *An Introduction to American Archaeology,* vol. I, New Jersey, North and Middle Américan Peabody Museum, Harward University, Englewood Cliffs, 1966.

— *An Introduction to American Archaeology,* vol. II, New Jersey, South America, Peabody Museum, Harward University, Englewood Cliffs, 1971.

JORDI GUSSINYER.

II. EL PERIODO ARCAICO

Si algo caracteriza al periodo Arcaico es indudablemente la transición, el cambio. Impuesto en principio por el clima, afecta al medio ambiente y produce en el amerindio una necesidad de adaptación que afectó en primer lugar a su economía y, por consiguiente, a los demás aspectos de su cultura. Se conforma así una nueva forma de vida, la arcaica, con la que se ponen los cimientos de la producción agrícola, de la vida aldeana y de una serie de creencias religiosas que van a tener enorme trascendencia en el posterior desarrollo de las culturas indígenas americanas.

1. Los grandes cambios del Postglacial

Tras el periodo Pleistoceno que contempló fundamentalmente la aparición del hombre en el Nuevo Mundo, la época Postglacial se caracterizó por una serie de fluctuaciones climáticas y de fenómenos asociados con las mismas que influyeron en gran medida en las poblaciones indígenas americanas. Sin entrar a fondo en el tema, ya que éste no es lugar ni momento adecuado para ello, parece conveniente mencionar que las evidencias materiales reflejan más bien una transición progresiva desde un clima frío y seco, propio de las condiciones de los tiempos glaciales, hasta el templado y húmedo del que se ha denominado periodo Reciente, con una importante época intermedia, entre 8000 y 5000 a.C., que se caracterizó por unas precipitaciones mucho menores y temperaturas más elevadas.

Este *optimum climático* o altitermal, como también se le ha denominado con una terminología ya en desuso, fue de gran trascendencia para el proceso cultural americano, porque contempló una desecación progresiva de las condiciones ambientales. Este incremento de la aridez general se produjo de manera desigual, pero tuvo efectos importantes sobre gran número de especies de plantas y animales que, con su extinción, cambiaron en gran medida el aspecto del paisaje.

En la costa peruana, por ejemplo, aparecieron grandes áreas desérticas, convirtiéndose en regiones difíciles e incluso inhóspitas, zonas que antes fueron favorables para la vida humana. Uno de los cambios decisivos para el hombre fue la desaparición de los grandes mamíferos que habían constituido su base económica anterior. Hasta doscientos géneros de animales del Pleistoceno, la mayoría de los cuales eran mamíferos, se extinguieron o desaparecieron en su ámbito. Entre los más significativos están el mastodonte, el mamut, varios équidos, cerdos y camélidos, algunas es-

pecies de bisontes, el buey almizclero, el gliptodonte, el armadillo gigante y el smilodon.

Son dos los factores que contribuyeron a esta progresiva desaparición. El primero fueron los citados cambios climáticos. Las mayores extinciones coinciden, en efecto, con dichos cambios, aunque se plantea entonces el problema de demostrar en dónde y cómo esas alteraciones condujeron a la desaparición de los diversos animales, ya que además la pauta de extinción fue geográficamente dispersa y ecológicamente generalizada, pero muy selectiva en lo que se refiere a los mamíferos relativamente grandes.

La explicación se ha intentado encontrar en que la sequedad creciente disminuiría la existencia de agua en la superficie terrestre y, por lo tanto, el volumen de vegetación comestible, el alimento de los grandes hervíboros, con la consiguiente desaparición de los carnívoros que se alimentan de ellos y de los animales necrófagos.

El segundo factor considerado también por diversos investigadores sería la intervención humana, que habría contribuido, con una caza indiscriminada, al agotamiento de las especies de grandes mamíferos. Sin embargo, parece comprobado que el proceso de extinción ya se había iniciado antes de la llegada de muchos grupos humanos al Nuevo Mundo y, además, de todas las especies desaparecidas, solamente el mamut y el bisonte aparecen con regularidad o en cantidades importantes en los yacimientos arqueológicos paleoindios, mientras que otras especies extinguidas no parece que tuvieran ninguna relación con los antiguos cazadores.

Es muy dudosa también la capacidad de los indios antiguos para llevar a la desaparición la fauna del Pleistoceno sin ayuda de otros factores. Pensemos que en tiempos muy cercanos a los actuales, una población mucho más numerosa, contando incluso con la ayuda del caballo y de las armas de fuego, como la de los indios de las Praderas, no fue capaz de acabar con los bisontes, hecho que solamente aconteció con la introducción de matanzas comerciales, la difusión de la agricultura con la colonización, y la aparición de nuevas enfermedades.

Sin poder dar todavía una explicación precisa para el fenómeno de la desaparición de gran parte de la fauna pleistocena americana, parece probable que la solución haya que buscarla en una combinación de factores en relación con el relativo equilibrio entre el hombre cazador y las especies cazadas.

Acontecería así que las poblaciones de antiguos cazadores, sin ningún mecanismo de limitación para refrenar la cantidad de animales cazados, pudieron no haber percibido que alcanzaban el punto de densidad crítica mínima de la caza e incluso lo rebasaron, ya que no podían complementar su dieta con otros recursos. La población seguía creciendo a pesar de la escasez cada vez mayor de grandes animales y del decreciente rendimiento de la caza. Además, el hombre intervino sobre especies ya en estado precario, desempeñando solamente un papel parcial y aplicando el golpe de gracia definitivo sobre poblaciones animales residuales y aisladas y que ya se encontraban condenadas de antemano por otros factores.

Sea cuales sean las causas de la desaparición de los grandes mamíferos, lo que sí parece evidente es que a partir del comienzo del Postglacial las poblaciones indígenas se fueron viendo obligadas a prescindir de los grandes animales que habían constituido una parte importante de su dieta y a poner sus miras en otras fuentes alternativas de alimento.

Las adaptaciones no se produjeron de igual manera en todo el continente americano y el nuevo periodo se caracteriza entre otras cosas por su diversidad. En algu-

nos casos los hábitos cazadores no se relegaron y simplemente se adaptaron a la existencia de otros animales. En las sabanas patagonas, por ejemplo, los indígenas se dedicaron a la caza del ñandú y del guanaco, practicando una forma de vida que se ha mantenido hasta hace relativamente pocos años. Los antepasados de los indios de las Praderas de Norteamérica continuaron cazando el bisonte, en torno al cual giraron todas sus pautas de cultura, modo de vida que se vio incluso favorecido y agudizado con la introducción del caballo y de las armas de fuego por parte de los europeos.

En los registros arqueológicos aparecen también pruebas de la tendencia hacia una utilización mayor de los recursos fluviales y costeros. En casi todo el perímetro del continente y destacadamente en la costa del Golfo de México y en Sudamérica, los «concheros», a veces de enormes dimensiones, son prueba de la existencia de grupos humanos volcados hacia el mar que, en muchos casos, complementaban también su dieta con alimentos vegetales.

Se inicia así un periodo nuevo dentro del acaecer del proceso cultural indígena americano, periodo que se ha denominado de manera general Arcaico y que contemplará, dentro del estado de cambio generalizado que será una de sus principales características, una mayor dedicación a los recursos vegetales como fuente de alimento y, lo que es más significativo, los inicios de la agricultura y de la domesticación de animales.

No debemos caer, sin embargo, en la tendencia simplista a considerar que la extinción de los grandes animales y la necesidad de buscar otras fuentes alternativas de alimentación fue el único estímulo para la producción de alimentos, ya que ni siquiera fue el más importante. Lo que trajo consigo el inicio del Postglacial fueron unos cambios determinados en las condiciones de vida, ya que habría de pasar más de un millar de años antes de que el hombre americano, de una manera lenta, difícil y gradual, diera los primeros pasos en el camino de la agricultura, y unos cuantos miles más para que la producción de alimentos se convirtiera en la base económica fundamental de las culturas indígenas americanas.

El periodo Arcaico, por lo tanto, y tal vez sería esta la mejor manera de caracterizarlo de un modo unitario general, contempla el paso desde sociedades nómadas, con una economía dedicada a la caza de grandes animales, a la existencia de sociedades sedentarias y abocadas plenamente a la agricultura y, en un grado mucho menor, a la ganadería.

2. Caracterización general de la cultura arcaica

Este largo proceso, con cuya mención cerrábamos el apartado anterior, no se produjo de manera igual en todo el continente americano. En principio, sociedades que podemos caracterizar como arcaicas, de base económica fundamentalmente recolectora, existían ya anteriormente, e incluso se han mantenido casi hasta la actualidad. Del mismo modo y como ya apuntábamos, culturas cazadoras continuaron manteniendo su primitiva forma de vida en algunas regiones a lo largo de milenios.

El propio modelo de vida considerado como arcaico variará substancialmente según las regiones, presentando adaptaciones particulares, y su rasgo tal vez más sobresaliente, el inicio del proceso de la producción de alimentos, presentará fechas muy diversas en todo el continente, poseyendo incluso grandes lagunas en su conocimiento. Aun así, una descripción generalizada del mundo arcaico, incidiendo en

las diferencias apreciables o en adaptaciones regionales, puede ser significativa sobre todo de cara a la comprensión del fenómeno del inicio de los procesos de domesticación de plantas y animales.

Las fechas consideradas para el inicio y el final del periodo Arcaico varían en las diferentes áreas culturales, pero se puede tomar como marco de referencia general 7000-2500 a.C., fechas aceptadas para Mesoamérica que es también donde mejor se conoce el periodo y de donde se posee un mejor registro para el estudio del inicio del proceso agrícola. Estas fechas de comienzo y terminación podrían retrasarse, por el momento, un millar de años para Sudamérica, lo que parece también encajar en el marco del desarrollo cultural posterior sudamericano.

El nombre de Arcaico es tomado también aquí de un modo general, ya que el periodo recibe diversas denominaciones, como Meso-Indio, Precerámico, o estadio de horticultores incipientes, aunque cada vez más parece generalizarse el término empleado en este caso.

Hay que advertir también que dado el largo espacio de tiempo contemplado, serán patentes las diferencias entre las épocas tempranas y tardías del periodo, e incluso, en algunos casos, se ha considerado la aparición de la cerámica en el Arcaico tardío. De todas maneras y de un modo general, tanto la generalización de la agricultura como la aparición de la cerámica se consideran como rasgos ya formativos.

Tal vez la mejor manera de lograr una comprensión unitaria del modo de vida del Arcaico sea empezar con la consideración de que las culturas del periodo estaban volcadas, en principio, hacia la obtención de fuentes de alimento muy diversificadas, procedentes tanto de la caza —fundamentalmente de animales pequeños— como de la pesca y recolección de moluscos y crustáceos, o de la recogida de frutos, semillas y raíces silvestres.

Va a ser precisamente esta diversificación de recursos la que producirá diferencias substanciales entre los patrones culturales arcaicos, ya que aspectos tales como el tamaño de los grupos humanos, su mayor o menor sedentarismo, su tecnología, van a estar en estrecha relación con el tipo de recolección practicada.

La primera diferenciación a tener en cuenta podría ser la producida entre los grupos que vivían de varios recursos y los que presentaban una tendencia hacia la especialización en determinado tipo de recurso, lo que tiene mucho que ver con las condiciones ambientales: disponer de una casi exclusiva e importante fuente de alimento o, por el contrario, de la explotación de todos los recursos posibles.

Podría afirmarse de un modo general que en las costas nos encontramos con patrones de cultura volcados hacia los recursos marinos, cuya abundancia en algunas regiones, como en la costa peruana, permitió incluso un sedentarismo temprano y la aparición de centros ceremoniales. Por el contrario, en las tierras altas del interior, parece que predominó, dentro de una marcada variedad de recursos, entre los que se cuentan la caza por diversos procedimientos y la recolección de una amplia gama de productos vegetales, una señalada estacionalidad de los mismos, lo que obligó a una mayor movilidad.

La explotación intensiva de los recursos marinos fue, por ejemplo, una práctica generalizada en todo el litoral pacífico sudamericano, desde Ecuador hasta Chile. Los restos arqueológicos nos hablan del énfasis puesto por estas culturas en la pesca y recolección de mariscos y en la caza de lobos marinos y focas, cuya captura tendría lugar desde tierra y probablemente a golpes de palo, cuando los animales se acercaban a la costa, procedimiento que se mantuvo posteriormente. El consumo de peces

no debió ser muy abundante; los restos de los mismos se centran en la anchoveta y el róbalo, pescados con anzuelos y redes. Se han encontrado también restos de ballenas, pero dada su escasez parece tratarse más bien de ejemplares capturados cuando quedaban varados en las playas. Se practicó también la caza de mamíferos terrestres, como cérvidos, cánidos y tal vez nutrias, pero en muy pequeña cantidad, lo que indica que su captura no era evidentemente intensiva.

La recolección de mariscos debió constituir la ocupación diaria más usual, dado el volumen de los restos, que se complementaba en algunas regiones con moluscos terrestres. Entre los más frecuentes pueden mencionarse erizos, diversos tipos de crustáceos, cangrejos, diferentes clases de almejas, mejillones, ostras, caracoles...

Entre estos grupos costeros aparecen también evidencias del consumo de plantas cultivadas, aunque simplemente utilizadas como un medio complementario de una subsistencia que giraba fundamentalmente en torno a los productos marinos. Algunas especies de calabaza, el pallar, el fríjol, el ají, la achira, algunas frutas como la lúcuma, la guayaba o la ciruela de fraile figuran entre estos cultivos incipientes que se desarrollarían aprovechando únicamente las áreas humedecidas por los ríos o las aguas subterráneas. Se han encontrado también indicaciones de almacenamiento de alimentos en silos excavados en el suelo, alineados en hileras, cerca de las viviendas o dentro de las mismas.

En las regiones altas del interior el patrón de subsistencia estaba volcado hacia los alimentos vegetales. Por ejemplo, en México, en los valles de Tehuacán y Oaxaca, la esfera de las actividades de subsistencia estaría ligada a la existencia del régimen climático de un verano lluvioso y un invierno seco. Se han encontrado evidencias de caza de ciervos y de conejos con trampas, recolección de frutos y hojas de cactus, de vainas y frutos de árboles y cosecha de hierbas silvestres y amaranto. En Oaxaca se recogían también bellotas caídas y piñones. Se trataba en realidad de un sistema de equilibrio entre caza y recolección que fue quebrantado, como luego se verá, por la creciente importancia del cultivo de plantas.

El nomadismo debió ser característico en ambientes y épocas en los que la producción de alimentos o la localización de recursos silvestres no fue suficiente para sustentar una dieta durante el total transcurso de un año, o por lo menos no lo era frecuentemente. Además, las condiciones desiguales de madurez y sazón de los recursos vegetales contribuirían a una movilidad estacional.

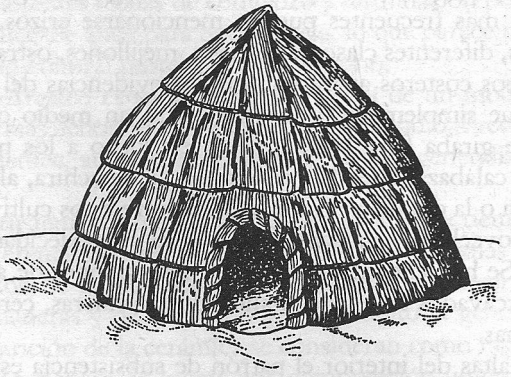
Richard S. MacNeish ha descrito lo que debió ser probablemente una secuencia de cambios a lo largo del Arcaico mesoamericano, secuencia que iría desde una existencia inicial de bandas nómadas de cazadores-recolectores que cosechaban de un modo estacional plantas silvestres, pasando por un alargamiento gradual de las estancias en campamentos de cosecha de verano y el crecimiento en tamaño de los mismos; este proceso enlazaría con el cultivo de plantas y su domesticación, para culminar con el establecimiento de sociedades semisedentarias e incluso de total sedentarismo en pequeños poblados.

Por lo tanto, en las tierras altas mesoamericanas, a diferencia de la costa de Perú, el sedentarismo y la producción de alimentos tienden a estar relacionados, aunque en algunas regiones se sugiere la posibilidad de sedentarismo temprano basado en recursos naturales, que constituiría más bien una excepción.

Los asentamientos arcaicos variarán entonces desde campamentos temporales y estacionales en zonas del interior hasta aldeas compactas y sedentarias en zonas cos-

teras abundantes en recursos. Las viviendas en estos asentamientos diferirán también notablemente según las regiones y el modo de vida practicado.

Las habitaciones en los campamentos temporales o estacionales, hechas con materiales perecederos, no han dejado en la mayoría de los casos sus restos en los registros arqueológicos. Chozas de cañas o paja, o sencillos refugios y paravientos, permanecen simplemente como manchas en el suelo y en todo caso puede suponerse su forma y dimensiones.



Reconstrucción de una cabaña de Chilca.

En la costa peruana, además de las especiales condiciones ambientales, más favorables para la conservación de todo tipo de materiales, el sedentarismo temprano ha dejado bastantes evidencias en restos de viviendas de carácter permanente. Desde huellas de casas de forma circular, excavadas en el suelo, cuyas estructuras serían a base de postes y cañas amarradas con sogas de juncos, pasando por construcciones de muros pequeños y bajos unidos con barro y cubiertos también de tierra, se llega incluso a una arquitectura de piedras redondas que componen las paredes de habitaciones de forma oval o cuadrangular y semisubterráneas. Estas habitaciones se disponen sin plan alguno y se componen de uno o dos cuartos con pequeñas entradas y escalones que constituyen el único vano de los mismos.

En conjunto, puede hablarse de una arquitectura que incluye tanto centros comunales, y probablemente ceremoniales, como viviendas. Se utilizó tanto la piedra como el adobe y las construcciones tienen lados rectos o curvos y se distribuyen sin ningún ordenamiento. Algún «edificio» de aparente carácter público muestra algún tipo de planificación, y las viviendas pueden encontrarse tanto en superficie como excavadas bajo ella.

La tecnología de estos grupos humanos arcaicos giró también y en principio en torno a unas determinadas actividades de subsistencia, pero presentando un amplio repertorio que utilizó una gran variedad de materiales, desde la piedra, pasando por la madera, el hueso, la caña, el cuero, la calabaza, la cestería, el tejido...

La amplia gama de plantas utilizadas era probablemente recogida con ayuda de redes, bolsas o cestas, y las semillas y nueces eran trituradas en piedras de moler con manos o molederas; los tallos y plantas de hojas fibrosas, tras ser cortadas, eran aplastadas con machacadores. El dardo parece haber sido el arma más común, propulsado por la tiradera o «átlatl», como se la denomina genéricamente en Mesoamérica. Se han encontrado las puntas de dardo correspondientes, pero también alguna

punta de lanza y trozos de madera que parecen pertenecer a trampas para cazar animales pequeños.

No hay utensilios que puedan asociarse específicamente con las prácticas agrícolas, para las que debieron utilizarse los mismos implementos que para la recolección de plantas silvestres.

Se manufacturaron además toda una colección de instrumentos que los arqueólogos denominan genéricamente industrias, que muestran sobre todo gran abundancia y variedad de utensilios de piedra. Por ejemplo, los cuchillos se hacían trabajando ambas caras de núcleos de pedernal o se sacaban de lascas de los mismos. Diferentes tipos de raederas y buriles se obtenían de lascas extraídas por golpes de los núcleos que luego se retocaban por percusión y presión en uno de sus filos. De lascas de pedernal se obtenían también, tras los consiguientes retoques, escoplos, hojas de cuchillo bifaciales y puntas de proyectil.

Las piedras de moler o metates y las manos o molederas se configuraban más por su constante utilización que por su previa fabricación. Sin embargo, manos de forma acampanada, morteros, ollas de piedra y cuencos hallados en el área de Tehuacán, muestran que para su ejecución se desplegó una gran cantidad de esfuerzo y habilidad.

Se tallaron también cuentas de piedra y se perforaron con taladros asimismo de piedra.

De asta de venado se hicieron piezas cilíndricas que se utilizaron quizá como martillos para astillar piedra; las puntas de las astas se usaban, sin embargo, para retocar lascas por presión.

El trabajo de la madera fue también una actividad importante, produciéndose gubias, hojas, cuchillos y raederas y sobre todo los ástiles y los propulsores del complejo «átlatl» que revela una cierta sofisticación en su elaboración. De madera se hicieron también cuñas, bastones biselados, mangos de cuchillo, de superficies raspadas y pulidas.

Mangos de cuchillo, de raederas, ástiles de lanzas, flautas y los propio cuchillos se manufacturaron en ocasiones con caña.

Una serie de utensilios, como los resortes o disparadores de trampas, bastones para matar conejos, varillas para confeccionar cestos, se hacían simplemente de palos cortados sin elaboración posterior.

Las calabazas se cortaban y preparaban para hacer platos y diversos tipos de recipientes. Algunos instrumentos pueden asociarse con el trabajo de cueros, como algunos tipos de raederas enmangadas que se usaron para descarnar y raspar pellejos. Se han encontrado partículas de carbón vegetal que revelan que las pieles se curaban probablemente con humo.

Hay también evidencias de tejidos rudimentarios realizados con fibras de yuca, ágave o plantas similares, apareciendo el algodón en las épocas más tardías.

Uno de los elementos más abundante y distintivo del Arcaico en las tierras altas mesoamericanas y que presenta una clara relación con el tejido, es el petate o esterilla, que cumplía y cumple múltiples funciones, tales como lecho, asiento y, doblado y cosido, bolsa. Se realiza con tiras de palma, agave o yuca, y fueron comunes en todo tiempo los petates rectangulares cruzados.

La cestería es también común, presentando una gran variedad de tipos y de técnicas de elaboración.

En zonas costeras, como en el litoral peruano, se observa que el trabajo de la

piedra había perdido gran parte de la técnica lograda en periodos anteriores, aunque se introdujeron novedades, como la abrasión, el pulido, la incisión y el piqueteado. Las puntas de proyectil disminuyen en número, y se encuentran sobre todo hachuelas, martillos, cuchillos, raspadores o manos de moler. Es significativa la aparición de metates y morteros, siendo los primeros en forma de grandes platos de piedra pulida.

Indudablemente, la tecnología de los pueblos costeros se vuelve hacia la obtención de recursos marinos, apareciendo anzuelos fabricados de concha y hueso y redes de pesca con pesos de piedra y flotadores de corteza de calabaza *Lagenaria.* De este fruto se obtenían también platos y todo tipo de recipientes, que también se conseguían de los huesos de las ballenas.

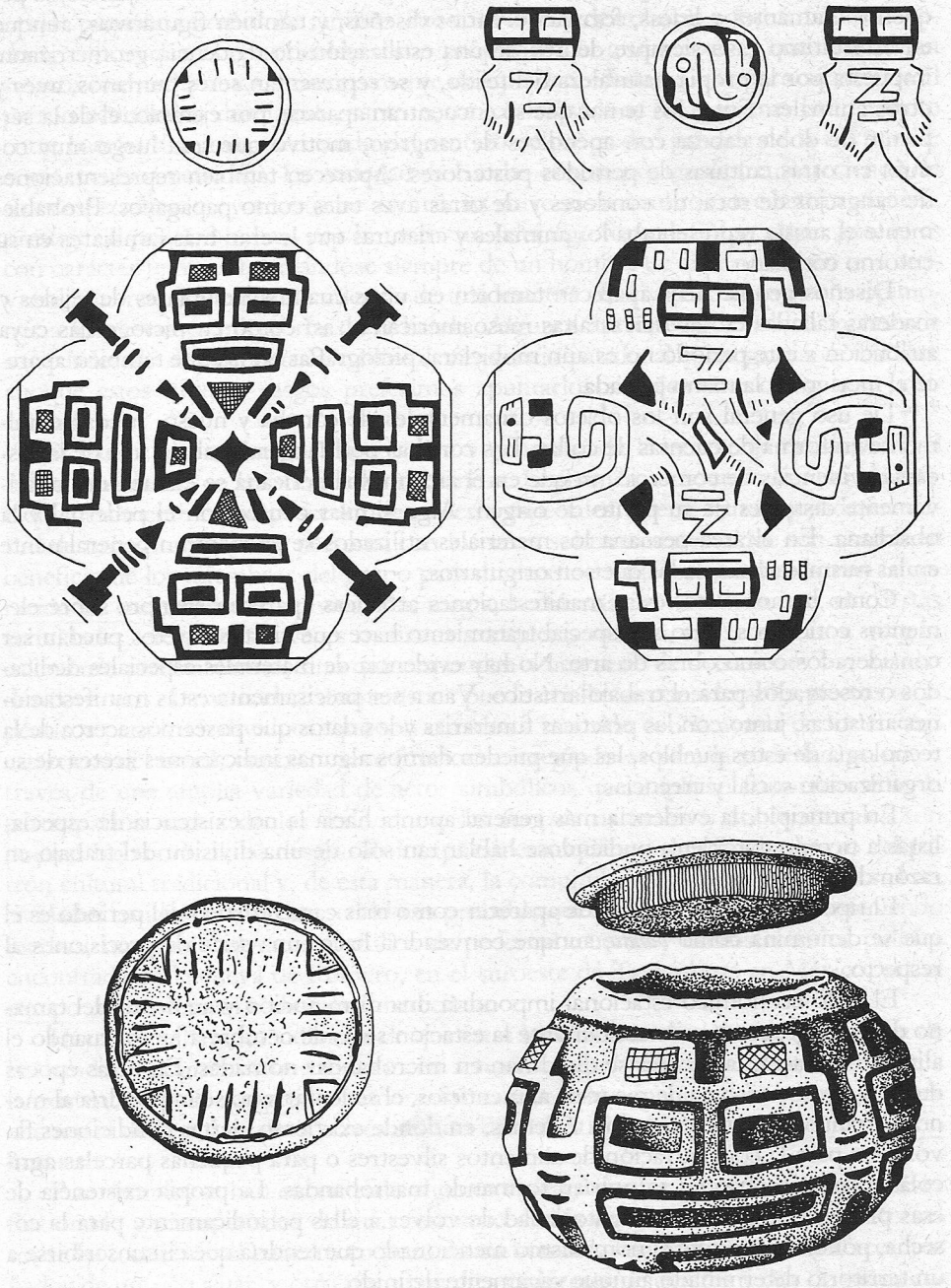
Efectivamente, el trabajo de las calabazas, su secado, vaciado y utilización como recipientes fue común en un momento en el que todavía no había hecho su aparición la cerámica. En algunas ocasiones el cuidado puesto en la elaboración y decoración de estas calabazas o «mates», como se les denomina generalmente, y las circunstancias de su hallazgo (en ajuares funerarios), hace que puedan ser consideradas como obras de arte. Junius B. Bird encontró en Huaca Prieta, en el valle de Chicama, en un enterramiento poco profundo de una zona de basureros, dos pequeñas calabazas grabadas, que deben corresponder a objetos de importación, ya que no parece que fueran manufacturados en el lugar, dado que sólo escasos fragmentos de calabaza encontrados en dichas excavaciones presentan huellas de decoración.

El ejemplar en mejores condiciones mide 6,5 centímetros de diámetro y 4,5 centímetros de altura. La decoración consiste en cuatro caras de estilo muy geometrizante que ocup segmentos iguales en la superficie del mate. La tapa presenta un motivo de líneas grabadas. La segunda calabaza, de menores dimensiones, muestra dos figuras humanas, también muy estilizadas, con sus rostros situados en lados opuestos del recipiente y los cuerpos y las piernas desplegadas hasta cruzarse en el fondo del mate. La tapa lleva una figura grabada en forma de «S» con cabezas de ave en ambos extremos, consideradas por Bird como figuras de cóndores macho, por la forma del pico y las proyecciones que aparecen en la parte superior del mismo. Ambas tapas, ajustadas, habían sido cortadas de otras calabazas de mayores dimensiones. Los motivos habían sido conseguidos con la técnica del pirograbado, y su alto grado de elaboración indica con toda probabilidad que no se trata de un arte incipiente, sino ya claramente establecido.

Otras de las técnicas que se inicia con toda probabilidad en el Arcaico temprano y que contribuye a la expansión del cultivo del algodón *(Gossypium barbadensi),* es el tejido que incluso en estos tempranos tiempos podemos considerar ya como arte y que está preanunciando el espectacular desarrollo que alcanzará en épocas posteriores.

En el Arcaico existen fundamentalmente dos técnicas de trabajo, ambas previas a la aparición del telar; el entrelazado, a modo de un rústico tejido a mano sobre unos hilos que hacen la función de urdimbre, y el anillado, o utilización de un hilo único que se irá enredando sobre sí mismo. La preparación de las fibras textiles se hacía con ayuda de ruecas de madera y, en ocasiones, de piedra, y la operación propiamente de tejido se realizaba a mano, con ayuda de agujas y tiradores. Los tipos de telas eran variados, según la función a la que se destinasen: redes, mantos, manteletas, faldellines y turbantes, que en este caso se hacían de fibras de juncos.

La mayoría de los tejidos obtenidos se decoraron por diversos procedimientos, o



Calabazas pirograbadas procedentes de Huaca Prieta.

bien por la combinación de hilos de colores diferentes, pintando zonas una vez realizada la tela. Los motivos pueden ser puramente geométricos, como conjuntos de pequeños diamantes y líneas, formando varios diseños, y también figurativos, aunque en este último caso siempre dentro de una estilización de tendencia geometrizante impuesta por la propia naturaleza del tejido, y se representan seres humanos, aves y otros animales. Entre los temas que se encuentran aparece, por ejemplo, el de la serpiente de doble cabeza con apéndices de cangrejo, motivo que será luego muy común en otras culturas de periodos posteriores. Aparecen también representaciones de cangrejos de roca, de cóndores y de otras aves tales como papagayos. Probablemente el artista representaba los animales y criaturas que le eran más familiares en su entorno cotidiano.

Diseños geométricos aparecen también en unos cuantos ejemplares de tejidos y maderas talladas en las tierras altas mesoamericanas, así como en pictografías cuya atribución a este periodo no es aún muy clara, pictografías en las que también aparece el motivo de la mano pintada.

De uso general son los objetos ornamentales de concha y hueso, fundamentalmente en forma de cuentas de collar. Las conchas podrían ser también una de las escasas evidencias de comercio, ya que en el área mesoamericana se encuentran relativamente distantes de su punto de origen. Algo similar ocurre con el pedernal y la obsidiana. En el área peruana los materiales utilizados se encuentran generalmente en las mismas zonas de las que son originarios.

Como hemos visto, estas manifestaciones artísticas aparecen siempre sobre elementos cotidianos, pero su especial tratamiento hace que ciertos objetos puedan ser considerados como obras de arte. No hay evidencia de materiales especiales dedicados o reservados para el trabajo artístico. Van a ser precisamente estas manifestaciones artísticas, junto con las prácticas funerarias y los datos que poseemos acerca de la tecnología de estos pueblos, las que pueden darnos algunas indicaciones acerca de su organización social y creencias.

En principio, la evidencia más general apunta hacia la no existencia de especialistas a tiempo completo, pudiéndose hablar tan sólo de una división del trabajo en razón del sexo y edad.

El tipo de sociedad que puede aparecer como más característico del periodo es el que se denomina como *banda,* aunque convendría hacer una serie de precisiones al respecto.

El ciclo económico estacional impondría una disminución y aumento del tamaño de estos grupos humanos. Durante la estación seca, de octubre a junio, cuando el alimento escasea, las gentes se dividirían en microbandas nómadas. En otras épocas del año, de abundancia de recursos alimenticios, el sedentarismo se impondría al menos durante una estación o dos. Además, en donde existieran ciertas condiciones favorables para la concentración de alimentos silvestres o para pequeñas parcelas agrícolas, esas microbandas se unirían formando macrobandas. La propia existencia de esas plantaciones, con la obligatoriedad de volver a ellas periódicamente para la cosecha, pondría un límite al nomadismo mencionado que tendría que circunscribirse a un territorio determinado aunque vagamente definido.

En resumen, dadas las condiciones existentes y en ragos generales podría hablarse de una baja densidad de población, con menos de cien individuos por banda, con economía cazadora-recolectora, sometidos a un proceso estacional y transporte realizado por medios humanos. Se podría ir aún más lejos en una hipotética reconstruc-

ción de la cultura de estas bandas aplicando, por extrapolación, los rasgos que los antropólogos consideran como característicos de estas sociedades. Se trataría entonces de pequeños grupos de familias que conviven y deambulan sobre un determinado territorio que es considerado como propiedad del grupo y en el que desarrollan su actividad económica, principalmente de tipo depredador. La reciprocidad sería el patrón económico dominante, tanto entre los individuos de la misma banda como entre bandas diversas, careciendo del sentido de propiedad privada de la tierra o de otros recursos naturales. La sociedad de bandas es siempre igualitaria, careciendo de roles especializados, y no existen diferencias entre sus miembros en cuanto a riqueza, prestigio o poder. No hay, por lo tanto, un liderazgo formal. Si hay algún jefe, lo es con carácter temporal, tratándose siempre de un hombre de experiencia en una actividad concreta y careciendo además de una manera efectiva de imponer sus opiniones a los restantes miembros de la banda. Algunos antropólogos hablan incluso de sociedades de descendencia patrilineal, residencia patrilocal y exogamia de bandas, aunque estos últimos rasgos preferimos apuntarlos simplemente como una posibilidad.

Sí parece, sin embargo, significativa y generalizada la existencia de *shamanes,* el único especialista en las sociedades de bandas. El shamán sería un individuo reconocido socialmente como poseedor de poderes especiales, que se han adquirido en virtud de una comunicación personal con los seres sobrenaturales y que son usados en beneficio de los miembros del grupo para diversas actividades en relación con la curación de enfermedades, adivinación, magia, hechicería, lectura de suerte, etc. Estas actividades, efectuadas a veces mediante complejos rituales, no se ajustan a ningún calendario preestablecido, sino que responden a una serie de situaciones o necesidades concretas. La actividad shamanística puede conllevar considerables efectos terapéuticos para los individuos, que son curados a menudo con la ayuda de los efectos catárticos del ritual; también tiene funciones integradoras para la sociedad, ya que a través de una amplia variedad de actos simbólicos que implican frecuentemente la participación activa de los individuos, las fuerzas naturales y sobrenaturales son puestas bajo control, las desgracias inexplicables adquieren significado dentro del patrón cultural tradicional y, de esta manera, la comunidad podrá realizar mejor sus actividades cotidianas. En este sentido es probable que una pequeña bolsa conteniendo hierbas, una lezna, algunos cuchillos de pedernal, cuerda y cantos rodados pulidos encontrada en la cueva de Romero, en el suroeste de Tamaulipas en México, sea el equipo de un shamán u «hombre-medicina».

Hay, sin embargo, evidencias de que estas bandas eran distintas de la mayoría de las bandas etnográficas que se conocen actualmente, al menos en lo que se refiere a la existencia de un complejo ceremonialismo funerario e incluso de mecanismos para el control de la población a través del uso del infanticidio ceremonial y del sacrificio humano.

Por ejemplo, se han encontrado algunos enterramientos en pozos con el cadáver flexionado y acompañados de ajuar funerario. En la ya mencionada cueva de Romero, se ha localizado el entierro en pozo de un hombre, una mujer y un niño, acompañados de un rico ajuar, y otro pozo con diez cadáveres de adultos y dos de niños cubierto por rocas y piedras de moler, hallazgo este último de Santa Marta en Chiapas que podría estar relacionado con sacrificios humanos.

En la región de Tehuacán, cuatro enterramientos de la fase El Riego, de hacia 6000 a.C., no solamente poseen un abundante ajuar, sino que sugieren elaborados ri-

tos funerarios. Todos eran entierros secundarios. Dos contienen huesos humanos carbonizados, indicio de canibalismo más que de cremación, y en dos de los casos las cabezas habían sido separadas y colocadas en cestos. Al parecer, a uno de estos cráneos le había sido arrancada la carne, se le había quebrado el occipucio, y el resto había sido asado, quizá para cocer los sesos. En la siguiente fase Coxcatlán aparecen en la basura huesos humanos quemados.

En Perú, por otra parte, los inicios del ceremonialismo funerario preanuncian ya el espectacular desarrollo que alcanzará en épocas posteriores. Se han encontrado enterramientos cerca o dentro de los lugares de habitación, pero sin una orientación específica, con el cadáver en posición extendida o flexionada. Las tumbas son sencillas excavaciones practicadas en la tierra o en los basureros, poco profundas, y en algunos casos revestidas con piedras o adobes. Los cadáveres pertenecen casi siempre a individuos todavía jóvenes; muy pocos son de ancianos, pero muchos de niños.

En lo que se refiere a prácticas funerarias concretas, se han encontrado en ocasiones enterramientos de cráneos e incluso otros de esqueletos sin cabeza, lo que hace pensar, tal vez, en la costumbre de la cabeza-trofeo. Los cuerpos aparecen envueltos en esteras y mantos tejidos y, a veces, con ajuar funerario como en el caso del hallazgo de los mates descritos anteriormente. No aparecen distinciones de rango en dichos enterramientos, lo que enfatiza la idea de que son sociedades de tipo igualitario, carentes de estructuras jerarquizadas, como las descritas anteriormente para el ámbito mesoamericano. En este caso la existencia de construcciones de cierta envergadura y de aparente carácter comunal, apuntaría ya hacia el inicio de ciertos cambios de índole social.

En Las Haldas, por ejemplo, se encuentran los restos de un edificio de ciertas dimensiones y con un trazo simétrico que se ha considerado como un templo. Más significativo aún es el caso de Kotosh, cerca de la actual ciudad de Huánuco, en la vertiente oriental andina. Muestra una serie de edificaciones de aparente función religiosa, entre los que destaca el llamado Templo de las Manos Cruzadas, una pequeña habitación de 9,4 por 9,2 metros, construida sobre una plataforma de ocho metros de altura. Las gruesas paredes se edificaron con piedras de río, utilizando barro como mortero. Paredes y suelo se cubrieron con una capa de arcilla, y en uno de sus muros aparecen una serie de grandes nichos, debajo de cada uno de los cuales hay un par de manos cruzadas modeladas en la arcilla. Este conjunto de edificaciones, atribuido por los arqueólogos japoneses a un periodo precerámico y concretamente a la fase Mito, entre el 2500 y 1800 a.C., revela también en su registro arqueológico que sus constructores no practicaban el cultivo de las plantas.

Parece sorprendente, en principio, que los excedentes económicos y el potencial de organización humana y de energía que implica la construcción de edificios públicos, se haya conseguido sobre la base de una simple economía cazadora-recolectora. Tal vez la explicación a este temprano desarrollo pueda encontrarse en otro aparente templo, el de los Nichitos, construido en parte sobre el de las Manos Cruzadas, cuya estructura, compuesta de pequeños nichos, ha hecho pensar a los investigadores que podrían tratarse de *cuyeros* para la cría del cuy o conejillo de indias, cuya domesticación y aprovechamiento racional bien podrían haber suministrado una base económica suficiente como para permitir la existencia de una serie de realizaciones asociadas tradicionalmente con culturas de carácter agrícola.

Es evidente que las sociedades arcaicas peruanas, por lo menos en algunos casos y tal vez por las peculiares condiciones de su medio ambiente, practicaron un seden-

tarismo temprano y muestran las huellas de una organización que si no podemos todavía afirmar que sea de carácter jerarquizado y centralizado, sí están al menos dando los primeros pasos en ese sentido.

No va a ser, sin embargo, en el seno de estas sociedades sedentarias, con un mayor grado de complejidad social y ceremonial, donde se darán los primeros pasos hacia la práctica de lo que, andando el tiempo, sentará las bases para el desarrollo de las civilizaciones americanas: la producción de alimentos. Parece evidente, por lo menos a la luz de los conocimientos que se poseen en este momento, que la costa peruana no es el lugar de origen de ninguno de los cultígenos importantes conocidos, y más bien hay que volverse hacia la sierra e incluso hacia las regiones tropicales para rastrear esos orígenes. Del mismo modo en Mesoamérica serán también las tierras altas del interior donde se han encontrado los inicios del cultivo y domesticación de una planta tan trascendente para el mundo indígena americano como el maíz.

Parece, pues, poder concluirse que serán las pequeñas bandas, dedicadas a la caza de animales menores y a la recolección de plantas silvestres, las que darán los primeros pasos en el lento camino de su cultivo y en el mucho más complejo de su posterior domesticación y transformación. De todos estos temas trataremos con detalle en el apartado siguiente.

3. Los inicios de la producción de alimentos

Antes de entrar en la consideración del tema sería conveniente plantear una serie de cuestiones de carácter general que contribuirán a su mejor planteamiento.

En América, la producción de alimentos girará fundamentalmente en torno a la agricultura, ya que la ganadería no tuvo nunca un papel preponderante, aunque su importancia, en algunas regiones concretas, fue mayor de lo que por regla general se ha considerado. Será la región andina, como más adelante veremos, la que contemplará la domesticación de animales significativos de los que de alguno, como el cuy, hemos ya considerado su importancia económica en contextos tempranos, y de otros, como la llama, tenemos constancia de que la tendrán en contextos más tardíos como en Tiahuanaco, por su capacidad de alimentarse en zonas en las que la altitud imposibilita la práctica de la agricultura. Existieron además otros animales domésticos en ámbitos más generalizados, como el perro o el pavo, pero su cría y consumo se mantuvo siempre como algo complementario y no alcanzó en ningún momento a convertirse en la base económica principal de ninguna cultura.

Será, por lo tanto, el proceso agrícola el que centrará el interés de este apartado, proceso que ha concentrado también el interés y la dedicación de numerosos investigadores.

Otra cuestión que debemos considerar *a priori* es que el inicio de las prácticas agrícolas no puede considerarse en ningún momento como algo revolucionario o que aconteció de modo súbito. En ningún caso la aparición de la agricultura fue una repentina explosión a partir de la cual el hombre cambió bruscamente su forma de vida. De hecho, el término tan utilizado de «revolución neolítica» debe ser utilizado con muchas reservas, ya que, como hemos mencionado repetidamente, el proceso de producción de alimentos fue lento, difícil y gradual, acumulativo y se desarrolló a lo largo de miles de años.

Pero sí podemos afirmar que este lento, pero a la larga trascendente, acontecimiento es el tema más significativo del periodo Arcaico, y los esfuerzos de los investigadores que se han dedicado al estudio de dicha época han ido siempre encaminados a discernir cuáles han sido y cómo se han desarrollado los procesos relativos a la producción de alimentos.

Son muchas también las cuestiones que pueden considerarse en torno al tema y de alguna manera trataremos de abordarlas, aunque sea de manera parcial. Por un lado, habría que seguir el rastro de los cultígenos más significativos, preguntarse por sus lugares o al menos su región de origen, indagar en el proceso de su cultivo y domesticación, considerar las fechas que conocemos para tales eventos y su difusión a otras regiones y áreas. Pero hay que partir del hecho de que la idea de un único foco agrícola ha sido ya dejada de lado y más bien se piensa en múltiples centros de domesticación interconectados entre sí o en algunos casos evolucionando paralelamente. Esta idea se agudiza si pensamos además no solamente en la gran variedad de cultígenos americanos, unas 120 especies de plantas, sino en que los tres cultígenos más significativos, el maíz, la patata y la mandioca, representan tres ambientes completamente diferentes e incluso sistemas de reproducción también distintos.

El maíz, el símbolo de la América India, cuyo cultivo sentará, andando el tiempo, las bases para el desarrollo de las civilizaciones indígenas, es, a la luz de los conocimientos actuales, de claro origen mesoamericano, aunque se extendió hacia el norte y a la región andina sudamericana por debajo de los 3.600 metros de altura, y es un claro exponente del cultivo de semillas.

La patata y la mandioca, sin embargo, son de origen sudamericano y representan el sistema de reproducción vegetativa. La primera es de hábitat claramente andino, cultivándose por encima de los 3.400 metros, mientras que la segunda es un cultígeno típicamente tropical, habiéndose extendido por la cuenca del Amazonas y del Orinoco, el Gran Chaco, las Antillas y tierras bajas tropicales de Centroamérica y del Área Intermedia.

Carl Sauer opina que los cultivos de semillas que requieren cosechas suficientes para obtener granos para la siembra, tendrán como objetivo conseguir un sistema nutritivo equilibrado basado por completo en alimentos vegetales. De hecho, los estados indígenas tendrán siempre una base económica de carácter agrícola sustentada por el maíz y complementada con otros cultivos de semillas.

Por el contrario, la plantación de trozos de tallo para obtener nuevos congéneres, de carácter específicamente sudamericano, se llevará a cabo primero por grupos situados a lo largo de las costas o de las orillas de los ríos, en las tierras bajas del Caribe, regiones donde las proteínas son abundantes. El objetivo de este tipo de productos será sencillamente obtener otra fuente productiva de calorías, y tenemos además constancia de que la mandioca no fue nunca el alimento exclusivo de ninguna cultura, complementándose siempre su cultivo con recursos silvestres o incluso con otras plantas cultivadas como el maíz. Parece que lo mismo puede afirmarse con respecto a la patata. Pero volveremos sobre estos temas más adelante.

Debieron existir entonces por lo menos tres centros de domesticación de plantas independientes. El primero estaría situado en las tierras altas mesoamericanas, y sería el núcleo más significativo del cultivo de granos. El segundo se ubicaría en los altiplanos de los Andes Centrales. Por último, las tierras bajas del Caribe del continente sudamericano.

Hay además otros temas que pueden ser de tanto o más interés si lo que preten-

demos es una comprensión global de la realidad indígena americana. Deberíamos indagar, por ejemplo, las condiciones que debieron darse para el inicio de proceso agrícola, las causas que obligaron a ciertos grupos humanos a dedicar gran cantidad de esfuerzo y energía a la obtención de unos productos que en principio no aparecían como muy deseables. Habría que preguntarse también por qué se eligieron determinadas plantas y no otras de características aparentemente parecidas, y sobre todo, cómo tuvo lugar dicho proceso de producción de alimentos que tan significativos cambios habría de producir a lo largo del tiempo.

Trataremos de contestar a todos estos interrogantes, aunque sea de un modo somero.

3.1. *El foco mesoamericano*

El área mesoamericana es la que ha aportado, por lo que conocemos hasta ahora, el mayor número de cultígenos autóctonos, y además parece ser el centro de origen de tres plantas tan significativas como el maíz, el fríjol y la calabaza de agua. Debido a las investigaciones llevadas a cabo en el área, es también la región de donde se tienen conocimientos precisos acerca de la historia de la domesticación de ciertas plantas, acerca del desarrollo independiente de la tecnología agrícola, de la difusión de plantas de otras regiones y hasta de la posibilidad de la difusión de estímulos para la producción agrícola.

Tres son las regiones que se han estudiado intensivamente y que han arrojado luz sobre la secuencia arqueológica de la domesticación de ciertas plantas: el estado de Tamaulipas en el noroeste, el valle de Tehuacán en la región centro-meridional, y el valle de Oaxaca, en el sur. La existencia de una serie de cuevas situadas en tierras altas y secas ha permitido la conservación de restos orgánicos de manera excepcional, a partir de los cuales se puede rastrear la pauta de la evolución económica a lo largo de unos cuantos miles de años. Es además llamativa la semejanza en la pauta de las tres regiones, pauta que se refiere sobre todo a la lentitud del proceso agrícola y que hace pensar que los datos obtenidos en dichas regiones constituyan una muestra fiable del modelo de evolución económica en el conjunto de las tierras altas mesoamericanas.

Existe, sin embargo, el problema de indagar en el origen de cada una de las plantas domesticadas, ya que poseen historiales evolutivos bastante complicados que hacen difícil la verificación de sus antecesoras silvestres.

El caso del maíz es significativo. El maíz *(Zea mays)*, el más importante de los cultígenos americanos, plantea controversias en cuanto a su origen botánico. Paul Mangelsdorf es de la opinión de que el maíz moderno desciende de una especie silvestre ya extinguida hace mucho tiempo, mientras que W. C. Galinat y George Badle consideran a una hierba silvestre, el teosinte *(Zea mexicana)*, como la forma de la que deriva el maíz doméstico. Esta idea no es fácil de probar, ya que el registro del uso del teosinte en las poblaciones arcaicas de Mesoamérica es escaso. Se ha encontrado probable polen de teosinte en la cueva Guilá Naquitz de Oaxaca, en estratos fechados hacia el 7000 a.C., y semillas de la planta en Tlapacoya, en el valle de México, del 5000 a.C., pero en estas fechas se conocía ya el maíz domesticado.

El problema está lejos de ser resuelto. En la Fase El Riego de la secuencia de Tehuacán, entre el 7600 y el 5000 a.C., aparecen corozos de maíz considerados por

Mangelsdorf como silvestres. El maíz doméstico aparece en la fase Coxcatlán, entre el 5000 y 3400, y es probable, como opina Richard MacNeish, que su proceso de domesticación haya tenido lugar en alguna zona del área de Oaxaca-Puebla entre el 7000 y el 5000 a.C. El maíz aparecerá posteriormente en la secuencia de Tamaulipas dos mil años después que en Tehuacán.

La historia arqueológica de las calabazas mesoamericanas, del género *cucurbita,* es también difícil de desentrañar, ya que, aunque parecen tener una gran antigüedad, no se conocen bien las posibles interrelaciones entre las especies silvestres y las cultivadas y no parece fiable el discernir de qué tipo son las encontradas en los registros arqueológicos.

En la secuencia de Oaxaca aparece una semilla de *Cucurbita pepo* en el 8000 a.C., y continúan apareciendo más semillas y pedúnculos de la misma especie entre el 7400 y 6700 a.C. En Tamaulipas la especie aparece hacia el 7000 a.C., aunque no es posible afirmar si todos estos ejemplos son silvestres o domésticos. Los ejemplares de Tamaulipas posteriores al 5000 a.C. son, evidentemente, domesticados.

En Tehuacán es más antigua la *Cucurbita mixta,* que aparece hacia el 5000 a.C. La *Cucurbita moschata,* la tercera especie mesoamericana, aparece en Tehuacán en el 4500 a.C. y con más seguridad entre el 4000 y 5000. Esta última especie aparece en Tamaulipas hacia el 2000 a.C.

Menores problemas parece plantear el fríjol o habichuela *(Phaseolus* spp.), ya que ha podido ser mejor definido el linaje silvestre de las especies domesticadas. Hay evidencias de fríjol silvestre *(Phaseolus coccineus)* en Oaxaca, en niveles entre el 8700 y el 6700 a.C., y en Tamaulipas, entre el 7000 y el 5500 a.C., formas silvestres que fueron sustituidas gradualmente por el fríjol cultivado de la misma especie. La especie común *(Phaseolus vulgaris)* solamente se encuentra en el registro arqueológico en forma domesticada, apareciendo en Tamaulipas entre el 4000 y el 2300 a.C. y aproximadamente por las mismas fechas en Tehuacán, en la fase Abejas. La especie *phaseolus acutifolius* aparece doméstica en Tehuacán hacia el 3000 a.C.

Entre otras plantas cultivadas, el aguacate *(Persea americana)* se encuentra en Tehuacán hacia el 7200 a.C., manteniéndose desde esa fecha a todo lo largo de la secuencia arqueológica. La especie es claramente doméstica en el 1500 a.C., pero no está claro cuándo se produjo su domesticación. La domesticación del pimiento *(Capsicum annum)* es evidente por primera vez en Tehuacán hacia el 4000 a.C., aunque en estado silvestre aparece ya en el 6500, 6000 y 5000 a.C. El amaranto *(Amaranthus* sp.) se halla en Tehuacán en el 4500 a.C., pero no están claras las fechas de su cultivo.

Interesante es el caso de la *Setaria,* una hierba que parece haber servido como complemento del maíz/teosinte durante las primeras fases de recolección del maíz, y cuya importancia fue disminuyendo a medida que fueron mejorando las variedades de maíz cultivado. La *Setaria* podría haber aparecido en Tehuacán ya en el 7000 a.C., y con más seguridad entre esa fecha y el 5000 a.C., e incluso se contempla la posibilidad de que estuviera domesticada.

Aunque es evidente un paralelismo temporal en cuanto a la aparición y el perfeccionamiento de las pautas agrícolas en las tres regiones consideradas, hay también falta de concordancia entre las fechas de aparición de los distintos cultígenos. En Tehuacán, el maíz, la calabaza *mixta* y *moschata* y el fríjol *acutifolius* aparecen mucho antes que en las otras regiones, pero la calabaza *pepo* y el fríjol *coccineus* se encuentran antes en las otras secuencias arqueológicas. Solamente el fríjol común aparece en las

diferentes regiones aproximadamente al mismo tiempo y no parece figurar entre los primeros cultígenos de ninguna de las tres secuencias. Podríamos deducir que las tres secuencias arqueológicas son el exponente de una adaptación económica paralela y hasta cierto punto independiente, más bien que representar la difusión de plantas o de tecnología agrícola de una región a otra.

3.2. *El foco andino*

La región andina debió constituir otro de los importantes centros de domesticación, hecho sustentado por la existencia de plantas de exclusivo origen y hábitat andino, como la papa o patata *(Solanum tuberosum),* o la quinoa *(Chenopodium quinoa),* entre las más significativas, y también la de animales como la llama *(Lama glama)* o el cuy *(Cavia porcellus),* también de exclusivo carácter andino, aunque el último se extendió hasta el Caribe.

Es, sin embargo, muy poco lo que se sabe de las circunstancias que rodearon la aparición de las plantas cultivadas en los Andes peruanos; los hallazgos son todavía aislados e incluso están sujetos a controversia.

Thomas Lynch encontró en la Cueva del Guitarrero, en el Callejón de Huaylas, fríjol común y fríjol *lunatus* doméstico hacia el 5730 a.C. Estos hallazgos corresponderían al final de la fase II, de un periodo de tres mil años de economía mixta cazadora-recolectora en el que hay pruebas del uso de plantas, tanto por los restos de las mismas como por la presencia de una moledera.

En la región de Ayacucho, MacNeish ha descrito más detalladamente la secuencia económica que abarcaría desde una dedicación predominantemente a la caza, pasando por una progresiva aparición de trampas y recolección de plantas programadas de modo estacional, hasta dar paso a la aparición de los primeros cultígenos. En la fase Jaywa, entre el 7100 y el 5800 a.C., hay al parecer molederas y semillas silvestres no identificadas, junto con mayores concentraciones de población y utilización de una mayor gama de microambientes. En la siguiente fase Piki, 5800-4550 a.C., se ha identificado quinoa y calabaza doméstica, cultivos incipientes que, junto con el cuy, complementaban una economía de recolección. Aunque podrían ponerse en tela de juicio estos hallazgos, es evidente que la agricultura estaba firmemente establecida en Ayacucho en las siguientes fases Chiua y Cachi, hacia el 3000 a.C.

La aparición de la agricultura en la costa peruana está mejor documentada, ya que además de las condiciones climatológicas que facilitan la conservación de los restos orgánicos, es también una de las regiones mejor conocidas de Sudamérica.

Reconstruir la historia inicial del cultivo de plantas en el continente meridional es algo problemático, ya que se carece de conocimientos botánicos exactos sobre el origen de la mayoría de los cultígenos sudamericanos y hay además una gran falta de información sobre la correspondencia entre la información botánica existente y los datos arqueológicos. Éstos se refieren fundamentalmente a plantas plenamente domesticadas y no se han encontrado secuencias fiables que muestren las fases de transición de la domesticación de alguna planta significativa.

Puede afirmarse, de todas maneras, que hay pruebas razonables de que varios de los principales cultígenos sudamericanos se domesticaron independientemente en la propia Sudamérica e incluso que ello ocurrió en lugares separados, aunque no sea fácil determinar cuáles sean esos lugares.

La patata o papa *(Solanum* spp.), el alimento más importante en las tierras altas andinas, es de origen desconocido. Se encuentran formas silvestres tanto en Sudamérica como en Mesoamérica, pero antes de la conquista no se cultivó nunca al norte de Colombia. En los Andes se cultivaban diversas especies, con complejas y oscuras relaciones entre sí. Se piensa que tal vez la forma inicial se cultivase en las cercanías del lago Titicaca, en las tierras altas del sur de Perú y de Bolivia. Su registro arqueológico es escaso. Hay probables restos de patata doméstica en Ayacucho, hacia el 3000 a.C., y aunque se ha dado la fecha del 8000 a.C. para los hallazgos de la cueva de las Tres Ventanas en el alto valle de Chilca, es de opinión general que tal fecha no es fiable, ya que procede de estratos arqueológicos mezclados. En la costa central peruana se registran patatas en el 1000 a.C., y en tierras altas de Bolivia en el 400 a.C.

En los Andes se han cultivado también dos cereales importantes del género *Chenopodium,* que crecen en alturas superiores a los tres mil metros. La cañihua *(Chenopodium pallidicaule)* es semidoméstica y conserva incluso características silvestres, como la capacidad de dispersar sus propias semillas, y nunca fue significativa en el registro arqueológico. Mucho más importante es la quinoa *(Chenopodium quinoa),* plenamente doméstica, aunque de oscuro linaje y con toda una gama de especies silvestres tanto en Sudamérica como en Mesoamérica. Los investigadores se inclinan, sin embargo, a considerar su origen como sudamericano. En Ayacucho hay huellas de quinoa antes del 4500 a.C., y con toda seguridad en el noroeste de Argentina a comienzos de la Era Cristiana.

El complejo de maíz, fríjol y calabaza es común a ambos subcontinentes. Se da ya por supuesto que el maíz es de origen mesoamericano y de allí pasa a Sudamérica, aunque no están claras todavía ni la ruta ni la época de su difusión. Aparece en contextos precerámicos en la costa del Perú hacia el 2000 a.C. Parece que se ha registrado en Ayacucho hacia el 3000 y el 2500 a.C., pero también, y en contextos cerámicos, en Valdivia, en la costa ecuatoriana del Guayas más o menos contemporáneamente.

En cuanto a la calabaza, encontramos especies que se cultivaron en ambos subcontinentes y otras que son de exclusivo ámbito sudamericano. Entre las primeras, la *Cucurbita ficifolia* y *moschata,* se encuentran ya en el registro arqueológico de la costa peruana en el 3000 y el 2500 a.C. La especie *máxima* es exclusivamente meridional, pero aparece tarde en contextos arqueológicos y se sospecha que pueda derivarse de la forma silvestre *andreana* que crece en Argentina y Bolivia.

Entre los fríjoles se cultiva la especie común *(Phaseolus vulgaris)* y la *«de lima» (Phaseolus lunatus).* El fríjol común se conoce silvestre en Mesoamérica y Sudamérica, y se desconoce si se domesticó independientemente o se difundió de un subcontinente a otro. Aparece ya plenamente domesticado en el Callejón de Huaylas hacia el 5730 a.C., una de las fechas más antiguas de cualquier cultígeno sudamericano. La especie *lunatus* corresponde también a ambos subcontinentes, pero dadas sus diferencias de tamaño se piensa que su proceso de domesticación se consiguió de manera independiente. Aparece también en las mismas fechas en el Callejón de Huaylas.

De la variedad *Canavalia* se conocen dos especies en yacimientos arqueológicos, de las cuales sólo la especie *plagiosperma* tiene un largo historial, remontándose las fechas al 2000 a.C. en la costa peruana y al 2000-1700 a.C. en Ayacucho. Las especies silvestres relacionadas con este cultígeno se encuentran en zonas húmedas de tierras bajas, en las costas marinas y riberas de los ríos.

Hay que mencionar, de todas maneras, una serie de hallazgos y fechas en los Andes Meridionales que, aunque son puestos en duda, de confirmarse, revolucionarían la historia de la agricultura en Sudamérica. En la cueva Huachichocana, en Jujuy, Argentina, se han fechado evidencias de fríjol común, maíz y ají, tan temprano como en el 7500 y 6200 a.C., en un contexto cultural de cazadores-recolectores generalizados. También en Jujuy, en la Inca Cueva, se ha fechado calabaza *Lagenaria* en el 2130 a.C., y en el noroeste argentino, fríjol en contextos similares.

Más al sur, y en territorio chileno, se ha encontrado maíz y fríjol común en capas del 425 a.C., pero los rasgos de una agricultura incipiente se remontarían al 2750 a.C. En un contexto precerámico, se ha fechado maíz en San Juan de Argentina en el 3460 a.C., y en extremo sur de los Andes, en un ámbito propio de pueblos cazadores entre el 800 y 1200 d.C., se han hallado también evidencias agrícolas de calabaza, fríjol, quinoa y maíz, del 260 a.C. al 40 d.C.

De ser ciertas las fechas, aun considerando la excesiva antigüedad atribuida a los hallazgos de Huachichocana, resultaría la existencia de un antiguo maíz sudamericano y la necesidad de revisión de la cuestión de la difusión de dicha planta.

La agricultura andina puede ser considerada en parte de carácter mixto, ya que combinó la cría de animales con la pesca y la recolección marina, como ya hemos visto.

La ganadería presenta un carácter andino generalizado, tanto en las tierras altas como en las bajas. Hay evidencias de que la llama *(Lama glama)* fue un animal doméstico desde los Andes septentrionales hasta el límite sur del territorio araucano. Aunque no se conocen las fechas de su domesticación, se sitúan hacia el tercer o segundo milenio antes de Cristo, aunque las evidencias claras corresponden ya a tiempos formativos, e incluso, en Chile, a tiempos históricos.

El cuy *(Cavia porcellus)* tiene una extensión panandina menor y apenas se conoció en el sur de la región. Su historia filogenética es mejor conocida y podría afirmarse que su proceso de domesticación pudo haber tenido lugar en el altiplano del Titicaca, donde se conoce una especie salvaje *(Cavia aperea),* que parece ser la originaria de la especie doméstica.

A pesar de los datos dispersos, puede afirmarse que la domesticación fue más antigua en la sierra que en la costa, y es allí donde habría que buscar el origen de determinados cultígenos sudamericanos, o mejor aún, y lo que parece más probable, en una interrelación de la sierra con las vertientes orientales de los Andes.

Sin caer en la reducción simplista de que la agricultura se relacione con un sencillo proceso de difusión desde un eje inicial selva-sierra, hay que reconocer las condiciones favorables de un medio ambiente de carácter tan variado, con la interrelación costa-sierra-selva, que será un factor económico constante a lo largo de toda la historia cultural andina.

Los Andes presentan, por consiguiente, unas condiciones favorables para el enriquecimiento del proceso agrícola, debido a la continua circulación de productos entre ecosistemas muy próximos, pero a la vez distintos.

3.3. *El foco tropical o del Caribe*

Este supuesto centro de origen de determinados cultígenos es el que plantea más problemas, debido a la escasez de investigaciones en regiones tropicales y también a

que las condiciones ambientales dificultan enormemente la conservación de restos orgánicos.

Algunos investigadores como Carl Sauer postulan un origen caribe para el tercer cultígeno significativo americano, la mandioca, de ahí la consideración de este supuesto foco tropical de origen de la agricultura.

La mandioca *(Manihot esculenta)* es hoy uno de los principales alimentos agrícolas en las tierras bajas tropicales de Sudamérica, y se relaciona también con las culturas de las selvas tropicales de la cuenca del Amazonas, tanto en tiempos anteriores a la conquista como en época histórica. Hay especies silvestres relacionadas distribuidas por todas las tierras bajas tanto de Sudamérica como de Mesoamérica, pero se desconoce cuál de las especies silvestres es el ancestro de las especies cultivadas. La planta pudo domesticarse por primera vez en cualquier lugar, aunque se sospecha que sean las tierras bajas del Caribe venezolano su lugar de origen. Es incluso probable que no se domesticara en contexto tropical por primera vez, ya que sus características sugieren más bien un medio de sabana (resiste la sequía, pero se puede pudrir el tubérculo en suelos mal drenados). Los primeros ejemplares arqueológicos conocidos de mandioca corresponden ya a especies plenamente domésticas y proceden de la costa peruana hacia el año 1000 a.C., fuera del ámbito silvestre de la especie.

La evidencia indirecta de la utilización de la mandioca la constituyen los fragmentos de «budares» o grandes platos de cerámica utilizados para cocer las tortas de harina del tubérculo, y se encuentran en contextos venezolanos y colombianos entre el 2000 y 1000 a.C. y quizá antes, pero en todo caso seguirían siendo evidencias del uso de la planta ya plenamente domesticada.

La batata *(Ipomoea batatas)* plantea también problemas, pues su linaje silvestre sigue siendo muy discutido. Aunque no está claro su lugar de domesticación, que tanto pudo ser Mesoamérica como los Andes orientales o la cuenca del Amazonas, las tendencias se inclinan hacia Sudamérica. La primera documentación arqueológica de probables batatas procede otra vez de la costa peruana y del 2000 a.C.

Tampoco conocemos el ancestro silvestre del cacahuete *(Arachis hypogaea)*, que los investigadores se inclinan por ubicar en la vertiente oriental andina, por debajo de los 1.800 metros de altitud, en Argentina o Bolivia. Vuelve a ser la costa peruana la que proporciona los vestigios arqueológicos más antiguos, hacia el 1800 a.C. aproximadamente.

También se registra por primera vez en la costa, en el 2300 a.C., la achira *(Canna edulis)*, tubérculo de gran contenido en almidón que se sugiere procede de la vertiente oriental de los Andes o del Caribe.

3.4. *Condicionantes para el desarrollo agrícola*

Uno de los problemas tal vez de más interés que pueden plantearse es el del intento de explicación de las razones del origen de la agricultura, tarea a la que se han aplicado numerosos investigadores teniendo como foco de investigación una de las regiones mejor conocidas en este sentido, el valle de Tehuacán.

A priori parece importante el reconocimiento del papel que desempeñan las condiciones biológicas y ecológicas. Parece necesario que existan plantas silvestres aprovechables y que, al ser explotadas por los seres humanos y si la selección de sus características tiene éxito, sufrirán mutaciones económicas beneficiosas.

Estas condiciones previas de cultivo y selección pudieron verse favorecidas por el modelo que ha sido bien estudiado para el valle de Tehuacán, de una rotación regular entre zonas de recursos apropiados, ya que de esta manera las bandas retornaban a lugares que ya habían sido ocupados por ellas mismas previamente, incidiendo así periódicamente sobre las mismas parcelas vegetales.

Así resultaría que tanto los ciclos estacionales como las mutaciones genéticas entre plantas serían precondiciones importantes ecológicas para el cultivo y la selección respectivamente. Pero estas condiciones ecológicas no explican por sí solas por qué la selección de plantas y el cultivo continuaron durante milenios a través de un lento proceso de cambio continuo desde un modelo que era inicialmente próspero de caza y recolección. Además, el cultivo de plantas requiere generalmente mayor cantidad de trabajo por unidad de rendimiento que la cosecha de plantas silvestres y durante un tiempo considerable la productividad de las plantas no se altera de forma sensible por el proceso de selección. Habría, pues, que conocer la naturaleza y la fuerza de los incentivos o de las presiones selectivas que empujaron al incremento del cultivo-domesticación como una estrategia de subsistencia.

Se ha sugerido que el aumento de población que se produciría en el seno de poblaciones sedentarias de lugares de recursos óptimos, desplazaría ese exceso hacia regiones marginales donde los grupos humanos experimentarían entonces con las plantas cultivadas. Pero esta idea de la presión demográfica debe ser matizada con ayuda de otros factores, ya que por ejemplo en Mesoamérica no hay evidencias de una rápida expansión de la población en las zonas donde se encuentra una más temprana evidencia del cultivo-domesticación.

El invierno es una estación especialmente pobre en recursos alimenticios silvestres, e incluso un ligero aumento de la población pudo haber causado problemas de subsistencia. Concretamente en el valle de Tehuacán la estación invernal tardía es la más pobre en recursos: la tradicional caza de venados era menos provechosa, las provisiones de alimentos se agotaban y las frutas y semillas recolectadas eran insuficientes hasta el comienzo de la época de lluvias en primavera. Aunque algunos recursos, como los procedentes del maguey, pudieran encontrarse durante todo el año, la diversidad y calidad de las plantas silvestres estaría en el invierno en su nivel más bajo.

Una solución al problema podría constituirla la recolección de alimentos susceptibles de almacenamiento en las estaciones precedentes. De hecho, las plantas que se domesticaron en primera instancia son almacenables. Otra razón para el almacenamiento de alimentos tuvo también que haber sido el intento de atenuar los riesgos producidos por variaciones en el régimen de lluvias. El registro arqueológico del periodo Arcaico indica evidencias definitivas de almacenamiento de alimentos e incluso la presencia de cultígenos en cuevas avala esta tendencia.

Concretamente el cultivo-selección podría ser así una solución para proporcionar recursos almacenables, especialmente entre una población creciente, y pudo haber sido una ayuda adicional para el aumento de la cantidad y quizá también de la calidad de los equipos de plantas rentables económicamente, sin el incremento extra de trabajo que suponen los viajes de desplazamiento estacional o los costes de transporte de una economía puramente recolectora.

De esta manera, una población en aumento, una estación invernal pobre en recursos y fluctuaciones de las lluvias anuales, podrían ser tres factores a considerar para el desarrollo del proceso del almacenamiento y del cultivo.

La susceptibilidad al almacenamiento de los diferentes recursos ayudaría también a explicar por qué la agricultura tuvo un tan lento desarrollo.

Hay una serie de recursos silvestres que maduran a finales del verano o principios de otoño y que son fáciles de almacenar, como las vainas y semillas del mesquite, y hierbas como la *Setaria,* el *Zea* o el maíz, y el amaranto. El amaranto y el maíz se convertirán en importantes cosechas de semillas, pero también serán cultígenos almacenables las semillas de calabaza, el fríjol y el chile.

El mesquite aparece como un importante obstáculo para la expansión del cultivo del maíz, ya que ambos se desarrollan en los mismos terrenos, a lo largo de las vías fluviales, en franca competencia. Parece que esto ocurrió hasta el punto de que Kent V. Flannery ha sugerido que el mesquite primó sobre el maíz hasta que éste alcanzó una productividad de 200-250 kilos por hectárea, haciendo así que la tarea de clarear los bosques de mesquites valiera la pena, hecho que no acontece hasta el 1500 a.C., con la aparición de los pobladores sedentarios en las llanuras fluviales y ya en el Periodo Formativo.

El maíz pudo haber ganado la batalla debido a las diferencias del modelo de cosecha de los dos alimentos. El maíz madura relativamente tarde y las plantas de una misma parcela tienden a madurar a la vez, mientras que las vainas de mesquite maduran en tiempos ligeramente diferentes, incluso las de un mismo árbol, hecho que, aunque reduce la carga de la cosecha, expone al producto durante más tiempo a la predación animal en competición con la humana.

El sedentarismo incipiente, que no se da precisamente en tierras altas con recursos estacionales como las que hemos venido considerando hasta el momento, podría también contemplarse como otro factor que contribuiría al proceso de experimentación agrícola.

Se ha sugerido que los grupos sedentarios tempranos que harían algún uso marginal de hierbas o raíces susceptibles de domesticación podrían haber estado predispuestos al cultivo de plantas, precisamente a causa de su sedentarismo. Los grupos sedentarios pueden cuidar mejor las parcelas de plantas y estar a disposición en la época conveniente para la cosecha. Todo esto explicaría la manipulación de las plantas, pero no la transformación hacia una economía agrícola, que requiere más inversión de trabajo que la recolección de plantas silvestres.

Habría que fijarse entonces en situaciones de un asentamiento que tiende a mantenerse en una misma localidad, a la par que utiliza algunos recursos vegetales distribuidos de manera amplia e infrecuente sobre el paisaje. Un ejemplo de este tipo sería la existencia de una rica fuente de proteínas, como las que proporcionan las zonas de pesca. En tales situaciones, las plantas cercanas al campamento se agotan, requiriendo viajes de aprovisionamiento cada vez más largos.

En este caso, cuando la inversión de trabajo en la recolección del alimento aumenta, la inversión de trabajo que requiere el cultivo puede ser equiparable, ya que dicha inversión en el caso del cultivo incipiente fue presumiblemente pequeña.

Esta explicación parece apta para la domesticación de tubérculos tropicales, cuyos especímenes tienden a estar ampliamente esparcidos por las selvas tropicales, mientras que los suministros de proteínas se concentran a lo largo de los ríos o de las costas.

Otras razones que se han sugerido como promotoras de la domesticación y del cultivo son de índole sociológica y económica combinadas: el crecimiento de la población en lugares de recursos óptimos llevaría a la competencia por el control de

esos lugares, triunfando los grupos de mayor tamaño. Incluso se ha argumentado con el papel que desempeñaría la organización social estimulando la producción de mayor cantidad de alimentos y aun de la sedentarización, a través de líderes o de sistemas de alianzas que, deseando incrementar su autoridad o su estatus, podrían ser factores estimulantes del proceso de producción de alimentos a través del cultivo de plantas.

Aunque los últimos factores son difíciles de probar, sobre todo para el caso mesoamericano, donde está comprobado que el modelo social del periodo Arcaico está constituido fundamentalmente por pequeñas bandas móviles sin un liderazgo efectivo, es conveniente tomarlos en consideración, porque, como ya hemos visto, el proceso de la experimentación agrícola no fue algo lineal y en relación directa con cambios en el medio ambiente, sino algo bastante más complejo en donde entraron en juego múltiples factores interrelacionados.

4. Los yacimientos arqueológicos más representativos

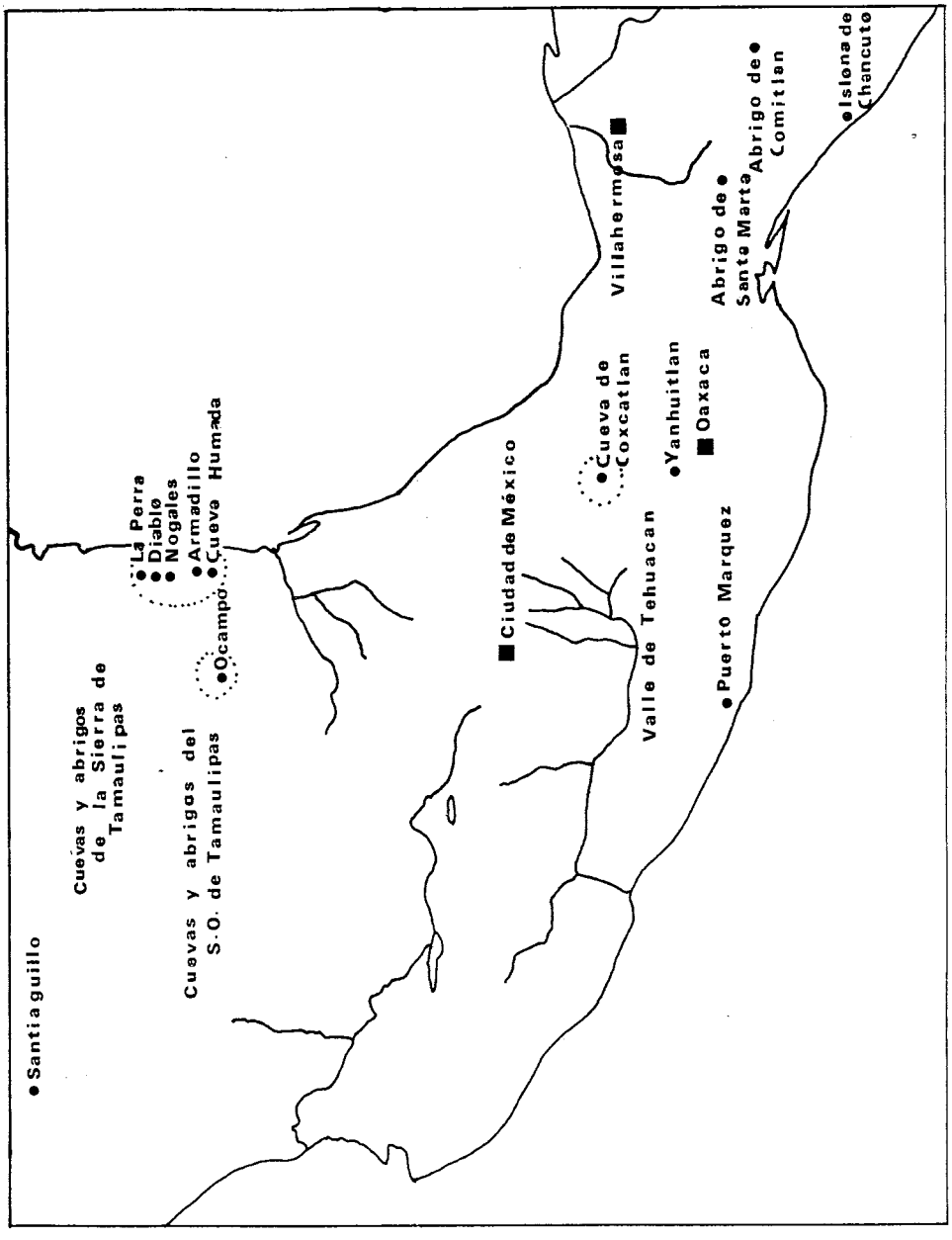
Tras el vistazo general a las condiciones de vida del Arcaico y al importante problema del origen de la agricultura, es necesario situar, espacial y cronológicamente, una serie de yacimientos arqueológicos que han ofrecido manifestaciones culturales significativas para el periodo. La revisión de éstos será lógicamente desigual, ya que, como hemos mencionado repetidamente, los de las tierras altas centrales de México y la costa del Perú son los que por el momento han producido mayor cantidad de hallazgos representativos.

En Tamaulipas, México, dadas las condiciones de aridez que han permitido una excelente conservación de los restos orgánicos, fue precisamente donde se encontraron las primeras evidencias de la existencia de este nuevo periodo. Su inventario arqueológico es el característico de las culturas del Desierto, incluyendo todo tipo de utensilios de piedra tallada, como raederas, martillos, machacadores, leznas y puntas de proyectil relacionadas con la caza del ciervo, pero también útiles de moler, como manos, metates y majadores, utilizados para la preparación de alimentos vegetales.

En las cuevas y abrigos rocosos de Tamaulipas se asiste al comienzo de una secuencia que va desde la caza y recolección de plantas silvestres, entre ellas las que suministran fibras textiles, como la yuca y el agave, hasta el comienzo de la domesticación de plantas, como la calabaza vinatera, en el 6500 a.C., el más antiguo cultígeno del Nuevo Mundo, y más tardíamente, y en este orden, la calabaza, el fríjol rojo, el chile, el fríjol común y la calabaza confitera. Aunque no hay evidencia de maíz silvestre, éste parece introducirse entre el 3000 y el 2300 a.C.

El abrigo rocoso de Santa Marta, en las tierras altas de Chiapas, ha producido las huellas de cinco ocupaciones arcaicas. El complejo de utensilios y los tipos de puntas de proyectil duplican los de Tamaulipas, e incluyen puntas de dardo, escoplos, raederas, molinos de mano y manos de moler hechas de cantos rodados. Se han encontrado cuatro enterramientos juntos, tres en postura fetal y uno extendido, y cubiertos todos con metates. El maíz sólo se encuentra en contextos formativos.

Los descubrimientos realizados en el Valle de Tehuacán, en el sureste de Puebla, se pueden catalogar entre los más importantes de las últimas décadas. En este valle semiárido, rodeado de montañas y con sus laderas cubiertas de pinos, se ha podido trazar detalladamente el proceso de desarrollo desde la recolección de plantas silves-



Principales yacimientos arcaicos mexicanos.

tres hasta el establecimiento de la agricultura. Se han encontrado igualmente las más antiguas evidencias de la vida en aldeas, y es también uno de los primeros lugares con evidencias cerámicas, lo que le convierte en uno de los puntos focales de la tradición cultural mesoamericana.

El Valle de Tehuacán ha producido una secuencia cultural de seis fases que ejemplifican gradualmente los cambios acaecidos en el Arcaico mesoamericano. La primera fase, Ajuereado, anterior al 7000 a.C., significa la ocupación, por cazadores, del valle y corresponde, por lo tanto, al periodo anterior.

El Riego (7000-5000 a.C.) contempla dos hechos significativos; en sus comienzos el clima se torna más cálido y desaparecen muchos de los grandes animales, como ya vimos, y el hombre, al final de la fase, comienza a incidir en la evolución de ciertas plantas. Seguramente se domesticó el aguacate, el chile, el amaranto y alguna variedad de calabaza. La mayor diversidad de la dieta queda reflejada en la abundancia de morteros y majadores, manos y metates, aunque hay también puntas de proyectil para dardos propulsados con el átlatl, usados para la caza del venado y otros animales de no muy gran tamaño.

Se han encontrado algunos enterramientos en cuevas, con los cuerpos envueltos en mantas y redes, y las cabezas algunas veces separadas, aplastadas ceremonialmente y depositadas en cestos. La población ha aumentado de tamaño, pero permanece todavía nómada de un modo estacional, uniéndose en macrobandas o dispersándose en microbandas, según el ciclo climático del año.

La fase Coxcatlán (5000-3400 a.C.) representa uno de los grandes momentos de transición en el panorama del desarrollo cultural del Nuevo Mundo. Tanto la economía como el patrón de asentamiento son semejantes a los del Riego, aunque aumenta la lista de plantas cultivadas que incluyen la calabaza vinatera, el fríjol común, el zapote negro y la calabaza verrugosa, evidenciando claramente que estas plantas se domesticaron en diferentes lugares y en diferentes épocas. Lo más significativo, sin embargo, es la aparición del maíz por primera vez en América, como ya mencionamos en el apartado anterior.

La fase Abejas (3400-2300 a.C.) presenta ya cambios significativos en el patrón de asentamiento del valle, con pequeñas aldeas de cinco a diez casas de pozo excavadas en el suelo. Aparecen nuevas plantas domesticadas y se introduce el maíz *teosinte,* y sobre todo se incrementan los cultivos de plantas susceptibles de almacenamiento que se guardan en escondrijos y pozos asociados con estancias en campamentos cada vez más prolongadas. Es interesante destacar que en esta fase aparecen una serie de formas de vasijas de piedra que serán posteriormente muy significativas en cerámica y que quizás representen antecedentes de las mismas. Tales son el *tecomate,* o jarro redondeado sin cuello, y un cuenco de fondo plano con los lados abiertos al exterior.

Purrón (2300-1500 a.C.), una fase muy pobremente conocida, tiene una tosca cerámica con desgrasante arenoso cuyas formas se inspiran en las de piedra de la fase anterior. La llamada de cerámica Pox, de la costa de Guerrero, se encuentra también en esta fase y por las mismas fechas, pero con este tema nos adentramos ya en el periodo Formativo que será considerado en el capítulo siguiente.

En Oaxaca se ha encontrado también una larga secuencia precerámica, paralela en cierto modo a la de Tehuacán, aunque añade nuevos y contradictorios datos. La mayoría de los hallazgos se han realizado en cuevas, pero es particularmente interesante el sitio al aire libre de Geo-Shih, que muestra evidencias de áreas reservadas para ciertas actividades, tales como un posible suelo para danzas bordeado de pie-

dras. Se han encontrado granos de polen de maíz *Zea* domesticado en niveles entre el 7400-6700 a.C. y también cortezas de calabaza vinatera y semillas y pedúnculos de calabaza común, en contextos más tempranos que en Tehuacán.

Los datos de las tierras bajas son mucho más escasos. Hay que mencionar el descubrimiento de un extenso poblado arcaico en Santa Luisa, en la costa al norte de Veracruz, con claros datos de una economía de caza, pesca y recolección. La ausencia de manos y metates no implica necesariamente la del cultivo, ya que algunas plantas como la mandioca, característica de tierra caliente, no requiere de ese complejo para su preparación.

Del mismo modo, Puerto Márquez e Islona de Chantuto en la costa del Pacífico, representan concheros precerámicos, pero también podrían ser manifestaciones de otro modo de vida de agricultura incipiente no bien conocido aún.

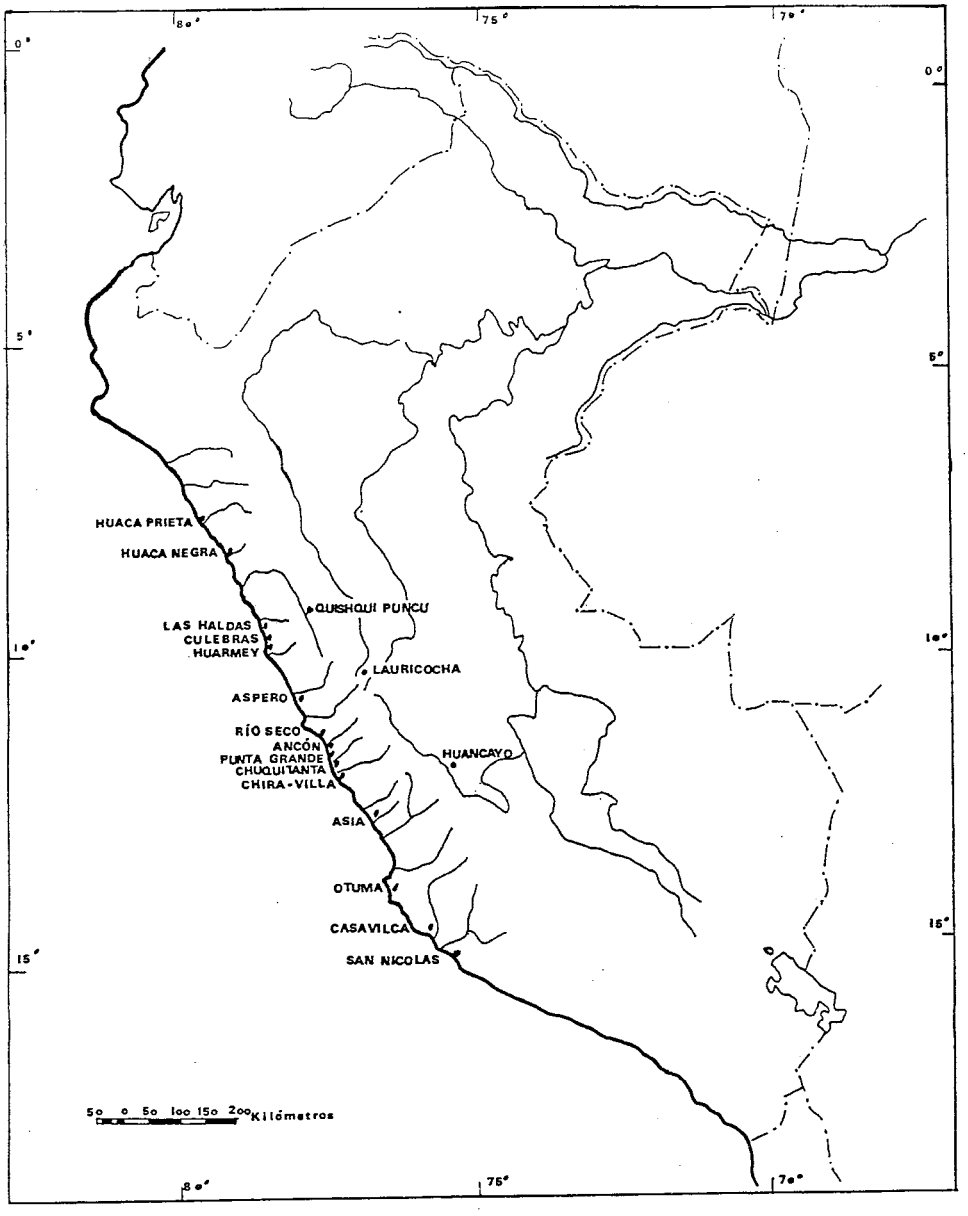
En la costa del Perú los primeros indicios de los nuevos modos de vida del Arcaico se encuentran en *Chilca,* un conchero ubicado en el litoral, 65 kilómetros al sur de Lima. Fréderic Engel, su descubridor, nos habla de más de un grupo de recolectores orientados ya hacia el cultivo de algunas plantas en torno al 3800 a.C. La aldea de Chilca, que pudo reunir hasta cien familias, estaría compuesta de pequeñas casas de forma circular excavadas en el suelo y con paredes de cañas amarradas. La vida dependía fundamentalmente del mar y se orientaba a la caza del lobo marino, a la pesca y a la recolección de mariscos. El cultivo de plantas se refiere al pallar y a la calabaza, pero como un simple complemento de los productos obtenidos del mar, que eran la base de su subsistencia. Hay evidencias de prácticas funerarias, con algunos cadáveres acompañados de dos esteras tejidas de junco y a veces de redes.

Yacimientos semejantes serían el de Río Grande, de fecha posterior, pero del mismo periodo, que presenta ya habitaciones con muros pequeños y bajos hechos de guijarros unidos con barro y aparentemente cubiertos con la misma tierra. Encanto, en la zona de Ancón, de la costa central, muestra evidencias de una economía de loma, combinada temporalmente con recursos marinos y complemento de plantas cultivadas.

Huaca Prieta, que ha podido ser fechado hacia el 2500 a.C., se localiza en la costa norte y es una gran colina artificial formada por las sucesivas ocupaciones, pero no parecen producirse cambios significativos a lo largo de toda la secuencia. Las habitaciones son semisubterráneas, de forma oval o cuadrangular, con paredes de piedras redondas formando muros adheridos a la basura. Hay indicios de cultivo de variedades de calabaza, pallar, chile, algodón y achira, aunque como complemento de una dieta marina.

Otros yacimientos significativos del Arcaico medio serían Cerro Prieto, en el valle de Virú, más al sur; Las Haldas, Culebras y Huarmey, cerca de los valles de Casma y Huarmey; Aspero y Río Seco, cerca de Chancay; Ancón, al norte de Lima; Chira Villa, cerca del río Rímac; Chilca, al sur de Lima; Asia, al norte de Cañete; y Otuma, cerca de la península de Paracas. Son todos identificables como aldeas de horticultores, pero también y en todos los casos la proporción de alimentos cultivados es muy pequeña frente a la gran cantidad de productos obtenidos del mar. El maíz está ausente en casi todos los yacimientos conocidos.

Es significativa la temprana sedentarización de estos grupos, posibilitada por la abundancia de recursos marinos más que por la agricultura. No se trata solamente de poblados permanentes, sino que incluso hay evidencias de lo que podría considerarse como arquitectura pública o ceremonial. En este sentido destaca Las Haldas,



Yacimientos arcaicos del área peruana.

uno de los yacimientos más extensos del periodo, con un gran complejo de construcciones de viviendas, ceremoniales y comunales. Las casas se construyen encima de la roca con fuertes paredes. Hay un edificio central que tiene hasta siete plataformas y unos 465 metros de longitud.

En la sierra peruana destaca el yacimiento de Kotosh, localizado en las cercanías de la ciudad de Huánuco, en la sierra oriental. El sitio presenta un complejo de edificios con aparente función religiosa, conocidos como Templo Norte, Templo Blanco, Templo de los Nichos o Templo de las Manos Cruzadas, mencionado ya en apartados anteriores.

La arquitectura que se conoce como la fase Mito, parece limitarse a edificios de carácter ceremonial o comunal, a base de recintos cuadrangulares delimitados por muros hechos de piedra unida con barro o incluso con piedras canteadas de bordes regulares y caras planas. En algún caso, como en el del Templo de las Manos Cruzadas, los muros internos presentan nichos rectangulares y estrechos en cuyo interior se encontraron restos de huesos, tal vez ofrendas. En este mismo templo, y debajo de dos de los nichos, se encontraron unos brazos cruzados modelados en barro. En el centro del recinto hay una sección en dos niveles, con un espacio más elevado que encierra un pequeño patio plano en cuyo centro hay un hogar. Es en realidad un fogón excavado en el patio que tiene un tubo subterráneo que lo alimenta de aire desde el exterior, y se ha notado que dicho fogón era usado durante largos periodos de tiempo, restaurado y vuelto a usar.

La cercanía de Kotosh con la selva y las posteriores vinculaciones del sitio obligan a considerar la importancia del área amazónica, relativamente desconocida todavía, dentro de los procesos generales de desarrollo del Nuevo Mundo.

III. EL PERIODO FORMATIVO

Se define el Formativo como la época en que la agricultura basada en el maíz, el fríjol y la calabaza se convierte en una base económica realmente efectiva, y la vida sedentaria concentrada en aldeas y poblados se generaliza. Se trata de un periodo que guarda estrechas semejanzas con el Neolítico del Viejo Mundo, ya que, con la excepción de la labranza de tracción animal, son comunes los asentamientos compactos, la cerámica, el tejido en telar, el trabajo de la piedra, tanto por pulimento como por presión, y el modelado de figurillas femeninas en arcilla.

La existencia de amplios poblados sedentarios implica un aumento de población que a su vez depende de un incremento en la provisión de alimentos. Ya hemos visto que las plantas se domesticaron en el periodo anterior, pero el Formativo asiste a una rápida mejora y perfeccionamiento de las especies cultivadas que no solamente producen mejores rendimientos, sino que también son más susceptibles de almacenarse. En este sentido destaca la creciente introducción del maíz *teosinte,* con un considerable aumento de tamaño y número de los granos en la mazorca.

Ahora bien, el Formativo no contemplará simplemente la existencia de una vida tribal, establecida en poblados permanentes, con una sociedad igualitaria sin diferencias significativas entre sus componentes en cuanto a *status,* riqueza o poder, descripción que más bien se ajustaría a lo que los arqueólogos denominan el Formativo temprano. A lo largo del tiempo asistiremos a la transformación desde sencillos poblados agrícolas hasta el surgimiento de sociedades estratificadas y de estados, reflejadas en la existencia de un gran número de asentamientos cada vez de mayor tamaño y con una creciente complejidad socioeconómica, tanto dentro como entre ellos. Estas transformaciones se acompañarán de unos sistemas agrícolas progresivamente más intensivos y de un rápido y continuo crecimiento de la población.

Aunque se manejan también otros términos, como el de Preclásico, la denominación de Formativo parece adecuada porque tal vez una de las características más definitorias del periodo sea la del surgimiento y formación de una serie de rasgos culturales que tendrán su clímax en los periodos clásicos y que se consideran como definitorios de las diferentes áreas culturales.

En Mesoamérica, donde mejor se conoce y se define este periodo, se ha encuadrado cronológicamente entre el 2500 a.C. y los comienzos de la Era Cristiana, a rasgos generales. En Perú las fechas de comienzo se retrasan hasta el 1200 a.C. y las de terminación al año 100 d.C., pero en otras áreas, muy significativas para esta etapa como la Intermedia, y más concretamente en Ecuador, tenemos ya evidencias de asentamientos en grandes poblados con una dependencia casi total de la agricultura

y una cerámica muy desarrollada hacia el 3200 a.C. Este largo periodo en Ecuador terminará hacia el 300 d.C.

Dada la complejidad del Formativo, parece oportuno dividirlo en los tres subperiodos de temprano, medio y tardío para facilitar su estudio.

1. El Formativo en el área intermedia y el origen de la cerámica

A la luz de los actuales conocimiento del mundo indígena americano, la consideración general del periodo Formativo debe comenzar por detenerse en el área Intermedia, y sobre todo en determinadas regiones de Ecuador y Colombia, ya que, pese a que esta área no alcanzó nunca el nivel de complejidad de estado que caracterizará tanto a Mesoamérica como a Perú, contempló el desarrollo temprano de algunos elementos que fueron por delante de otras áreas. La cerámica más antigua conocida procede de las costas del Pacífico ecuatoriano y es evidente que las más tempranas cerámicas mesoamericanas y peruanas derivan de la ecuatoriana. Es posible que, junto con la cerámica, y dentro de un proceso de interrelación de carácter comercial, se intercambiaran ideas de todo tipo, enriquecedoras de los procesos culturales de las diversas áreas.

1.1. *La aparición de la cerámica en el Formativo temprano*

El Formativo temprano en el área Intermedia y sobre todo en Ecuador está de alguna manera capitalizado por la cultura Valdivia, la cultura con cerámica más antigua conocida hasta ahora en el Nuevo Mundo y también a la que se han dedicado un mayor número de investigaciones en Ecuador. Esta cultura fue definida primariamente por Clifford Evans, Emilio Estrada y Betty J. Meggers y posteriormente se han ocupado de ella, precisando muchos aspectos, gran número de investigadores, que sería largo enumerar aquí.

Cronológicamente, corresponde al Formativo temprano y se sitúa entre el 3200 y 2300 a.C. Geográficamente, la extensión de esta cultura comprende la costa de la provincia de Guayas, Isla de La Puná, parte de Los Ríos y zonas costeras de Manabí y El Oro. Esta región es actualmente la más árida de la costa ecuatoriana, pero tal vez las condiciones de la época fueron distintas, con lluvias más abundantes.

Los primeros asentamientos de Valdivia se encontraban cerca del mar, con enormes desechos de conchas y huesos de peces indicando una dependencia del pescado y de los mariscos en la alimentación. Los investigadores antes mencionados postularon que la cultura Valdivia era una adaptación costera de pescadores-recolectores y que los yacimientos de dicha cultura deberían encontrarse solamente en el litoral o muy cerca de él. Se planteó además cuál sería el origen de esta cultura, pero sobre todo el de su cerámica, de gran calidad, plenamente desarrollada y sin antecedentes conocidos en la región.

Meggers, Evans y Estrada hallaron grandes semejanzas entre la cerámica Valdivia y la cerámica neolítica Jomón, de Kyushu, del centro y oeste de Japón. Las semejanzas no se limitarían a la cerámica, sino que también se extenderían a los lugares de origen, concheros ubicados en zonas ecológicas similares. La cerámica de Jomón medio es muy parecida a la de Valdivia temprano, tanto en sus técnicas decorativas

como en el empleo y combinación de las mismas. Hay también coincidencias cronológicas: en la isla de Kyushu se venía elaborando cerámica cuatro mil años antes de su aparición en Ecuador, pero los rasgos patentes en Valdivia temprano coinciden con los que se venían trabajando contemporáneamente en Kyushu y son de amplia distribución en otras islas.

La hipótesis de los autores mencionados es la de un arribo casual a las costas de Ecuador de pescadores jomón, arrastrados tal vez primero por tempestades o tifones y por corrientes marinas después. De hecho, las corrientes de las costas de Kyushu son las más fuertes del Pacífico, avanzando de 24 a 32 millas diarias hacia el noroeste. Además, los tifones que proceden de Filipinas azotan las costas del Japón, siguiendo una dirección que muchas veces coincide con la de la corriente que pasa al norte de las islas Haway y luego se curva hacia el sur, hacia las costas de América.

Otros autores, como James A. Ford, piensan, sin embargo, más que en un arribo casual, en una verdadera expedición colonizadora, al modo de los vikingos en Islandia, Groenlandia y Norteamérica, con gentes de ambos sexos y de diversas especialidades.

Otro lugar que rivaliza por su antigüedad cerámica con Valdivia es Puerto Hormiga, un conchero en forma de anillo localizado en una caleta cerca del mar, en el Departamento de Bolívar, en Colombia. Se remonta al 2925 a.C., y al lado de una cerámica muy tosca, con desgrasante de fibras vegetales, en forma de cuencos semiesféricos, ovales o de bateas que tal vez imiten formas en madera, aparece una cerámica más desarrollada tecnológicamente, con desgrasante de arena y cuencos profundos de forma amplia. Los Evans creen encontrar cierta correlación entre los elementos decorativos de Valdivia y Puerto Hormiga, que Reichel Dolmatoff, arqueólogo que descubrió y trabajó este último yacimiento, rechaza.

El suroeste del Ecuador, y más concretamente Valdivia, podría ser el foco originario de una tradición de cerámica muy desarrollada que, siguiendo diversos caminos y en distintas fechas, llegaría hasta Norteamérica, Mesoamérica y Perú, lo que excluiría la existencia de cerámica de formación local, generalmente más burda y tosca.

En relación con Valdivia y siguiendo a Ford, pueden mencionarse una serie de yacimientos y de fechas significativas, como las islas Stallings, en las bocas del río Savannah, de hacia el 2400 a.C., que presenta cerámica muy semejante a la de Valdivia en forma y decoración. Hacia el 2300 a.C. la cerámica hace acto de presencia en Mesoamérica, en las tierras altas, en la fase Purrón de Tehuacán, de la que MacNeish afirma que se modela a imitación de la cerámica de fuera de Mesoamérica, tal vez del suroeste de Sudamérica.

En el 2100 a.C., Monagrillo, en el Golfo de Panamá, lugar con una clara dependencia del mar, muestra presencia de cerámica con motivos relacionados con Valdivia, pero también aparece en menor cantidad el jarro mesoamericano de cuello corto o tecomate, sugiriendo una difusión que habría comenzado a lo largo de la costa del Pacífico.

Y en el 1800 a.C. —muy tarde, pese a la proximidad relativa a Valdivia— la cerámica aparece en el área peruana, mencionándose que la fase de San Juan de Tumbes tiene técnicas decorativas derivadas de Valdivia, y por las mismas fechas se encuentra ya también en las tierras altas, como tendremos ocasión de considerar más adelante.

Nuevas investigaciones y un mejor conocimiento de la cultura Valdivia están po-

niendo actualmente en duda el origen japonés de su cerámica. En 1970 se encontró y excavó el yacimiento de Loma Alta, 15 kilómetros arriba del río Valdivia, un excelente ejemplo de asentamiento formativo temprano en la selva tropical, sin ninguna orientación marítima, y las fechas más antiguas establecidas con radiocarbono resultaron incluso más antiguas que las del yacimiento epónimo costero. Estos hallazgos se complementaron con los del importante sitio de Real Alto, al sur de la península de Santa Elena, que ha arrojado importante luz sobre la evolución de la cultura y el inicio de procesos culturales que llevarían a los comienzos de la estratificación social.

La ocupación más temprana de Real Alto, que se remonta al 3200 a.C., presenta viviendas de planta elíptica, hechas de varas flexibles y cubiertas de paja u hojas de palma, de unos 10,3 por 8 metros, al estilo de las malocas o habitaciones comunales del alto Amazonas. La disposición de las casas, en herradura, en torno a un espacio central, es también similar a las de oriente de Brasil, parecido acentuado por la presencia de una aparente *casa de hombres* en el centro del poblado.

El asentamiento de estos pueblos indicaría una dependencia del cultivo de la tierra, pero hay otras evidencia indirectas, como la existencia de una gran cantidad de manos y metates que suelen relacionarse con el cultivo del maíz y torteros de piedra que se relacionan con el hilado de fibras vegetales. Aparecen también hachas afiladas de piedra con orejas, de un tipo que se emplea en la selva tropical para limpiar el terreno de cultivo. Además, puede mencionarse la costumbre de decorar el borde de las vasijas de la fase 3 con impresiones de granos de maíz, el adorno de los hombros de los cántaros de las fases 5 y 6 con mazorcas de maíz modeladas y el descubrimiento de un grano de maíz carbonizado en la pared de un vaso de Valdivia 5-6.

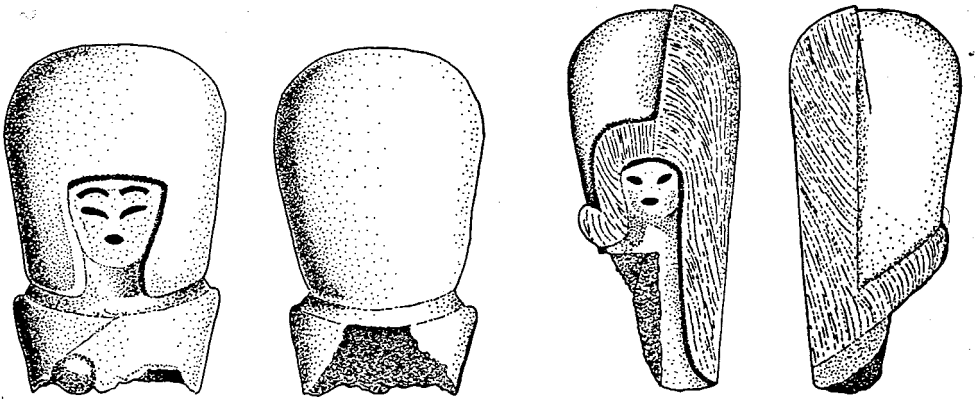
A lo largo del proceso cultural del Valdivia, que ha sido dividido en ocho fases por Betsy D. Hill, atendiendo a la evolución de la cerámica, aparecen una serie de cambios significativos como, por ejemplo, la construcción en Real Alto, durante la fase 2, de dos montículos principales en el centro de la plaza, uno frente al otro, creando así un recinto ceremonial interior. Dichos montículos se reconstruyeron unas siete veces, haciéndolos cada vez de mayor tamaño y revocándoselos con arcilla blanco-amarillenta. Hacia la fase 3, 3000-3100 a.C., el lugar alcanzó su mayor nivel de población, con unas 150 casas formando a modo de barriadas alrededor de tres lados de la plaza principal y ocupando una extensión de unos 600 por 400 metros. En las fases más tardías parece acentuarse la función ceremonial del sitio, los montículos acrecientan su tamaño y el número de viviendas disminuye, aunque aumenta el número de pozos para el almacenamiento del maíz, lo que podría implicar la conservación de excedentes.

Aunque la sociedad de Valdivia debió permanecer básicamente igualitaria, parece evidente que se estaban poniendo los cimientos para la estratificación social y la aparición de especialistas que probablemente caracterizan a las sociedades del formativo tardío.

La cerámica es uno de los aspectos más notables de esta cultura. Aunque sólo tiene dos o tres formas básicas, la variedad en torno a estos modelos es relativamente grande y lo es mucho más la variedad de las técnicas decorativas. Se modela a mano o por enrrollamiento y la cocción se hace oxidante o reductora a fin de obtener diversas coloraciones. Las formas más características son jarros o cántaros redondeados, de boca ancha, con borde acampanado o entrante. Hay también cuencos simples, carenados o con cuatro pequeños soportes. Algunos tienen el borde almenado o lobulado. Las bases son generalmente cóncavas y su parte central puede pre-

sentar una cierta oquedad. Las superficies están ligera o cuidadosamente pulidas y más del 20 por 100 tienen un engobe rojo brillante. Hay una gran cantidad de técnicas decorativas, tales como el acanalado, arrastrado y decorado con uñas y dedos, punteados, biselado y recortado, brochado y corrugado. Estampado con conchas, con cuerdas y en zig-zag y diferentes clases de incisiones, excisiones y grabados, así como modelado, peinado, tiras sobrepuestas, y, cuando se introduce el color, rojo pulido, rojo punteado o rojo inciso. A veces se emplean varias técnicas decorativas en el mismo vaso.

Las formas y la decoración cerámicas cambiaron lógicamente a lo largo del proceso cultural de Valdivia. Sobre esos cambios se edificó la división en ocho fases que ya hemos mencionado.



Figurillas características de la cultura de Valdivia.

Otro rasgo muy significativo de esta cultura son las famosas figurillas de cerámica que representan en este caso la aparición más temprana de esta conocida forma de expresión artística del Nuevo Mundo. Las más antiguas son de piedra, en forma de placa rectangular con rasgos grabados que destacan los ojos y las piernas. En Valdivia 3 aparecen ya las de cerámica que se modelan a mano por medio de dos rollitos de arcilla que forman el tronco y las piernas. Posteriormente se añade la cabeza, con una enorme peluca muy característica, y los brazos. Algunas son muy simples y repiten la forma de la piedra grabada, pero las más típicas son femeninas, con pechos prominentes, carita plana de rasgos faciales incisos y un arreglo del pelo enormemente variado.

Es evidente que estas figurillas, muy sofisticadas y elaboradas, son una manifestación de carácter artístico y exponente de ideas de carácter espiritual. Debieron ser el receptáculo de ideas o fuerzas sobrenaturales que en este contexto cultural podrían estar relacionadas con seres protectores de las cosechas o con ideas de fertilidad.

En los yacimientos Valdivia del interior se encuentran también restos de moluscos, mariscos y peces marinos. Concretamente en Real Alto los pisos de las casas de la época temprana estaban pavimentados con valvas de conchas de los manglares. Es probable que estos grupos del interior no fueran pescadores y obtuvieran los productos marinos por intercambio con los grupos del litoral.

Dada la antigüedad de los yacimientos del interior, se ha llegado a pensar, en contra de lo que se afirmó en los primeros años de las investigaciones, que Valdivia

representa una cultura de tierra adentro que se expandió por la costa. Incluso es posible que el origen de esta cultura haya que buscarlo en un contexto amazónico, dada la integración de la economía Valdivia con la de Selva Tropical. Los antecedentes habría que buscarlos, por consiguiente, en el oriente del Ecuador o en el noreste de Sudamérica.

Contemporánea con las fases tardías de la cultura Valdivia es Cerro Narrío, en la sierra sur ecuatoriana, que se remonta al 2850 a.C., uno de los sitios de más larga secuencia cultural del Ecuador. La arqueología de la zona revela que desde épocas tempranas existió una gran interacción entre esta región y la costa del Ecuador, así como hacia el oriente y hacia el sur, con la región de la sierra norte peruana, iniciándose un tráfico a larga distancia, que será uno de los temas cruciales del Formativo tardío. Su cerámica, que introduce el uso generalizado de la pintura roja en forma de líneas delgadas sobre una superficie pulida y de color natural, influyó en algunas cerámicas de Valdivia, sobre todo en las sureñas.

En el oriente ecuatoriano se ha identificado también un complejo cerámico contemporáneo de la fase temprana de Cerro Narrío, denominado Pastaza, aunque más significativo es el sitio de Cueva de los Tayos, también en el oriente, donde junto a cerámicas formativas aparecen gran cantidad de utensilios de concha, así como valvas enteras de *Spondylus,* procedentes de la costa del Pacífico. El hecho de que también se encontrasen en Cerro Narrío incide en esta idea apuntada de un intercambio entre la costa, los Andes y la selva.

Aunque algunos autores consideran a Machalilla (2250-1320 a.C.) como un exponente del Formativo medio ecuatoriano, dada su contemporaneidad con algunas fases tardías de Valdivia y sobre todo su significación, tiene más bien el carácter de una etapa de transición entre Valdivia y Chorrera, o el Formativo temprano y el Tardío. Es interesante, sin embargo, su consideración, porque Machalilla representó una de las expresiones cerámicas de mayor influencia en la América Antigua. En efecto, la forma peruana tan común de la botella de asa o caño-estribo, deriva en última instancia de la misma forma Machalilla. La cerámica Machalilla influyó también en la cerámica mesoamericana, y en los niveles inferiores de San Agustín, en Colombia, se han encontrado fuertes semejanzas con dicha cerámica.

El estilo cerámico de Machalilla parece haber sido desarrollado por ceramistas de Valdivia bajo el estímulo de influencias estilísticas de Cerro Narrío temprano. En los sitios de Valdivia del interior y ya en la fase 4 se encuentran fragmentos cerámicos con rasgos que caracterizan a la cerámica Machalilla, como la pintura roja sobre crema, o las figurillas decoradas con delgadas líneas rojas y caras modeladas en bajo relieve con ojos del tipo llamado *grano de café.*

En la vecina Colombia, una de las secuencias formativas mejor conocidas es la de Momil, al norte del país en el bajo río Sinú, que cronológicamente se sitúa entre el 1000 a.C. y los comienzos de la Era Cristiana. Las dos fases de Momil abarcan aparentemente toda la secuencia del Formativo, incluyendo los desarrollos culturales acaecidos dentro de dicha etapa cultural.

La cultura de los antiguos habitantes de Momil corresponde a un pueblo agrícola establecido en un poblado permanente y de extensión considerable, con centenares de habitantes. La economía dependió básicamente de la agricultura, y mientras que en Momil I la presencia de esquirlas de sílex, dientes de un rallador, y budares, indican la existencia del cultivo de la mandioca amarga, en Momil II, la repentina aparición del complejo tecnológico asociado comúnmente con el maíz, manos, meta-

tes y grandes vasijas, hablan de un cambio en el patrón alimenticio. La caza y la pesca debieron jugar también un papel importante, y las conchas marinas, los trozos de coral y los restos de tortugas marinas atestiguan la posibilidad de relaciones comerciales con pueblos de la costa.

La cerámica de Momil muestra un desarrollo considerable y una serie de cambios a lo largo de la secuencia. En la primera fase hay vasos globulares con cuellos estrechos y anchos bordes acampanados, vasos hemiesféricos con bordes rectos, varios tipos de cuencos y budares, mientras que en Momil II aparecen grandes vasos globulares para almacenamiento, cuencos con reborde basal, y trípodes con soportes macizos. Entre las técnicas decorativas domina la incisión en todas sus variantes, y se encuentran también algunos de los ejemplos de cerámica pintada más antiguos de Colombia: negro sobre blanco o sobre rojo, y negro y rojo sobre blanco.

Entre los múltiples objetos, como sellos, silbatos zoomorfos, torteros o pendientes en forma de barra, destacan unas figurillas macizas y modeladas a mano en la primera fase, con un cuerpo tosco y cilíndrico colocado sobre una base compuesta por las piernas en forma de herradura y cabeza muy grande, ancha y aplanada, de nariz prominente. Las figurillas de Momil II son huecas, y de aspecto algo más naturalista.

1.2. *Chorrera o el Formativo tardío ecuatoriano*

Es poco lo que se conoce sobre la cultura o mejor el horizonte Chorrera, ya que solamente se ha excavado una secuencia estratigráfica en el sitio epónimo de la cuenca del Guayas. La mayor parte de la información procede de aproximaciones y de inferencias obtenidas de los materiales excavados por los huaqueros o reunidos por coleccionistas ilustrados, pero parece poder afirmarse que Chorrera representó una amalgama de grupos que explotaron los diversos ecosistemas de la región costera y parte de la sierra de Ecuador, entre el 1300 y 300 a.C.

El nombre de Chorrera se aplica más bien a un estilo clásico de cerámica que se encuentra en el interior de la cuenca del Guayas, en la planicie esmeraldeña y en los valles de Manabí, mientras que con el nombre de Engoroy se designa a la cerámica manufacturada por los grupos del litoral y pueblos navegantes de los asentamientos de la península de Santa Elena, costa norte de la provincia del Guayas, costa sur de la provincia de Manabí e isla de La Plata, aunque dada la generalidad de su extensión esta cultura está siendo cada vez más considerada como un verdadero horizonte arqueológico, iniciador de una serie de rasgos que evolucionarán después hacia otras culturas más moderna y localizadas.

Los asentamientos se localizan preferentemente al pie de las elevaciones costeras, prefiriendo zonas apropiadas para la agricultura y también sobre barrancas de los afluentes de los ríos principales, lo que puede evidenciar la utilización de los ríos como vía de comunicación o fuente de aprovisionamiento. La base económica parece centrarse en el desarrollo de una agricultura eficiente, concretamente del maíz y de la mandioca, aunque los yacimientos presentan todavía gran número de conchas de moluscos.

Uno de los rasgos más notables del horizonte Chorrera es la cerámica, de gran calidad técnica y estética, muy fina y ligera, elaborada tras un proceso de selección cuidadosa de la arcilla, lavada previamente. Muchos de los rasgos de esta cerámica, tales como el engobe crema, el grabado en zonas, el modelado antropo y zoomorfo, tiene sus precedentes en las culturas anteriores de Valdivia y Machalilla.

Las formas comunes son los platos, con bordes levemente acampanados y a veces con base baja, anular o troncocónica; los cuencos, algunos de forma carenada, las botellas, vasijas globulares... aunque la más característica innovación formal es la transformación de la botella de dos picos y asa puente en otra con un solo caño vertical, a veces descentrado, y un asa plana que lo une al cuerpo del vaso. Esta forma puede convertirse en un animal o en una figura humana, o bien se coloca una pequeña representación en la parte superior. Se puede añadir un silbato que funciona con el cambio de presión del aire al entrar o salir del recipiente el líquido correspondiente. Se encuentran también cuencos-efigie de animales, concibiéndose en este caso la vasija como el cuerpo del bicho y la cabeza, la cola y las extremidades como modificaciones del borde que se asoman al interior. Algunas vasijas de este tipo tienen una base en forma de pedestal. Esta idea de convertir un recipiente en la representación de un animal parece ser de origen amazónico. La fauna retratada es muy variada, encontrándose murciélagos, serpientes, monos, aves, sapos, lagartos, y también vejetales, como calabazas, piñas, mates, guabas, pero además casas y embarcaciones, lo que proporciona un cierpo repertorio de carácter etnográfico.

En la decoración es común el engobe rojo limitado por líneas incisas formando motivos geométricos. Está también muy extendido el uso de la pintura negativa o por resistencia, que se obtiene cubriendo determinadas zonas de un vaso con un elemento resistente, tal vez un engobe de barro o una pasta fina de cenizas, y sometiendo luego la pieza a una segunda cocción a baja temperatura, el ahumado orgánico, con lo que se adhiere una brillante capa negra a la superficie de la vasija excepto en las partes protegidas.

La pintura iridiscente llega hasta el periodo de Desarrollo Regional y se consigue aplicando a la vasija, antes de la cocción, un engobe diluido de barro que contiene óxido de hierro. Tras la primera cochura el vaso se devuelve al fuego, a baja temperatura, para el ahumado. Las pequeñísimas partículas minerales del engobe producen el efecto iridiscente y el óxido de hierro origina el característico color rosáceo de la superficie.

Las figurillas Chorrera son también muy características. De gran tamaño y huecas, se modelan a mano con una fina pasta de color crema. El rostro tiene los rasgos muy finos y bien modelados, con ojos y boca alargados, el cuerpo es de miembros gruesos y cortos y la mayoría carece de vestidos, aunque lleva abundante decoración corporal, grabada y pintada. La mayoría parece de sexo masculino y lleva unos grandes cascos con una decoración asimétrica en relieve.

Entre otros objetos de cerámica se encuentran sellos planos o cilíndricos, orejeras en forma de carrete o servilletero, de cerámica muy fina y pulida e incluso de concha u ónice. De concha se hacían también cuentas de collar y otros adornos, trabajándose asimismo el cristal de roca.

Aunque apenas existen datos de la organización social, de las creencias o de las costumbres funerarias de las gentes de Chorrera, existen evidencias para afirmar la presencia de especialistas y de cierta complejidad social. La alta calidad técnica de la cerámica habla de una producción y de una función de carácter más especializado o restringido, y ciertos adornos pueden considerarse como distintivos de rango, tipos especiales de orejeras, por ejemplo.

Uno de los temas de más trascendencia que suelen considerarse en torno a Chorrera es la existencia de contactos a larga distancia con las costas de Mesoamérica y de Perú, aunque su dirección siga siendo objeto de discusión. Por ejemplo, el uso de

la pintura iridiscente aparece también en la costa sur de Guatemala, en la Fase Ocós de La Victoria, uno de los sitios formativos aparentemente más tempranos de Mesoamérica. Los paralelos entre Chorrera y Ocós incluyen tanto la técnica como los motivos, diseñados de manera muy precisa. Dicha técnica es producto de una larga experimentación de por lo menos unos mil años y aparece plenamente desarrollada en Ocós, sin antecedentes previos. Otro elemento serían las orejeras en forma de servilletero, que se encuentran en Chorrera, Ocós y Tlatilco, en el valle de México, y cuya aparición en Ecuador se remonta a las fases finales de Valdivia.

Las figurillas huecas parecen constituir otra prueba. En México aparecen entre el 1200 y 1000 a.C. y, aproximadamente por las mismas fechas, en la costa central peruana. Comparten muchos rasgos comunes con las de Chorrera, como el tocado en forma de casco, el fino modelado de los rasgos faciales, el torso cuidadosamente trabajado y las extremidades cortas y rudimentarias. No existen antecedentes de esas figurillas huecas en México o Perú, mientras que en Ecuador se remontan a Valdivia terminal y existe una evolución continua que pasa por las figurillas huecas de la cultura Machalilla.

Chorrera fue contemporánea de Chavín y de la cultura Olmeca y aunque su arte no contiene las combinaciones iconográficas específicas de dichas culturas, presenta, sin embargo, la figura del águila arpía, de forma abreviada en las vasijas policromadas. Chorrera comparte también con Chavín y Tlatilco el estampado en zig-zag en zonas sobre cerámica y las vasijas en forma de anillos.

La concha *malea* y la ostra espinosa, que se han encontrado en grandes cantidades en Perú y que se han incorporado plenamente a la iconografía de Chavín, proceden de la costa del Ecuador y no existen al sur de Guayaquil. Debieron ser recolectadas allí y pasar al Perú a través de intercambios en fechas tempranas.

La tradición de la cerámica escultórica y fundamentalmente zoomorfa se inicia también en Chorrera y la encontraremos desarrollada plenamente en Moche, a donde probablemente llega a través de Vicús. La escultura en cerámica tendrá también un despliegue espectacular a comienzos de la Era Cristiana en el occidente de México, entre las culturas de Colima, Jalisco y Nayarit.

Puede concluirse que el Formativo ecuatoriano produjo una serie de elementos culturales que probablemente, por vía de relaciones comerciales, llegaron hasta determinadas regiones de Mesoamérica y de Perú, produciendo allí una serie de influencias que en algunos casos se limitaron a las adopciones de elementos externos, tales como ciertas formas decorativas o ciertas técnicas, pero que en otros incidirían en los desarrollos culturales peculiares de dichas regiones.

2. El formativo mesoamericano en la costa del Golfo: La civilización Olmeca

El periodo Formativo en la región mesoamericana de la costa del Golfo de México está fuertemente marcado por la aparición de la que se considera como la primera gran civilización del área, la olmeca, sin cuya existencia sería difícil la comprensión de los posteriores desarrollos culturales de Mesoamérica.

En efecto, los logros culturales de los habitantes del país del «hule», que eso quiere decir el vocablo olmeca, anticipan ya plenamente lo que más tarde se considerarán como rasgos característicos mesoamericanos: escultura monumental, trabajo

del jade, arquitectura cívica y ceremonial, diferenciación social entre una élite con sacerdotes profesionales y un sustrato campesino que los sustenta, calendario, monumentos fechados, erección de estelas, y un largo etcétera. Además, la influencia o la presencia olmeca, aún no demasiado bien comprendida en su naturaleza y características, pudo ser determinante para el desarrollo cultural en otras regiones de Mesoamérica.

La civilización olmeca surgió y se desarrolló dentro de los límites de un área geográfica de aproximadamente 18.000 kilómetros cuadrados, en los actuales estados mexicanos de Veracruz y Tabasco, enmarcada por el Golfo de México y las estribaciones de la Sierra Madre Oriental, los ríos San Juan y Papaloapan por el oeste y los pantanos que rodean al río Grijalva por el este. Es una tierra caliente y húmeda, llana y baja, que no supera los 100 metros de altitud, excepto en el caso del macizo de los Tuxtlas, de una altura media de 500 metros, que divide la región en dos cuencas fluviales principales, la del Papaloapan y la del Coatzacoalcos.

Es precisamente el agua una constante en la región olmeca, y no solamente en forma de pantanos, ciénagas, o múltiples corrientes fluviales derivadas de las principales, sino también en forma de una elevada precipitación que se encuentra por encima de los 3.000 mm. anuales, y que causa periódicos desbordamientos de los ríos y subsecuentes inundaciones.

Podría parecer sorprendente, en principio, que en este inhóspito medio ambiente, en el que abundan reptiles e insectos, se originara y asentara una espectacular civilización, pero los olmecas no solamente supieron adaptarse a esas determinadas condiciones, sino que incluso las encontraron favorables para el desarrollo de su cultura en la que, como veremos, desempeñó un importante papel el fértil y rico limo depositado por los ríos en sus inundaciones como un factor agrícola/económico de primer orden.

Los ríos constituyeron además una importante vía de comunicaciones, y la tierra húmeda entre los cursos de agua se encuentra cubierta de una exuberante vegetación tropical, donde proliferan importantes comunidades de plantas y animales.

El área estuvo probablemente ocupada primitivamente por comunidades costeras aldeanas que vivían de los recursos silvestres. Entre el 1500 y 1200 a.C., periodo cultural que los arqueólogos denominan Olmeca I, nos encontramos con comunidades que practican una agricultura incipiente, usando la técnica de roza para cultivar en la espesa jungla, pero que no habían abandonado todavía las antiguas prácticas de caza y recolección. Estos antiguos habitantes del país olmeca, a los que propiamente no deberíamos denominar así, ya que carecen de los rasgos definitorios de dicha civilización, elaboran una cerámica correspondiente al denominado horizonte Ocós y probablemente mantuvieron relaciones con los grupos de cultura más desarrollada de la costa del Ecuador, como ya hemos visto.

El llamado periodo Olmeca II representa el desarrollo de la civilización y ha sido dividido a su vez en dos fases que corresponden a extensos horizontes mesoamericanos, basadas en la alternancia de la importancia y probablemente del poder de dos de los cuatro sitios mayores olmecas en las tierras bajas.

El primero es el denominado horizonte San Lorenzo, que entre el 1200 y 900 a.C. presencia el apogeo del sitio del mismo nombre y probablemente también de Laguna de los Cerros. Fuera del área metropolitana olmeca el horizonte se detecta también por una serie de rasgos relativos, sobre todo a la forma y a la decoración de la cerámica, tales como los llamados *baby faces* o figurillas de niño huecas y engobadas

en blanco y formas de cuencos, platos y botellas decoradas con el motivo garra-ala de jaguar.

La segunda fase, Olmeca II, es el horizonte de La Venta, entre el 900 y 400 a.C., que representa en el área metropolitana la destrucción de San Lorenzo y el predominio de La Venta. Es el momento del apogeo de la civilización olmeca, que se refleja tanto en las realizaciones artísticas de carácter monumental como en la perfección de las obras de arte mobiliar. Es también una importante fase de expansión e influencia olmeca en otras regiones de Mesoamérica. La existencia del horizonte viene señalada fuera del área metropolitana por la presencia de cerámica blanca decorada con motivos lineales abstractos y sobre todo por la aparición de jades finamente tallados.

El periodo Olmeca III, 400-100 a.C., es de franca decadencia, siendo Tres Zapotes su único exponente como heredero de la vieja tradición cultural. Es, sin embargo, en este periodo final cuando se talla la famosa estela C, que muestra una importante inscripción cronológica con la fecha del 31 a.C., que resulta ser una de las más antiguas de Mesoamérica y que sirve como eslabón entre la supuesta manera de medir el tiempo de los olmecas y los mayas clásicos.

2.1. *La economía y la sociedad*

Aparentemente, los olmecas fueron el primer pueblo mesoamericano capaz de producir un componente social de élite cultural, élite que fue la que determinó materias tales como la complejidad de los acontecimientos políticos y económicos, un peculiar estilo artístico y una cosmovisión característica. Este componente de élite se concentraba en centros cívicos y ceremoniales realizados a base de grandes pirámides y plataformas de tierra que debieron soportar estructuras perecederas, en algunas de las cuales viviría esa clase superior.

La clase dirigente y los centros donde residían estaban mantenidos por una gran masa campesina, que vivía dispersa en aldeas y poblados, dedicada fundamentalmente a tareas de carácter agrícola.

Los linajes dinásticos dirigentes parecen haberse identificado con ciertas divinidades básicas con cuya relación legitimaban de continuo su poder, que era también presentado de manera visual a través de una serie de representaciones plásticas monumentales en las que se entremezclaban sus retratos con los símbolos propios de los dioses.

Esta compleja sociedad requería lógicamente la existencia de una serie de excedentes que permitieran mantener a los individuos que, liberados de las tareas de producción, se habían convertido en especialistas del poder, de la religión o del arte.

La agricultura aparece como la base económica fundamental de la civilización olmeca, cosa que, dadas las condiciones del medio ambiente, podría producir cierta extrañeza, lo que nos obliga a considerar el tema. Sabemos que en la zona olmeca se utilizaron por lo menos tres sistemas de obtención de alimentos, siendo el primero y más temprano la caza y la recolección intensivas que a la larga condujeron al establecimiento de la vida sedentaria. Sin embargo, en plena época de civilización olmeca nos encontramos con dos maneras principales de cultivo basadas en la clase de terrenos en las que se practicaba. Las tierras más favorables para la agricultura se encontraban precisamente en las orillas de los ríos que se inundaban periódicamente y que se enriquecían con los depósitos de cieno. Esta situación, semejante a la acontecida

en las orillas del Nilo, permitía la obtención de dos o más cosechas al año, con técnicas de tala y quema. Lejos de los ríos, en las faldas del macizo de los Tuxtlas o en los bordes de las tierras altas, era usual una cosecha al año.

Los productos agrícolas debieron centrarse sobre todo en torno al maíz, las calabazas, el chile y probablemente los fríjoles, dieta que se vería complementada por la abundancia de animales en la región susceptibles de ser cazados, como venados, pecarís, tlacuaches o tapires, y la riqueza en pescados de los lagos y ríos.

Es precisamente la diferenciación tan marcada de tierra cultivable en este medio ambiente peculiar la que se ha sugerido, en principio, como un factor contribuyente a la diferenciación social, ya que, como ha apuntado Michael Coe, las familias que controlaban inicialmente las mejores tierras a lo largo de las orillas de los ríos, serían las que a la larga se convirtieran en los linajes cerrados de la clase de élite. El control de estas tierras permitía la producción de excedentes que debieron haber sido usados para contar con la lealtad política y religiosa del resto de la población de la región. Además, y desde fechas tempranas, vemos que esa élite demanda materias primas exóticas y objetos suntuosos que se destinan a simbolizar entre sus poseedores posiciones de estatus y cargos políticos y religiosos, objetos y materias que se obtenían a través de una amplia red de comercio a larga distancia que cubría gran parte del área mesoamericana.

Con las ganancias conseguidas mediante el control de las tierras más productivas y de las redes de intercambio comercial, los jefes olmecas pudieron realizar formidables empresas urbanísticas que modificaron el aspecto de su territorio y afianzaron aún más su poder indiscutible.

Funcionalmente, los centros olmecas han sido considerados como ciudades dispersas. En este sentido, los centros operaban como focos urbanos de conducta compleja de carácter social, político, religioso y económico, pero no tienen las grandes concentraciones de población que se espera de una ciudad.

Los olmecas edificaron principalmente con tierra, que era el material más accesible. La arcilla, tanto en masa como en forma de ladrillos, era apilada y aparentemente revocada con adobe. En ocasiones se hicieron de piedra los frentes de las estructuras pequeñas, pero este material tenía que ser importado con gran esfuerzo, por lo que se reservó para canalizaciones y escultura. La cantidad de tierra movida por los constructores olmecas fue impresionante, e incluso se ha sospechado que esa tierra era extraída del fondo de las vías fluviales que así eran drenadas y se facilitaban las comunicaciones a través de ellas. De hecho, las estructuras principales de La Venta se sitúan en lugares muy cercanos al agua, lo que ayudaría a su construcción. Las construcciones de tierra se encuentran generalmente en forma de plataformas muy altas o de poca altura que disponen de un modo lineal, con una desviación de ocho grados al oeste del norte. Hay también montículos que se disponen en grupos en torno a patios.

Los pequeños montículos-plataformas, que se supone sostenían las casas de la gente común, son muy numerosos. Se han encontrado cerca de 200 de ellos en torno al centro ceremonial de San Lorenzo. El trabajo que implica la fabricación de estas construcciones es probablemente mayor de lo que parece, ya que es posible que los olmecas levantaran mesetas de arcilla completamente artificiales que servirían como megaplataformas para la arquitectura formal.

Son cuatro los centros principales dentro del área metropolitana de la civilización olmeca, de los cuales se conocen relativamente bien La Venta y San Lorenzo,

peor Tres Zapotes y poco aún Laguna de los Cerros, que se ha descubierto recientemente. Es probable que el número no se limitase a los mencionados, ya que reconocimientos aéreos efectuados en la cuenca del río Papaloapan han permitido localizar otros sitios con planos similares al de La Venta.

San Lorenzo, en el Río Chiquito, tiene un grupo ceremonial principal, formado por montículos dispuestos linealmente y patios cerrados, sobre una gran plataforma artificial que se eleva una decena de metros sobre la llanura circundante. En esta especie de meseta se localizan también cerca de veinte pequeñas lagunas, aparentemente estanques, para almacenar agua y grandes conductos de basalto que drenan tanto las plazas como alguno de los estanques. Una idea del trabajo llevado a cabo en un centro como éste nos viene dada si consideramos que se utilizaron cerca de 30 toneladas de basalto para la construcción de uno solo de esos conductos, y se encuentran varios. En basalto se realizaron también las excelentes muestras de arte monumental que se localizan en el centro ceremonial.

Michael D. Coe estima que la población de San Lorenzo estaría en torno a los mil individuos, que presumiblemente soportaban y dependían de un pequeño grupo de élite que vivía en el propio centro. Desapareció hacia el 900 a.C., no solamente como centro de poder, sino incluso físicamente, y tal desaparición está marcada por la destrucción de su escultura monumental. Alguna de las grandes cabezas fue llevada a La Venta.

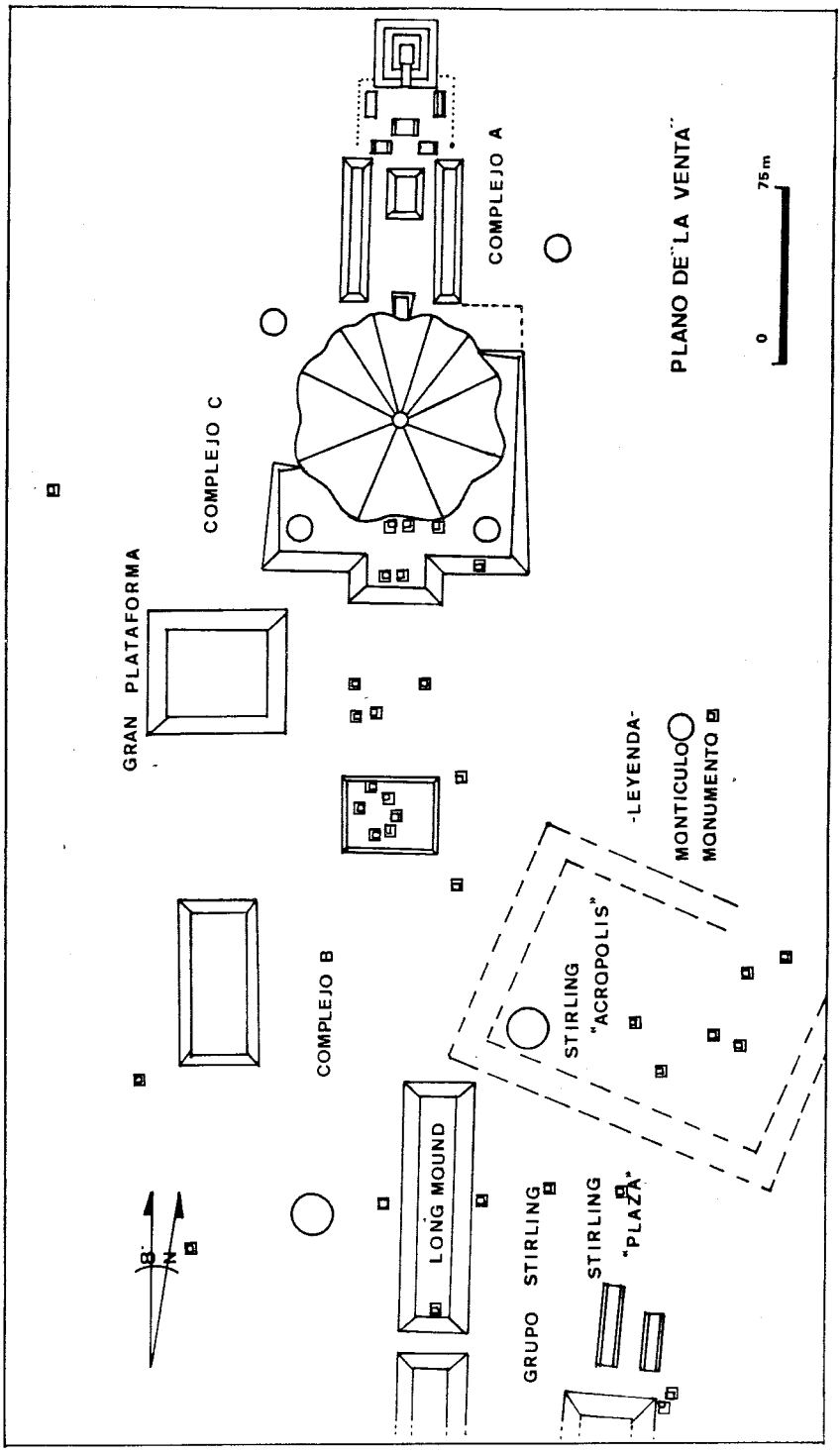
La Venta es precisamente el centro que toma el relevo de San Lorenzo y fue ocupada entre el 1300 y 600 a.C., marcando el apogeo de la civilización olmeca. Se localiza en una isla, sobre un pantano del río Tonalá, lejos de los terrenos cultivables.

Destacan en el plano de la ciudad los llamados Complejo A y C que constituyeron realmente una unidad funcional. La gran pirámide C1 tiene la forma de un volcán, y aunque se ha sugerido que tiene un significado astronómico o que incluso su forma curiosa se debe a la erosión, muestra evidentes y sorprendentes semejanzas con los conos volcánicos del macizo de los Tuxtlas, la cantera de basalto utilizada para la mayor parte de la estatuaria olmeca. El gran volcán artificial está flanqueado en su frente por dos bajos montículos que conducen a una especie de patio interior, en el cual y en una fase tardía hubo una empalizada de columnas de basalto, posiblemente para un mayor aislamiento.

Los montículos del Grupo A soportaron probablemente construcciones de carácter perecedero, y la cercana plataforma de la llamada acrópolis Stirling debió ser base de viviendas suntuosas aunque perecederas de la clase de élite. Las columnas de basalto en forma de troncos, que aparecen tanto rodeando patios como en tumbas, sugieren que las estructuras perecederas se hicieron probablemente con auténticos troncos de madera situados verticalmente.

En La Venta se ha encontrado una gran cantidad de esculturas monumentales y también de ofrendas. El sitio en conjunto resulta algo enigmático, pues su ubicación y tamaño imposibilitan que se acomodasen allí un elevado número de personas, incluso durante espacios cortos de tiempo. Sin embargo, presenta el aspecto de un centro de peregrinación religiosa. Es probable que el sitio representase precisamente eso, un centro de peregrinación, inaugurando así, en tiempos tempranos, lo que luego se convertirá en una costumbre tradicional.

Tres Zapotes se localiza al oeste del macizo de los Tuxtlas, y se conoce pobremente a excepción de su escultura. La cerámica del lugar indica que fue contemporáneo de La Venta y de San Lorenzo en el periodo Olmeca II.



La Venta, civilización olmeca.

Los tres sitios representan restos del temprano horizonte Ocós u Olmeca I, y San Lorenzo es el único lugar que proporciona una información adecuada sobre los cambios y los estímulos dinámicos producidos en las comunidades campesinas que condujeron a las innovaciones que comenzaron hacia el 1300 a.C.

Michael D. Coe ha sugerido que la cultura Olmeca se desarrolló en otra parte y fue introducida en el área metropolitana probablemente procedente del macizo de los Tuxtlas. Si es así, tendrían que encontrarse restos más tempranos de la cultura, que yacerían enterrados bajo las cenizas de los depósitos de material arrojado por los volcanes.

2.2. *El arte*

La importancia del conocimiento del arte olmeca es grande, ya que, como ocurre por regla general en el ámbito del antiguo mundo indígena americano, la aparición de obras de arte y su estudio preceden, incluso en muchos años, a las excavaciones arqueológicas sistemáticas y representan una importante fuente de acceso al conocimiento de una cultura ya extinta.

En efecto, ya en 1862 es descubierta una cabeza colosal en la región de San Andrés de Tuxtla. Antes de 1902 un campesino de los Tuxtlas había encontrado la famosa figura de un personaje con máscara bucal en forma de pico de pato. Durante los años 20 de este siglo tienen lugar los sorprendentes hallazgos de La Venta, en forma de más cabezas monumentales, «altares», estelas, estatuas en bulto redondo... Y en los años 30 se producen los descubrimientos de Tres Zapotes, La Venta y San Lorenzo. Entre tanto los museos y colecciones veían incrementadas sus colecciones a base de pequeñas figuras de piedra dura, especialmente jade, primorosamente trabajado y mostrando una gran unidad estilística.

Los estudios y publicaciones proliferaron, hablándose de un «estilo olmeca» sin tener aún una idea precisa de a qué cultura podrían corresponder tan sorprendentes manifestaciones artísticas. De hecho, lo olmeca fue y es ante todo un poderoso estilo artístico con características peculiares, aunque, lógicamente y como venimos mencionando, los conocimientos sobre la cultura que lo originó han progresado mucho en la actualidad.

Por otro lado, el arte, al pertenecer a los niveles simbólicos de la cultura, es un auxiliar inestimable para una mejor comprensión de la misma, y a pesar de las dificultades que entraña adentrarse en su significado a través de la iconografía, es éste uno de los caminos emprendidos por los estudiosos mesoamericanistas, que ha empezado ya a arrojar interesantes frutos. Si podemos hablar de una religión, de una cosmovisión, de un sistema de creencias olmecas, y de cómo la religión se entronca y relaciona con la organización social, es a través de una serie de representaciones iconográficas que, poco a poco, van siendo analizadas.

Las manifestaciones artísticas olmecas se plasman principalmente en escultura y pintura, sobre todo en la primera, y hasta tal punto que se ha considerado a los olmecas como los mejores escultores de la América antigua. Escultores tanto de figuras monumentales, en grandes bloques pétreos de basalto y andesita, como de pequeñas hachas y figurillas labradas en jade y otras piedras finas, revelaron una maestría incomparable y un dominio absoluto de la técnica propios de especialistas a tiempo completo que trabajaban por encargo de los linajes dirigentes.

Tal vez el grupo de obras más llamativo sea el de la escultura monumental. De hecho, la existencia de esta escultura, con su aparición prácticamente restringida a lo que se considera el área metropolitana, es uno de los rasgos indicadores de la existencia de la «civilización» olmeca.

Los monumentos más conocidos son las famosas *cabezas colosales*. Se conocen quince, ocho de San Lorenzo, cuatro de La Venta y tres de Tres Zapotes o sus alrededores. Siempre de grandes dimensiones, pueden alcanzar hasta los tres metros de altura y otros tantos de diámetro, rondando las 65 toneladas de peso. Tienen cierto aire común y parecen ser representaciones de individuos de sexo masculino, con una característica nariz ancha y poco saliente y labios gruesos de comisuras caídas. Se cubren con una especie de casco redondo con orejeras y se decoran con motivos de probable carácter simbólico. El tratamiento plástico parece orientado a producir los menores salientes posibles para constreñirse al volumen pétreo, a medio camino entre la esfera y el cubo.

Las cabezas de La Venta, Tres Zapotes y Cobatá están realizadas en basalto procedente de los Tuxtlas. Las de San Lorenzo son de andesita de la cadena de Ciutepec. Aunque solamente dispusiéramos de estas cabezas como manifestación de la cultura olmeca, es evidente que detrás de su acarreo y talla se encuentra una poderosa organización capaz de movilizar de los mil a los dos mil hombres necesarios para el transporte de cada bloque. Debieron tallarse una vez colocadas en su lugar, siendo su visión la frontal, ya que están concebidas para adosarse a algún tipo de construcción. No se ha encontrado ninguna en su sitio; todas fueron violentamente desplazadas, precipitadas por barrancos e incluso enterradas.

Los «altares» se denominan así no por su función, sino por su forma. Son composiciones iconográficas sobre bloques de piedra de forma general paralelepipédica, en uno de cuyos lados aparece un nicho del que emerge una figura antropomorfa. Otras figuras del mismo carácter se distribuyen alrededor del «altar», el cual está además cubierto de motivos finamente grabados. Contrasta el juego de relieves, con figuras casi en bulto redondo, como las del personaje emergente, pasando por el bajo relieve de las figuras secundarias, hasta el grabado del bloque del altar. Estos «altares» se han encontrado siempre muy dañados, habiendo sido objeto de mutilaciones y grandes roturas intencionadas.

Las *estelas* son grandes bloques de piedra sin tallar con una cara labrada en bajo relieve, donde aparecen personajes ricamente ataviados y componiendo escenas en algún caso. Han sufrido también graves daños y muchos personajes se encuentran decapitados.

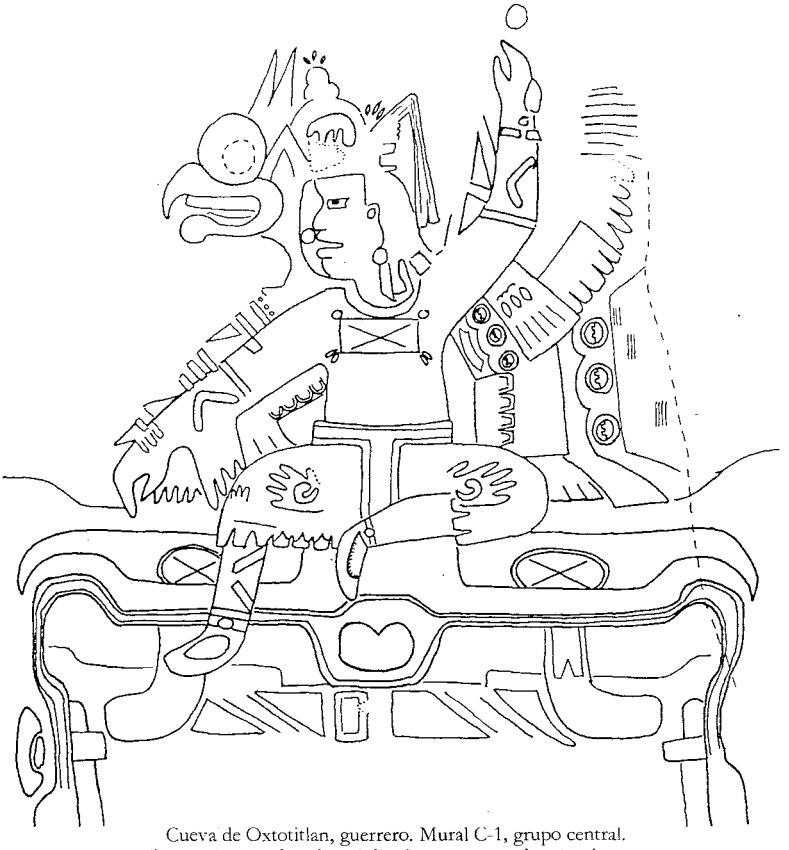
Las *estatuas de bulto redondo* son de grandes dimensiones y representan personajes tanto de carácter antropomorfo como fantástico. Generalmente en postura acuclillada, los rasgos fantásticos se concentran fundamentalmente en la cara, con líneas paralelas en vez de ojos y un grueso labio superior vuelto hacia arriba que permite ver dos grandes colmillos bifurcados en su extremo y en algunos casos en manos y pies que se transforman en garras. Otras son imágenes de tipo infantil, con ojos almendrados y boca gruñidora y desdentada. Las hay de carácter exclusivamente antropomorfo, destacando dos composiciones escultóricas, el monumento 20 de Potrero Nuevo y el 1 de Río Chiquito que, pese a su avanzado estado de destrucción, se han identificado como la representación de la unión sexual de un jaguar con una mujer.

Se encuentran además esculturas de menores dimensiones entre las que destacan las de jugadores de pelota, como la del famoso «Luchador de Uxpanapa». Una obra

maestra es la figura de Las Limas, en forma de un personaje humano que sostiene entre sus brazos a un «niño-jaguar». Los motivos grabados en ella se han utilizado como una llave para la interpretación de la iconografía olmeca.

Hay tallas en roca, de estilo claramente olmeca, dentro de una muy amplia zona de dispersión, como Chalcatzingo (estado de Morelos), San Isidro Piedra Parada (altos de Guatemala), Pijijiapan (entrada de la llanura costera guatemalteca) o Chalchuapa (El Salvador). Sus temas son frecuentemente escenas de carácter narrativo y muchas veces de signo militar.

Se han hallado también murales pintados, como los de la cueva de Oxtotitlán en Juxtlahuaca (Guerrero), generalmente en cuevas de claro significado ritual.



Cueva de Oxtotitlan, guerrero. Mural C-1, grupo central.
Personaje sentado sobre el dios I o monstruo-dragón olmeca.

Además de grandes escultores, los olmecas fueron también magníficos lapidarios. Labraron «hachas» de jadeíta, venturina, basalto, caliza, diorita y serpentina. Denominadas así por su forma genérica, algunas son simples placas rectanguloides sin labrar pero finamente pulidas; otras llevan diseños incisos, generalmente relacionados con la cara del «jaguar», con el cráneo hendido, cejas flamígeras, boca de comisuras caídas y colmillos grandes o incluso sin ellos; unas cuantas tallan su cabeza de forma más próxima a una verdadera escultura, pero siguiendo con los motivos característicos del jaguar. Estas «hachas», algunas de hasta 30 centímetros de longi-

tud, constituyen uno de los motivos favoritos de ofrendas en los principales centros olmecas.

Hay también figurillas y estatuillas de jade, jadeíta, serpentina, esteatita, hematita y basalto. Casi todas representan personajes de pie, con las piernas ligeramente separadas, grandes cabezas desproporcionadas y generalmente deformadas, que muestran, en su mayoría, rasgos mezclados de lo que se ha dado en llamar hombre-jaguar. Destacan por la perfección de su trabajo las máscaras, a veces simplemente caras, hechas con una gran variedad de materiales. Con sus rasgos felinos son uno de los máximos exponentes del arte lapidario olmeca.

En cerámica hay vasos escultóricos, vasos cilíndricos, platos de fondo plano y ollas globulares de cuello recto. Estos vasos se decoran con motivos fácilmente reconocibles como olmecas, incisos o raspados, sobre superficies que contrastan las zonas pulidas y toscas, y otras frotadas con pintura roja.

Son interesantes las «figurillas», de gran variedad. Unas son macizas y están modeladas a mano, con una técnica puramente formativa. Mucho más características son las huecas, de arcilla blanca, cuyos rasgos faciales muestran la típica cara del «niño jaguar» o *baby-face,* como normalmente se las conoce.

Toda esta sorprendente variedad de manifestaciones artísticas no se limita al área metropolitana, sino que, sobre todo en lo referente a los murales y a los pequeños ejemplares de arte mobiliar, se encuentran en un amplio ámbito de expansión mesoamericano, presentando una serie de rasgos comunes que se plasman en un estilo poderoso y uniforme.

Tal vez el rasgo más peculiar del estilo olmeca sea la representación de la boca, común a las figuras antropomorfas y a las de carácter fantástico, grande y de forma trapezoidal, con las comisuras caídas y un grueso labio superior vuelto hacia arriba que proporciona un aspecto gruñidor. Esta boca puede ir armada con poderosos colmillos.

Los seres humanos representados en el arte olmeca son generalmente masculinos, y de aspecto «gordinflón», con cabezas alargadas artificialmente en forma de pera, mandíbulas fuertes y barbilla prominente, cuello poderoso, brazos y piernas cortos y bien formados y manos y pies pequeños. Dada la ausencia de restos humanos por el medio ambiente húmedo, este tipo físico se ha considerado como representación del tipo olmeca. Los personajes de las esculturas suelen estar desnudos y desprovistos de órganos sexuales, o vestidos con un simple taparrabos. La postura favorita es de pie o sentados con las piernas cruzadas, y como adorno principal destaca el tocado de múltiples formas. Un aspecto suave o blando define comúnmente el estilo olmeca.

También tenemos representaciones de unos seres que para algunos estudiosos son claramente patológicos. Se trata de tipos eunucoides, de fuertes rasgos felinos, con expresión infantil, o enanos de vientres inflados y cabezas desmesuradas con una marcada hendidura craneal. La aparición de dichos rasgos se ha explicado, por un lado, como la representación de un ser imaginario, el hombre o «niño-jaguar», resultado de la unión ancestral y mítica de un jaguar y una mujer, tal como se muestra en los monumentos de Río Chiquito y Potrero Nuevo. De esa unión nacería el linaje de los olmecas. Por otro lado, se ha apuntado también que dichos rasgos corresponderían a seres reales aquejados de alguna enfermedad, la espina bífida o el síndrome de Frohlich.

Además del tipo físico, hay también otra serie de elementos definidores del estilo

olmeca, sobre todo en el arte menos naturalista. Son, por ejemplo, los diversos motivos en forma de colmillos, las cejas flamígeras, el motivo escalonado, los ojos en forma de L o de U muy extendida, el motivo de la garra-ala-mano, muy frecuente en la cerámica, o el aspa o cruz de San Andrés, que aparece frecuentemente como un ojo en una serie de representaciones de carácter fantástico. Son elementos de indudable carga simbólica, pero muy definidos que dan un aire fácilmente reconocible al arte olmeca.

Podemos considerar dos tendencias principales dentro de las manifestaciones artísticas olmecas. Un tipo de arte que se puede denominar, en principio y con reservas, «profano», de estilo más bien naturalista y cuyo tema central es el ser humano, y otro tipo de arte más estilizado, considerado ideográfico por algunos investigadores, más bien de carácter «religioso», y cuyo tema central, también con reservas, parece ser el del jaguar. Los dos tipos de arte pueden aparecer en el mismo monumento, pero por necesidades de comprensión es preferible analizarlos independientemente, considerando las relaciones del primer estilo con la complejidad de la organización social y el segundo con la religión, aunque en última instancia veremos las estrechas relaciones que enlazan a todos estos aspectos.

a) Arte y sociedad

El arte «profano» se encuentra fundamentalmente en la escultura monumental. Recientemente se le ha denominado retratístico, ya que la gran mayoría de los seres humanos representados de esta forma son retratos, en un sentido amplio.

Este arte retratístico se despliega sobre todo en las cabezas colosales, en las figuras antropomorfas de los «altares», en los personajes de las mismas características, en esculturas de bulto redondo y en estelas.

La interpretación de este tipo de arte viene ayudada por la particularidad de que prácticamente todas las esculturas de carácter retratístico han sufrido algún tipo de mutilación, ya sea en forma de decapitación, roturas varias, tachaduras, acanaladuras, picoteaduras o rectángulos profundamente grabados. Las roturas son de carácter intencional, siendo los monumentos más grandes los más dañados, algunos de tal manera que resultan casi irreconocibles.

Se ha atribuido la existencia de tales «desmanes» a una especie de revuelta iconoclasta, de campesinos cansados del dominio olmeca, que habrían contribuido a la caída de dicha civilización. Sin embargo, aunque las mutilaciones, lo mismo que los monumentos, no han podido ser fechadas con seguridad, es evidente que no se hicieron a la vez, en un momento concreto, sino durante el transcurso de un largo periodo de tiempo, tanto como el que duró la talla y erección de esos monumentos.

La mutilación no aparece así como un fenómeno puntual y accidental, sino como un fenómeno recurrente y repetitivo que se concentra en determinadas representaciones y, sobre todo, en partes concretas de las mismas.

Los monumentos religiosos aparecen prácticamente sin daños, y en los monumentos retratísticos, éstos se concentran fundamentalmente en la cabeza y en la cara. Las estatuas fueron decapitadas y las cabezas se trasladaron a otros lugares. Cuando un monumento era demasiado grande o voluminoso para decapitar su cabeza, la zona de la cara aparece casi borrada por completo. De hecho, las pocas figuras con cabeza presentan siempre graves daños en el cuello, debidos al intento de seccionar-

las. Las cabezas colosales no parecen haber recibido daños significativos, pero se han encontrado enterradas, o arrojadas a barrancos. Estos entierros incluyen, por lo general, grupos de esculturas.

De todo lo dicho parece concluirse que el significado de sus representaciones fue la causa de su periódica destrucción. En efecto, parece cada vez más seguro que la escultura monumental de carácter naturalista tiene que ver con «retratos» de los jefes principales. Los grandes jefes de los más importantes centros olmecas aparecerían representados en dichas cabezas colosales, en las figuras emergentes de los nichos de los «altares», en los bajos relieves de esos mismos elementos, en las estelas y en otras esculturas de bulto redondo. Sabemos incluso que portaban símbolos identificadores, a manera de nombres, y que el tocado les servía como elemento de identificación —en dicho tocado es donde se han encontrado la mayor parte de las mutilaciones. Otros elementos servirían también para esa identificación, tales como ciertos rasgos individuales (por ejemplo, dientes saltones), la forma y decoración de los pectorales, adornos de las orejas, cinturones y otros ornamentos.

Ese «nombre» que identifica a un jefe no aparece como un elemento aislado en una única representación, sino que, como habría de esperarse, se encuentra repetido en lo que serían diferentes representaciones de un mismo señor. Por ejemplo, el elemento identificador de la cabeza número 4 de La Venta es el «pie de águila», llamado también garra de jaguar. Se trata, evidentemente, de un jefe importante. El mismo motivo se encuentra también en el tocado de uno de los personajes secundarios esculpidos en un relieve del altar 14 de San Lorenzo. Ambas figuras tienen además los dientes prominentes. El señor de La Venta aparece aquí representado en una posición secundaria, atado al personaje principal que emerge del nicho por una soga, personaje que representa un jefe del centro de San Lorenzo y al que une con el de La Venta una relación de parentesco simbolizada por dicha cuerda.

¿Por qué se destruían periódicamente esos monumentos? La hipótesis más probable es que la mutilación se realizara cuando moría el señor de la ciudad, con objeto de neutralizar el poder sobrenatural emanado de esos monumentos, considerados como legitimadores y sobre todo «reponedores» del poder real.

La relación del señor olmeca con el inframundo y con los poderes sobrenaturales que de él dimanan se simboliza constantemente en los altares y estelas, donde el jefe aparece sentado o de pie en la boca de una cueva estilizada de ese inframundo.

Concretamente, los altares monolíticos de piedra, con su compleja iconografía, compendian el poder sobrenatural. Su boca abierta, el nicho, la cueva conectada con el inframundo, significa la entrada a los dominios sobrenaturales. Los altares son los monumentos que mayores daños han sufrido.

Los jefes emergen de la cueva, legitiman así su origen divino, aparecen cargados de poder y, en algunos casos, tienen alrededor una serie de personajes atados a ellos, simbolizando su relación de parentesco. Del inframundo emerge el señor llevando en sus brazos el linaje real, el producto de la ancestral unión mítica del jaguar y la mujer.

A través de un mural de la cueva de Oxtotitlán en Guerrero, se ha podido identificar la función de los «altares» como tronos, literalmente como asientos de poder, sobre los que se instalan los jefes para reponer sus poderes sobrenaturales. Si los monumentos olmecas, y más particularmente los altares, pueden ser considerados como reponedores de poder, era el señor del centro, el sujeto de la representación retratística, el que controlaba dichas fuerzas. A su muerte, los «altares», pero también todos

los monumentos que podían ser depositarios de ese poder, debían ser neutralizados para evitar que dicho poder, ya sin control, pudiera causar efectos perjudiciales. Recordemos que los grupos de monumentos enterrados juntos responden a la representación de un mismo señor.

Podemos entender entonces una buena parte del arte olmeca como legitimador del poder real, pero esta idea de poder se entremezcla con otras de carácter religioso que se plasman a la vez en otro tipo de manifestaciones artísticas. Hemos visto que en el altar se coloca al jefe en un ámbito simbólico particular, la entrada al inframundo. Ahora bien, ¿cómo se representa ese inframundo? Por regla general, se ha considerado que son elementos identificadores del jaguar los que están representados en los altares, pero esta idea debe ser matizada.

b) Arte y religión

Tradicionalmente y desde los primeros momentos del estudio de la civilización olmeca ha sido puesta de relieve la importancia del jaguar como tema central de su iconografía y, por lo tanto, como elemento primordial dentro del mundo de las creencias. Es indudable que existen toda una serie de rasgos determinantes del estilo que han sido puestos en relación con el gran felino: boca trapezoidal de comisuras caídas, grueso labio superior frecuentemente con poderosos caninos, cejas flamígeras, cráneo hendido... Incluso la mayoría de las representaciones antropomorfas presentan esa característica boca «olmeca» que les da un aspecto feroz o un tanto gruñidor.

Además de los monumentos ya mencionados que parecen representar la unión del jaguar con una mujer, la importancia de un «dios jaguar» parece también evidente a la luz de una serie de hallazgos realizados en La Venta y tal vez en San Lorenzo.

En la Venta, y enterradas en la zona del Juego de Pelota, se han encontrado tres gigantescas máscaras hechas de mosaico de placas de serpentina y diorita. Las máscaras aparecían enterradas ritualmente, debajo de dos metros de adobes y de una ofrenda formada por hachas pulidas de serpentina verde colocadas en forma de cruz. El mosaico, empotrado en tierras coloreadas, descansaba sobre una serie de pavimentos de piedras irregulares. Estas máscaras de carácter geométrico y de forma general rectangular, muestran una especie de gran boca alargada, una arista nasal que separa cuatro elementos identificados como ojos y están rematadas por cuatro elementos romboidales coronados con formas de plumas. Estas imágenes se han identificado con estilizaciones de la faz de un jaguar.

Por otro lado, uno de los más importantes centros, San Lorenzo o, mejor dicho, su trazado, rigurosamente reglamentado y ordenado con la peculiar disposición de las principales lagunas y montículos, ha sido interpretado por algún investigador como la imagen de una inmensa máscara de jaguar estilizado, análoga en su parte central a las de los mosaicos del Juego de Pelota de La Venta, aunque de dimensiones enormes.

El «dios jaguar» ha sido identificado como el dios de la lluvia que se conoce en tiempos postclásicos o al menos como un antecesor del mismo. Miguel Covarrubias construyó un esquema de la evolución de la iconografía de la máscara del jaguar hasta diversos dioses de la lluvia, como el Chac maya, el Tajín veracruzano, el Tláloc del altiplano central mexicano, o el Cocijo de Oaxaca. Se han relacionado además con

esta supuesta primitiva deidad de la lluvia las figuras de hombres-jaguar, servidores del dios principal a la manera de los tlaloques tardíos o servidores del dios de la lluvia. Las ofrendas de pequeños niños-jaguar, a cargo de adultos, tal como vemos en el altar 5 de La Venta, representarían sacrificios de niños a la divinidad, costumbre documentada posteriormente en época azteca.

El elemento felino ha sido identificado también con el dios postclásico mexicano Tezcatlipoca, como expresión simbólica del dominio del linaje real olmeca, concepto que se remonta probablemente hasta un temprano lazo entre jaguares y shamanes, asociación común en el ámbito indígena americano. Hacia el 1200 a.C., tras una etapa de importancia y predominio del shamán-jaguar, la sociedad se estratifica, una dinastía real toma el poder y los dioses se institucionalizan, asociándose en este caso con el detentador del poder, no ya el shamán, sino el rey.

Otros autores como Peter T. Furst consideran que la representación del «jaguar» se refiere más bien a la de un sapo antropomórficamente concebida con rasgos de felino. Características del anfibio serían la boca desdentada, los «colmillos» bifurcados, interpretados en este caso como lenguas bífidas y, sobre todo, la famosa hendidura craneal que ha sido objeto de numerosas hipótesis.

La imagen de este sapo-jaguar se identifica entonces con el más temprano ancestro reconocible de Tlaltecuhtli, el monstruo de la tierra, en el sentido de la diosa mesoamericana fundamental, la Madre Tierra. La hendidura craneal en forma de V sería, junto con el ubicuo elemento en forma de U, un símbolo femenino, una especie de pasaje vaginal cósmico, a través del cual emergen del inframundo las plantas o los ancestros. Para confirmar esta idea existen muchas representaciones en códices tardíos.

Jaguar o sapo-jaguar, antecesor de Tláloc, de Tezcatlipoca o de Tlaltecuhtli, lo cierto es que en todas las interpretaciones se mantiene la idea del origen sobrenatural del linaje real y de las divinidades como legitimadoras del poder de los jefes.

Parece indudable que la aparición súbita de la civilización olmeca, sea cuales sean las bases económicas de la misma, fue posible gracias a la elaboración de una doctrina persuasiva que fue aceptada plenamente y que tenía por misión explicar con claridad y legitimar esa nueva estructura social, establecer los vínculos del linaje dominante con las fuerzas sobrenaturales y asignar los papeles que cada uno debía cumplir en la sociedad.

Esta ideología es la que además se plasma y hace visible a través de las manifestaciones artísticas que venimos analizando, a las que además se añadirán dos elementos de primordial importancia: el calendario y la escritura jeroglífica. El calendario, de vital significación en épocas posteriores, es probable que tenga su origen entre los olmecas. Como anotaciones calendáricas podrían interpretarse las de la estela C de Tres Zapotes o las del monumento E del mismo sitio. Signos de escritura pueden ser, por ejemplo, los del monumento 13 de La Venta, y los símbolos identificadores de jefes de los que hemos hablado se podrían también considerar en este sentido.

Otras interpretaciones de la iconografía van más allá en la consideración tradicional de los olmecas como el «pueblo del jaguar» y tienden a considerar a los rasgos de este animal como un elemento más dentro de una compleja iconografía que incluye rasgos de diferentes animales y que posee una significación compleja.

Michael D. Coe elaboró en 1968 una tesis que ha sido luego corroborada y corregida por Peter D. Joralemon en 1971, y según la cual existiría una pluralidad de dioses, todos ellos antecedentes de dioses mesoamericanos reconocibles en culturas

tardías. Dentro de esta hipótesis, el monumento de Las Limas, un ser humano con un niño-jaguar en los brazos, aparece como elemento clave, ya que lleva grabados en su barbilla, hombros y rodillas, así como en la figura del niño, seis representaciones que se han identificado como seis divinidades centrales dentro de la adoración olmeca. Agrupadas en tres pares iconográficos, dioses I y III, dioses II y IV y dioses VI y VIII, serían, además, los prototipos de las conocidas divinidades mesoamericanas.

Alguno de estos dioses se representan a base de formas inspiradas en la naturaleza, pero disociadas de su contexto original. Aun así es posible reconocer elementos procedentes del caimán, como los dientes, el hocico del jaguar, las alas de un ave, cuerpos de reptiles y también sapos. Estas características se mezclan para reproducir seres mitológicos sin correspondencia con el mundo natural. Es también frecuente una fuerte tendencia a la abstracción y a lo que se puede considerar como una información gráfica abreviada, o representación de parte de una deidad como si fuera toda ella.

El miembro más importante de ese panteón, una de las bestias mitológicas que reúne muchos de los rasgos descritos, es el dios I, el monstruo dragón olmeca, antes reconocido como el jaguar y que participa de características del mismo. Su imagen aparece ya desde los comienzos de esta civilización y se reconoce tanto en obras monumentales como en pequeñas figuras de piedra, cerámica o pinturas.

El dragón se asocia con la tierra, el agua y la fertilidad de los campos. Tiene atributos de ser humano, de caimán, jaguar y serpiente. Su boca abierta, simbolizada como una caverna, es la entrada al inframundo, a la tierra. Se representa en el «altar» de donde emergen los linajes reales, y es interesante señalar que una imagen policromada de este dios, pintada en la cueva de Oxtotitlán, preside la corriente de agua que fluye algunas veces de la caverna y riega más abajo los campos de los agricultores. Las cejas flamígeras relacionan también al dragón con el fuego, considerando a este tipo de ceja como el prototipo del tardío símbolo de llama mesoamericano, y entendido como la representación del águila arpía, símbolo solar.

Es también evidente la relación entre el dios I y el linaje real olmeca. Además de los altares, el dragón aparece en la estela 2 de La Venta y en el hacha celta de Arroyo Pesquero, en el cetro que portan ambos personajes muy elaborados, funcionando en este caso como un claro símbolo de poder y autoridad. El monstruo-dragón era el protector y el legitimador del poder de los señores olmecas.

El dios III está estrechamente relacionado con el dragón. Se trata también de un monstruo, en este caso un monstruo-ave, con fuertes características de águila arpía. Sus asociaciones primarias son con los cielos, el sol y el fuego celestial.

Tan antiguo en su representación como el dios I, se le ha asociado también con el éxtasis producido por sustancias psicotrópicas: en una figura han aparecido formas de plantas identificadas como *datura,* de fuerte carácter alucinógeno, decorando las plumas de su esclavina; las imágenes del dios se tallan con frecuencia sobre objetos de jade que por su forma de cucharas se han reconocido como posibles receptáculos para el rapé alucinógeno; el mundo de las aves se conecta con las experiencias extáticas de los shamanes, con el vuelo celestial. También se ha asociado al monstruo-ave con el maíz y con la fertilidad agrícola.

Las restantes divinidades del panteón olmeca tienen que ver sobre todo con la vegetación, con las prácticas agrícolas, con la lluvia y la fertilidad..., panteón característico de una cultura cuya economía está basada en la agricultura. Sus imágenes,

aunque no son tan comunes como las de los dioses descritos, aparecen también como tema dentro de su arte religioso.

La religión olmeca aparece así como politeísta, marcada por una pluralidad de dioses que tienen que ver principalmente con la agricultura y con los elementos íntimamente relacionados con ella: la tierra, el agua, el sol, los volcanes, el cielo, la vegetación, la fertilidad. Es también una religión dinástica, cuyos dioses se encuentran en íntima relación con los señores que toman del inframundo sus poderes sobrenaturales y que, en última instancia, descienden de esos mismos dioses.

El arte monumental, el que retrata a los grandes jefes, se circunscribe sobre todo al área metropolitana, donde su dominio sobrenatural era efectivamente reconocido. Los monumentos eran destruidos a la muerte de cada señor.

Fuera del área metropolitana, en zonas de influencia olmeca, predominan las tallas en roca y las pinturas murales. Algunas son de temas militares, tal vez para legitimar un dominio que era puesto en duda, pero son mucho más frecuentes los murales de tipo ritual y sobre todo la multitud de ejemplares de arte mobiliar de tipo religioso. La naturaleza de la presencia olmeca en el área mesoamericana será analizada más adelante, pero su religión, creencias y representación plástica fueron exportadas fuera del área metropolitana, aparentemente como un intento «evangelizador», tomado en el sentido de legitimación de un dominio olmeca en sentido amplio, no tanto con la idea de imbuir unas creencias, sino más bien con la idea de hacer reconocibles o al menos familiares unos símbolos que eran la base del poder y del dominio de una cultura.

3. El Formativo mesoamericano de influencia olmeca

Como ya venimos comprobando, la riqueza de la variedad de las altas culturas mesoamericanas tiene sus raíces en este periodo Formativo, y esta variedad cultural se irá acentuando cada vez más, sobre todo entre las culturas que sucederán a los olmecas y entre sus contemporáneas. La presencia o la influencia olmeca es patente en muchas zonas del área mesoamericana, pero la naturaleza y características de esa influencia puede ser materia de discusión, como veremos más adelante.

Las culturas formativas de Mesoamérica pueden dividirse, para su mejor comprensión, en cinco grupos: el denominado bloque cultural transístmico o istmo de Tehuantepec, altos de Guatemala y vertiente del Pacífico, las tierras bajas mayas, Oaxaca, México central y el occidente de México. Las culturas que componen el primer grupo han sido consideradas también por algunos investigadores como epi-olmecas, porque todas comparten un estilo artístico derivado de lo olmeca: Izapa.

3.1. *Región del Istmo, altos de Guatemala y el Pacífico*

Una completa secuencia formativa convierte la costa pacífica de Guatemala en una región altamente significativa. En el Formativo temprano una serie de rasgos cerámicos que hacen su aparición por primera vez en Mesoamérica parecen de indudable origen ecuatoriano; la existencia de elementos tales como el cacao, la sal y ciertos tipos de conchas atrajeron desde muy pronto a diferentes pueblos, entre ellos a los olmecas; y en el formativo tardío es notoria la existencia de una serie de estilos artís-

ticos que representan claramente la transición de elementos culturales olmecas a mayas.

La secuencia se inicia con la fase Barra (1400-1300) a.C., que se caracteriza por una cerámica muy sofisticada y distinta de cualquiera otra de Mesoamérica en las mismas fechas. Sus técnicas decorativas presentan fuertes afinidades con la cerámica de la costa del Ecuador. Se encuentran también una serie de fragmentos de figurillas que se consideran como la más temprana aparición de este rasgo en el sur de Mesoamérica, figurillas que inician una tradición manifestada en San Lorenzo y en Ocós y que son antecedentes de las de Oaxaca.

Más significativa es la fase Ocós (1500-1150) a.C., elaboración de la fase anterior, pero con una creciente variedad de atributos decorativos en su cerámica que en su mayoría proceden del norte del Ecuador. La variedad y la sofisticación de las cerámicas Ocós no tienen paralelo en otras regiones de Mesoamérica. La importancia de las figurillas, que representan probablemente un culto peculiar, se acrecienta también en esta fase.

Con alguna excepción temprana, la generalización de las evidencias de construcciones que se puedan considerar como públicas no aparecen hasta el Formativo medio, con cuya fase Conchas (800-600 a.C.) se manifiestan, a lo largo de la costa del Pacífico, plataformas de arcilla y montículos piramidales. Al avanzar este periodo, la arquitectura asiste a un proceso de complejidad creciente, encontrándose, tanto en la costa como en zonas de Chiapas, estructuras piramidales, largos montículos en forma de plataformas e incluso, ocasionalmente, juegos de pelota, lo que es índice también de la creciente complejidad y diferenciación de la sociedad.

Ejemplos de tallas de estilo olmeca se hacen presentes también a lo largo de la faja costera de Chiapas-Guatemala, e incluso algunas, como los relieves de Pijijiapan y Padre Piedra se consideran como del Formativo temprano.

Es evidente que el istmo de Tehuantepec constituye una vía natural de comunicación entre la llanura costera del Golfo de México y la vertiente pacífica de Guatemala. Esta ruta debió ser aprovechada desde el formativo temprano por las poblaciones asentadas en tales regiones que establecieron una serie de relaciones y que se mantuvieron incluso en tiempos posteriores a los olmecas. Los rasgos culturales circulan en diversas direcciones, pero es patente el peso cultural olmeca en la región que venimos analizando.

Las culturas del Formativo tardío de la zona están enlazadas por un estilo artístico peculiar, expresado principalmente a través de la escultura, que se denomina Izapa por el sitio epónimo donde aparecen gran cantidad dé monumentos característicos, aunque no sea el sitio mayor ni el más importante del grupo. De hecho, en esta época (300 a.C.-100 d.C.) se da ya una situación muy característicamente mesoamericana, con una serie de comunidades locales que interactúan entre sí.

Cerro de Las Mesas está situado en el extremo norte del macizo de los Tuxtlas, cerca de Tres Zapotes y es uno de los yacimientos que presenta una continuación más directa con la tradición artística olmeca, con montículos de tierra construidos en torno a plazas, monumentos de piedra e incluso sistemas de fechados al final del último siglo antes de la Era Cristiana.

El lugar representa una cultura relacionada con lo olmeca, que sobrevivió tras la caída de los más antiguos centros ceremoniales y tendió un puente entre las civilizaciones olmecas y clásicas. Cerro de Las Mesas puede ser también uno de los sitios de más temprana afiliación con Izapa, hecho que puede remontarse hasta el 600 a.C.

LA EXPANSION OLMECA EN MESOAMÉRICA

Entre sus hallazgos más destacables hay que mencionar un escondrijo con 782 piezas de jade y piedra, una magnífica concha de tortuga tallada con una serie de motivos entre los que destaca el dios de los labios alargados (la misma deidad que se encuentra en las esculturas relacionadas con Izapa) y también esculturas reflejo del estilo de la transformada herencia olmeca, con figuras de jefes sedentes o de pie asociados con símbolos religiosos de poder.

De este época y en las cercanías de Tres Zapotes tenemos la famosa estela C, que presenta la fecha más temprana conocida con el sistema de numerales de barras y puntos, el 31 a.C. Junto con la estatuilla de Tuxtla, que lleva la fecha del 98 a.C., muestra la utilización de un complejo sistema de calendario y de escritura que estuvo en uso en la región olmeca por lo menos en el primer siglo a.C.

Cruzando el Istmo hacia la costa del Pacífico se encuentra el importante sitio de Izapa, donde aparecen los mejores exponentes de la escultura en la transición de lo olmeca a lo clásico. Sus comienzos se remontan por lo menos al formativo temprano y ya en 1500 a.C. se encuentran extensos montículos y grupos con plazas. Su crecimiento fue continuo y durante el formativo tardío llegó a ser un importante centro político y religioso. Su localización, en la llanura costera del Pacífico, rica en cacao, fue indudablemente uno de los factores causantes de su importancia. El cacao se representará en su escultura.

Izapa tiene grandes plazas formando terrazas, montículos de tierra y monumentos de piedra. Dichos monumentos, de los que se conocen 244, se sitúan frente a los montículos. Muchos son en forma de fustes de columnas enhiestos y se asocian con altares redondos. Cincuenta de los monumentos están tallados.

Muchos de los elementos del estilo olmeca se encuentran en Izapa, como la cruz de San Andrés, los motivos en forma de U referentes al jaguar, escenas dentro de la boca del monstruo de la tierra, y cielos y nubes. Aparece también una deidad de labios alargados, derivada del hombre-jaguar olmeca.

En su peculiar estilo de carácter narrativo se representan escenas de acción donde se combinan animales, dioses y hombres. Dioses de las tormentas reúnen o dispersan las nubes; los jaguares participan como cautivos en los rituales de los humanos; dioses-ave vuelan a través de los cielos; dioses en canoa navegan entre unas olas donde nadan peces; otras deidades descienden del cielo cabeza abajo; humanos sentados cuidan quemadores de copal; un guerrero decapita a un enemigo...

Destaca la estela 5 en la que se representa una ceremonia en la que toman parte varios personajes. Está dominada por el «árbol de la vida», tal vez la ceiba que en la cosmovisión maya sostiene el cielo. De hecho, muchos rasgos del arte maya temprano se encuentran ya en Izapa.

Más hacia el sur se encuentran otra serie de sitios significativos con escultura de estilo Izapa. Debieron servir como puntos de transición para el paso de las ideas derivadas de lo olmeca hacia las tierras altas. Entre ellos destaca El Baúl, cuya estela 1, con una fecha del 36 d.C., hace que sea el monumento datado más antiguo dentro de lo que puede considerarse ya propiamente como el área maya.

Kaminaljuyú, en las tierras altas de Guatemala, se encuentra prácticamente debajo de la moderna capital del país. El sitio suministra una información de gran importancia, ya que es el exponente de una larga secuencia iniciada con esculturas aparentemente locales y representando hombres gordos. Se datan al final de olmeca II. Del periodo inmediatamente posterior al del gran arte olmeca se encuentran piezas angulares, talladas y sin tallar. Finalmente, Kaminaljuyú muestra, bajo estímulos de Izapa,

un impresionante y único estilo, con esculturas siluetadas de extraordinaria complejidad, ranas aplastadas, y estelas en forma de fuste, aunque la mayoría no tienen textos jeroglíficos. Estos monumentos se relacionan con dirigentes temporales y las inscripciones proporcionan algunos datos históricos sobre ellos. La etapa de escultura Izapa en Kaminaljuyú se centra entre el 100 a.C. y el 200 a.C., aunque la cerámica indica que las relaciones se remontan al 800 a.C.

Presumiblemente, Kaminaljuyú fue un centro ceremonial regional que se fue desarrollando lentamente en el fértil valle de Guatemala y que alcanzará uno de sus periodos de apogeo al final del periodo Clásico. Los patrones de asentamiento y la disposición del centro ceremonial parecen reflejar una serie muy dispersa de templos y montículos funerarios alrededor de los cuales se reunían pequeños grupos de población. Hay al menos una docena de estos pequeños centros cívicos junto con unas cuantas aldeas y es posible que esos racimos de población se agruparanpor relaciones de parentesco con su vida ceremonial centrada en los monumentos funerarios. La organización política parece ser más bien de carácter laxo, basada en el parentesco y en alianzas matrimoniales entre importantes familias locales, situación semejante a la que luego se dará en el periodo clásico de las tierras bajas mayas. Se ha estimado una población entre 3.000 y 6.000 personas.

Chalchapa, en las tierras bajas del sureste, debió constituir en el Formativo tardío (400 a.C.-200 d.C.) un centro manufacturero de la importante cerámica Usulután, utilizada intensivamente como objeto de comercio. En esta época sus construcciones abarcan más o menos un kilómetro cuadrado, con una gran pirámide reconstruida y numerosos grupos de montículos individuales. Hay también una notable escultura monumental en piedra. La erupción del volcán Ilopango cortó quizá el breve desarrollo cultural del lugar.

Tal vez sea Chiapa de Corzo uno de los sitios más importantes de Mesoamérica, porque presenta una secuencia cultural continua de unos tres mil trescientos años, desde el 1400 a.C. hasta la actualidad. El sitio se encuentra en la zona de tierras bajas formadas por el curso del río Grijalva y las ocupaciones tempranas aparecen en forma de aldeas alineadas siguiendo el curso del río. En el 550 a.C. se encuentran ya las primeras pirámides y otras construcciones de carácter cívico, arquitectura que se va haciendo más compleja con el tiempo. En el 150 a.C. nos encontramos ya con palacios de piedra cubierta con gruesas capas de estuco pulimentado y techo de vigas y mortero. Son edificaciones claramente residenciales que destacan sobre las viviendas del común, con techo de paja y paredes de barro. La estratificación social se refleja también en los enterramientos, entre los cuales destaca la tumba 1, con una cámara hecha de ladrillos sin cocer y un ajuar de gran riqueza. Entre las piezas del ajuar destacan huesos trabajados en estilo Izapa y otros con representaciones humanas que recuerdan a las de Kaminaljuyú. Se han encontrado además fragmentos de escultura de claro estilo izapense.

Un hallazgo muy significativo fue el de un palacio en el llamado montículo 5, donde, entre los restos del techo caído, se encontraron centenares de vasos aplastados y quemados, exhibiendo una enorme variedad en sus formas y decoración. Hay pies mamiformes, decoraciones de líneas múltiples onduladas, caños con asa puente..., revelando contactos con Monte Albán y Kaminaljuyú, y probablemente fuertes implicaciones de lazos políticos y económicos entre los centros.

El palacio y la cerámica del montículo 5 fueron deliberadamente destruidos al ser Chiapa de Corzo abandonado por sus dirigentes. El lugar fue reocupado poco

después, pero los estilos de cerámica indican que se trataba de nuevas gentes. Se sospecha que la tal destrucción sea el último acto de un ritual de abandono llevado a cabo por gentes mayas cuando salían del centro en busca de otros lugares, quizá a causa de la irrupción de pueblos Zoque o de sus ancestros. La aparición de escultura de estilo Izapa en las tierras altas de Toniná y Chinkultic indicaría los lugares en los que la élite de Chiapa de Corzo buscó refugio, aunque también podrían ser centros contemporáneos. Es significativa la existencia de sitios en las tierras altas mayas con escultura Izapa, y en áreas geográficamente intermedias entre la región principal de Izapa y las tierras bajas mayas.

3.2. *Las tierras bajas mayas*

La región que en el esplendor clásico se conocerá como las tierras bajas mayas se caracteriza fundamentalmente por su gran variedad ambiental. Las diferencias entre sus índices de pluviosidad y entre sus tipos de flora y de fauna, que conforman el entorno vital de sus habitantes, son muy acusadas, sobre todo si consideramos sus puntos extremos en el norte de la península de Yucatán o de Petén guatemalteco. Tanto en época clásica como en estos tiempos tempranos formativos, los grandes ríos existentes en las tierras bajas del sur fueron atractivos para los asentamientos humanos y constituyeron importantes vías de comunicación.

Entre los restos más tempranos conocidos en las tierras bajas mayas se encuentran los situados en torno al río de la Pasión, colonias de primitivos agricultores que dejaron sus restos cerámicos y otras evidencias hacia el 1000 a.C. en sitios como Altar de Sacrificios y Ceibal. Estos antiguos agricultores del Pasión, conocidos como la cultura Xe, levantaron pequeños poblados de casas de palos y paja directamente sobre el suelo de la selva, y nunca sobre plataformas, rasgo que será común en épocas más tardías a lo largo y ancho de la región. La ubicación ribereña de estos primitivos «mayas» es la misma que de la de los olmecas. Aunque no hay evidencias directas, parece que su economía estuvo basada en la agricultura. Su cerámica está bien desarrollada, encontrándose formas de tecomates y de cuencos de fondo plano, aunque la mayoría de ellas tienen una función doméstica y prácticamente ninguno de los tiestos encontrados en los basureros Xe podría considerarse como de uso ritual o religioso.

Los únicos indicios relacionados con la vida espiritual podrían provenir de la existencia de pequeñas figurillas macizas y modeladas a mano, probablemente utilizadas en ceremonias de curación o de fertilidad.

Las comunidades Xe eran de dimensiones reducidas y aisladas. Las dos conocidas hasta ahora no debieron sobrepasar el centenar de habitantes cada una.

Uno de los problemas más interesantes es el del origen de estos primitivos pobladores, tema sobre el cual solamente pueden hacerse suposiciones. Por un lado se argumenta con un posible origen en la costa del Golfo: hay semejanzas entre las cerámicas Xe y las de Chiapa de Corzo, y en Ceibal se encontró un depósito cruciforme de hachas de jade muy similar a los de las ofrendas olmecas.

También existen semejanzas con cerámicas de El Salvador, concretamente de la región de Chalchuapa, donde por estas fechas ya se habían erigido construcciones ceremoniales. Incluso hay lazos con las tierras altas de Guatemala. Los Xe no utilizaban plataformas para sus casas, lo que ha hecho pensar que procedieran de las tierras

altas, donde no eran necesarias, o al menos de una región de menor pluviosidad. Además, los Xe obtenían su obsidiana de las tierras altas.

Sea cual fuere su lugar de origen, lo que parece seguro es que los Xe no formaron parte de un movimiento colonizador dirigido. No poseen vínculos estrechos con los grandes acontecimientos del Formativo temprano mesoamericano, como encontramos, por ejemplo, en los movimientos religiosos olmecas. Las tierras bajas mayas aparecen en el Formativo temprano como una dilatada tierra sin domar que absorbió una gran cantidad de población y los esfuerzos desarrollados por ella antes de que su peculiar cultura empezara a desenvolverse.

Hay que hacer mención aquí de unos nuevos datos obtenidos en Cuello, en Belice, donde se han encontrado estructuras en forma de plataformas con suelos de mortero, aparentes subestructuras de construcciones públicas, cerámica muy sofisticada semejante a otras de Yucatán, cuentas de jade, manos y metates. Se han obtenido también evidencias de maíz, de yuca y posiblemente de mandioca, todo ello fechado por radiocarbono entre el 2000 y 1000 a.C., en lo que se ha denominado la fase Swasey. Las fechas han sido puestas en duda, pero lo que puede afirmarse en este momento es que no parece existir relación entre esta fase y el surgimiento de la cultura compleja en la costa del Golfo.

Entre el 1000 y 550 a.C. las pequeñas comunidades agrícolas proliferaron en las tierras bajas, produciéndose a partir de esa última fecha una verdadera explosión demográfica. Comienza lo que los arqueólogos han denominado el periodo Mamom (550-300 a.C.), caracterizado por la utilización de una peculiar cerámica de color rojo, negro y crema, que presenta una sorprendente uniformidad en toda el área. Restos Mamom aparecen en el norte, en Dzibilchaltún, en la región central, en torno a Becán, y son especialmente numerosos en el sur, en los alrededores de Tikal, en el río de la Pasión y en el Usumacinta.

Un rasgo significativo del periodo es el inicio de las construcciones arquitectónicas con fines ceremoniales y rituales, aunque todavía muy simples y de una gran variabilidad. Por ejemplo, en Dzibilchaltún se levantan estructuras de paredes de tierra encofrada y suelos de estuco, mientras que en Altar de Sacrificios los muros son también encofrados, pero de caliza y los pisos de ceniza. Aquí aparecen construcciones sobre plataformas alrededor de una plaza con un claro sentido ceremonial. En Belice se encuentran ya técnicas constructivas semejantes a las del Clásico, en forma de una plataforma de dos pisos hecha de piedra y cubierta de mortero.

Continúa en este periodo la tradición de las figurillas modeladas a mano, representando la mayoría de ellas a mujeres, lo que indicaría la pervivencia de las ideas de curación y de fertilidad. La aparición de cacharros en forma de hongo podría señalar el inicio del uso de los hongos alucinógenos que todavía se utilizan como ayuda para la comunicación con el mundo sobrenatural, en ritos de curación y toda una serie de ceremonias.

Los rasgos comunes como la explosión de la población, la aparición de estructuras ceremoniales y la uniformidad de la cultura Mamom, podrían utilizarse para hipotetizar sobre las condiciones existentes generales. La vida estaba centrada en pequeños poblados de casa hechas de palos y paja, esparcidos por la selva de las tierras bajas. Ocasionalmente uno de estos poblados tendría una o más estructuras destacadas con unos cuantos rasgos más sofisticados, lo que constituiría aparentemente un centro de culto. La uniformidad que aparece en la cerámica y en otros restos de la cultura material refleja probablemente un proceso de extensión de los asentamientos

impuesto por la agricultura de roza. Mamom debió representar una rápida expansión a través del espacio de una población que estuvo originalmente en estrecho contacto y que no tuvo tiempo de desarrollar distinciones regionales. Precisamente el peculiar sistema del cultivo de la tierra en regiones tropicales produce ese efecto, ya que el cultivo de roza requiere de relativamente grandes cantidades de tierra para relativamente pocas personas, por lo que la población tendría que y pudo extenderse hacia zonas que previamente no estaban habitadas.

El Formativo tardío en las tierras bajas (300 a.C.-150 d.C.) presenta una clara continuidad con Mamom en su cerámica Chicanel con sus característicos monocromos rojo encerado, negro y crema, que muestra otra vez una asombrosa unidad en toda la extensión del área. Aunque el contexto general sigue siendo el de una vida centrada en pequeños poblados, a comienzos de la Era Cristiana se levantaron muchos centros con una arquitectura más elaborada.

En Yaxuná, en el norte de Yucatán, una pirámide de este periodo tiene ya 18 metros de altura y 61 por 128 en su base. Está construida con piedras bien cortadas y mampostería e indudablemente sustentó un templo. En Becan aparecen grandes plataformas de 14 metros y pequeñas edificaciones de mampostería. Destaca en este momento la famosa estructura E VII sub de Uaxactún, perfectamente conservada bajo una estructura posterior, con grandes mascarones de estuco en forma de cabezas de serpiente y de jaguar que reflejan el estilo de Izapa.

Un templo temprano en la Acrópolis Norte de Tikal conserva pinturas que representan una procesión de individuos ataviados con trajes de pieles en un estilo claramente relacionado con Izapa. En Altar de Sacrificios se encontraron tres templos y un posible conjunto residencial alrededor de una plaza.

Las construcciones de esta época, aunque poco conocidas, están reflejando una diferenciación de la sociedad, mucho más apreciable en la funeraria del momento. En Tikal se enterraba a los muertos distinguidos en cámaras de mampostería dentro de plataformas. Uno de los dignatarios sepultados llevaba una magnífica máscara de jade con dientes de concha incrustados, y entre su ajuar, la cerámica distintiva, roja, negra y crema. En Altar de Sacrificios se encontró también la tumba de un personaje importante acompañado de la típica cerámica que solamente se distingue de la común por la perfección de su forma y su terminación. Es evidente que estos enterramientos reflejan un incremento en la estratificación de la sociedad y corresponderían a los dignatarios de las comunidades que es probable fueran a la vez líderes religiosos.

Hay todavía muy pocas indicaciones sobre las creencias y ceremonias en estas fechas. Se han encontrado pequeños quemadores de copal y continúan apareciendo los cacharros en forma de hongo. Es probable que las prácticas religiosas se encontrasen algo más formalizadas.

Es, sin embargo, en este periodo cuando se desarrollan los sistemas de escritura y de matemáticas mayas, apareciendo ya los calendarios formalizados. Aunque el sistema de escritura jeroglífica se encuentra en estrecha relación con el arte, hay muy pocos ejemplos de textos jeroglíficos tempranos o de numerales que hayan llegado hasta nosotros.

Aunque en Tikal y Uaxactún se encuentran estilos relacionados con el mundo olmeca, lo que indicaría algún tipo de contacto, el Formativo tardío maya aparece todavía como una etapa aislada, penetrada sólo ocasionalmente por algunas ideas venidas desde otras regiones. Este periodo Chicanel representa también la colonización

de las restantes tierras disponibles que habían permanecido vacías en la anterior etapa Mamom y durante él se establecieron mucho más poblados y centros que en cualquier otro periodo de la prehistoria maya.

A comienzos de la Era Cristiana los mayas habían alcanzado más o menos el mismo nivel social de desarrollo que los olmecas en el 1300 a.C. Se trata de un nivel de jefaturas bien establecidas que no será sobrepasado en algunas regiones de Mesoamérica y en muchas de todo el continente americano.

El periodo Protoclásico (150-450 d.C.) contemplará, ya sobre las bases puestas en el periodo Formativo y probablemente con la intrusión de culturas más sofisticadas centroamericanas y de las tierras altas, el inicio del esplendor de la civilización maya clásica, pero ése es ya otro tema a considerar.

3.3 *Oaxaca*

El valle central de Oaxaca es una alta área montañosa a 1.550 metros de altitud sobre el nivel del mar y de unos 3.375 kilómetros cuadrados de extensión. Los datos de la región son particularmente interesantes, porque revelan una cierta precocidad cultural. Se ha podido identificar, por ejemplo, y en el 4000 a.C., en el sitio de Gheo-Shih, el más temprano espacio público restringido en forma de un área separada de los lugares de habitación por una doble línea de postes.

Al margen de estos ejemplos tempranos y relativamente aislados, en la fase Tierras Largas, entre el 1400 y 1150 a.C., nos encontramos ya con una vida aldeana sólidamente establecida, diferencias entre comunidades (unas más sofisticadas que otras) y las primeras evidencias de estructuras públicas. Por ejemplo, el poblado epónimo de Tierras Largas era una pequeña aldea de seis o doce casas que ocupaba una extensión de media a una hectárea y estaba habitado por una población de 12 a 48 personas. Por la misma época, San José de Mogote, no lejos del primer lugar, tenía dos o tres veces su tamaño e incluso poseía edificios comunales enlucidos que ocupaban el centro del poblado. En esta época la cerámica es de tradición local, sin influencia de otras áreas y hay figurillas de arcilla bien modeladas con tratamientos del pelo y tocados muy elaborados.

Ambos poblados crecieron, y en la denominada fase San José, entre 1150 y 850 a.C., las diferencias son aún más acusadas. Si Tierras Largas había aumentado el doble su tamaño, San José de Mogote lo había hecho en ocho veces, pasando de unas 30 casas a 240. En este sitio de San José los hombres y las mujeres tenían áreas de trabajo separadas dentro de las habitaciones. Los utensilios de cocina, de carácter femenino, se localizan en la mitad norte de la casa, mientras que los útiles de los hombres, cuchillos de pedernal, leznas y escoplos, usados para los trabajos de pieles y de la madera, se encuentran en la mitad sur. Hay también diferencias de actividades entre las casas. Algunas familias se ocupaban de la manufactura de espejos de magnetita que se exportaban a los centros metropolitanos olmecas y de adornos de concha, mica y de otros materiales exóticos.

El acceso diferencial a los bienes, indicación de rango social, se evidencia por la presencia de jade y adornos de piedra verde (glauconita) en un número limitado de enterramientos.

La cerámica de esta fase presenta por un lado vasos de manufactura local y por otro iconografía semejante a la olmeca, aunque de una forma peculiar: los barrios

este y oeste de San José tienen cerámicas con el motivo de la serpiente de fuego en vasos negros o grises, mientras que en los barrios norte y sur aparecen cerámicas blancas con el tema del hombre-jaguar. También aparecen diferentes tipos de cerámica según los poblados, lo que indica que la amplia expansión de la iconografía semejante a la olmeca no fue el resultado de una imposición directa realizada por gente extraña, sino una parte integral de las sociedades locales y probablemente relacionada con los grupos de descendencia. La presencia de dicha cerámica en contextos formativos tempranos se explicaría por influencia olmeca.

Desde las épocas más tempranas los poblados se sitúan en el fondo del valle de Oaxaca, donde el agua se encuentra a unos tres metros de profundidad, situación similar a la que vemos hoy día entre los agricultores zapotecos. Es incluso probable que el sistema de riego con «ollas», extrayendo el agua de pozos excavados a trechos, proceda de tiempos formativos. Se ha encontrado un pozo de este tipo fechado en 600 a.C. Es una técnica de regadío que no depende de construcciones a gran escala, ni de grandes contigentes de población ni de una elaborada organización social.

Durante el Formativo medio (850 a.C.-500 a.C.) aparecen en el valle indicios de arquitectura pública y otros centros secundarios. En la denominada fase Rosario (700 a.C.-500 a.C.), se edifica en San José Mogote un gran montículo con una pirámide de unos 15 metros de altura al norte del cual se desarrolla una gran área de plaza flanqueada en sus costados por largos montículos. El extremo norte de la plaza se cierra con una plataforma con residencias de élite, disposición general que recuerda los sitios formativos medios de la costa del Golfo. Excavaciones en la cima del montículo revelaron la existencia de algunos trozos de fachada hechos de piedra y una figura tallada de *danzante*.

Entre el 300 y 100 a.C. tuvo lugar una importante expansión de población. En esta época se ocuparon 39 sitios, entre ellos Monte Albán, que más tarde se convertiría en la cabeza política de todo el valle, teniendo muchos arquitectura cívica. El aumento de población se refleja en que incluso se ocuparon las zonas de ladera menos deseables.

Entre el 100 a.C. y el 300 d.C. se conocen 33 sitios de los que siete se pueden clasificar como principales, siendo Monte Albán uno de ellos, aunque sin diferencias significativas con los restantes. El valle estaría así probablemente dividido en siete pequeños estados, en un proceso de fragmentación política, aunque de convergencia cultural.

El terreno y la situación de Monte Albán pudieron contribuir a su posterior desarrollo en el periodo clásico. Topográficamente, Monte Albán domina el valle central. Situado sobre un complejo sistema de unas 2.000 terrazas, tanto de carácter agrícola como habitacionales (algunas de las cuales corresponden a Monte Albán I), se calcula que albergó varios cientos de personas durante el Formativo.

Aunque la mayor parte de las construcciones tempranas han sido cubiertas por las estructuras clásicas, se conserva la plataforma de los Danzantes, en el extremo de la plaza principal. Su rasgo más destacable son las esculturas insertas en los muros, los famosos *danzantes*. Son representaciones de seres humanos realizados por medio de líneas incisas o grabadas sobre lajas, en actitud como de danza. Muchos aparecen muertos, todos están desnudos y la mayoría sexualmente mutilados, por lo que se ha sugerido que representan la tortura y muerte de enemigos. Muchos tiene nombres jeroglíficos, y tanto el sistema de escritura como el estilo escultórico recuerdan los usados por las culturas epi-olmecas de Veracruz, Cerro de Las Mesas, por ejemplo.

Las cerámicas son de gran complejidad y ciertos estilos grises, especialmente característicos, han sido traídos de lugares tan lejanos como Chiapa de Corzo.

Los textos jeroglíficos incluyen tanto fechas de un calendario sagrado de 260 días como de otro solar de 365, otras anotaciones son probablemente nombres personales. Todo ello anticipa ya el esplendor que alcanzará el sitio en fechas inmediatamente posteriores.

3.4. *Las tierras altas del centro de México*

En el valle de México las primeras comunidades de carácter agrícola se asientan en la parte sur, cuyo clima es más favorable para la agricultura por la menor incidencia de las heladas y una mayor pluviosidad. Es probable que el sitio de Cuicuilco, a la orilla del lago y cerca hoy de la actual ciudad universitaria, se remontase al 1600 a.C. Fue una muy sencilla aldea hortícola cuyos habitantes se dedicaban también a la caza y a la pesca. Su cerámica tiene semejanzas con la de la temprana fase Barra del Istmo.

Los primeros materiales que se pueden datar con seguridad son del 1300 a.C. Se relacionan con el mundo olmeca y proceden de Tlatilco, en la parte media del valle y de Tlapacoya, en el sur. Entre el 1250 y 900 a.C. el valle de México y Morelos se caracterizaron por la existencia de dos modelos arqueológicos diferentes, uno de tradición local y el otro relacionado con el mundo olmeca. Los rasgos olmecas, que incluyen estilos de cerámica negra bordeada de blanco, grandes figurillas huecas y motivos iconográficos olmecas, no se restringen a un único sitio, sino que aparecen a través de toda la región, tanto en comunidades grandes como pequeñas, aunque en la parte norte del valle estas influencias olmecas son mucho más débiles y aparecen sólo ocasionalmente en las comunidades más tempranas.

El yacimiento más famoso del Formativo temprano en las tierras altas es naturalmente Tlatilco, cubierto hoy por la gran ciudad y saqueado durante mucho tiempo por los ladrilleros que trabajaban en el lugar y vendían los hallazgos a excursionistas y curiosos. A la luz de la gran cantidad de enterramientos y de cerámica funeraria extraída del sitio, podría afirmarse que el lugar fue el más grande poblado formativo del centro de México, pero parece más probable que lo que ahora se conoce como Tlatilco fueran en realidad dos o tres pequeños poblados.

Los datos extraídos de los enterramientos parecen indicar la existencia de una cierta diferenciación social, con presencia, aunque no muy abundante, de jade y glauconita, e incluso enterramientos de mujeres y niños con gran cantidad de ofrendas, lo que implicaría que el rango era adscrito más que adquirido. Las excavaciones parecen haber cortado montículos de arcilla y los entierros tienden a organizarse en agrupamientos, alrededor y debajo de las plataformas de las casas.

En Morelos los asentamientos formativos tempranos abundan más que en el valle de México y se localizan a lo largo de los húmedos valles ribereños. Destaca el sitio de Chalcatzingo, en el centro de Morelos, que presenta ya dos estructuras tempranas. Una es una plataforma levantada un metro por encima del suelo, con los frentes de piedra. Pudo haber sido una estructura pública o haber servido como subestructura para la residencia de un individuo de alto rango. La segunda tiene un carácter definitivamente público y es un montículo de tierra de más de dos metros de altura con una gruesa capa exterior de arcilla. Se encontró debajo de una plataforma del Formativo medio.

Parece que durante el Formativo temprano el área que comprende el valle de México y Morelos estaba dividida en siete subáreas locales delimitadas por hitos naturales, como filas de colinas. Dentro de cada subárea habría una jerarquía simple compuesta por aldeas, varios poblados pequeños y un pueblo principal, que aparentemente funcionaba como un «centro» para la redistribución e intercambio dentro de la subárea. Chalcatzingo debió ser el centro de la subárea del este de Morelos, ya que no solamente se encontraba cerca de buenas tierras agrícolas y de fuentes de agua, sino que también se encuentra en las proximidades de zonas de mineral de hierro, caolín y calcedonia, así como de las rutas estratégicas de comunicación.

Estas subáreas locales fueron políticamente autónomas, pero parece que existió un cierto nivel de integración en las tierras altas. Los datos arqueológicos muestran conexiones no solamente en los conjuntos de utensilios, sino también en los modelos de explotación de las materias primas. Por ejemplo, dos de las comunidades controlaban de alguna manera las fuentes de obsidiana y las redes de intercambio del área excluían la obsidiana procedente de otros lugares.

Al comenzar el Formativo medio asistimos a un incremento en el número de las comunidades y a una mayor variación en su tamaño. En el valle de México hacia el 600 a.C., el sur del lago estaba ya apretadamente bordeado de asentamientos. Las tradiciones de cerámica local se desarrollan lentamente tras el episodio de influencia olmeca y se manufacturan y comercian en toda la región las vasijas de color rojo ladrillo, negro carbón y marrón chocolate, siendo las formas más comunes los cuencos poco profundos y los grandes jarros para agua.

Continúa la tradición del modelado de figurillas que de hecho es ininterrumpida en el valle de México a lo largo de por lo menos tres mil años. Mostrando una gran variedad de estilos y de tipos que incluso sirvieron en un primer momento para establecer una sólida cronología relativa, las figurillas son uno de los exponentes más claros de las creencias de sus realizadores, aunque no tengamos una idea muy precisa de su significado. La mayoría de ellas son femeninas, de pequeños senos y amplias caderas, y se asocian con ideas y cultos de fertilidad, fertilidad humana, pero sobre todo de la tierra. Otras representan escenas de vida cotidiana de carácter muy variado y se han asociado con cierto culto a los antepasados. En otros casos se ha pensado en ceremonias de curación. Sea cual sea su sentido, se hicieron a millares y en docenas de comunidades y debieron ser un elemento de gran arraigo entre las comunidades campesinas que las continuaron fabricando incluso en épocas posteriores, bajo la órbita cultural de los grandes estados mesoamericanos.

En esta época se edificó en Cuicuilco una pataforma redonda de adobe. El lugar se convierte en el más extenso y probablemente de mayor importancia del valle. En Tlapacoya se levantó una sofisticada plataforma de piedra para funciones rituales, aunque la arquitectura pública y ceremonial tan común en esta época en otras regiones es relativamente rara en las tierras centrales. Chalcatzingo es una clara excepción, ya que su área ceremonial comprende un 20 por 100 del asentamiento, en forma de una gran plaza, plataformas y residencias de élite. Es además el único sitio de las tierras altas centrales con arte monumental de estilo olmeca manifestado en tallas en bajo relieve y en estelas sin antecedentes en la región. Los enterramientos en Chalcatzingo muestran también claramente diferencias de rango. Hay sepulturas guarnecidas y cubiertas de piedra, con elementos de jade y glauconita que indudablemente pertenecían a individuos de élite. Estos entierros además se localizan en el área residencial, separándose claramente del resto de la comunidad.

David Grove sugiere que durante el periodo Medio Chalcatzingo estaba controlado administrativamente por élites de la costa del Golfo o por individuos relacionados mediante alianzas matrimoniales con uno o más centros de la costa del Golfo. Esta relación con las culturas de la costa pudo deberse al deseo de explotación de los recursos naturales de la región e incluso pudo haber comenzado en época temprana.

Hacia el 400 a. C. se levantaba en Cuicuilco la famosa pirámide circular de piedra y en el valle de Teotihuacán se comenzaba por fin a construir arquitectura cívica. Este cambio viene acompañado por un traslado de la mayoría de las comunidades del valle a las partes altas de pequeñas colinas de carácter defensivo, lejos de las tierras agrícolas que fueron sus primeros lugares de emplazamiento. El centro de cada comunidad lo constituye una pequeña pirámide, al menos una de las cuales fue deliberadamente destruida en tiempos antiguos. En estos sitios se han encontrado muchas pequeñas puntas de proyectil. Parece que durante el Formativo tardío el valle de Teotihuacán estuvo dividido entre varias comunidades belicosas que comandaban seis pequeños estados en competencia. Los motivos de tal competencia fueron quizá las presiones de la población y las consecuentes presiones por la posesión de la tierra. Una organización social más eficiente y más competitiva se habría así desarrollado como resultado de una situación escasa en recursos y de población creciente.

Cuicuilco fue destruido hacia el 250 a.C. por una erupción volcánica, eliminándose así a uno de los principales competidores y de más fuerza en la región norte de la cuenca de México. Teotihuacán se convertirá, andando el tiempo, en el primer gran estado mesoamericano cuyo peso específico se hizo sentir en gran parte del área mesoamericana.

3.5. *El occidente mexicano*

El occidente de México, que comprende los estados actuales de Michoacán, Jalisco, Guanajuato, Colima, Nayarit y Aguascalientes, se caracterizó siempre por su gran diversidad ecológica, humana y cultural, pero sobre todo por su falta de unidad que hace que no puedan considerarse allí de modelos culturales característicos. Factores ambientales de importancia son la intensa actividad volcánica y su peculiar hidrografía. Las ricas cuencas intermontanas fueron lugares apropiados para el asentamiento humano, y los ríos proporcionaron un fácil acceso desde la costa al interior.

La que es probablemente una de las más tempranas cerámicas de Mesoamérica se ha encontrado en la costa de Guerrero. Es la denominada cerámica Pox, fechada por radiocarbono en 2440 a.C., similar en muchos aspectos a la de Barra y Ocós. El nombre deriva de una peculiar decoración en forma de picado como marcas de viruela que se encuentra en la parte inferior de los tiestos, mientras que la superficie externa está bien alisada y en ocasiones engobada en rojo. Este engobe rojo es un significativo atributo que se encuentra en el Formativo temprano de Barra y Ocós, pero también en la cerámica formativa de la costa del Ecuador. Las comunidades sedentarias más tempranas se encuentran en el interior y hacia el 1500 a.C.

La mayoría de los restos arqueológicos de las culturas formativas del occidente que se han estudiado proceden de tumbas y enterramientos. Parece como si entre estas culturas se enfatizara la muerte y los rituales funerarios más que en cualquier otra cultura formativa de Mesoamérica. En el 1300 a.C. aparecen ya criptas familiares y continúan haciéndolo hasta el 500 d.C., criptas que incluyen diferentes variedades de

tumbas de cámara. Relacionada con la funeraria se encuentra una riquísima tradición de figurillas de carácter regional.

El nivel sociopolítico principal del occidente parece haber sido el de poblados independientes o relacionados con lazos de parentesco como la mayor fuerza de integración. Esta área estuvo aparentemente aislada y relativamente libre de la interacción con otras culturas del exterior, particularmente con la olmeca. Parece que los olmecas tendieron más bien a tratar con sociedades de parecida sofisticación a la suya, lo que explicaría la carencia de contactos con el occidente. Solamente en Michoacán y Guanajuato hay indicios de contacto con Tlatilco, y en Guerrero aparecen de manera dispersa y aislada objetos de filiación olmeca, e incluso dos cuevas, Oxtotitlán y Juxtlahuaca, con pinturas de estilo olmeca que parece se utilizaron como santuarios locales. Guerrero debió formar parte de una amplia red comercial por la que circularon productos como la obsidiana y el jade, pero de cualquier modo hacia el 1300 a.C. en el Occidente se establece una tradición cultural propia y distintiva que sólo es alterada cuando las altas culturas mesoamericanas penetran en el área hacia el 350 d.C.

Aproximadamente hacia el 1450 a.C. hace su aparición en la costa de Colima un complejo cerámico conocido como Capacha, cuya cerámica procede fundamentalmente de sencillos entierros extendidos. Entre las formas se encuentran botellas con caño-estribo, jarros ceñidos o *bules,* tecomates, jarros de agua y formas compuestas, y entre las técnicas decorativas, hay engobe monocromo, engobe rojo sobre crema, y punciones e incisiones en zonas. Se ha encontrado cerámica de similares características en Jalisco, Michoacán y Nayarit, lo que indica que sus comienzos debieran encontrarse en fecha más temprana. Esta cerámica, sin relaciones conocidas fuera del occidente, podría, sin embargo, tener que ver con cerámicas de la costa del Ecuador. Concretamente la forma peculiar de la botella con caño estribo es una característica de la cultura Machalilla, más temprana en fechas que Capacha.

Las primeras tumbas conocidas son ligeramente más tardías, del 1300 a.C., y son las cámaras funerarias de El Opeño. Se habían excavado nueve tumbas en la ladera de una loma, en dos líneas, orientadas hacia el oeste. Todas las criptas son similares, del tipo de cámara simple a la que se accede por un tramo de escaleras cortadas en el subsuelo de ceniza volcánica vulgarmente conocido como *tepetate.* Cámaras ovoides se encuentran en la base de las escaleras. Las tumbas contienen enterramientos múltiples, de unos diez individuos cada una. Varias de las tumbas muestran evidencias de entradas repetidas y de reutilización.

Toda la cerámica conocida de El Opeño es de carácter funerario. Se relaciona con Capacha y en alguna medida también con Tlatilco. Gran parte del considerable número de figurillas macizas de El Opeño son semejantes también a las del valle de México, pero, por otra parte, otros estilos son de carácter muy regional y se relacionan con Chupícuaro.

En el curso bajo del Río Balsas se ha localizado una fase cultural del Formativo medio, entre el 800 y 500 a.C. Los entierros de esta fase llamada Infiernillo se hacían en las playas y han proporcionado jarros globulares de cerámica decorados con incisión en zonas y, como un motivo característico, triángulos colgantes y triángulos opuestos. En uno de tales enterramientos se encontraron brazaletes de concha decorados con figuras de loros incisas.

A comienzos del Formativo tardío (250 a.C.) se extendió por todo el occidente una forma peculiar de enterramientos. Su área comprende un arco geográfico que

corre desde el sur de Nayarit, atraviesa el sur de Jalisco y se curva al oeste hacia Colima y la costa del Pacífico. Dichas tumbas consisten en profundos pozos o tiros verticales de 3 a 18 metros con cámaras ovoides situadas a distintos niveles junto al pozo o conectadas con él por túneles laterales. Las ofrendas contenidas en ellas son distintivas y muy características. Son comunes grandes figurillas huecas con estilos varios según la zona, pero pudiendo mezclarse algunos en la misma cámara. La cerámica es polícroma y muy elaborada, y hay también espejos de mosaico de pirita con la espalda de pizarra, y trompetas de concha. Este complejo de ofredas se encuentra también en regiones donde no aparecen las tumbas de tiro, por ejemplo en el lago Magdalena en Jalisco y en Cerro Encantado, en el noreste, donde se asocia a enterramientos sencillos con una cámara como los de El Opeño. Lo que es evidente es que entre el 500 a.C. y el 500 d.C. existieron en el occidente amplias semejanzas entre los rituales funerarios.

Aunque la mayoría de los enterramientos se han encontrado saqueados, el material encontrado en ellos, sobre todo en lo que se refiere a las figurillas (junto con el que se encuentra en museos y colecciones) es todavía una buena fuente de información. Por ejemplo, las grandes figuras huecas de Jalisco son un excelente muestrario de la vida social y de otros acontecimientos de sus realizadores. Guerreros armados, hombres y mujeres en traje de diario o desnudos, madres con sus niños, personajes sentados y una serie de escenas que recogen acontecimientos de la vida cotidiana. Quizás se trataba de rodear al difunto de todo lo que era usual para él en su vida terrena.

De carácter mucho más informativo aún son las figurillas de Nayarit, entre las que aparecen casas modeladas mostrando escenas de vida doméstica, jugadores de pelota en las canchas, y escenas cotidianas del pueblo en las cuales nos muestran el regocijo, la tragedia y la muerte: hay procesiones funerarias en las que el difunto es llevado a hombros en una especie de catafalco, ceremonias del palo volador entre un grupo de casas, dignatarios llevados en elaboradas literas, festivales de danza y de bebida, grupos familiares en conversación, mujeres preparando comida, grupos de guerreros defendiendo su poblado... Prácticamente cualquier escena imaginable se hace presente a través de un estilo sencillo, pero cargado de expresividad y gracia.

Las figurillas demuestran la existencia de una cierta estratificación social, con líderes especializados, pero al margen de las complejidades urbanas. Las actividades funerarias se revelan una vez más como de extraordinaria importancia y es probable que la organización social descanse sobre lazos de parentesco. En este sentido las figurillas pueden relacionarse con una suerte de culto a los antepasados.

Hay que mencionar, por último, el grupo cultural de Chupícuaro, originalmente un proyecto de salvamento de 390 enterramientos acompañados de un rico ajuar, así como de 46 entierros de perros. Lo que se ha llamado su fase Ware Marrón, entre el 200 a.C. y el año 0, debe su nombre a un característico estilo marrón, aunque incluye también policromía, con cuencos tetrápodos, pucheros en forma de zapato y de frutas. La fase Ware Negra enfatiza la cerámica engobada en negro y tiene formas más simplificadas. En ambas fases son comunes grandes figurillas huecas pintadas de negro y rojo sobre crema, en íntima relación con la tradición de figurillas de las tumbas de tiro, así como figurillas acostadas en una especie de cama. Chupícuaro tuvo además una clara influencia del Formativo tardío mesoamericano y la presencia de figurillas del valle de México en sus tumbas ha contribuido a clarificar su cronología.

3.6. *Diferencias y correlaciones agrícolas y culturales en Mesoamérica*

Una vez revisadas las manifestaciones formativas que se producen en diferentes regiones mesoamericanas, vamos a intentar una visión general que de alguna manera resuma el proceso general del Formativo, considerando algunos datos como la extensión del cultivo de determinadas variedades de maíz o el acceso diferencial al poder de las distintas regiones.

David Grove ha llamado la atención sobre el hecho de que la mano y el metate, complejo que se asocia por lo común con el cultivo del maíz, están ausentes en las fases Barra y Ocós de la costa del Pacífico y no aparecen hasta la fase Cuadros (1500 a.C.). Sin embargo, la gran cantidad de esquirlas de obsidiana que se encuentran entre las dos primeras ha llevado a la suposición de que la mandioca amarga, que necesita ser rallada y exprimida para eliminar su jugo venenoso, haya sido el principal elemento de subsistencia, acompañado incluso de un tipo de maíz sencillo de grano blando que no requiere de molienda. La aparición de la mano y el metate indicaría así la aparición de una economía basada en una variedad de maíz mejorada, con granos más grandes y duros, que tendría la ventaja no solamente de un notable incremento en la producción, sino de una mejor capacidad de almacenamiento.

En la costa del Golfo de México los útiles asociados a la molienda del maíz se encuentran unos cuatrocientos años antes. Cuando esos mismos elementos aparecen en el Pacífico, lo hacen como parte de un conjunto que incluye también cerámicas de la costa del Golfo, lo que indicaría que el maíz de grano duro se extendió desde la costa del Golfo hasta la del Pacífico. Podría así concluirse que un acceso temprano a maíz almacenable de gran calidad, una intensiva agricultura de roza, asentamientos ribereños y los ricos suelos de los cauces de los ríos proporcionaron a las comunidades de la costa del Golfo una ventaja que eventualmente las llevó a sobrepasar la complejidad de las comunidades del Pacífico.

Dicha ventaja inicial puede haberse debido también, en parte, a las diferencias de las redes de intercambio a larga distancia para las dos regiones. Desde el Formativo temprano la costa del Golfo estaba ya interactuando a través de una red de comercio de obsidiana con áreas del extremo oeste de las tierras altas centrales, concretamente en relación con el valle de Tehuacán. Más tarde las redes e interacción incluyen ya las dos fuentes de obsidiana controladas por el Valle de México y por comunidades del Formativo temprano de Morelos.

Sin embargo, los intercambios de obsidiana del Pacífico, que datan de Barra y Ocós, se producen con las tierras altas de Guatemala, donde no se han encontrado los utensilios de molienda del maíz en contextos formativos tempranos.

En Oaxaca, las manos y metates parecen sugerirse entre el 5000 y 4000 a.C., pero la presencia del maíz de grano duro se confirma en Tierras Largas y en San José Mogote, donde además hay evidencias de técnicas agrícolas altamente productivas. Los yacimientos de la región, como vimos, se localizan en áreas de vaguadas, donde se practica el típico riego con ollas.

En San José Mogote hay evidencias de interacción de intercambios productivos, tanto con la costa del Golfo como con las tierras altas centrales. El poder debió nacer a través del monopolio de la explotación de las materias primas locales y manufacturadas. Su desarrollo parece similar al de Chalcatzingo en las tierras altas, sino que

debió desempeñar también un papel importante en la explotación de materias primas, en origen para la distribución local y regional. Más tarde los sistemas de intercambio aumentarían para abarcar redes comerciales a larga distancia, que probablemente incluyeron no sólo materias primas locales, sino también una gran variedad de productos no locales.

El desarrollo de la cultura compleja en las tierras altas es más difícil de documentar en los términos considerados de las ventajas obtenidas por la productividad agrícola y la interacción de las redes comerciales.

La presencia de manos y metates en conjuntos formativos tempranos de las tierras altas implica la existencia de las variedades de maíz mejoradas. Los asentamientos buscaban localidades adyacentes a buenas reservas de agua y tierras agrícolas, y los intercambios a larga distancia pueden haber sido importantes para el desarrollo de las tierras altas, pero sólo se conocen los productos y las ideas exportadas y no las recibidas. La ausencia de arquitectura pública en sitios formativos tempranos y medios de las tierras altas de México Central, sugiere que la tecnología agrícola era prácticamente de subsistencia y menos productiva que la de otras regiones, no pareciendo haber sido capaz de soportar centros en las mismas cantidades y de los mismos tamaños que en otras regiones.

Durante los periodos Medio y Formativo se desemboca, sin embargo, en la estratificación social y el estado. Investigadores de la talla de Ángel Palerm, Eric Wolf o Kent Flannery han considerado que las regiones que presentan una gran variabilidad ecológica, como las tierras del valle de Oaxaca o de México central, son las que han producido los focos de las civilizaciones y de los estados. Las civilizaciones surgirían así en regiones donde las técnicas de agricultura primitiva fueran más fáciles, tales como el cultivo de roza en las tierras altas, y posteriormente se desarrollarían nuevas técnicas de cultivo al extenderse la población hacia zonas más difíciles. Sin embargo, las viejas técnicas no se abandonan nunca y se conservan para utilizarlas en el caso de cultivos especiales. Los centros principales fueron los que tuvieron la capacidad de acumular una serie de técnicas diversas. La capacidad del desarrollo de nuevas técnicas de cultivo hace posible mantener grandes masas de población, y es lo que hizo posible en Oaxaca colonizar primero las laderas montañosas y las tierras áridas después.

Son precisamente las circunstancias de una población masiva y de poder económico las que dieron a ciertas áreas de Mesoamérica, como Oaxaca o el Valle de México, una ventaja decisiva sobre zonas más uniformes como la región olmeca de la costa del Golfo; aunque ésta hubiera sido la primera región en sobrepasar los simples niveles de las comunidades agrícolas igualitarias.

4. Chavín en el contexto formativo peruano

Hasta hace relativamente pocos años, el panorama cultural del periodo Formativo en la región de los Andes centrales se contemplaba en términos de la existencia de un horizonte cerámico panperuano, como resultado de un proceso de invención independiente o de difusión de otras áreas del norte de los Andes. Este horizonte cerámico correspondería a una cultura básica, Chavín, cuyo centro se encontraría en la sierra norte del país. Los estilos anteriores a la aparición de Chavín gozaban de la consideración de prechavinoides, y los posteriores, o chavinoides, eran un derivado del estilo y la cultura principal.

Este cuadro aparece hoy día algo más desdibujado. El estilo conocido con el nombre de Chavín es evidentemente una manifestación muy avanzada del Formativo, con una compleja iconografía de carácter religioso y una serie de técnicas aparentemente emparentadas con las que aparecen contemporáneamente en Mesoamérica. Sin embargo, las manifestaciones culturales conocidas anteriormente como chavinoides han comenzado a ser tratadas y consideradas como hechos independientes, por lo que tenemos una serie de grupos formativos no-Chavín o pre-Chavín, heterogéneos estilística y tecnológicamente correspondientes a culturas diferentes y distintas de lo Chavín.

Sigue siendo, sin embargo, tan fuerte el impacto de Chavín en una relativamente amplia zona del área peruana y es tan llamativo y controvertido su estilo artístico y lo que representa, que parece conveniente dedicar un epígrafe a esta manifestación cultural/religiosa y a su zona de influencia, para considerar el resto del panorama formativo peruano en otro apartado.

4.1. *El estilo Chavín*

Se conoce comúnmente bajo el nombre de Chavín a una de las manifestaciones artísticas más espectaculares del mundo andino, tras cuya aparente complejidad y esoterismo se esconde, tal vez, uno de los estilos más rígidos y conceptualizados de todo el arte indígena americano, debido probablemente a su contexto cultural y a su significado, oscuro en gran parte para nosotros.

Chavín es, en principio, un estilo artístico que se expresa fundamentalmente sobre piedra grabada, en forma de cornisas, dinteles, losas u obeliscos, sobre los que aparecen una serie de personajes de apariencia más o menos antropomorfa y siempre en relación con un felino (el jaguar), un ave (águila o halcón) y una serpiente, y empleando siempre una especie de lenguaje metafórico, muy difícil de interpretar, pero muy fácil de reconocer.

El nombre de Chavín identifica también a una etapa de la historia andina, caracterizada por la aparición de una serie de centros ceremoniales, aldeas, estancias, agricultura del maíz, cerámica elaborada y característica, orfebrería del oro y manufactura de finas telas de algodón, ligados por el denominador común de una religión cuya base es la figura del felino y que surge en los Andes centrales en el último milenio antes de la Era Cristiana.

El lugar que da nombre al estilo, Chavín de Huantar, se encuentra situado a 3.135 metros sobre el nivel del mar, cerca del pueblo actual del mismo nombre, a la entrada del Callejón de Conchucos, en los flancos orientales de la Cordillera Blanca andina. Se encuentra ubicado entre dos ríos cuyos desbordamientos, junto con el hecho de haber servido de cantera desde época prehispánica, han contribuido a la destrucción del yacimiento. Además del sitio principal se encuentran alrededor una serie de lugares en íntimo contacto con el mismo.

El estilo Chavín, que fue definido sobre la base de la escultura monumental en piedra, que fue lo primero que atrajo la atención de los investigadores, floreció entre el 1200 y 300 a.C.

Chavín de Huantar se ha definido como un importante centro ceremonial que probablemente estuvo en funcionamiento durante muchos siglos, debido sobre todo al carácter de sus construcciones que, pese a su precario estado, conservan todavía

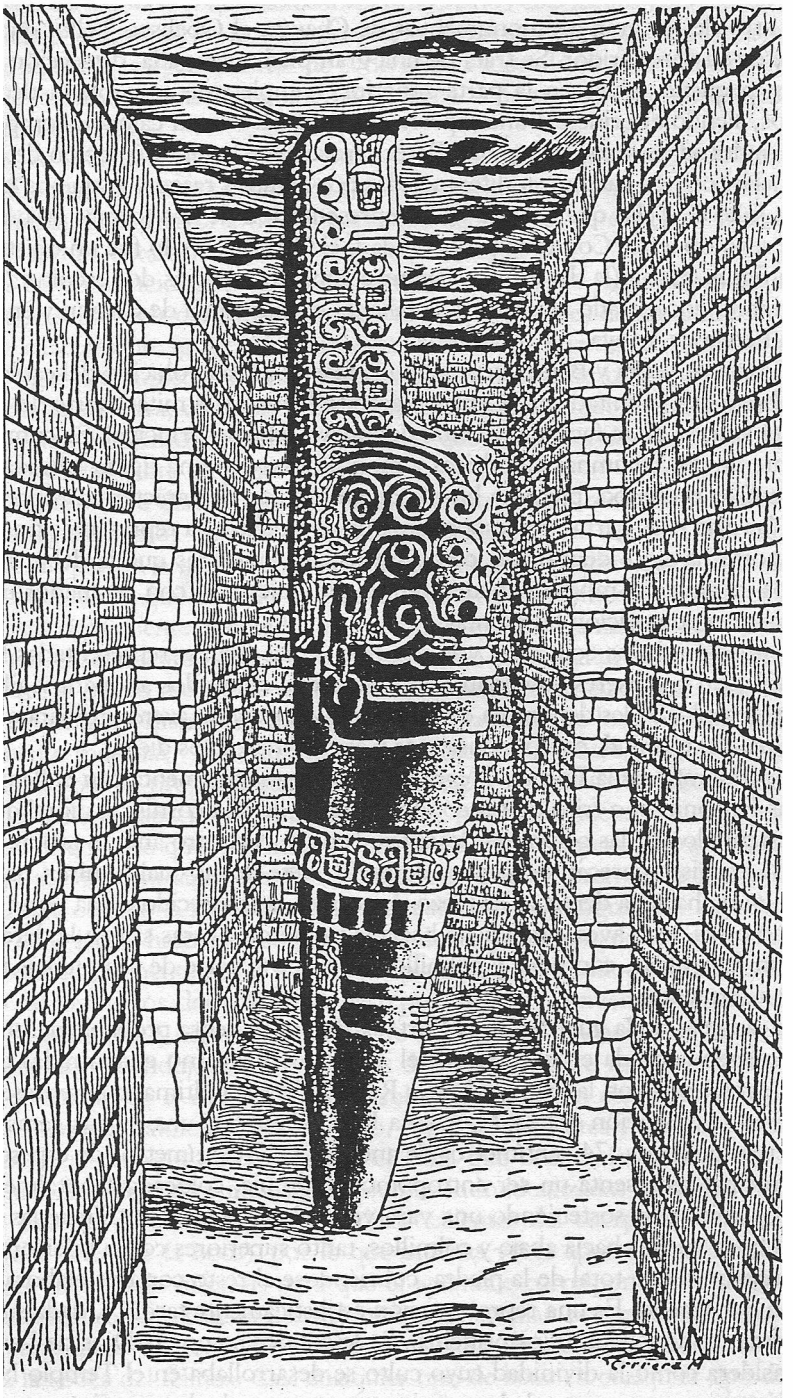
algunas de sus características, lo que permite abundar en su descripción y análisis. En Chavín se han ido superponiendo las construcciones a lo largo de muchos siglos, siendo el denominado El Castillo, el conjunto dominante y básico. Dentro del mismo, la estructura aparentemente más antigua es el llamado Templo Viejo, en forma de U, compuesto por un edificio principal y dos alas que cierran por tres lados un patio rectangular abierto al este. Desde el exterior, el aspecto es de plataformas sólidas, construidas a base de grandes lajas, alternadas en su altura, que parecen haber sido utilizadas como soporte de santuarios. También en el exterior aparecen hileras de cabezas antropo y zoomorfas, empotradas en el muro mediante una espiga de sección rectangular, de las que pocas se encuentran en su lugar.

El edificio, sin embargo, no es macizo. En el interior se encuentran galerías y pequeñas habitaciones a diferentes alturas que se entrecruzan en una disposición general de E, conectadas entre sí por una serie de conductos. En las paredes aún se aprecian restos de pintura y enlucido, mientras que el techo, formado por dos losas salientes y una tercera apoyada sobre ambas, permanece casi siempre en estado natural con alguna excepción de trazas de labrado en bajo relieve. Esta estructura básica fue sufriendo ampliaciones a lo largo del tiempo. En el lado sur se hicieron dos adiciones, resultando una estructura rectangular sólida, de 70,80 por 72,60 metros que se convirtió entonces en el edificio principal del Nuevo Templo. Se trazó luego una gran plaza delante de este edificio con construcciones secundarias en el norte y en el sur, formando de nuevo otro conjunto en forma de E y abierto al este. Es probable que la expansión del edificio tuviese relación con un aumento de la importancia de una deidad que debió ser adorada originalmente en la antigua ala sur, mientras disminuía el prestigio de la representación adorada en el viejo templo.

En el eje central del Templo Viejo, en el cruce de dos galerías, clavado por uno de sus extremos en el suelo y por el otro incrustado en una galería superior, se encuentra una de las esculturas más conocidas de Chavín, la Gran Imagen o el Lanzón, como también se la conoce, dada su forma. Su situación, añadida a lo restringido de la iluminación, a sus dimensiones y a su forma, le proporcionan un aspecto terrible, en consonancia con el de las cabezas clava. Hecha de granito blanco y de 4,53 metros de altura, presenta una serie de motivos labrados en bajorrelieve en torno a la forma básica principal que representan un ser antropomorfo, de pie, con el brazo izquierdo pegado al costado y el derecho alzado. La criatura lleva orejeras, collar y túnica, y una especie de cinto formado por una hilera de caras. El cabello y los párpados tienen forma de serpientes y destaca una gran boca con las comisuras vueltas hacia arriba y colmillos que emergen de la mandíbula superior.

Otra representación de la misma figura, pero más tardía, fue encontrada en un rincón del patio frontero al nuevo edificio, labrada sobre una losa. Es la misma imagen iconográfica, con una gran concha cónica en la mano derecha y lo que parece una concha *Spondylus* en la izquierda. Este tipo de conchas servirán como ofrendas en el antiguo Perú, y probablemente esta representación muestre las ofrendas que se exigían a sus devotos.

Dadas las características de esta representación, es identificada por John H. Rowe como una divinidad a la que denomina el «dios sonriente» y la duplicidad de imágenes vendría dada por la intención de ofrecer una de ellas a la adoración generalizada, ya que la mayoría de los devotos no tendrían acceso al interior del templo. Dentro de la evolución estilística del arte Chavín, la Gran Imagen sería el exponente de la fase más temprana o AB, y también la más sencilla.



El «lanzón» en un cruce de galerías en el interior de El Castillo.

Una fase más en la evolución del estilo, la conocida con la letra C, es representada por otro de los grandes monumentos de Chavín, el Obelisco Tello, que lleva el nombre de su descubridor. Se trata de una gran piedra alargada, de sección retangular y un pequeño rebaje en la parte superior, completamente cubierta de motivos grabados, siendo el principal una especie de reptil, tal vez un caimán, complementado con multitud de otros elementos. Parece tratarse de la representación de dos figuras gemelas, una en cada cara, diferenciadas por algunos rasgos, lo que ha hecho suponer a Julio C. Tello que se trata de la representación de dos formas de una divinidad, de sexo opuesto. Con toda probabilidad, el Obelisco Tello fue un objeto de culto, y su figura básica (la del caimán) aparece también en otras dos esculturas, un friso de granito encontrado al pie de la escalinata monumental de Chavín y en la denominada Estela de Yauya.

La Portada Negra y Blanca representa la fase D en la evolución del estilo, y debe su nombre a que su mitad sur se hizo de granito blanco y la mitad norte de caliza negra. Está situada en la fachada oriental del nuevo edificio principal. Se compone básicamente de dos columnas cilíndricas y monolíticas, con una figura labrada en cada una. Aunque el cuerpo, pierna y brazos de ambas son de carácter antropomorfo, la cabeza, las alas y las garras corresponden a un ave rapaz. La representación de la columna norte ha sido identificada como un halcón, mientras que la del sur muestra atributos de águila. Ambas se encuentran de pie, sujetando con las manos una especie de macana en posición horizontal.

La situación de las columnas y la posición de las figuras representadas hace que se identifiquen con «seres sobrenaturales menores», colocados allí para vigilar la entrada del templo. Se les denomina comúnmente *ángeles de la guarda,* tomando el sentido original del término, como mensajeros y servidores de los dioses.

La iconografía de la Portada Negra y Blanca se complementa con el llamado Friso de las Falcónidas, o friso de los cóndores, resto de una cornisa o dintel que debió estar sustentado por las columnas descritas y que se encontró ante la propia portada. En dicha cornisa aparecen ocho aves de perfil, siete de las cuales miran hacia la izquierda y una hacia la derecha. El trozo de cornisa desaparecido debía tener labradas asimismo otras ocho aves, una vuelta hacia la izquierda y otras siete a la derecha. Representan falcónidas, con boca y colmillos de felino y parte de sus plumas transformadas en serpientes.

Los «ángeles de la guarda» de la Portada Blanca y Negra probablemente escoltaban la imagen adorada en el interior del Templo Nuevo (no encontrada) que John H. Rowe relaciona con la llamada Estela Raimondi. Esta última, que representaría la fase EF en la evolución del estilo, es una losa tallada por una de sus caras, de 198 centímetros de altura, 74 centímetros de anchura y 17 centímetros de espesor. Su figura principal representa un ser antropomorfo, de pie, colocado frontalmente, con los brazos abiertos y sosteniendo una vara vertical en cada mano. Tiene las comisuras de la boca vueltas hacia abajo y colmillos, tanto superiores como inferiores. La figura ocupa un tercio total de la piedra, cubriéndose el resto con una elaborada complicación del cabello. Es una representación estilísticamente tardía y, dada su coplejidad, parece tratarse de un dios principal. Se le conoce como el «Dios de Las Varas» y se considera como la divinidad cuyo culto se desarrollaba en el Templo Nuevo, y que se hizo, en un momento dado, más importante que el «dios sonriente».

Otra representación de la misma figura se ha encontrado en una placa de oro que se encuentra actualmente en Lima, y aparece flanqueada por figuras abreviadas

de «ángeles» servidores, combinando rasgos humanos con rasgos de aves, en la misma asociación que se da en la Portada Negra y Blanca. En este caso la Estela Raimondi debió ser la imagen exterior de la divinidad adorada en el interior del Templo Nuevo, de la misma manera que la Gran Imagen tiene su correspondiente en forma de losa en el exterior.

El estilo Chavín destaca sobre todo, además de su expresión fundamental a base de diseños lineales desarrollados sobre superficies planas, por su enorme convencionalidad; en la mayoría de los casos los detalles no se expresen literalmente, sino de un modo metafórico.

Entre las convenciones básicas, encontramos en primer lugar el uso de la simetría, o mejor sería decir del equilibrio, ya que las dos mitades de un dibujo no suelen ser nunca exactamente iguales. Es constante también la repetición, tanto de detalles como de figuras completas, lo que produce cierto ritmo. Es obvia la utilización de un módulo de anchura, componiendo un diseño sonre la base de una serie de bandas, de ancho aproximadamente igual, bandas que tienden a ser contiguas y paralelas, como trazadas sobre un papel rayado.

Este concepto de diseño modular se ha perfeccionado recientemente con el de «plantillas de elementos de diseño modular». Se emplea el término plantilla en el sentido de un patrón o molde utilizado como guía para realizar una forma determinada. Si observamos que el estilo de Chavín está muy rígidamente conceptualizado y también está rígidamente ejecutado, y si notamos que los elementos del diseño son a menudo tan exactamente iguales que parece como si hubieran sido copiados, si no uno de otro, sí por lo menos de un modelo independiente, parece más que probable que el artista chavín dispusiera de una serie de plantillas de los diversos diseños de cada elemento modular y los utilizara, acoplándolos unos a otros, según las necesidades del dibujo que se proponía realizar, siendo capaz de repetirlos hasta el infinito, o de rellenar todo el espacio disponible. Se trata, por consiguiente, de una verdadera reproducción en serie que minimiza el inevitable error humano. Esta mecanización del dibujo se va acentuando en fechas cada vez más tardías, desde la época de la Gran Imagen, cuando la idea sólo se aplicaba al cinto de la figura o a los relieves del «mango» de la lanza, hasta el caso del «dintel de los Jaguares», donde su realizador se ha guiado exclusivamente por el sistema de plantillas, utilizando hasta once de ellas.

Otro de los rasgos destacables de la representación convencionalizada es la reducción de la figuras a una combinación de líneas rectas, curvas sencillas y volutas, lo que, a la larga, condujo a representarlas de manera más o menos geométrica. Es también constante en el estilo Chavín la substitución de un elemento real por otro escogido convencionalmente. Por ejemplo, el pelo, los bigotes y a veces las orejas de los felinos, o el plumón de la cabeza y el alula que bordea las alas de las aves se transforman en culebras, e incluso las plumas individualizadas terminan también a veces en cabezas de culebra. Los apéndices salientes del cuerpo se comparan con lenguas (que salen de la boca), por lo que muchas veces aparecen caras adicionales carentes de mandíbula inferior, para que el apéndice correspondiente salga de ella. Las principales líneas estructurales del cuerpo se señalan por medio de una especie de boca continuada con colmillos incluidos, pero la expresión figurada más común es tal vez la «boca del felino». Casi cualquier tipo de boca en cualquier tipo de representación se convierte en una boca de felino gruñente, con los dientes visibles y con colmillos largos y puntiagudos que sobrepasan los labios. Cuando se representan aves de perfil, llevan además el pico y la cara añadidas como una máscara a la del fe-

lino. Se ha explicado incluso la utilización de la boca del felino como elemento para distinguir los seres divinos y mitológicos de los seres ordinarios del mundo natural.

Indudablemente, no es posible, desde una perspectiva occidental, identificar todas las probables convenciones utilizadas por los artistas chavín, que sólo eran comprendidas por los que poseían la clave de tal reconocimiento. Lo que parece seguro es que la utilización de este tipo de convenciones se fue acentuando y complicando cada vez más a medida que iba transcurriendo el tiempo.

Al margen de las plantillas mencionadas, parece que los artistas chavín utilizaban algún tipo de procedimiento mecánico para conseguir la exactitud y limpieza de sus diseños. Los dibujos se trazaban primero con carbón vegetal y se cincelaban después. Es posible que primero se «calcasen», utilizando una tela o pieza de cuero desde la que se traspasaba el diseño a la piedra.

En principio, parece que nos encontramos ante un arte de carácter religioso, en el que se representan seres míticos. La aparición de elementos no naturales o la substitución de unos elementos naturales por otros convencionales, en representaciones frecuentemente de carácter zoomorfo, abunda en esta idea. La mayoría de las composiciones muestran una sola figura, o por lo menos una de carácter principal. Cuando aparecen figuras subsidiarias, más que contribuir al significado de la primera, inciden en el equilibrio general de la composición.

Las representaciones de formas naturales de animales son escasas. No aparecen nunca imágenes de animales comestibles. Las águilas y los jaguares que predominan en las cornisas pueden representar, probablemente seres sobrenaturales al servicio de los dioses, pero no parecen tener atributos de deidades. Otros animales que aparecen con menor frecuencia podrían ser figuras tomadas de una mitología que desconocemos. La mayor parte de las representaciones provistas de bocas felínicas y de elementos convencionalizados se relacionan probablemente con seres sobrenaturales, y las grandes y complejas imágenes de base antropomorfa y multitud de convenciones serían dioses concretos.

Parece razonable suponer, por consiguiente, que Chavín es un arte fundamentalmente de tipo religioso, muy intelectualizado y enormemente convencionalizado, pero intentar responder al interrogante de cuál sea su significado y qué es lo que hay detrás de esas imágenes implicaría adentrarnos en el tema de la naturaleza del fenómeno Chavín y de su origen, sobre el que volveremos luego.

Además del propio sitio de Chavín de Huantar, se han encontrado otras construcciones del estilo en otras regiones del área. En la sierrra, el más característico es el de La Copa, o Kuntur Wasi, en la zona de Cajamarca, donde se ha hallado un templo de posible forma piramidal, con esculturas de estilo chavín. Hay, sin embargo, representaciones escultóricas tridimensionales de seres humanos felinizados, lo que se aparta del estilo original.

En la costa, los centros ceremoniales más importantes se localizan en los valles de Nepeña y Casma. El templo de Cerro Blanco, en Nepeña, es un montículo de unos 15 metros de altura, macizo y realizado a base de adobes cónicos y piedras, sobre el que se levantan compartimentos con los muros decorados en el estilo característico, modelados en barro y pintados.

En el valle de Casma se ubican varios centros ceremoniales, entre los que destaca el de Moxeque o Moqeke. Se trata de una pirámide maciza, de unos treinta metros de altura, hecha de piedra y adobes cónicos y recubierta de barro. Empotrados en el muro se localizaron una serie de nichos de grandes dimensiones, alcanzando los cua-

tro metros de ancho, los dos metros de profundidad, y sin haberse podido precisar la altura. En su interior se encuentran esculturas de barro de carácter antropomorfo, incompletas, pero con restos de policromía, rojo, azul, blanco, negro y verde.

El sitio de Pallka, en el mismo valle, es el que ha producido los mejores ejemplares de la cerámica típica del periodo.

La aparición de los elementos de carácter religioso que hemos considerado no se limita a las construcciones arquitectónicas y a la escultura que las acompaña, pues se presenta en todo tipo de manifestaciones artísticas y especialmente en la cerámica. Se trata de un estilo fundamentalmente monocromo que utiliza excepcionalmente algún color como el rojo o el negro de grafito para cubrir zonas de decoración. Ésta se consigue generalmente por la alteración de la superficie a base de relieves, incisiones, burilado o tratamiento escultórico de los volúmenes.

La cerámica de Chavín se ha encontrado fundamentalmente en el interior de las galerías de El Castillo y se ha clasificado en dos fases: Rocas y Ofrendas. La cerámica Rocas, de aspecto más tosco, comprende a su vez tres grupos: grandes y gruesos cuencos de color rojo decorados con anchas incisiones; cuencos de lados rectos y bordes biselados, y ollas sin bordes, en cerámica negra, muy fina y pulida, decorada con motivos sellados de figuras estilizadas de felinos, círculos y puntos; botellas con caño-estribo, pequeño y ancho, con el pico terminado en un grueso reborde, de color gris o negro, pulidas, decoradas con estampados de doble círculo y sobre todo con decoración en relieve representando felinos u otros animales.

La cerámica Ofrendas, de aspecto más fino y delicado, tiene un mayor número de tipos y mayor variedad en cada uno de ellos. Una de las más características es la llamada Wacheqsa, o cerámica roja con pintura negra de grafito que cubre zonas delimitadas por finas líneas incisas. Otros tipos como el gris pulido y el negro fino usan el relieve para la decoración, predominando los motivos de las piedras labradas, donde destacan las aves y los felinos.

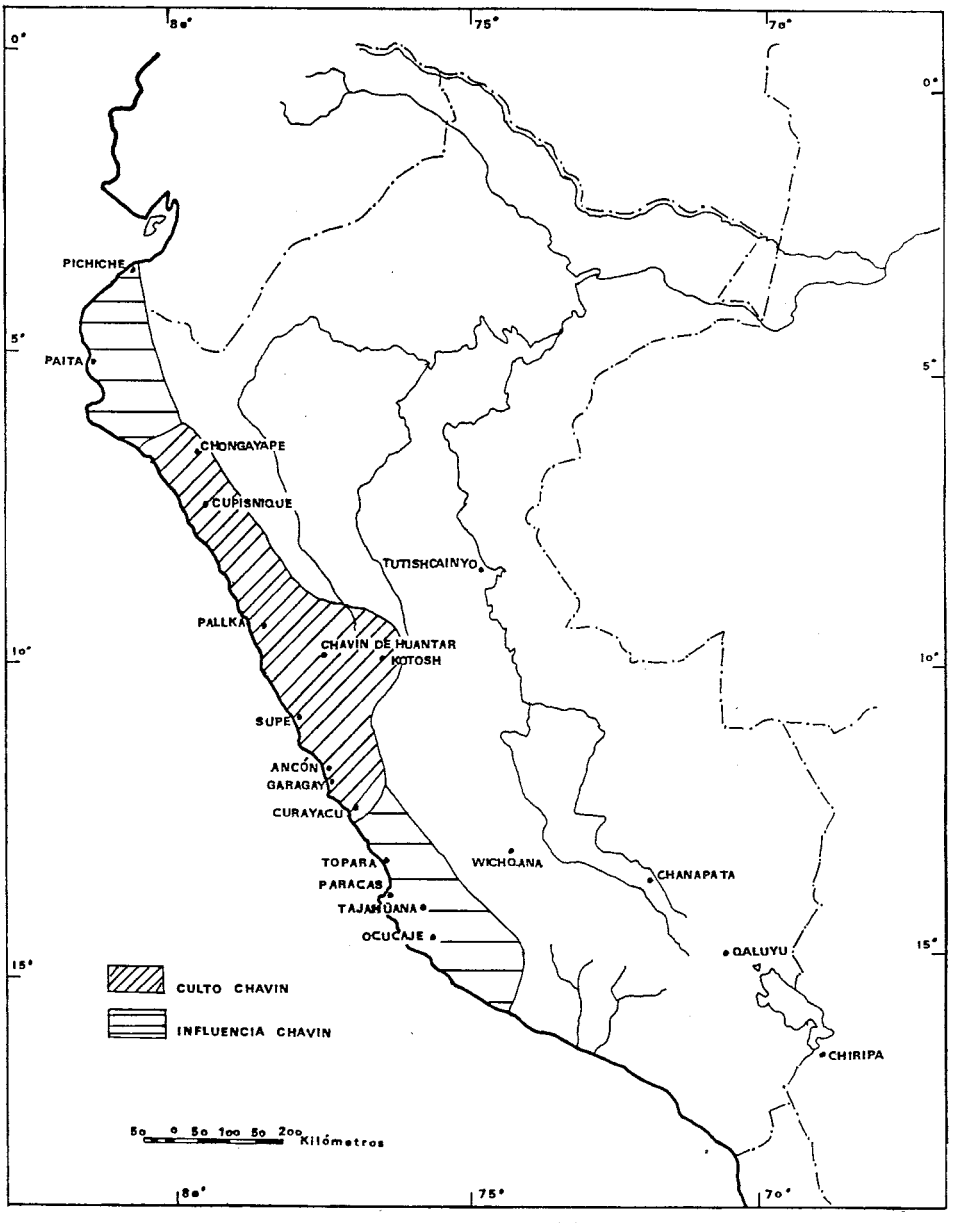
Fuera de Chavín la cerámica mejor conocida es la Cupisnique, cuyo centro de distribución es el valle de Chicama, en la costa. Se conoce incluso con el nombre de Chavín costeño. La forma más corriente es la de una botella globular con base plana y caño estribo con el tubo superior recto. El cuerpo se reemplaza muchas veces por figuras modeladas.

La cerámica será precisamente uno de los mejores indicadores para detectar la influencia de Chavín en otras regiones del área peruana.

4.2. *Origen y naturaleza de Chavín*

Durante la época de surgimiento y expansión del fenómeno Chavín, nos encontramos en Perú con un asentamiento definitivo de los sistemas agrícolas, habiéndose convertido el maíz en la base económica de la subsistencia, aunque en la costa no se había abandonado la captura de peces o la recolección de moluscos, ni en la sierra las prácticas de caza. Se han introducido nuevos cultígenos, con lo que el panorama agrícola se amplia considerablemente, y aunque no se conocen los sistemas de cultivo, no se descarta la posibilidad de que ya se hubieran iniciado algunos métodos de irrigación, tanto en la sierra como en la costa.

La población ha crecido considerablemente, hasta el punto de que casi todos los valles intermontanos y costeños se encuentran poblados y se supone la existencia de


80°
75°
70°
0°
5°
10°
15°
PICHICHE
PAITA
CHONGAYAPE
CUPISNIQUE
TUTISHCAINYO
PALLKA
CHAVIN DE HUANTAR
KOTOSH
SUPE
ANCÓN
GARAGAY
CURAYACU
TOPARA
PARACAS
TAJAHUANA
OCUCAJE
WICHQANA
CHANAPATA
QALUYU
CHIRIPA
CULTO CHAVIN
INFLUENCIA CHAVIN
50 0 50 100 50 200 Kilómetros

un cierto contingente de población dedicado a tareas no productivas, tales como la religión y el arte. Los poblados se sitúan cerca de los lugares de cultivo, en las faldas de los cerros que bordean los valles, en forma de agrupaciones de veinte o treinta casas esparcidas irregularmente, hechas de materiales perecederos, pero también de piedras unidas con barro o adobe, formando cuartos rectangulares o semicirculares.

Característica distintiva es la existencia de grandes centros, seguramente con una función religiosa que aglutinan a y son mantenidos por un grupo de poblados. El más conocido de estos centros fue el de Chavín Huantar, ya mencionado.

En cuanto a la cuestión del origen de Chavín y más concretamente la de su peculiar iconografía, se ha sugerido una relación con el área mesoamericana y particularmente con el mundo olmeca, con el que comparte el énfasis en la representación de ciertos temas, como el del felino, el ave rapaz y la serpiente.

Sin embargo, para intentar encontrar una respuesta a la pregunta del origen de Chavín, es necesario considerar los antecedentes de su estilo, que se manifiestan sobre todo en la cerámica, así como también en la incidencia del tema felino como central de su iconografía. Los sitios en los cuales se han encontrado materiales pre-Chavín se concentran sobre todo en la cuenca del río Huallanga, en el lado oriental de las altas tierras centrales peruanas, pero también en Cajamarca y en el valle de Chicama, en la costa norte, que pertenecen a la esfera de influencia cultural Chavín.

Destaca en este sentido el sitio de Kotosh, cerca de la cabecera del río Huallaga, donde se han establecido cuatro fases anteriores a Chavín, dos de las cuales, precerámicas, fueron ya mencionadas en el capítulo anterior. La cerámica más antigua es la denominada Wairajirca, fechada en 1800 a.C., una de las más, y quizá la más, antiguas del área. Predominan las formas de cuencos y de vasos, pero también aparece por primera vez la forma del asa-puente que se hará luego popular en Perú. Hay además trípodes y tetrápodes. La decoración se consigue por medio de finas incisiones y de pintura postcocción en blanco, rojo y amarillo. Es también característica buscar zonas contrastadas, rellenando espacios con líneas muy finas delimitadas por incisiones, o excavando áreas, para obtener diferencias de nivel.

La arquitectura de esta fase continúa la tradición Kotosh anterior, con plataformas, muros de piedras naturales o ligeramante canteadas y enlucido.

El subsiguiente periodo Kotosh presenta una cerámica más elaborada, reconocible sobre todo por diseños hechos a base de incisiones y de puntos grandes que se rellenan con pintura postcocción roja, blanca o amarilla. Muchas formas se decoran además con grafito en contraste con superficies rojas y aparecen también diseños figurativos, sobre todo representaciones de carácter antropomorfo.

Dentro de la fase puede constatarse la presencia de dos grandes corrientes de estilos cerámicos, el más tardío de los cuales tiene parecido con Chavín, tanto en sus formas como en su decoración.

La cerámica Wairajirca es ya de un tipo sumamente elaborado como para suponer que se trate del inicio de una tradición, por lo que deben suponerse experiencias anteriores, ya en la misma región o en otras. Su apariencia es fuertemente «selvática». En la región del Ucayali, en la vertiente amazónica, Donald Lathrap ha encontrado una cerámica temprana que presenta fuertes semejanzas con los grupos formativos ecuatorianos. La fase más antigua, Tutishcainyo temprano, podría alcanzar hasta los tres mil años de antigüedad, y existen además ejemplares de comercio Tutishcainyo en los yacimientos del periodo Kotosh. El mismo Donald Lathrap descubrió en la región selvática de Tingo María, al oeste de Tutishcainyo, el lugar deno-

minado Cueva de las Lechuzas, con una cerámica que presenta fuertes semejanzas con Wairajirca. Las semejanzas más notables se centran en las formas comunes, en el tipo de incisiones empleado para su decoración y en la pintura postcocción de varios colores con motivos geométricos.

Se ha argumentado entonces, por otro lado, y el primero en hacerlo fue Julio C. Tello, el descubridor de Chavín, que el origen de esta «cultura» habría que encontrarlo en el oriente de los Andes, en la selva, donde a orillas del río Marañón habría alcanzado su pleno desarrollo. A partir de ahí se habría expandido por el área peruana. Se aducen además pruebas de carácter iconográfico, en el sentido de que los animales favoritos escogidos para sus representaciones no tienen precisamente su hábitat en la sierra andina. En efecto, el jaguar, el águila, que se identifica como una *harpya,* y algunas especies de serpientes son de claro ambiente tropical.

Pero también aparecen semejanzas considerables entre Chavín y Chorrera en el Ecuador. El ámbito de expansión Chorrera no se limita, como vimos, a la costa ecuatoriana. Es probable que, en última instancia, el Formativo ecuatoriano vuelva a tener algo que decir en la difusión de estilos y de ideas, lo que no contradiría tampoco la hipótesis selvática de Chavín. Recordemos la interacción continuada que se encuentra en el formativo ecuatoriano entre la costa y la sierra, y entre ésta y la montaña o selva, y es muy probable que haya que indagar en ese sentido para encontrar explicaciones al origen de ciertos temas iconográficos. Otra vez la misteriosa vertiente oriental de los Andes aparece como probable protagonista en el escenario de los movimientos culturales sudamericanos. Esperemos que investigaciones futuras puedan aportar respuestas.

En cuanto a lo que significa Chavín dentro del contexto cultural general peruano, parece cada vez más atractiva la idea de que como estilo no corresponde a una cultura concreta, ni tampoco a un «imperio» que se extendió por el área apoyado por la fuerza de las armas, sino que es la expresión de un culto concreto, de una religión, que se difundió por una gran parte de la costa y la sierra peruana en el periodo Formativo, incluso antes de que se construyera el gran centro ceremonial de Chavín de Huantar. Esta teoría está apoyada en la evidencia de que el culto representado por Chavín se conocía desde fechas muy tempranas, generalmente asociado a lugares donde ya existía arquitectura pública y ocasionalmente incluso centros urbanos. Hay también muy pocas indicaciones de que las condiciones existentes entonces en Perú fueran guerreras y ni siquiera inestables.

Chavín llegó a ser probablemente una religión panperuana, aceptándose por completo y con rapidez su culto por los habitantes de la región costera meridional del Perú central, donde aparecen casi súbitamente (incluso en lugares de habitación) estilos característicos Chavín. Por el contrario, en la lejana costa norte, la religión Chavín no debió ser aceptada en absoluto, ya que presenciamos la aparición aislada de ocasionales diseños Chavín, pero nunca de forma sistemática.

Avanzando el Formativo y Horizonte Temprano, se detecta un aumento de la actividad constructiva en Chavín de Huantar, asociada, probablemente, con la creciente importancia del «dios de las varas», alojado en la adición del lado sur. Esta actividad constructiva aparece también en otros lugares. El «dios de las varas» reemplazaría a otras figuras del culto más temprano, y llegó a ser reconocida como la más importante deidad de Chavín, apareciendo en la costa sur textiles con su imagen. Otros centros importantes regionales de culto se reconstruyeron en etapas más tardías en el norte de la costa central.

La expansión de los estilos Chavín se encontró con situaciones variadas en el contexto de culturas ya existentes, por lo que adoptó también expresiones diferentes.

En los valles de Casma y de Huarmey la irrupción del culto Chavín fue muy fuerte, lo que se aprecia en la práctica inexistencia de estilos locales. En Cajamarca, sin embargo, aunque se siguió el modelo básico de formas y diseños generales Chavín, se desarrollaron modalidades regionales.

En la Costa Central, la cerámica chavinoide adquiere una conformación propia, debido quizás a la menor intromisión Chavín. Se conoce como Ancón-Supe Temprano, es de carácter sobrio, y utiliza fundamentalmente el estampado como técnica decorativa y la incisión para delimitar áreas. En la sierra, la cerámica Chavín de Kotosh está muy emparentada con la de Chavín de la fase Las Rocas, aunque también aparecen rasgos del estilo Ofrendas. En la Sierra Central, en Ayacucho y Huancavélica aparecen complejos íntimamente relacionados con Chavín, aunque también son perceptibles afinidades con Chanapata de la región de Cuzco.

Por el sur, el límite extremo de la influencia Chavín se encuentra entre los Departamentos de Ica y Ayacucho, donde aparece con gran fuerza, derivándose incluso el estilo de formas definitivamente chavinoides. Efectivamente, la cerámica Paracas, aunque presenta formas propias como el doble pico con asa-puente, que pudiera ser de invención local pre-Chavín o más probablemente proceder del oriente amazónico, tiene formas iniciales características como las ollas globulares con caño estribo. En el caso de la decoración, el énfasis en la policromía puede ser considerado también como algo regional, pero la utilización de la incisión para delimitar áreas decoradas es también de estilo Chavín. Puede concluirse que en los comienzos de la cerámica Paracas se encuentran formas y diseños copiados del arte Chavín, pero que paulatinamente se van introduciendo una serie de modificaciones que, a la larga, resultarán en un estilo propio y distinto.

En Paracas se inicia también en esta época una importante tradición textil que alcanzará su máxima expresión en el Formativo tardío, donde quizás mejor pueden apreciarse los elementos iconográficos del culto Chavín. En estos momentos se trata de tejidos realizados con telar y decorados con pintura sobre telas lisas, aunque probablemente la tan depurada técnica del bordado en fechas más tardías estaba ya desarrollada. En unos tejidos procedentes del valle de Ica aparece la divinidad representada en la Estela Raimondi o «dios de las varas», de aspecto felinizado, con las varas en ambas manos y la compleja ornamentación a base de serpientes, garras, colmillos, etc.

Chavín acabó rompiéndose en una serie de cultos locales debido a la creciente regionalización de las culturas peruanas. Cada uno de ellos pudo haber enfatizado diferentes aspectos. Aunque en principio mantuvieran contacto con los centros principales, fueron paulatinamente reemplazando a Chavín. El estilo Chavín llegó a su fin en torno al 300 a.C., haciéndose cada vez más abstracto, como si las antiguas reglas se fueran deshaciendo y se perdiesen los primitivos significados.

La influencia de Chavín pervivió con mayor o menor fuerza en algunas zonas del Perú, permaneciendo de alguna manera y de diferentes modos en culturas posteriores. Por un lado, nos encontramos en algunas culturas con elementos de Chavín que son utilizados sin tener probablemente ningún conocimiento sobre su significado. Por otro lado, se mantienen los rasgos iconográficos de Chavín, aunque en un estilo diferente, como es el caso de la figura del «dios de las varas». Por ejemplo, en Tiahuanaco y Huari aparece la misma representación, flanqueada también por figu-

ras de acompañantes que combinan atributos humanos con los de aves. Podría incluso pensarse en la transmisión directa de Chavín a las culturas del Horizonte Medio, aunque hasta ahora no se conozcan antecedentes.

Ya que parece que sobrevivió la representación del «dios de las varas», pudo también de alguna manera sobrevivir su culto y los oráculos pueden ser uno de sus elementos importantes. Recordemos en el Templo Viejo de Chavín de Huantar la serie de galerías conectadas por «tubos de ventilación», que probablemente tengan mucho que ver con la transmisión de la voz. En la religión de Huari se conocen oráculos, como una estatua de piedra de Ayacucho, con una cavidad en la espalda y un orificio abierto para la boca. O el templo de Pachacamac en la costa central, con un famoso oráculo en época incaica, pero de más antiguo origen, ya que la estructura donde se encontraba el mismo, en forma de estatua de madera, corresponde al Horizonte Medio, época de influencia Huari.

5. Otras manifestaciones formativas en el área peruana

Una de las características significativas del proceso cultural formativo peruano es la consolidación del proceso de domesticación de las plantas conocidas en el área así como de los animales más representativos. Las prácticas agrícolas se complicaron y tecnificaron cada vez más, apareciendo sofisticados sistemas de irrigación y probablemente el uso de fertilizantes que se emplearían en gran escala en periodos posteriores. La peculiar orografía y las condiciones climatológicas del área hacen que desde temprano las prácticas agrícolas se orienten hacia una utilización intensiva de los a veces escasos terrenos. Poco a poco irán surgiendo sistemas de canalizaciones y acueductos, de galerías filtrantes y andenerías, que en épocas sucesivas transformaron el paisaje imprimiéndole su particular aspecto.

El mayor énfasis en la agricultura incide en el establecimiento de poblados concentrados, en estrecha relación con las áreas de cultivo, pero siempre buscando para su edificación suelos no aprovechables.

Las sociedades tribales del Formativo tardío, características del periodo, al menos en sus comienzos, dieron paso a sofisticadas jefaturas que controlaron regiones relativamente amplias y donde son patentes el énfasis puesto en las prácticas funerarias, que las condiciones ambientales han permitido llegar hasta nosotros.

El periodo temprano es uno de los más pobremente conocidos, la mayor cantidad de información procede de su cerámica, heterogénea y relativamente poco estudiada. Destacan tres fases procedentes del valle costeño de Virú, en el norte del país, y que se conocen como Guañape temprano, medio y tardío. La fase temprana, fechada hacia el 1250 a.C., que corresponde a un nivel de agricultores incipientes, revela una cerámica lisa en principio, de color rojo-marrón o negro, y decorada más tarde con impresiones de dedos, puntos y tiras sobrepuestas, sobre formas de ollas. Los tipos medios son de mayor variedad, apareciendo nuevos elementos. La cerámica es más fina y decorada, a base de incisiones en la superficie de las vasijas obteniendo modelos geométricos. Es interesante destacar que en asociación con Guañape medio se encontró una rudimentaria estructura rectangular, hecha de piedras naturales dispuestas irregularmente, el Templo de las Llamas, denominado así porque se hallaron varios enterramientos de dicho auquénido, tal vez ofrendas que hace pensar que en esas fechas ya se había procedido a su domesticación. Guañape tardío presenta formas y decoración en íntima asociación con Chavín.

Un centro ceremonial significativo que generalmente ha sido puesto en relación con Chavín, pero que en realidad parece corresponder al Formativo temprano, es el de Cerro Sechín. El propio Julio C. Tello descubrió, en el valle de Casma, una gran cantidad de piedras grabadas con diversos motivos antropomorfos. Dichas piedras debieron constituir el paramento de una plataforma que quizá formase parte de un edificio piramidal. Las piedras son de diversos tamaños y parece que originalmente estuvieron dispuestas alternativamente, grandes y pequeñas.

Las piedras de menores dimensiones son de forma rectangular o cuadrangular, mientras que las más grandes tienden a un rectángulo alargado con la parte superior irregular. Todas tienen grabadas por una de sus caras, toscamente igualada, una figura humana de cuerpo entero, tal vez un guerrero, pero otras veces se trata solamente de cabezas, probablemente cabezas-trofeo, partes de cuerpo seccionados, o incluso algo que se asemeja a vértebras.

Se ha asociado la aparición de dichas representaciones con sacrificios humanos, usos guerreros e incluso con una práctica temprana de la medicina-cirugía, pero al margen de especulaciones más o menos fantasiosas es evidente el peso específico de la religión. Los cultos debieron estar mantenidos por grupos sacerdotales que se legitimaban a través de los ritos y ceremonias y controlaban ciertas masas de población que en última instancia sostenían los centros a los que rendía dicho culto.

También en el valle de Casma, pero en el Formativo tardío, se ha localizado una curiosa construcción de forma espiral conocido como Chankillo. Vulgarmente se le denomina fortaleza por su aspecto, pero se trata de un edificio ceremonial construido a base de piedras canteadas angulosas sobre la cumbre de una colina. Consta de tres muros concéntricos que cierran dos bajas torres circulares y un cuarto cuadrado adyacente. Los paramentos de piedra han sido aplanados, lo que incide en la regularidad de su aspecto. Chankillo se asocia con la cerámica denominada Patazca, con vasos decorados con líneas y puntos blancos en zonas, y tipos pulidos, negros y rojos.

Como vemos, los centros ceremoniales de tipología muy variada proliferan por doquier, aunque muchas veces se conoce poco más que alguna estructura y algún tipo de cerámica asociada.

Una de las manifestaciones culturales más llamativas o mejor conocidas del Formativo tardío peruano se localiza en la costa sur, y es la que se conoce como Paracas. En la yunga o área comprendida entre los 800 y 2.000 metros de altitud de la región de Ica, en el sur del Perú, se produjo en 1925 uno de los descubrimientos más espectaculares de la arqueología andina. Julio C. Tello, Samuel K. Lothrop y Toribio Mejía Xesspe localizaron un impresionante cementerio en el desierto de Paracas, del que se pudo recuperar el mayor número de tumbas en un excelente estado de conservación. Dicho enterramiento había sido utilizado a lo largo de casi cuatrocientos años, entre el siglo IV a.C. y los primeros años de nuestra era, y correspondían a dos culturas. La más antigua, denominada Cavernas por la forma característica de sus sepulturas, pertenece a la fase 9 de Paracas, mientras que la más reciente o Necrópolis se adscribe a la fase 10 de Paracas y 1 y 2 de Nazca.

Las tumbas Cavernas no son apreciables en superficie. Están excavadas por debajo del nivel del suelo y construidas unas a continuación de otras. En la parte superior aparece un recinto cilíndrico de paredes de piedra, de 1 a 1,50 metros de diámetro y cerca de 2 metros de altura, que sirve de vestíbulo o entrada a la tumba; a continuación un tubo horadado en la roca que conduce a la cámara funeraria propia-

mente dicha, excavada en forma de caverna, de 1 a 1,20 metros de altura y 3 ó 4 metros de anchura. En el suelo aparecen una serie de pequeñas oquedades destinadas a contener los *fardos* o bultos de los cadáveres.

En cada tumba se hallaron de 30 a 40 fardos que, debido a la falta de espacio, se amontonaban incluso en el tubo de acceso. Acompañando a los cadáveres aparecen abundantes restos de alimentación, compuestos por peces, conchas de moluscos, granos, raíces, carne seca y objetos de cestería, de cerámica y tejidos. Hay muestras claras de tratamiento diferencial de los cadáveres, encontrándose algunos casi desnudos o con una simple tela, mientras que otros están cubiertos de grandes cantidades de tejidos y mantas, coronados con turbantes y adornados con diademas y joyas de oro. También hay grandes diferencias en cuanto a la cantidad y calidad de los objetos que acompañan al difunto.

Aparece una incipiente momificación en forma de una cobertura de brea sobre el cuerpo desnudo, siendo éste a veces envuelto en hojas de *pacae*. Posteriormente se cubre todo el bulto con arena, adoptando la forma cónica del fardo.

Los enterramientos Necrópolis son los más espectaculares. En 1927, y en un área de unos 260 metros cuadrados, se exhumaron 429 cadáveres, todos acompañados de ajuar y envueltos en telas de características diversas. Como muestra, una única momia estaba envuelta en 16 mantos decorados, 48 prendas de vestir, 31 paños burdos de algodón, de hasta 12 centímetros de longitud y 3 de ancho, y acompañada de un abundante y rico ajuar. Se acusan también en mayor medida el tratamiento diferencial de los difuntos, pudiendo hablarse de hasta tres clases de momias. Los fardos de mayor tamaño, de 1,50 metros de altura por 1,50 metros de diámetro, ocupan generalmente una posición central, rodeados de dos o más fardos de mediano tamaño que tienen un metro de altura por 90 centímetros de diámetro, mientras que los pequeños, más de un 80 por 100, consisten en su mayoría en momias descuartizadas o huesos sueltos. Estos fardos se disponen en el interior de pequeñas construcciones subterráneas. Se trata de habitaciones de unos 25 metros cuadrados construidos con piedra de buena calidad, e incluso puertas y escalones de acceso. Su altura es de 1,80 metros de altura.

Las técnicas de momificación son más complejas y sistemáticas que en Cavernas. Los intestinos y otras vísceras se extraían a través de un corte longitudinal practicado en el abdomen, mientras que los pulmones y el corazón se sacaban a través de un corte realizado en el tórax, a la altura del esternón. La cabeza se separaba del cuerpo para extraer la masa encefálica. En ocasiones se han practicado incisiones en las extremidades para arrancar los músculos. A continuación, se sometía el cadáver al proceso de momificación propiamente dicho, mediante la utilización del fuego y diversas substancias químicas y orgánicas, detectables por el aspecto ahumado e incluso carbonizado del cuerpo y por las eflorescencias salinas existentes en los mismos. Después, el cadáver era plegado, doblando la columna vertebral y colocando la cabeza (si no se había cortado) fuertemente flexionada y apoyada sobre el abdomen, mientras que las extremidades inferiores, contraídas, se cruzaban sobre la nuca y las superiores sobre el pecho. Esta forzada posición se aseguraba mediante firmes ligaduras, rellenando los espacios vacíos con pequeñas piezas de ropa, formando así un bulto redondeado u ovoide que era colocado dentro de un canasto.

El enfardamiento de las momias de mayores dimensiones era un proceso complicado y probablemente llevado a cabo por expertos. En primer lugar el cuerpo, desnudo, se adornaba con collares y brazaletes, acompañándose a veces de una hon-

da hecha de fibras vegetales y un *llauto* o banda enrollado en torno al cráneo. Cerca del pecho se colocaba un cesto conteniendo ofrendas de alimentos y entre los intersticios originados por la posición del cuerpo se incluían pequeñas piezas de oro de forma cuadrangular o redondeada y frecuentemente trabajadas, envueltas y atadas con un paño; cuchillos de obsidiana, bolsitas de cuero conteniendo polvos de cinabrio, etc. El cuerpo se rodeaba luego con un largo turbante y se colocaba un poncho doblado y apretado tras la espalda, siendo posteriormente envuelto todo el bulto con un gran paño de algodón.

Una vez colocado el fardo sobre el cesto antes mencionado, se rellenaba el conjunto con numerosos tejidos doblados, *unkus* o túnicas, varias piezas de tela sin decorar tejidas finamente y en la espalda, un pequeño manto, con otro paño anudado detrás de los hombros. La cabeza se envolvía con una tela lisa de fino algodón formando una especie de moño o tocado. A continuación se rodeaba todo el fardo con varias capas de tejido basto, entremezcladas con objetos varios, y se aseguraban con puntadas e incluso con cuerdas. Como remate, una piel de zorro cortada longitudinalmente se colocaba sobre la parte de la espalda y se ponía un abanico de plumas en la zona del tórax. Todo el complejo se envolvía en una tela exterior, cubriéndose la base del fardo con una estera de caña.

Sorprenden en estos fardos la enorme abundancia de tejidos, lo que, entre otras cosas, es índice de la importancia que desde antiguo tuvieron las telas en el Perú. La ropa enterrada no debió ser usada en vida por los difuntos, pues los mantos bordados y los inmensos paños de burdo algodón no tienen un propósito utilitario, pero además, las prendas de vestir son de talla diferente y no corresponden a la del cadáver. La mayoría de los tejidos son nuevos, no presentan huellas de uso ni se asocian directamente con el cuerpo, que nunca está vestido. Muchos están sin concluir, otros a medios trabajar e incluso alguno apenas iniciado. Este hecho se explicaría porque probablemente los mantos y vestidos de un fardo no fueron enterrados todos a la vez, sino que se irían agregando a lo largo de los años. El volumen de los fardos guardaría relación con el número de capas de telas finas y vestidos añadidos al paquete central que se extraería periódicamente de la tumba y al que se agregarían nuevas ofrendas textiles, costumbre funeraria practicada por los incas y documentada por los cronistas españoles. Los cambios estilísticos de los varios mantos de una momia indicarían que era reenvuelta hasta varias decenas de años después de su enterramiento.

Los tejidos son de un refinamiento y una calidad técnica verdaderamente asombrosas. La materia prima preferencial fue el algodón, aunque a partir de Paracas 10 aumenta el prestigio de la lana. Tras la preparación de la materia prima y el teñido que (en algodón solía hacerse después del hilado e incluso trabajarse en su color original, y en el caso de la lana se hacía siempre después del hilado) se procedía a su tejido en el característico telar indígena del que se conocen dos variantes. El telar de cintura ata uno de sus extremos a un poste o árbol y el otro se sujeta a la cintura de la tejedora. El telar horizontal se sujeta con cuatro estacas al suelo. En ambos casos hay un marco formado por dos palos de longitud variable que sujetan los hilos de la urdimbre. Entre las técnicas de tejido, las más conocidas son las «telas», los «reps» y las «gasas». El primer caso, el más frecuente en la época de las Cavernas, los hilos de la trama y de la urdimbre son visibles en ambas caras y componen un lienzo llano utilizado como soporte para multitud de técnicas decorativas. En la segunda técnica los hilos de la trama o de la urdimbre permanecen ocultos unos por otros debido a

su fuerte entrelazado y a la perfección del tejido, y las «gasas» se consiguen cruzando entre sí los hilos de un mismo elemento, generalmente los de la urdimbre, consiguiéndose al tensar los hilos de la trama.

Los tejidos del periodo Cavernas son fundamentalmente bicolores, con diseños de carácter lineal y geométrico, siguiendo la dirección de la trama y la urdimbre, y predominando los colores blanco y café. La decoración se refiere sobre todo a motivos de animales entrelazados de cabeza triangular con el cuerpo aserrado y representaciones de felinos y de seres humanos, tratándose todas las figuras con un ritmo muy geométrico que recuerda al de la cerámica. El tejido de Necrópolis, de la fase 10 de Paracas y en las posteriores correspondientes ya a la cultura Nazca, se generalizan las técnicas del bordado e incluso del pintado de las telas que hace que, librándose de la servidumbre impuesta por la adecuación al tejido y utilizando una espléndida policromía, se encuentren una mayor variedad de motivos tanto de carácter naturalista como fantástico. Figuras humanas, cabezas trofeo, seres híbridos de varios animales, que probablemente tienen mucho que ver con las creencias de los paraquenses, se hacen presentes en sus fantásticos tejidos.

La cerámica asociada con estos enterramientos se conoció también inicialmente con los nombres de Paracas Cavernas y Paracas Necrópolis, aunque posteriormente se encontró también cerámica Cavernas en casi todos los valles de la costa sur. La cerámica Paracas es el resultado de influencias de Chavín, que se refleja en una tradición polícroma en la que, poco a poco, los motivos del diseño y la manera de tratarlos se van alejando de las pautas originales, se regionalizan y tienden a hacerse más naturalistas y más simples. Hay otra tradición de cerámica, monocroma, asociada más ampliamente a las Necrópolis, de color crema o anaranjado y cuyas vasijas tienden a adoptar formas semejantes a calabazas.

Al margen de las excelencias o complejidades de las realizaciones técnicas y artísticas del Formativo tardío peruano, lo que más llama la atención es la enorme preocupación por el culto funerario que capitaliza gran cantidad de tiempo y energía, aparentemente desproporcionada para unos restos humanos que yacían enterrados desecándose bajo el ardiente sol del desierto.

La primera conclusión, tras considerar la presencia de acusadas diferencias en las categorías de enterramientos y de la gran variabilidad del ajuar, en el que se incluyen elementos de un reconocido valor económico y social, como las joyas y sobre todo las piezas de tejido y los vestidos, es la existencia de una sociedad desigual donde al menos un grupo de personas gozaba de un estatus bien diferenciado y elevado por encima del común de los mortales. Sabemos también que los fardos funerarios se extraían periódicamente de sus sepulturas y, después de serles añadidos un nuevo cúmulo de objetos valiosos, tejidos y vestidos, eran vueltos a enterrar, probablemente en medio de un complejo y determinado ceremonial. Podemos concluir entonces que el prestigio y la consideración social de ciertos individuos no solamente no terminaba con su muerte, sino que incluso se acentuaba, hasta tal punto, que debieron existir toda una serie de ceremonias y cultos e incluso personas dedicadas exclusivamente a ciertos difuntos.

Recordemos que el nivel de complejidad social denominado por los antropólogos de jefaturas, se caracteriza por la existencia de una estructuración social basada en linajes familiares con el predominio, a veces muy acusado, de uno o unos linajes sobre los demás. La razón de la supremacía viene dada y legitimada por la mayor proximidad al antepasado común del grupo, que además se convierte en una divini-

dad. El hecho de la muerte no hace sino cambiar de situación al difunto, aproximarlo a ese antepasado divino que legitima el predominio de su linaje, de tal manera que el hecho de la muerte del señor no hace sino acrecentar su supremacía y de paso la del linaje al que pertenece. ¿Cómo no se van a dedicar entonces esfuerzos y energías, tiempo y riqueza en la conservación y adorno del fardo de uno de estos señores? La propia presencia del muerto es una legitimación continua de la dignidad de su linaje, y deriva en la necesidad del continuo mantenimiento y veneración de su sepultura. El jefe no ha desaparecido, simplemente continúa existiendo en otro ámbito donde se encuentra mucho más próximo al dios, al antepasado que proporciona cohesión y prestigio a su linaje.

Si en el largo acontecer del periodo Arcaico contemplábamos cómo las sociedades sencillas de bandas se iban transformando, ayudadas por la aparición de obtención de alimentos más perfeccionados en tribus, asentadas en grandes poblados y dependientes fundamentalmente de la agricultura, el periodo Formativo contemplará la transformación de algunas de esas tribus en jefaturas, en sociedades complejas y especializadas, en las que la producción de excedentes libera de las tareas de producción a un cierto número de individuos que se convierten en especialistas de la política, la religión o el arte. A finales del Formativo tardío, por lo menos en Mesoamérica y Perú, se han puesto ya las bases para la formación de los Estados que alcanzarán su apogeo en los periodos Clásicos o Regionales de dichas áreas.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

ADAMS, Richard E. W., *Prehistoric Mesoamerica,* Boston, Toronto, Little Brown and Company, 1977.

BENSON, Elizabeth P. (ed.), *Dumbarton Oaks. Conference on the Olmec,* Washington, Dumbarton Oaks, 1968.

— *Dumbarton Oaks. Conference on Chavin,* Washington, D.C., Trustees for Harvard University, 1971.

BERNAL, Ignacio, *El mundo olmeca,* México, Porrúa, 1968.

COE, Michel D., *México,* Londres, Thames and Hudson, 1984.

COHEN, Mark Nathan, *La crisis alimentaria de la prehistoria,* Madrid, Alianza, 1981.

FORD, James A., *A comparison of Formative cultures in the Americas,* Washington, D.C., Smithsonian Institution, 1969.

GROVE, David C., «The Formative Period and the Evolution of Complex Culture». *Supplement to the Handbook of Middle American Indians,* vol. 1, *Archaeology,* J. A. Sabloff ed., páginas 373-391, Austin, University of Texas Press, 1981.

JORALEMON, Peter David, «A study of olmec iconography», *Studies in pre-columbian Art and Archaeology 7,* Washington, D.C., Dumbarton Oaks, 1971.

LANNING, Edward P., *Perú before the Incas,* Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice Hall, 1967.

LUMBRERAS, Luis G., *Antiguo Perú,* Lima, 1969.

— *Arqueología de la América andina,* Lima, Milla Batres, 1971.

MACNEISH, Richard S., «The food-gathering and incipient agricultural stage of Prehistoric Middle America», *Handbook of Middle American Indians,* vol. 1, ed. Robert Wauchope and Robert West, págs. 413-426, Austin, University of Texas Press, 1964.

MACNEISH y otros, *The Prehistory of the Tehuacan Valley,* vol. 5, *Excavations and Reconaissance,* Austin y Londres, Robert S. Peabody Foundation, University of Texas Press, 1972.

MANGELSDORFF, P. C. y R. G. Reeves, *El origen del maíz indio y sus congéneres,* Guatemala, 1943.

MEGGERS, EVANS Y ESTRADA, *The Early Formative period on coastel Ecuador: The Valdivia and Machalilla phases,* vol 1, Washington, D.C., Smithsonian Contributions to Anthropology, 1965.

REED, Charles A. (ed.), *Origins of Agriculture,* La Haya, Mouton, 1977.

ROWE, John H., «El arte de Chavín. Estudio de su forma y su significado», *Historia y cultura,* vol. 6, págs. 249-276, Lima, 1973.

SAUER, Carl O., *Agricultural origins and dispersals,* Cambridge, Massachusetts y Londres, The M.I.T. Press, 1969.

STARK, Barbara L., «The Rise of Sedentary Life», *Supplement to the Handbook of Middle American Indians,* vol. 1, *Archaeology,* J. A. Sabloff ed., págs. 345-372, Austin, University of Texas Press, 1981.

TELLO, Julio C., *Chavin,* Lima, Universidad de San Marcos, 1960.

VARIOS AUTORES, *Tesoros del Ecuador Antiguo,* Madrid, ICI, 1984.

EMMA SÁNCHEZ MONTAÑÉS

IV. EL PERIODO CLÁSICO

Cada vez más difícil de definir este periodo, por ser cada vez mejor conocido, comprende principalmente los nueve primeros siglos de nuestra era y se caracteriza por los desarrollos regionales que rompen las tendencias universalizantes de los estilos o modas imperantes del Arcaico. Aunque la singularidad y riqueza de las nuevas culturas regionales es un hecho indudable, existen, o persisten mejor, elementos integradores envolventes adaptados a las distintas tradiciones como son la aparición del fenómeno urbano, la tendencia teocratizante de las sociedades —reflejadas en un arte religioso notable— la gran estratificación social y los niveles de jefatura-estados.

1. El clásico mesoamericano: tendencias evolutivas

La construcción de un marco cronológico adecuado en el que encajar el desarrollo cultural de las sociedades mesoamericanas es un problema aún no resuelto de manera satisfactoria. Es éste uno de los planteamientos que curiosos, exploradores y arqueólogos se plantearon desde los inicios de los estudios de la prehistoria de la región, el cual se ve permanentemente sometido a revisión a medida que avanzan nuestros conocimientos acerca de ella.

Con todo, diversos autores han coincidido en señalar que el momento en que se inicia el periodo clásico está definido por la aparición del sistema de escritura maya denominado de Cuenta Larga, el cual comenzó a utilizarse en el Petén guatemalteco para registrar fechas y acontecimientos históricos y científicos. De la misma manera, el consenso de tales investigadores ha hecho que se considere la desaparición de dicho sistema de Cuenta Larga como un indicador que define el final del periodo Clásico. Estas fechas oscilan aproximadamente entre el 300 y el 900 d.C.

Sin embargo, Mesoamérica no es una región homogénea ni tiene un desarrollo uniforme; al contrario, la enorme variedad ambiental y cultural ha hecho que las historias culturales de las comunidades asentadas en ella hayan sido divergentes, y el resultado de ello es que a los estudiosos de las sociedades mesoamericanas se nos hace cada vez más difícil etiquetar desde un punto de vista cronológico-evolutivo a las culturas bajo estudio. Por ejemplo, hoy día estamos seguros de que Teotihuacan había iniciado un desarrollo muy complejo desde el comienzo de la Era de Cristo, y sin embargo, no es sino hasta aproximadamente trescientos años después cuando se emplean fechas en el sistema maya de Cuenta Larga. Por otra parte, Teotihuacan declina en el 700 d.C., y las ciudades mayas del sur no lo hacen sino hasta el siglo IX. Al-

gunas del norte llegan hasta el 1000 d.C., razón por la cual se ha hecho necesario el empleo de diferentes momentos de transición entre las etapas establecidas de manera tradicional: Preclásico, Clásico y Postclásico.

Ante estos hechos, algunos autores han integrado en sus cronologías de área etapas como el Protoclásico o el Clásico terminal. Sin embargo, tales categorías sólo tienen una aplicación limitada a determinadas zonas, ni siquiera afectan a toda una cultura; por ejemplo, el periodo Protoclásico sólo ha sido definido en algunos sitios aislados del Petén y Belice en el área maya, mientras que para el resto no ha sido definido con exactitud.

Todos estos problemas, y muchos otros que son imposibles de tratar por las limitaciones que nos impone el espacio, han hecho que algunos investigadores hayan decidido recientemente ampliar la duración del periodo en torno a las fechas 1 d.C. a 1000 d.C. Como puede comprobarse, todas las referencias cronológicas que se incluyen en este capítulo se desarrollan durante la etapa cristiana, razón por la cual hemos decidido suprimir la fórmula d.C. asociada a cada fecha. Sólo aportaremos la de a.C. cuando los sucesos ocurran, naturalmente, antes del nacimiento de Cristo. Tal delimitación cronológica amplía ciertamente el número de posibilidades de encajar mejor los desarrollos regionales de las sociedades mesoamericanas, pero no resuelve todas las cuestiones que acabamos de plantear.

Desde un punto de vista evolutivo, la etapa se caracteriza por un espectacular desarrollo del conocimiento intelectual, social, económico, político y artístico. Es un momento en el que a un gran incremento de población acompaña la aparición de centros urbanos, y en ellos culmina la diferenciación socioeconómica hasta llegar a constituir verdaderas clases sociales. Asimismo, los incentivos que generan estos centros masificados y variados, desde una órbita de su afiliación social, desembocan en la demanda de una enorme cantidad y variedad de artículos procedentes de regiones muy diversas que, finalmente, hacen que se extiendan redes de comercio y la comunicación intercultural.

Podemos considerar el Clásico como un periodo que ve surgir las ciudades, lo cual no es sino una manifestación de la creación de instituciones capaces de organizar amplias áreas en sistemas integrados. Tales instituciones, como acabamos de señalar, pueden tener carácter político (en forma de gobiernos muy centralizados), o comercial (a partir de centros de mercado de ámbito suprarregional), o religioso (como lugares de peregrinación) o, más bien, todos ellos combinados entre sí.

Estos mecanismos que acompañan y definen la etapa clásica tampoco se pueden aplicar de manera uniforme; de hecho, este periodo se caracteriza por la aparición de tradiciones regionales que generan su propio conocimiento intelectual y artístico. Sólo bajo esta consideración podemos explicarnos no ya las diferencias existentes entre áreas vecinas, sino también la diversidad regional dentro de la misma zona.

Pensamos que éste es uno de los acontecimientos más relevantes del periodo, ya que los viejos patrones desarrollados durante el Formativo, dotados de una gran dosis de uniformidad, se transformaron en una riqueza y sofisticación tal que, aunque reorganizados y reformulados e, incluso, protagonizados por sociedades distintas, van a perdurar en su esencia hasta el siglo XVI y después.

Esta variada riqueza cultural a la que acabamos de hacer referencia hace que, si bien el Clásico no se puede considerar un fenómeno uniforme desde el punto de vista cronológio, tampoco lo sea desde el evolutivo. Esta es la razón por la cual se ha fragmentado en cuatro amplias etapas que, aun sin solucionar una vez más el proble-

		Oeste de México	Cuenca de México		Valle central de Oaxaca	Costa del Golfo	Tierras bajas mayas	
							Sur	Norte
POSTCLÁSICO TARDÍO	1500	Tarascos	Aztecas		Aztecas	Aztecas Cempoala Quiahiztlán	Tayasal	Tulum
			Chichimecas		Mixtecos			Mayapán
POSTCLÁSICO TEMPRANO	1250		Toltecas		Monte Albán V			Chichén Itzá
CLÁSICO TARDÍO	900		TEOTIHUACAN	Coyotlatelco Oxtoticpac Metepec	Monte Albán IV	El Tajín	Tapeu	Centros puuc
CLÁSICO MEDIO	600			Xolalpan	Monte Albán IIIb			
				Tlamimilolpa	Monte Albán IIIa	Cerro de las Mesas	Tzakol	Centros regionales
CLÁSICO TEMPRANO	300			Miccalotli	Monte Albán II		Floral Park	
	1			Tzacualli				

Secuencias clásica y postclásica de diversas regiones de Mesoamérica.

ma de su catalogación, nos permiten avanzar de manera considerable en el análisis de los pueblos de Mesoamérica. No obstante, hemos de aclarar que tal esquema evolutivo sólo tiene validez para Mesoamérica como un todo, pero cada cultura será considerada en el texto de manera independiente, aplicándosele su cronología particular.

Clásico temprano (1 a 400): definido por el inicio de la diferenciación de los viejos patrones culturales desarrollados durante el Formativo. Una enorme cantidad de mecanismos que definen el Clásico ya están presentes en el periodo anterior, pero en estos momentos se profundiza de manera considerable en ellos, son más abundantes y se distribuyen con una amplitud superior.

Clásico medio (400-700): está protagonizado por Teotihuacan en cuanto que metrópoli con fuertes connotaciones de expansionismo cultural. Uno de los problemas con que se enfrentan los estudiosos de esta compleja urbe consiste en determinar si sus procesos de expansión e influencia desembocaron en el establecimiento de un verdadero imperio; pero en cualquier caso, éstas se dejaron sentir en una amplia región que afectó tanto al norte como al sur de Mesoamérica. Ahora bien, no todos los trescientos años fueron de expansión, por lo que se hizo necesario dividir el periodo en *Medio temprano* (499-550), definido por el momento de máxima difusión de Teotihuacán; y *Medio tardío* (550-700), caracterizado por el repliegue de la influencia teotihuacana, el fin de su control sobre amplísimas redes comerciales, la reformulación de las instituciones en los centros que habían permanecido bajo su control y, por último, el desvío de poder hacia otros núcleos de población mesoamericanos.

Clásico tardío (600/700 a 900): la caída de Teotihuacan marca el punto de partida para que varios centros se disputen el dominio de vastas zonas. En realidad, tales asentamientos ya son complejos para estos momentos, pero ahora surgen como núcleos potentes, con personalidad propia y protagonizan complejos desarrollos culturales, como El Tajín, Cholula, Xochicalco, Ñuiñe y Cotzumalhuapa.

Sin embargo, en ninguna zona de Mesoamérica la evolución fue tan compleja como en el área maya. El fin de la influencia teotihuacana había dejado las tierras bajas del sur en una profunda crisis institucional y política, cuyo fin significó unos avances intelectuales, artísticos, sociales y económicos más elaborados que los ocurridos desde el comienzo de la Era Cristiana. Se abre entonces una corta etapa de doscientos años en la que la civilización maya alcanza su periodo más brillante. Este momento para algunas regiones fue aún más corto, y ya desde el 800 se inicia en todo el sur del área maya un proceso de descomposición sociopolítica, económica y cultural que va a culminar en la paulatina quiebra de las formas de vida de sus ocupantes.

Como es natural, y ya había ocurrido cien o doscientos años antes en el centro de México y en la propia área maya, se inician rápidamente los procesos de reformulación cultural y el desvío de poder, mediante los cuales otros centros que ya se habían preparado para ello estaban dispuestos a controlar amplias regiones y a alzarse en momentáneos protagonistas de la historia mesoamericana.

Clásico terminal (800/900 a 1000): es ésta una corta etapa que afecta sobremanera a la península del Yucatán, en la que algunos centros mayas retrasan su caída hasta el año 1000. Por esta razón, sólo es aplicable a algunas áreas, en las que es considerado como un momento de transición hacia el Postclásico.

En este marco general en el que enclavar los mecanismos ocurridos durante el Clásico, cada región desarrolló su propio mundo intelectual y artístico, pero de una

forma u otra, y siempre acompañados por esa variedad regional a que nos hemos referido, el Clásico mesoamericano significa la introducción o el acceso al urbanismo, los grandes estilos artísticos y muchas innovaciones intelectuales.

El Clásico también es el momento en que Mesoamérica logra extender de manera considerable sus fronteras, tanto hacia el norte como hacia el oeste. Seguramente, este ingente incremento intelectual y, en cierto modo, tecnológico estuvo acompañado con un cambio en el régimen de lluvias mediante el cual diversas regiones subdesérticas y de gran aridez pudieron ser rescatadas para la agricultura por gentes del interior de Mesoamérica. Es el momento en que diversas regiones de Chihuahua y laderas al este de la Sierra Madre Oriental son ocupadas por grupos de agricultores defendidos por los grandes núcleos del centro de México. Sin duda alguna, estas zonas fueron fronterizas de la región central que aún se veía afectada por condiciones desérticas y, por lo tanto, ocupadas por bandas de cazadores y recolectores.

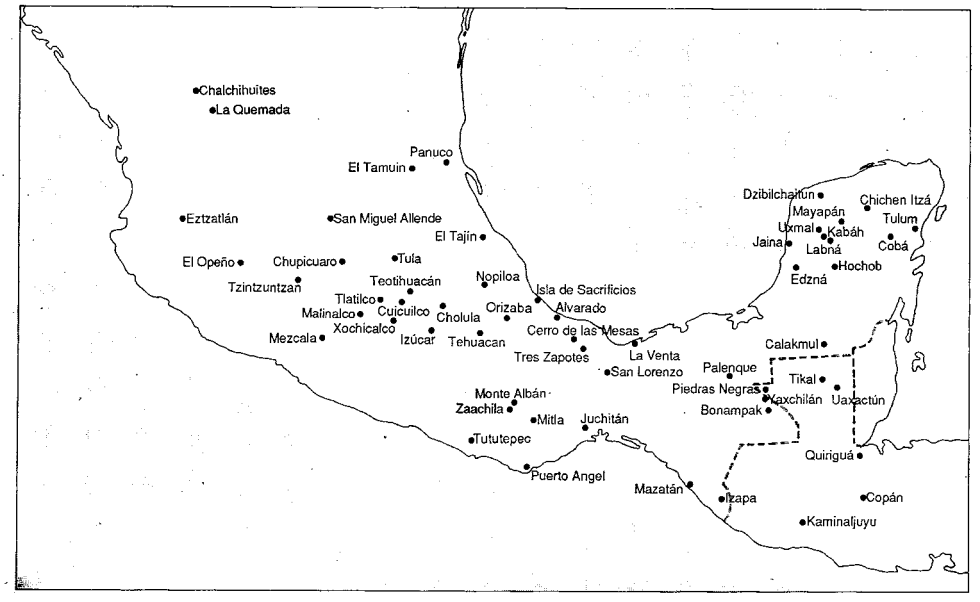
De la misma manera que la frontera norte logró ampliarse, hacia los inicios del Clásico tardío, dilatadas regiones del oeste mesoamericano como Amapa y Nayarit se vieron ocupadas por centros ceremoniales complejos, con edificios planificados según patrones fuertemente afincados en Mesoamérica.

Para resumir, podríamos definir el periodo Clásico como un momento en que se desarrolla un considerable aumento de la población que tiende a concentrarse en grandes núcleos urbanos. Como consecuencia de esta aglomeración, surgen clases sociales fuertemente estratificadas y con profundas diferencias ocupacionales que pronto generarán tensiones, las cuales sólo podrán ser resueltas mediante el desarrollo de las instituciones.

Paralelamente a dicho incremento de la población, se inician innovaciones en las tecnologías agrícolas y en las estrategias de subsistencia capaces de alimentar a densos núcleos urbanos que, con diferentes patrones —compactos o dispersos—, agrupaban varios miles de habitantes. Asimismo, los alcances intelectuales también tienen una compleja evolución, desde aspectos puramente religiosos hasta cálculos matemáticos y calendáricos, sistema de escritura, ingeniería, arquitectura y demás.

Es muy posible que unos avances como los hasta aquí mencionados no hubieran podido desarrollarse sin la aparición de sociedades altamente secularizadas. El proceso de secularización de Mesoamérica se pone de manifiesto de maneras muy diferentes según las regiones, pero existe muy poca duda de que estuvo muy ligado a la institucionalización de las redes comerciales de larga distancia, y a la continua intercomunicación entre regiones muy alejadas entre sí. Por último, es interesante mencionar que tal proceso de secularización e intercomunicación derivó en intentos cada vez más frecuentes de control y expansión de las redes comerciales que las habían hecho posible, y que durante el Clásico un mecanismo utilizado de manera frecuente para tal fin fue la confrontación bélica, aunque ésta nunca ocurrió a los niveles del Postclásico.

No es necesario recalcar más que este proceso de avances y acontecimientos no fue homogéneo, ni siquiera afectó a todas las regiones, por lo que consideramos necesario centrar la atención en las siguientes zonas: cuenca de México, valle central de Oaxaca, costa del Golfo de Veracruz y tierras bajas mayas.



Principales yacimientos de la Mesoamérica prehispánica.

1.1 *Teotihuacan*

Lo dicho en párrafos anteriores deja poca duda de que el periodo Clásico temprano tiene como característica principal el desarrollo urbano y la aparición de patrones culturales más complejos, cuya influencia se deja sentir de una manera u otra en cada rincón de Mesoamérica.

De hecho, ya para el final de la fase Tzacualli en el 150 de nuestra era, y seguramente como consecuencia de la decadencia de Cuicuilco, Teotihuacan tiene un tremendo incremento de población y se convierte en una de las más grandes ciudades mesoamericanas. Ésta es la razón por la cual algunos estudiosos —casi todos relacionados con investigaciones en el valle de México— han decidido adelantar el inicio del clásico hasta el 1 d.C. La consecuencia más inmediata de este proceso de nucleación de la población, que ocurre entre el 100 y el 150, es el despoblamiento del valle de Teotihuacan y su concentración en el centro de este nombre en un 80 ó 90 por 100 del total, mientras que el resto de los habitantes se limitan a ocupar pequeñas aldeas dispersas.

Sin duda alguna en el control de una serie de recursos básicos tales como la extracción, manufactura y distribución de la obsidiana, o el agua como medio fundamental para propósitos de intensificación agrícola, estuvo la clave mediante la cual se inició un amplio y complejo movimiento poblacional hasta la ciudad, que para este momento se estaba convirtiendo en un centro de peregrinación religiosa de suma importancia. Durante la transición de finales del Formativo al Clásico se origina el aumento de habitantes más profundo, coincidiendo con la explotación y control

de cuatro fuentes de obsidiana distintas, y con la producción y distribución de artículos acabados que culminó con el desarrollo urbano de la ciudad.

La fase Tzacualli significa además el asentamiento de los patrones culturales básicos que van a estar presentes durante toda la evolución del centro urbano, así como su planificación definitiva. Para este momento el sitio alcanza los tres kilómetros de longitud, habiéndose iniciado la construcción de la Pirámide del Sol al norte y el conjunto conocido con el término de la Ciudadela al sur e incluyendo el Templo de Quetzalcóatl, todos los cuales estuvieron unidos por la Calzada de los Muertos. Seguramente, también se levantó el eje este-oeste mediante el cual quedó establecido el plano básico de la ciudad en cuatro cuadrantes que sirvieron de base para su posterior expansión.

Esta planificación no se ideó al azar, sino que obedece a las necesidades de organizar un contingente humano que se está acercando a los 70.000 habitantes, y prueba de ello es que para este momento ya se ha trazado una compleja red de drenajes y canales que satisfacen sus necesidades. La orientación de la ciudad fue de 15 1/4 grados al noroeste en un eje norte-sur, un esquema que se va a hacer muy popular en otras comunidades de la cuenca de México que fueron influidas por Teotihuacan.

El punto fundamental de tal planificación fue el emplazamiento de la Pirámide del Sol, bajo la cual existe una serie de cuevas naturales que pudieron tener un especial significado religioso para los residentes en el valle. Tanto es así, que algunos autores han defendido la hipótesis de que nos encontramos ante el legendario Chicomóztoc («siete cuevas») del que proceden los aztecas. Sea como fuere, el caso es que existe poca duda de que éste fue el lugar medular en torno al que se planificó Teotihuacan.

Miccaotli (150 a 250) significa la máxima expansión física de la ciudad, que alcanza un perímetro de 22,5 kilómetros cuadrados, a la que se suma su caracterización definitiva como esfera religiosa, política y mercantil. Así, el conjunto ceremonial constituido por las Pirámides del Sol y de la Luna se ve relacionado con la construcción del Palacio de Quetzalpapálotl (Quetzal-mariposa), que tiene fuertes connotaciones cortesanas. Hacia el sur y este se emplaza el complejo de la Calzada de los Muertos, un amplio conjunto de montículos de templos, plataformas y estructuras residenciales.

Este carácter cortesano al que acabamos de hacer referencia se ve acentuado con la transcendencia que adquiere la Ciudadela y la planificación del Gran Conjunto o la Plaza del Mercado. La ciudadela es ya una enorme plataforma de 400 metros de largo que sostiene una serie de pirámides, templos y altares. Al fondo del patio principal se levanta el Palacio de Quetzalcóatl, una estructura de seis cuerpos decorada con taludes y tableros que en la siguiente fase se cubrió parcialmente por otro edificio plano. Finalizado en el siglo IV, su fachada está ornamentada con serpientes emplumadas ondulantes bordeadas por conchas y motivos marinos. Las cabezas de serpientes sobresalen de una especie de flor con once pétalos y alternan con cabezas de Tláloc —dios de la lluvia— con grandes ojos circulares, mostachos en forma de barra y sobresalientes colmillos.

La fase Tlamimilolpa (250 a 450) es testigo de cómo ese cuadrante básico, que se había planificado en las dos etapas anteriores, se va rellenando por una multitud de pequeñas construcciones habitacionales conocidas como conjuntos de apartamentos. En lo que respecta a la arquitectura pública, finalizan las obras en la Ciudadela, y

se cubre parcialmente el Templo de Quetzalcóatl mediante una estructura con talud y tablero que se denomina la Adosada.

Nos encontramos ante un momento en el que los teotihuacanos entran en el camino de la secularización, abandonando el dominio de la teocracia; y con la secularización surge el expansionismo comercial y político. Una de las consecuencias más relevantes de este fenómeno es que comienzan a emplazarse viviendas permanentes en el corazón de la metrópoli sobre la base de conjuntos habitacionales que, planificados en un patrón de parrilla, confieren a este centro un verdadero aspecto urbano. La expansión más dramática ocurre hacia el sur hasta bloquear el paso del valle por el este, y su comunicación con el área de Puebla y Tlaxcala.

Durante la fase Xolalpan (450 a 650) la población de la ciudad se incrementa de una manera notable hasta alcanzar entre 125.000 y 200.000 habitantes, lo cual coincide también con un mayor desarrollo de su poder e influencia. Sin embargo, aunque para este momento la presencia teotihuacana en Mesoamérica ha logrado su máxima distribución, lo cierto es que su influencia comienza a decaer a lo largo de esta fase; este fenómeno ya no se va a detener hasta su abandono por un porcentaje poblacional muy alto, junto con la consecuente pérdida de control y hegemonía, tanto sobre Mesoamérica como sobre el propio valle de México.

Metepec (650 a 700) es un corto periodo en el que se efectúa la decadencia total de la urbe, la cual se acentúa gravemente a causa de un voraz incendio que devastó el centro. Como consecuencia de esta catástrofe, más de un tercio de la población sale de ella para asentarse en áreas de Texcoco, Chalco e Ixtapalapa. El deterioro del poderío de Teotihuacan da paso a un dilatado momento de vacío de poder en el que varios centros —ya importantes— compiten por hacerse con el control de la zona, iniciándose así una profunda reformulación de los patrones culturales distribuidos por Teotihuacan.

En definitiva, a lo largo de setecientos años Teotihuacan se levanta como un modelo de planificación urbana. Con una desviación de 15 1/4 grados hacia el noroeste marca la pauta a la cual se va a ajustar el resto de los asentamientos contemporáneos del valle de México y sus alrededores. El planteamiento general consiste en trazar una inmensa cuadrícula en dos ejes norte-sur y este-oeste: el primero de ellos está ocupado por estructuras predominantemente religiosas y políticas, iniciándose en el Templo del Sol y de la Luna y finalizando en la Ciudadela con un nexo de unión fundamental, la Calzada de los Muertos. El segundo tiene mayores connotaciones político-administrativas y comerciales, y está formado por la avenida este-oeste y los grandes complejos de la Ciudadela y el Mercado o Gran Conjunto.

En torno a este patrón básico se establecieron apartamentos multifamiliares formando cuadrículas, y dando lugar a pequeñas calles ocupadas por ciudadanos menos influyentes a medida que nos vamos alejando del centro de la comunidad.

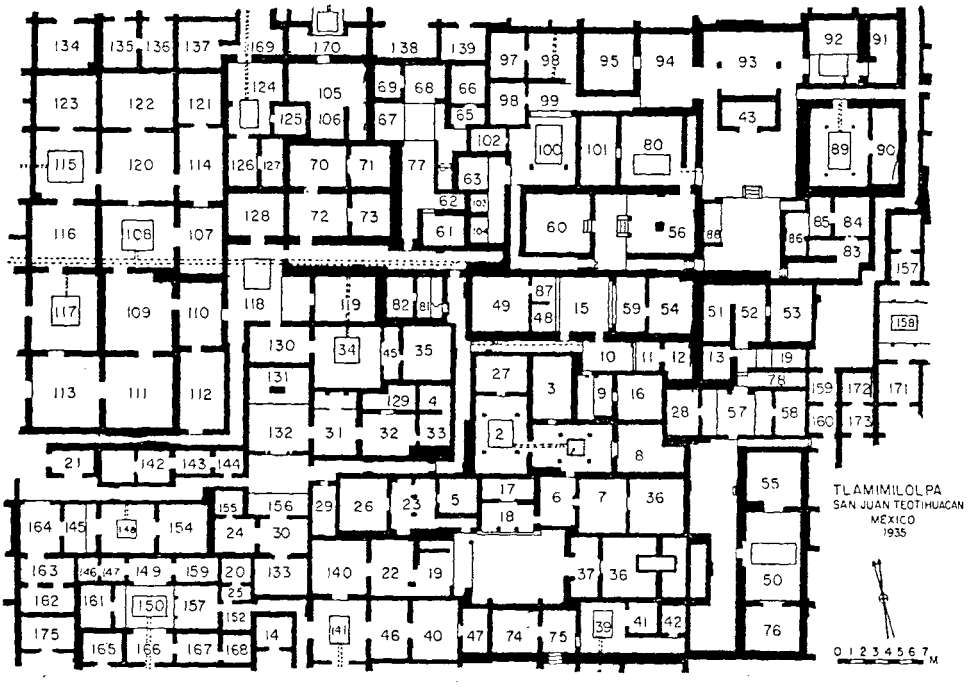
a) Sistemas de construcción

Un análisis simplista de la función de las construcciones de este centro urbano nos permite observar la presencia de edificios religiosos y cívicos, y las residencias en conjuntos de apartamentos. Las edificaciones religiosas se levantan sobre inclinadas plataformas piramidales que suelen estar decoradas con una serie de terrazas con talud y tablero, las cuales se rellenan a menudo con pinturas simbólicas y ornamentales. Con

seguridad, tanto la Pirámide del Sol como la de la Luna deben haber sostenido templos, y no descartamos que en su interior se hayan enterrado personajes importantes para la vida de la comunidad. De la misma manera, el Templo de Quetzalcóatl y la Adosada, representantes de dos momentos de construcción diferentes, y otros templos emplazados en el conjunto de la Ciudadela, pueden haber tenido la misma función. A ellos hay que añadir una ingente cantidad de templos más pequeños relacionados con los conjuntos de apartamentos.

Las construcciones cívicas de élite también se levantan con asiduidad sobre plataformas que, a veces, están decoradas con talud y tablero y cubiertas con pinturas. Tal vez, el ejemplo más representativo sea el Palacio de Quetzalpapálotl (Quetzal-mariposa), pero también los más sencillos —aunque elaborados— conjuntos de Xolalpan, Tetitla, Zacuala (o Yayahuala). Ambos sistemas son fieles exponentes de la manera de residir la élite: el primero de ellos es el más complejo y consiste en una combinación de habitaciones públicas y cuartos residenciales. El patio principal está rodeado por un porche con pilares decorados con lechuzas originalmente pintadas y con ojos de obsidiana. Otros están ornamentados con un perfil de pájaro quetzal. La asociación lechuza-quetzal se relaciona con un determinado linaje y con un culto guerrero. La estructura, construida aproximadamente en el 500, pone de manifiesto —como la superposición de la Adosada sobre el Templo de Quetzalcóalt— que la ciudad vive inmersa en un proceso de secularización y que se incrementa el culto a la guerra, a los linajes y a las personalidades más relevantes.

En cuanto a Xolalpan, Tetitla o Zacuala respetan, como en el caso anterior, un



Plano de un complejo de edificios del barrio de Tlamimilolpa, Teotihuacan.

patrón en el que habitaciones o porches se disponen alrededor de un patio que se orienta en torno a un altar central. Antes de cubrir el patio se construyó un complejo sistema de drenajes que permitió el abastecimiento de agua y el bienestar de sus ocupantes.

Cerca de 2.000 de los 2.600 edificios descubiertos en el centro urbano son conjuntos de habitación; sin embargo, a pesar de su elevado número, muy pocos han sido excavados en profundidad. La disposición es uniforme para todos ellos, y se desarrolla en torno a uno o varios patios rodeados por habitaciones y cercados por altas paredes de piedra sin ningún vano. Las dimensiones más corrientes oscilan entre los 50 y los 60 metros cuadrados, y se disponen en un patrón de parrilla formando calles. Por último, cada conjunto de apartamentos tiene al menos un templo —aunque en los más importantes el número es superior— que se suele emplazar en una posición preeminente con respecto a los patios; en ocasiones, aunque existen pocos datos para poder confirmarlo de manera definitiva, se han encontrado enterramientos debajo de estas estructuras.

En cada uno de los recintos de 60 metros cuadrados de promedio viven de 20 a 100 personas, según el tamaño de la construcción, lo cual permite establecer un cálculo que oscila entre 125.000 y 200.000 habitantes en el momento de máximo esplendor de la ciudad. En un espacio de tiempo relativamente corto, el sistema de apartamentos multifamiliares se convirtió en el patrón de residencia básico, el cual, curiosamente, no se vio acompañado por un incremento de población notable, aunque sí parece haber coincidido con el auge de la producción artesanal y, como consecuencia, con la expansión del estado de Teotihuacan más allá de los límites del valle de México.

Hay muchas posibilidades de que los ocupantes de estos recintos estuvieran relacionados primariamente por lazos de parentesco, pero también por una especialización artesanal común. Es decir, que tales conjuntos de apartamentos propiciaban una gran coherencia social, ya que estos grupos emparentados que desempeñaban oficios comunes pudieron tener una mayor integración social, practicar el mismo ritual, mantener espectativas comerciales uniformes, etc.

En Teotihuacan se descubrieron más de 600 área de trabajo, las cuales tendieron a conjuntarse en barrios. Por ejemplo, en la parte oeste se emplazó un grupo étnico procedente del valle central de Oaxaca, y en la periferia este se concentraron comerciantes de procedencia muy diversa. Es bastante posible que la organización de buena parte de la urbe en vecindades pueda haber propiciado la existencia de entidades corporadas, formando un nivel organizativo de suma importancia para la administración y control del estado, y para la organización local de las actividades.

Los barrios son unidades sociales más amplias que los conjuntos de apartamentos multifamiliares, especialmente cuando están ocupados por artesanos durante amplios periodos de tiempo, ya que pueden haber adquirido cualidades fuertemente corporadas, que afectan desde el abastecimiento hasta las manifestaciones rituales e, incluso, políticas. Un rasgo común es la presencia de un templo que les confirió coherencia social y religiosa, por lo general emplazado en el conjunto del líder del patio. Es así como pueden explicarse los conjuntos de Yayahuala, Xolalpan, La Ventilla B o Tetitla, aunque también hay distritos que no disponen de templos en el noroeste de la ciudad.

En definitiva, es muy probable que las relaciones complejas entre conjunto, barrio y frontera ocupacional hayan servido para fortalecer el tejido de la sociedad, y

disminuir las divisiones y el aislamiento social de los complejos residenciales simbolizados por las altas paredes sin ventanas de los conjuntos.

Como es natural, los materiales de construcción, dimensiones, localización y demás rasgos físicos no son uniformes para este modelo de vida estándar de la metrópoli. De hecho, detrás de ese patrón urbano básico en el que se desarrolló la vida más suntuosa a lo largo de la Calzada de los Muertos, se fueron disponiendo estos conjuntos de apartamentos en un patrón de parrilla, los cuales disminuyen en tamaño y calidad a medida que se van alejando del centro y acercándose a las periferias. Así, apartamentos multifamiliares como Xolalpan, Tepantitla, Zacuala y Atetelco representan el modelo de residencia de las clases medias.

En cuanto a la población rural, parece haberse planificado con los mismos esquemas que los del centro urbano; de hecho, fueron gobernados por personajes de la metrópoli de la cual dependían de manera casi absoluta, y fueron utilizados como puros centros de especialización agrícola o de recursos básicos.

b) La sociedad

La mera contemplación de las Pirámides del Sol o de La Luna, el Palacio de Quetzalpapálotl, la Ciudadela o la Plaza del Mercado, la gran cantidad de templos y palacios o las enormes avenidas que atraviesan la ciudad, pone de manifiesto que nos encontramos en un centro complejamente estratificado. En párrafos anteriores hemos señalado que la planificación y ejecución de unas obras tan complejas y vastas sólo pueden ser llevadas a cabo por unas instituciones profundamente desarrolladas en las cuales se hace necesaria una autoridad, tanto individual como colectiva, con capacidad de movilizar las masas y los recursos necesarios para tener éxito en la mayor empresa que se había iniciado hasta entonces en Mesoamérica.

Sin embargo, si abandonamos el terreno puramente especulativo y nos concentramos en los datos extraídos en excavaciones recientes, dispondremos de varias fuentes para determinar los límites reales de esta supuesta estratificación: con seguridad, el mayor conjunto de información procede de los apartamentos multifamiliares distintos en tamaño, situación, características internas y posición (hay un profundo abismo entre el espacioso conjunto de Xolalpan o Tetitla y los densa y caóticamente dispuestos del sector Tlamimilolpa). Por otra parte, el arte mural también es un caudal de información muy importante. A pesar de todo, existen serias lagunas en el intento de perfilar la estratificación de la sociedad en Teotihuacan.

Es muy posible que esta fuerza de autoridad emanara en un principio de la religión, que disponía de un amplio segmento sacerdotal como intermediario capaz de controlar los medios de producción necesarios para desarrollar tal labor constructora. Como consecuencia, apareció un estado teocrático que desembocó en la civilización urbana. Esta concentración de poder monopolista —religioso, administrativo y político— está representada en templos, edificios públicos y residencias, los cuales se constituyeron en medios de comunicación y transmisores de las ideas y creencias básicas de tal estado teocrático.

No obstante lo dicho, nuestros datos acerca de la élite teotihuacana no son muy frecuentes: no hay retratos de gobernantes como en la zona maya; algunas figurillas pueden representar líderes, pero más bien parecen ser gobernantes locales, ya que se encuentran en recintos habitacionales y no en el arte mural público o semipúblico,

donde las representaciones nos muestran temas religiosos y míticos, pero no escenas de dominio y poder. Asimismo, tampoco son frecuentes las representaciones de militarismo, a pesar de que diferentes cuerpos armados parecen haber desempeñado un relevante papel, al menos desde finales de la quinta centuria. Otra línea informativa que podría sugerirnos la vida de la élite —los entierros— también está muy limitada, porque la práctica de la cremación sin ofrendas fue el método más común en Teotihuacan.

Así pues, todo parece indicar que religión y política fueron mecanismos indiferenciados, por lo que se nos dificulta el establecimiento de la distancia entre gobernantes y gobernados, aunque debió ser amplia. Seguramente, el más alto estatus se emplazó a lo largo de la Calzada de los Muertos, en la Ciudadela, mientras que la élite de segundo grado ocupó el Gran Conjunto y la zona inmediatamente circundante. Ambos complejos parecen haber concentrado el poder político, religioso, administrativo y militar de la ciudad. Las prácticas de la clase dirigente al margen de estas ocupaciones son confusas, pero parecen incluir el canibalismo, como lo indican la gran cantidad de huesos humanos descubiertos en Maquixco.

También hay suficientes evidencias de sacrificio humano en la pirámide del Sol, en la Ciudadela y en La Ventilla B, si bien no hay datos de quién es el sacrificado. En los murales aparecen guerreros pertenecientes a órdenes militares —jaguar y águila— blandiendo cuchillos que atraviesan corazones. Con seguridad, estos murales están relacionados con la expansión militarista de Teotihuacan, que practicó, una vez sancionado por la ideología religiosa, el sacrificio humano. Es, pues, posible que un tercer segmento de la población estuviera ocupado por guerreros profesionales encuadrados en órdenes militares.

Una posición cercana a la ostentada por la élite debió alcanzar un grupo étnico procedente de Oaxaca que se estableció al oeste de la ciudad, el cual también adaptó una buena cantidad de rasgos teotihuacanos. En esta zona se descubrió una típica tumba de Oaxaca con antecámara y confeccionada a base de hileras de piedra, en la cual se colocó una estela con un glifo zapoteca. Todo parece indicar que la tumba —del siglo VIII— no fue sellada con carácter definitivo, sino que se abrió con frecuencia para inhumar nuevos individuos muertos. También se encontraron dos urnas funerarias con el estilo característico de Monte Albán.

Pero en Teotihuacan no sólo se establecieron los zapotecas, sino también grupos procedentes de la costa del Golfo que produjeron finas cerámicas, o individuos del área maya, los cuales prefirieron habitar el denominado «Barrio de los Mercaderes», situado al este del núcleo urbano.

Todo parece indicar que con la apertura de enormes redes comerciales y su control una muy variopinta cantidad de personas se acercó y residió en él, aunque no debió existir una colonia de carácter permanente como la procedente de Oaxaca. Seguramente, también residió en la zona noroeste del centro gente de la vecina Huasteca, a juzgar por la presencia de un templo redondo dedicado a Quetzalcóatl-Ehécatl, ya que el culto al dios del viento tuvo una especial transcendencia en esta región. Estos extranjeros debieron gozar de un alto prestigio según sus posibilidades económicas y políticas, y no debieron ser molestados, a juzgar por la permisividad que obtuvieron para mantener sus cultos.

c) Las actividades económicas

Un conjunto urbano tan variado tuvo que generar enormes problemas de aprovisionamiento y manutención a sus ocupantes. Por esta razón más de un tercio de la población asentada en él se dedicó a la agricultura, y la mayor parte de las comunidades del valle, que desde tiempos Tlamimilolpa se volvieron a reocupar mediante incentivos comerciales y religiosos, fueron utilizadas con fines exclusivamente agrícolas y de aprovisionamiento del centro urbano.

Posiblemente, uno de los incentivos que se tomaron muy en cuenta tanto para la fundación como para el posterior desarrollo de Teotihuacan fuera su emplazamiento cercano a una docena de afluentes, de los cuales el San Juan y alguno de sus tributarios habían de ser canalizados y atravesar la ciudad de este a oeste. Fueron estos mismos cauces de agua los que hicieron posible que se cubrieran ingentes necesidades generadas por el incremento poblacional, a pesar de que sólo se dispusiera de una tecnología y economía de subsistencia ancladas en patrones del Formativo.

Como es natural, una economía basada en la producción del maíz, calabaza, amaranto y otros cultivos, y complementada en escaso grado por la ingestión de proteínas de extracción animal, no fue suficiente para cubrir tales necesidades. Se hizo, pues, inevitable suprautilizar todos los sistemas hidráulicos para poner bajo producción cerca de 15 kilómetros cuadrados alrededor de la ciudad.

La estrategia de subsistencia no sólo se redujo al propio valle de Teotihuacan, sino que fue necesario controlar diferentes regiones del valle de México con suficientes recursos alimenticios. Así, las zonas al sur de Chalco-Xochimilco, Ixtapalapa y sur de Texcoco fueron explotadas para la caza de venados y la utilización de abetos y pinos para la construcción. También fue utilizado el lago para obtener recursos acuáticos. Los asentamientos se concentraron en la región centro-oriental de Tacuba, Tenayuca, Cuautitlán y Temascalapa, y fueron construidos según los esquemas originados en Teotihuacan. Ecatepec parece haber sido un centro productor de sal; Zumpango, en el extremo noroeste de la cuenca, parece haber sido fundado para extraer limo del río Salado, etc. Es decir, que seguramente la propia cuenca suplió la mayor parte de las necesidades básicas de la ciudad, sobre la base de no permitir la existencia de grandes asentamientos en su entorno, y de sacrificar los existentes como área de aprovisionamiento.

La tecnología, como ocurre en casi todos los centros clásicos mesoamericanos, no es compleja y procede de la utilización de rocas ígneas como lava, *tezontle* (escoria), basalto y obsidiana. También se aprovechó la madera y huesos humanos y de animal, especialmente astas de venado. Estos materiales fueron de fácil extracción dentro de los límites del propio valle: la obsidiana verde de Tulancingo, Hidalgo, y del Cerro de las Navajas, Pachuca, y la gris del Cerro de Olivares, cerca de Otumba. Una amplia variedad de instrumentos de basalto (manos, *metates,* machacadores de corteza, etc.), espátulas de hueso, punzones, agujas, puntas de proyectil, navajas, cuchillos, raederas, hachas, y hachuelas entre otros, forman el ajuar doméstico de las clases bajas y medias de Teotihuacan.

Pero al margen de estas actividades, la ciudad fue un foco altamente especializado, tanto para la manufactura como para el comercio, y ambos mecanismos estuvieron controlados por la jerarquía, que los utilizó con fines políticos para su expansión por toda Mesoamérica.

Entre la multitud de oficios, productos y bienes en que se ocuparon y necesitaron los habitantes de la metrópoli, destaca una especialidad que parece haber contribuido sobremanera a su prosperidad y a construir su imperio comercial: la obsidiana.

En Teotihuacan se han descubierto más de 400 áreas de trabajo de este material, la mayoría de ellas situadas en conjuntos de apartamentos que, en buena medida, se agruparon formando barrios. Con unas fuentes de aprovisionamiento relativamente cercanas (50 kilómetros en el caso de la obsidiana verde y 22 kilómetros en la gris), este material volcánico comenzó a trabajarse desde tiempos tempranos, ya que se conocen nueve áreas de trabajo de la fase Platachique (150 a.C. a 1 d.C.). A partir de este momento se fue especializando, no sólo en su manufactura, sino en lo que respecta al tipo de obsidiana utilizado: la obsidiana verde fue elaborada en torno a los conjuntos principales de la ciudad, mientras que la variedad gris se trabajó en zonas menos relevantes.

Hubo, pues, dos tipos de áreas de trabajo: unas dedicadas a la manufactura de productos locales en las que se confeccionaron instrumentos mayores (hojas, núcleos, raederas y bifaces), cuyas concentraciones no son muy fuertes, sugiriendo una especialización a tiempo parcial. Otras son las áreas regionales, sólo seis en el interior de la ciudad, que produjeron útiles destinados tanto para el consumo interno como para la exportación. Se localizan éstas junto a grandes conjuntos como la Pirámide de la Luna, la Ciudadela y el Gran Conjunto. La obsidiana verde fue explotada, transformada y distribuida hacia las áreas de trabajo dentro de la urbe bajo la dirección y control del estado desde tiempos Tlamimilolpa (400 d.C.). Desde este momento, el 90 por 100 de la técnica núcleo/cuchilla estuvo en manos del estado.

Ahora bien, resulta curioso que el asentamiento en el que verdaderamente se concentró la mayor cantidad de trabajo de obsidiana verde, y desde el que se llevó a cabo su exportación, estuviera fuera de los límites de la ciudad, aunque bajo su control: Tepeapulco.

No cabe duda de que la especialidad básica fue la obsidiana, pero también hubo otros productos como la cerámica Naranja Delgada —manufacturada en Puebla pero controlada por Teotihuacan— y otros muchos objetos que después se imitaron mucho más allá de sus fronteras, y formaron parte de los mecanismos mediante los cuales se expandió su influencia. El desarrollo económico de Teotihuacan estuvo emparentado también con la evolución de su sistema religioso; fue un centro de peregrinación que atrajo a gente y comercio tanto por su sofisticación teológica como por su tecnología.

Esta ingente empresa de sofisticación religiosa y económica culminó con un enorme desarrollo comercial, y entre los tres colaboraron decisivamente en su evolución política y militar. La estrategia de la élite en este sentido fue ejercer un férreo control sobre el intercambio de bienes, y un dominio directo sobre las materias primas críticas cuya custodia fue irrenunciable para ella (la obsidiana); mientras que muchas actividades económicas de ámbito cotidiano no fueron supervisadas. Es decir, fuerte control para productos básicos y su manipulación comercial, y permisividad para el intercambio a pequeña escala. Esta política comercial se vio facilitada por las posibilidades que el Gran Conjunto o la Plaza del Mercado brindaba para la concentración de productos del área maya, de la Costa del Golfo, de Oaxaca y de otras regiones, cuyos bienes también resultaron vitales para seguir ejerciendo el control de la sociedad.

Con una religión planificada y controlada por el estado, unas manifestaciones artísticas al servicio preferente de aquellos que constituían la jerarquía urbana y un monopolio en la extracción de recursos y materias primas, así como una explotación y distribución de productos críticos por parte de esta misma élite, el estado teotihuacano logró: controlar por completo la región y sus recursos, de tal modo que ésta se convirtió en un inmenso área de aprovisionamiento de Teotihuacan, con escasos centros secundarios y pequeños asentamientos dispersos; desarrollar y después explotar el interior de la cuenca de México; explotar y monopolizar la extracción, manufactura y distribución de la obsidiana, manteniendo separados los centros para el consumo local y regional de aquellos que tenían una proyección extrarregional; y explotar las creencias y rituales relacionados con Teotihuacan hasta el punto de que transcendieron sus fronteras étnicas, convirtiéndola en una ciudad sagrada y legitimando su expansión.

d) La ideología

Una sociedad tan compleja como la que acabamos que describir sólo pudo convivir mediante el concurso de mecanismos integradores que descansan en la religión y la ideología. Este dominio del universo religioso en la vida de los ocupantes de la ciudad está reflejado en primer lugar en la arquitectura y en la planificación del centro urbano, pero los murales pintados también fueron muy importantes para transmitir el mensaje ideológico y, en menor grado, la cerámica y el arte lapidario.

Es claro que cada cultura elige los medios que más se acoplan a su mentalidad para difundir su ideología en forma de manifestaciones artísticas; y así, de la misma manera que los olmecas escogieron la escultura y la lapidaria como medio de expresión, los mayas optaron por la decoración arquitectónica en estuco y la cerámica, mientras que los mixtecos se decantaron por los códices y los teotihuacanos por el arte mural.

De todos modos, este mensaje ideológico canalizado a través del arte se capta en una primera visión de la ciudad, cuando uno recorre la Calzada de los Muertos y analiza edificio tras edificio en los que la combinación ornamental del talud y el tablero se repite hasta la saciedad. Diversos investigadores coinciden en que con este método se consigue la sacralización de los espacios seculares. Es de esta forma como nos podemos explicar que el Gran Conjunto, la zona más secular de la ciudad, también esté recubierto por el talud y el tablero; es decir, que un centro burocrático se ornamenta con una fachada típica de un recinto templario. Tal construcción mental se acopla perfectamente a la sacralización de la élite gobernante a la que nos hemos referido.

Pero no sólo las construcciones, sino la propia ciudad fue concebida como un espacio sagrado, como centro cósmico, como ombligo del mundo. De hecho, en cuatro murales aparecen elementos indicativos de la creación del «Quinto Sol». No es de extrañar, pues, que de esta metrópoli, fundada, planificada y orientada sobre una cueva situada bajo la Pirámide del Sol —que muchos autores han identificado con el mítico Chicomóztoc o «Siete Cuevas» azteca— emanara un mensaje ideológico ritualizado, cargado de símbolos sagrados, mítico, y se transformara en el mayor centro de peregrinación de todo Mesoamérica.

Quien llega a Teotihuacan accede a la ciudad donde se origina el mundo, el tiem-

po del presente ciclo de la existencia humana, y su propia orientación 15 1/4 grados al noroeste puede estar conmemorando el inicio o punto de partida de este comienzo del tiempo. Después, la instrumentalización y manipulación de estas construcciones mentales desembocaron en complejos cultos de estado, lo cual facilitó tanto el establecimiento de la jerarquía política como la propia expansión del estado.

Otro cuerpo de datos importantes que nos informa de la vida religiosa de los teotihuacanos a través del arte son los murales pintados, de los cuales se conocen alrededor de 350 ejemplos. Templos, palacios, edificios públicos y residencias privadas fueron profusamente decorados con pinturas.

La técnica empleada para tal fin consistió en alisar las paredes para después aplicar una fina capa de arcilla, y sobre ella otra de arena y barro mezclado con finas partículas de cuarzo. Una delgada película de color rojo lo cubrió todo y después se perfilaron sobre ella figuras en rojo oscuro o negro. Por último, azules, verdes y amarillos pálidos rellenaron los espacios perfilados. No estamos muy seguros, pero quizás previamente todos estos colores se mezclaron con una sustancia pegajosa, tal vez savia de maguey, que les dio más consistencia. Una vez confeccionado el mural, fue pulido con una piedra dura. Ni que decir tiene que las representaciones dibujadas en ellos son profundamente litúrgicas, aunque hemos de reconocer que al final de la secuencia se deja notar un cambio hacia posiciones más militaristas y secularizadas.

En el centro de estas manifestaciones litúrgicas se encuentra Tláloc, el dios de la lluvia, que no aparece como figura unitaria sino que exhibe varias vertientes diferenciadas: como dios de la lluvia está representado con rasgos de cocodrilo y se asocia con la fertilidad y el agua, manteniendo fuertes conexiones con Izapa; como deidad relacionada con el inframundo aparece con rasgos felínicos, pudiendo estar emparentado con Cocijo en Monte Albán y, tal vez, con las manifestaciones artísticas olmecas; como divinidad de élite combina rasgos de lluvia y de jaguar, y lleva un tocado guerrero que le relaciona con un grupo de alto estatus de carácter militarista. A menudo, esta representación alcanza una mayor difusión fuera de los límites de la ciudad —sobre todo entre los siglos V a VII— y sugiere que ha acompañado a la dinastía militar en sus conquistas, pero su culto no transciende a la caída de Teotihuacan; una última vertiente de Tláloc es aquella que porta un signo del año sobre su tocado y mantiene rasgos de cocodrilo y de la lluvia, pero que se encuentra asociado a contextos dinásticos. Su vigencia abarca la octava y novena centurias, y tiene una amplia distribución a finales del Clásico y durante el Postclásico temprano en el área maya.

Es, pues, claro que el absoluto predominio de la sociedad teocrática se va desplazando hacia un mundo secularizado y militarista, caracterizado por cultos guerreros que se hacen muy frecuentes al final de la secuencia clásica de la ciudad.

Pero esta evolución no sólo afecta a la figura de Tláloc, sino que en Teotihuacan se pueden reconocer otras deidades del panteón del centro de México como el dios del fuego viejo, Huehuetéotl; la diosa del agua, Chalchiutlicue; el dios del pulque o dios Gordo; el dios de la muerte, Mictantecuhtli, etc., los cuales ponen de manifiesto la existencia de un sistema de creencias basado en el politeísmo. Al final de la historia del centro destacó el culto a Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, que había logrado adaptarse a cada fase que atravesó la metrópoli e, incluso, sobrevivió a su caída a comienzos de la octava centuria.

También son muy corrientes las figuras de sacerdotes que organizan el culto, como los incluidos en el Mural de la Agricultura, en que aparecen personajes ante

dos altares humeantes ofreciendo cerámica, comidas e incienso. En el cuarto anexo al mural en que se desarrolla el Tlalocan («El Paraíso de Tláloc») en Tepantitla aparece una procesión de sacerdotes ataviados con largas plumas sobre sus cabezas y portando en una de sus manos una bolsa. Están tocados con plumas de quetzal y llevan ricos vestidos, sandalias y capas, mientras que las sacerdotisas portan *quéquechmitl* y uñas pintadas en una tonalidad azul.

La tendencia hacia el militarismo de la sociedad teotihuacana y la aparición de cultos dinásticos también está representada en los murales de Teotihuacan con otros motivos. Así, una serie de temas relacionados con la mariposa confirman la existencia de rituales funerarios, y la aparición de búhos, flechas, escudos, lanzadardos y otra parafernaria guerrera sugiere la preponderancia de cultos guerreros. Ya hemos adelantado que la asociación del búho y la mariposa en el Palacio de Quetzalpapálotl designan una dinastía que ha obtenido prestigio mediante acciones bélicas.

En definitiva, el arte mural teotihuacano pone de manifiesto la evolución religiosa e ideológica de la ciudad, iniciándose con una exaltación de los temas relacionados con la naturaleza, pasando por una etapa profundamente teocrática y culminando con la glorificación de guerreros y gobernantes. En el centro de estas representaciones, y como manifestación más compleja del arte mural teotihuacano, se alza el mural que representa el Tlalocan en Tepantitla, en el que se describe el dominio del paraíso del dios de la lluvia: una promesa de vida feliz después de la muerte que, sin duda, debió proporcionar un inusitado poder al sacerdocio teotihuacano.

Pero al margen de estas escenas de prosperidad, de las manifestaciones de Tláloc y del panteón divino, y del cambio en la mentalidad e ideología sufrido por la sociedad que estamos analizando, el mural refleja aún otros temas de vital importancia, aunque no disponemos de mucha información sobre ellos: por ejemplo, escenas del juego de pelota, que no sólo aparece en el Tlalocan, sino también en algún otro mural, cuando no nos ha quedado constancia de su práctica real en Teotihuacan, y que puede ser reflejo de las conexiones existentes con comunidades de la costa del Golfo. O también la variedad de glifos y motivos que documentan las conexiones de la ciudad con el área maya y el valle central de Oaxaca.

Ahora bien, aunque las manifestaciones artísticas teotihuacanas de mayor relevancia se representaron en los murales pintados, no por ello hemos de olvidar otros medios que resultaron muy informativos a la hora de diseñar la asociación del arte con el mundo religioso. La cerámica fue también un medio muy importante de transmisión de ideas, y permitió establecer cuatro amplias fases para el Clásico teotihuacano definidas según los estilos decorativos emparentados con ellos: desde el puramente geométrico de la primera época (líneas, grecas, círculos, volutas, etc.), pasando por una orientación naturalista (motivos antropomorfos, zoomorfos, fitomorfos, estelares y demás), y culminando por un estilo decorativo simbólico mediante el cual se representan dioses, animales, fenómenos terrestres, celestes y marinos, e incluyendo algunos glifos.

En realidad, este último se inicia desde una fecha muy temprana en el núcleo urbano, e incluye representaciones de Tláloc, Huehuetéotl (el dios del fuego viejo, de clara filiación formativa), el dios Gordo que suele aparecer con los ojos cerrados y Xipe Tótec, el dios de la primavera, que viste una piel humana sobre la espalda y cuyo culto puede haberse iniciado en la región de Guerrero o de Oaxaca.

También frecuente es el motivo de la serpiente emplumada, Quetzalcóatl. Para final de Teotihuacan III este estilo simbólico alcanza su punto culminante, e incluye

a Xochiquétzal, el dios del cuchillo y a Xochipilli, el símbolo de la voluta en la palabra y la flor significando el canto. Además, hay un evidente aumento de signos glíficos, que incluyen el ojo de reptil y el signo de Venus.

El último momento, como es natural, está definido por el ocaso de la ciudad y, con ella, la reducción dramática de estos diseños, de los cuales sólo permanece las figuras de Tláloc, Xipe Tótec y Quetzalcóatl. Esta decadencia se ve acompañada por la introducción de deidades y símbolos extranjeros como el dios narigudo maya, Chac, y el dios de la muerte, así como algunos glifos más.

Estos motivos decorativos, fieles exponentes de la ideología y del universo religioso teotihuacano, se exportaron a regiones muy alejadas en las cuatro direcciones, haciéndose muy populares los cilindros trípodes con tapadera decorados con estuco o pintura, relieve, grabado o incisión; y la *ware* Naranja Delgada que, aunque manufacturada en el área de Puebla, fue controlada tanto en su producción como en su distribución por Teotihuacan, y exportada a ciudades y asentamientos tan alejados como Kaminaljuyú, Copán y centros de El Salvador.

También las figurillas de cerámica lograron una profunda evolución a partir de un estilo muy peculiar, y su uso llegó a ser tan frecuente que a partir del año 400 comienzan a fabricarse en serie mediante la utilización de moldes. Además, son también fieles exponentes del proceso de secularización al que ya nos hemos referido, dado que se introduce la manufactura de «retratos» confeccionando rostros de forma triangular y una pequeña depresión en la zona superior de la cabeza. También las figurillas articuladas de brazos móviles constituyen una innovación clásica.

La lapidaria fue un medio de expresión artística complementario, manufacturándose numerosas máscaras de piedra verde, serpentina, ónice, obsidiana y cerámica. La principal dificultad en lo que a su estudio se refiere procede de que la mayoría de ellas se han encontrado fuera de contexto cultural, pero pueden formar parte de ese proceso de secularización y de vida urbana por el que atravesó Teotihuacan a partir del inicio de la sexta centuria aproximadamente.

En definitiva, estas manifestaciones artísticas descritas de manera muy breve, junto con otras menos importantes, son fieles exponentes de una compleja ideología que sacralizó el mayor espacio urbano de la Mesoamérica prehispánica durante el periodo Clásico. Mediante un elaborado proceso de teocratización de la ciudad y de sus habitantes más cualificados, que culminó con la idea de que Teotihuacan era el ombligo del mundo y el único centro que conocía los mecanismos mediante los cuales el sol se podía mantener en el universo, la élite teotihuacana logró confeccionar una enmarañada leyenda por la cual esta metrópoli se convirtió en un gran centro de peregrinación. Esta ideología, además, no mantuvo en ningún momento un carácter endógeno, sino que se exportó, transcendiendo las fronteras naturales del valle y de la propia cuenca de México.

En este proceso de exportación estuvo implícita la manipulación e instrumentación de dicho carácter simbólico y mítico, mediante la cual la jerarquía de élite dejó poco a poco de ser teocrática y se transformó en estatal, y los cultos celebrados en la ciudad dejaron de ser esotéricos para erigirse en verdaderos cultos de estado, lo que sin ninguna duda contribuyó a su expansión imperialista, fenómeno que va a ser analizado a continuación.

e) Relaciones con el exterior

Estas condiciones que acabamos de mencionar, unidas a un lento pero profundo proceso de secularización de la jerarquía teotihuacana que se inicia seguramente hacia el año 500, y que está representado por la superposición de la pirámide conocida con el término de la Adosada sobre el Templo de Quetzalcóatl y con la construcción del Palacio de Quetzalpapálotl, generaron un profundo cambio desde la exaltación de un simbolismo religioso hacia la glorificación de la jerarquía militar. Inevitablemente, las necesidades expansionistas de la ciudad y un pujante culto guerrero concluyeron en fricciones con los ocupantes de otras regiones y, de hecho, después del 500, se hacen frecuentes en el arte motivos como puntas de flecha y de lanza, cuchillos de obsidiana, hachas, lanzadardos o *átlatls*, hondas, arpones, arcos y flechas.

El periodo Clásico en Teotihuacan fue, sin duda, un momento expansionista, pero de ningún modo podemos afirmar que construyera un gran imperio uniforme, homogéneo; ni siquiera estamos en condiciones de asegurar su existencia.

Tal vez sólo se diera una verdadera colonización en el propio valle de Teotihucan, con un dominio férreo que en algunas ocasiones pudo adquirir tintes ciertamente colonizadores: es el caso de los valles de México y Puebla y, tal vez, los valles de Toluca y Morelos, incluyendo el importante centro de Cholula. Sin embargo, este control no fue tan completo en el caso de Tula, mucho más cercano. Cholula tiene suficientes rasgos teotihuacanos (como decoración arquitectónica de talud y tablero, murales pintados en rojo, negro y azul con motivos teotihuacanizados que alcanzan su punto culminante en los murales de los borrachos, en los que aparece un grupo de personas bebiendo pulque, figurillas, lapidaria, etc.) como para considerarlo un asentamiento subsidiario de Teotihuacan. Es decir, que el área verdaderamente colonizada por la gran metrópoli clásica del centro de México puede considerarse pequeña, aunque lo suficiente variada y rica en recursos como para sostener la ciudad sin grandes preocupaciones.

Al margen de ello, Teotihuacan consiguió una serie de alianzas —algunas de ellas bajo presión militar— que le permitieron establecer colonias, puertos de comercio, enclaves secundarios y terciarios mediante los cuales controló determinadas materias primas y recursos de interés para la élite; por esta razón, su acción y métodos nunca se programaron homogéneos. Su pretensión en este sentido parece haber sido formar un imperio comercial, más que militar y político, aunque en ningún caso se descarta la ayuda militar para afianzar este tipo de relaciones.

Teotihuacan extiende sus fronteras hacia el norte desde los primeros momentos del periodo Clásico, en dirección a unas regiones que, favorecidas momentáneamente por un benéfico régimen de lluvias, habían sido hasta entonces marginales para la agricultura. Surgen entonces pequeños asentamientos sobre colinas, aunque algunos se hacen más complejos y adquieren la apariencia de un pequeño centro ceremonial, en los estados de Zacatecas y Durango, formando parte de lo que se ha denominado cultura Chalchihuites: Alta Vista, La Quemada y Zape entre otros.

La estratégica posición de estos emplazamientos debió provocar su control, ya que fueron muy útiles para dominar los depósitos de turquesa, jadeíta y pedernal. De hecho, en la región se han encontrado túneles que tienen varios kilómetros trazados con el fin de obtener estos materiales. Un buen ejemplo de ello lo constituyen las minas de Alta Vista, ya conocidas desde la época de los olmecas.

La presencia teotihuacana introdujo esta zona dentro del área cultural mesoamericana, exportando rasgos tan claves como la agricultura, los centros ceremoniales y sus rasgos arquitectónicos y diversos cultos relacionados con el juego de pelota, la serpiente emplumada, Tláloc y otras divinidades de menor importancia. Sin embargo, esta afiliación a la cultura mesoamericana fue efímera, y de ello habla el carácter defensivo de estos asentamientos que, ante nuevos regímenes de lluvias adversos y redes comerciales muy inseguras, fluctuaron culturalmente entre dos áreas culturales muy distintas: Mesoamérica y la Gran Chichimeca.

También durante el Clásico temprano, pero sobre todo desde el Clásico medio, se desarrolló su expansión hacia el sur y el sureste de Mesoamérica. Una primera fase se centra en el área sur y norte de los estados de Veracruz y Tabasco respectivamente, zonas de grandes recursos cacaoteros y de caucho. Es este un momento en que sitios importantes como Matacapan y Cerro de las Mesas se transforman en colonias teotihuacanas, y son controladas directamente desde el valle de México hasta finales del Clásico.

El Itsmo de Tehuantepec es un paso natural hacia los altos de Chiapas, la llanura costera y el altiplano de Guatemala, regiones cuyo control también fue ambicionado por Teotihuacan durante su etapa de máximo esplendor. Poco después del año 300, Kaminaljuyú, un asentamiento emplazado en el altiplano central de Guatemala, sufre un profundo cambio en su patrón de asentamiento desde un modelo de plaza disperso hasta una acrópolis de tipo teotihuacano con edificios decorados con talud y tablero, el cual se acompaña por la presencia de figurillas, cilindros trípodes, cerámica Naranja Delgada, obsidiana verde y demás parafernalia de estatus característica de las jerarquías ocupantes de la gran metrópoli.

Desde el punto de vista artístico, aparecen guerreros y deidades en gran cantidad de medios. Seguramente, la sumisión de Kaminaljuyú como colonia teotihuacana de vital importancia en el sur de Mesoamérica le permitió a esta gran metrópoli del centro de México controlar la llanura costera del Pacífico, y sus rutas de comercio, así como las fuentes de materias primas de las tierras altas, consiguiendo obsidiana, cinabrio, algodón, cacao, plumas de quetzal, etc. Algunos autores dudan de que Kaminaljuyú fuera asimilado de tal manera que se llegara a convertir en una colonia dirigida por élites teotihuacanas, y defienden que sólo se trató de un puerto de comercio a su servicio, mientras que otros limitan estas relaciones a un simple enclave. En cualquier caso, la influencia teotihuacana, al igual que en la zona de Veracruz, fue efectiva entre el 400 y el 550.

Las tierras bajas mayas es una región que, por aquel entonces, había alcanzado un elevado grado de desarrollo relativamente autóctono, y también fue ambicionada por Teotihuacan.

Grupos mixtos de militares y comerciantes penetraron en diversas ciudades del Petén guatemalteco como Tikal, Uaxactún, Yaxhá y llegaron hasta Becán, en Campeche, transformando la sociedad maya en profundidad. Esa evolución a la que nos hemos referido había sido construida sobre la base de confeccionar una tupida red de intercambios cuyo punto neurálgico se encontraba en la zona central del Petén, y era gobernada durante el Clásico temprano por Tikal.

En este centro, los personajes más cualificados de esos grupos de militares y comerciantes lograron emparentarse con la élite dirigente, y temporalmente se hicieron responsables del destino de la ciudad, como ponen de manifiesto los reinados de Nariz Rizada y de Cielo Tormentoso.

También pueden haber sido en buena medida responsables de las fortificaciones de asentamientos que hasta entonces no se habían sentido acosados por el exterior, como el propio Tikal o Becán, las cuales se levantaron con el fin de proteger un tramo de ruta comercial que cruza la península desde el Golfo de México hasta el mar Caribe.

La presencia teotihuacana en las tierras bajas mayas no sólo se limitó a su zona central, sino que también puede rastrearse en sitios tan dispares como Río Azul, en la intersección de Guatemala, Belice y México o Acanceh y Dzibilchaltún, donde fueron construidos grandes edificios con la característica decoración de talud y tablero. A pesar de esta dilatada distribución espacial, no parece haber existido un verdadero control político o colonización de todo el área maya, sino todo lo más enclaves neurálgicos para el control o, en todo caso, el abastecimiento de bienes estratégicos y materias primas vitales para el mantenimiento de la mayor capital del Clásico mesoamericano.

En definitiva, Teotihuacan parece haber tenido exclusivas competencias comerciales sobre regiones claves (en lo que se refiere a materias primas y productos de élite), lo cual se tradujo en una expansión poco homogénea y de escaso control en el área mesoamericana. En algunos sitios no cabe duda de que el poder militar, el comercio y la religión se combinaron con los avances tecnológicos para levantar verdaderas colonias en determinadas regiones cuyo control fue de vital trascendencia; pero en muchos casos esta política no fue necesaria porque las redes de aprovisionamiento y redistribución estaban aseguradas a base de alianzas, y por el gran prestigio que durante el periodo Clásico adquirió esta gran metrópoli.

f) Decadencia y abandono de la ciudad

Un acontecimiento que afecta de manera generalizada a las grandes urbes del área mesoamericana es su decadencia, con el consecuente vacío de poder sobre amplias regiones que ello trae consigo y los dilatados periodos de reformulación política y cultural mediante los cuales nuevos centros logran obtener el control de enormes zonas. Otra regla general, en relación con este fenómeno, es que aún no disponemos de datos suficientes para asegurar cómo y por qué se desencadenaron diferentes procesos que desembocaron en su declive definitivo.

En el caso concreto de Teotihuacan, el final de la fase Xolalpan e inicio de la etapa Metepec marca un momento en el que la llegada de bienes de élite al centro urbano se hace ciertamente difícil, a pesar de la importancia que éstos tenían para el mantenimiento de las altas jerarquías mesoamericanas. Acompañando a este proceso, y quizás provocándolo, una cantidad cada vez mayor de centros se independizan del control teotihuacano e incrementan su poder. De hecho, durante esta última fase, la clase militar ha logrado dominar todos los estamentos de la ciudad, lo cual puede considerarse como un síntoma de las dificultades con que se encuentra en este momento.

No obstante, es un periodo en que aún llega gente procedente de la península del Yucatán, de la costa del Golfo y de la desembocadura del río Grijalva y otras regiones más, y se siguen levantando edificios de relativa importancia. Un hecho que pudo crear grandes dificultades a sus ocupantes fue un devastador incendio que destruyó gran parte de la ciudad hacia el año 650, catástrofe que se vio acentuada por el

paulatino proceso de decadencia del prestigio de la ciudad y de su poder político y económico. Como consecuencia de ello, se inició un descenso continuado de población hasta que dejó de ser influyente en el contexto mesoamericano.

Es éste un proceso similar al ocurrido en otros centros clásicos, mediante el cual grandes masas humanas se ven obligadas a desplazarse a otros asentamientos ante la imposibilidad de poder mantenerse en los suyos de origen, donde la afluencia de productos para su manutención y las expectativas de comercio para sus actividades profesionales ya no están garantizadas.

En Teotihuacan, esta situación desembocó en la absoluta ausencia de operatividad del aparato del estado, a pesar del gran esfuerzo realizado por la clase militar para mantener el antiguo halo de poder y prestigio que con el tiempo había obtenido la metrópoli; y buena prueba de ello pueden ser los cientos de figurillas Metepec hechas a molde que retratan guerreros, o las altas paredes defensivas que se construyeron en torno a la Ciudadela.

En este proceso de conflicto social y presiones internas y externas la urbe no fue destruida por completo, pero sí su centro, de tal manera que muchos templos y edificios en torno a la Calzada de los Muertos fueron devastados por el fuego. Más de cuatrocientas áreas de fuego fueron localizadas en poco más de dos kilómetros cuadrados comprendidos entre los conjuntos de la Ciudadela y la Pirámide de la Luna. El resto del centro urbano también fue destruido, pero de manera muy selectiva, afectando sólo a templos y residencias públicas de carácter administrativo, así como algunos otros centros religiosos neurálgicos; parece ser que nos encontramos ante una destrucción ritual, mecanismo que estuvo ampliamente afincado en la tradición cultural mesoamericana desde tiempos formativos.

En definitiva, pudo haber una confluencia de factores extranjeros y autóctonos que destruyeron el centro y las periferias de la metrópoli respectivamente. La procedencia de los agentes extranjeros es poco conocida aún: parece claro que el problema no se puede reducir tan sólo a la penetración de pueblos bárbaros del norte; si bien es una posibilidd cierta su contribución a este proceso, habría que considerar también la presión ejercida por sitios tradicionalmente explotados por Teotihuacan, y que para este momento habían adquirido un gran desarrollo y se veían capacitados para tomar el relevo del poder, como El Tajín, Xochicalco y Cholula. De hecho, hacia el año 650 los olmeca-xicalanca toman Cholula y establecen su capital en Cacaxtla. Todos ellos debieron colaborar en la caída de Teotihuacan, así como los propios toltecas que se habían asentado en Tula para el final del siglo VIII.

Todos estos complicados procesos, internos y externos, de manera integrada, confluyeron para precipitar el hundimiento de Teotihuacan que, como hemos señalado, no fue abandonado por completo, sino que permaneció siendo regularmente relevante para el centro de México, pero que nunca habría de alcanzar el papel preponderante que tuvo para Mesoamérica en centurias anteriores.

1.2 *Monte Albán y el valle de Oaxaca*

El valle central de Oaxaca es una de las regiones mesoamericanas donde se ha construido una secuencia evolutiva más amplia. No es de extrañar, pues, que para el inicio del periodo Clásico temprano se cuenten por cientos los yacimientos distribuidos en él, aunque de todos ellos solamente Monte Albán logrará integrar las tenden-

cias y fuerzas autóctonas necesarias como para constituirse en su capital política y cultural.

La idea de fundar una gran urbe en la cual organizar de manera común las tendencias políticas de una confederación de sitios con un elevado grado de autonomía no son nuevas, sino que ya desde el periodo II de Monte Albán, que coincide con el Formativo tardío (200 a.C. a 300 d.C.), se inician diversos trabajos de remodelación y nivelación en la cima de una colina, a la vez que se levantan varios edificios en torno a las dos plazas que albergan las construcciones más relevantes de la ciudad. A partir de este momento la sociedad zapoteca consigue desarrollarse como un conjunto uniforme e integrado, y comienza a influir y a asemejarse a otros centros complejos de Mesoamérica.

Cronológicamente, la historia del sitio se ha dividido en cinco amplias etapas:

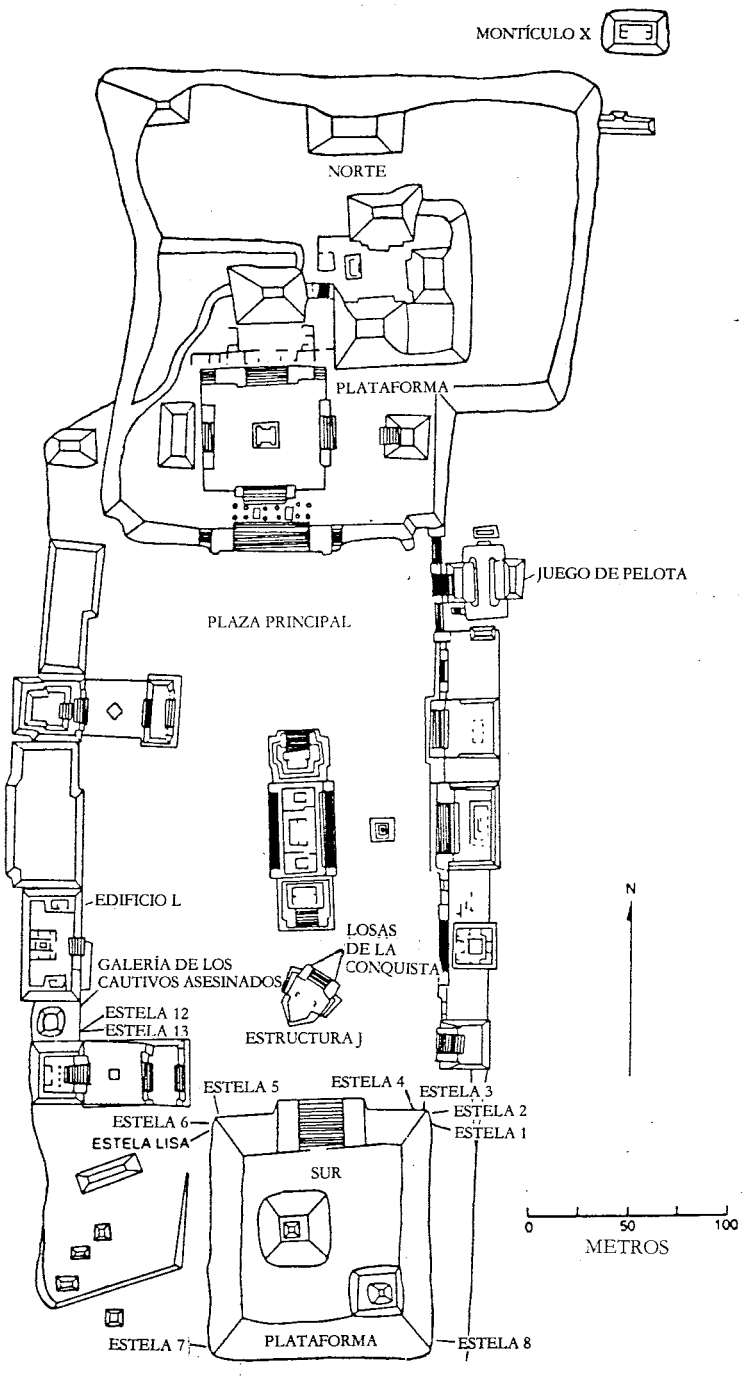
Monte Albán Ia (500 a.C. a 350 a.C.)
Ib (350 a.C. a 200 a.C.)
II (200 a.C. a 300 d.C.)
IIIa (300 a 500 d.C.)
IIIb (500 a 750 d.C.)
IV (750 a 1000 d.C.)
V (1000 a 1520 d.C.)

Para el periodo que nos interesa (Monte Albán III a y b), la ciudad alcanza una extensión aproximada de seis kilómetros cuadrados, y en su primera etapa clásica alberga unos 16.500 habitantes, población que casi se llega a duplicar para finales del Clásico tardío; no obstante, si tenemos en consideración tanto el área esclusivamente metropolitana como su área de mantenimiento, la zona se extiende sobre unos 40 kilómetros cuadrados, y en ella se incluye tanto arquitectura pública y residencial como edificios religiosos y cerca de 2.000 terrazas habitacionales, cada una de las cuales sostiene una o dos habitaciones. Es decir, que en el área urbana reside una población cercana a los 30.000 habitantes, a la que hay que añadir la correspondiente a unos 80 sitios más clasificados como importantes, y otros muchos asentamientos menores distribuidos por todo el valle.

a) Evolución urbana

La planificación original del centro comienza a llevarse a cabo en torno a la Plaza Principal, que tiene unas dimensiones totales de 200 metros de ancho por 300 metros de largo; tal espacio fue trazado ya desde el Formativo medio (500 a.C.), y estuvo rodeado en sus cuatro lados por plataformas y estructuras de carácter civil y religioso.

Esta amplia explanada, al contrario de lo que uno puede pensar y es manifiesto en otros grandes centros mesoamericanos, no fue planificada como un dilatado espacio abierto en el que concentrar a la población para celebraciones públicas masivas, sino más bien como un lugar recóndito, cuyas puertas de acceso se vieron dificultadas y limitadas, reduciéndose a las cuatro esquinas durante el periodo III a y b. Es muy posible que tales restricciones de acceso a la Plaza Principal funcionaran de manera cotidiana, aunque no descartamos del todo que en determinadas ocasiones se



Plano del centro de Monte Albán.

utilizara para celebrar ceremonias de gran transcendencia para la ciudad, pudiendo acoger a varios miles de personas.

Durante la primera etapa clásica de la urbe es palpable la influencia de Teotihuacan, la cual se pone de manifiesto tanto en cerámicas como en monumentos arquitectónicos y escultóricos; sin embargo, las relaciones entre los dos mayores centros mesoamericanos durante esta época parecen haber sido bastante genéricas, pacíficas, y basadas en el respeto mutuo, razón por la cual se puede observar un alto grado de autonomía en todo el valle central de Oaxaca.

Este periodo ve engrandecerse la ciudad de manera considerable hasta albergar en su interior 16.500 habitantes, si bien esta evolución es muy pausada: de hecho, la extensión de las conquistas de Monte Albán en el valle decrece con respecto a la etapa anterior (Monte Albán II), y las fronteras regionales se contraen más que se expanden, ya que varias áreas de la cuenca como Cuautitlán —que antes contenían en sus registros cerámicas de Monte Albán— se relacionan ahora con objetos de Teotihuacan. A pesar de ello, el fenómeno en el altiplano central de Oaxaca es inverso, y la población al menos se duplicó con respecto a la existente durante el periodo II.

Seguramente, este fenómeno contradictorio se debe a que la capital zapoteca aparece en este momento como un centro aislado, introvertido, muy tradicional e incapaz de competir política y económicamente con aquella otra del centro de México. Como consecuencia de ello, hay una reorganización profunda del valle mediante la cual surgen cinco tipos de asentamientos jerarquizados. Jalieza se desarrolla entonces como un centro de segunda categoría situado a unos 20 kilómetros de Monte Albán y llega a tener 12.000 habitantes, casi los mismos que los establecidos en la capital. Varios asentamientos más comienzan a tener responsabilidades administrativas, aunque no ceremoniales y de élite, lo cual se demuestra por la presencia de muy pocos montículos piramidales, y los que existen son muy pequeños; con todo, resulta evidente que en estos sitios se tallan monumentos con el mismo estilo que los existentes en Monte Albán.

Es difícil de confirmar el grado de interacción de la capital zapoteca con el imperio teotihuacano, pero ésta no parece haber sido dramática, sino mediante alianzas pacíficas, según parece indicarlo el mutuo intercambio de contingentes humanos. En Teotihuacan estas relaciones están representadas por el Barrio de Oaxaca, localizado al oeste del casco urbano, mientras que en Monte Albán cuatro monumentos de la Plataforma Sur reflejan las conexiones diplomáticas entre los dos estados. Incluso una losa de piedra del Edificio X (emplazado al noreste de la Plaza Principal) conmemora una importante reunión política entre emisarios de ambos centros.

Al norte y noroeste de este gran espacio abierto se situaron tres grupos residenciales —tal vez étnicos— que vivieron cerca de la plaza y estuvieron separados por una pared que circundó casi tres kilómetros de colina.

La inmensa mayoría de los edificios que uno observa a su llegada a la ciudad son de época IIIb (500 a 750), que se caracteriza por el fin de la influencia del centro de México. En el valle está identificada por la presencia de un estado regional mucho más centralizado y enfocado sobre Monte Albán. En el sur se observa un descenso de la población, que declina hasta en un 95 por 100, e incluye el abandono de Jalieza; sin embargo, el norte continúa siendo próspero. Pero quien realmente se aprovecha de la situación es el propio Monte Albán, que alcanza una población cercana a los 30.000 individuos.

En este momento la capital zapoteca se dispone en un eje norte-sur en cuyo cen-

tro se localiza la Plaza Principal, ocupada en su interior por tres edificios unidos entre sí y ligeramente desviados de dicho eje. A continuación se emplaza el Edificio J (un antiguo observatorio), colocado de tal manera que la gente pudo caminar alrededor de él mientras recordaba la historia entera del asentamiento. El oeste de la Plaza está ocupado por tres complejos arquitectónicos casi simétricos que flanquean la Galería de los Cautivos y la antigua Estructura de los Danzantes. Por último, el este está delimitado por seis edificios residenciales y un pequeño juego de pelota que no tuvo acceso directo al público, sino que estuvo cerrado por un complicado sistema de paredes y pasajes.

La construcción de la Plataforma Sur se debió iniciar durante el periodo IIIa, pero la mayoría de los edificios se corresponden con la segunda mitad del periodo Clásico. Coronada por una pirámide de 15 metros de alto y 100 metros de lado, cada una de sus cuatro esquinas estuvo delimitada por una estela tallada. El mensaje comunicado en los cuatro monumentos se repite: muestran una escena en la que aparece un embajador teotihuacano partiendo de su lugar de origen, que está simulado por un palacio de tipo Tepantitla en Teotihuacan, hacia Oaxaca, donde es recibido por un personaje zapoteco. Al pie de cada estela se descubrió una caja que contenía conchas marinas, jade y cerámica clásica de Monte Albán.

Datos de esta presencia de extranjeros del centro de México aparecen también en otros sitios, pero destaca un monumento en el que se representa un emisario de Teotihuacan denominado 8 Turquesa, que llega a la ciudad de Monte Albán y se entrevista con otro personaje de élite identificado como «3 Turquesa» y, al parecer, gobernante en estos momentos de la capital zapoteca. Esta entrevista quedó grabada en un *tecalli* descubierto en el Montículo X, situado al noroeste de la urbe.

Pero de la misma manera que estas losas talladas nos informan de una coexistencia pacífica entre individuos de Teotihuacan y Monte Albán, hay también otros que nos hablan de escenas violentas: por ejemplo, una estela emplazada en la Plataforma Sur muestra un conquistador blandiendo una lanza asociado a un glifo que nomina un pueblo; en otra aparecen cautivos puestos en pie con signos escritos que identifican sus casas.

También la Plataforma Norte parece construirse en estos momentos y resulta ser bastante más amplia, con enormes escalinatas y orientada hacia un patio cerrado por altas pirámides. Este rasgo manifiesta una vez más la necesidad de aislamiento de las jerarquías que ocupan la ciudad, que en muchas ocasiones debió tener un acceso restringido; pero no solamente la urbe tuvo un carácter aislado y privado al ser levantada sobre una colina y rodearse de altas paredes, sino que en las propias residencias de élite se construyeron vallas, pasajes y patios interiores con columnas que acentuaron esta sensación general.

El estilo arquitectónico de los edificios públicos de Monte Albán es el que se ha dado en denominar de «doble escapulario»; es decir, que las fachadas se cubren con dos tableros que dejan en medio un nicho o, al menos, un espacio que queda rehundido. Se trata de una característica muy generalizada que en Monte Albán aparece casi en un 90 por 100 de las construcciones públicas, pero que además se exporta a otros sitios del valle de Oaxaca, llegando a convertirse en un rasgo regional.

También adquiere extensión regional la integración de las escalinatas en los edificios, las cuales nunca llegaron a ser concebidas como elementos adicionales, sino como parte de ellos. Es difícil asegurar si los edificios religiosos y administrativos y las residencias de las altas jerarquías de Monte Albán estuvieron decorados con pin-

tura y estuco como ocurría en gran cantidad de estructuras de Teotihuacan, pero lo que sí parece evidente es que todas sus superficies fueron bien enyesadas y, seguramente, preparadas para recibir tal decoración que, por otra parte, fue muy frecuente en las más de 150 tumbas descubiertas en la ciudad.

Paralela a la evolución interna del centro, y de gran interés arquitectónico, fue la construcción de más de 150 recintos funerarios, la mayoría de los cuales se incluyen en el periodo III. En términos generales, se trata de tumbas subterráneas, colocadas debajo del suelo de los patios de los apartamentos y construidas a base de losas de piedra, con falso arco, antecámara y escalinata de acceso. Una norma muy común es que las paredes interiores fueron decoradas con una capa uniforme de estuco, sobre el que se dibujaron pinturas murales simbólicas. La disposición arquitectónica de las tumbas se repite de una a otra: la fachada es una reproducción en miniatura de las fachadas de los templos de Monte Albán, y sobre ella se excavó un pequeño nicho en el que se colocó una urna funeraria o, a veces, un incensario que generalmente representaba un personaje divinizado.

La antecámara y la cámara propiamente dicha están separadas entre sí por grandes losas grabadas y planas que cierran la tumba, las cuales tienen forma rectangular y en cuyas paredes se han practicado una serie de nichos con cerámicas y ofrendas dedicatorias al individuo en ellas inhumado.

En el caso de las tumbas reales, uno de los lugares elegidos de manera más frecuente para su colocación fue el norte de la Plaza Principal. Cada tumba real estuvo asociada a un edificio, siendo este último construido después. En varias ocasiones esta construcción fue un templo, y entonces fue concebido como una construcción conmemorativa al individuo muerto, tal como lo estaban siendo las grandes pirámides templarias del sur de las tierras bajas mayas. En este sentido, es muy posible que el rey muerto continuara interviniendo en los asuntos de sus descendientes reales y que fueran venerados como ancestros e, incluso, como seres divinizados.

Las manifestaciones artísticas de los zapotecos de Monte Albán, además de la arquitectura, están en buena medida confinadas al interior de estas tumbas que estuvieron decoradas con pinturas murales, donde los colores minerales fueron aplicados al fresco sobre una tonalidad blanca que les sirvió de base. Quizás las tumbas más conocidas sean las asignadas con los números 103, 104 y 105, cuyas pinturas murales están fuertemente influidas por el arte de Teotihuacan, apareciendo figuras de cuya boca salen volutas de la palabra; también está presente la influencia maya en ciertos jeroglíficos, pero la composición y el aspecto general parecen haber sido regionales.

Las personas representadas en los murales son viejos desdentados con grandes barbas, lo cual se considera reminiscencia de las figuras de Tepantitla en Teotihuacan. De todos modos, las representaciones que se asocian tanto a urnas como a frescos funerarios no parecen ser mayoritariamente de dioses, sino de miembros de la nobleza con anotaciones calendáricas. La mayor parte de las urnas incluyen también manifestaciones de Cocijo, el dios de la lluvia zapoteca, aunque tras sus máscaras parecen ocultarse seres humanos que suelen ser ancestros de los individuos muertos y servir de intermediarios entre ellos y el mundo real.

Al margen de los grandes recintos públicos y administrativos y de las tumbas reales, el grupo arquitectónico básico de Monte Albán consta de dos a cuatro montículos dispuestos en torno a un patio y distribuidos dentro de los límites del sitio, aunque no llegan a formar conjuntos. Integran uno o dos grupos de montículos «ce-

Mural de la Tumba 105 de Monte Albán.

rrados» o vallados que fueron residencias de élite, más un montículo con un patio «abierto» que puede haber tenido un carácter cívico o religioso. El grupo más importante es aquel que se conoce con el término de Patio Hundido, denominado así porque alberga un importante patio rehundido que está separado de la Plaza Principal por una inmensa escalinata y un vestíbulo, cuyo techo estuvo sostenido por cuatro pilastras y seis pares de columnas. Tras él se levanta un pequeño patio rodeado por dos templos que tiene la entrada muy restringida y puede haber sido la residencia de la alta jerarquía zapoteca.

Otros grupos menos complejos constan de un solo edificio dividido en una serie de habitaciones dispuestas en torno a un patio, y tienen también una construcción de carácter templario. Las esquinas de las cámaras tienen forma de L e incluyen bancas para dormir y una pared en la puerta de entrada, a manera de cortina, que da privacidad al interior.

Seguramente, cada grupo o conjunto de grupos sirvió como un pequeño foco cívico y ceremonial para una serie de personas que vivió sobre varias terrazas adyacentes; es decir, que hubo una serie de unidades que podrían ser identificadas como barrios.

En el entorno inmediato a la zona central se construyeron hasta catorce de estos barrios que, quizás, estuvieron representados de manera significativa en el propio centro de la ciudad, en otros tantos edificios que rodean la Plaza Principal. Tales distritos tienen alguna evidencia de producción artesanal, habiéndose encontrado 142 áreas de trabajo que incluyen zonas de producción de manos y *metates,* cerámica, con-

chas, hachas, obsidiana, cuarcita y calcedonia. Es posible, incluso, que estas vecindades se formaran también según rígidas reglas de parentesco: por ejemplo, el barrio 7 Venado, que se construyó durante la época IIIb, estuvo rodeado por una doble pared que le separó de las demás zonas del centro urbano. Con todo, la situación no refleja ni de lejos la complejidad existente en esos momentos en Teotihuacan, ni por la cantidad de gente implicada, ni por la calidad de los conjuntos arquitectónicos, ni por la especialización artesanal desarrollada en ellos. No obstante, algunos rasgos ya mencionados y algunos que expondremos a continuación hacen referencia continua a la gran metrópoli del centro de México.

La disposición de cada barrio dentro de la urbe parece obedecer a una rígida jerarquización, de tal manera que el área al norte de la Plaza Principal contiene las residencias más elaboradas, mientras que el resto de los distritos se dispone en torno a una o más residencias de élite, más un grupo de montículo único o doble que ha sido interpretado como un edificio público. Es posible, pues, que tales barrios funcionaran de manera similar a los de Teotihuacan, sugiriendo la existencia de plazas de mercado para el vecindario y espacios rituales o lugares de reunión limitados a los componentes de la vecindad que, como hemos visto, estaban unidos por lazos de parentesco, residencia y especialización.

Rodeando cada conjunto de élite y los edificios públicos, fuera de los límites de la ciudad y ocupando colinas cercanas, se construyó un complejo sistema de terrazas residenciales que sostuvieron casas de carácter perecedero; la organización de las estructuras dentro de cada terraza no es uniforme, ya que albergan de una a dos e, incluso, tres viviendas organizadas en torno a un patio y habitadas por gentes de medio a bajo estatus. Como ocurría en Teotihuacan, y en realidad constituye una norma en las poblaciones urbanas mesoamericanas, el espacio es menor que en las residencias de las altas jerarquías, más cerrado y compacto.

Monte Albán III ve extenderse la ciudad en un área aproximada de 6,5 kilómetros cuadrados, aunque se da una concentración superior de los residentes en un perímetro de 3,5 kilómetros cuadrados. En ella se han localizado 2.004 terrazas residenciales, mientras que 35 sostienen habitaciones sobre montículos. El promedio de espacio para cada una de ellas es de 311,9 metros cuadrados, alcanzando los más grandes hasta 2.473,3 metros cuadrados. Las terrazas que carecen de plataformas representan un área total de 902.247 metros cuadrados, a un promedio de 311,9 metros cuadrados por casa. Asimismo, existen 57 residencias complejas que ocupan 140.100 metros cuadrados. El cálculo de población estima que entre 5 y 10 individuos ocuparon las viviendas más sencillas y entre 10 y 20 las más elaboradas, lo cual ofrece un total que oscila entre 15.000 y 30.000 habitantes para la época IIIb.

Por lo que respecta al valle central de Oaxaca, la población total no cambia, aunque sí su distribución; por ejemplo, aumenta en la cuenca del Etla y disminuye en el Valle Grande. Hay, en términos generales, un incremento de población en el norte que coincide con un fenómeno paralelo en el casco urbano y en las terrazas que rodean Monte Albán; justo lo contrario a lo ocurrido durante la etapa IIIa, en que la influencia teotihuacana había hecho concentrarse las poblaciones en el sur.

b) Economía y sociedad zapotecas

Monte Albán nunca llegó a erigirse en una metrópoli importante desde el punto de vista económico. Los datos recopilados hasta la actualidad sugieren que la ciudad surge como una capital política, como un centro destinado preferentemente a coordinar las actividades de otros asentamientos, a organizarlos militarmente y para controlar el comercio y los contactos diplomáticos. Es por ello que el área de abastecimiento se halla bastante alejada, fuera de los límites del casco urbano, y a ello se debe también que las áreas de trabajo en la ciudad sean muy escasas.

Con todo, en el periodo IIIb las grandes actividades artesanales cobran importancia y las áreas de trabajo de ceramistas, de trabajadores de obsidiana, de concha, de manos y *metates* y de otros objetos líticos parecen ocupar una población que se acerca al 10 ó 15 por 100 del total de residentes urbanos. Asimismo, es éste el momento en que la Plataforma Norte cobra importancia como residencia de élite y puede haber controlado y hecho confluir la actividad mercantil del valle. Pero el hecho de que Monte Albán mantuviera una función preferentemente administrativa con una finalidad primaria de regular las relaciones internacionales, junto con su confinamiento a la cima nivelada de una colina, impidió la existencia de suficientes áreas de trabajo en el interior del casco urbano, las cuales hubieron de ser trasladadas a los alrededores.

Los conjuntos cerámicos encontrados en Monte Albán son de los más numerosos de Mesoamérica, existiendo gran cantidad de trabajadores relacionados con esta tarea y, de hecho, se han localizado dos hornos de cerámica tan sólo a un kilómetro al noroeste de la Plaza Principal. La manufactura cerámica afectó tanto a tipos utilitarios como a una enorme variedad de objetos especializados. La *ware* más característica y ceremonial es gris pulida que aparece en floreros, candeleros, cilindros trípodes de patas losa, jarras de Tláloc y otras formas teotihuacanas durante la etapa IIIa; pero también vasijas con asa estribo, patas de araña, incensarios perforados y cuencos en forma de pájaro más apropiados del desarrollo regional local.

Asimismo, se han descubierto considerables cantidades de Naranja Delgada, una cerámica obtenida por comercio y probablemente fabricada en una región localizada entre Puebla y Oaxaca. Durante el periodo IIIb, y coincidiendo con el final de la influencia teotihuacana, la manufactura de la cerámica gris pulida es desplazada por la confección de las conocidas urnas zapotecas, hechas en arcilla gris, pero sin pulir y decoradas con el rostro o la figura de una deidad muy elaborada, generalmente sentada y con las piernas cruzadas sobre un receptáculo de forma cilíndrica.

No hay duda de que en la urbe hubo otro tipo de manufacturas, pero no se trata de productos acabados de amplia distribución, más bien parecen indicar que ciertos artículos exóticos y escasos se concentraron en algún lugar determinado, como el caso de las piezas de jade o de turquesa. También existieron otras especialidades fuera del centro.

En cuanto a la organización de la sociedad, los habitantes de la capital zapoteca parecen haber estado divididos en dos amplios estratos que fueron endógamos entre sí, pero que sin duda se relacionaron con otros segmentos similares del exterior. El nivel de estatus superior, que concentró entre el 2 y el 4 por 100 de la población, residió en palacios de adobe o de piedra y estuvo dirigido por un gobernante supremo,

que se encargó de dirigir los asuntos de estado en una residencia considerablemente más elaborada que las demás. Los gobernantes y nobles principales fueron enterrados en tumbas abovedadas debajo de los edificios, algunos de los cuales tuvieron carácter templario, mientras que otros se dedicaron a residencias.

El otro segmento de población, que alcanza entre el 96 y el 98 por 100 del total, estuvo compuesto por la gente común, que vivió en pequeñas casas de adobe o de *bajareque* y se enterró en simples pozos o en construcciones de hileras de piedra debajo de los suelos de sus habitaciones. Parte de este gran segmento poblacional ocupó las periferias de la capital zapoteca, sin que su distribución obedeciera a una concepción planificada.

c) Religión

Como ocurre con otros grandes centros mesoamericanos, la religión zapoteca es un fenómeno utilizado por las clases más altas de la ciudad para sancionar la posición de la élite hereditaria con respecto a los restantes segmentos sociales que componían las comunidades. Los suntuosos palacios, las grandes pirámides, el juego de pelota, los monumentos esculpidos y los registros dinásticos ponen de manifiesto los intentos de este reducido grupo por transmitir un claro mensaje de desigualdad social.

Este carácter sancionador del orden social que tuvo la religión practicada en Monte Albán se vio completado por un complicado culto a los ancestros indicado por las elaboradas tumbas y el complejo funerario en ellas encerrado. En realidad, ambas características ponen de manifiesto que las relaciones culturales entre mayas y zapotecas durante el periodo Clásico fueron bastantes estrechas.

Fuera de estas características generales, es posible adquirir una idea más concreta de la religión observada por la capital del valle central de Oaxaca a partir del estudio de los murales y de las urnas funerarias que son tan representativas de esta cultura. Los estudios efectuados sobre este particular han permitido identificar hasta 39 divinidades, 11 de ellas femeninas, que en la mayoría de las ocasiones estuvieron relacionadas con el Almanaque Sagrado o ciclo calendárico de 260 días de uso ritual. Algunos dioses identificados proceden de diferentes regiones de Mesoamérica y pueden englobarse en grupos, algunos de los cuales coinciden con los de Teotihuacan.

El dios supremo, creador del universo y promotor del orden cósmico es Pije-Tao. Tras él, y formando parte del complejo más amplio de divinidades —rasgo que Monte Albán comparte con otras culturas mesoamericanas—, se sitúa el dios de la lluvia y del relámpago, Cocijo, el cual está representado en la mayoría de las ocasiones emparentado con el jaguar.

Otro amplio conjunto se relaciona con el maíz y la fertilidad, cuya deidad patrona es Pitao-Cozobi, el cual se asocia al glifo L y tiene rasgos de murciélago. También hay un conjunto de dioses con caracteres de serpiente que incluyen a Quetzalcóatl en su aspecto de dios del viento, un dios murciélago, el dios del Fuego Viejo, una diosa del agua, dioses con máscara de pájaro, Xipe Tótec y una deidad opposum. Además, hay una buena porción de divinidades que pueden asociarse a nombres calendáricos pero cuya función nos es desconocida aún.

d) Relaciones con el exterior

Los datos hasta ahora recabados manifiestan que Monte Albán no fue una ciudad tan especializada, nucleada y diversa como Teotihuacan debido, quizás, a que surgió como un centro político en relación a otros del valle central de Oaxaca. Estos asentamientos se estaban desintegrando paulatinamente al no poder resistir el empuje económico y cultural de Teotihuacan, que para el Clásico temprano dominaba la parte norte del valle. El hecho de existir para entonces núcleos de similar importancia que Monte Albán, como Zaachila, Cuilapan o Jalieza, que funcionaban de manera autóctona y vivían en competencia, abunda en esta situación. Cuando se decidió que fuera Monte Albán quien coordinara las funciones político-administrativas, militares, comerciales y diplomáticas no se pensó en la distribución de las áreas de trabajo, que no obstante existieron, sino en disponer de un enorme centro de carácter absolutamente privado que pudiese integrar y dar coherencia política y cultural a las poblaciones del valle.

Por otra parte, es muy posible que el impacto teotihuacano no fuera nunca vital para el centro zapoteco, aunque ya hemos señalado que fue pacífico. Las investigaciones realizadas sobre las 2.004 terrazas residenciales son concluyentes acerca de que ninguna de ellas manifiesta una presencia clara de Teotihuacan, a la vez que también resulta evidente cierta relación con el área Ñuiñe y sitios de las tierras bajas mayas, pero ésta no parece haber sido tan estable como la desarrollada con otros centros mesoamericanos.

Podemos definir la presencia teotihuacana en Monte Albán como pacífica, efectuada por personajes de élite, tal vez embajadores, que fueron representados en los monumentos de la ciudad, la cual se da preferentemente durante la etapa II y IIIa. Algunas de estas representaciones fueron realizadas a partir de estelas que se colocaron en la inmensa Plataforma Sur, y que parece haber coincidido con la etapa final de su construcción. Las escenas nos muestran a ocho importantes personajes teotihuacanos que salen de un lugar decorado con el típico estilo de Tetitla y llegan a un paraje denominado Colina 1 de Jaguar, donde son recibidos por un señor zapoteco. Estos ocho individuos debieron dividirse en dos grupos, y así están representados en las estelas, que tenían ofrendas de pendientes o cuentas de jade y conchas de *spondylus* rellenas de ocre rojo; una parafernalia típica de las ofrendas encontradas en Teotihuacan.

La Lápida de Bazán, por ejemplo, una losa de *tecalli* (travertina de grano fino), muestra dos figuras: la situada en su lado izquierdo viste a la manera teotihuacana, y la otra como un zapoteco. El primero tiene el nombre de «8 Turquesa» y el otro de «3 Turquesa», y se asocian a signos glíficos de contenido histórico y político. La lápida parece representar un acuerdo, y manifiesta que a partir de este tipo de encuentros diplomáticos, Teotihuacan y Monte Albán mantuvieron su distancia social, sus fronteras territoriales y sus relaciones especiales.

El carácter endeble de tales conexiones afecta al propio Teotihuacan que, si bien deja notar su peso en cerámicas durante la etapa II y IIIa y en algunas estelas y construcciones arquitectónicas, no es suficientemente clara.

Ñuiñe ha sido definida como una región y un estilo artístico. El área a la que hace referencia es la Mixteca Baja, que se sitúa entre Cholula y la Mixteca Alta en

Puebla; en ella se manufacturaron cientos de pequeñas cabezas colosales de cerámica que están relacionadas estilísticamente con las esculturas de piedra de Veracruz central. Ñuiñe es una zona intermedia en estilo escultórico y en sistema glífico entre Teotihuacan y Monte Albán, y puede haber sido un área que sirvió de amortiguador en las relaciones entre ambos centros, matizando sus influencias y readaptándolas a su propia personalidad. Esta zona de transición pudo estar unida y controlada en cierto modo por Cholula, que fue un centro mayor asociado a Teotihuacan, pero que aprovechó su debilidad manifestada a comienzos del periodo Clásico tardío y floreció tras su hundimiento.

Un posible enclave de Oaxaca ha sido descubierto recientemente en el área de Tepejí el Viejo, al sur de Tula. Aún es pronto para establecer de manera definitiva su naturaleza, pero cerámicas zapotecas similares a las encontradas en el Barrio de Oaxaca de Teotihuacan ponen de manifiesto que en este asentamiento se pudo fundar un pequeño enclave con finalidades comerciales.

e) Decadencia de la capital zapoteca

Monte Albán sufre un proceso muy semejante al ocurrido en Teotihuacan y en otros centros mesoamericanos, según el cual, tras un periodo de florecimiento cultural, decae tanto en importancia como en prestigio y poder y en contingentes humanos. En buena medida desconocemos aún las causas de la decadencia de este gran centro político, ni siquiera hemos sido capaces de establecer con claridad la cronología de su abandono. Es muy posible que comenzara a perder importancia al mismo tiempo que Teotihuacan, pero no debemos olvidar que nunca fue un centro cultural homogéneo de amplia aceptación e influencia, y que su propio emplazamiento en lo alto de una colina ratificó su carácter estratégico y defensivo; por esta misma causa, no tuvo ventajas de cara al aprovisionamiento cotidiano de alimentos y materias primas.

Por otra parte, hay que tener presente que en el valle de Oaxaca coexistieron grandes asentamientos que funcionaron de manera más o menos autónoma. En el Clásico tardío sitios como Cuilapan, Zaachila, Mitla o Lambytieco estaban preparados, por la gran complejidad que habían alcanzado, para aceptar el relevo de poder al que de una manera u otra se vieron abocados todos los grandes núcleos mesoamericanos.

Para complicar más la cuestión, hacia el año 700 los estados mixtecos del norte y noroeste comenzaron a ejercer presiones sobre el valle de Oaxaca. Todas estas causas pudieron estar implicadas en el acoso a la ciudad hasta que consiguieron que se despoblara definitivamente.

En buena medida, la potenciación de Monte Albán como capital zapoteca y centro nuclear de una confederación de poderes políticos con un considerable grado de autonomía se debió a que Teotihuacan estaba implicado en un enorme desarrollo cultural. La ambición expansionista de este núcleo urbano de la cuenca de México amenazaba con asimilar amplias zonas del valle de Oaxaca, las cuales habían sido controladas hasta entonces por centros independientes; por tal motivo éstos se vieron obligados a confederarse y a fundar una capital poderosa, próspera, que consiguiera mantener las fronteras políticas y comerciales del sospechado avance de Teotihuacan. A partir del 700, libres de tal amenaza, cada uno de los asentamientos que

hicieron posible la mencionada confederación fue alcanzando cada vez más autonomía, y todos juntos terminaron por provocar la caída de Monte Albán.

1.3. *La zona veracruzana*

El Clásico veracruzano tiene un desarrollo muy heterogéneo según nos refiramos a los centros emplazados en el norte o en el sur del estado. Tradicionalmente, se ha asociado a esta región con El Tajín como asentamiento de primera importancia; sin embargo, Veracruz es un estado de amplia y profunda tradición cultural, no en vano su zona más meridional formó parte el área metropolitana olmeca durante el Formativo medio y tardío.

En la etapa siguiente, sitios que habían adquirido importancia durante el periodo anterior como Tres Zapotes y Cerro de las Mesas continúan su desarrollo autóctono y con la herencia cultural olmeca, a la vez que muestran influencias de diverso signo: monumentos grabados que incluyen fechas calendáricas en el sistema de escritura maya de Cuenta Larga, o las abundantes importaciones de artículos procedentes de Teotihuacan.

Cerro de las Mesas alberga en este momento varias docenas de montículos asociados a quince estelas y ocho monumentos que denotan tanto relaciones con el área de Izapa como otras que se desarrollan en el más puro estilo de las tierras bajas mayas, incluyendo sendos textos en Cuenta Larga que sitúan determinados acontecimientos en los años 468 y 533, junto con determinadas referencias a nombres, lugares y conquistas.

Estas estelas encontradas en Cerro de las Mesas recuerdan los estilos de Izapa y el área olmeca, están talladas en bajorrelieve por uno de sus lados y suelen representar a un personaje ricamente ataviado y colocado de perfil. Por ejemplo, uno de los monumentos muestra el mencionado individuo de élite con un profuso tocado que culmina en una máscara de cara de jaguar, el cual contiene una de las fechas a las que nos hemos referido.

Más curioso aún resulta el descubrimiento de un escondite de una riqueza espléndida, ya que contenía 782 piezas de jade talladas y pertenecientes al periodo Clásico temprano. Algunas de las tallas recuerdan estilos locales de las tierras altas mayas y de Oaxaca, pero otros corresponden al más puro estilo olmeca, sugiriendo que este enclave teotihuacano concentró parte de los productos que a través de las extensas redes comerciales ponían en comunicación regiones muy alejadas entre sí.

De la misma manera que estos rasgos ponen de manifiesto la existencia de conexiones con el sur y el oeste de Mesoamérica, la cerámica teotihuacana de las fases Tlamimilolpa o Xolalpan tiene una amplia distribución en la zona y culmina en el sitio de Matacapán, un gran yacimiento de veinte montículos que seguramente fue utilizado por Teotihuacan como puerto de comercio y de control de las rutas que enlazan la zona con la llanura costera de Guatemala a través del Itsmo de Tehuantepec. Su importancia como colonia de la gran metrópoli del centro de México se demuestra tanto en el uso de su cerámica como en la decoración arquitectónica de talud y tablero, el arte mural o la representación de varias deidades; es decir, un enclave semejante a Kaminaljuyú con respecto a Teotihuacan.

El área central de Veracruz tiene como centro más representativo durante el Clásico temprano al sitio de Remojadas, caracterizado por la aparición de cientos de

figurillas huecas de cerámica que se han manufacturado en un estilo muy realista. En realidad, el uso de tales objetos se inicia durante el Formativo tardío y culmina a finales del siguiente periodo. Los rasgos de la cara fueron conseguidos mediante moldes y se empleó asfalto para decorar sus rostros. Muchas de estas figurillas, masculinas y femeninas, muestran rostros sonrientes y representan a todo tipo de individuos en gran cantidad de sus manifestaciones vitales, desde jugadores de pelota hasta amantes, mujeres en actos cotidianos o también hombres realizando tareas de superior importancia, etc.; tampoco son raras las manifestaciones de divinidades como Xipe Tótec, cuyo culto parece iniciarse en la propia costa del Golfo, el dios de la muerte y, tal vez, Quetzalcóatl en su vertiente de dios del viento.

En definitiva, durante el Clásico temprano los ocupantes de los centros complejos del centro y sur del estado de Veracruz se establecieron en los mismos sitios que fundaron sus antecesores, aunque los ampliaron y decoraron con fachadas de talud y tablero de estilo teotihuacano. También en cerámica se mantiene cierta continuidad, como lo demuestran las figurillas sonrientes decoradas con *chapopote* (asfalto) de la cultura Remojadas y otras de guerreros, jugadores de pelota, mujeres, dioses, etc. No obstante, a ella se superponen cilindros trípodes de pata losa, candeleros, floreros y otras formas de clara filiación teotihuacana. Otros muchos rasgos de este gran sitio de la cuenca de México corroboran su importante presencia en esta región.

a) Evolución interna de El Tajín

Por la misma época en que diversos centros del sur de Veracruz —como Tres Zapotes y Cerro de las Mesas— obtienen una evolución cultural muy compleja, y otros como Matacapán se transforman en colonias teotihuacanas de gran importancia, El Tajín continúa siendo un asentamiento de segundo orden. El sitio está emplazado en uno de los numerosos valles producidos por los ríos que desde occidente se dirigen a la baja llanura costera del Golfo de México, y cubre un área aproximada de cinco kilómetros cuadrados distribuidos en una zona de colinas modificadas y niveladas para albergar enormes estructuras que, para este momento de Clásico temprano, son aún pequeñas, ya que existen pocas residencias de élite.

Desde el 200 hasta el 550 la influencia teotihuacana es manifiesta, apareciendo cerámicas típicas de la cuenca de México, decoración arquitectónica a base de talud y tablero e, incluso, algún conjunto multifamiliar muy similar a los existentes en Teotihuacan. Tales relaciones decaen de manera dramática después del 550, siguiendo un modelo semejante al que simultáneamente se está desarrollando en el Monte Albán zapoteca, cuyo final del periodo IIIa marca un acontecimiento paralelo. Este momento de flaqueza manifestado por Teotihuacan es aprovechado por El Tajín para alcanzar una compleja evolución cultural que se mantendrá hasta el Postclásico temprano, hacia el año 1100.

De manera tradicional se ha definido al pueblo que ocupó este asentamiento a finales del periodo Clásico tardío con el término de totonaca. Hoy día hemos de tener mucha precaución a este respecto, ya que la superposición totonaca puede haber sido posterior al momento de máximo desarrollo de El Tajín; no obstante, existen también influencias veracruzanas en el Teotihuacan clásico, dato que redundaría en la construcción del asentamiento por este grupo étnico.

A comienzos del periodo Clásico, El Tajín amplía su área urbana y ocupa las ba-

jas colinas circundantes, las cuales se pueblan de plataformas artificiales. A pesar de la influencia teotihuacana durante la etapa anterior, la planificación del sitio recuerda más aquella característica de las tierras bajas mayas que la existente en la cuenca de México o en el altiplano central de Oaxaca. El núcleo del asentamiento está dominado por una alta construcción de 18 metros de altura que se conoce con el término de Pirámide de los Nichos, cubierta con bloques de piedra tallada y con una sola escalinata de acceso decorada con balaustradas. La pirámide en cuestión tiene seis pisos ornamentados por una variante del talud y el tablero, y 365 nichos que representan los días del año trópico. Se ha sugerido que tales nichos estuvieron ocupados por figurillas de estuco, aunque este dato no está comprobado del todo. Muy significativo resulta el dato de que esta estructura se superpone a otra más antigua, lo cual constituye un rasgo de influencia maya.

Cercanos a la Pirámide de los Nichos se emplazan dos de los once juegos de pelota descubiertos en la ciudad. Una de las paredes verticales de la cancha está cubierta por grabados que representan entre otros motivos a un jugador de pelota a punto de ser sacrificado, así como un patrón de rollo y voluta que se va a hacer característico de este asentamiento.

Algo alejado de esta zona central se levantó un complejo de estructuras palaciegas y patios de columnas que estuvieron cubiertos con techumbres de bóveda falsa y grandes puertas con columnas, poniendo de manifiesto con claridad la influencia maya. Es el área que se conoce como Tajín Chico. El edificio más importante es el Edificio de las Columnas, cuyos tambores están tallados con relieves que representan danzantes con alas, caballeros águila, sacrificios humanos y numerales con puntos y barras con glifos de día.

Los materiales de construcción utilizados para levantar los edificios a que hacemos referencia fueron una mezcla de concreto y arena, conchas marinas, pumita y fragmentos de madera, y es muy posible que se aprovecharan de moldes de madera para formar bloques con tales materiales.

Las características arquitectónicas más relevantes de El Tajín son nichos y cornisas volantes, la greca escalonada —*xicalcoliuhqui*— que se coloca en alfardas y en nichos, decoraciones en mosaicos que suelen aparecer en todas las estructuras residenciales, frisos desgastados, techumbres planas y arcos en bóveda de aproximación de hiladas, rasgos estos que pueden proceder del área maya, tal vez de la península del Yucatán.

Durante el Clásico tardío, El Tajín acogió en su centro entre 3.000 y 3.500 habitantes, aunque en su entorno vivió una gran población dispersa en lotes de casas que contenían jardines y árboles frutales: un estilo de vida que recuerda una vez más al existente en los grandes centros clásicos del área maya. Es muy posible que el conjunto de población controlada por El Tajín se acercara en estos momentos a las 13.000 personas.

Desde un punto de vista político y cultural, este núcleo urbano puede haber alcanzado un importante papel a la caída de Teotihuacan y, anteriormente, como correa de transmisión de la influencia teotihuacana hacia el sur de Mesoamérica desde finales de periodo Clásico temprano. Aunque para este momento El Tajín era un centro menor en relación con los teotihuacanizados Cerro de las Mesas y Matacapán, aprovecha la decadencia de la gran metrópoli del centro de México y de sus asentamientos satélites e inicia un profundo florecimiento cultural, expandiendo algunos de sus más característicos mecanismos más allá de las fronteras de Veracruz. La ruta na-

tural que siguen estos rasgos es el Itsmo de Tehuantepec, que sirve de guía para que la expansión veracruzana se dirija a la llanura costera pacífica de Guatemala, sobre todo al sitio de Cotzumalhuapa y a asentamientos de El Salvador.

Posteriormente, hacia mediados del Postclásico temprano (1110 d.C.), se inicia un abandono del sitio, volviendo la población de la zona a sumirse en la vida típica de poblado más característica de mediados del Formativo que de los inicios del segundo milenio de nuestra era. Seguramente, este abandono del centro se vio acompañado por su destrucción por el fuego, siendo ocupado dos centurias más tarde por gentes chichimecas procedentes de las regiones septentrionales.

b) El culto del juego de pelota y el arte escultórico

Hacia comienzos del siglo VI, coincidiendo con los primeros síntomas de decadencia teotihuacana, El Tajín comienza a mostrarse como uno de los centros más pujantes de la Mesoamérica del Clásico tardío, y para esta época ya ha conseguido elevar la práctica del juego de pelota a un nivel de culto estatal. Este culto exigió la confección de un complejo ritual muy elaborado que, además de la cancha del juego, incluía una parafernalia compuesta por *palmas,* que parecen haber comenzado a utilizarse durante el Clásico temprano; *yugos* y *hachas,* que se emplearon en el periodo posterior. Este complejo estuvo asociado además a bajorrelieves en mosaicos colocados sobre la cancha del terreno de juego, espejos de pirita y otros rasgos, dando lugar a un estilo que se extendió desde el centro de México hasta El Salvador.

Tanta aceptación social y religiosa alcanzó su práctica que en el sitio que estamos analizando han sido localizados hasta hoy once juegos de pelota, una concentración insólita para cualquier centro mesoamericano. La capacidad totonaca de elevar el juego de pelota a un culto a nivel de estado propició que el estilo escultórico íntimamente relacionado con él se distribuyera por amplias regiones, apareciendo en los murales de Teotihuacan, y distribuyéndose entre el 450 y el 700 a Cotzumalhuapa en la llanura costera de Guatemala y el Yucatán en el norte de las tierras bajas mayas.

El estudio de las representaciones artísticas y de la iconografía asociada al juego de pelota y el análisis de las crónicas más tardías sugieren que mediante la práctica del juego se representó un mito en el que el dios sol desciende hacia el inframundo y renace como dios del maíz, simbolizando la fertilidad.

En definitiva, El Tajín logra confeccionar un complejo muy elaborado e implicar a la élite en una práctica que puede haber estado en funcionamiento al menos desde el Formativo medio (un yugo encontrado en El Trapiche en Veracruz central y los paneles grabados de Dainzú en Oaxaca así parecen manifestarlo), introduciéndolo como una actividad ritual estatal a partir del Clásico tardío. Algunos autores opinan que durante el Clásico medio (450-700) los comerciantes de cacao se encargaron de distribuir su práctica de manera generalizada, introduciéndolo en sitios con los que tuvieron relaciones comerciales junto con un complejo que incluía *yugos, hachas* y *palmas* de piedra.

Los *yugos* tienen forma de U y suelen estar profusamente tallados con representaciones de ranas muy estilizadas cubiertas con volutas y rostros humanos, y pudieron emular los cinturones de madera o de caucho utilizados por los jugadores de pelota. Las *palmas* son esculturas alargadas de entre 0,15 y 0,80 metros de largo, con forma

de abanico en su extremo superior y superficie cóncava. La parte posterior es lisa, pero la anterior está decorada con pájaros, iguanas, tortugas y figuras humanas en escenas realistas. Las representaciones pictóricas señalan que las *palmas* se colocaron sobre los *yugos,* y muchos autores piensan que pudieron ser utilizadas como marcadores del juego. Las *hachas,* muchas veces en forma de cabeza, también están decoradas con representaciones humanas de pájaros y animales, aunque su utilización aparece aún bastante oscura. Asimismo, los *candados* son esculturas muy convencionales que nunca se han descubierto *in situ,* aunque están asociadas a Veracruz, tal vez al culto al juego de pelota.

Pero el arte escultórico también afecta a losas del juego de pelota y a los relieves de los templos, que muestran escenas de guerreros y del sacrificio humano como motivo principal. También el sacrificio humano es uno de los diseños básicos en el registro escultórico de Cotzumalhuapa hacia el sur, y no debemos de olvidarnos de los paneles grabados en el juego de pelota de Chichén Itzá en que una vez más se repiten estas escenas. Asimismo, el riego de plantas como el maguey o el maíz con la sangre de los sacrificados es un tema muy frecuente en la escultura. En un relieve del juego de pelota de El Tajín presidido por el Dios de la Muerte el capitán del equipo perdedor es sacrificado por los vencedores, que hunden un afilado cuchillo sobre su corazón.

Un último motivo importante de este estilo artístico son los textos glíficos que hacen referencia persistente a «13 Conejo», tal vez el nombre de un gran gobernante, pero también hay manifestaciones tempranas de caballeros águila, una orden militar que después se iba a distribuir ampliamente por Mesoamérica.

El hundimiento de El Tajín es aún más oscuro que el de los otros dos grandes centros que hemos analizado anteriormente, debido quizás a que no ha sido estudiado con tanta profundidad como ellos. Disponemos tan sólo de algunos datos indicativos de que fue destruido parcialmente por el fuego, pero esta parte de su historia está aún por determinar.

Durante este periodo de Clásico tardío y hasta mediados del Postclásico otros centros se han desarrollado de manera tan compleja como los distribuidos en el estado de Veracruz, algunos incluso han tenido una secuencia cultural más amplia, pero en cualquier caso han impedido que El Tajín logre una expansión similar a la de Teotihuacan o Monte Albán. En efecto, Cholula, Xochicalco y Cacaxtla entre otros impidieron su expansión por el oeste y el sur, manteniendo una complejidad cultural semejante, aunque por razones de espacio serán excluidos de esta descripción.

Otras áreas, como Ñuiñe, son aún menos conocidas, pero pueden haber servido de paso a los veracruzanos en su ruta hacia la frontera sur de Mesoamérica. En definitiva, el estado de Veracruz está rodeado de pujantes asentamientos con una compleja historia cultural que, a pesar de no ser analizados en esta ocasión, actuaron —de manera definitiva en algunas ocasiones— en los acontecimientos de Mesoamérica a finales del periodo Clásico.

1.4. *La civilización maya*

El Formativo tardío finaliza en el área maya con la decadencia de una de las regiones que había conseguido una más compleja evolución cultural, aquélla emplazada en la zona más meridional de las tierras bajas, afectando a sitios de la llanura cos-

tera y del altiplano de Guatemala y El Salvador. No resulta fácil establecer los factores causales de este fenómeno, y en cualquier caso queda fuera de nuestro foco de interés, pero es muy posible que la erupción del volcán Ilopango en el valle de Zapotitlán originara una enorme devastación en la zona. Si tenemos en cuenta que en ella se concentraba una buena parte de las rutas comerciales que conectaban con Centroamérica, y que se emplazaba en una de las áreas más prósperas y fértiles para el cultivo del cacao, entonces tendremos suficientes elementos de juicio para analizar esta situación. Por último, el expansionismo de Teotihuacan desde el centro de México originó una profunda reorganización en el control de las redes comerciales a larga distancia, y con ella cambios en la independencia económica y política de los asentamientos.

Como consecuencia de estos sucesos se inician amplios movimientos migratorios en la parte más meridional del área maya, poblaciones que, mezcladas con los contingentes autóctonos del centro de las tierras bajas, dan lugar a un momento de gran desarrollo cultural por medio del cual se van a sentar las bases de la civilización clásica en la región. Este momento importante al que nos estamos refiriendo se conoce con el término de Protoclásico (100 a 250 d.C.).

La distribución de este fenómeno dista mucho de ser homogénea; al contrario, los datos que obran en nuestro poder manifiestan que se trata de un proceso que afectó parcialmente al área central del Petén y a diversos sitios de Belice y de las tierras altas de Guatemala. Desde un punto de vista cultural, es éste un momento en que aparecen los primeros síntomas de elaboración compleja de la cultura de las tierras bajas mayas, en especial en lo que se refiere a arquitectura, cerámica y escritura, así como por un dramático incremento de la población.

Existen dos corrientes de interpretaciones a la hora de juzgar esta aún mal conocida etapa de la prehistoria maya; ciertos autores consideran el desarrollo protoclásico como un fenómeno indígena, mediante el cual diversos sitios del área central alcanzan un nivel organizativo característico del estado sin una influencia significativa del exterior; sería el caso de Tikal. Otros estudiosos opinan que éste es consecuencia de una mezcla de la evolución autóctona con la influencia del exterior, como sería el caso de diversos sitios de Belice: Holmul, Nohmul y Barton Ramie entre otros.

Sin duda alguna, el contacto entre ambas áreas estimuló y aceleró un proceso que ya había puesto en marcha la propia sociedad de las tierras bajas. Tal parece ser la deducción que puede obtenerse del gran sitio de El Mirador, en el Petén, que para estos momentos concentra el máximo poder político y económico de los mayas meridionales, pero que va a decaer de manera dramática a comienzos del periodo Clásico temprano.

A partir del Protoclásico la sociedad maya alcanza unos niveles de elaboración social, política e intelectual a la que muy pocas culturas de Mesoamérica van a acceder. Cronológicamente, esto sucede en tres etapas:

Clásico temprano: 300 a 600
Clásico tardío: 600 a 800
Clásico terminal: 800 a 900/1000

Clásico temprano. Hacía el año 250 se inicia un proceso homogéneo de complejidad de la sociedad en el área maya. En términos amplios, podríamos caracterizarlo de la siguiente manera: las poblaciones se incrementan considerablemente con res-

pecto a la etapa anterior, y tienden a ocupar el núcleo o las periferias de los centros cívico-ceremoniales, los cuales comienzan a ser utilizados como puntos focales en lo social y económico para el resto de los asentamientos, ya fueran poblados, aldeas o rancherías. Estos sitios son también más amplios y poderosos que los existentes en el periodo precedente, adquiriendo, en algunos casos muy claves, un dominio regional. Como consecuencia de esta gran complejidad introducida en los centros públicos se inician profundos cambios en la sociedad que los ocupa, de tal manera que la distancia entre la élite y la comunidad campesina se va ampliando de manera bastante considerable.

Surge en estos momentos un reducido estrato aristocrático que logra una autoridad política y religiosa superior a la existente hasta entonces, como se pone de manifiesto en las elaboradas tumbas reales, la enorme cantidad de productos de lujo encontrados en ellas o la arquitectura y escultura monumental. Una de las consecuencia inmediatas de la consolidación de un pequeño grupo aristocrático en cada centro es el enorme desarrollo intelectual, artístico y económico que adquieren.

Muchos de los edificios públicos construidos por esta élite fueron construcciones templarias levantadas sobre tumbas en las que descansan los más altos representantes de la ciudad, lo cual sugiere la práctica de un culto a los ancestros reales, que se va a extender durante el Clásico tardío a todo el área maya. Al mismo tiempo, los monumentos esculpidos (estelas, altares, tronos, etc.) abundan en esta cuestión, a la vez que son utilizados como medio de comunicación de carácter político al retratar a los señores y señalar los principales acontecimientos que protagonizaron. La arquitectura pública y privada sugiere que tal clase aristocrática tuvo un enorme poderío, y fue capaz de movilizar una ingente cantidad de recursos humanos y económicos, y de planificar trabajos públicos a gran escala.

La aristocracia pudo controlar tanto las rutas comerciales a larga distancia como aquellas que actuaron a nivel regional, monopolizando de manera absoluta todos los productos exóticos y básicos, y también la distribución de aquellos bienes utilitarios de amplia utilización.

En definitiva, y para no extendernos en esta descripción, los líderes de los centros importantes y su grupo de élite emparentado fueron los agentes principales de ese complejo proceso de transformación de la sociedad maya desde una etapa formativa a otra denominada clásica. Tales acontecimientos y situaciones no son uniformes, sino que varían de región a región, tanto en virulencia como en manifestaciones externas, dando lugar a regionalismos de fuerte personalidad que se superponen a procesos generalizados: el sistema de escritura de Cuenta Larga, el sistema calendárico, la cosmología, cambios sociales y otros que serán analizados con mayor detenimiento. A continuación revisaremos brevemente los acontecimientos que tienen lugar en las regiones más relevantes del área maya.

El sur del Petén es la zona en que se originan estos sucesos, más concretamente en torno a Tikal y Uaxactún. Bien es cierto que nuestro conocimiento al respecto es más bien escaso, debido a que la mayor parte de los centros formativos y del Clásico temprano están ocultos por aquellos que caracterizan al más expansionista Clásico tardío; a comienzos de la etapa no hay signos de un acentuado aumento de la población, aunque la construcción de edificios se acelera: algunos de ellos son palacios o residencias de élite, pero la mayor parte son templos. Con todo, tanto el estilo arquitectónico como las técnicas ornamentales y de construcción están aún afincados en patrones del Formativo.

Hacia el año 292 el centro de Tikal está establecido en torno a la Acrópolis del Norte, una enorme plataforma iniciada hacia el 100 a.C. y que contiene construcciones templarias de carácter funerario, un rasgo que más tarde se va a distribuir por amplias zonas del sur del área maya. También se generaliza el uso de la falsa bóveda para cubrir los edificios públicos y religiosos. Simultáneamente, se introduce una nueva tradición de cerámica polícroma conocida con el término de Tzakol que, en buena medida, es una tradición más compleja de la cerámica protoclásica distribuida una centuria antes en diversos yacimientos de Belice, y que recibe el nombre genérico de Floral Park.

De particular importancia es el culto a la estela, que en un primer momento hace su aparición en Tikal (la estela 29 tiene una inscripción en Cuenta Larga de 8.12.14.8.15, es decir, 292 d.C.) e inmediatamente se distribuye a Uaxactún, siendo los dos únicos sitios que disponen de estelas fechadas hasta finales del siglo IV. A continuación, diversos yacimientos en la periferia de estos grandes sitios graban fechas en sus monumentos, como Uolantún y Balakbal y otros. Las estelas son un fiel reflejo del orden social establecido, lo sancionan y son fieles memoriales de los poderosos líderes políticos y sus familias. Los frecuentes motivos de ancestros y divinidades representados en ellas manifiestan lo transcendental de su función.

Otro rasgo petenero, que después se va a ampliar al centro y sur de las tierras bajas, es el glifo emblema, el cual se utilizó para designar de manera formal la existencia de una unidad política. El glifo emblema de Tikal aparece poco después en Uaxactún, indicando alianzas o, tal vez, dominio político. Desconocemos aún las causas mediante las cuales se desarrolló esta precoz complejidad política, aunque muy posiblemente las relaciones con el exterior desempeñaron un papel primordial en este proceso. Una estela erigida en Uaxactún en el año 377 retrata la figura con un atuendo no maya de un extranjero que lleva en sus manos un *átlatl* o lanzadardos, un arma mexicana desconocida hasta este momento en la región.

La sociedad ha evolucionado de manera simultánea a estos rasgos y se caracteriza por una reducida clase aristocrática y un amplio segmento de individuos dedicados a la agricultura y demás trabajos de subsistencia, así como por sectores intermedios como artesanos, artistas, comerciantes, etc.

Desde una órbita más historicista, el primer gobernante identificado en Tikal es Garra de Jaguar, que aparece en la estela 29 y accede al poder en el año 330, fecha que está grabada en la Plaza de Leyden relacionada con él. Muere en el 378 y su cuerpo se entierra en la tumba 22 de la Acrópolis del Norte.

El sucesor de Garra de Jaguar es Nariz Rizada que, según la estela 4, accede al trono en el 378 y está representado con una indumentaria y rasgos típicos de Teotihuacan. Tal fenómeno permanece aún oscuro, pero parece ser que Nariz Rizada llegó a casarse con una hija de Garra de Jaguar, y por esta causa pudo sucederle en el poder. Un rasgo importante que comienza a aparecer en los monumentos es la asociación del individuo a una divinidad protectora —generalmente Bolon Dzacab (Dios K)— que fue representada como un cetro maniquí en sus manos. La última estela dedicada a este personaje es la 18 (año 396), y su cuerpo se pudo enterrar en la tumba 10 de la Acrópolis del Norte.

A Nariz Rizada le sucede Cielo Tormentoso, que, según la estela 31, comienza a reinar en el 426. Su mandato, como muy bien deja entrever el propio monumento, significa la síntesis de las tradiciones teotihuacanas y mayas, consolidándose las relaciones comerciales con esta gran urbe del centro de México a través de Kaminaljuyú.

Cielo Tormentoso parece haber proporcionado a Tikal una etapa de esplendor sin precedentes, ampliando sus fronteras hacia el suroeste, haciendo de Yaxchilán un centro subsidiario en el 475, y asegurándose la afluencia de recursos estratégicos que llegan desde el río Usumacinta, desde la costa del Golfo y el centro de México. No obstante, este control no fue dilatado en exceso, ya que en el 514 Yaxchilán graba su propio glifo emblema, y consigue su independencia y autonomía. Asimismo, los rasgos escultóricos de Copán y Quiriguá sugieren que en esta época están muy influidos por Tikal, quien así pudo asegurar la obtención del jade de la cuenca del Motagua y otros productos procedentes de regiones centroamericanas.

Con la muerte de Cielo Tormentoso en el 455 la influencia teotihuacana se desvanece, introduciéndose rasgos más emparentados con las antiguas tradiciones mayas que con el centro de México. Su tumba se descubrió asociada a la Estructura 5D-33 en la Acrópolis del Norte. Termina así la presencia de un grupo de extranjeros —el propio Nariz Rizada pudo ser teotihuacano o, quizás, un individuo teotihuacanizado procedente de Kaminaljuyú— que impulsaron en profundidad el desarrollo de la sociedad maya. No cabe duda de que estos personajes introdujeron una amplia variedad de símbolos y elementos menores en la tradición cultural de las tierras bajas, así como que mantuvieron alianzas políticas y conexiones muy especiales con la cuenca de México, las cuales influyeron en la evolución política y económica de Tikal, Uaxactún y otros yacimientos del área central. La enorme variedad de objetos encontrados en las tumbas de élite y otros rasgos indican que los mexicanos que llegan a Tikal pueden, incluso, haber mantenido un enclave residente en la ciudad, y que las relaciones entre las dos urbes más complejas de la Mesoamérica clásica no fueron directas, sino a través de Kaminaljuyú.

En Tikal, la muerte de Cielo Tormentoso en el 455 origina el acceso sucesivo de varios gobernantes que ocupan el trono de manera efímera y poco relevante, correspondiéndose con el oscuro momento que precede y transcurre durante el hiato del Clásico: así, a dicho rey le sucede Kan Boar, que accede al trono en el 485, y después su hijo Cráneo de Garra Jaguar, que reina en el 488 y deja su poder a una desconocida Mujer de Tikal. El rey X (Doble Pájaro) se relaciona con la estela 16 y se conoce también con el término de Hombre del Sureste, siendo sucedido por el rey Y; ambos gobiernan durante la oscura etapa que va desde el 534 hasta el 593, por lo que no disponemos de información acerca de los acontecimientos más trascendentes de sus reinados.

La región oriental del sur de las tierras bajas, Belice, manifiesta una gran continuidad cultural desde tiempos formativos, aunque la cerámica protoclásica Floral Park es desplazada por la tradición Tzakol del centro del Petén. En general, la evolución fue más lenta que en la zona anterior, y prueba de ello es que hasta mediada la quinta centuria no incorpora el culto a la estela, extendiéndose en el siglo VI hacia Pusilhá y otros centros del oeste. Con todo, hay un incremento efectivo de la población, apareciendo sitios más amplios con arquitectura pública monumental y elaborados enterramientos que testifican la expansión del poder político y económico de su aristocracia.

Lo mismo sucede en el área del Motagua, al sudeste de las tierras bajas, donde los procesos culturales complejos parecen haber sido estimulados por la ambición expansionista de Tikal durante el reinado de Cielo Tormentoso; por ello, desde el siglo V, Quiriguá primero, y Copán después, se incorporan al culto a la estela y su asociación con templos y palacios, así como a la esfera cerámica Tzakol.

En el Usumacinta, Altar de Sacrificios muestra un desarrollo constructivo muy temprano, pero no se suma a la tradición de civilización introducida por los centros del Petén hasta el siglo v. A lo largo de la sexta centuria, Yaxchilán y Piedras Negras logran desplazar a Altar de Sacrificios, quizás debido a la influencia y control que había ejercido sobre ellos Tikal. De hecho, Yaxchilán adquiere su propio glifo emblema en el 514, y Piedras Negras poco después.

En Palenque, el primer gobernante que se ha podido identificar con seguridad es Cauac Uinal I (que reina entre 501 y 524), al que sucede Hok I, también conocido con el término de Kan Xul (528 a 565), el cual tuvo dos hijos, Cauac Uinal II (565 a 570) y Bahlum (572 a 582). Por último a Bahlum le sucedió en el trono una mujer, Kan Ik (583 a 604). Es evidente que Palenque se incorpora poco después que los centros del Usumacinta a la tradición del centro de las tierras bajas, pero pronto se va a erigir en uno de los sitios de más personalidad del mundo maya.

Los cambios ocurridos a comienzos del Clásico temprano en la zona norte del Petén son poco dramáticos, pero paulatinamente se inscriben dentro de la órbita desarrollada por el área central. En cerámica, Becán muestra ser una variante regional del estilo Tzakol, de la misma manera que la arquitectura pública y el patrón de asentamiento manifiestan fuertes connotaciones sureñas. Tal vez, lo más interesante sea la construcción de una muralla que rodea parcialmente la ciudad, y que sugiere la existencia de enfrentamientos armados con otros asentamientos, quizás con el propio Tikal. A Becán también llega la influencia teotihuacana, manifestada tanto en cerámica como en obsidiana e, incluso, en algunos rasgos arquitectónicos; no obstante, ésta se efectúa cuando las conexiones entre Teotihuacan y Tikal han finalizado, y puede haber sido más indirecta y esporádica aún.

En el norte de la península de Yucatán los desarrollos que ocurren durante el Clásico temprano son muy variables, aunque centros como Oxkintok muestran dinteles grabados en el siglo v y se adhieren al culto a la estela desde el 475. En estos momentos la conexión con el sur de las tierras bajas es frecuente, incorporándose muchos sitios a la esfera Tzakol y a las tradiciones clásicas del Petén; como por ejemplo Cobá, que dedica sus primeros monumentos en la sexta centuria. La intrusión teotihuacana en el norte del Yucatán es un rasgo interesante, y no se limita a la cerámica y a objetos portátiles, sino también a la decoración arquitectónica, como lo demuestran las pirámides con talud y tablero de Dzibilchaltún o Acanceh; es decir, que el interés de Teotihuacan en el área maya no sólo se enfocó hacia el centro y sur de las tierras bajas, sino también hacia el norte, tratando, quizás, de controlar los ricos recursos salinos de la costa y su distribución.

Una región muy tradicional del área maya fue el altiplano. Tras la erupción del volcán Ilopango los centros de los altos son pequeños y viven en un proceso de lenta evolución. Sin embargo, al comienzo del siglo v se inician los contactos con el centro de México, cuya metrópoli ambicionaba el control del cacao y de la obsidiana, por aquel entonces en manos de Kaminaljuyú. Seguramente, estas relaciones comenzaron siendo indirectas, marcadas por la aparición de unos pocos elementos teotihuacanos en las tumbas de élite. Pero al final de esta centuria y en los primeros momentos de la siguiente aparecen complejos edificios públicos construidos según los cánones del centro de México e, incluso, el patrón de asentamiento varió desde un régimen disperso a otro nucleado. Es éste el momento en que Kaminaljuyú puede haber albergado nobles mercaderes del centro de México o, quizás, de alguno de sus enclaves subsidiarios.

A finales de la sexta centuria, esta estrecha y fructífera relación comienza a dar síntomas de cansancio, y ya para el siglo siguiente la región vive inmersa en patrones característicos de la más pura tradición maya.

En definitiva, para el siglo VI los patrones básicos de la civilización maya están fuertemente arraigados, a la vez que se hacen cada vez más evidentes ciertas diversidades regionales que, en términos muy amplios, diferencian el norte y el sur de las tierras bajas mayas. A partir del 534, y durante un periodo de cincuenta y nueve años, se inicia una etapa caracterizada por un dramático frenazo a la prosperidad económica y política de Tikal y otros centros del área central, la cual se puede identificar por el cese en la erección de monumentos datados y por el brusco parón operado en la construcción de edificios públicos, a la vez que las ofrendas y tumbas se empobrecen de manera considerable. Las causas que intervinieron en este proceso aún no han sido aclaradas con exactitud, pero parece que el retroceso de las fronteras teotihuacanas y su pérdida del control de las redes comerciales a larga distancia que llegan a las tierras bajas fueron factores de primer orden.

Clásico tardío. Superada esta corta etapa de la evolución histórica del sur de las tierras bajas, que se ha denominado hiato, se inicia un gran desarrollo de toda la región, mediante el cual los asentamientos se ordenan en una compleja estructura jerárquica en la que los principales núcleos cívicos logran dominar extensos territorios: Tikal controla parte del Petén, Yaxchilán una zona del Usumacinta, Palenque el suroeste del área maya, Calakmul el norte del Petén y Copán el sureste de las tierras bajas. De cada uno de ellos dependen diversos centros cada vez menos importantes hasta incluir los pequeños asentamientos rurales.

Paralelamente a la aparición de estos estados de ámbito regional, surgen otros núcleos en el norte de las tierras bajas mayas que inician una etapa competitiva con ellos, a la vez que algunas capitales del sur obtienen un considerable grado de independencia. No obstante, hay una tendencia generalizada, y quizás provocada por las facilidades de comunicación propias de la época hacia la uniformidad cultural, la cual se manifiesta tanto en la aceptación de cerámicas como en la adopción —entre los años 687 y 756— del calendario lunar en la mayor parte de las tierras bajas. Asimismo, el culto a la estela, los textos jeroglíficos y diversas instituciones políticas y sociales han logrado distribuirse por todos los grandes centros.

De la misma manera, el modo de vida, el patrón de asentamiento, el orden social, un sistema básico de creencias y una simbología común o la ostentación de elementos específicos por parte de la aristocracia mantienen una seria similitud de unas regiones a otras. Pero, simultáneamente, los procesos mediante los cuales se hacen más profundas las diferencias regionales se ven incrementados de manera considerable.

Es ésta una etapa en que el intercambio a larga distancia queda centralizado en poder de mercaderes y administradores, a la vez que proporciona información y cooperación entre poblaciones y áreas muy distantes entre sí. Es posible que la aparición de estados regionales independientes cada vez más poderosos fuera potenciada por el establecimiento de tales redes comerciales, que fueron más amplias, variadas y productivas que en la etapa anterior.

En Tikal se establece en el 682 una dinastía orgullosa y fuerte con el reinado del gobernante A, Ah Cacau o Kal Cacabil, que ordena construir el Complejo de Pirámides Gemelas 3D-1, junto a la estela 30 y el altar 14. Veinte años más tarde se erige el Complejo de Pirámides Gemelas 5C-1, con la estela 16 y el altar 5, poniendo de

moda la práctica de construir estos enormes conjuntos para celebrar el final de cada *katún* (o periodo de 20 años de 360 días cada uno).

Kal Cacabil logra unir, y así lo hace representar en sus monumentos dedicatorios, las dos dinastías principales que habían tenido en Tikal responsabilidades de gobierno: aquella que procedía de la vieja tradición maya y la proclive a Teotihuacán, representada por su ancestro Cielo Tormentoso. Se inicia así un periodo de prestigio y expansión del centro, que en el 683 se alía con Naranjo mediante el matrimonio de un dirigente de este asentamiento con una mujer de élite de Tikal. Más tarde, la estela 16 manifiesta la extensión de sus dominios a la zona del Pasión. Su muerte tiene lugar entre el 721 y 731, siendo enterrado en el Templo I junto a una lujosa ofrenda.

En el mismo año 731 le sucede su hijo Yax Kin, el rey B, que manda construir el Complejo de Pirámides Gemelas 3D-2 y hace de Tikal la ciudad más poderosa del área maya, alcanzando su máximo esplendor con la construcción de los Templos IV y VI. Este último registra una interesante inscripción mediante la que se narran algunos de los acontecimientos más relevantes por los que atravesó la ciudad, incluyendo una fecha muy temprana (quizás el momento mítico de su fundación), en 1139 a.C. La esfera de influencia de Tikal se amplía aún más mediante alianzas matrimoniales como en el caso de Piedras Negras, militares como en Ceibal, Aguateca y Dos Pilas y a través del control directo como el ejercido sobre Uaxactún y Nakum y, quizás, sobre Yaxhá, Xunantunich y Holmul. La muerte del rey B ocurre en el 768, y pudo enterrarse en el Templo IV, en cuyo dintel está representado su padre, el rey A, y su madre, Doce Guacamayo.

Le sucede el rey D en el 768, que manda levantar los Complejos de Pirámides Gemelas 4E-4 y 4E-3, erigidos para conmemorar los finales de *katún* de los años 770 y 790 respectivamente. Su reinado pudo finalizar hacia el 809, fecha en que se termina el Templo III, que puede ser su tumba. El último gobernante conocido es el rey C, o Chitam, cuyo reinado y fin está mal documentado, aunque parece coincidir con la decadencia definitiva de la ciudad, en la cual se talla la última fecha en el 889.

La región del suroeste fue la última en incorporarse a la etapa de civilización del periodo Clásico. La dinastía de Palenque comienza con el reinado de Kan Ik, que tuvo tres hijos: Pacal, que no reinó; Ahau Kan, que lo hizo entre el 604 y 612, y la señora Zac Kuk, entre el 612 y 640. El hijo mayor de esta última, Pacal el Grande, gobierna entre el 615 y 683, cuya historia está narrada en la lápida que cubre su tumba, bajo el Templo de las Inscripciones.

Nace el rey más importante de Palenque el 6 de marzo del año 603 y muere el 30 de agosto del 684, accediendo al poder en el 615. Es una época en que Palenque alcanza su máxima importancia, aliándose mediante matrimonio con El Tortuguero en el 633, y siendo uno de los centros más importantes del sur de las tierras bajas, aquel situado al oeste según la división cuatripartita del mundo maya.

Le sucede Chan Bahlum, que gobierna entre el 683 y 702 y manda construir el complejo de los Templos del Sol, de la Cruz y de la Cruz Foliada, a la vez que se amplía el gran conjunto del palacio. Cincuenta y tres días después de su muerte accede al poder su hermano, Kan Xul, que gobierna hasta el 719 y finaliza las obras del Palacio, que para entonces tiene cuatro patios interiores y una torre.

El momento de la muerte de Kan Xul no está del todo claro, pero sí el de su sucesión por su hijo Chaac, que reina entre el 721 y 722 en que le sucede Chac Zutz, cuyo mandato se alarga entre el 722 y 731. El último rey de Palenque es Kuk, cuyo reinado (764 a 783) coincide con la etapa de decadencia de la ciudad. Una vasija de

cerámica registra el acceso al poder de un último dirigente, seguramente de origen mexicano, que se hace llamar 6 Cimi, lo cual ocurre en el 799 y parece indicar que el centro ha caído en manos de una dinastía de influencia mexicana para finales de la octava centuria.

En la región del Usumacinta el centro más importante es Yaxchilán, un asentamiento neurálgico en cuanto a las conexiones con la costa del Golfo. Existen algunos datos indicativos de que el gobierno dinástico de la ciudad se introdujo desde Tikal, aunque para el 514, fecha en que talla su propio glifo emblema, es independiente. La época expansionista de Yaxchilán se inicia hacia el 630 en que el gobernante Pájaro Jaguar toma las riendas del centro. En el 682 le sucede Escudo Jaguar, que logra extender su territorio de manera considerable mediante conquista militar y un sistema de alianzas que no sólo afecta a sitios del Usumacinta, sino al propio Tikal y otros centros primarios. Se asocia a la Estructura 44, en la que narra sus victorias sobre los señores Cruz Kan y Chuen. Muere en el 742.

Le sucede Pájaro Jaguar III entre 742 y 768, periodo en que continúa las gestas militares de su padre, capturando a los señores Cauac y Cráneo Enjoyado. Seguramente se casó con una mujer de élite de Tikal y mantuvo fuertes conexiones con Altar de Sacrificios. Su muerte coincide con el inicio de la decadencia de la ciudad.

Piedras Negras y Aguateca son otros dos centros importantes de la cuenca del Usumacinta, adquiriendo la independencia en los años 534 y 736 respectivamente, y manteniendo semejantes patrones de corte militarista que los manifestados por Yaxchilán. Por ejemplo, Aguateca, aliado de Piedras Negras, obtiene en el 736 su propio glifo emblema, e inicia un periodo expansionista que afecta a Dos Pilas y Ceibal en el 741 e, incluso, logra capturar a un líder militar de Tikal por esta época.

En el área del Motagua el centro más importante es Copán, que en el 564 incorpora su glifo emblema. Su primer rey identificado es XVIII Jog (18 Conejo), durante cuyo mandato (702 a 742) la ciudad pierde el control sobre Quiriguá, que se hace independiente en el 731 mediante las hazañas de Cauac Cielo. Con todo, es ésta una etapa aún importante para Copán, al menos así parece indicarlo su Estela A, en la cual se establece la división cuatripartita del sur del mundo maya, en la que las capitales regionales son Tikal, Calakmul, Palenque y Copán. La rivalidad entre 18 Conejo y Cauac Cielo no finaliza con el acceso de Quiriguá a la autonomía política, sino que el primero es capturado por el segundo en el 737. Como consecuencia de ello, la hegemonía de Copán sobre el sureste de las tierras bajas se desvanece.

Tras un corto interregno, Yax Guacamayo —también conocido como Amanecer, o Nuevo Sol en el Horizonte— sube al trono en el 763 y muere en el 775. Por último, Yax Murciélago reina desde el 782 y el final de su etapa coincide con la última fecha conocida en la ciudad (805) y su decadencia.

Mientras tanto, Cauac Caan rige los destinos de Quiriguá y extiende su ámbito de influencia hacia Pusilhá y Caracol al norte. Le sucede su hijo Caan Xul, que reina durante once años. El último gobernante identificado es Jade Cielo, que gobierna desde el 806 y confiere a la ciudad su época de máximo esplendor, tallando en el 810 la fecha más tardía.

Clásico terminal. Como puede observarse en este apretado discurrir sobre la evolución histórica del pueblo maya, a partir del año 790, en que se talla el mayor número de monumentos con fechas de Cuenta Larga, los centros del sur cesan de utilizar este sistema para registrar los acontecimientos más relevantes de su historia, siendo la última fecha conocida perteneciente a Toniná, que data del 909.

Las poblaciones sufren un drástico cambio, como lo demuestra el hecho de que la mayor parte de las fechas aparecen en los centros pequeños y no en los de primera categoría, que para entonces pierden su prestigio social y político, a la vez que van cediendo en su control sobre el resto de los asentamientos. Como consecuencia de ello, el área central del Petén deja de ser el foco de la cultura maya, rasgo que se traslada a regiones consideradas periféricas hasta el momento, como el norte del Yucatán y el suroeste de Chiapas. Por otra parte, se acentúan las diferencias regionales, las cuales ya no sólo afectan a las manifestaciones artísticas, sino que se amplían a otros mecanismos como estrategias políticas, iconografía, etc. Asimismo, adquieren una relativa frecuencia los temas militares y la presencia de esclavos en los monumentos.

Al contrario de lo que sucede en vastos territorios de la región sur, Ceibal alcanza en esta época su desarrollo más complejo, de manera que entre el 830 y el 930 concentra una población cercana a los 10.000 habitantes. Buena prueba de su importancia ha quedado registrada en su estela 10 (889 d.C.), en la que se hace mención a los cuatro centros primarios en los que se divide el área maya meridional: Tikal, Calakmul, Ceibal —que reemplaza a Copán— y Motul de San José, que sustituye a Palenque. Si colocamos estos cuatro núcleos en el mapa podremos observar que todos tienden a concentrarse en el área central, sugiriendo una drástica reducción del territorio maya.

Es muy posible que el acceso de Ceibal a la categoría de capital regional y su compleja evolución durante el Clásico terminal se deba a la intrusión de élites extranjeras mexicanizadas, las cuales se hacen retratar en los monumentos esculpidos y producen cambios en arquitectura, cerámica y escultura. No disponemos de información suficiente para establecer su filiación, pero es muy probable que procedan de la costa del Golfo, cuyas poblaciones mantenían estrechos contactos con el centro de México; algunos autores han identificado estos grupos establecidos en Ceibal con los Putún de la costa del Golfo.

No sucede lo mismo en el norte de la península del Yucatán, donde centros como Dzibilchaltún continúan siendo prósperos, debido quizás a la explotación y distribución de los ricos recursos salinos del norte. Cobá tiene textos dinásticos fechados en el 618 y puede haberse desarrollado a partir de la influencia directa del Petén. Pero es Edzná quien manifiesta la secuencia de fechas de Cuenta Larga más dilatada, desde el 633 hasta el 810. Ambos sitios se inscriben en una amplia esfera desarrollada por la zona meridional maya, la cual se estimuló a partir de impulsos comerciales que proporcionaron al sur productos yucatecos y campechanos como sal, miel, algodón, cera y otros.

En la base de la península surgieron variantes regionales como la incluida en el estilo Río Bec, Becán, Xpuhil y otros, en los que se combina la influencia yucateca con la más sureña del Petén. Por último, más al norte se inició una floreciente evolución manifestada por los centros Puuc, que alcanzaron su máximo esplendor durante la etapa definida como Clásico terminal (800 a 1000).

a) La estrategia de subsistencia

Tradicionalmente ha existido una serie de investigadores para los cuales el sistema de cultivo empleado por los mayas del Clásico es el que se conoce bajo el térmi-

no de tala y quema, de amplia aceptación en las comunidades que se asientan en el bosque tropical. Según este método, grandes parcelas son cultivadas durante un corto periodo de tiempo para después abandonarlas a una larga etapa de renovación. Este sistema, unido al empleo de un complejo tecnológico muy simple que se componía de instrumentos de piedra y de madera, provocaba la existencia de poblaciones dispersas que se distribuían a lo largo del denso bosque húmedo.

Hoy día sabemos que el conocimiento agrícola fue muy sofisticado, y que estuvo completado por una sabia utilización del complejo y variado ambiente que les rodeaba. En cualquier caso, el patrón agrícola más ampliamente utilizado fue el de roza o tala y quema, que consiste en los siguientes trabajos: elección del campo de cultivo; quema de las malezas y árboles que lo ocupan; tala de los grandes troncos no consumidos por el fuego; roturación del terreno mediante el palo cavador; siembra del maíz, calabaza, fríjoles y otros cultígenos, y cosecha. Este método se aplicó, a su vez, de varias maneras.

El barbecho de ciclo largo, probablemente el más antiguo utilizado, consiste en dejar en regeneración los terrenos durante un periodo que oscila entre los tres y los seis años por cada doce meses de cultivo. Para su práctica se requieren áreas muy amplias, a la vez que la producción no es alta. Se trata de un sistema que se adapta mejor a la situación del Formativo en que existían enormes regiones sin ocupar que la del Clásico, con un notable incremento de población; por este motivo, el barbecho de ciclo largo tiende a desaparecer.

Otro método es el de barbecho de ciclo corto, en el que por cada año de cultivo era necesario dejar de uno a tres años de carencia, dependiendo de las condiciones particulares del terreno y de la estación de las lluvias. Necesita de mayor cuidado que cualquier otro método de cultivo, de plantación periódica y de la práctica del intercultivo, mediante la cual se reduce la competición de las malas hierbas, disminuye el agotamiento del terreno y, por lo tanto, el periodo de carencia.

Los sistemas de barbecho se vieron complementados por otros de tipo intensivo, por ejemplo, el cultivo continuo del campo, sin periodo de carencia. Necesitó de mucho cuidado para evitar la competencia de las malas hierbas, de suelos muy fértiles, y de un régimen de lluvias favorable, quedando relegado a los terrenos profundos propios de los valles aluviales, riveras de los ríos, bajos pantanosos, etc.

También como sistema intensivo del uso de la tierra se crearon jardines caseros entre las residencias que contenían una gran variedad de plantas: maíz, frijol, calabaza, tubérculos y diversas especias fueron cosechados en ellos. Se trata de un método fácil de trabajar y de escaso peligro de competencia, plagas o depredaciones, por lo que su rendimiento es alto. Jardines caseros y comunales son muy corrientes en la mayoría de los centros desde el clásico hasta el siglo XVI.

La arboricultura del cacao, ramón, aguacate o sapodilla produjo una variada gama de artículos alimenticios. Los estudios realizados sobre el ramón *(Bronsinum alicastrum)* concluyen que su producción es diez veces superior a la del maíz, se almacena mejor y su árbol da frutos durante un periodo de al menos cien años, a la vez que requieren menos cuidado al no ser necesario ni plantarlos ni recolectarlos. De ahí la gran importancia que obtienen los *chultunes* como pozos acampanados de almacenaje en las ciudades clásicas. Pequeños bosques de árboles frutales pudieron ser plantados en los espacios inter e intraurbanos de los grandes centros cívicos.

La utilización intensiva del suelo alcanza mayor profundidad en el momento en que se introducen modificaciones hidráulicas en el paisaje. Así, en Edzná se descu-

brió un enorme canal procedente de un gran depósito de agua o *aguada* que irrigó cerca de 450 hectáreas cultivadas. Cientos y cientos de terrazas con vallas de piedra han sido localizadas en las colinas circundantes de Becán, las cuales no solamente sirvieron para contener la erosión con técnicas de drenaje muy sofisticadas, sino que favorecieron los sistemas de barbecho de ciclo corto. A veces, la irrigación con cántaros pudo ayudar en épocas de prolongada sequía.

Más importante aún puede considerarse el uso de campos levantados y bajos —antiguos lagos o pantanos— en los que se desarrolló una agricultura de tipo *chinampas* propia del centro de México. En este sistema, el suelo mezclado con hojas y musgos se apila sobre grandes plataformas que se disponen en canales sobre zonas pantanosas, permitiendo su cultivo continuo. Por otra parte, a la humedad permanente del terreno se le suma la posibilidad de renovar la tierra de estas grandes plataformas: Tales prácticas se han descubierto desde el río Candelaria en Campeche hasta toda la región Río Bec y, sobre todo, en Belice, donde además de maíz se cultivó cacao, algodón y otros productos básicos, generalizándose su utilización para finales del Clásico. Es más, existieron algunas zonas en Belice que gozaron de protección especial y que estuvieron dedicadas de manera exclusiva a la producción de cacao a gran escala para la exportación.

La estrategia de subsistencia de los mayas durante el Clásico no estuvo relegada exclusivamente a los recursos agrícolas, sino que se generó una combinación muy precisa de métodos para alcanzar el máximo rendimiento de cada lugar, entre los cuales la caza, la recolección, la pesca y la domesticación de animales complementan a la agricultura. Tales productos se obtuvieron tanto de manera directa como mediante intermediarios que los llevaron a las grandes plazas de mercado; en cualquier caso, es presumible que, a medida que avanzara el Clásico y aumentara la población, ésta dependiera cada vez más de los productos del exterior; incluso ciertas zonas del área maya pudieron dedicarse a la producción masiva de alimentos para la exportación a los grandes centros cívicos.

Las técnicas más frecuentes para cazar fueron trampas, cerbatanas y otros instrumentos a partir de los cuales se obtuvieron venados, conejos, tortugas, armadillos, monos, pájaros, etc. Las investigaciones practicadas en Cuello, Nohmul y sitios de Belice sugieren que desde el comienzo del Formativo temprano hasta el Postclásico temprano (2500 a.C. a 1000 d.C.) el venado fue el animal preferentemente consumido, seguido por dos especies distintas de tortuga.

Numerosas pesas de red de arcilla y de hueso y representaciones artísticas sugieren que una amplia variedad de productos fueron recolectados en el mar, los ríos y los lagos. Al parecer, se conoció la técnica del secado y ahumado, tras lo cual la pesca fue transportada hacia el interior. Asimismo, determinados caracoles de agua dulce suministraron proteínas a la población. La recolección de plantas también debió intensificarse a medida que se incrementaba la población, obteniéndose papaya, *copal,* sapodilla, vainilla, chirimoya, coyol y una gama muy variada de productos, los cuales fueron utilizados tanto desde un punto de vista alimenticio como medicinal y ritual.

En cuanto a los animales domesticados, no parecen haber ocupado un lugar destacado en la dieta maya, e incluyen el perro, la tortuga y algunas aves de corral.

En suma, una compleja combinación de estrategias de subsistencia mediante las cuales los mayas fueron capaces de explotar al máximo el medio hostil que ocupaban, y con una tecnología característica de la edad de piedra resolvieron, al menos durante una dilatada etapa, los numerosos problemas que les planteaba el incremen-

to constante de individuos y las exigencias abrumadoras de las ambiciosas aristocracias instaladas en los centros urbanos.

El establecimiento de esta complicada combinación de estrategias de subsistencia a la que hemos hecho referencia tiene una importancia procesual más profunda que la mera nutrición de los habitantes de las tierras bajas. En efecto, la visión tradicional de la agricultura maya, divulgada fundamentalmente por Morley y Thompson, había creado un modelo según el cual el medio ambiente estaba imposibilitado para albergar amplias poblaciones de manera nucleada. De esta manera, la sociedad maya tenía que distribuirse por el paisaje de las tierras bajas de modo disperso, mientras que los grandes centros ceremoniales tan sólo estaban habitados por la élite sacerdotal y teocrática y su servicio.

Este modelo tenía repercusiones directas sobre el tipo de sociedad maya, la cual fue dividida en dos amplios segmentos: sacerdotes, que ocupaban los grandes centros cívicos, y campesinos, que habitaban los asentamientos dispersos. La teoría tiene otras implicaciones ulteriores, pero para lo que nos interesa en esta ocasión basta con este simple enunciado.

El descubrimiento de una variada estrategia de subsistencia, junto con los diferentes sistemas de cultivo intensivo, han alterado en profundidad esta visión tradicional. Ahora podemos explicarnos que algunos grandes centros tuvieran un carácter urbano y alcanzaran, como en Tikal, más de 50.000 habitantes. Fue necesario introducir una serie de instituciones complejas para organizar tan elevado número de personas, las cuales ya no estuvieron dedicadas al sacerdocio o a la agricultura, sino que también accedieron a la más variopinta cantidad de oficios, cargos y responsabilidades. Éstos fueron alcanzando diferente prestigio social según el servicio prestado a los ciudadanos, y se originaron las clases sociales que estratificaron las comunidades en profundidad.

En definitiva, los nuevos descubrimientos sobre la subsistencia maya han hecho posible variar nuestra visión sobre sus manifestaciones, las cuales van a ser desbrozadas en las siguientes páginas.

b) El patrón de asentamiento

Los estudios sobre el patrón de asentamiento constituyen otra línea de investigación que ha contribuido de manera notable a alterar la visión tradicional de los mayas del Clásico; sin duda alguna, el descubrimiento de cientos de montículos de casas asociados a los centros cívico-ceremoniales mayores, y el concurso de miles de personas viviendo en ellos, ha hecho que las antiguas ideas acerca de los centros públicos vacíos hayan sido desplazadas por otras que tienden a considerar a los grandes asentamientos clásicos del área maya como ciudades.

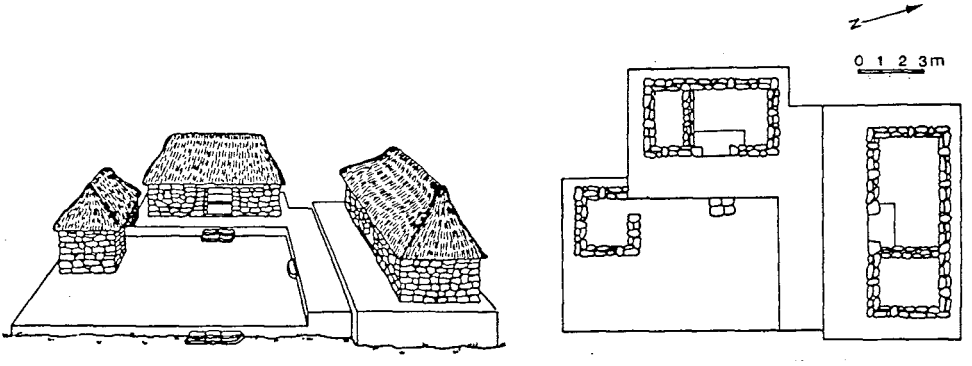
Una primera consecuencia que se puede deducir de este tipo de análisis es que el medio ambiente condicionó en buena medida la disposición del pueblo maya sobre el paisaje; así, la existencia de suelos profundos y bien irrigados, la abundancia o posibilidad de obtención de agua y el acceso a determinados recursos básicos o estratégicos, fueron condiciones tenidas en cuenta por tales gentes para su emplazamiento.

La unidad básica de asentamiento es la casa, colocada sobre una baja plataforma que no alcanzó los 0,50 metros y levantada para proporcionar mejores condiciones de drenaje, ventilación y aislamiento de los animales. Sobre esta terraza se emplazó

un edificio rectangular de extremos oblongos o rectos, una o más habitaciones, con paredes de piedra y cubierto por una techumbre de palos y palmas o, en algunas ocasiones, enteramente de materiales perecederos. Su tamaño es variable, pero alcanza un promedio aproximado de veinte metros cuadrados. Existen, no obstante, casas que se colocan directamente sobre el suelo, dependiendo de las posibilidades económicas y del rango social de cada individuo el carácter definitivo de la construcción. Los rasgos más comunes que se asocian a las viviendas son desechos y materiales utilitarios, lugares de almacenaje, áreas de trabajo y, debajo de los pavimentos, enterramientos sencillos.

Esta unidad básica puede aparecer aislada o asociada a otro edificio similar, aunque la relación más común consiste en tres o más construcciones en torno a una plaza doméstica o patio abierto; en este caso, una de las estructuras —la principal— es un santuario que da cohesión al pequeño grupo que habita el conjunto. A veces existe en su interior un enterramiento, quizás un ancestro fundador, y suele colocarse en un lado o en el mismo centro de un patio.

Si bien la unidad básica alberga una familia nuclear, el conjunto residencial está ocupado por familias extendidas que acogen miembros de al menos tres generaciones. La tónica general en las tierras bajas consiste en varios grupos de casas que albergan familias extendidas separadas entre sí por terrenos abiertos, presumiblemente dedicados a la jardinería y la arboricultura o a sus campos de cultivo; en cualquier caso, la distancia entre ellos no es muy grande. Por regla general, varios conjuntos residenciales están ocupados por un linaje. Entonces suele existir una residencia más elaborada ocupada por el dirigente del pequeño linaje; dependiendo de la importancia de estos conjuntos, puesto que algunos de ellos pueden estar especializados en trabajos artesanales de prestigio, varios de ellos se disponen en torno a una amplia plaza rectangular, en la cual hay un edificio más grande y complejo que los demás, que se dedica a santuario de linaje.



Reconstrucción y plano de un grupo de habitación maya.

Un conjunto residencial oscila de dos a varios grupos habitacionales, en los cuales, además de los lazos de parentesco y las relaciones matrimoniales, la especialización agrícola o artesanal puede haber sido un factor de cohesión e integración social de importancia.

Cuando estos conjuntos residenciales han alcanzado un grado de complejidad elevado, con espacios más amplios y edificios de elaboración superior, nos encontra-

mos ante pequeños centros cívicos que pueden haber estado dirigidos por élites locales. Normalmente, un pequeño centro cívico incluye al menos una pirámide de regular tamaño y un edificio para el dirigente de la comunidad. La categoría del sitio queda reflejada en el tipo de edificación llevado a cabo, variando desde residencias de élite con techumbres abovedadas a habitaciones con cubiertas de materiales perecederos.

La categoría más compleja de asentamiento en las tierras bajas mayas es aquella que corresponde a la denominación de centros civicoceremoniales o ciudades, que coordinaron a todas aquellas unidades previamente definidas. Consisten estos asentamientos en una variada gama de rasgos que incluyen templos, juegos de pelota, estelas, altares, calzadas, plataformas, grandes depósitos de agua, fortificaciones, arcos, torres, etc. En realidad, tales núcleos urbanos reproducen los grupos residenciales en plano, aunque con una organización bastante más compleja, disponiéndose a base de grupos de conjuntos en torno a una o a varias plazas centrales cuya función más que residencial fue administrativa, religiosa, de servicios y política. Evidentemente, se mantienen las relaciones de parentesco y los lazos matrimoniales en su distribución albergando, según la categoría y composición del centro, desde varios linajes a una variopinta población que alcanza connotaciones urbanas.

Estas características a las que hemos hecho referencia nos han permitido encuadrar dichos sitios en diferentes categorías, dado que su variación en tamaño oscila desde un kilómetro cuadrado hasta los 123 kilómetros cuadrados que abarca Tikal durante el Clásico tardío.

La diversificación en tamaño urbano y de los edificios que contienen, la cantidad de restos escritos y otros rasgos manifiestan que algunos núcleos ejercieron un dominio político o económico sobre otros, siendo los más complejos capitales regionales que controlaban amplios territorios del área maya.

Otra consecuencia a la que podemos llegar es que, con este sistema de asentamiento disperso en que se distribuye la población, resulta muy difícil establecer los límites precisos de las ciudades; por ejemplo, la población de Tikal se distribuyó sobre un área superior a los sesenta kilómetros cuadrados. Pero si nosotros seguimos explorando más allá de estos límites nucleados, ésta no cesó de manera brusca, sino que simplemente se redujo a una densidad inferior. Esta ocupación menos densa de los paisajes mayas era continua hasta unirse con la correspondiente a otros centros de menor importancia, y éstos, a su vez, se sumaban a otros de categoría superior.

La profundidad en el tiempo de este patrón básico, que consiste en una casa o varias de ellas que se disponen en torno a una plaza central o un patio abierto, va tan allá como la propia aparición de los asentamientos campesinos en el área maya; así, durante la fase Swazey del sitio de Cuello (Belice), en el 2.500 a.C., aparecen bajas plataformas soportando casas que se agrupan en torno a patios. Tales edificios estaban dedicados a cuartos de habitación, almacenaje y, en ocasiones, a áreas de trabajo. Además, una estructura principal fue utilizada como recinto sagrado.

En cuanto a la población que pudieron albergar los grandes centros cívicos, es una cuestión difícil de dilucidar, ya que todos los métodos empleados hasta ahora han sido objeto de fuertes críticas. Por otra parte, los datos de que disponemos acerca de la distribución de la población en las tierras bajas sugieren patrones variables de región a región. Así, los sitios de la zona central estuvieron fuertemente ocupados desde el Clásico temprano, con un incremento considerable durante el siguiente periodo. Sin embargo, los yacimientos de la cuenca del Usumacinta y del Pasión pare-

cen haber estado ocupados de manera dispersa durante el Clásico temprano, e incluso algunos asentamientos emplazados en las márgenes del río de la Pasión estuvieron densamente poblados durante el Formativo tardío. Baste, pues, decir que en Tikal hubo una densidad de población cercana a los 800 habitantes por kilómetro cuadrado, mientras que en Becán y Xpuhil descendió a 500 personas por kilómetro cuadrado y se acercó a los 2.000 individuos por kilómetro cuadrado en Dzibilchaltún.

c) La sociedad

Las investigaciones de la primera mitad del siglo XX sobre la sociedad que ocupó las tierras bajas mayas confluyeron en un modelo divulgado por J. Eric Thompson según el cual ésta se organizó en torno a la dicotomía «sacerdote-campesino». Tal modelo social se correspondía, pues, con un segmento de población formado por una aristocracia de carácter teocrático que gobernaba por derecho divino y ocupaba los centros ceremoniales; y un enorme estrato que se distribuyó en los pequeños asentamientos dispersos ocupado en sus trabajos agrícolas, y que sólo ocasionalmente visitó tales centros para participar en ceremonias de importancia.

Según este esquema, como hemos hecho referencia anteriormente, los grandes núcleos urbanos que funcionaron como focos de control político, religioso, económico y social, fueron amplios recintos vacantes habitados por una élite aristocrática de tintes sacerdotales, a los cuales llegaron los campesinos tanto para concurrir a rituales especiales como para servir al reducido estrato privilegiado que vivía en ellos o, con más asiduidad, como fuerza trabajo para levantar los enormes templos y palacios y otras edificaciones.

Sin embargo, los recientes avances acerca del sistema de subsistencia y del patrón de asentamiento en las tierras bajas han alterado en profundidad esta cuestión. De esta manera, algunos investigadores han comprobado que desde el Formativo temprano, en Cuello, la sociedad maya se organizó en torno a las familias extendidas que ocupaban los grupos residenciales dispuestos en torno a una plaza las cuales, al menos para finales de la etapa formativa, debieron regirse por reglas de descendencia patrilineal. La evidencia arqueológica sugiere, además, que este sistema de parentesco se pudo mantener sin alteraciones importantes hasta finales del Clásico.

Hemos visto, por otra parte, que las familias extendidas de residencia patrilocal y descendencia patrilineal se organizaron en unidades mayores, basándose rígidamente en relaciones de parentesco y matrimonio, y formando linajes y patriclanes según la categoría del sitio. Según este modelo, la sociedad maya del Clásico debió estar organizada en torno a un grupo de parientes con una filiación de un ancestro común; en este sentido, sólo el nacimiento confiere pertenencia a un linaje, y con él estatus y posición en la sociedad, así como especialización en el trabajo.

En un determinado momento, los habitantes de las tierras bajas alcanzaron tal grado de complejidad cultural que comenzaron a aflorar diferentes estratos sociales, los cuales se correspondían más con las complejas urbes del Clásico que con los sencillos asentamientos formativos. La transición del Formativo al Clásico fue gradual y variable según las regiones, por lo que resulta difícil establecer con exactitud cuándo fue reemplazada la vieja clase aristocrática de sacerdote-gobernante, y cuándo surgió una sociedad estratificada.

Sabemos, sin embargo, que para el año 300 existe en Tikal una dinastía hereditaria cuyo representante en estos momentos es Garra de Jaguar, bastante secularizado, que mantuvo un férreo poder sobre la ciudad; junto a Tikal, existían por aquel entonces numerosos centros que aún no habían introducido por completo tal sistema, pero que pronto se adhirieron a esta nueva fórmula de dirigir la sociedad.

Ahora bien, podemos rastrear arqueológicamente la aparición del poder desde una autoridad política y religiosa más temprana. Por ejemplo, en Altar de Sacrificios aparecen distintos grupos de patios del Formativo ocupados por una familia extendida. En un momento dado hubo reconstrucciones, y uno de tales grupos se amplió de manera considerable, transformándose en un complejo de templo-palacio típico de los grandes centros mayas para finales del Formativo tardío, transformación que ilustra el desarrollo del poder de un linaje. Algo semejante debió ocurrir en Tikal.

Parece lógico que la unión de varios linajes fuertemente cohesionados por las relaciones de parentesco, por la endogamia matrimonial y por una especialización artesanal transmitida por línea paterna, se tradujera en una estratificación de las especialidades artesanales, la cual pudo desembocar a su vez en una estratificación de los linajes que las producían. De este modo, un grupo de parentesco más poderoso pudo, con el tiempo, haber alcanzado el poder y regir los destinos de un centro cívico-ceremonial. Dado el carácter hereditario que rigió los derechos de sucesión, se fueron formando dinastías.

La clase más alta estuvo formada, pues, por el linaje dirigente hereditario y patrilineal que ocupó los palacios cercanos a los templos, y cuyos máximos representantes tuvieron un carácter semidivino. El gobernante asumió funciones de sumo sacerdote y cabeza del estado.

Íntimamente relacionada con él por lazos de parentesco se asentó una clase administrativa cada vez más numerosa, cuya función primordial fue garantizar la gobernabilidad del estado, organizando el tributo, la fuerza del trabajo y teniendo responsabilidades concretas en actividades religiosas, comerciales y militares. Como tales ejecutores de las decisiones del máximo representante de la capital del estado, pudieron residir tanto en la capital regional como en núcleos menores, donde alcanzaron un alto prestigio. De esta manera, en las representaciones en murales o cerámica aparecen ricamente ataviados y portando diversos símbolos de poder.

Un estrato más bajo pudo estar constituido por especialistas e intelectuales encargados de traducir plásticamente las construcciones mentales de la aristocracia; de tal modo que el alto sacerdocio, los arquitectos, ingenieros, escultores y escribas se dedicaron a transcribir mensajes de la élite al resto de la población y, en la medida que se trataba de actividades sumamente complejas y estratégicas, alcanzaron una elevada consideración.

Inferior rango le fue concedido a una enorme cantidad y variedad de artesanos como ceramistas, lapidarios, plumajeros, cesteros, pintores y una amplia gama de actividades necesarias para satisfacer a una población en aumento que se concentró dentro o en los alrededores de los grandes centros.

Los dos estratos inferiores estuvieron compuestos por aquellos segmentos de población que sólo proporcionaron fuerza de trabajo para la ejecución de los ambiciosos proyectos de ingeniería planificados por la aristocracia, y por los campesinos encargados de producir el excedente necesario para mantener a un conjunto de población que, a medida que aumentaban los procesos de secularización de la sociedad maya, se incrementaban de manera considerable.

Los centros urbanos y sus alrededores fueron un fiel exponente de esta sociedad tan estratificada, de manera que hubo una sucesión de residencias organizadas según el estatus de sus ocupantes, correspondiendo a los linajes más prestigiosos las zonas circundantes a la plaza principal, y las periferias a los de menor consideración. Las recientes investigaciones realizadas sobre Tikal manifiestan que la Acrópolis Central pudo estar habitada por el linaje del máximo dirigente de la ciudad, y que en torno a ella se fueron distribuyendo grupos cada vez más pequeños, algunos de los cuales contaron con calzadas —*sacbeob*— de intercomunicación, mientras que otros grupos se relacionaron entre sí a base de pequeñas trochas abiertas en la selva.

Es posible, por último, que en las periferias de los grandes centros existieran enormes poblaciones de gente no especializada que se encargaba de proporcionar fuerza de trabajo y campesinos, cuya filiación cultural se correspondía más con una tradición campesina que la propiamente urbana.

Así pues, la sociedad maya durante el periodo Clásico no estuvo distribuida en dos estratos homogéneos de sacerdotes-aristócratas y campesinos, sino que se dividía en una variedad de clases sociales más acorde con los grandes y complejos centros civicoceremoniales.

Un aspecto importante del tema que estamos analizando afecta a la flexibilidad del sistema de clases instituido durante el Clásico en el área maya; en otras palabras, ¿qué posibilidades tenía un individuo de acceder a un estrato social más elevado que el previamente ostentado? La respuesta no puede ser más sencilla: muy pocas. No cabe duda de que los lazos de parentesco y el sistema hereditario patrilineal en torno al cual se organizó la sociedad maya restringieron de manera considerable la movilidad. De este modo, sólo el nacimiento adscribe al individuo a un linaje y a un estrato social determinados, y a éste corresponde un estatus previamente establecido.

La escasa movilidad, si es que efectivamente la hubo, debió estar confinada a los niveles más altos de la sociedad. Es muy probable que la acumulación y la redistribución de la riqueza, un medio frecuentemente utilizado para cambiar de estatus, se desarrollara en un movimiento circular limitado a unas cuantas familias. También la guerra se pudo transformar en algunas ocasiones en un mecanismo capaz de alterar la situación social de determinados individuos.

En definitiva, vemos a la sociedad clásica de las tierras bajas mayas rígidamente estratificada en clases, a las cuales se pertenece por nacimiento, y se mantienen por los estrechos lazos de parentesco que habían servido de manera tradicional para dar coherencia a dicha sociedad.

d) Organización política

El gobernante y su grupo de parentesco de corte aristocrático, junto con los elementos más importantes de otros linajes de prestigio, estuvieron encargados de dirigir los asuntos políticos y administrativos del estado. Como es natural, este reducido grupo de personas no disfrutó de un poder uniforme durante toda su existencia, sino que desde el Formativo tardío se fue haciendo cada vez más poderoso hasta controlar todos los mecanismos neurálgicos mediante los cuales se desarrolló la sociedad y la cultura.

Una estrategia mediante la cual pudieron alcanzar un dominio absoluto sobre amplias regiones y sus gentes fue la identificación del orden cósmico con el gobierno

político. El camino por el que se efectúa esta asimilación no es fácil, y pasa necesariamente por la similación de rasgos y conceptos divinos por parte del gobernante. De ahí que el sistema religioso se fuera haciendo cada vez más complejo con el fin de legitimar la existencia de una sociedad ya establecida, ordenada socialmente en estratos y, por lo tanto, fiel reflejo de las desigualdades sociales.

En este complejo proceso, mediante el cual se desarrolló un conjunto de creencias, de construcciones ideológicas y un ceremonial muy elaborado para sancionar la desigualdad social, el punto culminante por el que el gobernante se asimiló a la divinidad fue la captación del «cetro maniquí» como instrumental relacionado con la élite, en el que se representó al Dios K (Bolon Dzacab), que llegó a ser la divinidad más común del pequeño grupo en el poder, al menos la más frecuentemente representada en las estelas.

Una vez identificado el orden cósmico con el gobierno político, y su figura más relevante con la divinidad —de hecho muchos gobernantes fueron venerados como divinidades desde el momento de su muerte—, dicho gobierno y la aristocracia que lo mantenía se encargó de manifestarlo en multitud de facetas artísticas. El mensaje comunicado en estelas, altares, tableros, cresterías, pinturas y cerámicas siempre estaba encaminado a describir la vida de los gobernantes, sus títulos y ancestros, así como su asociación con lo divino.

Los estudiosos del área maya durante la etapa prehispánica no siempre han sido conscientes de la información que quiso transmitir la élite y, de hecho, ha resultado arduo y costoso alterar la imagen que algunos mayistas de prestigio han divulgado, la cual defendía la información esotérica y calendárica o propia de las divinidades.

La evolución de los estudios epigráficos ha hecho posible que las inscripciones jeroglíficas se interpreten como textos históricos que incluyen listas dinásticas, manifestaciones propias de la aristocracia dirigente, la política de alianzas y conquistas e, incluso, la distribución territorial del estado, los cuales se suman a aquellos otros de carácter calendárico y esotérico.

Así, hoy día estamos en condiciones de confirmar el carácter divino del gobernante y de su grupo de parentesco más inmediato, el cual, en los textos postclásicos, fue definido mediante tres términos diferentes pero complementarios entre sí: *ah tepal,* que se traduce como rey, dios, majestad, a la vez que prosperidad, abundancia, gloria y dominio. *Halach Uinic,* «hombre verdadero», sumo mandatario, sacerdote que, además, concentra en su persona la máxima judicatura. *Ahau,* rey, soberano y supremo sacerdote. Esa es la función de la máxima jerarquía en la organización política de las tierras bajas que, aunque referida de manera preferente a la etapa postclásica, puede ser asumida para el periodo Clásico.

Otro elemento clave que identifica al gobernante es la barra ceremonial, que suele terminar en cabezas bicéfalas de serpiente y que le confiere la delegación divina en los asuntos humanos. Así está expresado de manera clara en las estelas, en las que el individuo representado sostiene sobre sus brazos, y a la altura del pecho, este símbolo divino del poder.

Tal gobierno divino, autoritario y muy centralizado, fue ejercido tan sólo en los grandes centros civicoceremoniales de primera categoría —y no en todos—, en los que alcanzó profundas connotaciones de una corte monárquica. De esta manera, el gobernante se puede equiparar a un rey.

También una actividad fundamental del monarca fue la política de alianzas matrimoniales y comerciales, y las relaciones diplomáticas entre los diferentes centros

importantes de las tierras bajas. Podríamos definir con más precisión la figura de la máxima autoridad de los núcleos urbanos, y las obligaciones y responsabilidades inherentes a su cargo, pero estimamos que con el perfil propuesto puede ser suficiente.

A medida que nos alejamos del máximo dirigente y de su entorno más inmediato, la información se va difuminando y penetramos en un mundo bastante desconocido. Existen algunos datos, aunque comprobados básicamente para la región central, de que este gobierno de corte monárquico y divino afectó solamente a los grandes núcleos y a las capitales de los estados regionales, pero en el exterior, en los pequeños centros cívicos, la situación no fue tal.

Diversos señores feudales relacionados por el parentesco con la aristocracia dirigente, aunque en grados menos elevados, dirigieron la periferia de dichos estados. El rey pudo, así, contener las ambiciones políticas de la nobleza que, paralelamente al proceso de secularización de la sociedad, se fue haciendo cada vez más numerosa y fuerte. Por otra parte, los señores feudales dispusieron de oportunidades para alcanzar cierta autonomía y contrapesar el poder absoluto de los reyes.

Este sistema de corte feudal, que se asemeja al existente en la Europa medieval, permitió mantener unas relaciones dinámicas entre el señor feudal y las poblaciones bajo su control, que consiguieron así suficiente seguridad militar y política, social y religiosa. A cambio, los estratos campesinos y artesanos que dominaba hubieron de trabajar en su beneficio, tributándole, y manteniéndose a sí mismos.

Este sistema feudal fue uno de los mecanismos fundamentales mediante los cuales se hizo posible la colonización de nuevas tierras en parajes alejados con respecto a la capital del estado, a la vez que proporcionó los medios suficientes para efectuar una serie de obras hidráulicas de gran transcendencia para el incremento de la población y para el desarrollo cultural del sur de las tierras bajas mayas. Es así como podemos interpretar las enormes construcciones de campos levantados en Quintana Roo, en Belice y en los valles de Copán, entre otras regiones.

En suma, mediante un modelo feudal en las relaciones políticas se pudo descentralizar de manera parcial el sistema político basado en una monarquía absoluta, a la vez que cada linaje noble pudo ser controlado por la realeza que organizó la distribución y el control de las tierras y de los vasallos.

No disponemos de información complementaria acerca de las demás instituciones que mantenían la monarquía, aunque sí de relatos posteriores a la conquista que describen la situación existente en el Yucatán protohistórico. Según éstos, cada centro provincial estuvo dirigido por una especie de gobernador que concentraba en su persona los asuntos administrativos, judiciales y, tal vez, políticos, existiendo también otro tipo de funcionarios y burócratas cuya función será analizada cuando comentemos la sociedad postclásica.

Conocemos, sin embargo, parcialmente la organización territorial de los centros mayas durante el periodo Clásico. En efecto, los descubrimientos acerca del denominado «glifo emblema» como símbolo de independencia de un asentamiento, nos han permitido establecer las relaciones de poder en algunos centros clásicos del sur. El primer sitio que graba su propio glifo emblema es Tikal (estela 29 del 292 d.C.), y la aparición de su sello especial en otros asentamientos de menor importancia sugiere la existencia de núcleos cívicos subordinados políticamente. Este sello especial resulta muy útil para ordenar los sitios de manera estratificada. Por ejemplo, el glifo emblema de Tikal aparece en Uaxactún hacia el norte, en Naranjo hacia el este y en va-

rios sitios desde Yaxchilán hasta Ceibal en el suroeste, indicando la existencia de alianza militar o alianzas pacíficas.

De sumo valor para la organización territorial del estado maya podemos considerar a la Estela A de Copán, que fue dedicada en el año 731 y contiene información referente a la existencia de cuatro capitales regionales en que está dividido el sur de las tierras bajas: Tikal, Copán, Palenque y Calakmul. Tales capitales tuvieron sus dependencias y centros menos relevantes que dominaron, a su vez, asentamientos de menor categoría.

Las relaciones diplomáticas entre centros distantes fueron cuidadas de manera delicada, como lo manifiesta el conocido vaso de Altar de Sacrificios en el que varios gobernantes procedentes respectivamente de Yaxchilán, Tikal y Alta Verapaz, acuden a este centro para rendir homenaje a una mujer de élite muerta, lo cual sucede en el año 754. Esta información puede ser completada por un monumento descubierto en Ceibal y fechado en el 889 que manifiesta una reorganización del mundo maya del sur, en la cual tanto Palenque como Copán han perdido su influencia como capitales regionales en favor de Ceibal y Motul de San José, a la vez que Tikal y Calakmul siguen manteniendo su poder y su prestigio. Para resumir, la organización política existente en las tierras bajas del sur se construyó en torno a un personaje real de descendencia patrilineal que mantuvo una autoridad centralizada, la cual fue controlada, si bien en escasa medida, por una nobleza aristocrática de corte feudal encargada de administrar al conjunto de población. El resto de la sociedad debió intervenir muy poco en las responsabilidades administrativas del estado, al menos así parecen indicarlo las manifestaciones artísticas, las cuales hacen referencia tan sólo a los estratos más altos de la comunidad.

e) Comercio y relaciones con el exterior

Los pioneros de la investigación en los núcleos urbanos mayas pudieron constatar el alcance del relato de Colón al referirse a una canoa indígena que se encontró frente a las costas de Honduras en el curso de su cuarto viaje en 1502. Según dicho documento, al menos 25 individuos manejaban una gran embarcación cargada con una amplia variedad de productos. Volveremos más tarde sobre esta cuestión, pero queda señalado que la actividad comercial fue una de las empresas fundamentales en las que los aristócratas mayas centraron su atención.

Tanto es así, que desde los inicios del poblamiento de las tierras bajas por parte de grupos de agricultores fue necesario abrir unas complejas vías de aprovisionamiento a una región que carecía de la mayoría de las materias básicas que necesitaba, tanto de carácter utilitario como para fines ceremoniales y de prestigio. Así parecen haberlo entendido los ocupantes de Cuello durante la fase Swazey del Formativo temprano, dado que en su registro arqueológico se incluyen diversos instrumentos de obsidiana y de jade, los cuales manifiestan relaciones comerciales con el altiplano.

Un mecanismo que acompañó a los productos en sus diferentes rutas de la sierra y de la selva, del interior y de la costa, y que pudo tener al menos tanta relevancia como el comercio en el complicado desarrollo cultural de las tierras bajas, fue la comunicación. A partir de ella se introdujeron en variadas regiones desde nuevas tecnologías y armamentos hasta innovaciones de tipo social y político, por no hacer referencias a otras manifestaciones artísticas en la arquitectura, cerámica, escultura, etc.

La actividad comercial en el área maya no puede considerarse homogénea, y varió según la capacidad de las zonas explotadas y según los condicionamientos de tipo político y cultural. Por otra parte, a este índice de variabilidad que se puede medir desde un punto de vista cronológico habría que añadirle otro que afecta a la proximidad, peso, volumen y característica estratégica del producto comercial. De este modo, podemos considerar que en el área maya se produjeron tres niveles diferentes de intercambio: local, regional y de larga distancia.

El comercio a corta distancia, o de carácter local, se desarrolla dentro o entre comunidades vecinas; como es natural, el volumen y variedad de los productos no es amplio, sino que hace referencia más bien al intercambio de excedentes de producción de escaso valor estratégico para los habitantes de dichas comunidades. El comercio a nivel regional está definido por intercambios dentro de una zona ambiental muy amplia o, quizás, de regiones ecológicas diferentes pero no alejadas entre sí. La distancia reguló la importancia de las rutas regionales de comercio, e implicó el mayor o menor costo de los artículos y, en última instancia, el control de algunos productos en forma de monopolio.

Parece claro que la localización de ciertos núcleos urbanos con respecto a las zonas de recursos estratégicos generó desigualdades, que tuvieron que ser niveladas mediante la formación de costosas caravanas para proteger la llegada a buen puerto de los productos intercambiados; por ejemplo, Tikal, Uaxactún, Yaxhá y otros asentamientos de la zona central estuvieron bastante más alejados de áreas o rutas neurálgicas que Yaxchilán o Copán.

Por último, el comercio a larga distancia se efectuó entre varias zonas ambientales muy distanciadas entre sí. A este nivel, la cantidad y calidad de los productos intercambiados es netamente superior, e implican tanto bienes complementarios desde un punto de vista económico como artículos exóticos o muy escasos, pero que tienen una gran demanda por parte de la población.

El control de las rutas y de los productos que circularon en estos tres niveles fue un factor vital para el desarrollo de las tierras bajas. Por esta misma razón, y dado su escaso potencial estratégico, el comercio local estuvo manipulado por gentes que no pertenecían a la élite, por los propios artesanos especializados o por comerciantes itinerantes, que distribuyeron los productos de comunidad a comunidad dentro de un territorio bastante limitado.

No ocurrió lo mismo con las redes de ámbito regional y con las transacciones efectuadas a larga distancia, que sólo pudieron ser organizadas y mantenidas por un pequeño grupo de élite aristocrática muy enriquecido. Durante la etapa clásica, incluso, pudo llegar a ser un monopolio de la realeza, y a ser explotado por los linajes nobles, que de esta manera obtuvieron también su propio beneficio; de ahí que sea un sistema que puede haber funcionado a la perfección dentro de ese modelo de sociedad feudal a la que hemos hecho referencia.

El registro arqueológico ha sido pródigo a la hora de ilustrar la importancia del fenómeno analizado, el tipo de transporte y las rutas principales de comercio, aunque en buena medida la información procede una vez más de las fuentes de carácter etnohistórico.

El sistema de transporte, debido a la ausencia de animales de carga, se basó en la tracción humana o en pequeñas embarcaciones que surcaron el límite sur y este de las tierras bajas. Naturalmente, la capacidad de carga fue limitada en ambos casos, por lo que se hacía necesario organizar enormes caravanas y controlar determinados

puertos de enclaves estratégicos con el fin de proporcionar suficientes avituallamientos a sus integrantes, a la vez que distribuir los productos acarreados. Este sistema de transporte condicionó las redes, que tuvieron que ser terrestres o fluviales, ambas combinadas en los casos que fue posible, como en la zona oeste, en el sur del área central y en la región oriental.

En cuanto a los productos comerciados, su completa enumeración podría resultar tediosa, pero no podemos dejar de mencionar que manos y *metates,* jadeíta, pirita, serpentina, albita, diorita, hematita, cinabrio, ámbar, arena volcánica para cerámicas y otros minerales fueron proporcionados por asentamientos del altiplano a núcleos de las tierras bajas. A esta enumeración habría que sumar otros artículos de los muchos que tuvieron carácter perecedero como *ocote, copal* para incienso y plumas de quetzal y de otros pájaros vistosos.

Dentro de las tierras bajas mayas, y hacia el altiplano y otras regiones alejadas, circuló una muy variada gama de artículos como productos vegetales, condimentos, cortezas de árboles para vestidos y pergaminos, especias, pigmentos especiales para la decoración, calcedonia, sal, miel, cera, cacao, algodón, plumas, maderas, pieles y dientes y garras de jaguar entre otros. Por otra parte, las zonas costeras proporcionaron diversas conchas y caparazones de tortuga, espinas de manta raya, dientes de tiburón, coral y una amplia variedad de pescados y artículos marinos.

Seguramente, uno de los productos más básicos y más ampliamente intercambiados, no sólo en el área maya, sino a lo largo de Mesoamérica fue la obsidiana, un material volcánico que proporcionó una enorme variedad de instrumentos utilitarios y de élite.

Los datos de que disponemos parecen indicar que desde el Formativo se están explotando fundamentalmente tres canteras distintas de obsidiana: El Chayal, Ixtepeque y San martín Jilotepeque, que avituallaron a distintos asentamientos de las tierras bajas en función de la distancia, accesibilidad, posibilidades de intercambio, etc. Las rutas utilizadas no parecen haber sido siempre las mismas, existiendo básicamente dos durante el periodo Clásico: una que seguía los cursos de agua más importantes para distribuir sus productos hacia el norte, y otra que circundó el Yucatán y estuvo conectada por diferentes caminos marítimos y fluviales con el interior.

La fuente que aprovisionó en esta etapa al área central de las tierras bajas fue la gran cantera de El Chayal, a 25 kilómetros de la ciudad de Guatemala, de la cual partió una ruta que atravesaba las Verapaces y se introducía en el Petén, donde mediante canoas se condujo el producto hasta Ceibal. Desde este centro se llevó por tierra a Tikal y de aquí al río Hondo, al norte de Belice. Otra vía parece haber utilizado la mitad de la anterior y haberse desviado por el Usumacinta hacia Yaxchilán y Palenque, y desde aquí a Tabasco, donde se encontró con aquella que circundaba la península del Yucatán.

El otro camino principal se dirigía hacia el noreste, atravesando las montañas Mayas hasta el sur de Belice. Gran parte de él pudo hacerse en canoas y fue alimentado por bloques de obsidiana procedentes tanto de El Chayal como de Ixtepeque y San Martín Jilotepeque. De aquí circundó por mar la península del Yucatán.

Recientemente se ha comprobado que una canoa pudo atravesar desde el norte de Belice hasta El Cayo, 250 kilómetros por el interior del Petén en ocho días y medio, caminando unas diez horas diarias a una media de tres kilómetros por hora. Desde este sitio sólo tuvo que caminar tres días para llegar a los límites de Tikal. El descubrimiento de grandes núcleos de obsidiana en Tikal y otros centros importan-

tes sugiere que el producto fue importando tanto para su producción local como para su posterior distribución, en algunos casos en forma de artísticos objetos de élite como los excéntricos.

Más que la obsidiana, el jade de la zona de El Manzanal en la cuenca del Motagua fue el artículo más codiciado de todos los tiempos. La aristocracia lo tomó para sí y lo incluyó en su ajuar básico de tal manera que cuentas, anillos, pendientes, máscaras, narigueras, orejeras, pectorales y hasta tobilleras de este material recubrieron, literalmente en algunas ocasiones, a los personajes aristocráticos en el momento de su enterramiento.

De este modo, durante todo el periodo Clásico el comercio a larga distancia se nutrió de bienes exóticos y de élite, junto con aquellos que resultaron estratégicos o básicos para el funcionamiento de la sociedad maya, siendo controlado por el estrato dirigente con el fin de mantener su poder y su posición como clase de élite. Los agentes que hicieron posible este comercio no fueron, al parecer, mercaderes profesionales, mecanismo que será una de las características más relevantes durante la etapa postclásica, sino que formaron parte de dicho segmento dirigente. Los linajes más prestigiosos que ostentaron el control de las grandes ciudades fueron los encargados de distribuir los productos en actos ritualizados que se efectuaron en días importantes, coincidiendo con los grandes festivales religiosos. Desde esta órbita, algunos artículos comerciados tuvieron una función más social que económica, mediante la cual la aristocracia fue capaz de mantener el estatus de que disfrutaba; por ejemplo, jade, conchas marinas, vasijas polícromas, etc.

Por último, debió existir alguna medida de cambio de amplia aceptación no sólo en el área maya, donde la unidad monetaria pudo variar de región a región, sino también en todo Mesoamérica. Las características fundamentales de tal moneda debían incluir su facilidad de transporte y manipulación, y que se tratara de un producto lo suficientemente prestigioso como para ser aceptado en todas las regiones, en algunos casos opuestas entre sí. Granos de cacao, cuentas de jade, conchas de *spondylus* y otros pocos artículos pudieron ser utilizados con esta finalidad.

Una segunda vertiente que manifiesta la apertura de estas rutas comerciales, además de la estrictamente económica, afecta a las relaciones con el exterior, en las cuales nos vamos a detener. Durante el Clásico confluyeron dos fenómenos transcendentes para el desarrollo de la civilización maya: el primero consiste en un cambio en el flujo del comercio este-oeste que recorría la llanura costera del Pacífico y la costa del Yucatán, mediante el cual las rutas se desplazaron hacia el centro de las tierras bajas mayas atravesando el altiplano. El segundo acontecimiento fue el desarrollo de Teotihuacan, que hizo posible reunificar las redes comerciales a larga distancia desde el Clásico temprano.

La estrategia teotihuacana consistió en controlar puertos adelantados, centros aliados o verdaderas colonias y, a partir de ellos, controlar vastos territorios que contenían productos básicos. Kaminaljuyú pudo ser uno de ellos. La colonización del sur del área maya por parte de Teotihuacan permitió a este centro monopolizar diversos artículos básicos para todo Mesoamérica, a cambio de lo cual algunos de los asentamientos mayas se desarrollaron de manera considerable.

La importancia de este fenómeno combinado para el área maya fue capital. Fijando nuestra atención en Tikal, vemos cómo esta ciudad y otros asentamientos del área central aprovecharon este cambio en las rutas de las redes comerciales y su des-

plazamiento hacia la zona central para alcanzar una situación de prosperidad hasta entonces desconocida.

Por otra parte, ya hemos analizado el valor que tiene para Tikal la instauración de una dinastía teotihuacanizada encabezada por Nariz Rizada a finales del siglo cuarto, que transformó este centro en el más complejo y prestigioso de todo el área maya. Mientras tanto, Teotihuacan pudo controlar desde él los puntos más importantes de cacao y miel.

Así, durante el Clásico temprano, y amparado en dicho prestigio y prosperidad, Tikal pudo fundar diversos asentamientos en lugares capaces de controlar las principales rutas internas de comercio: por ejemplo, Yaxchilán, cuya situación resultó neurálgica para mantener relaciones con sitios de la Costa del Golfo y con asentamientos del altiplano mexicano; al noreste se fundó Cobá con la intención de dominar las ricas fuentes de miel, cera y algodón, y quién sabe si las fructíferas minas de sal, del norte del Yucatán; por último, al sureste Copán mantenía frecuentes relaciones con las rutas centroamericanas, y Quiriguá controlaba las fuentes de jade de El Manzanal en la cuenca del Motagua, y ambas tuvieron influencia tikaleña durante esta etapa.

El hiato del Clásico medio, quizás provocado por la decadencia de la gran urbe del centro de México, significa la quiebra de muchas redes comerciales a larga distancia, las cuales tuvieron que ser reconstruidas a lo largo del periodo Clásico tardío, de tal manera que siguieron jugando el mismo papel que una centuria antes. Esta situación cambia de manera radical en el momento Postclásico, tanto en lo que afecta a la distribución de las rutas de intercambio como a los centros que las controlan, el segmento de población que monopoliza el flujo de productos o los sistemas de transporte, y será analizado más adelante.

f) Manifestaciones artísticas

El diseño propuesto de la organización social y política de los mayas antiguos ha sido formulado en buena medida a partir de la reconstrucción de las manifestaciones artísticas por ellos producidas. Esta afirmación no debe considerarse gratuita, sino que sólo si conocemos la naturaleza de las construcciones y la función de los edificios, la fuerza de trabajo necesitada para levantar las enormes plataformas, o el mensaje simbólico y real transmitido en paneles y tableros, cresterías y estelas, altares y tronos, junto con los objetos procedentes de los trabajos en lapidaria, cerámica, arte plumario y demás, estaremos en condiciones de profundizar en el estudio de la organización cultural de las comunidades asentadas en las tierras bajas.

En términos más concretos, las manifestaciones artísticas de los antiguos mayas estuvieron creadas para cumplir dos funciones fundamentales: el compromiso de la integración de una sociedad que, por las características ambientales en que se emplaza, tiende a la dispersión, lo cual fue posible mediante la asimilación de la ideología religiosa en el arte; la transmisión de un orden social establecido por una aristocracia muy rígida y conservadora, a partir de multitud de alusiones a su poder, legitimación y relación divina en estelas, altares, tableros y tronos.

g) Arquitectura

Sin lugar a dudas, la realización artística por excelencia en el área fue la arquitectura, al menos es la que más ha llamado la atención a investigadores y curiosos. La construcción de edificios estuvo condicionada por el medio ambiente circundante, tanto en lo que a materiales se refiere como al tipo de estructuras levantadas.

Los materiales básicos utilizados para tal fin fueron la madera y la piedra, complementados en algunos casos por diferentes palmas empleadas para cubrir techumbres de carácter perecedero; es decir, cuya obtención resultó más fácil. Las maderas elegidas fueron muy diferentes y resistentes a las termitas, en especial, caoba, zapote y mahogany, que fueron empleadas fundamentalmente como dinteles y refuerzos de bóveda en el interior de los edificios, pero también para confeccionar toda la infraestructura necesaria para llevar a cabo esta tarea: andamios, escaleras, rodillos, etc. Algunas construcciones, incluso, fueron techadas por un armazón de palos y postes cruzados atados por lianas y cubiertos por diversos tipos de palmas, que le daban suficiente impermeabilidad y ventilación a la estructura.

Un material de construcción omnipresente fue la tierra; de hecho, la mayor parte de los edificios más tempranos del sur del área maya fueron levantados a base de tierra, y posteriormente recubiertos de adobe mezclado con arena volcánica.

El cemento para dar solidez a las construcciones se obtuvo de la cal, mediante el sistema de apilar guijarros humedecidos de piedra caliza en torno a un tronco grande de madera y recubrirlos posteriormente con leña, para después ser quemados y conseguir un fino polvo de cal. Éste, mezclado con agua, arena o marga, se transformó en cemento. Un derivado de este sistema de transformación de la abundante piedra caliza fue el hormigón, obtenido de la mezcla de polvo de cal y piedras partidas. Por último, el estuco se obtuvo a partir de la combinación del polvo de cal refinado hasta el máximo con agua y gomas procedentes de árboles resinosos.

Ahora bien, el material preferido por la élite, al menos el que ha llegado intacto hasta nosotros, es la piedra, que además de ser utilizada como grandes guijarros en basamentos y plataformas, fue usada en sillares muy bien cortados y empleada tanto para levantar los muros como para cubrir edificios. La variedad más corriente a lo largo de todo el área maya es la caliza, aunque también existen variables regionales, de manera fundamental en el sureste de las tierras bajas: así, en Quiriguá los edificios fueron confeccionados a base de arenisca, riolita y mármol; mientras que en Copán se empleó la tracita. Un caso especial es el de Comalcalco, que, ante la falta de materiales pétreos, hubo de levantar sus edificios a base de ladrillos de arcilla.

Estos materiales fueron extraídos con un complejo tecnológico sumamente simple: hachas de sílex y fuego sirvieron para derribar los grandes árboles de la floresta tropical, mientras que con hachas o cuchillos se cortaron las lianas y palmas empleadas para unir los troncos y cubrir las estructuras. Cuñas de madera introducidas con mazos de madera o de piedra en los grandes bloques de caliza sirvieron para desprender los sillares de piedra de las canteras, los cuales fueron después alisados de manera conveniente con diferentes abrasivos.

Con este complejo tecnológico y los materiales a los que nos acabamos de referir fueron levantados los grandes centros de las tierras bajas, los cuales pudieron ser planificados con el concurso de diferentes criterios: desde aquellos relacionados con observaciones astronómicas hasta los que se acercaron a un modelo cuasiurbano.

Los elementos básicos de la arquitectura consisten en colocar diversas construcciones sobre enormes plataformas, levantándose a base de piedras, tierra y desechos de todo tipo de materiales y recubiertas por una capa de estuco o sillares de piedra muy bien cortados y estuco, siendo realizadas con el fin de sostener edificios de diferente forma y función.

Sobre ellos se colocaron las estructuras que, dependiendo de su grosor y peso, descansaban sobre cimientos de hormigón y cemento más o menos profundos. En el caso de las pirámides, los basamentos se formaron a base de seccionar cada nivel por medio de muros que fueron rellenados con piedras, tierra y desechos, y cubiertos por mortero con el fin de conseguir la cohesión necesaria.

La mayor parte de los edificios emplazados en estas enormes plataformas tuvieron un carácter templario o residencial, y estuvieron cubiertos por una falsa bóveda conseguida a base de aproximar hileras de piedra hasta enlazar con una clave central. En cualquier caso, estas construcciones siempre respetaron la forma de la choza maya. Las limitaciones que impone el arco falso, fiel reflejo en definitiva de las techumbres de las casas campesinas, obligaron a levantar muros muy pesados y excesivamente anchos, con la consecuente pérdida del espacio interior. Respetando estas coordenadas, el arquitecto maya pudo construir edificios más largos que anchos, y añadir habitaciones en profundidad sobre la base de introducir nuevas crujías en los edificios. A ellos se penetraba por medio de puertas, por lo general rectangulares, pero también cuadradas o trapezoidales, cuyo tamaño no excedía de los 2,25 metros de alto.

Un rasgo de importancia, más en el sur que en el norte de las tierras bajas, fueron las cresterías, unos muros de piedra emplazados en lo alto de las estructuras y generalmente decoradas con estuco y mosaico. Con la crestería, las construcciones alcanzaron una altura inusitada, a la vez que ofrecieron un gran espacio —en algunas construcciones de Tikal llegaron a ser más altas que los propios templos que las sustentaban— para transmitir los mensajes producidos por la aristocracia. Las cresterías en el área maya pueden ser simples, dobles o triples, y apoyarse en el muro posterior, en el centro o en el anterior, denominándose entonces «fachadas volantes».

La historia de la crestería en el área maya es la de su pérdida de rigidez hasta su definitiva desaparición. Planificada como un tremendo panel macizo en el Petén central, se transforma en muros calados en la cuenca del Usumacinta y en Palenque hasta convertirse en simples almenas en la región puuc, desapareciendo con la intrusión de elementos mexicanos en el norte del Yucatán a partir del periodo Postclásico.

Los tipos de construcción más habituales en toda la extensión de las tierras bajas incluyen templos, palacios, juegos de pelota, calzadas o *sacbeob,* fortificaciones, torres, depósitos de agua, baños de vapor o *temazcales,* chultunes y arcos, la mayoría de ellos ordenados en torno a amplias plazas y espacios abiertos.

Los documentos coloniales y los análisis arqueológicos han denominado templos a los edificios que se emplazan sobre altos basamentos. Por lo general, estas subestructuras aplanadas suelen ser macizas, excepto cuando en su interior existen tumbas o pasadizos, o cuando se superponen sobre construcciones templarias más tempranas, una práctica muy frecuente en todo el área maya. Al edificio se accede por una o varias escalinatas hasta llegar a la terraza superior, sobre la que se coloca un pequeño zócalo con varios escalones que sostiene el templo, un estrecho espacio que cons-

ta de una a tres habitaciones y una puerta de entrada o varios vanos que forman un pórtico. A veces, estas estrechas, alargadas y altas habitaciones tienen altares y banquetas, y su interior se encuentra recubierto con estuco y, en ocasiones, decorado con pinturas.

La visión tradicional ha hecho que estos edificios sean considerados como espacios dedicados al culto a determinadas divinidades; y seguramente esto es cierto sólo en parte, ya que en la actualidad se han descubierto nuevos datos que complementan su funcionalidad. En efecto, en el interior de los altares o en escondites practicados en el suelo se han encontrado ofrendas con relativa frecuencia, las cuales contienen artículos simbólicos depositados en vasijas, como cuentas de jade, espinas de manta raya, dientes de tiburón, conchas importadas y otros elementos de enorme valor ritual.

Hoy día, los estudios modernos permiten reconstruir de manera más completa su función: se ha establecido que los dinteles de madera que sostienen las puertas hacen referencia a personajes de la aristocracia y a todos aquellos símbolos de su ascendencia, autoridad y poder. Junto a ellos, complicados textos jeroglíficos relatan los acontecimientos más notorios de su vida. También algunos frisos y cresterías cubiertos de estuco redundan en esta información que, en algunos casos, se ve completada por aquella proporcionada por las pinturas del interior de los edificios y, sobre todo, por las estelas y altares con ellos relacionados.

Estos frecuentes casos de referencias históricas asociadas a personajes reales, unido al descubrimiento de varias tumbas grandiosas en el interior de los basamentos que sostienen los templos, han inclinado a los arqueólogos a pensar que se trata de edificios levantados para proporcionar un lugar de reposo a los representantes más notorios de la ciudad, y que sirven como grandes memoriales divinos de un gobernante. Posteriormente, fueron conceptuados como expresión del pensamiento cosmológico maya en relación con el cielo (el templo), la tierra (la parte baja del basamento que se une con la plaza), y el inframundo (la tumba del gobernante). Es así como debemos considerar las tumbas que descansan bajo la Acrópolis del Norte o la Tumba del Gran Jaguar en el Templo I de Tikal, y la conocidísima Tumba de Pacal, emplazada bajo el Templo de las Inscripciones en Palenque.

El segundo tipo básico de construcción fue el palacio, un edificio de forma rectangular, alargado, que consta de varias habitaciones independientes o comunicadas entre sí, o también largas salas en forma de vestíbulos. Su función no ha sido aún establecida con contundencia; sin duda, algunos de ellos pueden haber servido de habitaciones para el descanso de la élite, pero otros tuvieron funciones administrativas o fueron casas de hombres, almacenes de tributo o lugares destinados al ritual.

Ciertamente, se trata de recintos muy estrechos y con regulares condiciones de humedad y luminosidad, por lo que algunos investigadores son reacios a definirlos como residencias habituales de la aristocracia; sin embargo, otros estudiosos opinan que ésta es una visión demasiado etnocéntrica del confort maya, y defienden un estilo de vida de la élite más cercano al modelo tradicional japonés, con un ajuar doméstico muy sencillo, fácilmente transportable, la posición de las piernas cruzadas para sentarse y un complicado sistema de cocinas, letrinas, baños de vapor y almacenes en otros edificios anexos, muchos de ellos de carácter perecedero. En definitiva, en ellos se decidió el destino de la ciudad, tanto desde un punto de vista político como administrativo, religioso y judicial, constituyendo las residencias habituales de la élite.

Estas construcciones aplanadas, que contrastan con la sensación de verticalidad

característica de los templos, se combinan de diferentes maneras: un simple nivel, dos o más pisos con escaleras interiores, varios niveles decrecientes de abajo a arriba como en diversos sitios puuc, dejando en su interior patios rehundidos o formando cuadrángulos como en el norte de las tierras bajas mayas. En el sur, la combinación más compleja consiste en colocar palacios junto a templos en diferentes plataformas y dejando patios rehundidos entre sí, es decir, formando acrópolis.

El juego de pelota es un elemento importante en la vida ceremonial de la ciudad. Durante el Clásico suele tener forma de T, aunque hay variaciones formales y de reglas del juego, y estar limitado por banquetas sobre las que se emplazan pequeños recintos de tipo palaciego. A veces, se asocian a este rasgo eminentemente ritual marcadores, que se colocan en las banquetas y en el terreno de juego. En los grandes centros su práctica estuvo asociada a la élite, aunque los estudios que se están efectuando en la actualidad acerca de su utilización dejan pocas dudas de que también fue practicado por los estratos más bajos de la sociedad, en construcciones menos formales y, seguramente, de tierra y materiales perecederos.

Las calzadas o *sacbeob,* término yucateco que significa «caminos blancos», son rutas levantadas sobre el nivel del terreno que unen grupos de edificios importantes dentro de un recinto urbano. Se construyeron mediante la colocación de gruesos muros que elevaron el pavimento entre 0,30 y 2,25 metros de altura y con una anchura variable, aunque en algunos casos llegaron a alcanzar los 20 metros. El lecho de las calzadas se consiguió a base de *sabcab,* piedras y cascajo calizo, todo lo cual fue convenientemente recubierto con una capa de estuco. En el norte de la península del Yucatán estas calzadas no sólo unieron grupos importantes de edificios, como en el sur de las tierras bajas, sino que también se trazaron largas carreteras que unieron distintos centros, siendo la más larga la que une los asentamientos de Cobá y Yaxhuná, que alcanza más de cien kilómetros de longitud.

Las fortificaciones no son excesivamente corrientes en los centros mayas, quizás porque el armamento de la época no lo exigiera, al menos durante la etapa clásica. Las defensas de este periodo se consiguieron a base de fosos, empalizadas y zonas de bajos, algunos de ellos combinados entre sí. Por ejemplo, el foso que rodea Becán tiene más de dos kilómetros de perímetro y hasta once metros de alto en algunos tramos; existe otro en Tikal, y en el norte del Yucatán las defensas se hacen muy frecuentes hasta formar verdaderas murallas de piedra como en Mayapán, Tulum, Ichpaatun, Aké, Muná y otros centros; sin embargo, en el norte de las tierras bajas los centros amurallados son más característicos de los periodos Postclásico y Protohistórico, en los cuales las estrategias y técnicas bélicas se han alterado de manera considerable con respecto al periodo anterior.

Un rasgo no del todo analizado en los grandes núcleos urbanos es el *temazcal* o baño de vapor, construcciones bajas en habitaciones muy reducidas, zonas de fuego, canales, banquetas de descanso y otros elementos que hicieron posible su práctica. *Temazcales* se han descubierto en diversas ciudades de las tierras bajas, desde el sur, como en el caso de Piedras Negras, hasta el norte en que aparecen en Chichén Itzá. Su uso en estos grandes asentamientos fue eminentemente ritual, en algunas ocasiones relacionado con la práctica del juego de pelota, quizás como un elemento purificador previo a la ceremonia del juego. Sin embargo, en las tierras altas su utilización se extiende a toda la sociedad, desde la que dirige los centros importantes a la residente en las comunidades campesinas, y adquiere connotaciones higiénicas, medicinales, rituales o sexuales.

Los mayas emplazados en los asentamientos de las tierras bajas dependían en buena medida de la utilización estratégica del agua; debido a la existencia de un drenaje muy particular en todo el área, la necesidad de almacenar este líquido tan preciado fue de vital importancia, y por ello se construyeron enormes depósitos junto a (o dentro de) las ciudades. En el norte de las tierras bajas, un medio considerablemente más seco, no fue necesario construir estos depósitos, puesto que existieron dispersas en el paisaje pozas naturales —*cenotes,* del maya-yucateco *dzonot*— formados por el hundimiento de la capa caliza, en torno a las cuales se estableció la población. El Cenote de los Sacrificios o el *cenote* Xtoloc de Chichén Itzá pueden ser una buena muestra de ello. También pudieron aprovecharse diversas cuevas naturales como la de Balankanchén, aunque el sistema de abastecimiento más común descansó en la construcción de pozos de forma acampanada, *chultunes,* que fueron impermeabilizados y utilizados para almacenar agua.

En el sur el índice de pluviosidad es superior, pero existen menos corrientes subterráneas debido a las características del subsuelo, por lo que se hizo necesario aprovechar las grandes depresiones naturales, que fueron recubiertas con enlucido, para recoger las abundantes aguas que caen durante la estación lluviosa. Algunas de ellas, denominadas en la región *aguadas,* alcanzan entre cincuenta y cien metros de diámetro y tienen, como en el caso de la *aguada* Tikal, una capacidad de 24.000.000 de litros de agua. En diversas ciudades importantes pudieron existir varios grandes depósitos de agua para cubrir el abastecimiento de las poblaciones que residieron en ellas.

Los *chultunes* son unos pozos excavados en la roca caliza que tienen forma abotellada con una estrecha entrada que, en ocasiones, estuvo cubierta con una tapadera. Si bien la forma permanece inalterable, no sucede lo mismo con su espacio interior que varía entre uno y tres recintos que, una vez inutilizables, fueron rellenados con escombros y desechos y, ocasionalmente, con ofrendas y enterramientos. En el norte de las tierras bajas fueron alisados y enlucidos, de manera que se lograra una superficie impermeable apta para retener agua; pero en el sur parecen haberse empleado como pozos de almacenaje, tal vez para el fruto del ramón. Su importancia económica fue tal que en algunos centros como Tikal hubo al menos un *chultún* asociado a cada grupo de habitación.

Esta amplia variedad de edificios y rasgos arquitectónicos que aparecen en el paisaje urbano de las tierras bajas se combina con otros elementos más esporádicos como son las torres, de las que quizás el caso más conocido sea la colocada en el Palacio de Palenque; los observatorios como El Caracol de Chichén Itzá; los acueductos como el de Palenque y los arcos como los de Labná y Kabah.

La mayoría de los tipos de construcción mencionados en esta breve descripción se emplazaron en torno a un gran espacio abierto que se ha definido como una plaza. Se trata de un gran espacio planificado para albergar un volumen de estructuras considerable y un conjunto de población elevado, el cual asistió o participó en las magníficas ceremonias, desfiles y manifestaciones externas de la élite. Es más que probable que el sistema de mercados no estuviera tan institucionalizado como en Teotihuacan, que disponía de El Gran Conjunto, o el Tenochtitlan azteca, pero en cualquier caso tal vez la distribución de productos entre la aristocracia y el resto de la población pudo haberse efectuado en estos recintos abiertos.

A estos rasgos de carácter general en la arquitectura maya se superponen otros que introducen variaciones en la decoración, y en algunos casos en técnica de cons-

trucción, hasta formar estilos regionales. En términos muy amplios, conocemos poco las características de la arquitectura correspondiente al periodo Clásico temprano, fundamentalmente porque la mayor parte de sus representaciones se hallan cubiertas por las construcciones levantadas en la etapa siguiente, la cual coincide con el momento de máximo esplendor en el área y, por consiguiente, los recintos y centros alcanzan un perímetro aún mayor que al existente con anterioridad.

En el Petén, sitios como Tikal, Uaxactún, Nakum o Yaxhá levantan edificios macizos, con enormes paredes de piedra cortada que, en ocasiones, casi alcanzan unas dimensiones ciclópeas. Como consecuencia de ello, los espacios interiores se ven reducidos de manera considerable, lo que les confiere un carácter intimista. Otro rasgo es la verticalidad que obtienen los templos, colocados sobre altos basamentos inclinados que se decoran con molduras y arremetidos; sensación que se complementa con una elevada crestería (en ocasiones más alta aún que el propio templo que la sostiene) apoyada en el centro de las crujías del edificio y constituida por dos muros que se unen en su parte superior. La decoración de templos y palacios se coloca en el friso y se realiza a base de figuras de estuco mientras que las paredes, separadas por una moldura media, permanecen lisas. En esta región el estilo permanece estático a lo largo de todo el periodo Clásico, incluso cuando un grupo de varios templos o palacios se transforman en elaborados complejos de acrópolis.

En los dos centros característicos de la cuenca del Motagua, Copán y Quiriguá, la piedra caliza es escasa, levantándose los edificios a base de tracita o arenisca y mármol, lo cual va a tener consecuencias posteriores en la decoración. En general, la arquitectura de Copán carece de torres, que tan frecuentes eran en la región del Petén, quizás porque la ciudad se levanta sobre una región de colinas que juegan un papel muy similar. Por ello hay cierto predominio de la horizontalidad con respecto al estilo anterior. La utilización de materiales duros condiciona la decoración, que logra relieves casi de bulto redondo en estelas y frisos.

Un rasgo muy generalizado en Copán son las graderías y tribunas; la gran plaza en la que están emplazados la mayor parte de las estelas y altares del centro pudo albergar hasta 20.000 individuos sentados en torno a un amplio graderío que, de esta manera, pudieron participar mejor en las actividades de la élite. Esta apertura en cuanto a la participación de la población en actos públicos se deja notar en otras gradas como las existentes en la Tribuna Monumental, la Escalinata de los Jaguares Rampantes o aquella que limita el juego de pelota.

La arquitectura del Usumacinta se caracteriza por la utilización de inmensas acrópolis, sobre todo en Piedras Negras, pero también en Yaxchilán. Puede considerarse un estilo intermedio entre el de la zona petenera y la ciudad de Palenque. Así, a rasgos tales como grandes acrópolis y basamentos en talud decorados con molduras horizontales, une las cresterías caladas pero muy altas, el uso generalizado de la decoración en estuco y templos similares a los de Palenque.

La arquitectura de Palenque forma un estilo propio, con techumbres muy inclinadas y abundancia de escultura en estuco que posteriormente fue policromada y colocada en el exterior de los edificios. Se trata de estructuras levantadas sobre basamentos bajos y plataformas de paramento vertical, lo que da una menor sensación de agobio y mayor verticalidad a la construcción. Puede observarse en esta ciudad, y en Bonampak, una pérdida de conservadurismo y de pesadez, que se logra mediante la apertura de varias puertas en la fachada de los templos hasta formar un pequeño vestíbulo, mientras que el santuario queda reducido a una habitación muy pequeña.

Los templos del Grupo de la Cruz constituyen una buena prueba de ello, conservando en su interior santuarios cubiertos, a veces templos en miniatura que contienen grandes tableros con información dinástica y calendárica. El Palacio, con su torre, da la impresión de que en Palenque se lleva un sistema de vida menos estricto, más cortesano que en el Petén, con amplios vestíbulos y palacios rehundidos en su interior.

Abundando en esta cuestión, las cresterías de los templos, como los que constituyen el Grupo de la Cruz o el Templo de las Inscripciones, se hacen caladas y pueden o no estar formadas por dos muretes, manteniendo una situación equidistante entre las construcciones macizas del sur de las tierras bajas y las reducidas cresterías del área Puuc, algunas de las cuales se transforman en simples almenas.

Directamente al norte del Petén, en Campeche y oeste de Quintana Roo, se desarrolla el estilo Río Bec-Chenes, en el que se combinan rasgos peteneros con otros procedentes del centro de Yucatán, alcanzando su apogeo entre los años 550 y 830, es decir, a lo largo del periodo Clásico tardío. Está representado en centros como Río Bec, Xpuhil, Becán, El Hormiguero y otros.

La característica más relevante consiste en la formación de una fachada dividida en tres unidades horizontales con esculturas decorativas realizadas en relieve mediante la técnica del mosaico o del estuco, rasgos que se pueden considerar yucatecos y peteneros respectivamente. Las fachadas más elaboradas albergan un enorme mosaico que cubre casi todo el edificio y representa la boca de una gran serpiente, siendo las puertas las fauces del monstruo, que están definidas por dos enormes colmillos de piedra.

Simultáneamente, tres altas pirámides o torres flanquean los extremos y el centro de las residencias palaciegas. La función de estas elevadas construcciones es decorativa; en efecto, a estos enormes macizos de mampostería no se puede acceder, ya que la escalinata adosada a ellos tiene unos peldaños tan estrechos que la hacen impracticable. A la vez, tales pirámides están coronadas por templos macizos cuya puerta, decoración e, incluso, cresterías, están simuladas. Es decir, que se trata de ingentes masas ornamentales de las residencias, y parecen ser un recuerdo de la arquitectura petenera del sur.

Pero donde en rigor se puede establecer una verdadera variante en la arquitectura maya es en la región Puuc, en el norte de las tierras bajas, que se desarrolla entre la séptima y décima centurias y alcanza su máximo esplendor durante el Clásico terminal. En términos estrictos, procede del estilo existente en el centro de la península del Yucatán, pero también manifiesta claras relaciones con sitios alejados del área maya, en particular con el valle de Oaxaca. Se origina en centros emplazados en las colinas Puuc, como Uxmal, Sayil, Kabah, Labná y otros, y más tarde se expande muy al norte, estando representado en el propio Chichén Itzá.

En este caso, a las diferencias en ornamentación se suman otras que afectan a la técnica de construcción. Los arquitectos de la región puuc trabajan mejor la piedra caliza, cuya utilización queda reducida a finas lajas muy bien cortadas que cubren el relleno de los edificios como elemento decorativo. La consecuencia más inmediata de esta técnica es que los muros se hacen considerablemente más estrechos y aumenta el espacio interior; es decir, que desde los primeros bloques de piedra casi ciclópeos que sostenían los edificios de Tikal o Uaxactún, se ha llegado al uso de veneras decorativas sin función estructural.

Otro rasgo de importancia que lo diferencia de los estilos del sur es el predomi-

nio de las estructuras horizontales —residencias palaciegas— sobre los verticales —templos—, lo cual confiere a las construcciones una mayor sensación de accesibilidad, que se ve incrementada con la introducción de la moldura de triple atadura en sus fachadas.

El exterior de los edificios se decoró con mosaicos de piedra que fueron combinados a manera de rompecabezas hasta formar grandes mascarones del dios de la nariz larga y, sobre todo, motivos geométricos muy variados. En el aspecto decorativo ésta es la principal diferencia con respecto a los estilos sureños, ya que el uso de la piedra en lugar del estuco confirió a la ornamentación un carácter más rígido pero menos abigarrado. Celosías, grecas que pueden haber constituido una expresión estilizada del mascarón correspondiente al dios de la nariz larga, chozas, serpientes, etc., son los motivos más comunes. De especial importancia funcional y decorativa es el uso de la columna, que se introduce por primera vez en el área maya, emulando troncos atados que recuerdan a la omnipresente choza campesina.

Estos elementos ornamentales se colocaron en zócalos y frisos de los edificios que, separados de las paredes lisas por molduras simples o de triple atadura (una recta y dos biseladas), confirieron una mayor sensación de horizontalidad a los ya de por sí alargados y bajos palacios.

En el área más al norte de la península del Yucatán, en sitios como Chichén Itzá o Mayapán, se desarrolló a partir de la décima centuria una variante arquitectónica denominada maya-tolteca, o también Floreciente Modificado. Ésta incluye técnicas y materiales de construcción propios del estilo puuc, aunque el diseño básico de los edificios es tolteca. Por ejemplo, el uso de pilastras cuadradas que sostienen galerías abiertas de techo plano, serpientes sosteniendo puertas, pequeñas plataformas decoradas con motivos del centro de México y otros rasgos que serán analizados con más detenimiento cuando estudiemos el Yucatán postclásico.

Durante el Protohistórico, las poblaciones más pujantes de las tierras bajas mayas se establecen a lo largo de las costas del Yucatán, siendo la oriental una de las más florecientes y generando un estilo propio que, aun guardando muchos rasgos de la arquitectura nativa, incorpora otros de ámbito más amplio: por ejemplo, la pintura mural, que tiene fuertes reminiscencias del estilo mixteca-puebla y que, como tendremos ocasión de ver, corresponden a un estilo internacional de amplia implantación fuera de las tierras bajas mayas, en amplias regiones de Mesoamérica.

b) Escultura

Esta enorme diversidad de edificios a los que hemos hecho referencia en párrafos anteriores no debe considerarse como un elemento aislado, sino que sufre una fuerte integración de monumentos y relieves tallados que los decoran. En el área maya las manifestaciones escultóricas aparecen como monumentos aislados (estelas, altares zoomorfos, objetos menores como grandes cabezas de estuco o de piedra) o como elementos integrados en la arquitectura a base de dinteles, tableros, tronos, jambas, columnas, alfardas, fachadas, zócalos, marcadores del juego de pelota o esculturas de bulto redondo.

Desde un punto de vista temático, los motivos más frecuentes consisten en una combinación de figuras humanas que representan individuos de alto estatus y formas de animales con símbolos sobrenaturales. Como es natural, el material empleado con

más frecuencia es la caliza, aunque en sitios determinados como Quiriguá, Pusilhá o Copán los escultores prefirieron la arenisca y la tracita.

El complejo tecnológico utilizado en las esculturas fue simple: piedras e instrumentos de madera. Martillos, cinceles de pedernal y hachas sirvieron, una vez obtenidos los grandes bloques de caliza mediante la introducción de cuñas de madera en los resquicios de la cantera, para dar forma a las piezas deseadas. Después, las esculturas fueron terminadas mediante la técnica de abrasión y, por último, pintadas, generalmente en una tonalidad roja oscura, obtenida de óxido de hierro muy frecuente en el bosque tropical.

Sin duda alguna, el monumento principal en el área maya fue la estela, el cual fue conseguido de la siguiente manera: en primer lugar, se extrajo de la cantera un bloque rectangular y alargado de piedra; después fue acarreado al sitio mediante un sistema de rodillos y lianas que se emplearon en su arrastre; a continuación se erigió y, por último, fue tallado.

Suelen colocarse delante de los templos y muchos de ellos son lisos, pero otros están tallados y, a veces, asociados a un altar circular, conteniendo inscripciones en las que se representan y registran las hazañas de un gobernante y la justificación de su poder político. El motivo representado en las estelas suele incluir un personaje ricamente ataviado y con los símbolos de su poder y cargo en la ciudad, entre los cuales son de vital trascendencia la barra ceremonial que finaliza en una cabeza bicéfala de serpiente o el cetro maniquí, pero también otras figuras secundarias como ancestros, esclavos, divinidades, etc.

Se trata, en definitiva, de un monumento introducido en el área maya durante el periodo Formativo tardío desde sitios como Izapa o Abaj Takalik y que penetra en el Petén al menos desde finales de esta etapa, como manifiesta la estela 29 de Tikal, que está fechada en el 292.

También las estelas y el resto de la escultura en piedra de las tierras bajas mayas presentan variaciones regionales, tanto desde un punto de vista técnico como en lo que respecta al motivo diseñado en ellos. La técnica más frecuente es el relieve que, en algunos casos, llega a ser de bulto redondo, y de manera secundaria la pintura en rojo y azul.

Los monumentos más antiguos, al igual que ocurría con la arquitectura, se tallan en el Petén, donde los individuos son representados en actitudes muy hieráticas —fiel reflejo de como habían sido en Abaj Takalik una centuria y media antes— a la vez que las figuras secundarias pierden importancia.

En el Motagua es donde se confeccionan los relieves más altos, incluyendo esculturas de bulto redondo, a la vez que las figuras sólo se relacionan con el bloque de piedra por la espalda. Aunque la piedra en que se trabajan es considerablemente más dura, han conseguido desterrar el hieratismo de la zona central, siendo frecuentes tanto los temas históricos como aquellos relacionados con la astronomía y el calendario. En esta zona, en particular en Quiriguá, se desarrollan los zoomorfos, grandes guijarros de formas especiales que se han utilizado para representar escenas zooantropomorfas.

Una de las regiones en que la escultura obtiene mayor apogeo es el Usumacinta, donde la variedad temática es superior, aunque, si bien en el Motagua las escenas narraban acontecimientos astronómicos y calendáricos, en esta zona van a ser más frecuentes aquellos que hacen referencia a hechos militares. Los dignatarios militares tiene una gran preponderancia en el arte, junto con escenas dinásticas y cortesanas.

Por último, ya hemos descrito las manifestaciones escultóricas en la península del Yucatán, zona en la que los motivos se integran más en la arquitectura y en la que las estelas y altares se reducen de manera considerable en lo que se refiere a su distribución. Por el contrario, aparecen nuevos elementos decorativos como son las columnas y pilastras. Desde un punto de vista temático, desaparecen gran cantidad de motivos propios del Clásico, incorporándose el culto a la serpiente y escenas guerreras.

El estuco es un material muy utilizado para confeccionar esculturas, al menos desde el Formativo tardío hasta el Postclásico, pero también durante el Protohistórico, en que su utilización se limita a la decoración de edificios de la costa oriental. Donde realmente esta técnica decorativa alcanza su máximo desarrollo es en la ciudad de Palanque y en su vecina Comalcalco y, en menor medida, en sitios de la cuenca del Usumacinta. Prácticamente cada jamba, cada pared que queda libre de vano en el Palacio de Palenque fue decorada con esculturas en estuco que después fueron recubiertas con pintura roja, azul y en diferentes tonalidades más. Tal vez una de las obras culminantes en estuco sean los Nueve Señores de la Noche encontrados en la habitación en que se colocó el sarcófago de Pacal, bajo el Templo de las Inscripciones, los cuales tienen su réplica en una tumba más sencilla encontrada en Comalcalco.

Pero, en realidad, la escultura en estuco también alcanzó una compleja elaboración en Uaxactún y en Tikal, donde se han encontrado grandes mascarones de carácter felínico asociados a las pirámides templarias desde el Formativo tardío. Al norte de la península del Yucatán, en Acanceh, se descubrió un gran panel de estuco en el que fueron representados animales, pájaros y serpientes y después cubiertos con pintura roja. Por último, durante la etapa protohistórica el estuco vuelve a recubrir los edificios y, por lo tanto, se convierte en una técnica decorativa en forma de grandes mascarones correspondientes a divinidades y dioses descendentes que se distribuyen en el área correspondiente a la costa oriental de la península del Yucatán, en sitios como Tulum, Tancah, Xelhá o Santa Rita Corozal.

También de gran valor debió ser la escultura en madera, aunque las particulares características ambientales de las tierras bajas hayan impedido tener una muestra amplia al respecto. No obstante, los dinteles de sapodilla encontrados en las puertas de algunos de los principales templos de Tikal indican que tal manifestación artística debió adquirir un valor muy importante en el área, ya que en ellos se tallaron escenas históricas y divinizadas del mismo rango que las talladas en estelas, tableros, altares y tronos. Una vez más, la información recogida en este nuevo medio de expresión artística es de naturaleza dinástica y sobrenatural, abundando en el resto de los acontecimientos particulares de un soberano que son recogidos en las estelas y altares asociados al edificio en que se encuentran. El dintel del Templo VII de Tzibanché, fechado en el año 618, incorpora semejante información, así como también se han recogido muestras de dinteles tallados en Chichén Itzá y en Uxmal.

También se confeccionaron otros objetos menores que debieron ser de uso particular y ritual de la élite; por ejemplo, en el Cenote de los Sacrificios de Chichén Itzá se descubrió un cuchillo ceremonial de pedernal cuyas cachas eran de madera, y estuvieron decoradas en forma de serpiente. Más importante aún, tanto desde un punto de vista cronológico como artístico, es el hallazgo de dos pequeñas cajas de madera del periodo Clásico tardío descubiertas en la cueva de Actún Polbilché, en Belice y en El Tortuguero, en Chiapas. Esta última tiene tallada una inscripción jeroglífica

y el relieve de un individuo. Tal vez de mayor entidad sea la talla de un personaje sentado con los brazos cruzados y las manos apoyadas sobre el pecho, que porta un gran bigote con las puntas hacia arriba. Esta escultura exenta se encontró en el estado de Tabasco y debió estar decorada con pintura roja.

i) Pintura

La pintura mural también fue una manifestación artística integrada en la arquitectura, alcanzando un grado de refinamiento ciertamente elevado. Con la pintura sucede lo mismo que con los trabajos en madera, ya que el bosque tropical tiene unas condiciones ambientales en las que se hace sumamente difícil su preservación, a las cuales habría que añadir la ruina de muchos edificios que contenían murales. La pintura se aplicó tanto en frescos que recubren las paredes de los templos como en cerámicas y códices y, como un elemento secundario en la decoración, recubrió estelas, altares, tronos, esculturas en estuco, etc.

Los colores empleados por el artista maya abarcan una variada gama con varios rojos, desde el púrpura opaco hasta el naranja brillante, un marrón ocre que en primera instancia se utilizó para perfilar figuras, mezclas de rojos y blancos para conseguir tonalidades rosadas, azules, verdes, amarillos, blanco y negro. La mayoría de las sustancias empleadas en su obtención es de origen mineral, a base de tierras, aunque también hay algunas de procedencia animal y vegetal, estas últimas desaparecen rápidamente en un medio tan húmedo. Hematita, atapulgita, índigo, carbón y otras materias orgánicas carbonizadas que proporcionaron pigmentos negros, palos de tinte y resinas que se utilizaron para fijar los colores fueron los materiales básicos.

Esta variada gama de colores integrada en la paleta del artista maya en absoluto se empleó al azar, sino que debió ser aplicada en función del tema que se quería presentar y, dentro de él, del rango, sexo y situación particular de cada individuo representado.

Los murales más tempranos de que tenemos noticia se han encontrado en Tikal y son del periodo Formativo tardío, aunque los descubiertos en la Estructura B-XIII de Uaxactún, del Clásico Temprano, están bastante más completos: presentan tonalidades en negro, rojo, naranja, amarillo y gris y alcanzan una altura superior a los tres metros. En ellos aparecen veintiséis figuras humanas distribuidas en varios paneles de glifos y debajo de ellos los signos de 72 días, empezando con 12 Imix y finalizando con 5 Eb. Muy interesantes, pero bastante desconocidas aún, son las pinturas descubiertas en las cuevas de Naj Tunich al sur del Petén, o aquellas que se alojan en las tumbas de Río Azul, que datan del periodo Clásico, y aún no han sido analizadas en profundidad.

Ahora bien, la obra culminante del arte mural maya se encontró en la Estructura 1 de Bonampak, fechada en el año 790, y estaba distribuida en tres habitaciones contiguas. Los pigmentos utilizados en esta ocasión fueron rojos, azules, amarillos, blanco y marrón oscuro. En la primera habitación aparece el señor Chaan Muan con su padre y el gobernante de Yaxchilán celebrando una ceremonia junto con algunos de sus súbditos más notorios; en la siguiente habitación la temática afecta a una escena militar con captura de individuos y un juicio junto a las escalinatas de un templo o palacio; por último, estos acontecimientos culminan en una danza ritual celebrada en lo alto de una pirámide y una ceremonia de sangre realizada por individuos de alto estatus.

El norte de la península del Yucatán es una región en que se han rescatado numerosos ejemplos de murales asociados a los edificios, aunque su estado general no sea excelente, y tienen una secuencia desde el Clásico terminal hasta el momento de la conquista. La variedad de tonalidades viene a ser la misma que la aplicada en los centros clásicos del sur, aunque las sustancias son diferentes. En cuanto a la temática, se deja sentir, como en el resto de las manifestaciones artísticas de este momento, la influencia mexicana, como lo demuestran los murales que cubren diversas habitaciones del Templo de los Guerreros, el Templo de los Jaguares y Las Monjas de Chichén Itzá. Las escenas más frecuentes hacen referencia al sacrificio humano o a hostilidades entre poblados vecinos, incluida la invasión de la península por grupos procedentes del centro de México. Pero también aparecen escenas de la vida cotidiana, como poblados costeros, actividades marítimas y otras, que pueden hacer referencia a los pueblos putún que llegan a Chichén Itzá. También la serpiente emplumada está representada en diferentes ocasiones.

Una mayoría importante de los sitios emplazados en la costa oriental del Yucatán, como Tancah, Tulum, Santa Rita Corozal y otros incluyen frescos en sus templos, en los que se recogen escenas mitológicas y ceremoniales. Es éste un momento en que las ideas viajan de un sitio a otro con gran rapidez y la región recibe la influencia del arte mixteca-puebla, la cual se manifiesta también en los códices manuscritos, que mantienen una fuerte similitud temática y estilística con las pinturas murales.

En estrecha relación con el arte mural se encuentra la pintura de vasijas, cuya temática se aleja ya de escenas puramente dinásticas o históricas y mitológicas para introducirse más en el mundo de las creencias religiosas. La prueba de ello es que la mayor parte de las vasijas polícromas estaban destinadas a formar parte de las ofrendas en enterramientos de la aristocracia, y debieron servir de guía para los señores a su paso por el inframundo. Se trata, en definitiva, de verdaderos compendios que narraban el paso de héroes legendarios de la literatura épica por el inframundo, el cual ha sido tan magistralmente recogido en algunos pasajes del Popol Vuh. No obstante, no faltan en las cerámicas polícromas personajes reales, algunos de ellos incluso identificados (como en el famoso vaso de Altar de Sacrificios), junto a divinidades, escenas de muerte, representaciones ceremoniales en las que aparecen individuos administrándose bebidas sicotrópicas, danzas, cantos, etc.

Con una técnica muy similar a la empleada por los pintores de los murales colocados en los edificios, los artistas que decoraron las cerámicas polícromas, que por su contenido se han denominado cerámicas de estilo «códice», debieron manufacturarlas en grandes talleres especializados y dedicados a la exportación, como por ejemplo el taller encontrado en El Perú, al noroeste del lago Petén Itzá, o el descubierto en Naranjo, al norte del Petén.

En este mismo material de arcilla, una faceta del arte maya que no debemos pasar por alto, son las figurillas que, si bien pueden considerarse como unos objetos excesivamente comunes como para ser utilizados por la élite, en el Clásico tardío alcanzan tal grado de desarrollo en algunos sitios que no dudamos en incluirlos en esta apretada discusión del arte maya.

Las figurillas más complejas y elaboradas se han rescatado en la isla de Jaina, frente a la costa de Campeche, que fueron confeccionadas tanto a mano como a molde y representan seres humanos y animales en multitud de actitudes. A veces, incluso, se combinó la técnica de manufactura y la cabeza se realizó con molde y el cuer-

po con la mano. Las escenas representadas en las estatuillas de cerámica de Jaina son enormémente variadas, incluyendo desde gobernantes hasta individuos tocados con yelmos, jugadores de pelota, sacerdotes, señores sentados en sus tronos, guerreros, danzantes, músicos, mujeres moliendo maíz o tejiendo, mujeres con niños, parejas de mujeres con jaguares o haciendo el amor con ancianos, así como una variada gama de animales como monos, armadillos, loros y demás, que posteriormente fueron recubiertos con pintura azul, amarilla o roja.

La tradición de estatuillas no desaparece con el Clásico, aunque estuvo a punto de hacerlo durante el desarrollo temprano de este periodo, sino que se continúa durante el Postclásico. Para este momento las piezas, por lo general, son confeccionadas a mano y decoradas con colores similares a los que se utilizaron para realizar las pinturas murales y los códices, los cuales son muy frecuentes en diversos asentamientos de Belice, como Santa Rita Corozal. En cuanto a las representaciones, incluyen guerreros, saurios y dioses de forma humana que decoran las paredes externas de incensarios.

j) Lapidaria

Es de suponer que los escultores clásicos trabajaran en niveles semejantes a como lo hacían los pintores, y que su trabajo no estuviera limitado a la escultura monumental en piedra, estuco o madera, sino que abarcara realizaciones en piezas menores. Destaca en este sentido el trabajo del jade, para el cual se debió utilizar finos arcos, además de abrasivos y otros instrumentos de piedra dura.

Tenemos noticias de la naturaleza ritual del jade desde los inicios del periodo Formativo, en que aparece relacionado con enterramientos; sin embargo, es durante el Clásico cuando las manifestaciones artísticas en este material van a adquirir su máximo valor. La pieza más temprana de este periodo es la propia Placa de Leyden (fechada en el año 320), que fue encontrada por unos trabajadores en Puerto Barrios, aunque su lugar de origen pudo haber estado en Tikal. Para esta época este material se hace muy popular y un artículo imprescindible para la élite, siendo comercializado desde largas distancias.

Seguramente, la mayor parte de los jades obtenidos en los yacimientos de las tierras bajas procede de los depósitos de El Manzanal, en la cuenca del Motagua, de donde se extrajeron gruesos guijarros que se distribuyeron por medio de las rutas comerciales a los centros cívicos de importancia y a asentamientos menores. En estos sitios fueron manufacturados por expertos lapidarios en forma de cuentas, orejeras, pendientes, collares, pectorales, muñequeras, placas y otros objetos, y formaron parte de la parafernalia ritual, simbólica y de estatus de la aristocracia.

En realidad, el jade que aparece en el área maya no es tal, sino jadeíta de varias tonalidades que oscilan desde el verde oscuro hasta el azul claro, aunque también se conocen piezas blanquecinas y negras. Técnicamente, es un material muy duro, que debió de ser cortado a base de cuerdas y arcos que, mediante frotación, causaron ranuras capaces de conseguir núcleos. De todos modos, no se obtuvieron núcleos uniformes, sino que la naturaleza del guijarro siempre condicionó la talla, que se efectuó por medio de abrasivos como partículas de piedra dura y agua. En ellos se emplearon las mismas técnicas decorativas que en el resto de los monumentos, desde el bajorrelieve hasta figuras de bulto redondo.

Los trabajos consistentes en devastar determinadas piedras duras como el pedernal o la obsidiana alcanzaron una gran calidad técnica y estuvieron, por la enorme dificultad que implicaba su manufactura, asociados únicamente a escondites o enterramientos de suma importancia. Así, los excéntricos realizados en dichos materiales se han descubierto en escondites colocados debajo de las estelas o en enterramientos de gobernantes, y no suelen ser muy corrientes.

Los espejos son unos objetos cuya utilización ha sido ostentada por la élite desde fechas muy tempranas en Mesoamérica, y generaron actividades comerciales de importancia, como lo demuestran las relaciones del área metropolitana olmeca con el asentamiento de San José Mogote, en Oaxaca, durante el Formativo temprano. En la zona maya se han encontrado espejos de pirita incrustados en madera o piedra en algunos grandes centros como Piedras Negras o Quiriguá.

También de gran valor resultaron los mosaicos de jade mezclados con placas de concha o pirita, turquesa y otros materiales escasos, que tienen una amplia secuencia hasta el Postclásico. En Tikal se descubrieron dos cilindros, que debieron ser de madera y sobre ella se incrustaron placas de jade, concha y pirita, correspondientes a Ah Cacau y Yax Kin, y en Chichén Itzá se han rescatado varios mosaicos de turquesa.

k) Metalurgia

La metalurgia es conocida en el área maya desde finales del periodo Clásico tardío, aunque alcanza su máximo desarrollo durante el Clásico terminal y a lo largo de todo el Postclásico. Se trata de un material importado en la región que se obtuvo preferentemente a través de las vías comerciales procedentes de la baja Centroamérica, en muchas ocasiones, incluso, se obtuvieron como objetos ya manufacturados. Curiosamente, la metalurgia no se incorpora en el complejo tecnológico de los centros de las tierras bajas en forma de objetos utilitarios, sino como parte de la parafernalia ritual de las élites que los dirigen, a pesar de que podría haber proporcionado unas innovaciones tecnológicas de singular importancia.

Las únicas noticias de que disponemos acerca de su utilización durante la etapa clásica consisten en un par de piernas pertenecientes a una figurilla hueca hecha de una aleación de oro y cobre que se encontró dentro de una caja de ofrenda asociada a una estela, fechada en el 782, que se encontró en Copán. Se trata, como se puede comprobar, de un sitio cercano a la frontera meridional de las tierras bajas mayas y, por lo tanto, con frecuentes relaciones con Centroamérica. De hecho, hay serias dudas de que sea un objeto autóctono, sino que puede haber sido manufacturado y exportado desde alguna región del sur de Mesoamérica. También en Quiriguá, un centro vecino, se han descubierto varios cascabeles de cobre y diversos ornamentos fechados en el Clásico terminal, pero pueden obedecer a la misma dinámica importadora.

Su uso se generaliza durante la etapa postclásica, impulsado quizás por la apertura de nuevas redes comerciales controladas por Tula, aunque en este sentido para nada se utilizó el metal. La mayor cantidad de los objetos de metal se han descubierto en el Cenote de los Sacrificios de Chichén Itzá, y muestran decoración híbrida del centro de México y motivos mayas. Muy conocidos son los discos de oro decorados mediante la técnica del repujado y a la cera perdida, pero también son muy frecuen-

tes los cascabeles, pulseras, brazaletes, máscaras, pendientes, orejeras, anillos y demás, los cuales fueron confeccionados no sólo en oro, sino también en cobre y otros metales que proceden de Honduras, Panamá, Nicaragua e, incluso, Guatemala.

Desde un punto de vista técnico, sabemos que los mayas sólo utilizaron el sistema de repujado para trabajar el oro, mientras que el resto de las técnicas parecen haberlas desconocido, por lo cual podemos descartar como autóctonas la mayoría de las piezas encontradas. En cuanto a los motivos de la decoración, las escenas más frecuentes son batallas y conflictos entre individuos mexicanizados y mayas, en un estilo muy similar al expresado en los relieves y frescos de Chichén Itzá.

l) Textiles y arte plumario

Con la manufactura textil sucede prácticamente lo mismo que con la pintura, madera y otros materiales de carácter perecedero, siendo muy escasos los datos que tenemos acerca de los trabajos realizados con fibras vegetales. En una tumba recientemente excavada en el sitio de Río Azul, en la confluencia de las repúblicas de México, Guatemala y Belice, se han descubierto diferentes fragmentos de textiles que, sin duda, datan del Clásico, e incluso pueden corresponder a la primera etapa de este periodo. Pero el mayor conjunto de información procede, como sucede con el resto de los materiales perecederos escogidos por los mayas para expresar sus manifestaciones artísticas, del periodo Protohistórico. Con todo, sólo disponemos de pequeños y mal conservados fragmentos de algodón que proceden del Cenote de los Sacrificios de Chichén Itzá.

No obstante lo dicho, podemos complementar estos datos con los procedentes de los monumentos tallados durante el Clásico y Postclásico y con los murales de este último periodo, además de las cerámicas y de otras manifestaciones artísticas realizadas a lo largo de toda la historia prehispánica del pueblo maya.

Tales monumentos ponen de manifiesto que una amplia variedad de camisas, faldellines, faldas, túnicas, taparrabos, cinturones, fajas y demás prendas de vestir y decorativas fueron utilizadas por la élite, alcanzando, tal vez, una riqueza cromática y simbólica semejante a la obtenida hoy día en las tierras altas de Chiapas y de Guatemala. Existe poca duda de que el material más utilizado para tal fin fue el algodón, aunque algunas prendas pudieron obtenerse de la corteza de los árboles y de otras fibras vegetales y, según indican algunas figurillas de Jaina y otras fuentes como el Códice de Madrid en su página 79, se debió emplear telares de cintura semejantes a los actuales para su confección.

En una enorme cantidad de asentamientos habitacionales se han descubierto husos de cerámica que fueron utilizados como pesos para preparar el algodón antes de ser introducido en el telar de cintura. Después de tejidas, las piezas de algodón debieron ser bordadas, decoradas con encajes y estampadas con hilos teñidos en diferentes tonalidades, para lo cual se emplearon varios tintes, tanto de procedencia vegetal (añil, raíces o cortezas), como mineral y animal (la cochinilla y diversos moluscos).

La calidad de la prenda confeccionada, el diseño dibujado en ella e, incluso, los colores utilizados pudieron corresponderse con el rango del individuo que lo habría de llevar; de hecho, en el pasado prehispánico la información simbólica debió extenderse al vestido, de la misma manera que en ciertas zonas los colores y el tipo de di-

seño tienen hoy día un valor simbólico determinado. Por ejemplo, en el altiplano guatemalteco están vigentes ciertas tonalidades cuya connotación simbólica se puede corresponder con la existente en la etapa preconquista: el negro representa las armas y la guerra, siendo el color de la obsidiana en que estuvieron confeccionadas; el amarillo simboliza el alimento, dado que es la tonalidad básica del maíz; el rojo la sangre, y el azul el sacrificio (de azul fueron recubiertas las víctimas y las fachadas de algunos templos en ceremonias de sacrificio humano celebradas durante la etapa Protohistórica; por último, el verde es el color de la realeza, ya que verdes son las plumas de quetzal, tradicionalmente reservadas para la realeza, y el jade.

Los plumajeros debieron constituir un segmento de población de cierto prestigio en la estratificada sociedad maya, puesto que en sus manos descansaba la confección de unos símbolos utilizados por la élite en los acontecimientos rituales de importancia. Así parecen indicarlo al menos los murales de Bonampak y Uaxactún, y una amplia variedad de monumentos tallados. En realidad, la materia prima estaba a su alcance, ya que todo el Petén es una gran reserva para las aves de vistoso plumaje, aunque algunas especies como el quetzal estaban más confinadas al altiplano guatemalteco, especialmente al área de las Verapaces.

Con tales plumas los artistas mayas decoraron penachos y cetros, escudos, pendientes y demás ornamentos corporales. Como ocurría con el vestido, también la tonalidad del adorno y el diseño con que se había manufacturado estuvo cuidadosamente estratificado, de manera que los tocados confeccionados con las preciadas plumas de la cola del pájaro quetzal estuvieron limitados a la categoría más elevada de la élite en su utilización. Estos objetos de linajes dirigentes, costosos de conseguir tanto desde el punto de vista de la materia prima —en el caso del quetzal, por ejemplo, sólo el macho dispone de estas largas plumas que adornan su cola, y éstas aparecen únicamente en número de dos— como de su confección, no sólo fueron destinados a adornar los vestidos y parafernalia de la élite, sino que también fueron utilizados como moneda en sus frecuentes intercambios.

m) Música, danzas y literatura

Las manifestaciones artísticas de los mayas durante la etapa prehispánica quedaron complementadas con la música, el canto, la danza, el teatro y la literatura. Una vez más estuvieron investidas de connotaciones rituales y la información que ha quedado de ellas es escasa. Por los murales y otro tipo de hallazgos arqueológicos tenemos noticias de que utilizaron varios tipos de instrumentos de percusión: el *pax,* un tambor vertical con parche, confeccionado en madera o cerámica, que a veces es doble y bajo, y entonces se toca sentado; y el *tunkul,* un tambor horizontal de madera con diferentes estrías que se hizo sonar por medio de palos terminados en bolas de goma o resina. Asimismo, los caparazones de tortuga o de armadillo fueron utilizados para tal fin.

Otro conjunto de instrumentos musicales estuvo constituido por sonajas de calabaza con semillas resecas en su interior y cascabeles de arcilla, los cuales fueron reemplazados por objetos de cobre y de oro tras la introducción de los metales en el área a partir del Clásico terminal. Tales objetos eran unidos a otras piezas diversas en torno al cuerpo y piernas de un danzante, de manera que pudieran sonar al ritmo que imponía la danza.

Diferentes objetos de concha y de hueso fueron utilizados como raspadores con el fin de obtener un sonido muy particular. Pero el catálogo de instrumentos más completo está compuesto por aquellos de viento: grandes trompetas de madera o de corteza de árbol y de cerámica se hicieron sonar junto a conchas marinas y grandes caracolas durante las procesiones y rituales. De la misma manera, otros objetos menores, como flautas y ocarinas de barro, hueso y de materias vegetales, junto con los silbatos, son comunes en el registro arqueológico de los asentamientos de las tierras bajas.

La música maya debió de estar acompañada por danzas, de cuya práctica ha quedado información en diferentes platos y vasos de cerámica clásicos, pero también en murales como en Bonampak y en monumentos tallados. Es posible que tales bailes requieran de determinados elementos asociados como máscaras, de manera similar a las que se celebran hoy día en las tierras altas de Guatemala y otras zonas del área maya: bailes como los del venado, el mono y el tigre pueden haber extendido sus raíces a la etapa prehispánica.

Parece ser que algunas de estas danzas musicadas adquirieron connotaciones dramáticas y fueron expuestas en obras teatrales; una buena prueba de ello puede ser el drama danzado Rabinal Achí que, aunque confeccionado en la zona quiché, puede ser una muestra de otras obras representadas en el área maya.

También de importancia debieron ser las obras de naturaleza literaria, las cuales se utilizaron en el ceremonial, e incluso en el transcurso de ciertos rituales debieron ser leídos determinados fragmentos de ellas. De la misma manera, dichas obras literarias contenían fórmulas para ser aplicadas en augurios y profecías, según la naturaleza del texto. El Popol Vuh y los Libros del Chilam Balam, que engloban obras procedentes de Chumayel, Maní, Tizimin, Calkiní, Ixil y Tekax entre otros, son algunas de las manifestaciones literarias mayas que han llegado hasta nosotros.

Con esta enorme riqueza plástica y acústica que engloba desde los edificios hasta los monumentos tallados, los murales y los trabajos menores en lapidaria, madera, plumería, textiles, música, danza y literatura, los mayas urdieron un mundo simbólico muy complejo y variado que estuvo, en última instancia, emparentado con el universo de los dioses y de los ancestros divinizados de los linajes gobernantes, así como con las construcciones mentales, las cuales van a ser analizadas de manera detenida a continuación.

n) El sistema de escritura

Multitud de inscripciones esculpidas o pintadas en monumentos de piedra, en vasijas y códices, en huesos, jade, madera y demás materiales utilizados por los mayas para expresar sus manifestaciones artísticas, sugieren que el pueblo que ocupó las tierras bajas del sur de Mesoamérica dispuso del más complejo sistema de escritura de todo el continente americano. Tanta importancia se ha concedido a este mecanismo cultural, que ha sido utilizado para ordenar secuencialmente no sólo al pueblo maya, sino a todas las comunidades mesoamericanas de la etapa prehispánica.

Lo cierto es que buena parte de la historia maya puede ser construida a partir de un elaborado sistema de glifos cuya interpretación, aunque lejos de ser completa, resulta de gran valor no sólo para analizar los avances científicos en astronomía y calendario, sino acontecimientos históricos concretos protagonizados por sus clases di-

rigentes y, en última instancia, su situación con respecto a otras culturas complejas de Mesoamérica.

La visión tradicional divulgada por los investigadores con respecto al sistema de escritura maya ha considerado que la parte fundamental de su contenido afecta por completo a cálculos astronómicos y calendáricos, así como construcciones de carácter astrológico, implicando en todo ello al universo de las divinidades; es decir, una información esotérica y de las hierofanías de poco valor histórico. Sin embargo, las narraciones indígenas de la colonia documentan también historias, genealogías, textos médicos, tratados sobre plantas y animales y mapas. Esta visión se está complementando en la actualidad con aquella que se extrae de los monumentos, vasijas y códices, la cual conduce a la confirmación de que estamos tratando con historias de reinos específicos, las vidas y obras de sus dirigentes, sus fortunas políticas, genealogías, alianzas y conflictos.

Diego de Landa ya había descubierto el valor de este mecanismo cultural, afirmando que los antiguos libros mayas se desarrollaron a partir de un alfabeto básico de 27 signos. Hoy día sabemos que tal suposición es errónea y que tales signos no constituyen un verdadero alfabeto, puesto que los jeroglíficos desarrollados por los mayas se pueden contar por centenares.

Naturalmente, por las manos del que fue obispo de la diócesis del Yucatán pudieron pasar muchos textos excritos con una riqueza informativa considerable; sin embargo, y en parte debido al auto de fe que él mismo ejecutó en Maní, hoy sólo disponemos de tres manuscritos de fecha postclásica, los cuales se conocen con el nombre de la ciudad donde están conservados. A ellos habría que sumar otro más recientemente descubierto, el cual se encuentra en estado muy fragmentario. Estos códices son conocidos con el término de Dresde, París, Madrid y Grolier.

Los códices mayas fueron manufacturados a partir de la transformación de la corteza de varios árboles en finos pergaminos que, una vez machacados convenientemente, fueron tratados con diferentes gomas vegetales con el fin de poder escribir sobre ellos. La tecnología empleada en este proceso no pudo ser más sencilla: unas piedras de mano que tenían forma oblonga y en las que se practicaron profundas estrías en uno de sus lados más extensos, denominadas por los arqueólogos machacadores de corteza, se utilizaron para transformar dichas cortezas en pergaminos delgados; la misma técnica que se había utilizado en la confección de vestidos o de receptáculos para los ritos de extracción de sangre.

La delgada película de corteza de árbol fue entonces recubierta con diferentes resinas y después doblada a la manera de un biombo, alcanzando una longitud promedio superior a los diez metros. Las dimensiones finales de los tres libros más importantes son variables: el de Dresde mide 20,4 centímetros de alto por 9 metros de largo; el de París tiene unas dimensiones de 22 centímetros de alto por 12,5 de largo, y el de Madrid 23 centímetros de altura por 9 metros de longitud.

Una vez cortados de manera conveniente, los libros fueron tratados con una fina capa de caliza por ambas caras, la cual fue fijada por una goma vegetal. Por último, ambas superficies fueron alisadas y listas para recibir las figuras de dioses, animales, hombres y una variada cantidad de jeroglíficos. Las páginas de cada códice se dividieron en secciones horizontales mediante gruesas líneas rojas, y su información fue leída de izquierda a derecha y de arriba a abajo sección por sección.

Los datos registrados en cada uno de los libros que estamos comentando no fueron los mismos, ni siquiera se piensa que sean contemporáneos. El más antiguo pa-

rece ser el de Dresde, que tal vez fue confeccionado a comienzos del siglo XIII. No conocemos el lugar de manufactura de este manuscrito, aunque algunos investigadores lo suponen en el centro de la península del Yucatán. El Códice de Dresde parece ser un completo almanaque con tabulaciones temporales, como si fuera un extenso tratado de adivinación y astronomía.

El Códice de París, también conocido con el término de Peresiano, puede ser contemporáneo con la etapa de máximo esplendor de Mayapán, y trata de predicciones y profecías, a la vez que incluye ciclos de cincuenta y dos años. Así pues, su contenido es ritual, dedicando así una cara completa del libro a la secuencia de un *katún* y sus deidades y ceremonias patronas.

Por último, el Códice de Madrid, o Tro-Cortesiano, es el menos completo de ellos, y su confección dista mucho de ser tan elaborada como la manifestada en los dos anteriores, sobre todo el de Dresde. Desde un punto de vista estilístico, tanto el tratamiento de las figuras que contiene como las tonalidades empleadas en su diseño, se asemejan mucho al expresado en los murales de Tulum, Tancah y algún otro asentamiento de la costa oriental del Yucatán. Por esta razón, algunos investigadores han sugerido que este libro es el más tardío, y que sus orígenes pueden establecerse en esta región del área maya. En cuanto a la información que contiene, hace referencia a horóscopos y almanaques que fueron utilizados por los sacerdotes en sus ceremonias y adivinaciones. Varios estudiosos han argumentado que el Códice Tro-Cortesiano incluye mucha documentación ininteligible, tratándose quizás de errores y de confusiones en el trazado de los glifos por parte de sus autores originales.

En 1971 se exhibió en Nueva York un cuarto libro de madera de balsa en el Club Grolier, por lo que se le concedió el título de Códice de Grolier. Muchos autores dudan de la autenticidad de este nuevo libro cuya trayectoria desde que se descubrió hasta su presentación no está muy clara. En cualquier caso, parece ser tan antiguo como el de Dresde, datando de una fecha cercana a 1230, y contiene un ciclo calendárico completo de Venus, a la vez que deidades bellamente representadas en un estilo maya-tolteca. Desde un punto de vista exclusivamente informativo, no añade muchos datos al delicado tratamiento que a este respecto recoge el Códice de Dresde.

Como se puede observar en estas breves líneas, los cuatro libros que en la actualidad son conocidos fueron manuscritos durante el Postclásico en el área central y norte del Yucatán; sin embargo, la práctica de recoger textos científicos y esotéricos o acontecimientos históricos no debió estar circunscrita a los momentos finales de la historia prehispánica del pueblo maya, sino que hoy día disponemos de datos suficientes como para confirmar la escritura en libros de madera de balsa durante la época clásica.

Aunque han aparecido casi completamente desintegrados, se han descubierto varios fragmentos de libros en tumbas del periodo Clásico; por ejemplo, en Uaxactún, Altun Ha, Guaytán y El Mirador (Chiapas). La utilización real de estos manuscritos, al margen de constatar el hecho de su existencia, es nula; no así en el caso del códice extraído en El Mirador, que permanece aún cerrado en los fondos del Museo Nacional de Antropología de la ciudad de México y sometido a procesos técnicos que aseguren su definitiva conservación. Nada sabemos, pues, acerca de la información que contiene este nuevo texto, aunque sí podemos confirmar que es más pequeño que los tres previamente conocidos.

La historia del desciframiento de esta gran cantidad de jeroglíficos representados

en piedra, madera, arcilla, en paredes de estuco, murales, concha, hueso, jade y madera de balsa es sinuosa, y está jalonada de intentos serios y científicos con otros de carácter fantasioso y de poco rigor. Los métodos utilizados en este sentido varían desde pictográficos hasta ideográficos, logográficos, silábicos y alfabéticos. En breves palabras, la escritura maya se construyó sobre un sistema de glifos individuales que a veces se integran en grupos más amplios de apariencia cuadrada u oval, los cuales han sido catalogados de la siguiente manera: signos principales, que constituyen los glifos centrales de los textos y son los más grandes en tamaño; afijos, que se emplazan junto al jeroglífico principal, y se estratifican a su vez en superfijos, subfijos y postfijos.

De todos modos, el sistema no parece haberse empleado de manera uniforme para las tierras bajas mayas en su conjunto, sino que existieron, como en muchas otras manifestaciones culturales, variaciones de región a región, lo cual constituye una dificultad adicional a la hora de crear modelos que contribuyan al desciframiento definitivo de este sistema de escritura.

El estado actual de las investigaciones sobre este particular se encuentra en una situación de compás de espera en la que, tras una época reciente en la que tras la identificación de 27 signos básicos por parte del obispo Diego de Landa se ha pasado a la catalogación de unos 80 glifos conocidos, muchos textos han logrado ser descifrados de manera definitiva, mientras que otros permanecen aún sin ser comprendidos en absoluto. Es decir, que se hace necesario emplear nuevas técnicas y diferentes orientaciones a partir de las cuales se logre disponer de una fuente clave para el ajuste definitivo de las informaciones que proceden de otras áreas de la mayística, fundamentalmente de la arqueología.

ñ) El culto al tiempo

Al igual que ocurría con el sistema de escritura, los cálculos matemáticos y calendáricos y el estudio del universo alcanzó entre los mayas un desarrollo hasta entonces desconocido en la América prehispánica. En buena medida, este fenómeno obedece al particular concepto del tiempo que tenían la mayor parte de las comunidades establecidas en Mesoamérica: el tiempo no se puede conceptuar como un fenómeno estático, sino recurrente, cíclico, que es susceptible de medir, y que puede ser medido en unidades jerárquicas manipulables matemáticamente y, por lo tanto, posibilita hacer averiguaciones de los acontecimientos ocurridos en el pasado, captar con un sentido más profundo el presente y, sobre todo, hacer proyecciones hacia el futuro. De esta manera, el calendario maya tiene sus raíces en la historia, y se ha forjado a partir de la religión, de los horóscopos, de la adivinación y de la astronomía.

Pero la confección de un calendario complejo no hubiera sido posible sin el desarrollo de la aritmética. Parece ser que el sistema numérico que se empleó durante el Clásico comenzó a ser efectivo durante el Formativo tardío, periodo para el que aparece el concepto de cero. Éste llegó a ser fundamental para sus construcciones aritméticas, ya que los mayas se basaron en un sistema vigesimal, considerando que la unidad básica de su cuenta era el número 20. Para escribir sus números, los intelectuales de las tierras bajas del sur de Mesoamérica se sirvieron de puntos para indicar la unidad, mientras que las barras tenían un valor numérico de cinco.

Según este método de anotaciones, a cuatro puntos le seguía una barra, con la

que se contabilizaba el cinco, y mediante su combinación se podía contar hasta 19. Una concha estilizada identificó el cero. El sistema sería el siguiente:

0	1	2	3	4
	.	..	...	....
5	6	7	8	9
	.	..	...	....
10	11	12	13	14
	.	..	...	....
15	16	17	18	19

Para hacer anotaciones superiores simplemente había que jugar con la posición de arriba a abajo de los números, de tal modo que cada nivel tenía que ser multiplicado por 20, según ordena este sistema vigesimal. Por ejemplo:

8000				.
400		.	..	
20	.	..		
1	....		.	
	24	440	901	10.100

Estos conocimientos matemáticos complejos fueron muy útiles para confeccionar elaboradas anotaciones calendáricas y delicados registros temporales. Para ello se siguió el sistema vigesimal, aunque se hizo necesario introducir una alteración en el tercer nivel, con el fin de que la combinación coincidiera en lo posible con el año astronómico; así, el primer orden siguió siendo la unidad, el segundo resultó de combinar 1 por 20 y el tercero de multiplicar 20 por 18, obteniéndose 360. Mientras tanto, las demás combinaciones vuelven a establecerse teniendo como base la veintena. Por ejemplo:

4.º orden	.	1 × 7.200 = 7.200
3.º orden	...	8 × 360 = 2.880
2.º orden	.	1 × 20 = 20
1.º orden	....	9 × 1 = 9
		10.109

Es decir, que la única variación se produce al multiplicar 20 por 18 para hacer coincidir este sistema vigesimal con el año solar.

Con este modelo aritmético los mayas hicieron cálculos muy profundos en el

tiempo, cuya desviación real fue mínima, ya que se asistieron de correcciones perfectamente ajustadas; así, en Quiriguá fue tallada una fecha de noventa millones de años, y otra aún más antigua de cuatrocientos millones de años.

Existió un sistema aún más complejo de representar los números del 0 al 13 a base de cabezas antropomorfas que los identificaban, y en algunas ocasiones especiales se complicó aún más al colocar figuras de cuerpo entero en lugar de números. En realidad, se trataba de las deidades patronas de unos números que, como veremos más adelante, se van a identificar con días en el calendario ritual.

Con estos conocimientos matemáticos que les permitían profundizar en el tiempo de manera considerable, y algunos edificios para observar el paso de los astros y de los fenómenos terrestres (se ha sugerido que el Grupo E de Uaxactún es un observatorio levantado para controlar los solsticios de verano y de primavera, y que otros grupos del área central pudieron desempeñar el mismo papel), junto con instrumentos muy simples como señales, palos cruzados, etc., se pudo elaborar un calendario cuya finalidad va más allá que la meramente práctica y se sumerge en profecías, adivinaciones, augurios y horóscopos.

Como es natural, sólo la élite aristocrática fue capaz de conocer los entresijos de este complejo sistema, y con su demostración a las ingentes masas que sostenían las ciudades los gobernantes confirmaron la unidad de concepto entre las fuerzas que gobernaban el cosmos y las que lo hacían sobre la tierra.

En buena medida el calendario maya no es original, aunque sí su sofisticación y complejidad; las inscripciones calendáricas más tempranas en Mesoamérica se han descubierto en el valle Central de Oaxaca y datan del siglo VII a.C. Como ocurre con las culturas más avanzadas de Mesoamérica, se compone de varios ciclos con funciones determinadas, pero que nunca se pueden separar unos de otros, influyéndose entre sí.

El primer ciclo se conoce con el término yucateco de *tzolkin* o «cuenta de los días», que los mayistas han bautizado como Almanaque Sagrado. La unidad básica es el día, cuya designación obedece a la combinación de dos elementos: un número del 1 al 13 y un conjunto de veinte días con su propio nombre. Cada día y su número tiene su deidad patrona (el dios del sol es el patrón del día Ahau y del número 4; el dios del maíz es el patrón del día Kan y del número 8), incluso los propios números 13 y 20 tienen una gran transcendencia ritual y simbólica.

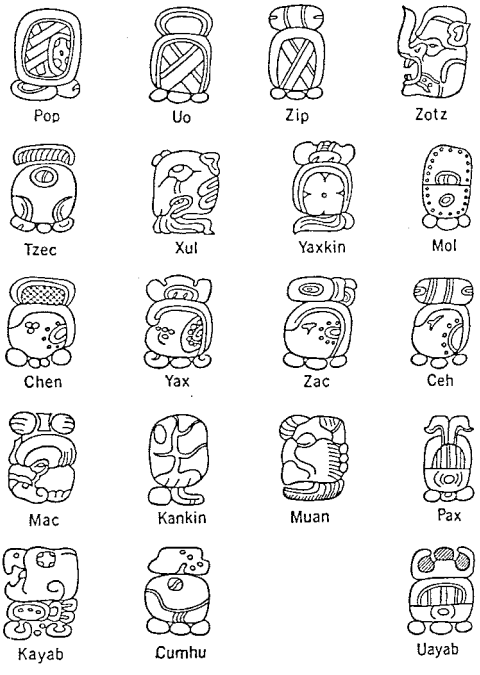
Los nombres de los días, que fueron trasladados al castellano por Diego de Landa, son los siguientes:

Imix	Chuen
Ik	Eb
Akbal	Ben
Kan	Ix
Chicchan	Men
Cimi	Cib
Manik	Caban
Lamat	Etz'nab
Muluc	Cauac
Oc	Ahau

El sistema de cuenta de los días consistiría en asimilar un número a un día de manera sucesiva hasta hacer coincidir de nuevo el número 1 con el día Imix. Por ejemplo, 1 Imix, 2 Ik, 3 Akbal... hasta 13 Ben, y le seguiría 1 Ix, 2 Men, 3 Cib...; de tal modo que para llegar a 1 Imix de nuevo habrían pasado doscientos sesenta días y se completaría un ciclo *tzolkin,* cuya función es fundamentalmente religiosa y adivinatoria. Un método muy frecuente para establecer augurios y profecías, según puede comprobarse en los Libros del Chilam Balam.

El segundo ciclo define el año solar, conocido con el término yucateco de *Haab* o Año Solar, y consta de dieciocho meses de veinte días cada uno, más un mes adicional de cinco días que sirven para construir el año astronómico de 365 días. Como en el caso anterior, cada mes tiene su propio nombre:

Pop
Uo
Zip
Zotz
Tzec
Xul
Yaxkin
Mol
Chen
Yax
Zac
Ceh
Mac
Kankin
Muan
Pax
Kayab
Cumku
Uayeb



Los diecinueve meses del mes *Haab.*

Asimismo, cada uno de ellos tiene una deidad patrona que actúa sobre personas y acontecimientos. Su función se ajusta más a un carácter civil y agrícola, aunque en algunos momentos pudiera acercarse a las que tuvo el *tzolkin.* El sistema de cuenta en el *Haab* consiste en la combinación de 20 por 18, a la que habría que sumar cinco, con la siguiente mecánica: 0 Pop, 1 Pop, 2 Pop... 19 Pop, 0 Uo, 1 Uo... 19 Uo, 0 Zip, 1 Zip... 17 Cumku, 18 Cumku, 19 Cumku, 0 Uayeb, 1 Uayeb, 2 Uayeb, 3 Uayeb y 4 Uayeb, con lo cual se habrían cumplido los 365 días del año astronómico. El siguiente día sería 0 Pop.

Ambos ciclos se combinaron e influyeron entre sí hasta formar un periodo mayor que se conoce con el término de Rueda Calendárica, obtenida de multiplicar 260 por 365, lo que da un total de 18.980 días o, lo que es lo mismo, 73 *tzolkin* ó 52 *haab.* En este gran ciclo el primer día sería 1 Imix 0 Pop, el segundo 2 Ik 1 Pop, 3 Akbal 2 Pop, 4 Kan 3 Pop, y así sucesivamente hasta alcanzar el 13 Ahau 4 Uayeb

en que se completaría el ciclo. El siguiente día, entonces sería de nuevo 1 Imix 0 Pop, y se habría completado un ciclo de Rueda Calendárica o de cincuenta y dos años solares.

La misión de este nuevo cómputo más amplio fue conseguir una unidad de tiempo superior encaminada a medir periodos de cincuenta y dos años, una práctica muy divulgada por todas las regiones de Mesoamérica. Éste, por su carácter recurrente al que hemos aludido, les permitió establecer amplios periodos de tiempo. Para ello imaginaron un día de su pasado remoto y lo hicieron coincidir con el final de un ciclo aún superior de 1.872.000 días, que se corresponde con el paso de 5.128 años solares o, también, de 13 *baktunes* (13.0.0.0.0.). Ese día mítico fue el 4 Ahau 8 Cumku, y se correspondió en fechas occidentales con el año 3114 a.C., que tal vez se refiera a un acontecimiento de especial transcendencia o a un suceso mítico de singular valor.

Para anotar en este nuevo ciclo se hizo necesario utilizar cinco órdenes de unidades, en el siguiente sentido:

Baktun (20 katunes)	= 1 ×	144.000 días
Katun (20 tunes)	= 1 ×	7.200 días
Tun (18 uinales)	= 1 ×	360 días
Uninal (29 kines)	= 1 ×	20 días
Kin	= 1 ×	1 días

Su empleo continuado en estelas, altares, tableros, tronos y demás manifestaciones artísticas constituye un sistema que se ha denominado Serie Inicial o Cuenta Larga, el cual fue utilizado durante todo el periodo Clásico, aunque ya estaba en uso durante el Formativo tardío en ciertas regiones del sur del área maya. Una vez más la combinación básica es aportada por el sistema vigesimal con una alteración en el tercer orden para cumplir el año astronómico.

En este gran ciclo de 1.872.000 días ó 13 *baktunes* se suceden las fechas mayas, que en los monumentos tallados aparecen de esta manera: en primer lugar, se coloca un glifo cuatro veces más grande que los demás que se denomina introductorio y designa la deidad patrona del mes del *haab*. A continuación, sendos bloques de glifos que se leen de izquierda a derecha y de arriba a abajo designan el *baktún, katún, tun, uinal* y *kin* de la Rueda Calendárica, y finaliza con el día del calendario. Por ejemplo, cuando en una estela se talla la fecha 10.4.0.0.0.12 Ahau 3 Uo, la operación a realizar sería la siguiente: (10 *baktunes)* 10 × 144.000 días; (4 *katunes)* 4 × 7.200 días; 0 *tunes,* 0 *uinales* y 0 *kines,* cuya suma daría un total de 4.024 años y un resto de 40 días. Si restamos esta cantidad a la fecha mítica de 3114 a.C. 4 Ahau 8 Cumku resultaría el año 910 de nuestra era; pero como disponemos aún de un resto de 40 días, nos situaríamos en el 18 de febrero del año 909.

En esta Serie Inicial se coloca a continuación el glifo G, que coincide con uno de los Nueve Señores de la Noche y es patrón del día señalado, y después el glifo F, cuyo significado es aún desconocido. La segunda parte de la inscripción en la estela se conoce con el término de Serie Suplementaria y se desarrolla de la siguiente manera:

De izquierda a derecha y de arriba a abajo se incluye la fase y la edad de la luna en los glifos E, D, y C. Los siguientes son los jeroglíficos X y B, los cuales aún no han sido descifrados. Los últimos glifos designan la fase lunar y el mes del *haab*. En

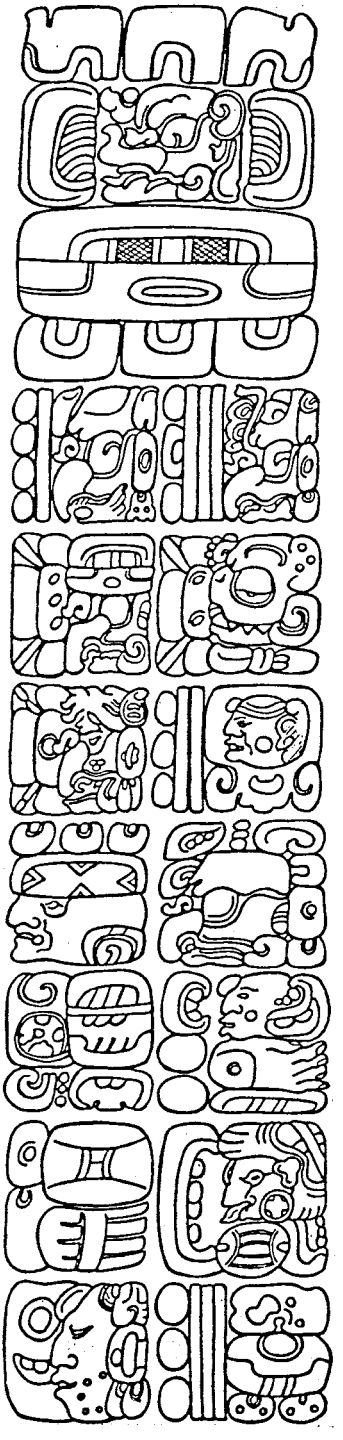
definitiva, esta segunda parte del sistema de Cuenta Larga se empleó con el fin de corregir las desviaciones calendáricas introducidas en la Serie Inicial al medir periodos de tiempo muy dilatados, pero también para incluir anotaciones de uso muy restringido de la realeza o de informaciones míticas. Por ejemplo, en la estela F de Quiriguá se resgistra la decha de 1 Ahau 13 Yaxhin de hace 90 millones de años.

A mediados del Clásico tardío este complicado sistema de anotación calendárica comienza a ser desplazado por una versión abreviada del mismo. En ella, los diez glifos utilizados para establecer una fecha en el sistema de Cuenta Larga (10.4.0.0.0. 12 Ahau 3 Uo) quedan reducidos a tres 4 *katún* 12 Ahau 3 Uo. En este sistema, el periodo cíclico más amplio es uno cercano a los 19.000 años.

Más tarde, durante el periodo Postclásico y a lo largo de todo el Protohistórico, sufre una nueva abreviación, de manera que sólo se resgistran fechas en ciclos de 260 *tunes*. En este nuevo método de contabilizar el tiempo, denominado *U Kahlay Katunob* o Cuenta de los *katunes*, que ha sido bautizado por los mayistas con el nombre de Cuenta Corta, suprimieron todas las fechas excepto el día en que terminó; ni siquiera se respetó el mes, de manera que el registro quedó reducido a 12 Ahau.

La cuenta de los *katunes* alcanza un periodo máximo de 256 1/4 años, que es el resultado de combinar 13 *katunes* por 19,71 años; cada *katún* fue denominado según el nombre de su último día. Cada uno de los 13 *katunes* de que consta este nuevo ciclo tenía su deidad patrona, y se asociaba a determinadas ceremonias y profecías.

Unos cálculos tan complejos como los hasta aquí descritos no podrían haberse formulado sin un complejo conocimiento del comportamiento de los astros. Ya hemos mencionado que algunos edificios, grupos o monumentos tuvieron una especial significación astronómica. En este sentido, el establecimiento de la duración que tiene un año astronómico en torno a los 365,2420 días resulta más exacto que el modelo gregoriano propuesto en el año 1582, y se acerca de manera considerable al periodo real de 365,2422 días.



Serie inicial. Estela E de Quiriguá.

También resulta muy minucioso el análisis de las lunaciones, de manera que los intelectuales mayas establecieron un periodo de 29,53059 días para cada mes lunar. Los mayas, como nosotros, no emplearon fracciones de días en su calendario, y de la misma manera que nosotros introducimos un año bisiesto de 366 días cada cuatro años, ellos consideraron lunaciones de 29 y 30 días para tal fin. Las páginas 51 a 58 del Códice de Dresde registran 4 ó 5 lunaciones consecutivas, a un periodo de 32 3/4 años, cuyo cálculo resultó vital para predecir eclipses de sol y otros fenómenos que resultaron muy útiles para la manipulación de la sociedad.

Tan importante resultó el método de aplicar las lunaciones en la Serie Suplementaria que hacia el 687 d.C. la mayor parte de las ciudades mayas acordaron utilizar el mismo punto de partida de la luna nueva para considerar el punto 0 de los ciclos lunares. En el año 756 tuvo lugar una segunda corrección, según se conmemora en el altar Q de Copán, la cual fue admitida por los asentamientos más importantes de las tierras bajas, y permitió la introducción del año bisiesto.

La revolución de Venus, junto con otras estrellas, planetas y constelaciones como Júpiter, Mercurio, Saturno y Marte, Las Pléyades y Géminis, fueron utilizadas con mucha frecuencia en los cálculos calendáricos por los astrónomos mayas, y su uso ha quedado registrado sobre todo en el Códice de Dresde.

Para los mayistas, la principal dificultad que ha tenido la translación de estos métodos de cuenta del tiempo ha sido establecer el verdadero valor de la fecha 4 Ahau 8 Cumku. Se ha decidido que esta fecha coincide con el año de la fundación de la ciudad de Mérida en la península del Yucatán; ésta ocurrió en el año 1542 y se corresponde con un final de *katún,* siendo trasladada a la fecha de Serie Inicial de 11.16.0.0.0, por lo que el origen del cómputo maya debe establecerse 1.699.200 días antes de dicha fundación, correspondiendo al 12 de agosto del año 3114 a.C.

o) El universo religioso

La religión maya, como ocurría con la teotihuacana, la zapoteca, la totonaca y otras, se desarrolló como un mecanismo muy útil para conseguir la integración de la sociedad, cuando el medio ambiente, el sistema de subsistencia y el patrón de asentamiento invitaban a la dispersión de las comunidades y, por consiguiente, al individualismo. De esta forma, gobernantes y gobernados participaban de un fenómeno cultural común.

Nuestro conocimiento de la religión maya durante el periodo Clásico es aún bastante incompleto y, en la medida en que se produzcan serios avances en el desciframiento del sistema de escritura, puede ampliarse progresivamente, aunque existen límites definitivos en la información con respecto a dicha etapa. Así pues, nos vemos obligados a completarlo con las manifestaciones rituales y el pensamiento religioso existente en la península del Yucatán en el momento anterior y posterior a la conquista.

Si hubiéramos de hacer una valoración general de los sistemas religiosos mesoamericanos durante la etapa prehispánica, concluiríamos que en un momento determinado existió un sistema de creencias panmesoamericano que no llegó a funcionar de manera conjunta y para toda la región, sino que se trata de varios conceptos básicos que fueron compartidos en el área con bastante aceptación. Por ejemplo, la integración de dos categorías diferentes como lo son el tiempo y el espacio, la considera-

ción de las cuatro direcciones cardinales y el calendario ritual de 260 días en dicha integración tempo-espacial, etc.

En el caso concreto del universo maya, el sistema de creencias actuó con tres amplios contenidos, aunque posteriormente afectó a todas y cada una de las manifestaciones vitales de los individuos que la compartieron:

1. La religión sufrió un profundo proceso de complejidad encaminado a legitimar la existencia de una sociedad en formación, que habría de ser ordenada de manera estratificada desde un punto de vista social. En este sentido, fue un arma utilizada en multitud de ocasiones con el fin de sancionar las desigualdades sociales introducidas y originadas por la jerarquía aristocrática a la cual nos hemos referido en páginas anteriores.

Seguramente, el punto culminante de este carácter sancionador de las diferencias sociales que compiten dinámicamente en una sociedad de clases sea la asimilación de los gobernantes con el dios K, que aparece en el cetro maniquí de las estelas del Clásico. Efectivamente, el dios K llegó a ser la divinidad más trascendente para la alta aristocracia, y pudo jugar una función muy similar a la mantenida por Tezcatlipoca entre los aztecas.

Esta asimilación, de cuya presencia en el área maya puede responder Teotihuacan, fue utilizada por los dirigentes de los centros ceremoniales de las tierras bajas para alinearse con el universo, con el fin de equiparar el orden cósmico con su poder político ejercido en la tierra. Es decir, que al mismo tiempo que sancionaba la desigualdad social, profundizaba en el abismo existente entre la jerarquía aristocrática y el resto de la comunidad.

2. Una profusa y compleja, pero hábilmente intrincada, variedad de creencias, construcciones ideológicas y prácticas ceremoniales intentó utilizarse para sortear la mayor dificultad en la vida de los individuos: la muerte, que, en el caso de los gobernantes, fue elevada a un objeto de culto y de veneración. Algunos investigadores han trabajado en el establecimiento del valor que tuvo la muerte en el pensamiento maya, llegando a la conclusión de que los excelentes vasos polícromos que acompañan a los gobernantes en las tumbas del Clásico son verdaderos libros que describen el inframundo y a la vez constituyen guías para que tales mandatarios se introduzcan en él con cierta seguridad.

3. La religión maya, por último, se desarrolló de manera paralela a la evolución que obtenían los conocimientos científicos en el área maya. Fundamentalmente, el tiempo y su ordenación fue el problema principal con que se encontraron los intelectuales de las tierras bajas, y lograron responderlo de manera satisfactoria, según hemos tenido ocasión de comprobar.

En resumen, los mayas desarrollaron un mecanismo de gran capacidad de adaptación, que fue utilizado para obtener la integración social y política de unas comunidades a las que el medio ambiente invitaba a la dispersión. Una vez construido este sistema de creencias, su manipulación por un reducido grupo de personas confirió un carácter estatal a dicho mecanismo. Cuando la religión maya se nutrió de cultos de estado alcanzó su función más valiosa, ya que fue utilizada para sancionar la desigualdad social, a la vez que legitimó el poder de la aristocracia sobre el resto de la sociedad.

Las construcciones cosmológicas de los intelectuales mayas que intentaban dar una explicación sobre el origen del mundo y el papel del individuo dentro de él, ase-

guran que existieron varios mundos antes de que llegara el presente, los cuales fueron destruidos sucesivamente por un desastre. En realidad, se trata una vez más de un rasgo panmesoamericano que, en lo que respecta a las cuestiones fundamentales, se repitió inalterable de una región a otra. La destrucción del mundo por un diluvio está representada en la última página del Códice de Dresde, donde las fauces abiertas de una gran serpiente arrojan fuertes cantidades de agua sobre la tierra.

Anteriormente hemos señalado que la concepción del universo fue considerada por los mayas como un continuum tempo-espacial. El tiempo fue cíclico, recurrente, y en él cada periodo sufrió un proceso de creación y de destrucción que se alargó durante 13 *baktunes* o, lo que es lo mismo, casi 5.200 años. El *Popol Vuh* narra maravillosamente estos procesos de creación y destrucción en sus primeros pasajes.

En el espacio, los mayas consideraron un continuum entre el cielo y el inframundo, de tal manera que el primero de ellos estaba compuesto por trece capas estratificadas, la última de las cuales descansaba sobre la tierra. Cada uno de estos niveles estuvo gobernado por un dios celeste, y todos ellos formaban un grupo denominado Oxlahuntikú. Ahora bien, el dios del cielo en su conjunto es Itzamná, una divinidad que combina rasgos de reptil y de iguana en sus representaciones, que será analizada más adelante.

El espacio intermedio está ocupado por la tierra, que se levanta como una capa más, casi imperceptible. Debajo de ella se distribuyen los nueve pisos del inframundo, también estratificados, y cada uno de ellos presidido por una divinidad. Todos juntos forman el grupo de los Nueve Señores de la Noche, también conocido como los Bolontikú.

Cada esquina de los estratos que componen el universo maya estuvo gobernada por un punto cardinal y un color determinado, de tal manera que su asociación a la divinidad fue utilizada para aparecer y actuar de muy diferentes formas. No hay coincidencia a la hora de decidir qué color se asocia a cada punto cardinal y, en cualquier caso, hay variaciones regionales, pero la mayor parte de los datos que hemos obtenido apuntan hacia el siguiente esquema:

> El rojo se relaciona con el este.
> El negro se corresponde con el oeste.
> El amarillo esta asimilado al sur.
> El blanco se relaciona con el norte.
> Por último, el verde pudo dominar el centro de estas regiones y se concibió como una gran ceiba que unía el cielo con la tierra, y éstos, a través de sus raíces, con el inframundo.

Estos dos universos contradictorios y fuertemente dinámicos estuvieron ocupados por diferentes deidades, las cuales no estuvieron funcionalmente especializadas en sentido estricto, sino que actuaron de manera muy diferente según el color y el punto cardinal al que se asociaron, así como también según su posición en el cosmos.

Un análisis detenido sobre las deidades mayas podría dar la sensación de que su universo fue uno y diverso a la vez, y que los aspectos bajo los cuales se presentaban las divinidades cumplen esta norma que permite a un dios determinado alterar su imagen y su función según los parámetros antes reseñados. Es más, en buena medida las deidades mayas pueden ser reducidas a aspectos de un mismo poder, por lo

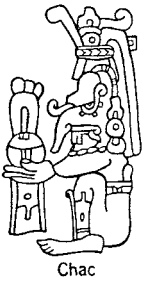
cual los aproximadamente 166 dioses distintos que son mencionados en el Ritual de los Bacabs pueden reducirse a uno. Es difícil afirmarlo con contundencia, y mucho más para el periodo Clásico en el que nos falta tanta información, pero es muy posible que en su esencia la religión maya se acercara al monoteísmo; de hecho, Itzamná —Hunab ku en el *Popol Vuh*— llegó a concentrar casi todo el poder, pero en su manifestación y exteriorización se trata de una religión politeísta.

Otro rasgo de transcendencia es el carácter dual de cada dios, que tiene vertientes de edad, sexo, función, color y dirección opuestos. Por último, suelen relacionarse y aparecer con glifos específicos, tanto de carácter nominal como temporales, espaciales y atributivos.

Estas características generales, y otras más que pueden ser consideradas secundarias, podrían aplicarse en realidad a una buena parte de los sistemas de creencias en vigor en la Mesoamérica prehispánica, pero si nos introducimos en aspectos más concretos surgen variaciones de detalle, de énfasis y de propiedad, según las regiones bajo estudio.

En el caso concreto de los mayas, la mayor parte de la información de que disponemos procede de los códices manufacturados durante el Postclásico y, por consiguiente, con una fuerte influencia del sistema de creencias de la cuenca de México. Pero también la multitud de escenas representadas en estelas, altares, tableros, tronos, en vasos de cerámica, en concha, hueso y otros materiales que fueron trabajados durante el Clásico puede ser de gran utilidad a este respecto. Por último, los documentos escritos en periodo indígena y transcritos después al castellano como el *Ritual de los Bacabs,* el *Popol Vuh* y el *Libro del Chilam Balam,* junto con aquellas crónicas producidas inmediatamente después de la conquista y los estudios etnológicos recientes, resultan de gran valor para desenmarañar este complejo mundo de las divinidades mayas, el cual será tratado con algún detenimiento a continuación:

Itzamná


Chac

Ah Mun

Yum Cimil

Ek Chuah

Xaman Ek

Deidades mayas.

Itzamná: «casa de Iguanas», es una deidad que combina un aspecto de reptil y de iguana que fue adquiriendo cada vez más importancia, de manera que para finales de la etapa clásica su culto se aproximó al monoteísmo al haber acaparado cada vez más funciones. Su aspecto fundamental es el de creador del universo —Hunab Ku en el *Popol Vuh*—, tanto del cielo como de la tierra y del inframundo, al que los quichés se refieren como el Xibalbá en el *Popol Vuh.* A la vez, es la deidad patrona del día Ahau, que significa «rey, monarca», y su importancia llegó a ser tal que sufrió continuos intentos de manipulación por parte de la élite para sentenciar su posición en la comunidad. Por ello está asociado al linaje dirigente, quizás como deidad patrona, en su vertiente de Kinich Ahau, el dios solar que está representado en los tableros de Palenque, continuando sus funciones hasta finales de la época postclásica.

Ix Chebel Yax: es uno de los aspectos duales de Itzamná en cuanto que personaje femenino. Se representa en los códices con una madeja de algodón y es patrona del vestido.

Kinich Ahau: «señor del rostro del sol», y también conocido como Ah Kinchil o Kinbentzilán, es el dios del sol, y puede haber sido la manifestación diurna de Itzamná a su paso por el horizonte diurno. Como hemos señalado, estuvo asociado a los gobernantes mayas, seguramente porque éstos pretendieron asumir su identidad y se consideraron como una manifestación del dios solar. En su periplo por el inframundo se identificó con el noveno de los Señores de la Noche. Patrocinó el día Muluc y el número 4, y fue objeto de culto desde tiempos formativos.

Chac: es el dios de la lluvia, que aparece en los códices con un rostro de reptil, una nariz larga y enrrollada y dos colmillos que se proyectan hacia abajo saliendo de sus fauces. Patrocinó el día Ik y el número 13, así como el agua y la fertilidad. Chac tiene cuatro vertientes distintas asociadas a cuatro colores y otros tantos puntos cardinales: el chac rojo del este, el chac blanco del norte, el chac amarillo del sur y el chac negro del oeste. A veces, se representan chacs con un hacha clavada en la frente que simboliza el trueno y el relámpago que precede a la tormenta de agua. Las hachas encontradas en los campos de cultivo son manifestaciones de su actividad, y el humo que produce el *copal* cuando se quema en las ceremonias simula las nubes cargadas de agua. A Chac se asocia una pequeña rana denominada *Uo,* que aparece al comienzo de la estación de las lluvias y predice el final de la sequía.

Ix Chel o Chel: «arco iris», es la patrona del parto y de la adivinación, aunque a menudo está asociada con serpientes y con destrucción, quizás debido a las relaciones que mantiene con la deidad negra de la noche. El culto de Ix Chel obtuvo su máxima popularidad durante el Postclásico tardío o Protohistórico y se centró en la isla de Cozumel, una zona muy frecuentada por los mercaderes que circundaban la península del Yucatán.

Bolon Dzacab: es la deidad de los linajes reales, que aparece con mucha frecuencia tanto en los monumentos esculpidos del periodo Clásico como en los códices postclásicos, en los cuales tiene forma de reptil. Tan importante llegó a ser esta deidad durante el Clásico para la aristocracia de los centros cívico ceremoniales, que en Palenque se la consideró fundadora y patrona de la dinastía reinante. La representación más corriente de Bolon Dzacab es una figura con una nariz larga y retorcida hasta arriba, que tiene un hacha en la mano o está fumando en los monumentos clásicos. La frente de esta deidad es alta y deformada y tiene un largo tubo humeante que sale de un semicírculo, tal vez un espejo, que fue un objeto asimilado por la élite desde tiempos olmecas.

Bolon Dzacab se asocia en numerosas ocasiones a Itzamná y Chac, y puede considerarse como una manifestación del primero. Patrocinó el número 9 y es el dios K que aparece en el cetro maniquí que portan los monarcas mayas en las estelas clásicas. De hecho, la ceremonia de recepción del maniquí puede considerarse como un ritual de cambio de reinado.

La presencia del dios K en el área maya puede establecerse a mediados del Clásico temprano, cuando élites mexicanas llegan a Tikal e influyen sobre algunos centros del sur de las tierras bajas mayas. Algunos investigadores opinan que el cetro maniquí deriva del *átlatl* o lanzadardos que llevan algunos personajes de Teotihuacan o de Kaminaljuyú en los monumentos.

Ah Mun: también conocido como Yum Kax y Yum Uil, es el dios del maíz, cuya representación ocupa el tercer lugar de apariciones en los códices. Se manifiesta siempre como un joven que porta en la cabeza o en sus manos una mazorca y las hojas del maíz. Su imagen estuvo muy difundida durante el Clásico, tanto por la importancia del maíz para la economía de subsistencia maya como por su personificación por parte de algunos gobernantes practicantes de ceremonias a la fertilidad de la tierra; en este sentido, es corriente ver cómo los dirigentes de los grandes centros aparecen investidos con sus rasgos más característicos y esparciendo granos de maíz o gotas de sangre. Su destino fue controlado por muchas deidades, como aquellas que corresponden a la lluvia, el viento, las tempestades, las plagas y la muerte.

Ek Chuah: es el dios de los mercaderes. Su manifestación más corriente es la de una figura con un largo labio inferior y su rostro pintado en negro, salvo la barbilla y la boca que está pintada en rojo. Otros atributos consisten en una bolsa colocada a la espalda y un *mecapal* (cinta de esparto que se lleva con la cabeza y se utiliza para cargar bultos a la espalda). Normalmente, el dios M se identifica también con Ek Chuah denominándose «escorpión negro». En épocas de expansión patrocinó el cacao, un artículo utilizado tanto como moneda que como bien de la aristocracia. En muchas ocasiones, aparecen individuos realizando ceremonias a Ek Chuah con la intención de obtener una buena cosecha de cacao, sobre todo durante el mes Muan.

El comercio fue una actividad muy importante en el área maya, pero también lo fueron otras muchas tareas, y de la misma manera debieron ser patrocinadas por deidades especializadas; por ejemplo, Kak Ne Xoc fue una divinidad patrona de los pescadores y Chalu Chab fue una diosa con cuerpo de mujer y cabeza y alas de abeja que gobernó sobre las abejas y la miel en el centro del Yucatán; muchas divinidades más patrocinaron diferentes oficios, cargos y roles que ocuparon los habitantes de las complejas ciudades.

Pero las divinidades mayas también tenían aspectos negativos, terroríficos, actuando de manera malévola, sobre todo cuando lo hicieron en el inframundo, en el Xibalbá del *Popol Vuh.* Cada estrato infernal debió estar gobernado por uno de estos dioses maléficos hasta un total de nueve, que puede haber ocupado el glifo G de las estelas clásicas y aparecen representados en las paredes de la Tumba de Pacal, bajo el Templo de las Inscripciones de Palenque.

Yum Cimil: también conocido como Cumhau, Ah Puch o Cizin, es el dios de la muerte, que se representa como un esqueleto humano o con la mandíbula inferior, la nariz y las costillas descarnadas. Si va cubierto con ropas, manifiesta manchas negras o amarillas indicativas de descomposición, y suele llevar cascabeles. Solamente él, junto con su antítesis Itzamná, tiene dos glifos nominales que lo identifican, el primero de los cuales representa la cabeza de un cadáver y sus ojos cerrados como sím-

bolo de muerte; y el segundo aparece con el rostro del propio dios, con una nariz truncada, las mandíbulas descarnadas y un cuchillo de sacrificio de pedernal como prefijo. Fue patrón del día Cimi, muerte, y del número 10.

Presidió el más bajo de los nueve pisos del inframundo, el Mitnal, y con frecuencia estuvo asociado con el dios de la guerra y del sacrificio humano, haciéndose acompañar por el pájaro Muan y por el búho, ambos considerados como criaturas infernales y de muerte. Investigaciones recientes efectuadas sobre cerámicas polícromas clásicas suponen que las escenas dibujadas sobre ellas tienen un claro significado funerario; en dichas piezas suele aparecer Cizin bailando, lanzando gases por medio de un hueso sujeto a sus nalgas y gobernando sobre una región de corrupción y putrefacción.

Chac Bolay: es el dios jaguar que se asocia al sol en su paso por el inframundo. Aparece con la cabeza de un jaguar, nariz romana, incisivos frontales sobresalientes y un mechón de pelo atado. Su piel jalonada con manchas negras simula la noche, y es patrón del día Akbal —«oscuridad»—, séptimo del calendario, y del número 7.

El dios N: aparece como un anciano que porta un reticulado sobre el rostro o sobre el taparrabos. En ocasiones, lleva una concha de caracol a su espalda y es patrón del número 5. Muchos autores lo identifican con Mam, una deidad de la tierra muy popular en el altiplano guatemalteco o con los Pauahtun, divinidades direccionales asentadas en las cuatro esquinas del inframundo cuya misión fue sostener la tierra.

El dios L: está asociado con el planeta Venus y es uno de los dioses más prepotentes del inframundo. Se representa con orejas de jaguar, cubierto con una piel de felino y tocado con unas plumas del mítico pájaro Muan. También es la deidad negra de la guerra y de la muerte, y aparece cubierto de rojo, por lo que a menudo se le confunde con Ek Chuah y está representado en el Templo del Sol de Palenque.

Buluc Chabtan: es una deidad de la guerra y del sacrificio humano, y su glifo identificativo es su propia cabeza con el número 18 en la frente. Es patrón del día Manik, que a veces se hace acompañar por el dios A en escenas del sacrificio humano. A menudo aparece quemando casas con una antorcha, mientras que en la otra mano porta una lanza con la que va derribando dichas viviendas.

La relación de las deidades veneradas en el área maya desde tiempos formativos, con sus múltiples variantes, asociaciones y nombres, podría hacerse interminable; por esta razón, hemos preferido exponer tan sólo algunos de los representantes divinos más característicos del panteón maya, el cual se vio enriquecido a medida que determinados acontecimientos ocurridos en diversas zonas de Mesoamérica introducían nuevos cultos en las tierras bajas.

Quetzalcóatl: la serpiente emplumada, es conocido en el área maya con el nombre de Kukulcán, y fue una deidad asimilada rápidamente por la aristocracia. A las tierras bajas llega a finales del periodo Clásico y pasa a formar parte de los dioses creadores en la mitología quiché con el nombre de Gucumatz. Como señor de los vientos, Ehécatl, aparece en la estela 19 de Ceibal y patrocina los edificios redondos que emulan al remolino, aunque también aparece como Lucero del Alba en Chichén Itzá.

En el norte de la península del Yucatán, Kukulcán alcanzó una gran transcendencia como divinidad de la jerarquía dirigente, y su nombre fue utilizado por muchos gobernantes para legitimar su poder y alcanzar un prestigio y renombre más elevado que el que propiamente les correspondía.

Tláloc: es el dios de la lluvia del centro de México, y su introducción en las tierras bajas ocurre durante el Clásico medio, donde llega de manos de Teotihuacan. Los di-

rigentes teotihuacanos incluyeron en los centros del Petén el culto al dios de la lluvia, el cual llegó a ser tan importante que se representó en estelas asociado a gobernantes e, incluso, en Tikal se erigió un templo decorado con talud y tablero y con el rostro inconfundible de esta divinidad.

Otros dioses como Ix Chante Yax, probablemente Chantico, la diosa del fuego azteca; Tlalchitonatiuh, el dios naciente que sale de la tierra en forma de esqueleto; Tezcatlipoca, el poder universal y divinidad de los gobernantes y, sobre todo, Xipe Tótec, el dios de la primavera, fueron venerados con mayor o menor fortuna a lo largo de la historia maya.

En definitiva, un universo divino muy complicado, tremendamente variado, pero de la misma manera confuso y distante. Hemos de suponer que estas complicadas construcciones sólo fueron manipuladas y aceptadas por la élite aristocrática, que las conoció y las tradujo mediante elaborados rituales oficiados por sacerdotes de alto estatus. Sin embargo, nos resistimos a pensar que esta apabullante cantidad de divinidades fueran conocidas y veneradas por amplios segmentos de la sociedad, campesinos y artesanos. Más bien, hemos de suponer que fuera de los núcleos urbanos se siguió practicando una religión de tipo animista, dirigida por curanderos y rezadores que pudieron interpretar mejor las ansiedades de una población íntimamente relacionada con la naturaleza, y cuyos máximos problemas afectaban a la subsistencia, al bienestar físico y a la muerte.

p) El culto a los ancestros

Como hemos mencionado en este apartado dedicado a la religión maya, uno de los fines fundamentales de este mecanismo fue glorificar a los antepasados de los linajes gobernantes: entierros ricamente ataviados, vasijas funerarias con representaciones de escenas del inframundo, monumentos funerarios, registros dinásticos póstumos y, sobre todo, el complejo templo-pirámide que simboliza la montaña sagrada, el cosmos, donde residen los ancestros reales.

Los gobernantes reales, una vez muertos, fueron identificados con los dioses y objeto de culto. Las primeras estelas de Tikal, como la 31, muestran el ancestro de un gobernante; en este caso, se trata de Nariz Rizada, padre de Cielo Tormentoso en la parte superior del monumento; la gran Tumba de Pacal o los Templos de la Cruz, de la Cruz Foliada y del Sol, que contienen tableros en los que se venera a determinados reyes como antepasados fundadores de grupos reales, son una buena muestra de ello.

De la misma manera que estos reyes-dioses ordenaron levantar complejas pirámides coronadas por altos templos como casas de la divinidad y reflejo del orden cósmico, también la propia ciudad clásica pudo ser una especie de gran necrópolis, concebida y planificada por los gobernantes como lugar de los antepasados y de la divinidad.

Sin duda alguna, la élite aristocrática elevó este culto casi a un nivel de estado, pero los ancestros no son propiedad de este reducido número de personas, sino que toda la sociedad maya participó de él, y enterramientos en altares o patios de grupos habitacionales, de tan amplia distribución en todo el área maya, profundizan en este sentido.

q) El ceremonial

Una de las principales manifestaciones de la religión maya se traduce en el ritual que, en función del tipo y de la categoría del asentamiento en que se desarrolló, alcanzó altos niveles de complejidad. Un todavía no muy bien perfilado, pero en cualquier caso amplio, grupo de sacerdotes y oficiantes religiosos confeccionaron una elaborada parafernalia que utilizaron para transmitir el mensaje de las divinidades a la sociedad.

Seguramente, para tal fin hubieron de guardar rígidas normas, para lograr una pureza ritual a base de ayunos, baños en el *temazcal,* continencia sexual, ingestión de drogas y alucinógenos y el aislamiento, los cuales les proporcionaron un estado que posibilitó la comunicación con los dirigentes del cosmos.

Las ceremonias de autosacrificio ocuparon un lugar central en las manifestaciones rituales mayas; cuchillos de obsidiana, navajas de pedernal, dientes de tiburón, espinas de maguey y aguijones de manta raya fueron empleados para hacerse incisiones en la nariz, orejas, lengua, pene, brazos, dedos y piernas. En uno de los más bellos dinteles de todas las tierras bajas mayas, el dintel 24 de Yaxchilán, aparece una mujer que se atraviesa la lengua con una cuerda y deja caer la sangre sobre un pergamino de corteza de árbol, para después ofrendarla a los dioses. Este magnífico dintel en que aparece el gobernante de la ciudad, Escudo Jaguar, presidiendo el sacrificio, es una más de las múltiples representaciones de autosacrificio aparecidas en estelas, monumentos y códices. Por ejemplo, en una página del Códice de Madrid aparece una figura humana, presumiblemente un gobernante, que porta un tocado de maíz sobre su cabeza y un hacha en la mano, con la cual está realizando un sacrificio.

Los rituales de sangre culminaron con el sacrificio humano, cuya práctica fue más común durante el periodo Postclásico, sobre todo aquella que hace referencia a la extracción del corazón. Como se verá cuando analicemos el Yucatán protohistórico, el *nacom* estuvo encargado de sacrificar víctimas humanas, que fueron pintadas convenientemente de azul, al igual que las fachadas de los templos ante los que se efectuó la ceremonia de sangre. Las fuentes indican que si el sacrificado fue un guerrero o personaje importante, se le descuartizó y fue ingerido por los nobles y determinados espectadores del ritual. Pero el sacrificio humano también se practicó durante el Clásico, según manifiesta la estela 11 de Piedras Negras o ciertas vasijas polícromas, o los grafitos de Tikal recientemente descubiertos en el Grupo G.

El ceremonialismo maya no puede quedar reducido a la práctica de rituales de sangre, sino que fue mucho más amplio e incluyó desde la simple ofrenda de comida hasta objetos valiosos, quema de incienso, principalmente *pom,* que es una resina procedente del árbol *copal (Protium copal),* pero también caucho y chicle.

También el ritual de las tierras bajas tuvo su vertiente lúdica, como sugieren los vasos pintados del periodo Clásico que ponen de manifiesto la ingestión de sustancias sicotrópicas y líquidos alucinógenos, cuya práctica debió estar bastante restringida a la aristocracia, las cuales fueron suministradas en algunos casos mediante la introducción de lavativas por vía rectal.

Al autosacrificio y sacrificio humano, los ritos de purificación y las ofrendas hay que añadir una práctica fundamental en las tierras bajas y en el altiplano: el juego de

pelota, que, aun con variantes formales en cuanto a su planta, reglas y número de participantes, adquirió fuertes connotaciones simbólicas. Éstas, como sugiere el *Popol Vuh* en uno de sus más interesantes pasajes, pueden resumirse en una representación cósmica del movimiento del universo y de los principales astros que lo integran.

Las prácticas adivinatorias permitieron a los sacerdotes contactar con los poderes sobrenaturales, y para llevarlas a cabo se necesitó la creación de ambientes muy especiales; en este sentido, la ingestión de tónicos, bebidas y alucinógenos resultó de gran valor para conseguir alteraciones que hicieron posible predecir acontecimientos futuros, comprender sucesos oscuros y establecer las causas del infortunio y de la adversidad. En las tierras altas de Guatemala, la ingestión de hongos alucinógenos fue elevada a objeto de culto, y aparecen dispersos por todo el altiplano unos instrumentos, denominados piedras-hongo, que pueden simbolizar dicho culto.

La fermentación de bebidas alcohólicas, extraídas a partir del maíz y del agave *(pulque)* o de la miel y de la corteza del árbol *balché,* y el uso de la planta silvestre del tabaco, más potente que las variedades domesticadas actuales, o los hongos alucinógenos, constituyó un aspecto fundamental del ceremonial.

Al margen de ello, hubo ceremonias de un marcado carácter especial, como aquellas que celebran el final de importantes periodos de tiempo marcados en el calendario; por ejemplo, la celebración del final de cada *katún,* que durante el Clásico tardío se tradujo en la construcción de los Complejos de Pirámides Gemelas en el centro del Petén, o la rueda de 13 *katunes* o también las ceremonias de Año Nuevo a divinidades específicas o a los portadores del año.

En definitiva, con un universo divino tan variado y complejo se hizo necesario un ceremonial diverso y especializado, capaz de responder a una amplia gama de posibilidades generadas por unas divinidades que actuaron sobre todos los niveles del comportamiento humano. En los asentamientos rurales y campesinos éste debió ser más sencillo y más ajustado a las necesidades básicas de unas comunidades orientadas y relacionadas con la naturaleza, por lo que hubo de generar ceremonias sencillas pero muy adecuadas a la subsistencia y al bienestar físico más que a soluciones estratégicas de tipo social y político.

r) La decadencia de los centros clásicos

A finales de la octava centuria los núcleos del sur de las tierras bajas estaban viviendo un momento de apogeo cultural sin precedentes, a partir del cual las ciudades alcanzaron unas proporciones inusitadas y fueron dirigidas por unos gobernantes más poderosos que todas las fórmulas políticas previamente establecidas. Simultáneamente, la tecnología, las artes y el desarrollo intelectual habían logrado obtener su nivel más complejo.

Sin embargo, a partir del 790 y hasta el 890 se inicia un desconocido proceso mediante el cual estos rasgos van a dejar de ser relevantes. Este proceso no se puede considerar en absoluto uniforme, siendo más profundo en el área central y en el sur que en el norte del Yucatán, donde es posterior; por el contrario, en la zona este, en Belice, algunos sitios nunca se vieron afectados en su totalidad por tal fenómeno. En cualquier caso, los rasgos que lo definen son los siguientes:

Después del año 909 cesa la actividad constructora de edificios complejos y la

inscripción de textos jeroglíficos en monumentos; al mismo tiempo, la población declina, abandonando los centros de manera dramática; este proceso está acompañado por la intrusión de poblaciones extranjeras en el área por el oeste; las rutas comerciales a larga distancia se ven interrumpidas, alterándose la estrategia comercial y el emplazamiento de los núcleos de comercio más relevantes; desde el 784 en que se produce el último monumento fechado en Palenque hasta el 909 en que se levanta el de Toniná, todas las regiones del sur de las tierras bajas mayas sufren un vertiginoso proceso de desintegración política, social y cultural; se deja de utilizar el calendario lunar que de modo tan uniforme se había admitido apenas un siglo antes y también se pierde el sistema de Series Iniciales, que es sustituido por el de Cuenta Corta; en definitiva, hay un rápido proceso de deterioro del conocimiento intelectual, artístico y artesano que acompaña al que afecta a las relaciones socioeconómicas, políticas y religiosas.

Una vez identificado el fenómeno, se hace necesario analizar las causas que lo desencadenaron, las cuales han ido sufriendo alteraciones en su formulación a medida que se ha ido profundizando en el conocimiento del mundo maya. La decadencia es tan dramática, causa tal impacto, que desde los inicios de la exploración científica del área llamó la atención de sus visitantes, siendo el propio Stephens quien planteó la cuestión e inició una etapa caracterizada por el concurso de los fenómenos naturales en su explicación. Así, tanto el exceso en el regimen de lluvias como un prolongado periodo de sequía fueron razonamientos esgrimidos desde un primer momento. También los movimientos sísmicos y el vulcanismo se vieron relacionados con la decadencia de los centros mayas en el siglo IX.

Tanta importancia llegaron a alcanzar tales teorías formuladas de manera monocausal, que geógrafos y geólogos se desplazaron a la región para analizar estos supuestos, llegando a la conclusión de que el clima no se ha alterado en profundidad desde hace dos mil años; por otro lado, los fenómenos telúricos, huracanes y grandes catástrofes pueden haber actuado sobre el área maya de modo muy limitado, en ningún caso con excesiva amplitud.

No obstante, hemos de admitir que el vulcanismo provocó la caída de Chalchuapa y el final del desarrollo cultural en el sureste de las tierras bajas a finales del periodo Formativo tardío; de la misma manera, la ruina del mayor palacio de Xunantunich en Belice puede deberse a un movimiento sísmico ocurrido en el pasado, y la falla del Motagua afecta de lleno a Quiriguá.

Otras posibilidades como epidemias (fiebre amarilla, malaria, mal de Chagas y otras), plagas de insectos, etc., fueron desechadas con rapidez debido a la dificultad que presenta su actuación sobre todo el territorio de las tierras bajas mayas.

Superior categoría adquirieron las teorías emparentadas con el deterioro del medio ambiente, formuladas sobre la base del exceso de explotación de un suelo con un potencial agrícola muy limitado, el cual se fue debilitando cada vez más debido al sistema de tala y quema que hace crecer la sabana y disminuye las posibilidades agrícolas. Tal degradación se vio complicada por un continuo aumento de población durante el final del periodo Clásico. Esta hipótesis confeccionada por Morley disfrutó de una amplia conformidad y ha prevalecido hasta la década de los 60, a pesar de que el descubrimiento de diversas técnicas intensivas de cultivo agrícola y de mecanismos correctores del incremento de población la hacían difícil de mantener. Es más, en el pasado la situación debió ser más agobiante en el norte y el centro del Yucatán, donde el proceso no se inicia sino dos centurias más tarde.

También gran aceptación han alcanzado los presupuestos divulgados por un discípulo suyo, J. Eric Thompson, quien supuso que la erosión de la autoridad y del prestigio de la élite respecto del segmento campesino fue el fulminante de la decadencia de los centros cívicos. Es lo que se ha denominado «revuelta campesina». A la vez, los dirigentes demandaban cada vez más productos exóticos y raros que les permitieran mantener su poder, finalizando con la revolución de los niveles más bajos de la sociedad. Existen pruebas de saqueos dispersos por todo el área maya; monumentos con los rostros de los gobernantes mutilados (aunque los tronos quebrados de Piedras Negras o las estelas rotas de Tikal indican que la mutilación fue una práctica ritual iniciada en el Clásico, la cual puede proceder de prácticas rituales similares realizadas en el área olmeca desde el Formativo medio), señales de fuego en algunos edificios, etc., pero de nuevo nos encontramos ante fenómenos parciales, que no afectan en su conjunto al sur de las tierras bajas.

La llegada de gente extranjera por la cuenca del Usumacinta y su posterior establecimiento en la cuenca del Pasión —en Ceibal y sitios de Chiapas—, desplazando a las élites locales y controlando las antiguas redes comerciales, pudo provocar la desestabilización de las dinastías que controlaban el área maya. El nuevo monopolio comercial ejercido por los pueblos putún hizo obsoletas las rutas que se concentraban en la zona central de las tierras bajas, ya que apostó por una estrategia marítima alrededor de la península del Yucatán, con lo que los centros clásicos quedaron aislados y desabastecidos, y acabaron por languidecer.

Recientemente, se ha sugerido que la obsesión maya por el concepto recurrente del tiempo y, por lo tanto, de la historia pudo provocar augurios desfavorables y el desánimo general de la sociedad, el cual, combinado con otro tipo de problemas económicos, sociales y políticos, acabó por provocar el hundimiento de los centros clásicos. Según esta teoría, algunos de los finales de la rueda de los 13 *katunes* (periodos de 256 años) estuvieron marcados por el fatalismo y la desgracia. Por ejemplo, la conquista de Tayasal en 1697 coincidió con un final de 13 *katunes;* también los primeros síntomas del hundimiento clásico coinciden con el comienzo de un nuevo *katún* en el año 760; el inicio del ciclo precedente se corresponde con el hiato del Clásico medio hacia el 534, y el anterior con el año 278, cercano a la erupción del volcán Ilopango y la caída de los centros del Formativo tardío en la región del sureste.

Los sacerdotes mayas, que conocían a la perfección la historia y pensaban que el comportamiento del tiempo era cíclico, propugnaron profecías y augurios lo suficientemente dramáticos como para desmoralizar a la población y desmotivarla para el mantenimiento del orden social, político y económico. Resulta obvio que esta hipótesis es muy difícil de comprobar, pero en cualquier caso abre nuevos caminos para la investigación y comprensión de este complejo suceso.

Por último, es interesante mencionar la teoría de la guerra civil como un factor que contribuyó a la desintegración sociopolítica: los intentos de ampliar los estados regionales pudieron originar dilatados periodos de carencia y dificultades que ayudaron en la decadencia de la mayoría de los centros. Sin embargo, muchos investigadores estiman aún que en el área maya se desarrollaron sólo guerras tribales, muy ritualizadas, y que, por consiguiente, no pudieron afectar de manera homogénea a un territorio estimado en varios miles de kilómetros cuadrados, como es el que engloba el sur de las tierras bajas mayas durante el Clásico tardío.

En definitiva, son múltiples las teorías que han intentado dar explicación a un complicado fenómeno que aún no ha sido suficientemente interpretado, pero que

desembocó en el vertiginoso y dramático final de dos siglos de esplendor en el que la sociedad maya había alcanzado unos niveles de desarrollo intelectual, político y económico hasta entonces insospechado.

A partir del siglo x comienzan a introducirse en el territorio una serie de transformaciones profundas que van a alterar nuestra visión del mundo clásico, iniciándose cambios radicales en los sistemas de vida de sus habitantes, y en todas las manifestaciones sociales, económicas, artísticas, religiosas y políticas de la sociedad, la cual será analizada con más detenimiento en los capítulos posteriores.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

CLÁSICO MESOAMERICANO

ADAMS, Richard E. W., *Prehistoric Mesoamerica,* Boston, Little, Brown and Co., 1977.

BERNAL, Ignacio, «Teotiuhacán ¿Capital de Imperio?, en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos,* vol. 20, págs. 111-146, México, 1966.

BLANTON, Richard, *Monte Alban: settlement patterns at the ancient zapotec capital,* Nueva York, Academic Press, 1978.

CASO, Alfonso, *El tesoro de Monte Albán,* Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia, vol. 3, México, 1969.

COE, Michael D., *México,* Londres, Thames and Hudson, 1984.

GARCÍA PAYÓN, José, *El Tajín, Guía Oficial,* Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1957.

JIMÉNEZ MORENO, Wigberto, «Los imperios prehispánicos de Mesoamérica», en *Revista de la Sociedad Mexicana de Antropología,* vol. 20, págs. 179-195, México, 1966.

MARQUINA, Ignacio, *Arquitectura Prehispánica,* Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia, vol. 1, México, 1951.

MILLER, Mary E., *The art of Mesoamerica,* Londres, Penguin, 1986.

MILLON, René, *Urbanization at Teotihuacan, México,* Austin, The University of Texas Press, 1973.

PIÑA CHAN, Román, *Mesoamérica,* Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1960.

— *Los pueblos y los señoríos teocráticos, 1.ª parte,* México, SEP/INAH, 1975.

WEAVER, Muriel Porter, *The aztecs, maya and their predecessors,* Nueva York, Academic Press, 1982.

ÁREA MAYA CLÁSICA

BENSON, Elizabeth P., *The maya world,* Nueva York, Apollo Editions, 1967.

COE, Michael D., *The maya,* Londres, Thames and Hudson, 1980.

CULBERT, Patrick T., *The lost civilization: the story of the classic maya,* Nueva York, Harper and Row, 1974.

HAMMOND, Norman, *Ancient maya civilization,* Nueva Jersey, Routledge University Press, 1982.

HENDERSON, John S., *The world of ancient maya,* Nueva York, Cornell University Press, 1981.

MORLEY, Sylvanus G., George BRAINERD, y Robert J. SHARER, *The Ancient maya,* Stanford, 4.ª Edition, Stanford University Press, 1983.

RIVERA, Miguel, *Los mayas, una sociedad oriental,* Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1982.
— *Los mayas de la antigüedad,* Madrid, Alhambra, 1985.
RUZ, Alberto, *Los mayas antiguos,* México, Sep/80, 1981.
THOMPSON, J. Eric, *Grandeza y decadencia de la civilización maya,* México, F. C. E., 1969.

ANDRÉS CIUDAD

2. El Clásico andino

Para el tratamiento que vamos a dar en este apartado del capítulo relativo al periodo Clásico y el correspondiente al periodo Postclásico (3.6.2.) vamos a utilizar como patrón de área el acuerdo obtenido en varias reuniones, que ha resumido Luis G. Lumbreras en su libro sobre la *Arqueología de la América Andina* (1981). Queremos decir que, en principio, vamos a considerar cuatro grandes subdivisiones del área: *a*) Área andina septentrional, comprendiendo desde el sur de Colombia hasta el norte del Perú; *b*) Área andina central, que integra la mayor parte del Perú salvo el norte de ese país y la región peruano-boliviana en torno al lago Titicaca; *c*) Área andina centro-sur, que comprende la región en torno al lago Titicaca; y *d)* Área andina meridional, que afecta por igual al noroeste argentino y al norte de Chile. Naturalmente, esas cuatro regiones han recibido un tratamiento diferente, por lo que en nuestra presentación daremos una mayor importancia a las regiones septentrional y central y secundariamente a las zonas centro-sur y meridional.

Si consideramos que el esquema evolutivo propuesto por Elman R. Service en su *Primitive Social Organization* (1962) con la secuencia cuatripartita de bandas-tribus-jefaturas-estados es, en mayor o menor medida, aceptado por la mayor parte de los autores que se ocupan del análisis evolucionista de las culturas, y tratamos de aplicarlo al área que nos interesa, en los periodos —Clásico y Postclásico— ya mencionados, podremos advertir que el conjunto de las unidades socioculturales principales de la región se hallaban en las etapas de jefaturas y estados, resultando difícil precisar cuáles de esas unidades se encontraban en uno u otro de esos horizontes. Sin embargo, tratando de hallar una fórmula que explique el conjunto de las culturas en el área andina podríamos decir que la mayor parte de las sociedades del área andina central ya habían alcanzado el nivel estatal en el periodo Clásico, mientras que las que se localizan en el área andina septentrional y meridional muy probablemente se hallaban en el nivel de las jefaturas; no obstante lo cual, es muy posible que muchas unidades socioculturales de la región central presentasen una gama de transición entre el nivel de las jefaturas, señoríos o cacicazgos y el de los verdaderos estados, nivel evolutivo que no alcanzó, sin duda alguna, sino en el periodo Postclásico.

2.1. *Área septentrional*

Como hemos dicho en párrafos anteriores, el área andina septentrional comprende la totalidad del territorio ecuatoriano, más la región sur de Colombia y el norte del Perú, comprendiendo, al menos, dos zonas bien diferenciadas: costa y sierra, pero incluyendo un gran número de culturas locales que cabría agrupar, como se hizo en el Simposio de Guayaquil de 1982, en cuatro subzonas que se denominarían: norte, oeste, este y sur.

El periodo Clásico al que nos vamos a referir ahora viene a equivaler a lo que Betty J. Meggers ha llamado *desarrollo regional,* que comprende desde 500 años a.C. hasta 500 d.C. (Meggers, 1966), cronología que posiblemente habrá que «modernizar», ya que algunas evidencias parecen aconsejarlo así, al menos, para fuera de la región del Guayas.

La mayor parte de las culturas que se definen en el área, y a las que nos referiremos después, parecen hallarse en el nivel de las jefaturas desde el punto de vista de la organización política, al menos ésa es la impresión que producen una serie de indicios ofrecidos por el registro arqueológico. Es bien sabido que los señoríos, cacicazgos o jefaturas representan la transición entre las sociedades igualitarias —bandas y tribus— y los estados propiamente dichos. La concentración del poder en manos del «jefe» puede haberse producido como consecuencia del desarrollo de los procedimientos mágicos para dominar las fuerzas de la naturaleza, o bien como consecuencia del incremento de poder militar por parte de un grupo, cuyo representante visible es el «jefe». De esa doble orientación en la consecución del poder se derivan dos de los tipos principales de *jefaturas:* las teocráticas y las militaristas; sin embargo, es fácil suponer que ambos componentes se presentan siempre juntos, aunque en proporciones diferentes. Es seguro, sin embargo, que en ambos casos un grupo de personas empieza a estar al servicio del jefe, y comienzan a considerarse como «clase» diferencial respecto del pueblo y del jefe mismo: éstos son los «nobles», los artesanos, los shamanes-sacerdotes, etc. En este tipo de sociedades es fundamental el papel redistribuidor del *jefe,* el cual se convierte desde ese punto de vista en almacenador y conservador de una cantidad creciente de excedentes que en parte provienen de la contribución voluntaria de los miembros de linajes emparentados con el del señor, y en parte de la rapiña de los primeros grupos militares que se crean bajo la tutela del cacique; es importante, sin embargo, considerar el papel de los «mercados» en relación con los santuarios y centros ceremoniales, en los que se intercambian los productos característicos de una región que es cada vez más extensa, en cuyos mercados-centros ceremoniales se alcanzan acuerdos «internacionales» respecto de una paz necesaria para tales intercambios comerciales, así como para la defensa de los principios de la exogamia.

Los pueblos y naciones del área andina septentrional en el periodo que estamos llamando Clásico, debían encontrarse en alguno de los múltiples subestadios de la etapa de las jefaturas, lo que queda probado por la riqueza de los productos suntuarios, la complejidad de los enterramientos, el patrón de asentamiento y otros detalles evidenciados en el registro arqueológico.

Si tenemos en cuenta las cuatro subzonas que hemos mencionado arriba para toda el área, en la que hemos llamado Norte y que comprende todo el sur de Colom-

bia y el sector de territorio ecuatoriano que se extiende al norte del curso de los ríos Esmeraldas y Guayllabamba, habría que mencionar la cultura *Tamaco-Tolita* y su prolongación más meridional, la cultura *Tiaone,* en la costa y la cultura *Negativo del Carchi,* en la sierra.

a) Tumaco-Tolita

La cultura *Tumaco-Tolita,* que comienza a conocerse de manera rigurosa desde hace pocos años, es, sin embargo, bien conocida por las numerosas colecciones de cerámica, especialmente de «figurillas» que se localizan en numerosos museos de Europa y América. Se desarrolla esta cultura en toda la costa de Colombia y Ecuador desde Tumaco hasta la ciudad de Esmeraldas, en yacimientos como La Tolita, San Lorenzo, Concepción, Playa de Oro, Río Verde, Muisne, etc., en los que suelen aparecer «tolas» o montículos de hasta 7 metros de elevación y 75 de diámetro en los que hay estratos culturales mostrando un abundante material de cerámica y piezas de metal a las que luego nos vamos a referir. Estos montículos son, en nuestra opinión, basureros en los que se ha acumulado una gran cantidad de *detritus,* incluyendo restos alimenticios —conchas principalmente— y otros de carácter cultural y en algún caso enterramientos. No hay ninguna estructura de piedra o adobes que pueda servir de base para una reconstrucción de su arquitectura, que indudablemente existió, pero que sería de materiales perecederos. Para poder idealizar cómo serían sus casas de habitación y las dedicadas a actividades de carácter ceremonial o religioso, tenemos una abundante serie de modelos realizados en tierra cocida, así como algunas descripciones en textos españoles de la primera época. La mayor parte de aquellos modelos reproducen casas con techumbre a dos vertientes, que en algún caso parecen reproducir tipos asiáticos al estilo de «pagodas» y que, en realidad, podrían ser, si nos atenemos a una antigua descripción española, tiendas cubiertas con telas bordadas, en la forma en que las hacían más al sur, en la región de Manta, en el momento de la conquista. Es probable, sin embargo, que las casas estuviesen construidas sobre plataformas elevadas sobre pilotes.

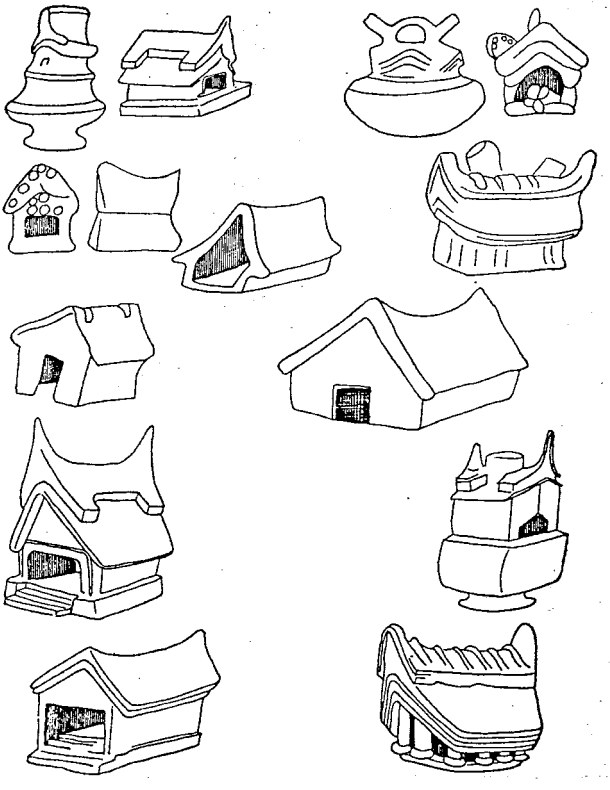
Lo más importante de los restos arqueológicos hallados en Esmeraldas corresponde a la cerámica, en la que observamos tanto influencias de Mesoamérica —especialmente las vasijas trípodes, en forma de florero o de copa y las *pintaderas,* muy abundantes— como del Perú, especialmente por lo que se refiere a las vasijas con doble pico y puente, y los vasos dobles. Son característicos de esta región los ya mencionados floreros con el cuerpo globular pequeño y alto cuello que se abre en una amplia boca de bordes evertidos; los vasos cilíndricos de base plana, los de doble pico y puente; los de dos cuerpos unidos por un tubo y un puente superior que va de boca a boca; las copas y los vasos trípodes con los pies de forma bulbosa o apuntada, generalmente con agujeros.

La decoración de esta cerámica puede ser *modelada,* representando temas antropo y zoomórficos; *incisa,* con temas geométricos, escaleriformes y curvilíneos que recuerdan el estilo de Veracruz Central, o *pintada* en negro o castaño sobre un fondo crema o rojo claro.

Las *pintaderas* o sellos de arcilla, tan típicos de la mayor parte de las culturas mesoamericanas, son de una gran variedad de formas —planas o cilíndricas— y de diseños, desarrollando figuras de carácter geométrico, como signos escaleriformes,

estrellas, meandros, cruces, círculos, etc., así como temas animalísticos y antropomorfos.

Lo más interesante, sin embargo, de los objetos de cerámica de Esmeraldas, es lo referente a las estatuillas o *figurillas* en tierra cocida. La mayor parte de estas «figurillas» representan mujeres, generalmente en reposo, de frente y con los brazos a lo largo del cuerpo y desnudas o con un faldellín cubriendo el sexo y destacando el vientre que sobresale por la presión de la cinta; a veces se encuentran representaciones de embarazadas, o en el acto del parto, dando de mamar a un niño o sosteniéndose los pechos con ambas manos, etc. Son muy interesantes las figurillas que se conocen bajo el nombre de «pensadores» en las que se representa una figura humana, posiblemente masculina, sentada y con un brazo sosteniéndose la cabeza; hay otras en actitud de «atlantes», figuras portando cabezas de sacrificio, con *alter-ego,* o las de gemelos. Son asimismo muy interesantes las de tema erótico: éstas se han tratado habitualmente como una placa en relieve en la que se representa a un hombre y a una mujer abrazados; en ocasiones, hay placas en las que se representa una pareja que lleva consigo un niño, o con un niño en brazos. Hay también otras figuras representando animales, tales como monos, murciélagos o lechuzas, jaguares, etc. El tratamiento de estas figuras es, generalmente, de tipo naturalista, destacando sobre todo por la exactitud de las actitudes, los rasgos de observación en las mismas y ciertos detalles del rostro, atuendo, etc. Hay algunas representaciones escultóricas en forma



Culturas Tolita y Jama-Coaque: tipos de viviendas o templos.

de «figurillas» que escapan a los grupos enumerados, ya que se trata, evidentemente, de representaciones de personajes míticos en los que se aprecian caracteres humanos, animalísticos y aun otros que corresponden a la más pura fantasía de su autor o a la definición del personaje mítico que representan. Entre éstos figuran algunas de las piezas más notables de La Tolita, como por ejemplo aquella cuyo rostro se representa en dos planos: boca torcida en forma de L con dobles colmillos, ojo humano con «toca» monjil en un lado y ojo circular del que surge una serpiente en el otro, y collar serpentiforme; o los numerosos incensarios representando animales draconianos de cuyas fauces surge una larga lengua, etc. De este conjunto de «figurillas», cuyo estudio más antiguo es un artículo, ya clásico, de Raúl d'Harcourt (1948), se han ocupado recientemente dos investigadoras: Corinna Raddatz (1975), de la Universidad de Bonn, y Emma Sánchez (1981), de la Universidad Complutense de Madrid.

Además de los materiales cerámicos citados, hay que mencionar otros, como son máscaras, fusayolas, silbatos, flautas y ocarinas, lo que completa el número muy abundante de aspectos artísticos de la sociedad del área Tumaco-Tolita.

En cuanto a la *metalurgia,* esta cultura destacó muy brillantemente en el conjunto de las culturas de Sudamérica, especialmente por sus trabajos en oro, plata o platino, arte este en el que consiguieron una perfección y minuciosidad pocas veces alcanzada. Las piezas de adorno en miniatura, trabajadas por el sistema de laminado y recorte, se cuentan entre las mejores de las halladas en el Ecuador. Como dicen Lavallée y Lumbreras (1985), «el suelo de la isla de La Tolita ha proporcionado centenares de objetos de cobre, oro y platino, cuya perfección no tiene nada que envidiar a las obras de los orfebres colombianos».

Sin duda, lo más notable de la metalurgia de La Tolita fue el uso que hicieron del platino, metal que, como es sabido, funde a 1.700 °C y, por lo tanto, no era posible usarlo separadamente; sin embargo, los «tolitenses» supieron utilizarlo amalgamado con el oro. Antonio de Ulloa, quien descubrió este metal en Esmeraldas, trasmitió a Europa su conocimiento y su uso desde el siglo XVIII.

Algunas de las piezas mejores del arte orfebre de La Tolita se conservan en el Museo del Banco Central, de Quito; entre ellas no podemos dejar de citar la famosa máscara representando al dios solar, que sirve de emblema al propio Museo y aun al Banco Central, y algunos adornos, *pedentifs,* figurillas y máscaras en que se combina el oro y el platino con piedras preciosas, como turquesas y otras.

Los habitantes de La Tolita realizaron en cobre hachas, a veces de gran peso, martillos, cinceles, planos o fusiformes, copas, cucharas, agujas, narigueras, orejeras, etc.

La Tolita ha debido ser durante la época a que nos referimos (aproximadamente de 500 a.C. a 500 d.C., si aplicamos la cronología de Betty Meggers, o desde 100/200 a.C. a 700 u 800 d.C., si hacemos la corrección propuesta por varios autores) un centro ceremonial muy importante en la región, santuario al que irían muchas gentes en peregrinación, y donde habría un ámbito de paz garantizado por gentes armadas de todas las «naciones» próximas, en el que se desarrollaría un intenso comercio tanto terrestre como marítimo. Las representaciones de *canoas* no son infrecuentes en la serie de figurillas de cerámica, y las fuentes españolas, aunque se refieren a una época posterior, hacen referencia a la presencia muy abundante de *balsas* de gran tamaño y movidas a la vela que hacían el comercio marítimo desde esa región hasta al menos el valle de Chincha, en el Perú. La prueba de la existencia de ese comercio entre La Tolita y las «naciones» de más al sur se ha comprobado al apare-

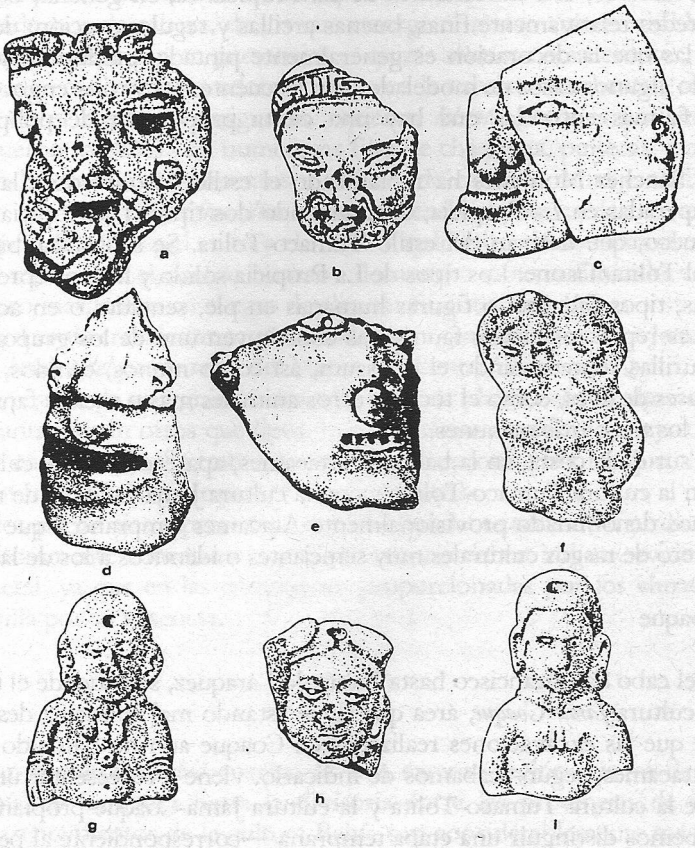
cer en Atacamés, Manta, Piura y, más al sur, piezas de cerámica o de metal típicas del arte de La Tolita.

Estos y otros detalles, como la estructura del asentamiento mismo, los enterramientos, la probable existencia de «camellones» agrícolas, etc., permiten interpretar a esta unidad sociopolítica como una verdadera jefatura.

b) Tiaone

La cultura *Tiaone*, que debe ser contemporánea de la fase Tolita, se extiende por la cuenca del río Tiaone y orillas del bajo Esmeraldas. La Misión Arqueológica Española excavó el sitio de La Propicia (1972), localizado junto a la desembocadura del Tiaone en el Esmeraldas y recogió información de superficie de otros varios yacimientos de la zona.

El cálculo de población realizado por Mercedes Guinea (1983) permite totalizar para los yacimientos de esa fase cultural una población de 1.500 a 3.000 habitantes, lo que representa una densidad de 8 a 17 habitantes por kilómetro cuadrado. Nada se puede decir de la organización y estructura de los poblados, pero sí se puede señalar la existencia de concentraciones semiurbanas en las proximidades de La Propicia y en la zona de Vuelta Larga.



Cultura Tiaone: máscaras y figurillas.

En lo que se refiere a la economía de subsistencia, podemos afirmar que en este periodo, además de las actividades de caza, pesca y recolección, se practicó de manera intensiva la agricultura. En este sentido, tenemos evidencias que se refieren al uso de una variedad de plantas, entre las cuales deben figuran la *yuca*, el *maíz*, y el *algodón*, si tenemos en cuenta la presencia de restos de *ralladores*, de *metates*, manos y machacadores y de *fusayolas o torteros*, así como las representaciones de vestidos en las abundantes «figurillas» encontradas en la zona.

Teniendo en cuenta la cantidad de artefactos, cuya función puede ser interpretada como agrícola, de caza o pesca y los restos óseos de animales y sus equivalentes en carne y calorías, se ha podido calcular la población del sitio de La Propicia, desde un mínimo de 15 ó 20 habitantes hasta un máximo de 60 ó 75 en el momento de mayor población.

Por otra parte, hay numerosas evidencias acerca de la pesca, no solamente por los restos de pescados hallados en la excavación, sino por el hecho de que, procedentes de La Tolita, hay algunas representaciones de las canoas monoxilas con las que pescarían en el mar y comerciarían con otros lugares de la costa y a lo largo del río Esmeraldas.

La mayor cantidad de evidencias se refiere a la industria cerámica, en cuyo material se fabricaron vasijas, figurillas, silbatos, máscaras, ralladores, fichas, chaquiras, pintaderas, torteros, etc. La cerámica de La Propicia es, en general, de buena calidad, de paredes relativamente finas, buenas arcillas y regular cocción; de formas variadas, en las que la decoración es generalmente pintada, predominando el rojo y presentando algunos casos de modelado; son frecuentes las vasijas engobadas, siendo varias las formas entre las que hay una cierta proporción de polípodos (Alcina, 1979).

Emma Sánchez Montañés ha replanteado el estilo Tiaone sobre la base de las piezas recuperadas en La Propicia, distinguiendo dos tipos: La Propicia sólido y La Propicia hueco, que derivan del estilo Tumaco-Tolita. Se señala también un estilo transicional Tolita-Tiaone. Los tipos de La Propicia sólido y hueco representan escenas eróticas, tipos felínicos o figuras humanas en pie, sentadas o en actitud de comer, etc. Las representaciones faunísticas constituyen uno de los grupos más abundantes: figurillas representando el opossum, así como monos, cánidos, y felinos, o diversas clases de aves, como el tucán y otros animales más o menos fantásticos, son algunos de los tipos más comunes.

Más al sur de la costa, en la bahía de Atacames, aparece una fase cultural, emparentada con la cultura Tumaco-Tolita, y con la cultura Jama-Coaque, de más al sur, a la que hemos denominado provisionalmente Atacames temprano y que presenta un cierto número de rasgos culturales muy semejantes o idénticos a los de la Propicia.

c) Jama-Coaque

Desde el cabo San Francisco hasta Bahía de Caraquez, se extiende el territorio de la llamada cultura *Jama-Coaque*, área que sigue estando mal conocida desde el punto de vista de que las excavaciones realizadas en Coaque aún no han sido publicadas, mientras Atacames, según acabamos de indicarlo, viene a representar un área intermedia entre la cultura Tumaco-Tolita y la cultura Jama-Coaque propiamente dicha. En ésta debemos distinguir una etapa temprana —correspondiente al periodo Clásico que ahora nos ocupa— y otra tardía, que corresponde al periodo de Integración.

La cerámica de esta fase puede definirse, en lo que se refiere a formas y decoración, del modo siguiente: son frecuentes las «compoteras», decoradas en ocasiones mediante pintura negativa; vasijas y maquetas en que se representan casas y templos, de un estilo muy parecido a los de la fase Bahía, en los que la característica más notable son las techumbres a doble vertiente, en forma de montura y con el frontispicio muy elevado, al estilo de las pagodas orientales. Tales casas o templos que, como hemos indicado más arriba, podrían representar techumbres cubiertas de tela, según cabe interpretar una descripción de un antiguo cronista español, se hallan instaladas sobre plataformas con rampas o escaleras de acceso. Son igualmente frecuentes los platos polípodos con pies cilíndricos, globulares o acintados; las vasijas globulares sin pies o con base apuntada; las vasijas con dos picos y puente que hace el papel de asa; las «compoteras» con pie muy elevado; las vasijas cilíndricas; los vasos dobles superpuestos, etc. Es frecuente la decoración grabada o incisa sobre fondo rojo pulido, aunque también se emplea la pintura en bandas, el punteado en zonas o el estampado dentado.

Otros objetos fabricados en cerámica y hallados frecuentemente en esta zona son los sellos o *pintaderas* planas y cilíndricas, de las que existe una amplia gama de motivos; las *pipas,* los *descansanucas,* los *torteros* o fusayolas, etc. Las *figurillas,* sin embargo, constituyen el capítulo más extenso y variado de todos los de la industria cerámica. Son particularmente interesantes las de tipo *Chone,* con sus elaborados vestidos y complicados adornos de cabeza, de los que emerge el rostro apenas visible, o aquellas otras en que se representan personajes —quizás *shamanes* o sacerdotes, quizás *caciques* o señores— con profusos adornos tanto en la cabeza —turbantes, sombreros, etc.— como en el rostro —narigueras, orejeras, *labrets,* botones y clavos, etc.— como en el cuerpo: collares con numerosas filas de chaquiras, pulseras, ajorcas, etc., y llevando en las manos instrumentos u objetos de carácter ritual y simbólico que denotan hasta qué punto estas *figurillas* están aludiendo al sistema de creencias y a los personajes especializados en el culto y el ritual. Finalmente, no son raras las figurillas en las que se representa el cuerpo humano desnudo o con un limitado vestido: un faldellín, o poco más, como en el caso de algunas figurillas femeninas.

Lavallée y Lumbreras destacan entre todas las figurillas de cultura Jama-Coaque, la llamada *El hombre del poncho verde* del Museo del Banco Central de Quito, cuya figura aparece «revestida de una gran túnica adornada de plumas según algunos arqueólogos o de plantas según otros que lleva sobre la cabeza un adorno muy complicado con plumas y conchas (?). ¿Se trata de jefes o de sacerdotes para los que el vestido y el aspecto suntuoso debía servir para imponer respeto?».

Aunque los personajes representados en la abundante serie de figurillas de la región van profusamente adornados, estos adornos no deben indicar, evidentemente, objetos de metal, ya que en las colecciones proporcionadas por los «huaqueros» la metalurgia brilla por su ausencia.

d) Bahía

Más al sur la cultura *Bahía* aparece en una extensa región que va desde el río Chone y Bahía de Caraquez hasta la divisoria entre las provincias de Manabi y Guayas. Los asentamientos de la cultura Bahía son considerablemente más extensos y complejos que los del periodo Formativo o los de otras culturas de este mismo pe-

riodo como la Tumaco-Tolita y Jama-Coaque. Hay que mencionar poblados como el de Los Esteros, cerca de la ciudad de Manta, con numerosos montículos, algunos de los cuales son plataformas superpuestas cuyos muros se hallan reforzados mediante el uso de piedras sin tallar y con rampas o escalinatas de acceso. Las más grandes de estas plataformas serían, según Emilio Estrada, para sostener grandes casas individuales. Algunas de las maquetas en cerámica halladas en esta región podrían representar templos, caracterizados por una especie de chimenea, destinada, al parecer, a dar salida al humo producido por el fuego ceremonial de su interior.

La cerámica Bahía se caracteriza por la aparición de nuevas formas, entre las que la más notable es la llamada *compotera,* o copa de base alta. En lo que se refiere a la decoración de la cerámica, hay que mencionar la pintura irisdiscente y la negativa que continúa una antigua tradición chorreriana, al tiempo que se introduce y generaliza la pintura postcocción.

Otros objetos fabricados igualmente en cerámica son unas curiosas «figurillas» en forma de colmillo y con perforación en la base del mismo, lo que implica su uso como colgante; los descansanucas, con o sin figuras adicionales, silbatos en forma de pájaros o mamíferos y *pintaderas* de forma plana y estilo intermedio entre el de Guangala al sur y el de Jama-Coaque al norte.

Las figurillas son, sin embargo, las más numerosas y variadas de todos estos objetos en cerámica, ya sean modeladas o moldeadas. El cementerio de Los Esteros ha proporcionado un gran número de grandes esculturas en cerámica de hasta 50 ó 60 centímetros de altura, sumamente adornadas, con infinidad de collares y adornos de cabeza, siempre con una brillante policromía postcocción. Junto a estas grandes figuras hay otras de menor tamaño, modeladas a mano, con una gran nariz prominente y grandes ojos hechos mediante pastillaje, tipo que difiere totalmente de los de Jama-Coaque y Tumaco-Tolita. Las «figurillas» hechas mediante molde proporcionan una terrible impresión de monotonía frente a la libre fantasía de los ceramistas de las regiones más septentrionales de la costa.

En la cultura Bahía es igualmente importante el trabajo metalúrgico, del oro, la plata y el cobre, mediante el uso de una variada tecnología: repujado, recortado, fundido, forjado y laminado. La industria lítica es igualmente abundante y variada, así como el trabajo de la concha, que es usada para la fabricación de adornos, anzuelos, punzones y ganchos de propulsor.

En conjunto, la cultura Bahía, al igual que las de más al norte en la costa ecuatoriana, parece representar una Jefatura o Señorío, desde el punto de vista de la organización política. El carácter religioso o «teocrático» de este Señorío se pone de manifiesto por la existencia de un importante santuario en la isla de La Plata, a donde acudían peregrinos desde al menos La Tolita, y donde, sin duda, se verificó un importante comercio con todo el litoral, utilizando probablemente las características balsas, como la famosa balsa de Salango, hallada por el piloto Bartolomé Ruiz, en el primer viaje de exploración realizado por los españoles en esas costas en 1526.

La impresión de un mayor desarrollo y cohesión de la cultura Bahía frente a las que hemos mencionado más arriba, puede ser debido, como apuntan Lavallée y Lumbreras (1985), al mejor conocimiento que tenemos de esta cultura. Por mi parte, diría que las diferencias entre esas unidades étnicas y políticas pueden ser de matiz, pero esencialmente se trata de culturas de nivel de desarrollo sociopolítico muy similar.

e) Guangala

Cubriendo la región que se extiende desde el sur de Manabi a la altura de la isla de La Plata hasta la península de Santa Elena, alcanzando por el oeste la cordillera de Chongón y Colonche, se halla la cultura *Guangala,* que cabe situar cronológicamente quizás entre el año 100 a.C. y el 500 d.C. y de la que solamente tenemos una buena descripción debida a Bushnell, quien excavó en Guangala y La Libertad, y el reexamen realizado recientemente por Henning Bischof. «Instalados sobre un territorio de clima semidesértico, los hombres de Guangala vivieron esencialmente de la pesca y de la agricultura» (Lavallée-Lumbreras).

En lo que se refiere a la cerámica, las bellas formas de la fase Chorrera evolucionan hacia otras más sencillas o de mayor consistencia; las técnicas decorativas incluyen la pintura iridiscente, la pintura negativa, la pintura con uno, dos o tres colores, el pastillaje, etc. Además de las vasijas se fabrican numerosos instrumentos musicales, tales como flautas, ocarinas, silbatos, etc. Las figurillas ofrecen una gran variedad; las hay de tipo sólido, traza muy esquemática y decoración incisa, al lado de otras huecas, a veces utilizadas como ocarinas con rostros muy abstractos, al mismo tiempo que otros tipos reciben influencias de culturas más septentrionales y son de corte mucho más realista.

De acuerdo con los estudios de Bischof, la transición de Chorrera, que él denomina Engoroy, a Guangala debe interpretarse como una evolución local muy lenta y progresiva en que mientras muchos rasgos Chorrera perduran durante algún tiempo otros nuevos Guangala van apareciendo y sustituyendo a los primeros.

Por contraste con lo anterior, es muy poco lo que se sabe del patrón de asentamiento de la cultura Guangala; «las pocas indicaciones que existen nos hablan de un patrón aldeano disperso, con poblados muy pequeños, casi de tipo estanciero, con viviendas hechas seguramente de materiales perecederos; este subdesarrollo en relación con Bahía puede quizá explicarse por las dificultades medioambientales para obtener excedentes de producción suficientes como para sostener un desarrollo urbano» (Lumbreras, 1983).

El sector más meridional de la costa ecuatoriana está denominado por el complejo sistema hidrográfico del Guayas, en el que la cuenca de los ríos Daule y Babahoyo viene a representar unos 30.000 kilómetros cuadrados y se une por su extremo septentrional con la cuenca del río Esmeraldas-Santiago que comprende la otra gran área hidrográfica de esa cuenca. Con independencia de las variaciones climáticas que afectan a la región, lo más llamativo de la misma es el hecho de que los innumerables ríos de la zona crean un medio sumamente encharcado que es preciso drenar si se pretende explotar agrícolamente. Los estudios de Parsons y Marcos han estado encaminados a estudiar rigurosamente el sistema de *camellones* utilizado en esta región para el cultivo de diversas plantas y en el que la labor de drenaje e irrigación desempeñan un papel alternativo y parecido. Estos sistemas parecen ser típicos de las organizaciones políticas de señoríos y cacicazgos, como ya lo hemos señalado en alguna ocasión anterior.

f) Guayaquil y Tejar-Daule

En la región costera de esta zona se ha identificado la fase o cultura *Guayaquil* (Parducci-Parducci), de la que sabemos que presentaba poblados bastante extendidos, en los que aparece una cemámica que evoluciona del periodo Chorrera, pudiendo equipararse con la fase antigua de la cultura Bahía. Entre las formas cerámicas más típicas se dan los polípodos y las llamadas «compoteras», predominando en la decoración el tipo «blanco sobre rojo», el pastillaje, la incisión e incluso la pintura iridiscente.

En la misma región hidrográfica, pero en la zona del interior, se localiza la llamada cultura *Tejar-Daule.* Aunque es poco lo que se sabe del patrón de asentamiento de esta cultura, parece que no sobrepasó el nivel aldeano, lo que está en contradicción, aparentemente, con la construcción de *camellones* para el trabajo agrícola, y con la organización política que se supone del tipo de los cacicazgos. Desde el punto de vista de la cerámica, hay que señalar formas entre las que predominan los *polípodos* y las *compoteras,* mientras en la decoración prepondera la de tipo «blanco sobre rojo», la pintura negativa y la de incisiones. Son igualmente frecuentes las pintaderas planas y cilíndricas, según es característico entre la mayor parte de las culturas de este periodo en la costa ecuatoriana.

g) Jambelí

La cultura *Jambelí,* que sucede a la fase Guayaquil en la zona sur de la provincia del Guayas, se extiende a la isla de la Puná y la inmediata costa de la provincia del Oro, llegando hasta territorio de Tumbez, si bien en ese sector más meridional cabría identificar el estilo como Jambelí/Garbanzal. De acuerdo con los análisis de Estrada, Meggers y Evans para territorio ecuatoriano, así como los de Izumi y Terada para el de Tumbez, parece que los asentamientos de esta cultura se desarrollaron en una región costera, bordeando una costa de manglares y con una economía básicamente marítima.

La decoración más frecuente de la cerámica Jambelí es la pintada en «blanco sobre rojo», la pintura negativa, y las incisiones y aplicaciones. Entre sus formas más frecuentes se cuentan los platos, cuencos hondos, tazones, ollas, compoteras y diversos tipos de polípodos. Por lo que se refiere a las *figurillas,* difieren fundamentalmente de todos los demás estilos costeros y suelen ser huecas de unos diez centímetros de altura, con cabeza rectangular más ancha que alta, ojos incisos, nariz prominente, cuerpo cilíndrico y manos y pies indicados por leves incisiones.

Los asentamientos corresponden a montículos de conchas, de unos 10 a 30 metros de diámetro y unos 20 a 40 centímetros de espesor. En el caso de los asentamientos de Tumbez, éstos se sitúan valle adentro, aunque la subsistencia sigue siendo marina. Los autores ecuatorianos, norteamericanos y japoneses están de acuerdo en considerar que la cultura Jambelí no parece alcanzar el nivel de desarrollo sociocultural de otras culturas de la costa de más al norte, y en muchos aspectos continuó manifestándose como una cultura formativa.

b) Negativo del Carchi

La brillantez y variedad de las culturas de la costa en el área andina septentrional, durante el periodo Clásico, no tiene su parangón en la sierra, o mejor dicho, éstas han sido menos estudiadas hasta el presente que lo han sido aquéllas. Por otra parte, la falta de coordinación entre los investigadores y su excesivo individualismo han hecho proliferar las denominaciones de supuestas culturas diferentes. Debido a ello, es muy poco lo que se puede decir con seguridad en la actualidad sobre las culturas del periodo de Desarollo regional en la sierra ecuatoriana.

En la zona más septentrional, los nombres de culturas o fases culturales como *Tuza, Piartal, Capuli, Negativo del Carchi* y *el Ángel* se hallan en plena confusión. En esta situación Holm y Crespo (1980) opinan que, dado que Negativo del Carchi «corresponde a la cerámica que solamente exhibe el negativo sobre el engobe del fondo [...] debe mantenerse hasta que futuras investigaciones, a base de cronología absoluta, relativa o estratigráfica, aclaren satisfactoriamente la confusión reinante».

Los estudios más recientes, que se deben a la norteamericana Alice E. Francisco y a la colombiana María Victoria Uribe, no ofrecen más que una fecha radiocarbónica: 870 ± 115 d.C. Aunque la mayor parte de los autores consideran que *Negativo del Carchi* debe ser coetáneo de Mataje.

La región del altiplano al que nos estamos refiriendo y que corresponde al sur de Colombia y el norte del Ecuador, de un promedio de 3.000 metros de altitud sobre el nivel del mar, con pluviosidad intensa que provoca una vegetación de bosque frío que en ocasiones se convierte en páramo erosionado, con tendencia a la creación de pantanos que es preciso drenar mediante «camellones».

La economía de subsistencia de los pueblos de la región en el periodo Clásico es de tipo agrícola, con apoyo en la caza. Aunque no conocemos con precisión el patrón de asentamiento de la época, se infiere del tipo de habitación posterior que también en esta época serían frecuentes los *bohíos* de planta circular, estando localizadas las aldeas en las colinas para evitar las zonas anegadas.

Uno de los aspectos más llamativos de la cultura Negativo del Carchi son sus enterramientos. Las tumbas presentan la forma de pozos profundos con cámara simple o múltiple. Este tipo, que se relaciona con Colima en Mesoamérica, puede alcanzar los cuarenta metros de profundidad en Nariño y en torno a los veinte metros en el Carchi. Como dice Lumbreras: «se trata de pozos cilíndricos profundos y tienen en la parte inferior algo como alacenas o cámaras laterales donde se acondicionaban los cadáveres y las ofrendas fúnebres con el cadáver dispuesto horizontalmente. Algunas tumbas presentan pasadizos que unen entre sí dos o más tumbas».

Del número de cadáveres en una tumba, de las ofrendas de oro o de otros materiales o la ausencia de ofrenda, e incluso de la profundidad relativa de la tumba, se deduce la existencia de diferencias de carácter social que implica una organización social y política equivalente a la de los señoríos o jefaturas.

Dentro de esta cultura y con independencia de la pintura negativa, son características las figuras o figurillas cerámicas, entre cuyos tipos más frecuentes se encuentra la representación de un hombre sentado en un banquillo, en actitud hierática y con el característico bolo de coca en la mejilla. Otras piezas representan mujeres sentadas, masticando coca o amamantando a un niño, etc.

Según el resumen que proporciona María Victoria Uribe, la fase Capuli 1-2 «tiene unas copas de base tronco-cónica alta, un cuenco con base anular, una copa cuadrada con esquinas dentadas, pequeñas ollas globulares —con o sin asa— con presiones de cuerdas en el borde y el cuerpo y, finalmente, ollas de base cuadrada y también de silueta compuesta. En el Capuli medio, las bases de las copas se hicieron más anchas y menos altas y comienzan a aparecer unas ollas lenticulares que serán muy populares en la época tardía, en donde, además, aparecerán ollas en forma de calabaza, copas de base calada y cántaros con modelado antropomorfo así como ollas con soporte tripoidal» (Lumbreras).

i) Panzaleo-Cosanga

Desde la región del río Chota en el norte hasta la cuenca del Guayllabamba y la zona de Quito en el sur, y por el este hasta la cuenca alta del río Quijos en los orígenes del Napo, se localiza un área a la que empieza a denominarse *Panzaleo-Cosanga,* uniendo así la cultura definida por Jijón y Caamaño con los nuevos hallazgos de Pedro J. Porras.

El patrón de asentamiento de esta cultura parece ser de tipo aldeano con quince o veinte casas alrededor de una especie de plaza, coronada por una plataforma mayor sobre la que se debió levantar la casa comunal o ceremonial. «Las casas probablemente eran de caña y techo de paja, pero construidas sobre plataformas rectangulares con muro de contención, trabajados con grandes piedras lajas, a veces cuidadosamente canteadas, colocadas de plano una sobre otra sin mortero. Entre casa y casa corre la mayor parte de las veces un camino, también de losas» (Lumbreras).

No está clara todavía la separación que pueda establecerse entre Negativo del Carchi o Capuli y Cosanga, ya que, sobre todo en la sierra, las características de Nariño y Carchi se prolongan muy hacia el sur. «La cerámica tiene un fuerte dominio de las llamadas compoteras, con pedestal alto o bajo y cántaros oblongos o globulares con gollete angosto; existe la técnica negativa en la decoración, aunque poco frecuente en la zona oriental de Cosanga y más popular en la sierra; se usa con frecuencia el reborde punteado, el estampado circular, las aplicaciones sobrepuestas y pintura roja en bandas o blanco sobre ante, rojo sobre blanco, y negro sobre ante. La decoración se hace generalmente en el interior de las vasijas abiertas y los colores son fijados al fuego» (Lumbreras, 1983).

j) Tuncahuan

Al sur de la región a la que hemos atribuido la cultura Panzaleo-Cosanga, y en concreto en la cuenca de Riobamba, en torno al río Chambo se localiza la cultura *Tuncahuan* a la que se le atribuye también el valor de un estilo. Es este estilo Tuncahuan el que cubre no sólo la totalidad del territorio septentrional de la sierra ecuatoriana, sino que se desborda en el territorio meridional de Colombia. «Muy características de este estilo son las *compoteras,* copas de base anular troncocónico con decoración interna tricroma y las grandes jarras alargadas de fondo puntiagudo. El interior de las copas lleva una decoración negra pintada en negativo, realzada con rojo y blanco; se trata tanto de motivos geométricos simples y repetidos simétricamente,

tanto de figuras animales esquemáticas, imbricadas en composiciones de un admirable equilibrio. Las grandes jarras, en que el óvalo muy alargado y el fondo apuntado recuerdan la forma de un ánfora, llevan generalmente sobre el cuello la representación en relieve de un rostro humano muy estilizado, encuadrado por un peinado en rígidas bandas» (Lavallée-Lumbreras).

k) Cerro Narrio

En la sierra meridional, por último, hay que señalar la cultura *Cerro Narrio* (Collier-Murra), nombre que deriva del sitio epónimo, cerca de Cañar y cuya cerámica se caracteriza por la introducción de formas nuevas tales como compoteras, ollas trípodes, copones, cantimploras, floreros, botellas de dos cuerpos así como asientos o taburetes de cerámica, etc. «El acabado decorativo de rojo sobre leonado (un amarillo oscuro) y la pintura iridiscente entran paulatinamente en desuso, porque correspondían a Chorrera en su manifestación local (Chaullabamba) y ahora empiezan a surgir las modalidades de blanco sobre rojo (pintura positiva de color blanco sobre un fondo rojo engobado), al paso que es casi simultánea la aparición de pintura negativa» (Holm-Crespo).

A pesar de que la antigua investigación de Collier y Murra sobre Cerro Narrio ha sido reinterpretada por Lanning en 1963 y por Braun en 1971, todavía queda relativamente confusa la etapa de Desarrollo Regional en la región sur de la sierra ecuatoriana, sin que se hayan podido integrar hasta el momento los hallazgos de Bennett en Monjashuayco ni los de la Misión inglesa en esa zona, de los años 1973 y 1974 o el significado de la cerámica Cashaloma aparecida en Ingapirca en fechas muy tempranas.

Para terminar el tratamiento que estamos haciendo del área andina septentrional en el periodo Clásico, debemos mencionar dos culturas o fases culturales que corresponden a territorio costero y serrano del Perú septentrional: Sechura y Vicús.

l) Sechura

La fase cultural de *Sechura* que fue definida por Edward Lanning comprende la región de Chira y Piura, llegando por el norte hasta Talara. La región empieza a presentar las características típicas de toda la costa peruana: intensa sequedad que llega al extremo de un clima desértico, interrumpido por núcleos del tipo oasis. «Richardson y Heaps encuentran que aún dentro de 15-20 kilómetros de la costa de los montículos de ocupación no tienen muchos restos de conchas, en cambio aparece evidencia de uso de maíz, cuando los sitios se encuentran en la cabecera de cañones o sobre terrazas; en cambio, los sitios situados en el valle o en el borde del tablazo de Talara sostienen muchos restos de moluscos y animales marinos en general» (Lumbreras).

La cultura Sechura, que ha quedado cronológicamente entre el 500 a.C. y el 140 d.C., representa, según Lanning, una larga secuencia en la que se aprecian cambios importantes en lo referente a pasta y formas, siendo constante o casi constante la decoración. Ésta consiste principalmente en pintura «blanco sobre rojo», pintura negativa bicolor y tricolor, y también en *appliqué*.

Según el mismo Lanning, así como en las primeras etapas de esa secuencia puede haber una mayor relación con la costa sur del Ecuador, en las últimas dos fases se aprecia una creciente relación y dependencia de los estilos Moche.

m) Vicús

La cultura *Vicús* se desarrolla en la parte alta del río Piura, paralelamente al momento del desarrollo de la fase Sechura. Se trata de un territorio semiárido que en la época de lluvias llega a parecer una pradera, mientras en la temporada seca es propiamente un desierto y que se extiende por las provincias serranas de Piura: Morropón, Ayabaca y Huancabamba.

Esta cultura se conoció principalmente como un estilo derivado de las numerosas piezas conservadas en colecciones a partir del trabajo de la «huaquería» de la región. Por esa razón, los estudios de Ramiro Matos y Rafael Larco Hoyle se refieren más a aspectos estilísticos que a otros temas, probablemente de mayor interés desde el punto de vista sociocultural. En este sentido, las referencias de Matos acerca del patrón de asentamiento en Callingará 2 deben tomarse, según tumbreras, con cierta precaución, ya que se carece de estudios suficientemente rigurosos.

Lo más importante de los asentamientos de cultura Vicús es lo relativo a los enterramientos. Éstos corresponden al modelo de tumbas de chimenea profunda con cámara o cámaras en el fondo, muy parecidas a las de la región del sur de Colombia y norte del Ecuador. En el sitio tipo de Vicús se señalan hasta siete terraplenes de entre 0,50 y 3 metros de altura que han sido construidos, según Matos, con tierra transportada. En la cima de esta especie de «tolas» podría haber habido viviendas, pero no es posible afirmarlo con seguridad, dado el grado de destrucción de estos montículos debido a la acción de los huaqueros.

«La cerámica de Vicús ha sido clasificada con intenciones cronológicas, pero sin un resultado feliz debido a la ausencia de asociaciones. Existen los "indicadores" del periodo: decoración negativa, pintura blanco sobre rojo, compoteras y polípodos, pero evidentemente se trata de varias épocas; una de ellas, al parecer, muy emparentada con Jambelí-Garbanzal, y otras con la sierra sur ecuatoriana» (Lumbreras, 1983).

Desde el punto de vista de las relaciones, en Vicús se advierte algo parecido a lo que ocurría en la fase Sechura: en este caso la relación con Moche es muy intensa y profunda y no se debe exclusivamente a las relaciones comerciales, lógicas entre dos territorios vecinos. Muy probablemente el estilo Moche-Vicús, que es diferente del Moche costero, ha nacido en el alto Piura, y tiene una personalidad propia y distinta. Otro tanto podríamos decir de los elementos estilísticos Cupisnique que se advierten en la cerámica Vicús.

De la cultura Vicús hay que destacar el alto desarrollo de su metalurgia del cobre, del oro y de la plata. Se sabe con seguridad que hubo una relación muy estrecha y directa con el área Tumaco-Tolita, ya que en la zona de Frías se encontró una figurilla de oro con ojos de platino que procede indudablemente de La Tolita. Por otra parte, se sabe que las mejores obras de metal de estilo Mochica proceden de esta zona y aun tenemos una fecha radiocarbónica —200-390 d.C.— que prueba esta relación en el periodo Mochica medio.

2.2. *Área central*

Es difícil, según hemos apuntado más arriba, definir un nivel de desarrollo político a partir de evidencias arqueológicas, mucho más cuando éstas no han sido recogidas de acuerdo a planteamientos teóricos que tuvieran como objetivo hallar tal definición. Por eso, resulta muy arriesgado marcar el límite entre las organizaciones que designamos como jefaturas o señoríos y los estados propiamente dichos; sin embargo, ese límite, esa frontera sabemos que se traspasó en muchas ocasiones en la etapa o periodo Clásico, en el área andina central.

Es evidente que, en el plano económico, la construcción de estructuras de ingeniería complejas como son canales, pantanos, terracerías, etc., que implican manejo de mano de obra cuantiosa, organización administrativa y especialización, está implicando una organización de carácter estatal, con una extensa y compleja burocracia, un poder político y administrativo extenso, y otras características que son típicas de estas organizaciones. Es igualmente importante la aparición de fuerzas militares, defensas y un armamento cada vez más sofisticado que pone de manifiesto que el *poder* real de cierta minoría se ejerce con todas sus consecuencias, inclusive en el sentido de una creciente presión sobre las jefaturas vecinas que van incorporándose una tras otra, de manera voluntaria o involuntaria.

En el caso de los Andes Centrales, la existencia de una «organización» anterior como Chavín, viene a añadir verosimilitud al nivel *estatal* con el que estamos queriendo definir a las organizaciones de esa región, pese a que, en muchos casos, tales organismos no sean muy extensos, no ofrezcan características expansionistas evidentes y aún no respondan a algunas características importantes de los estados, como es el aspecto *urbanístico.*

Es evidente que muchos de esos organismos regionales no alcanzaron el nivel de concentración urbana que, al parecer, va unida a la organización estatal. En cualquier caso, los centros ceremoniales fueron muy importantes desde el punto de vista arquitectónico, como para requerir la concentración de mano de obra para su construcción, aunque no hay evidencias de sus estructuras habitacionales.

Parece evidente también que la mayor parte o todos los organismos en cuestión son de carácter *teocrático,* aunque no falte, según hemos dicho arriba, el mínimo aparato militar, necesario para ejercer ese poder. En relación con este tema, es preciso recordar la necesaria «coerción» que se requiere para definir con rigor un *estado,* pero es igualmente necesario recordar nuestra propia incapacidad para distinguir los matices de tal «coerción» en los estados llamados «teocráticos».

La subárea que conocemos como Andes Centrales comprende la mayor parte del territorio de la actual república del Perú, y en ella lo más destacable, desde el punto de vista ecológico-cultural, es el desarrollo de un paisaje desértico en la costa, en el que los oasis constituyen los núcleos de asentamiento principales y los hogares de culturas diferentes que van agrupándose en algunos casos en unidades políticas mayores. La sierra, que, en términos generales, es peor conocida que la costa, también tiende a la configuración de unidades pequeñas de carácter estilístico y cultural y a veces de carácter político también.

a) Mochica

Durante los siete primeros siglos del primer milenio después de Cristo, la costa septentrional del Perú estuvo habitada por el pueblo Mochica, el que creó una alta civilización y un arte exquisito que destaca considerablemente del conjunto de las artes de esta región.

Siendo el corazón de la civilización Mochica los valles de Chicama y Trujillo, su cultura se expandió por la costa desde el valle de Lambayeque hasta la cuenca del río Nepeña, a lo largo de más de trescientos kilómetros. La civilización mochica se basó en un sistema agrícola con irrigación, gracias a un amplio desarrollo de las obras hidráulicas que les permitió ampliar el territorio agrícola hasta un 40 por 100 más de lo que actualmente cubre, lo que propició un aumento de población que probablemente triplicaba en volumen a la actual.

Conocida primero con el nombre de *Proto-Chimú* que le dio Max Uhle, o de *Mucjik* que le proporcionó Julio C. Tello, actualmente se la conoce con el nombre de *cultura Mochica* o cultura Moche, tomando como referencia el nombre de uno de los valles que se incluyen en el área antes indicada. Los materiales descubiertos por Max Uhle y depositados después en la Universidad de California fueron estudiados por Alfred L. Kroeber y sus discípulos. Posteriormente, la persona que más profundamente ha conocido la arqueología de la región ha sido Rafael Larco Hoyle, fundador del Museo de la Hacienda Chiclín, posteriormente trasladado a Lima, muchas de cuyas subdivisiones han sido confirmadas por las investigaciones posteriores. Entre los numerosos estudiosos de la cultura mochica no podemos dejar de mencionar a Ubbelohde Doering, Kutscher, Horkheimer, Strong, Evans, Donnan, etc.

Desde los estudios de Larco Hoyle, se conoce una secuencia dividida en cinco fases, aunque según diversos autores la cronología de cada una de esas fases es diferente. Así esta cronología es relativamente distinta para Rowe y Sawyer:

	Rowe	Sawyer
Moche I	0-150 d.C	250-50 a.C.
Moche II	150-250	50-0
Moche III	250-400	0-200 d.C.
Moche IV	400-500	200-500
Moche V	550-650	500-700

El caso de la cultura Mochica es uno de los más típicos en relación con la constitución de los estados teocráticos, según apuntábamos más arriba. Es evidente que la producción agrícola alcanzó un nivel como nunca anteriormente, gracias especialmente a las grandes construcciones de ingeniería hidráulica que ampliaron enormemente el territorio cultivado. Entre tales construcciones «se menciona el reservorio de San José, con capacidad de varios cientos de miles de metros cúbicos, con una de las obras de la hidráulica de Moche y la famosa acequía de la Cumbre, que tiene un recorrido de más de 110 kilómetros. El acueducto de Ascope, en Chicama, construido con una sólida sustentación de adobe y que tiene más de un kilómetro de largo,

es también adjudicado a este tiempo» (Lumbreras, 1983). Si a esas obras hidráulicas añadimos el uso de fertilizantes, especialmente el guano, los trabajos de ordenación de la tierra, tanto de drenaje como de irrigación, etc., se comprenderá que la producción agraria alcanzase un nivel muy alto.

A ello había que añadir la pesca en la que eran maestros, utilizando embarcaciones de gran capacidad, como las balsas de juncos; la recolección de moluscos, la caza y la recolección de productos vegetales. Además, tenían algunos animales domésticos, en especial un pato que es muy representado en la cerámica, el cuy y la llama.

La arquitectura mochica tiene una gran importancia, tanto en el aspecto religioso y funerario como en el civil. Acerca de las casas de habitación, aunque sabemos que se han encontrado algunos restos en el terreno, la más abundante y rica información procede de las reproducciones en la cerámica. Suelen ser de una sola cámara, con techos inclinados a una o dos vertientes y con abundantes huecos de ventilación, de igual modo que en la cultura Gallinazo. Los muros se construían generalmente con adobes de formas y tamaños diversos, dejando huecos para las puertas y muy raras veces para ventanas.

Lo más sobresaliente de la arquitectura mochica son los centros ceremoniales con las grandes construcciones de carácter piramidal, entre las cuales las huacas del Sol y de la Luna en el valle de Moche son las de mayor tamaño. La *Huaca del Sol* es una pirámide que ha podido alcanzar la enorme altura de 50 metros. Construida enteramente con adobes, se calcula que se emplearían hasta cincuenta millones de estos pequeñas piezas en forma de paralelepípedos. La pirámide mide en su base 228 metros de longitud por 136 metros de anchura y se compone de cinco grandes terrazas a cuya cima se asciende mediante una rampa de 90 metros de longitud y 6 metros de anchura. Sobre esas cinco terrazas, en su parte meridional, se eleva una pirámide escalonada con otras cinco plataformas.

Guerrero mochica con un prisionero.

A unos 500 metros de esta pirámide se halla la llamada *Huaca de la Luna,* en cuya construcción se ha utilizado el mismo sistema de grandes muros de adobes que se van adosando unos sobre otros. De tamaño notablemente menor que la huaca del Sol, mide en su base 80 por 60 metros y su altura máxima es de 21 metros. «Uno de los lados es casi llano, a manera de una sola plataforma, mientras que los otros tres lados están bordeados por seis terrazas escalonadas» (Lumbreras). En la huaca de la Luna se han descubierto numerosas habitaciones, en algunas de las cuales se han localizado fragmentos más o menos amplios de pinturas murales, una de las cuales, conocida como «La Rebelión de los Artefactos», ha sido realizada utilizando diseños parecidos a los de la cerámica, con varios colores para su composición.

El centro ceremonial de *Pañamarca,* en el valle de Nepeña, es un conjunto muy complejo de plataformas, que mide en la base 200 por 150 metros y que culmina en una pirámide escalonada con seis plataformas y 40 metros de lado en su base. En ese lugar se han encontrado algunos de los más bellos murales del área mochica.

Recientes excavaciones llevadas a cabo por un equipo dirigido por Izumi Shimada, en Batán Grande, ha puesto de manifiesto no sólo una de las secuencias culturales más largas de la región, sino lo que resulta más sorprendente, uno de los rituales más complejos que se conocen para toda el área: el sacrificio de un templo, lo que incluía su destrucción y recubrimiento posterior con arena transportada especialmente al lugar.

«Otras construcciones impresionantes, a la vez que centros ceremoniales y administrativos, generalmente rodeados de habitaciones, se elevan en los valles vecinos de Virú, Chicama, Nepeña. Algunos de esos edificios, si no todos, estaban originalmente decorados con bajorrelieves o frescos polícromos. Muy pocos de ellos subsisten en la actualidad, ya que el clima, relativamente húmedo en comparación con las zonas costeras más meridionales, los ha deteriorado irremediablemente» (Lavallée y Lumbreras, 1985).

Además de los centros ceremoniales ya citados, habría que mencionar los de Huaca Cortada, Huaca Blanca, Huaca Cartario, Mocollope y los de Miraflores, Chorrillos y Tombuinga, etc. Frente a los templos piramidales se abren grandes plazas y terrazas, ordenadas también según un sistema escalonado.

Debemos mencionar, finalmente, en orden a la arquitectura de este periodo, las abundantes construcciones militares, de las que tenemos muestras tanto en la cerámica —casas, cuarteles—, como en las ruinas de los diversos valles de la región que estudiamos. Se sitúan estas fortalezas, generalmente, en las crestas de las montañas que dominan los fértiles valles habitados por las comunidades de agricultores que edificaron los templos y habitaciones antes mencionados y son una demostración palpable del estado de guerra que debió de reinar entre los distintos valles de la región en aquella época. Los muros de estas fortalezas fueron de grandes dimensiones, tanto en altura como en espesor, presentando frentes en gran declive y escaleras y pasadizos estrechos y de difícil acceso.

Ya hemos indicado cuánta importancia tiene dentro de la cultura Mochica, y en general dentro de las culturas precolombinas del área andina, la cerámica producida por esta civilización. En especial es importante esta cerámica por cuanto su decoración pictórica y escultórica ilustra con precisión la vida social y la religión de aquellas gentes, tal como lo ha estudiado especialmente Gerd Kutcher. La abundancia de los materiales cerámicos ha permitido a Larco Hoyle dividir el conjunto de los mismos, como hemos dicho, en cinco fases.

La cerámica del periodo *Mochica I* presenta ya una multitud de rasgos que perdurarán a lo largo de su evolución modificándose o perfeccionándose, pero siendo esencialmente los mismos siempre. Las vasijas de este periodo son sensiblemente más pequeñas que en los subsiguientes, presentando una altura aproximadamente igual a su anchura. Por lo que respecta a las formas, aparecen ya los famosos vasos-retratos, los antropomorfos de cuerpo entero y los de tema fito y zoomórfico. Además, son abundantes los vasos con asa-estribo sencillos, los de pico y puente de influencia Gallinazo, los botelliformes de cuello corto, las ollas, etc. Además de la decoración moldeada de carácter escultórico, estas vasijas están cubiertas de pinturas, generalmente de carácter geométrico en las que se juega con el rojo, el crema, el ocre, el anaranjado y el negro, en diversas combinaciones. Los trazos, en general, son gruesos y cubren casi toda la superficie del vaso.

Con el periodo *Mochica II* se observa un perfeccionamiento notable, no solamente en la confección de la pasta, sino en la cocción y, en general, en la confección toda. Las formas se hacen más alargadas y esbeltas en comparación con el periodo anterior. Siguen fabricándose los vasos-retrato, así como los antropo y zoomorfos y los globulares con asa-estribo. Aunque, en general, las formas sufren pocas modificaciones, la decoración escultórica se perfecciona notablemente, y la pintada, que sigue siendo por lo general de carácter geométrico, se hace más fina y deja paso a algunos temas de carácter zoomórfico, como son ciertas representaciones de serpientes e iguanas. En cuanto a los colores empleados para la decoración pintada, se observa un marcado predominio del crema y rojo, aunque no faltan el negro, marrón, anaranjado, etc.

La fase *Mochica III* es, sin duda, el periodo inicial del florecimiento de la cerámica mochica. Los vasos-retrato, en que se representan una y otra vez cabezas humanas distintas, son de un realismo y una belleza clásica inigualables; las vasijas zoomórficas, igualmente, son de un naturalismo excepcional; abundan los vasos filomórficos y son también muy abundantes los globulares o troncocónicos, con asa-estribo o de doble pico y puente, etc. La decoración pintada es igualmente rica, reduciéndose los temas geométricos, generalmente, a la parte superior de la vasija, mientras en el resto del cuerpo se representan escenas diversas de caza, pesca, mitológicas y de guerra, que cada vez tienen una mayor importancia. Rojo, ocre, crema y negro o plomizo se combinan de muy diversos modos para trazar tales representaciones, siempre llenas de vida y expresión.

El periodo *Mochica IV* viene a coincidir con la gran expansión de la cultura mochica. En lo que se refiere a la cerámica, se observa que las formas son de un tamaño superior al de las del periodo anterior, mientras el asa-estribo se vuelve redondeada o ligeramente trapezoidal. En general, las formas son semejantes a las de la fase Mochica III, aunque se añaden algunas nuevas, tal por ejemplo las vasijas botelliformes representando un mono o, sobre todo, las escenografías en que se suelen representar paisajes en los que destacan los cerros y montículos que rodean los valles de la costa, etc. La decoración pintada es fundamentalmente también escenográfica y tiene un gran valor para reconstruir la vida ordinaria de los mochicas; la pintura de temas geométricos es muy limitada o se circunscribe a determinadas orlas, que sirven para enmarcar las escenas antes indicadas. También hay notables relieves en que se reproducen escenas de guerra, caza o pesca, etc.

En la fase *Mochica V,* que significa, en general, un momento decididamente decadente en todos los sentidos, las formas de los recipientes se reducen en tamaño,

agrandándose, por el contrario, el gollete; el tubo se hace más delgado y el asa presenta una forma trapezoidal. La decoración se hace más y más barroca y abundan los temas pornográficos. La decoración pintada generalmente en rojo o castaño, sobre el fondo crema, se hace cada vez más geométrica, e invade no solamente toda la superficie del cuerpo del vaso, sino también el asa y el pico (Larco Hoyle).

En general, podemos decir que el arte mochica es fundamentalmente realista, que se inspira en el entorno natural y cultural del artista, que vuelca toda su experiencia en las representaciones pictóricas y escultóricas que contienen sus vasijas. Pero al mismo tiempo que esto es así, en la mayor parte de los casos no tienen un mero valor descriptivo o narrativo, sino que se utilizan dentro de un contexto religioso o no secular.

Aunque la mayor parte de las plantas y animales cuya imagen se reproduce escultórica o pictóricamente en la cerámica mochica proceden del medio natural propio de los valles costeros del norte del Perú, algunos son extraños a ese medio. Entre los primeros hay que mencionar: sapos, serpientes, zorros, venados, jaguares, patos, búhos, loros, pepinos, calabazas, cangrejos, pulpos, peces y pájaros diversos, leones marinos, perros, llamas, etc. Muchos de esos animales y plantas están presentes en las excavaciones, mediante sus restos; otros, sin embargo, aparecen representados en la cerámica, pero no hay evidencias arqueológicas que confirmen su uso como alimentos, o al revés, aparecen en los basureros, pero no se tienen noticias de que hayan sido representados en la cerámica. Entre los que no pertenecen al medio natural de los mochicas hay que contar los monos, tucanes, iguanas y las conchas de *Strombus galeatus,* cuya importancia se pone de manifiesto por haber dado lugar a un personaje mítico mezcla de *Strombus* y de dragón (Donnan).

De manera parecida se procede a decir que los ceramistas mochicas representan mediante pintura o escultura muchos de los objetos usados por sus contemporáneos. Es importante señalar el hecho de que en algunas pinturas se representan vasijas muy decoradas o de lujo en escenas de la vida corriente, lo que prueba que estas cerámicas no sólo se usaban para las ofrendas de los enterramientos, sino que también las usaban, en determinadas circunstancias, con otros fines. Otro tanto podemos decir de las hachas de metal, que se representan casi con exclusividad como instrumento para cortar cabezas, o las macanas anulares o estrelladas y algunos otros instrumentos de difícil interpretación.

Las representaciones de gorros o cubrecabezas, vestidos y adornos proporcionan una variedad tal y se han representado con tal fidelidad, que su tipología permite hacer inferencias muy sustanciosas en lo relativo al estatus social de los individuos que los llevan, su actividad principal y muchas otras que vienen a constituir una información etnográfica de primerísima importancia (Donnan).

Las escenas en que se representan actividades ordinarias, como son la caza, la pesca o la guerra, son muy abundantes. La reproducción de las embarcaciones de *totora* son tan exactas que se puede emplear el calificativo de naturalistas. Lo mismo podemos decir del atuendo o adorno de los individuos representados, o de los instrumentos utilizados por ellos y por otros mil detalles. «Un estudio detenido de las piezas de alfarería demuestra que gran parte de las actividades estaban ligadas a escenas de guerra entre pueblos con un tipo de vestido parecido, mientras que otras son con pueblos que parecen estar ligados a la sierra [...]. Las conquistas debieron ser cruentas y los prisioneros puestos en calidad de esclavos ya sea para el servicio de los señores o para el servicio de la comunidad. Esto último puede ser válido si se re-

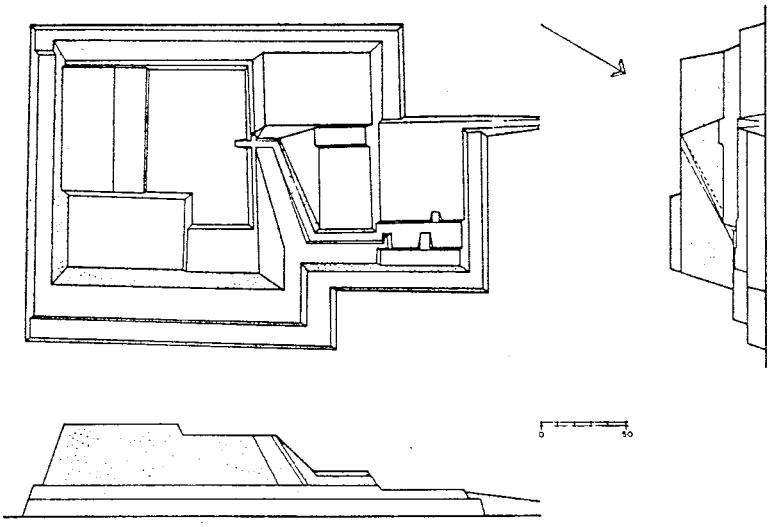
cuerda que los de Moche enviaban a muchos hombres a las islas guaneras, algunas tan alejadas como las de Chincha, en la costa sur; los que fueron enterrados en las islas estaban acompañados de unas curiosas esculturas, muchas de ellas de madera, que representaban hombres desnudos con una soga amarrada al cuello y a las manos, dispuestas éstas en la espalda [...]. No podemos estar seguros de si también se utilizó a esta gente en la construcción de sus templos gigantescos, que tanto tiempo y trabajo debieron haber costado» (Lumbreras, 1983).

Un conjunto de vasijas, generalmente modeladas, de extraordinario valor representativo, es el de la cerámica erótica (Larco Hoyle), en la que se representan individuos aislados, con un gran falo, un falo solamente con o sin caracteres antropomorfos, o masturbándose; o parejas de individuos masturbándose uno a otro —a veces es la representación de la muerte la que masturba a un hombre vivo—, en actitud de *fellatio,* de coito natural, o de coito anal, etc. Tales representaciones pueden tener múltiples interpretaciones: ¿son representaciones naturalistas de una sociedad muy libre; se trata, por el contrario, de imágenes moralizadoras; tienen que ver con ritos de fecundidad?

Por lo que se refiere a las representaciones de carácter mitológico, sería imposible hacer aquí un estudio minucioso de las mismas. Mencionaremos algunos de los temas que consideramos mejor estudiados hasta el presente. Entre éstos se encuentra el «animal lunar». La iconografía de esta deidad o personaje mitológico la encontramos tanto en el área mochica como en la región donde floreció la cultura Recuay y se prolonga en el tiempo durante un periodo de aproximadamente un millar de años. El motivo al que nos referimos consiste básicamente en un animal encerrado en lo que cabe interpretar como la imagen tradicional de la luna en cuarto menguante, todo ello en medio de símbolos astrales. La boca del animal así como las manchas que aparecen en algunas representaciones han hecho que Tello los identificase con un *jaguar;* por otra parte, hay algunas evidencias de mitos de tradición oral que se refieren a un jaguar que come a la luna en circunstancias diversas, y si bien es cierto que este tipo de mitos no pueden extrapolarse a tanta distancia en el tiempo y en el espacio, prueban al menos que la tradición existió en el área andina.

Por su parte, Hocquenghem ha realizado un brillante estudio sobre una serie de vasijas mochicas en las que el tema principal es, al parecer, la ofrenda de niños con ocasión de la *capacocha,* y, finalmente, Emilio Harth Terré ha llamado la atención sobre un mito mochica, el de *Huatán,* que tiene un claro reflejo en la cerámica de la región. Por último, habría que citar las numerosas representaciones de *shamanes* o imágenes de personajes míticos, de los que hay ejemplos tan abundantes en las cerámicas pintadas de esta cultura. Entre los tipos más frecuentes habría que mencionar el shamán-pájaro, el shamán-felino, el shamán-pez, el shamán-cangrejo y el shamán-serpiente, o la deificación de todos esos animales mediante su antropomorfización.

Por lo que se refiere a la *escultura,* debemos decir que no se han encontrado ejemplares de grandes proporciones realizados en piedra. Sin embargo, la capacidad de los mochicas como grandes escultores se pone de manifiesto en la cerámica, la madera y los metales. Ya hemos mencionado, al hablar de la cerámica, la gran importancia que tiene la estructura en la decoración de la misma, y especialmente, el alto valor estético de las famosas cabezas-retrato. Los rostros más nobles, junto a los más ruines; los de rasgos más burdos, al lado de los más refinados; los de jóvenes y ancianos, los de hombres enfermos, locos o en las más variadas expresiones, son motivo de un trabajo minucioso, seguro, firme, reflexivo y, sobre todo, de una enorme ex-



Cultura Moche: Huaca Fortaleza. Pampa Grande.

presividad por parte del escultor alfarero. Pero la escultura mochica en cerámica no se limita a eso: los más variados animales y plantas son representados con escrupulosa fidelidad y, como hemos visto, se llegan a desarrollar verdaderas escenas paisajísticas con intervención de diversos personajes, escenas mitológicas, etc., todo ello realizado con enorme sentido de la realidad y de la vida, con soltura y animación.

Aunque una buena parte de la escultura en madera ha debido desaparecer, las excepcionales circunstancias ambientales del desierto costero del Perú han hecho que algunas piezas hayan llegado hasta nosotros. Algunos ejemplares, como el de la isla Macabi, representando a un prisionero, nos hablan de un verdadero dominio de la técnica escultórica en madera. Sin embargo, son verdaderas obras maestras el recipiente en madera que representa un prisionero desnudo y atado por el cuello y las muñecas que se conserva en el Museo de Historia Natural de la Institución Smithsoniana, o la cabeza de un bastón que representaba a un felino que ha dado muerte, al parecer, a un hombre y que se conserva en el Indiana University Art Museum (Donnan). Bastones de mando o de carácter ceremonial se han conservado bastantes, y muchos de ellos llevan esculturas en la cabeza de los mismos, representando guerreros, figuras humanas o animales, etc.

Hay que mencionar también algunos ejemplos de esculturas realizadas en hueso representando búhos, iguanas antropomórficas, etc. Hay también un cierto número de espátulas de hueso, en cuyo mango se representa una mano, etc. (Donnan).

En cuanto a la *metalurgia,* los mochicas desarrollaron un trabajo muy fino en orden a la plata, el oro, el cobre y el plomo. Se han encontrado algunas aleaciones de oro con plata o cobre, así como ciertas amalgamas áuricas mediante las que doraban la plata y el cobre. Soldaban la plata con aleaciones de oro y supieron laminar y pulimentar este metal. Entre las obras más notables hay que mencionar máscaras diversas de oro, o las orejeras de oro, concha y piedra del Metropolitan Museum of Art de Nueva York.

El *tejido* tuvo gran importancia en la cultura mochica, realizándose generalmente en telares de mano con lanas de llama o vicuña y algodón. Entre los restos de estos

tejidos que han llegado hasta nosotros los hay de malla y de urdimbre muy apretada sobre los que se desarrollaban temas decorativos de carácter fitomórfico, zoomórfico o geométrico. Igualmente tuvo un gran desarrollo el arte *plumaria,* confeccionándose con esta técnica camisas y turbantes.

A diferencia de la pintura en cerámica, que suele ser monocroma, la pintura mural de los mochicas utilizó varios colores. Muchos de los monumentos mencionados en primer lugar, pero especialmente las habitaciones relacionadas con las estructuras piramidales, han debido estar decoradas con pinturas murales. De ellas, sin embargo, han llegado muy pocas hasta nosotros. En la Huaca de la Luna, de Moche, se encontró una pintura mural que se ha venido llamando «La rebelión de los Artefactos», en la que se representaba una batalla entre seres humanos y artefactos animados, de la que salen triunfantes estos últimos. En el centro ceremonial de Pañamarca, cerca de Chimbote, otro mural incluye una escena de tipo bélico en la que se representa la toma de prisioneros, que se ha realizado en siete colores: blanco, negro, gris, rojo, amarillo, marrón y azul. El estilo de estas pinturas, sin embargo, no difiere excesivamente del utilizado para las pinturas en cerámica.

b) Virú

La cultura *Virú,* equivalente para algunos autores, al menos en lo que se refiere a la cerámica, con Gallinazo, ha sido clasificada por diversos arqueólogos como una de las más antiguas de la costa norte del Perú, ligada por una parte con la cultura Salinar y por otra, superada por la mochica. Sin embargo tanto Wendell C. Bennet como el propio Alfred L. Kroeber creyeron por un tiempo que se trataba de una cultura más tardía que Moche. Tras los trabajos de Larco Hoyle, Strong y Evans hoy es posible conocer con exactitud cuál es la posición de esta cultura en los valles de Chicama y Virú. En ambos casos se trata de una cultura posterior a Salinar; sin embargo, así como en Chicama es sustituida muy pronto por la cultura mochica, en el valle del Virú perdurará hasta al menos el siglo III de nuestra era, en el momento de expansión de la cultura mochica.

En cuanto al origen de esta cultura, hay un dato que resulta de suma importancia: se trata del uso de una técnica cerámica ciertamente singular y poco frecuente: la pintura negativa. Esta técnica había sido muy popular en el periodo Formativo del Ecuador, en especial en la cultura Chorrera, hasta el punto de considerarse un rasgo diagnóstico; ello pondría en relación esta cerámica con el horizonte Chorrera de la costa ecuatoriana; sin embargo, Luis G. Lumbreras hace referencia a que «en la costa sur, en el grupo Hacha se encuentran, al parecer, las primeras evidencias de su utilización en la región andina central, y la tradición de la técnica negativa se desarrolla allí durante todo el Formativo. En otros lugares de los Andes Centrales su aparición arranca más tarde, y sólo en algunos valles de la costa norte y de la sierra se conserva hasta muy avanzada la era cristiana» (Lumbreras, 1983).

El patrón de asentamiento en la cultura Virú es fundamentalmente de carácter aldeano, con montículos que pueden ser interpretados como acumulación de basura y acumulación de destrucciones sucesivas de casas, o como base para construcciones de tipo piramidal. Esos montículos, en algún caso, parecen hallarse ordenados intencionalmente alrededor de patios. «Este patrón aldeano, con casas aglutinadas, es roto por la aparición de mansiones semiaisladas semejantes a las que fueron señaladas

para los mochenses. Estas casas rectangulares con cimentación de piedra tienen unos 14 × 9 metros de área aproximadamente. Se encuentran distantes en 100 ó 200 metros de las aldeas y quizá sí estuvieron reservadas a personajes importantes» (Lumbreras).

Aunque las pirámides, algunas de las cuales llegan a tener hasta 25 metros de altura, debieron tener como principal función la de carácter religioso, muchas de las habitaciones descubiertas en ellas han podido servir como de instalaciones de carácter administrativo, comunal o de vivienda. Las pirámides de Vicús, al igual que las de Moche, fueron construidas con adobes, y según sugiere Gordon Willey, algunas de ellas pudieron estar destinadas a cumplir roles político-religiosos.

Además de los edificios de habitación y los religiosos y administrativos se han descubierto otras construcciones que han debido cumplir la función de fortalezas: son edificios rodeados por muros que les sirven como defensas.

Una de las características más notables de la arquitectura de Vicús es su decoración. En Gallinazo y en otros lugares se ha encontrado un diseño que es muy común en Recuay, Paracas, Nazca y Lima y que consiste en la representación de unas cabezas de forma pentagonal con cuerpos en forma de bandas aserradas. El diseño en realidad tiene un origen textil y ha sido aplicado a la arquitectura sobre la base de utilizar los adobes como unidades geométricas que se parecen a los punteados de los tejidos. La técnica en mosaico, pues, reproduce con bastante fidelidad los diseños que originalmente se han creado en el medio textil. «Este criterio decorativo es poco frecuente en los Andes Centrales. Bennett cree que los edificios que más parecido tienen con éstos son los que fueron estudiados en la región de Utcubamba (Kuelap) que, en efecto, decoran sus muros de manera parecida, pero con piedra. Lamentablemente, estos edificios están asociados a una fase cuya adaptación es aún dudosa y a la que pueden ligarse —morfológicamente— los hallazgos hechos recientemente en una zona conocida con el nombre de Pajatén, ambas en los Andes Orientales» (Lumbreras, 1983).

Al igual que en el caso de la cultura Mochica, los trabajos de ingeniería produjeron un alza en la producción de alimentos, en la población y en conjunto en la economía de la región. Los canales de conducción de agua son tan largos e importantes como los de Moche, y aunque no se abandonó la caza y la pesca, estos procedimientos pasaron a un segundo término ante el incremento de la agricultura.

En cuanto a la cerámica, e independientemente del uso frecuente de la pintura negativa, según indicábamos más arriba, las formas más características del estilo Virú incluyen modelados en forma de seres humanos o de animales, con un gollete cónico muy característico. En este tipo de vasijas es frecuente el pitorro silbador, de origen igualmente chorreroide, que posteriormente se extenderá por multitud de culturas locales de la costa norte del Perú. También es muy característica la cerámica Gallinazo en la que destacan diseños en negro sobre color naranja. Esos diseños suelen ser de tipo geométrico: líneas rectas y onduladas, círculos, triángulos, espirales, escalones, discos, etc.

Aunque la metalurgia no alcanza un desarrollo comparable al de Moche, se han encontrado algunos objetos de cobre, oro y plata, destacando el martillado como técnica de trabajo principal.

c) Recuay

Así como en los valles costeros septentrionales del Perú dominó durante el periodo Clásico la cultura mochica en los valles centrales y meridionales, fueron varias las culturas que florecieron en la región, aunque fue sin duda la cultura Nazca la que se singularizó de manera más destacada en esta zona hasta ser algo comparable a la mochica en términos de concepción estética y valor estilístico.

El primero de los conjuntos culturales que vamos a examinar es el conocido con el nombre de *Recuay,* que viene a desarrollarse a lo largo del valle de Santa, tanto en la costa como en el propio Callejón de Huaylas, aunque su influencia abarca probablemente gran parte de los valles de la costa central y gran parte también del altiplano. La posición serrana que acabamos de señalar hace de la cultura Recuay una de las más singulares del Perú, ya que en su caso no puede aplicarse ese criterio de oposición generalmente radical entre ambas regiones.

Aunque es poco lo que se conoce de la arquitectura Recuay, tenemos noticias de una serie de construcciones subterráneas, ya sean habitaciones, ya enterramientos. Wendell C. Bennett excavó una serie de galerías subterráneas en Shankayan que consistían en cámaras excavadas en la tierra y chapadas interiormente mediante lajas de piedra. Se conocen tres tipos de *casas* de la cultura Recuay: 1) dos galerías paralelas con un vano de comunicación y otro que se abre al exterior; 2) otro tipo semejante al anterior, pero con cuatro cuartos o galerías; 3) una galería alargada que tiene hasta tres subdivisiones y se comunica con el exterior mediante una especie de tragaluz.

«Las tumbas son muy parecidas a las casas subterráneas; varias de ellas fueron excavadas en un lugar cercano a la localidad de Huarás, capital del departamento de Ancash, llamado Willkawain, cerca de unos edificios escalonados correspondientes a épocas más tardías. Las tumbas son galerías subterráneas cuya entrada se hace a través de un tragaluz, el que da acceso, en primer lugar, a un tubo de algo más de un metro de profundidad de unos 65 centímetros de ancho; concluido este tubo de acceso se ingresa a la cámara subterránea que está sellada con una piedra que cierra el tubo junto a la altura del techo de la galería. La cámara tiene aproximadamente un metro de alto por un metro de ancho y alrededor de siete metros de largo. El techo es una hilera de lajas de piedra toscamente talladas, y los muros de igual material, es decir, lajas pegadas a la pared de la tierra excavada. El piso es de arcilla. Las ofrendas que debieron estar depositadas en estas galerías mortuorias eran escasas y fueron encontradas en su mayoría fragmentadas debido quizá a que fueron profanadas antes de la intervención del arqueólogo». (Lumbreras, 1983).

En contraste con el tipo descrito, los enterramientos de la zona costera son muy sencillos: consisten en una excavación en la tierra donde se introduce el cadáver en posición flexionada y con las ofrendas a un lado o en su parte superior. Aunque no pueden asignarse a ningún periodo en concreto, parecen corresponder al estilo Recuay algunas estructuras arquitectónicas o templos de dos y tres pisos y otras casas de varias habitaciones, así como numerosas construcciones subterráneas, formadas por pasillos y cámaras a unos dos metros de profundidad, como las tumbas halladas en Katakoy y Molle Ukru, en el río Pukchas.

Una de las características más singulares de la cultura Recuay es el arte de la es-

cultura en piedra que ha sido estudiada por Richard P. Schaedel. Aunque el arte de la escultura en piedra no es muy común, el área que cubre la cultura Recuay precisamente representa una tradición cuyo momento más brillante fue el del arte Chavín. Schaedel (1948) distingue tres estilos: *Aija, Huaraz* y *Huántar*, de los que el último es el menos significativo. En el estilo *Aija,* Schaedel considera dos tipos de estatuas: las que representan guerreros, que son la mayor parte y que ordinariamente llevan una maza en una de sus manos y un escudo en el brazo contrario, y las que representan mujeres. Los ejemplares localizados de este estilo son muchos —27 piezas estudiadas por Schaedel: once mujeres y dieciséis guerreros— y representan una gran homogeneidad en el tratamiento estilístico de las mismas. En general, las cabezas representan la mitad o más de la altura total de la estatua; los pies se hallan enfrentados; el tocado suele estar adornado con figuras de felinos; suelen llevar una gran orejera; en el adorno del cuerpo es frecuente hallar arácnidos o figuras de aves, de manos y pies, etcétera. «Hay poco énfasis en la separación entre el cuerpo y la cabeza, y el cuello no pasa de ser un simple rebajo mientras que la cabeza es siempre más angosta que el cuerpo [...]. El tamaño de la mujer es siempre un tanto menor, pero sus rasgos generales, aunque son menos acentuados en estas estatuas, carecen de las características propias del guerrero, es decir, el escudo cuadrangular, las cabezas trofeos, etc.» (Lumbreras).

La temática de la escultura de estilo *Aija,* en la que, además del tipo del guerrero y de las cabezas-trofeo es frecuente el tema del cóndor, el felino y la serpiente, muestra hasta qué punto la sociedad Recuay fue una sociedad dominada por el militarismo.

El estilo escultórico *Huaraz* es mucho más heterogéneo que el examinado anteriormente, de manera que Richard P. Schaedel tuvo que dividirlo en numerosos grupos. «El grupo A es el más regional: muestra una figura humana con las piernas y los brazos cruzados. Los grupos B y C son relativos al *guerrero* y la *mujer* de Aija, incluida la presencia de diseños de felinos incisos y las características propias del guerrero, tales como el escudo, la cabeza-trofeo, el garrote. El estilo *Huántar* y el grupo C y D de *Huaraz* se caracterizan por figuras en relieve a partir de lápidas de piedra» (Lumbreras).

La cerámica Recuay es muy característica y se conoce ampliamente gracias a la actividad de los huaqueros, ya que no por excavaciones sistemáticas, que son pocas. Se pueden distinguir tres tipos de decoraciones: *negativa,* pintada en positivo y modelada, aunque en muchas vasijas se encuentran los tres tipos de decoración. Entre las formas más frecuentes cabe mencionar: tazas, vasos con base anular, ollas oblongas con cuello estrecho, botellas con asa-puente, vasos dobles, botellas con asa-estribo, vasijas-efigie, cucharas, cucharones, etc. Ordinariamente, la arcilla es blanca, aunque no falta la cerámica roja, y en algún caso es gris o negra por reducción. Es muy frecuente la decoración modelada dispuesta en forma de escenas en la parte superior de las vasijas.

La decoración pintada incluye el *negativo* bicolor, el negativo tricolor —negro, blanco y rojo— y la decoración positiva como rojo sobre blanco y el negro, blanco y rojo. Los diseños más frecuentes suelen ser de carácter geométrico o zoomórficos: felino, cóndor, serpiente, etc. El felino parece ser el animal más frecuentemente representado. También es frecuente que se representen animales serpentiformes bicéfalos.

El estilo cerámico Recuay es muy característico por las representaciones modela-

das de hombres y animales, a veces componiendo escenas más o menos complicadas. Entre las representaciones modeladas de carácter animalístico, las más frecuentes son: el cóndor, la garza, la lechuza y el jaguar. Es muy frecuente la representación de cabezas-trofeo y de los mismo cazadores con sus trofeos. Aunque el adorno personal, especialmente los tocados, presentan un estilo singular, hay ciertos aspectos que recuerdan el sistema representativo mochica.

El jaguar «constituye sin duda el elemento más característico y el más frecuentemente reproducido en las cerámicas, muy esquematizado, siempre representado de perfil con el cuerpo arqueado, la cola describiendo una larga voluta...» (Lavallée-Lumbreras, 1985). Entre las muchas escenas modeladas, cabe llamar la atención sobre una que presenta gran interés: se trata de un personaje rodeado de lo que podrían ser cinco mujeres —poliginia característica en los señoríos, al menos entre los jefes— o quizás cinco sacerdotes auxiliares. También son significativas las diferencias de tamaño en las figuras, lo que evidentemente está indicando diferencias de rango y acaso indicación de estratos sociales.

Aunque no hay muchas evidencias relativas a metalurgia, se puede afirmar que el *cobre* era utilizado frecuentemente, tanto en el interior como en la costa, para la construcción de instrumentos y adornos. La plata también fue usada, pero principalmente en la costa.

Es interesante destacar dos hechos que pueden ser significativos en relación con las formas y decoración de las cerámicas Recuay. Por una parte, la cerámica negativa, a la que ya nos hemos referido más arriba, podría ser un préstamo de las culturas ecuatorianas, principalmente de la cultura Chorrera que domina como un verdadero «horizonte» casi toda el área andina septentrional. Por otra parte, hay que señalar la presencia de vasijas trípodes, lo que es un rasgo típicamente mesoamericano que aparece por primera vez en el área andina.

Dentro de una fase tardía del periodo Clásico puede mencionarse aquí el estilo *Cajamarca* (600-800 d.C.), cuyas raíces hay que rastrear en la tradición Chavín. La cerámica muy fina, a base de caolín, desarrolla «formas simples, clásicas en estas regiones del norte (también existen en Recuay) —cuencos, copas de base anular estrecha, copas trípodes— [y] una decoración trazada con pincel en marrón oscuro sobre fondo natural de tono crema, en un estilo [...] llamado cursivo» (Lavallée-Lumbreras, 1985). Al fin del periodo denominado Cajamarca III por Reichlen, estas vasijas de estilo cursivo se encuentran incluso en territorio mochica, lo que prueba hasta qué punto es intenso el comercio en esta época, haciendo que las unidades culturales que describimos estén sumamente relacionadas entre sí.

d) Lima

La cultura *Lima,* de que vamos a tratar a continuación, corresponde al área de los valles de la costa central: Chancay, Chillón, Rimac y Lurín, y en su desarrollo se pueden apreciar dos etapas que son al mismo tiempo dos componentes diferentes: el *Interlocking* o Entrelazado de Uhle, Kroeber y Willey y que actualmente se conoce como *Playa Grande,* yacimiento situado al sur de Ancon, y el complejo conocido como Proto-Lima, Nievería, Cajamarquilla, Lima temprano o Maranga por los trabajos de Jijón y Caamaño y Kroeber en la Huaca Maranga. Ambos componentes están muy relacionados entre sí de una manera sustancial.

En cuanto a la arquitectura más importante de esta cultura, los edificios más conocidos se localizan en los valles de Rimac y Lurin: las huacas Maranga, Juliana y Trujillo. La más importante es, sin lugar a dudas, la *Huaca Maranga,* situada en el interior de la ciudad de Lima, cerca de la Ciudad Universitaria. La pirámide principal mide 270 por 100 metros y unos 15 metros de altura, lo que equivale aproximadamente a 400.000 metros cúbicos y un millón de toneladas de adobes en forma de paralelepípedos. La *Huaca Juliana* se halla en el barrio de Miraflores, también en Lima. La *Huaca Trujillo* es posible que corresponda a la fase final de la cultura Lima. En el valle de Lurin, el sitio de Pachacámac, que alcanzará tanta fama en la época del imperio incaico, es también un yacimiento de cultura Lima, con grandes pirámides, hoy muy destruidas.

Además de este tipo de arquitectura monumental, con un valor decididamente religioso, se pueden señalar evidencias de arquitectura civil o habitacional. Las que se han descubierto en Chancay tenían los muros construidos con adobes, con tapial e incluso con piedra irregular. Jijón y Caamaño descubrió en Maranga una serie de cuartos pequeños con muros de adobe. Muchas veces las pirámides se asocian a los cuartos de habitación, tal como ocurría en la arquitectura mochica e igualmente aparecen murales pintados como en las ruinas de aquella civilización.

Max Uhle, al excavar Cerro Trinidad en el valle de Chancay, lugar en el que apareció un conjunto habitacional importante, descubrió un muro pintado de extraordinario tamaño —23 metros de longitud y 1,60 metros de altura— en el que aparecía representando el típico pez de la decoración *Interlocking* de la cerámica.

«En el valle de Chillón se conoce un hermoso edificio llamado Cerro Culebras que fue excavado por Louis Stumer y que tiene la forma de una pirámide en cuya parte superior, a la que se sube por escalinatas, hay unos murales polícromos con animales de cuerpo aserrado entrelazados. En uno de los frescos hay la figura de un felino o más bien la cabeza de un felino de forma hexagonal, hecho totalmente dentro de ese aspecto textil que tienen los dibujos Playa Grande» (Lumbreras, 1983).

Lo más característico desde el punto de vista artístico es la cerámica. Como se demuestra estratigráficamente en el yacimiento de Cerro Trinidad, el llamado estilo *Interlocking* o Entrelazado sucede en esta región al llamado Blanco-sobre-rojo. Su característica más destacada la constituye la decoración pintada de su cerámica. Un pez, derivado del entrelazado de tejidos, es el tema más típico de esta decoración y lo que ha servido de base para su denominación. Otros temas abundantemente representados son círculos, cruces, aserrados, etc., siempre trazados en negro y blanco o en negro, blanco y rojo sobre un fondo rojizo. Además de esta cerámica típica, se reconocen para el mismo periodo, en el sitio de Pachacámac, otros dos estilos: uno bicolor, con empleo de la técnica negativa y otro negro totalmente, con superficie muy pulida. Las formas más comunes de esta cerámica son los cuencos de paredes rectas, casi cilíndricas, las grandes ollas globulares con cuello estrecho y a veces con dos asas y las vasijas en forma de ánfora, de base cónica muy apuntada, amplio cuello y boca acampanada y dos asas laterales.

La fase Proto-Lima, Lima temprano, o Maranga se halla, con los estilos antes mencionados, aún poco conocida y perfilada en sus relaciones con otras culturas anteriores, posteriores o contemporáneas. Si bien, del estilo Blanco-sobre-rojo no se hallan huellas perceptibles en el estilo Maranga, del *Interlocking* viene a ser como su prolongación o variante, aunque sólo para la primera fase, ya que de la última o Ca-

jamarquilla —muy fina y de color anaranjado muy característico— no hay muestras en el valle de Chancay.

En opinión de Alfred L. Kroeber (1955), el estilo Maranga o Proto-Lima no es tanto influyente como receptor de influencias. Se observan en este sentido influencias que proceden de los valles septentrionales, concretamente de la cultura Mochica, o de los valles meridionales —cultura Nazca— e incluso del altiplano, aunque esta última influencia no se pueda precisar, dada la escasez de datos que tenemos sobre el periodo en la región serrana.

De acuerdo con la información de que disponemos en estos momentos, parece necesaria la subdivisión de esta secuencia cultural en dos fases, de las cuales la más antigua correspondería al estilo Interlocking, mientras la más reciente o *Cajamarquilla* estaría caracterizada por la cerámica anaranjada a la que acabamos de referirnos.

La sequedad del desierto costero ha permitido que en los enterramientos se encontraran multitud de objetos de trapo, cestería y tejido. Una muñeca de trapo ha podido tener una función de carácter ceremonial. Las canastas están trabajadas con la técnica del *Interlocking.*

«Los tejidos sugieren un cierto desarrollo tecnológico. Existe tanto el tejido llano como el tapiz. El brocado es raro y muchas telas son pintadas solamente, mientras que las tapicerías son decoradas con hilos de tramas multicolores. Se conocen varios colores de los cuales los principales son el blanco, el rojo, el amarillo, el azul, el verde, y cierto tipo de gris, además del negro. Los diseños son, generalmente, de peces entrelazados semejantes a los de la cerámica y de cruces y otros diseños geométricos, tales como escalones con sus combinaciones. Hay el diseño de unos peces individuales no entrelazados» (Lumbreras, 1969).

e) Huarpa

Una cultura que empieza a conocerse desde hace poco tiempo es la llamada fase *Huarpa,* manifestación regional de la zona de Ayacucho que ha estudiado Luis G. Lumbreras. El nombre de esta cultura deriva de la región donde se desarrolla principalmente la cuenca del río Huarpa, afluente del Mantaro, con asentamientos que se sitúan desde los 2.600 a los 3.600 metros de altitud; sin embargo, hay algunos indicios, todavía no confirmados, que señalan que esta cultura podría haberse extendido por el río Apurimac hasta muy cerca de la zona selvática.

Uno de los aspectos más sorprendentes de la cultura Huarpa, en opinión de Lumbreras, es el relativo a la tecnología hidráulica, ya que siendo la región una de las más secas de todo el altiplano, durante el desarrollo de esta cultura parece que se alcanzó el máximo de resultados en favor de la agricultura. Es así que «durante el periodo Huarpa, la técnica y la racionalización de los recursos lograron que las faldas más empinadas o los territorios más secos produjeran plantas cultivadas, en tal medida que hubo unas cinco veces mayor número de áreas de cultivo que las que hay en este momento. En efecto, se puede decir que hoy sólo se aprovecha un veinte o treinta por ciento del área total que permaneció bajo cultivo en tiempos de la fase Huarpa» (Lumbreras, 1983).

Dado que el territorio presenta fuertes desniveles, gran parte de los trabajos hidráulicos se refirieron a la construcción de andenes, tal como en la época incaica se popularizarían, extendiéndose su uso a todo el Tawantinsuyu. Los andenes construi-

dos en el periodo Huarpa son de tan excelente calidad como los incaicos, y de ellos los hay que no tienen más de 1,50 metros de anchura y otros que alcanzan los diez metros y más, dependiendo del grado de inclinación de la pendiente. «Desde la cumbre hasta el lecho del valle no se desperdició ni un centímetro de espacio, de modo que tanto el valle como los cerros estuvieron bajo cultivo» (Lumbreras). Es así que en algunos lugares se cuentan hasta doscientos andenes, desde el valle hasta la cima de las colinas. En cualquier caso, la población que se halla generalmente dispersa entre los campos de cultivo fue a ocupar o bien roquedales sin valor agrícola, o las tierras que presentaban menos interés desde ese punto de vista.

La población, sin embargo, fue de gran densidad para el periodo Huarpa, ya que sobre un total de cerca de quinientos sitios localizados en la cuenca hidrográfica, unos trescientos correspondieron a esta época, y todos salvo uno correspondían al tipo de aldeas. El único centro urbano de la zona es el sitio llamado Ñawinpukyo, que contiene en su interior templos, palacios y una amplia zona residencial.

Como en otros casos, lo mejor conocido hasta el momento de la cultura Huarpa es su cerámica. En su desarrollo se distinguen dos fases: Huarpa temprano y Huarpa tardío. Para el *Huarpa temprano* hay que señalar la abundancia de las tazas y los cuencos con perfil en S y bordes generalmente cortados a bisel hacia fuera. «La decoración está dada por bandas negras o rojas que se desarrollan horizontal o verticalmente sobre la superficie externa de los objetos y acompañadas de bandas que cubren, a manera de lenguas, una parte del borde interior. Uno de los pocos motivos figurativos es el de una cara humana que a veces se proyecta de los cuencos y otras de grandes cántaros de cuerpo oblongo con base cónica; en donde destacan unos ojos rectangulares pintados y una boca apenas diseñada que a veces es sólo una línea y otras veces es otro rectángulo. La nariz es frecuentemente modelada y la cara muchas veces pintada con líneas en varias direcciones» (Lumbreras, 1983).

En esta época aparece también una cerámica llamada *Caja,* que deriva de la cerámica Rancha, y que presenta como característica más notable la de su color anaranjado y lo compacto y fino de su pasta que casi no contiene desgrasantes visibles; la decoración es geométrica, en marrón sobre el fondo natural.

En el periodo *Huarpa tardío,* la cerámica no es tan fina, pero ofrece, en cambio, una mayor variedad de formas. El tipo llamado *Kumun Senqa* presenta prácticamente un solo tipo formal: unas ollas o ánforas con cuello corto y evertido, decoradas con un engobe rojo oscuro. El tipo *Cruz Pata* es, por el contrario, una cerámica fina, en la que la forma con perfil en S se sigue desarrollando y en que aparecen, dentro de esa línea, unos vasos altos con asa lateral en forma de cinta y otros pequeños en forma de «lira» que se harán muy populares en el periodo Wari.

La última fase de la cultura Huarpa está dominada por el ya citado estilo Cruz Pata, y por el estilo *Okros.* Este estilo «en su primera fase está muy vinculado a Cruz Pata tanto en formas como en diseños; usa para el exterior el engobe blanco y grandes áreas pintadas de negro, pero introduce nuevos motivos de diseños y sobre todo un peculiar engobe anaranjado muy brillante que usa, en este tiempo, principalmente para el interior de cuencos y vasos. Más tarde el engobe anaranjado será aplicado a toda la vasija, como rasgo distintivo del estilo. La decoración es mucho más compleja que en Huarpa; aparecen muchos motivos figurando animales y plantas» (Lumbreras, 1983).

f) Nazca

La cultura *Nazca,* al igual que la cultura mochica, es una de las más universalmente conocidas del antiguo Perú. La brillantez del colorido de su cerámica, la fantasía y el simbolismo de sus diseños y de sus formas, así como la tradición de los tejidos de Paracas, ha hecho del arte de los valles meridionales de la costa peruana una de las creaciones más extraordinarias del arte universal.

En términos generales, podemos decir que las investigaciones sobre la cultura Nazca se centran fundamentalmente en la secuencia de los estilos cerámicos, más que en el de los asentamientos o en cualquier otro aspecto y en esa tarea han contribuido de una manera muy especial diferentes miembros de los que podríamos llamar la escuela de Berkeley (véase tabla adjunta), especialmente desde que Max Uhle depositó las colecciones de sus excavaciones en el Perú, en la Universidad de California. La secuencia, ya marcada primariamente por Uhle y por Tello, fue establecida rigurosamente en el estudio de Anna Gayton y Alfred L. Kroeber (1927); fue, sin embargo, W. D. Strong quien, a partir de una excavación estratigráfica (Strong, 1957), confirmaría la secuencia propuesta por Gayton y Kroeber. El área de expansión de las culturas sobre las que vamos a tratar a continuación incluye los valles de Chincha, Pisco, Ica, Nazca y Lomas (Acari), y el lapso temporal incluirá desde 100 a 800 d.C., aunque haremos referencia a la cultura Paracas, antecedente de la Nazca.

Tello 1929	Gayton-Kroeber 1927	Kroeber 1956	Strong 1957	Menzel-Rowe-Dawson 1964	
					9
Rukana	Nazca Y	Nazca C	Nazca IV	Nazca	8
				Disyuntivo	7
Chanca	Nazca B	Nazca B	Nazca III	Nazca	6
				Prolífero	5
Nazca	Nazca A	Nazca A	Nazca II	Nazca	4
				Monumental	3
					2
			Nazca I		1
			Paracas		

Efectivamente, el antecedente directo de la cultura Nazca es indudablemente Paracas, conocida sobre todo por el yacimiento de ese nombre en la península de Pisco y especialmente por los sitios de los alrededores de Cerro Colorado, aunque también se señala otro yacimiento en Ocucaje, en el valle de Ica.

En relación con la cultura *Paracas,* se distinguen dos tipos que posiblemente representen dos fases diferentes en una hipotética secuencia, aunque no se puede afirmar con absoluta certeza al carecerse de una clara estratigrafía a este respecto. Por razones de carácter estilístico sobre todo, se suele situar como más antigua a la cultura de las Cavernas y como más reciente a la llamada Paracas Necrópolis.

La cultura *Paracas Cavernas* se localiza, y de ello deriva su nombre, en las tumbas en forma de caverna, consistentes en un pozo con cámara funeraria en la que se hallan habitualmente treinta o cuarenta cadáveres envueltos en mantas y con abundantes ofrendas. Los tejidos de este periodo, que se han realizado en lana de llama, vicuña, algodón o una especie de seda vegetal, presentan una decoración de carácter simbólico en colores diversos, pero de menor valor e interés que los tejidos del periodo Necrópolis.

Durante el periodo Paracas Cavernas suele aparecer una cerámica cuyas formas más características son las de cuenco o globular con dos picos y puente, al tiempo que ofrece una decoración incisa y pintada en amarillo, verde, rojo, etc., para las zonas interlineares; otras veces aparece pintada en dos colores negativos y temas generalmente geométricos o, finalmente, con decoración modelada representando frutos o figuras humanas. Hay que señalar también entre las ofrendas halladas en estas cavernas algunos objetos de oro.

En lo que se refiere al periodo denominado *Paracas Necrópolis,* «Tello descubrió también extensos conjuntos de *casas* subterráneas e inmensos mausoleos asociados a este complejo [...]. Gran número de casas comportaban en la parte superior un vestíbulo de donde partía una escalera que conducía al interior; otras, igualmente provistas de un vestíbulo, encerraban un hornillo y a veces una gran jarra, sin duda destinada a conservar alimentos o bebidas. En fin, una serie de patios llevaban hasta las grandes cámaras funerarias contiguas, donde reposaban los cuerpos ricamente vestidos. Así, más que una verdadera aldea destinada a los vivos, parece que se trataba de un vasto conjunto funerario del que todos los edificios no serían más que anexos de cámaras sepulcrales» (Lavallée-Lumbreras, 1985). Un conjunto de aproximadamente 260 metros cuadrados de extensión ha proporcionado 429 fados funerarios con sus correspondientes cadáveres momificados y envueltos en telas, perfectamente conservadas gracias al clima tan extremadamente seco de la región.

La momificación de los cadáveres, que era, ciertamente, muy perfecta, también se benefició del clima casi desértico de la zona. La posición habitual de los cadáveres era con la cabeza apoyada sobre el vientre y piernas y brazos cruzados. Perfectamente atado el cadáver se introducía en un canasto de mimbre y éste a su vez era envuelto en grandes telas a veces de hasta 20 metros de longitud por 4 de anchura, que terminaban de cerrar el «fardo».

Así como los tejidos de este periodo son de una extraordinaria riqueza, la cerámica, en marcado contraste, es de una gran simplicidad, generalmente sin decorar o con una decoración muy pobre. Hachas de piedra, huesos de llama y otros animales: maíz, algodón, lana, etc., y algunos ornamentos de oro, completaban la ofrenda de estos enterramientos.

Como hemos señalado más arriba, lo más destacable de este periodo es, sin lugar a dudas, la industria del tejido, en la que descollaron estos artífices hasta un altura insospechada. Técnicamente, tanto el torcido de los hilos como la realización del bordado en punto atrás, punto en cruz, medio punto en cruz, etc., es de una calidad extraordinaria y casi única. Por otra parte, la combinación y armonización de los colores es, muchas veces, extraordinariamente atrevida y siempre agradable, sirviéndose principalmente del rojo, azul, amarillo, gris, etc. Los temas son, casi siempre, de carácter mitológico o simbólico, adquiriendo unas veces una apariencia seminaturalista, otras un estilo muy geométrico. Dioses demoniacos con trajes complicados, felinos, serpientes, pájaros, etc., se alternan siempre según un ritmo adecuado y gracio-

so, presentando un conjunto armonioso y bello, pese a la extrañeza de los símbolos y representaciones utilizadas.

Si consideramos a Paracas como el inicio de la secuencia cerámica que conocemos como *Nazca,* hay que señalar un primer periodo Nazca I o Proto-Nazca de Strong, que equivale al estilo 1 de Rowe y que, en realidad, viene a ser todavía como una continuación de la cultura Paracas, ya que, en realidad, se aprecian menos cambios en la transición Paracas-Nazca que en las diferencias internas de los estilos Paracas o los Nazca, considerados como secuencias aisladas. En realidad, el mayor cambio que se observa en este periodo Proto-Nazca es el hecho de que se abandona la pintura *post-cocción* y se empieza a utilizar el de la pintura cocida. También cabría señalar algunas nuevas formas cerámicas, así como ciertos diseños decorativos. Sin embargo, la cerámica monócroma del periodo Paracas Necrópolis y el estilo de los tejidos siguen realizándose en esta etapa. La cerámica polícroma que presenta los límites de los diseños delimitados mediante una fina línea incisa fue denominada por Strong, *Cahuachi Policromo Inciso.* También se encuentran en esta fase algunas vasijas cuyo interior es negro mate, que presentan superficies muy brillantes que contrastan con el fondo mate. Estas vasijas suelen estar pintadas en rojo, blanco, negro, ante, naranja, marrón y gris, y no es infrecuente la decoración modelada.

La etapa siguiente en la secuencia cerámica es el periodo *Nazca II* o Nazca A o Nazca Monumental de Rowe, que se caracteriza por presentar una decoración muy *naturalista* con diseños zoomórficos y fitomórficos que casi siempre es posible identificar: plantas como el ají, la jíquima, el pacae, el pallar, y el maíz, o animales como el jaguar, el venado, el sapo, el ratón, el zorro, la llama, el mono, la serpiente, lagartijas, pelícanos, arañas, gaviotas, halcones, cóndores, colibríes, peces diversos, etc. Todos esos diseños eran bien dibujados, mediante líneas en negro y los interiores se rellenaban con colores brillantes en una gama de ocho o más colores y tonos diferentes. Además de los diseños naturalistas antedichos, aparece alguno que corresponde al mundo de los mitos: un felino con atributos humanos, sin colmillos pero con mostachos. En general, los diseños quedan perfectamente aislados en medio de áreas sin decorar, lo que da a la vasija un estilo sobrio y elegante. En esta fase II de la cerámica Nazca se utilizaron muy diversos tipos de vasijas, como son botellas de doble pico y puente, tazones de bordes evertidos, platos de lados rectos y base redondeada, y tazas bajas con paredes divergentes y bordes evertidos, etc.

Los problemas planteados en torno a la fase III de la cultura Nazca son de gran complejidad. El periodo Nazca III, que equivale al Nazca B de Gayton-Kroeber, ha sido un periodo muy discutido. Julio C. Tello, que lo denominaba *Chanca,* lo consideraba anterior al periodo Nazca A, apuntando la posibilidad de que fuese originario de la sierra. La transición de la etapa Monumental a Prolífero es más de carácter estilístico que de carácter temático (Roark, 1965). En efecto, muchos temas subsisten en el periodo III, pero su tendencia al barroquismo, la proliferación de apéndices, la densidad de los temas decorativos, etc., todo hace que dichos motivos sean más abstractos y se hagan más *míticos,* en contraste con el *naturalismo* del periodo anterior. Por otra parte, las vasijas tienden a ser más altas y más angulares; siguen siendo muy característicos los vasos con los lados muy abiertos y con los bordes evertidos. En cualquier caso, a pesar de la frecuencia de los temas mitológicos y abstractos, hay un cierto número de figuras realistas entre las que se cuentan las representaciones de agricultores, y guerreros y los de cabezas-trofeo, lo que implica un amplio desarrollo del militarismo.

La fase siguiente es la llamada Nazca IV o periodo Disyuntivo. Durante este periodo los motivos decorativos se hacen más simples y al mismo tiempo más abstractos; las formas de las vasijas se han hecho mucho más variadas: botellas con golletes con una cara modelada o pintada, vasijas de doble pico divergentes y puente, ollas con asitas, etc.

No es mucho lo que se puede decir de los asentamientos y la arquitectura nazca, pero sí se pueden mencionar algunos datos aislados como, por ejemplo, los hallazgos relativos a *Cahuachi,* en el valle de Nazca, donde además de una construcción de carácter piramidal se descubrieron numerosos cuartos construidos con adobes pequeños de forma cónica. Las casas para habitación debían estar hechas de *quincha* o «bahareque». De otra parte, se ha dado a conocer un sitio de vivienda en la hacienda Cordero Alto, en el valle de Ica y que corresponde al final de Nazca I y el comienzo de la fase Nazca II. Muy cerca de ese lugar, en Cerro Soldado, se descubrieron varias casitas dispersas por la colina, con buena cimentación de piedra y un santuario en la parte superior de la colina. Este poblado corresponde, sin duda, al periodo Nazca II, y viene a ser como una continuación de Cordero Alto.

Dos Palmos es otro sitio de gran interés, situado en el valle de Pisco, y que corresponde igualmente al periodo Nazca II. Se trata de un asentamiento conglomerado que ocupa una superficie de 500 por 300 metros y podría corresponder a una pequeña ciudad o pueblo grande. Las casas se hallan apiñadas una junto a otra, son de forma cuadrada o rectangular, pero de tamaño pequeño y como únicos lugares públicos se advierten unas cinco plazas a lo largo del poblado.

El sitio de *Cahuachi,* al que nos hemos referido más arriba, fue ocupado durante el periodo Nazca II, y «Strong considera que fue una especie de *capital* de un Estado que pudo producirse por conquista y que habría incluido algunos valles, entre ellos Acarí, según comenta Rowe. La arquitectura es mixta, al igual que en la fase I, y existen tanto casas de *quinche* como construcciones hechas con adobe. Hay muros sólidos compuestos de adobes cónicos muy largos, puestos horizontalmente y con la base en el paramento, para lograr una superficie plana; parece que estos muros sirvieron de respaldo de las construcciones de *quincha,* las cuales estaban adheridas a ellos y armadas a base de unos postes que deberían sostener techos que nacían de las paredes de adobe. Debido a ese carácter de las habitaciones, hechas con materiales perecederos, no es posible conocer la extensión total de ellas, ni su cantidad, pero parece que el área fue bastante grande» (Lumbreras, 1983).

Cahuachi desarrolló una muy intensa actividad en el terreno de la arquitectura durante el mismo periodo Nazca II, ya que utilizando un montículo natural se construyó una pirámide que se elevaba no menos de veinte metros sobre el nivel de la superficie del terreno. Esta construcción piramidal servía de base a uno de los primeros y casi únicos templos nazca conocidos hasta el presente. Delante de esta construcción piramidal hay un gran canchón que mide 75 metros de longitud por 45 metros de anchura con una orientación este-oeste. Además del mencionado templo piramidal, hay otros montículos menores, ordenados en torno a plazas, así como canales y calles, lo que hace pensar que, como hemos dicho, Cahuachi debe considerarse como una pequeña ciudad o como un pueblo grande.

Hay que mencionar una serie de asentamientos en el valle de Acari que corresponden también al periodo Nazca II. Tales asentamientos son: Tambo Viejo, Chocaventu, Amato y Huarato. Tambo Viejo, situado junto al pueblo de Acari, es una población fortificada, con muralla de piedra y adobe y es sin duda el de mayor tamaño

del valle, ya que se extiende por un kilómetro de longitud y medio de anchura. Las casas son pequeñas y rectangulares y en medio de ellas hay montículos de mayor o menor tamaño y plazas

Durante la fase siguiente —*Nazca III*— parece que los grandes poblados de los que hemos hablado en los párrafos anteriores —Cahuachi, Dos Palmos o Tambo Viejo— quedaron abandonados y la población se dispersó. El único centro importante habitado a comienzos de la fase III fue el de Cerro Soldado, en el valle de Ica. De este periodo es un centro religioso, *La Estanquería,* cerca de Cahuachi, que consiste en una plataforma cuadrada con doce líneas de veinte estacas de troncos de algarrobos que debieron servir para sostener una techumbre. Otro sitio parecido ha sido descubierto en el valle de Río Grande.

Un resurgimiento de los poblados al estilo antiguo es el que se produce durante el periodo *Nazca IV*. Así, por ejemplo, en la pampa de Tinguiña, en el valle de Ica, se descubrió un poblado que en la actualidad cubre un cuadrado de seiscientos metros de lado y que muy posiblemente representa la mitad del poblado, ya que las cre-

Dibujos zoomorfos de la Pampa de Nazca.

cidas del río han destruido parte del yacimiento. En ese poblado se distinguen montículos, una plaza y numerosísimas casas con buena cimentación de piedra. Del mismo periodo, aunque correspondiendo a la subfase 8, es un centro ceremonial situado junto al río Tunga, que consiste en un pequeño templo circular que tiene a su alrededor un conjunto de cuartos y casas. «El templo tiene paredes gruesas de piedra, con una entrada; fuera de él hay varios cuartos de paredes también gruesas y rampas inclinadas. En el interior se han encontrado restos de animales monolíticos no labrados, todo lo que hace pensar en un lugar de sacrificios. A la espalda y al oriente del edificio circular aparecen los restos de los compartimentos grandes, cuyas paredes fueron hechas de adobes semicilíndricos más o menos grandes. Cerca hay restos de lo que pudo ser un cementerio» (Lumbreras, 1983).

De los muchos aspectos sorprendentes de la cultura Nazca, quizás el más extraordinario es el de los *geoglifos* descubiertos en la pampa de Ingenio, entre Nazca y Palpa, y que han constituido desde hace mucho tiempo el motivo principal de estudio para la investigadora María Reiche (1969). Esos geoglifos no son otra cosa que líneas que representan determinados diseños, a una escala descomunal, y que se han realizado sobre la base de mover piedras en el desierto para dejar al descubierto el suelo original, que al no estar recubierto por la pátina que tienen las rocas, expuestas durante millones de años a la acción exterior, presentan una coloración más clara. De este modo los «diseñadores» de tales geoglifos han ido ordenando la forma en que debieran moverse las piedras para dejar al descubierto las líneas claras que indicaran el curso del dibujo.

Los antiguos habitantes de la región han dibujado mediante ese sistema pistas absolutamente rectilíneas que tienen kilómetros de longitud, líneas en zig-zag de apariencia caprichosa, espirales, y otras figuras geométricas; pero también supieron representar multitud de figuras animales y vegetales: pájaros, peces, una araña, un mono, una orca, etc. Para algunos autores, como la misma María Reiche o Paul Kosok, esos geoglifos responden a la necesidad de un fino control del tiempo y a la elaboración de un calendario, a partir de observaciones astronómicas precisas. Cada una de esas representaciones simbolizarían los signos del zodiaco. Imposible, sin embargo, poder precisar más esta hipótesis.

La tradición del tejido, tan brillantemente iniciado en Paracas, se continúa a través de las diferentes fases de la cultura Nazca. Estos tejidos, que eran hechos de algodón o de lana, se fabricaban mediante la técnica del tapiz o del brocado. Los diseños que aparecen en las telas, ya sean bordados, ya sean pintados, son siempre los mismos que sirven para decorar la cerámica. Los vestidos incluían diversas piezas, como camisas, faldellines, turbantes, cinturones y mantos.

g) Otras culturas regionales

Las culturas regionales que se desarrollaron a lo largo del periodo Clásico en los Andes centrales no son solamente las que hemos mencionado hasta ahora —Moche, Nazca, Lima, Huarpa y Recuay—, todas ellas las más brillantes e importantes del área, especialmente en la región costera. En efecto, otras muchas culturas regionales, de las que aún sabemos menos que de las reseñadas, se fueron definiendo a lo largo de los Andes. Del conocimiento pormenorizado de todas estas culturas surgirá un conocimiento mucho más preciso en los próximos años, lo que nos dará una imagen más real del proceso de regionalización que se aprecia a lo largo de toda el área.

En la región del Cuzco, donde los incas iban a fundar, siglos después, el imperio militarista que cubriría casi en su totalidad el área andina, sabemos de la existencia de una cultura a la que algunos autores, como Manuel Chávez Ballón, denominan *Waru* y otros, como John H. Rowe, *Qarmenqa,* y de la cual apenas sabemos algo acerca de su cerámica. Se trataría, en todo caso, de una cultura aldeana muy pobre.

La cerámica Waru de tipo fino o de lujo se halla decorada generalmente en rojo sobre fondo blanco o bien en forma modelada. Las vasijas pintadas, que suelen ser de forma abierta, presentaban diseños muy sencillos a base de líneas rectas u onduladas, mientras la decoración modelada suele representar figuras antropomorfas. La cerámica ordinaria suele estar engobada en rojo o alisada, presentando una decoración modelada o incisa.

En la región de Andahuaylas, al noroeste de Cuzco, John H. Rowe había localizado un complejo cultural que suponía de carácter formativo y al que bautizó con el nombre de *Qasawirka;* sin embargo, «investigaciones posteriores hechas por el arqueólogo Grossman (Ms) han comprobado que pertenece a un desarrollo regional con uso de cobre y poblados de regular tamaño. La publicación de los trabajos de Grossman muy pronto nos dirán varias cosas sobre el carácter y manifestaciones de esta nueva cultura en la sierra central» (Lumbreras, 1983).

La cultura *Huancayo* fue un complejo cerámico descubierto por Alfred L. Kroeber, situado en el valle del Mantaro. Esa cerámica, que se caracteriza por su decoración en negro sobre rojo con diseños cursivos y geométricos que se relacionan con el estilo Caja de la cultura Huarpa, ha sido localizada por Ramiro Matos y David Browman en el mismo valle del Mantaro, situándola en este periodo regional. En asociación con esta cerámica, se han localizado en ese mismo valle varios centros semiurbanos, algunos de ellos de considerable tamaño.

La cultura *Higueras* es la más característica de las zonas altas del Marañón y del Huallaga en Huánuco. Lo más característico de esta cultura es su cerámica, que se halla emparentada con la cerámica Virú y con la del callejón de Huaylas. Se trata de una cerámica en rojo con incisiones y modelado y un tipo negativo. El explorador francés Bertrand Flornoy ha estudiado en esa misma región una serie de edificios asociados a una cerámica parecida a la de la cultura Higueras; aunque es aún prematuro afirmar nada, estas estructuras arquitectónicas, algunas de las cuales llegan a tener hasta siete pisos de altura, con ventanas y escaleras hechas mediante lajas en saledizo, podrían corresponder al mismo complejo cultural Higueras.

En la región de *Cajamarca* se conoce una secuencia cultural muy compleja que comprende cinco fases: Cajamarca I es probablemente formativa; Cajamarca II correspondería plenamente el periodo Clásico; las fases III y IV serían de influencia de Tiahuanaco, y finalmente Cajamarca V sería de época inca. La cerámica, que ha sido estudiada por Henry Reichlen, tiene como característica más destacable la de que usa una pasta blanca de caolín que sirve de base para una decoración en rojo, negro o anaranjado representando motivos cursivos: líneas finas hechas a pincel y que producen un efecto floral. «El área de expansión de esta cultura y su foco principal de desarrollo no son suficientemente conocidos, pues bien pudiera encontrarse en Cajamarca mismo o más al sur. Mc Cown ha demostrado que en Cajamarca y Huamachuco la cultura Cajamarca tiene mucha popularidad, aunque la mejor parte del material corresponde a la época III, en que la zona de Huamachuco era la más importante de todo el área. Parece que antes de la ocupación de Cajamarca hubo allá una de tipo intermedio entre Recuay y Gallinazo, con cerámica negativa» (Lumbreras, 1983).

Más al norte de Cajamarca, el propio Henry Reichlen dio a conocer una secuencia cultural que comprende tres fases: Kuelap, Chipurik y Ravash. Puede afirmarse, en términos generales, que estas culturas parecen relacionarse mejor con los Andes septentrionales que con las culturas más meridionales. La cultura *Kuelap,* cuyo nombre deriva de un edificio muy conocido del departamento de Amazonas, parece ser la fase más antigua de esta secuencia y podría corresponder al periodo Clásico de que tratamos. La fase *Chipurik,* que parece estar emparentada con Cajamarca, es posiblemente también de este periodo. Finalmente, *Ravash* podría significar como una especie de renacimiento de Kuelap.

Aunque no se conoce mucho de los asentamientos de estas culturas, sabemos que los edificios de las fases Kuelap y Chipurik están construidos en piedra y son de forma circular. El tipo de sus enterramientos es o bien en nichos en los muros o bien en grutas en asociación a unas curiosas figuras funerarias. Los miembros de estas culturas comían carne de camélidos, cultivaban la calabaza, la coca y el algodón, y debían tener animales domésticos. En el registro de cultura material de estos pueblos hay que incluir los propulsores, las camisas de algodón y de lana, y la práctica de la trepanación.

En cuanto a la cerámica, hay que precisar que la de tipo Kuelap se halla decorada con modelado, pastillaje e incisión, siendo la forma más característica la de vasijas con dos asas horizontales juntas. La cerámica Chipurik es generalmente pintada con diseños cursivos parecidos a los de Cajamarca; también es muy característica una cerámica pintada en rojo sobre negro, emparentada con la de tipo Negro de la cultura Wari.

«Recientemente —dice Lumbreras (1983)— se ha dado gran publicidad al descubrimiento de las ruinas de Pajatén, que quedan en una región montañosa semejante a la de Kuelap. Se trata de edificios circulares con los muros decorados con el sistema de mosaico típico de Kuelap, con la diferencia de que en Pajatén se observa una mayor elaboración y un mayor número de motivos; el lugar queda cerca de Pataz, en el norte peruano, y sabemos que las ruinas debieron estar ocupadas en tiempos incaicos, por lo que se debe suponer que son tardías; hemos visto cerámica de estilo cuzqueño procedente de Pajatén. Pero allí es necesario estudiar mucho aún; al parecer, estamos frente a una nueva área cultural, distinta de la central-andina y a la nor-andina.»

2.3. *Área centro-sur: Tiahuanaco*

La llamada área centro-sur o circum-Titicaca, en el periodo Clásico, ofrece una cultura dominante por encima de cualquier otra: la cultura Tiahuanaco. Desgraciadamente, el yacimiento de *Tiahuanaco* ha provocado más despropósitos interpretativos que minuciosas y rigurosas excavaciones estratigráficas que hubiesen aclarado sin duda, hace ya mucho tiempo, el supuesto misterio de esta ciudad, lo que hace que hasta hace muy poco tiempo las ruinas de Tiahuanaco se conociesen muy mal y que la posición cronológica de muchos de los periodos que se han propuesto aún no se halle suficientemente aclarada.

Sigue siendo un total misterio, por ejemplo, los orígenes de la cultura tiahuanacota. Se adivina una indudable relación con Chavín, pero hasta ahora no se ha estudiado esta posibilidad de un modo serio. Otros autores piensan que acaso el origen

de la cultura de Tiahuanaco haya que buscarlo en la costa meridional del Perú, región que aún queda prácticamente desconocida para la arqueología.

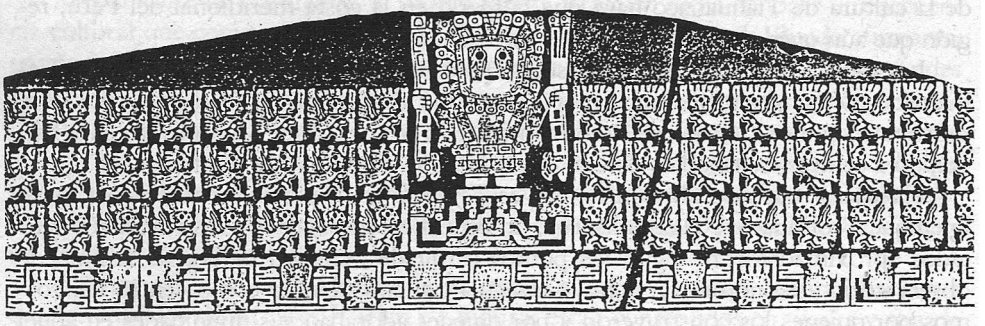
Las descabelladas teorías de Posnansky acerca de la remota antigüedad de Tiahuanaco, de su situación, origen, etc., han sido desterradas afortunadamente hace muchos años. Los trabajos de Bennett primero y los de Ponce Sanginés después han venido a centrar los estudios de esta cultura en los términos que se merece.

Tiahuanaco, cuyo nombre en aymara es *Taypicala* (= «la piedra en el centro»), es, al igual que Teotihuacan, Tikal o Moche, un centro ceremonial, con los edificios orientados aproximadamente según los puntos cardinales, con un indudable sentido de observatorio astronómico y, como consecuencia, considerado como centro del cosmos por quienes los construyeron y por quienes adoraban sus divinidades en aquel lugar (Kubler).

Tiahuanaco, como ciudad arqueológica, representa un conjunto monumental de una importancia extraordinaria, independientemente de la repercusión que su cultura tuviese en el ámbito del área circum-Titicaca, o del área andina en su conjunto, durante el periodo anterior a la época incaica. Según el plano de Ibarra (1958), se pueden distinguir dos núcleos importantes: el primero comprende el Kalasasaya, el Acapana, el Pequeño Kalasasaya, el Palacio de los Sarcófagos y otros pequeños edificios; el segundo es el Pumapuncu, algo aislado del grupo anterior.

El *Kalasasaya* es el más famoso de todos los edificios. Esta construcción, siguiendo la maqueta de Kantatayita, representa un edificio de planta rectangular orientado de este a oeste, y de 118 por 128 metros, de cuyo perímetro únicamente se conserva en la actualidad una serie de monolitos puestos en pie, los cuales, posiblemente, sostendrían un ancho murallón. Se asciende a un amplio patio rectangular interior por medio de una ancha escalinata, situada en el lado este de la estructura, mientras en el interior habría otras tres para ascender a una segunda plataforma donde se sitúan dos monumentos de gran interés en la escultura tiahuanacota: la Puerta del Sol y El Fraile. Aunque la *Puerta del Sol* se halla situada desde 1904 en el ángulo noroeste del Kalasasaya, se ignora cuál fuese su lugar de origen. Se trata de una pieza monolítica de lava andesítica, de tres metros de altura por cuatro metros de anchura en la que se ha excavado una puerta, sobre la cual hay un importante relieve, en cuyo centro se representa una figura humana de frente, con gran cabeza cuadrada, rodeada de rayos y con amplio y complicado pectoral en cuyas manos se observan dos cetros decorados con cabezas de cóndores. A ambos lados de esta figura principal hay cuatro filas de personajes, dos de las cuales representan seres humanos alados, y las otras dos, figuras de aves con piernas humanas o soles y cabezas de cóndores, orientados hacia la figura central. Estos relieves han sido motivo de muy diversas interpretaciones por parte de varios investigadores, como Uhle, Tello, Posnansky, Pucher, etc., llegando algunos a veces a creer que se trata de una representación de tipo calendárico o cronológico al estilo de los mayas. En el ángulo suroeste del Kalasasaya se halla el monolito conocido con el nombre de *El Fraile,* el cual representa una figura humana de caracteres muy hieráticos y formas muy pesadas, cuyos brazos se extienden a lo largo del cuerpo y en cuyas manos hay dos objetos no identificados.

El *Acapana* se halla junto al edificio que acabamos de describir. Esta es una construcción de planta rectangular, de 140 por 180 metros, con una elevación de aproximadamente 15 metros, cuyo carácter piramidal ha sido señalado por José de Mesa, distinguiéndose una gran pirámide central y otra que sobresale, con escalinatas, en cuya cima debió existir un templo.



Relieves de la Puerta del Sol en Tiahuanaco.

En el lado oriental del Kalasasaya se localiza el llamado *Templo Semi-subteráneo.* Éste es un edificio de planta casi cuadrada de 28,50 metros de norte a sur y 26 metros de este a oeste, excavado en el terreno a 1,70 metros de profundidad y limitado por un muro de contención compuesto por losas o pilares monolíticos verticales, con bloques o piezas menores intermedias. En el lado sur una escalinata permite descender hasta el interior del templo, cuyos muros están adornados con cabezas-clava, agrupadas relativamente, formando conjuntos. Entre los materiales escultóricos encontrados en el interior de esta estructura, además de las citadas cabezas, hay varias estelas, de las cuales la más interesante es, sin duda, la número 15, cuyo estilo concuerda con el de los relieves, en gran parte destruidos, de algunos de los monolitos de los muros del propio edificio.

El *Putuni* o *Palacio de los Sarcófagos* se halla al oeste del Kalasasaya. Este conjunto se conoce con ese nombre debido a que se descubrieron varias cajas de piedra o sarcófagos en su interior. De planta rectangular, se distinguen aún dos líneas de cimientos que marcarían los límites de una serie de habitaciones con columnas, probablemente cubiertas. Otros edificios del mismo sitio son el palacio de *Kheri-kala,* el grupo de *Luka-Kollu* y la gran pirámide de *Rumapuncu,* cuya plataforma superior se halla a dos niveles diferentes. En una de esas plataformas estaría un templo con entrada formada por tres portadas del estilo de la Puerta del Sol.

Otro centro tiahuanacota de gran importancia es el yacimiento de *Huancané* o *Khomkho Huancané,* que pertenece al área cultural de Tiahuanaco y puede considerarse inscrito, por lo tanto y en términos generales, dentro de las características culturales y estilísticas del centro metropolitano de Tiahuanaco.

Huancané, en todo lo que se refiere a la estructura general y a la disposición de los monumentos arquitectónicos, recuerda extraordinariamente a Tiahuanaco, aunque en este caso las proporciones son mucho más modestas. La zona arqueológica cubre varias hectáreas, presentando en su parte central un cerrito o colina de poca elevación, quizás artificial. En la falda de la sierra de Quimsa-Chata se sitúa un *pukará* o acrópolis en buen estado de conservación. Alrededor del cerro hay multitud de bloques de piedra tallada y restos de muros muy destruidos. Junto al montículo central hay dos *Kalasasaya* orientados aproximadamente en dirección norte-sur y muy próximo uno al otro. Ambos están delimitados por bloques de piedra toscamente tallados y de no gran altura. Además de los muros que afloran y las piedras trabajadas que se advierten en la superficie del terreno, hay numerosos montículos que no han sido explorados.

El valor de la escultura y el relieve del estilo Tiahuanaco es extraordinario, no sólo por el número de las piezas halladas, sino por el estilo que desarrollan, lleno de una gran singularidad y personalidad. Bennett distingue cuatro grupos de escultura que pueden atribuirse, aunque no con demasiada certeza, a otros tantos periodos de la cultura Tiahuanaco.

El *estilo Naturalista* corresponde al primer grupo señalado por Bennett. Aunque no hay confirmación, podría atribuirse al periodo Tiahuanaco I. Se incluyen en este grupo las dos esculturas antropomorfas situadas hoy frente a la iglesia de Tiahuanaco, así como otras dos halladas cerca de las minas y dos cabezas-clava. Su estilo es muy naturalista, contrastando con el más conocido, de carácter geométrico, hierático y convencional.

El *estilo Clásico* es el más conocido y característico de Tiahuanaco. Se trata de esculturas desarrolladas sobre monolitos a modo de relieves por los cuatro costados de la pilastra, y tienen por ello un carácter extremadamente convencional. Hay que destacar dentro de este grupo a la ya citada *Puerta del Sol,* así como el Monolito Bennett, el Fraile y el Monolito Ponce. El *Monolito Bennett,* de seis metros de altura y diecisiete toneladas de peso, representa una figura central muy esquematizada, portando dos vasijas o *Keros* en las manos, rodeada de otras dieciséis figuras antropo y zoomórficas, distribuidas según un esquema muy complicado. La figura presenta, por su parte posterior, catorce bucles que la caracterizan, aparentemente, como figura femenina. Este estilo parece corresponder al periodo Clásico de la cultura tiahuanaca.

El *estilo Decadente* comprende una serie de esculturas y relieves sobre pilares o losas representando figuras humanas o de animales, pero con caracteres no tan puros como los señalados para el grupo anterior. Pueden atribuirse estas esculturas, o parte de ellas, al periodo decadente de la cultura Tiahuanaca.

Finalmente, el *estilo Geométrico* presenta ejemplares trabajados según normas sumamente estilizadas y geométricas, en las que es difícil adivinar los rostros humanos representados y en las que predominan las líneas angulares.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

ALCINA FRANCH, José, *L'Art Précolombien,* París, Editions d'Art Lucien Mazenod, 1978.

— *La arqueología de Esmeraldas (Ecuador): Introducción general,* Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1979.

BENNETT, W. C. y Junius BIRD, *Andean Culture History,* Nueva York, American Museum of Natural History, Handbook Series, núm. 15, 1949.

BERGSOE, Paul, *Metalurgia y tecnología de oro y platino y proceso de adorno y metalurgia de cobre y plomo entre los indios precolombinos,* Bogotá, 1982.

COLLIER, Donald y John V. MURRA, *Reconocimiento y excavaciones en el Sur Andino del Ecuador,* Cuenca, Universidad Católica del Ecuador, 1982.

DONNAN, Christopher B., *Moche Art of Perú, Pre-Columbian symbol communication,* Los Angeles, University of California, 1978.

ESTRADA, Emilio, *Prehistoria de Manabi,* Guayaquil, Publicaciones del Museo Víctor E. Estrada, vol. 4, 1957.

GAYTON, Anna y Alfred L. KROEBER, *The Uhle Pottery Collection from Nazca,* Berkeley, University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, vol. 24, núm. 1, 1-46, 1927.

GUINEA, Mercedes, *Patrones de asentamiento en la Arqueología de Esmeraldas (Ecuador),* Madrid, Memorias de la Misión Arqueológica Española en el Ecuador, vol. 8, 1983.

HOLM, Olaf y Hernán CRESPO, «El Periodo de Desarrollo Regional», en *Historia del Ecuador,* vol. 1, 193-320, Quito, Salvat, 1980.

KUBLER, George, *The Art and Architecture of Ancient America. The Mexican, Maya and Andean Peoples,* 2.ª ed., *The Pelican History of Art,* Londres, Penguin, Books, 1975.

LANNING, Edward P., *Perú before the Incas,* New Jersey, Prentice Hall Inc Englewood Cliffs, 1966.

LAVALLÉE, Daniéle y Luis G. LUMBRERAS, *Les Andes de la preshistoire aux Incas,* L'Univers des Formes, París, Gallimard, 1985.

LUMBRERAS, Luis G., *De los pueblos, las culturas y las artes del Antiguo Perú,* Lima, Moncloa-Campodonico Editores, 1969.

— *Arqueología de la América Andina,* Lima, Milla Batres, 1981.

— *Las sociedades nucleares de Sudamérica,* Historia General de América (G. Morón. dir.), vol. 4, Caracas, 1983.

MENZEL, D., J. H ROWE y L. DAWSON, *The Paracas pottery of Ica. A study in style and time,* Berkeley, University of California Publications in American Archeology and Ethnology, vol. 50, 1964.

ROARK, Richard P., «From Monumental to Proliferous in Nazca pottery», *Ñawpa Pacha,* número 3, págs. 1-92, Berkeley, 1965.

SCHAEDEL, Richard P., «Stone sculpture in the Callejón de Huaylas», *Memoirs of the Society for American Archaeology,* núm. 4, págs. 66-79, Wiss, 1948.

JOSÉ ALCINA FRANCH

V. PERIODO POSTCLÁSICO

Durante los últimos siglos del primer milenio de nuestra era, y principalmente en las centurias novena y décima, se produce la caída de los grandes centros regionales clásicos. El poder teocratizante va siendo sustituido por el secular y las sociedades manifiestan igualmente un distanciamiento de lo religioso. La aparición del militarismo es igualmente un factor significativo.

Mientras que en el área centroandina asistimos durante este periodo a un proceso de integración política de los cacicazgos o reinos, en el área mesoamericana prosigue y aun se acentúa la fragmentación.

1. Área mesoamericana

Uno de los fenómenos claves en la historia mesoamericana es aquel que afecta a la decadencia de los grandes centros de la época clásica. De manera heterogénea, pero en cualquier caso en un corto periodo de tiempo que se desarrolla entre los años 700 y 1000, la mayor parte de los núcleos urbanos que habían ordenado y controlado la vida mesoamericana sufren un profundo proceso de abandono y deterioro, posibilitando que sitios nuevos retomen el poder y se inicie una profunda remodelación de las áreas de influencia y control. Es éste un fenómeno que se origina con la decadencia de Teotihuacan a comienzos de la octava centuria y no finaliza hasta que se cumple el primer milenio, en que decaen los centros mayas del norte del Yucatán.

Si el origen del uso del sistema de escritura de Cuenta Larga se consideró como punto de partida del periodo Clásico para la región mesoamericana, su desaparición será estimada clave para definir el final de esta etapa y el inicio del Postclásico. Una visión tradicional de la historia de la región a la que estamos haciendo referencia presupone que los centros urbanos del Clásico, cuyos representantes más notorios acabamos de analizar, estuvieron orientados de manera preferente hacia la vida pacífica y religiosa y se organizaron en enormes densidades de carácter teocrático; mientras que las ciudades del periodo Postclásico se caracterizaron por mantener patrones más seculares, con un fuerte contenido militarista y urbano, a la vez que el arte religioso ocupaba en ellas un lugar secundario.

Hoy día esta visión tradicional del mundo mesoamericano desde la tercera centuria de nuestra era ha sido alterada en profundidad, de tal manera que los gober-

nantes clásicos no fueron tan pacíficos como se les había supuesto; de la misma manera, la mayor parte de los estados de esta etapa distan mucho de ser exclusivamente teocráticos. Ahora bien, hemos de reconocer que algunas de las características propuestas por la visión tradicional no se han alterado, y cuestiones tales como la secularización de la sociedad y el militarismo o la aparición de estilos artísticos diferentes y algo más alejados de temáticas litúrgicas, así como la expansión de nuevas unidades políticas mediante conquista, diseñan con ortodoxia el panorama mesoamericano después del año 1000.

En cualquier caso, hoy parece claro que los centros del Clásico no se despoblaron por completo, sino que siguieron manteniendo sus constantes vitales, eso sí, bastante mitigadas, y que siguieron aportando algunas claves al desarrollo cultural de la región. Este panorama, diverso en relación con la etapa precedente, va a ser analizado en profundidad en las páginas siguientes sobre la base de describir los ejemplos más característicos.

1.1. *Tula*

Los estudios que hacen referencia al periodo Postclásico en la historia mesoamericana se ven enriquecidos de manera considerable mediante el concurso de una nueva fuente de conocimiento —los documentos escritos— que cada vez se está relevando más útil para la comprensión de los fenómenos históricos ocurridos en la región desde finales del siglo x.

La caída de Teotihuacan a comienzos de la octava centuria había provocado la lucha por el poder entre centros tan poderosos como el Tajín, Cholula, Xochicalco, Cacaxtla y, más tarde, la propia Tula. El fin de los forcejeos y continuos intentos para alzarse con la hegemonía política y comercial, culminó con el ascenso de Tula como centro más poderoso del área. No obstante, un grupo de investigadores que ha estado trabajando recientemente en el centro de México opinan que el predominio de este asentamiento no fue tan importante; el estudio de los patrones de asentamiento en el valle de México pone de manifiesto que centros como Cholula alcanzaron por estos momentos una evolución cultural y política similar. Por último, recientemente se ha afirmado que los toltecas apenas si llegaron a ser influyentes en Mesoamérica como un todo.

En buena medida, la idea prefigurada que tenemos de los toltecas como grandes guerreros, que consiguieron dominar vastas regiones tanto del norte como del sur de Mesoamérica, procede de las narraciones legendarias que se refieren a ellos como aventajados guerreros y artistas, que sobresalieron en casi todas las manifestaciones vitales de los pueblos. De hecho, los reyes y gobernantes de gran parte de la Mesoamérica postclásica trataron de enlazar, a veces fraudulentamente, con ancestros toltecas con el fin de legitimar y dar prestigio a su poder.

Tales historias semilegendarias confirman que los toltecas llegaron a la cuenca de México procedentes de la frontera noroeste, donde llevaban un sistema de vida de tipo tribal, y se asentaron en Tula, en el estado de Hidalgo. Los grupos que confluyeron en esta zona tenían un desarrollo cultural muy heterogéneo: unos fueron tolteca-chichimeca de habla nahua, mientras que otros como los nonoalca de Veracruz y Tabasco tenían una experiencia civilizadora más profunda. Aún otros, incluso, debieron ser contingentes norteños de las colonias establecidas por Teotihuacan

durante el periodo Clásico, los cuales, tras la caída de este centro, decidieron emigrar hacia el sur y establecerse en Tula.

Esta mezcolanza y confusión en cuanto al origen de los grupos que se asientan en este centro, fiel reflejo de la existente por aquel entonces en la mayoría de las regiones de Mesoamérica, se manifiesta por la amplia cantidad de sitios que son designados con el término «Tollan», nombre que hace referencia a «un lugar de cañas o de juncos». Ciertos autores han llegado a pensar que el término hace referencia primariamente a la ciudad de Teotihuacan, que tras su caída prestó ciertos contingentes humanos al, por aquel entonces, pequeño asentamiento de Tula; pero este mismo término también designó a Cholula (Tollan Chololan), núcleo que habría de hacerse importante poco después.

La llegada a Tula, un minúsculo asentamiento fundado en tiempos de Teotihuacan, a la vista de la procedencia tan diversa de sus ocupantes, no fue uniforme, sino que parece desdoblarse en dos momentos: un primer grupo de individuos estuvo conducido por Mixcóatl (Nube Serpiente) y se estableció en la región del Cerro de la Estrella, en Ixtapalapa. La segunda etapa se inicia cuando, presionados por los olmeca-xicalanca que en estos momentos controlan Cholula, estos contingentes se desplazan hacia Tula conducidos por Ce Ácatl Topiltzin, también conocido con el nombre de Quetzalcóatl o «1 Rojo», según la fecha de su nacimiento, que pudo ocurrir hacia el año 960.

Topiltzin se identifica en esta época como alto sacerdote del culto a la Serpiente Emplumada, Quetzalcóatl, y logra unificar a todas las facciones étnicas, políticas y religiosas que habían confluido en este centro pocos años antes, dando un enorme esplendor a la ciudad.

Las crónicas confirmas que su máximo rival, Tezcatlipoca (Señor de la Noche), identificado con el Norte, se enfrentó con él hasta forzar su salida de Tula hacia el año 987, y con un reducido grupo de allegados, cruzó el valle de México en dirección a la costa del Golfo. La capital de los toltecas fue ocupada hasta que en el año 1165 su máximo dirigente, Huémac, decidió trasladarla a Chapultepec, donde se suicidó. Tras la muerte de Huémac, el imperio del centro de México volvió a desintegrarse y dio lugar a nuevos intentos de reorganización política y cultural.

La Tula arqueológica que hoy día conocemos está situada a unos sesenta kilómetros al noroeste de Teotihuacan, y se convirtió en el centro principal más septentrional de Mesoamérica. Ocupa una región de pequeños barrancos y valles con buenas posibilidades de comunicación con regiones muy diversas, circunstancia de la que se valió en el pasado para poner en relación zonas ecológicas complementarias. Su fundación pudo ocurrir en el año 650, en que se inicia la construcción de pequeños montículos y un juego de pelota a unos dos kilómetros al suroeste del gran centro ceremonial, en un área que se ha denominado Tula Chico. Incluso, un poco más al norte de este asentamiento temprano, se levantó otro pequeño centro, El Corral, en el que se descubrieron cerámicas características de las fases Metepec y Tlamimilolpa de Teotihuacan.

Para finales del periodo Clásico tardío, hacia el año 900, comienza a desarrollarse de manera compleja el centro de la ciudad, que alcanza su máxima expansión a finales del primer milenio. El Recinto Ceremonial de Tula se extiende aproximadamente sobre un área de un kilómetro cuadrado, aunque las laderas que lo circundan fueron niveladas para contener gran cantidad de plazas y montículos. Está limitado por dos templos piramidales: el Templo del Sol (o Tezcatlipoca Blanco del Este),

que fue destruido casi en su totalidad en tiempos aztecas, y el Templo de Quetzalcóatl al norte.

El Templo de Quetzalcóatl (Edificio B) está dedicado a esta deidad en su vertiente de Venus o Estrella de la Mañana —Tlahuizcanpantecuhtli—, y estaba sostenido por altas columnas en forma de atlantes que fueron derribados tras la caída de la ciudad, a la vez que columnas en forma de serpiente y pilares grabados. El basamento de la estructura se decoró a la manera de Teotihuacan, con taludes y tableros, y en su última fase fue rodeado por paneles esculpidos de jaguares caminando, pumas en actitud amenazante, águilas devorando corazones humanos, coyotes y cabezas antropomorfas con elementos de hombre, pájaro y serpiente, así como por figuras del dios del maíz y el propio Quetzalcóatl.

En la entrada del templo, que probablemente tuvo dos habitaciones a las que se accedía por medio de una escalinata limitada por alfardas, se colocó un chac-mool, y su puerta principal estaba sostenida por columnas que simulaban cuerpos de serpientes con sus cabezas descansando en el suelo.

Al frente y oeste del edificio hay una enorme galería con columnas y banquetas grabadas con escenas de figuras que llevan tocados de plumas, joyas, flores, dardos y escudos, los cuales están pintados en rojo, azul, amarillo, blanco y negro. En la esquina este aparece una pared decorada con la figura de una gran serpiente —*Coatepantli*—, que se compone de una hilera de serpientes devorando esqueletos distribuidos en paneles, junto con volutas y conchas, en una distribución y función que recuerda a la existente en el Tenochtitlan azteca. El motivo central del *Coatepantli* representa al planeta Venus, hermano gemelo de Quetzalcóatl, Xólotl, como Estrella de la Mañana. Asimismo, hay rasgos del propio Quetzalcóatl distribuidos por toda la ciudad, por ejemplo, en el Edificio C.

En la plaza principal de Tula se colocó un altar debajo del cual se ha descubierto un escondite con 33 vasijas, muchas de ellas fabricadas en Culhuacán en el centro de México, así como figurillas huecas procedentes de diversos sitios del valle.

En Tula se han identificado hasta ahora seis juegos de pelota, de los cuales el más importante está colocado al oeste de la Plaza Principal. Tiene forma de I y anillos de piedra colocados en las paredes de la cancha, y es muy similar tanto en forma como en tamaño al de Xochicalco, asemejándose también a los juegos de pelota clásicos de las tierras bajas mayas.

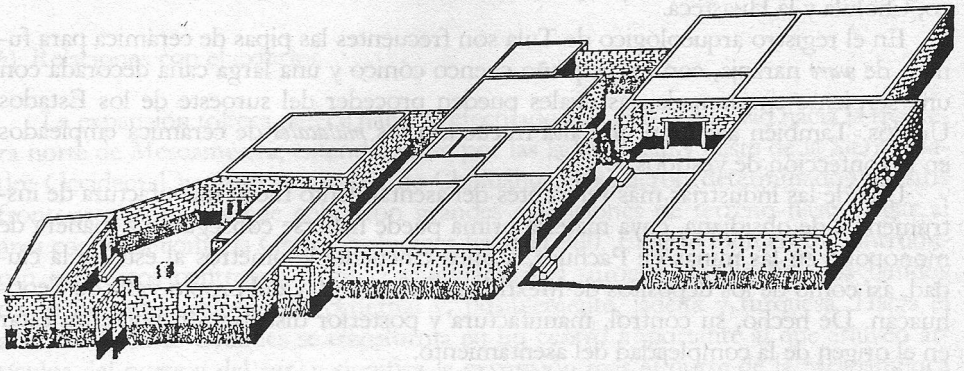
Las innovaciones introducidas en Tula afectan, más que a los sistemas arquitectónicos que están profundamente enraizados con la arquitectura del centro de México, a los elementos decorativos: guerreros, águilas, jaguares, cráneos y huesos cruzados, serpientes emplumadas, corazones humanos, etc., que ponen de manifiesto la existencia de un ambiente guerrero, un tanto violento. No obstante, contrastan estas manifestaciones de violencia con el hecho de que Quetzalcóatl sea con mucho la deidad más representada, mientras que no lo fue Tezcatlipoca, a pesar de regir los destinos de la ciudad durante un periodo de doscientos años aproximadamente. Hay una fecha, 1 Rojo 8 Pedernal (980), que puede identificarse con este personaje, aunque hay algunos especialistas que opinan que ésta pudo ser tallada por los aztecas.

En definitiva, Tula tuvo un gran desarrollo urbano que se extendió en un radio de unos 14 kilómetros cuadrados en su época de máximo esplendor, englobando Tula Chico (Clásico tardío) y Tula Grande (Postclásico temprano), y albergando una población que osciló entre 37.000 y 60.000 habitantes.

Rodeando esta alta colina bien defendida sobre la que se levantó el centro de la

ciudad se dispersaron diferentes grupos de habitación que recuerdan a los conjuntos de apartamentos teotihuacanos, y que fueron ocupados por segmentos muy amplios de población, tanto por las clases altas, como por los estratos medios, especialistas y artesanos; por el contrario, la mayor parte de los individuos relacionados con Tula vivió en pequeñas unidades residenciales ocupadas por familias en un hábitat disperso, que se asemeja más al vigente en Tenochtitlan que al puesto en práctica por Teotihuacan.

Los apartamentos multifamiliares constan de habitaciones cuadradas o rectangulares con cimientos de piedra, bloques de adobe en las paredes y techumbres planas. Muchos de ellos no tuvieron fachadas especiales, pero otros fueron enlucidos y, a veces, recubiertos por pequeñas losas tabulares y después repellados con estuco. Las casas estuvieron planificadas hacia el interior, en torno a patios en cuyo centro se colocó un pequeño altar de grupo. El acceso se efectuaba por medio de una pequeña puerta en forma de L y los suelos eran de tierra apisonada, aunque algunos pocos fueron después enlucidos. Las estancias, cuyas paredes fueron de piedra, tuvieron funciones especializadas, y algunas de ellas se utilizaron como cocinas.



Reconstrucción de un conjunto multifamiliar en Tula.

Debajo de algunas habitaciones se colocaron enterramientos, aunque las ofrendas fueron excesivamente pobres como para indicar diferencias de estatus social, las cuales pueden rastrearse más bien por el espacio de las construcciones y por el tipo de materiales que se emplearon para levantarlas. También se encontraron pozos de almacenaje debajo de las habitaciones, que tenían forma rectangular y estaban formados por bloques de adobe.

Los altares o santuarios colocados en el centro del patio fueron bajas plataformas rectangulares o cuadradas con paredes inclinadas en talud. Al menos uno de ellos fue decorado con cráneos humanos tallados, y debajo de ellos se localizaron enterramientos; inhumaciones de personas importantes para linajes familiares, por ejemplo, el jefe de un linaje, constituyen una práctica muy extendida durante largos periodos de tiempo por todo Mesoamérica.

Aún no se ha abordado un estudio amplio sobre la especialización de estos conjuntos de apartamentos, pero parece claro que no estuvieron ocupados por agricultores, sino por especialistas y artesanos. Ni siquiera se cultivaron jardines dentro de la ciudad, sino que los espacios cubiertos de sus ocupantes estuvieron dedicados al tra-

bajo de la obsidiana, tubos de cerámica para el drenaje, trabajos en fibra de *ixtle* y, quizás, a la confección de figurillas de cerámica.

Rodeando este área semiurbana vivió de manera dispersa la población campesina, que se ha calculado en torno a los 60.000 individuos, que, junto a los 60.000 estimados en el interior del recinto urbano, pudo alcanzar un máximo de 120.000 personas. No cabe duda, pues, que Tula fue una gran urbe, muy compleja, pero en ningún momento alcanzó el desarrollo organizativo, social y cultural de su vecina Teotihuacan.

Las cerámicas aparecidas en Tula ponen de manifiesto la existencia de tres periodos básicos: el más temprano se identifica con la fundación de Tula Chico y muestra una clara influencia teotihuacana; el segundo corresponde a la expansión arquitectónica del sitio y se identifica con la manufactura de cerámica autóctona decorada con líneas rojas y formas que incluyen *molcajetes,* jarras de agua y cuencos con patas protuberancia, así como con la importación de cerámicas del exterior como la Plomiza procedente de la Costa Sur de Guatemala, la Anaranjada Fina de la costa del Golfo maya y la Nicoya Polícroma de Costa Rica; y una tercera etapa que marca el fin de la ciudad y la invasión de cerámicas del horizonte cultural azteca procedentes de Chalco, Cholula y la Huasteca.

En el registro arqueológico de Tula son frecuentes las pipas de cerámica para fumar, de *ware* naranja, con un pequeño cuenco cónico y una larga caña decorada con una serpiente emplumada, las cuales pueden proceder del suroeste de los Estados Unidos. También alcanzan una alta frecuencia los *malacates* de cerámica empleados en la confección de vestidos.

Una de las industrias más relevantes del asentamiento fue la manufactura de instrumentos de obsidiana, cuya materia prima puede haberse conseguido a manera de monopolio en las minas de Pachuca, a unos cincuenta kilómetros al este de la ciudad, así como de los depósitos de Mextitlán, Tulancingo y del propio valle de Teotihuacan. De hecho, su control, manufactura y posterior distribución pudieron estar en el origen de la complejidad del asentamiento.

a) La economía

La organización social tolteca debió estar fundamentada en desigualdades de carácter económico y social, según se pone de manifiesto en el diferente tamaño y materiales de construcción de los conjuntos de apartamentos descubiertos, aunque aún disponemos de pocos datos para profundizar más en esta cuestión. Los diferentes grupos de parentesco y económicos residentes en la ciudad enfocaron toda su actividad cultural hacia Tula Grande, cuya fundación puede significar la centralización del poder en manos de un reducido grupo de corte aristocrático, quizás distinto del que ocupaba Tula Chico.

Las técnicas agrícolas de los toltecas incluían la irrigación de sus campos y la apertura de terrazas. No podemos establecerlo con absoluta seguridad, pero parece ser que el sur de la ciudad fue un territorio dedicado a la producción agrícola, dada la calidad de las tierras, y fue empleado no sólo para el cultivo del maíz, sino también para la explotación del algodón, que se trabajó en las bases de los valles —en el área de Ixmiquilpan—, del *ixtle* y otros productos.

Tula, como los otros grandes centros de la Mesoamérica prehispánica, funda-

mentó en buena medida parte de su desarrollo cultural y su poder en la potenciación de un pequeño grupo de élite que se encargó de dirigir la trayectoria cultural de la ciudad y de sus ocupantes. A cambio de ello, y de una gran complejidad, se necesitó la afluencia de una enorme cantidad de materias primas, bienes exóticos y escasos, y productos de lujo y utilitarios que obligaron a mantener amplias y seguras redes comerciales por las cuales, al mismo tiempo, filtrar su influencia y extender su control político.

Las importaciones toltecas incluyen cerámica, guijarros de obsidiana y concha y, quizás, unos pocos bienes acabados como instrumentos de obsidiana, pieles de animales, plumas, algodón y cacao y, sobre todo, cerámicas lujosas como la Plomiza de Guatemala, Nicoya Polícroma de Costa Rica y Anaranjada Fina del área de Veracruz-Tabasco. Un artículo muy importante que comienza a circular por estas redes comerciales es la metalurgia, que aparece en el occidente de México hacia el 800 y puede proceder de Centroamérica y aún de América del Sur. Concretamente, en Tula no se ha encontrado ningún objeto de metal, pero es casi seguro que las redes comerciales controladas por los toltecas permitieron el flujo de tal producto a regiones muy alejadas del área mesoamericana.

b) Relaciones con el exterior

La expansión tolteca parece haberse efectuado con más seguridad hacia la frontera norte de Mesoamérica, extendiéndose por las laderas este y oeste de la Sierra Madre Occidental hacia el límite sur de Chihuahua. Existieron determinados puestos fronterizos norteños que cubrieron grandes extensiones de terreno hasta llegar al área conocida como la Gran Chichimeca hacia el 900. En este momento se introducen productos controlados por comunidades del suroeste de los Estados Unidos como hematita, calcedonia, pedernal y, posiblemente, jadeíta y turquesa. Hacia el año 1050, Casas Grandes se transforma en un centro importante al que afluyen artículos del norte y del sur, y significa la expansión más al norte de la Mesoamérica prehispánica. Es de este modo como podemos explicarnos la representación de Quetzalcóatl y de Tláloc en los murales Awatowi, en el área Hopi.

Si bien la expansión de la influencia, y quizás el control de regiones, de las redes comerciales fue amplia hacia el norte, no podemos considerar el imperio tolteca como grande en tamaño; en cualquier caso, no similar a la expansión olmeca, teotihuacana o azteca. De hecho, existen muchos y muy poderosos competidores hacia el sur, que impiden la penetración tolteca en sus dominios: el Tajín, Cholula y Cempoala son algunos de ellos.

En términos estrictos, los toltecas sólo pudieron controlar el norte del valle de México, ya que la mitad sur estaba en manos de Cholula, y el oeste era dominado por Xochicalco. Sin embargo, el control sí parece haber sido efectivo en el norte de Guerrero, el Balsas y la costa del Pacífico, donde una vez más el Soconusco es una zona muy ambicionada por los ocupantes del centro de México. También el control fue muy fuerte sobre el área de Tulancingo, la Huasteca, parte del valle de México y este de Morelos, así como una estrecha franja que conectó la capital con los sitios norteños incluidos en la cultura Chalchihuites. Una relación que reviste características especiales y será analizada más adelante es aquella que se estableció con el Yucatán, más concretamente con Chichén Itzá.

c) La destrucción

El final de Tula sucedió entre el 1168 y el 1178, y pudo estar motivado por una dramática destrucción del centro originada por el empuje de los pueblos del norte. Seguramente, un cambio climático drástico en el área Chichimeca obligó a los pueblos norteños mesoamericanos a emigrar hacia el sur, lo que hizo perder a Tula su dominio sobre las redes comerciales septentrionales y sobre gran cantidad de productos. Tula entonces fue destruida por el fuego y saqueada, con el consiguiente abandono de la población. Hacía tan sólo doce años que Huémac, el último gobernante tolteca, decidió trasladar al bosque de Chapultepec la capital, por lo que el antiguo asentamiento que había sido testigo del gran esplendor que alcanzaron sus ocupantes se hizo demasiado débil para contener los empujes de los grupos norteños.

Después de su destrucción, algunos segmentos de población se fusionaron con los nonoalca establecidos en Puebla, mientras que otros emigraron hacia la cuenca de México, a Culhuacán. A pesar del corto periodo de su esplendor, unos ciento cincuenta años, Tula dejó un halo de prestigio y de poder que sin duda no se correspondió con la realidad, pero que mantuvo tal arraigo en la región que todos los pueblos mesoamericanos del Postclásico pretendieron, como se ha mencionado con anterioridad, estar emparentados con sus gentes.

1.2. *Los zapotecos de Oaxaca*

Tras la caída de Monte Albán, acelerada y promovida en parte por el hundimiento de Teotihuacan en el centro de México, el valle central de Oaxaca vive una etapa de transformación y reformulación del poder político y del prestigio social de sus centros, en la cual ocurren diferentes tentativas de controlar zonas que tradicionalmente había dominado Monte Albán.

A continuación, se inician dos procesos fundamentales en el área zapoteca: en primer lugar, el desarrollo de centros cívico-ceremoniales en la base del valle, la mayoría de ellos antiguos asentamientos que se nutren de la población que abandona la capital política: Zaachila, Mitla, Cuilapan, Lambytieco, Mazatlán y demás. Por otra parte, se inicia un cambio radical en la naturaleza de los monumentos tallados, ya que sólo se van a representar registros genealógicos y dinásticos que, en muchas ocasiones, hacen referencia a matrimonios reales entre linajes gobernantes de lugares como Cuilapan, Mazatlán o Lambytieco.

En tales registros, las narraciones documentan la vida y hechos más notorios de los personajes representados, y ponen de manifiesto la existencia de una práctica que a lo largo de todo el Postclásico va a alcanzar una importancia sin precedentes en toda la historia mesoamericana: aquella que utiliza como estrategia política de alianzas el matrimonio entre personajes de alto estatus, procedentes de diferentes sitios importantes.

Uno de los centros que prosperan en este momento (correspondiente a Monte Albán IV) es Lambytieco, que alberga alrededor de cien montículos dentro de un yacimiento más amplio conocido con el nombre de Yegüih, cuya ocupación se desarrolla desde el Formativo medio hasta el Postclásico tardío. En realidad, Lambytie-

co, como muchos otros sitios florecientes del valle en esta época, tiene la misma cerámica que Monte Albán IIIb, lo cual nos hace pensar que la caída de la capital zapoteca no debió ser en exceso dramática o violenta y que, en cualquier caso, tuvo poca incidencia en las poblaciones del valle.

Sin embargo, sí se notan determinadas innovaciones con respecto a la etapa anterior, como los mencionados registros iconográficos, la colocación de veneras de piedra, grecas escalonadas y figuras de estuco como elemento decorativo en la arquitectura, la aparición de nuevos tipos cerámicos y un cambio en las costumbres funerarias. Lambytieco recoge estos nuevos rasgos y tiene un corto pero intenso momento de prosperidad entre los años 700 y 750, la cual se ha originado a partir de la producción de cerámica y de la explotación monopolizada de las cercanas minas de sal. En realidad, la calidad del producto extraído no era muy buena, pero al menos sirvió para que en muchas ocasiones desplazara a la procedente de la zona del Itsmo, de superior calidad pero más encarecida.

Los arquitectos de Lambytieco tratan de emular en lo posible a la gran capital zapoteca, planificando este centro a su imagen y semejanza a base de largos edificios en torno a patios y de similares sistemas de tumbas que constan de una pequeña escalinata, una antecámara y una cámara mortuoria decorada con estuco, en la que se retratan los individuos enterrados en su interior. Un rasgo frecuente en estas tumbas es la aparición de figurillas colocadas por pares, macho y hembra, que sugieren matrimonios de élite.

Seguramente este momento de esplendor haya posibilitado la llegada de influencias mayas en algunos aspectos como la decoración arquitectónica en estuco y la aparición de incensarios de tipo Balamcan, rasgos que manifiestan la utilización por parte de los comerciantes mayas de rutas que atraviesan la costa de Oaxaca en su camino hacia Guerrero y el altiplano central mexicano.

En similar situación de autonomía política, hasta el punto de que llegan a constituirse en pequeños estados, se encuentran diferentes comunidades del valle, cada uno con sus propios territorios y sus propias responsabilidades administrativas como El Choco, Santa Cruz Mixtepec, Ánimas Trajano y otros.

Pero Lambytieco también sufre su decadencia particular, la cual coincide, una vez más, con el desarrollo de otros centros. En este caso, el abandono del sitio marca el punto de partida en el que se inicia la construcción de edificios palaciegos en Yagul, un yacimiento contemporáneo de Monte Albán I, pero que no alcanza su máximo esplendor hasta las etapas IV y V. También Mitla, conocida por los zapotecos como *Lyobaa* («Lugar de Muertos»), puede haberse fundado en tiempos de Monte Alban I, pero su desarrollo cultural y político ha sido pausado durante todo el Clásico del valle central de Oaxaca. Más tarde, para finales del periodo IV de Monte Albán, consigue una evolución muy compleja, levantando grupos de palacios y templos y, sobre todo, fortificándose, lo cual nos da una idea del momento de intranquilidad social en el que vive todo el área zapoteca.

Mientras tanto, la antigua capital del valle, Monte Albán, se ha transformado en la cabecera de un pequeño estado autónomo más, que tiene que velar por su propia tranquilidad y seguridad, para lo cual ha reforzado gran parte de su perímetro con altas paredes. La población que alberga el centro en estos momentos no sobrepasa los 4.000 habitantes. En los valles, y en los sitios que hemos mencionado, hay un profundo cambio en el patrón de asentamiento, que está más emparentado con las corrientes innovadoras del Postclásico temprano que con los modelos tradicionales

del periodo Clásico: la población se traslada a sitios altos, que pueden ser bien defendidos desde el punto de vista militar.

En suma, el final del periodo Clásico tardío en el valle central de Oaxaca comienza a notarse tras el hundimiento de Monte Albán, originándose una profunda remodelación del poder político en el área, mediante la cual surgen pequeños estados autónomos desde el punto de vista político, administrativo y comercial. En un interregno de unos doscientos años los zapotecos conviven con sus viejos patrones culturales, erigiendo centros planificados de manera similar a la que había sido su antigua capital confederal, utilizando cerámica de la época IIIb y construyendo tumbas similares a las de la etapa anterior; pero a la vez se están preparando para asumir los patrones más característicos del periodo Postclásico en Mesoamérica. Es éste un momento en que se inicia el traslado de los centros a parajes bien resguardados, se alteran los motivos de las representaciones en los monumentos, etc. En esta profunda remodelación de la cultura zapoteca ningún centro logró alcanzar el poder y la prosperidad que Monte Albán en su etapa IIIa y b, y el área vive un dilatado momento de balcanización que se mantendrá hasta la época de superposición mixteca en que se iniciará un nuevo proceso de integración cultural.

1.3. *Los centros de la Huasteca*

La Huasteca es una región que se emplaza directamente al sur de Tamaulipas y costa de Tejas (ambas áreas de baja cultura) y al norte de Veracruz; así pues, se enclava en la periferia noreste de Mesoamérica. Desde un punto de vista ecológico, se trata de una zona de enorme complejidad ambiental, y sólo mantiene cierta unidad cultural en el lenguaje y en ciertos elementos básicos. La región, no obstante, parece haber formado parte del área cultural mesoamericana desde antiguo, pues hay claras evidencias que definen determinados contactos con el sur de Veracruz, Tabasco y las tierras bajas mayas desde el periodo Formativo temprano, vínculos que se habían visto truncados mediante la penetración de contingentes nahuaparlantes en Veracruz.

Los grupos huastecos ocupantes de la región eran de lengua maya que se separaron del tronco lingüístico maya hacia el 1500 a.C.; con todo, y a pesar de su afiliación lingüística, tuvieron una trayectoria cultural autóctona, más cercana a otras culturas del centro de México que a la propiamente maya. Es más, el clímax de su desarrollo cultural puede haberse relacionado con movimientos de gente tolteca hacia el norte, introduciendo nuevas creencias religiosas e innovaciones prácticas sobre armamentos, secularización y militarismo que desde finales del periodo Clásico se estaban distribuyendo rápidamente por Mesoamérica.

La secuencia más amplia obtenida en la zona que nos ocupa procede de las investigaciones realizadas en las márgenes del río Pánuco, en el sur de la Huasteca, que parece haber estado ocupado de manera ininterrumpida desde el Formativo temprano hasta tiempos aztecas. De todos modos, la historia de la Huasteca ha sido algo errática en cuanto a su complejidad cultural se refiere, y así, a momentos de compleja evolución han seguido otros de drástica simplificación cultural. Es muy posible que ello se deba a los periodos de flujo cultural procedente de otras regiones hacia un área que, por su emplazamiento periférico y su mayor contacto con zonas de bajo desarrollo, osciló entre una clara adscripción hacia área de baja o alta cultura, aunque nosotros consideramos más ajustada la segunda posibilidad.

Así la influencia de Teotihuacan durante el Clásico temprano aparece clara, para después sumirse en una situación de deterioro cultural; más tarde es El Tajín quien detenta la influencia y obtiene una nueva etapa de prosperidad. El clímax cultural se alcanza durante el periodo Postclásico temprano en sitios como Tamuin, Cacahuatenco y Las Flores en el estado de Veracruz, o Buena Vista y El Ébano en el de San Luis Potosí. Seguramente, este nuevo periodo de fuerte evolución se deba a la relación con Tula, la cual no parece haber sido violenta. Es desde este punto de vista como mejor podemos explicarnos que en la parafernalia religiosa y popular se hayan encontrado más rasgos del centro y oeste de México que de otros lugares del sur de Mesoamérica. Es muy posible que esta relación no obedezca sino a la apertura de una red comercial hacia el norte, una característica de la expansión tolteca, a la cual la Huasteca decidió integrarse.

A través de una amplia red, las comunidades afincadas en la Huasteca se unieron y participaron del flujo de productos que procedían de regiones muy diversas y lejanas del norte y del sur de Mesoamérica, adquiriendo cerámica plomiza, objetos de cobre, pipas de arcilla, sellos, *malacates,* conchas grabadas y figuras con ruedas.

El sitio más importante de la región es Tamuin, que ocupa una extensión aproximada de 17 hectáreas y encierra varias decenas de montículos. La disposición de las estructuras en el interior del yacimiento es muy similar a la que aparece en otras regiones de Mesoamérica: grandes plataformas emplazadas en torno a un patio abierto sobre las que se colocaron edificios de carácter perecedero. Quizás, una de las estructuras más sobresalientes sea una pequeña plataforma templaria decorada con un mural pintado en rojo oscuro sobre un altar cubierto de estuco; en él aparecen once personajes ricamente ataviados dispuestos en la misma dirección, cuya composición y temática guarda fuertes relaciones con los altares grabados que fueron construidos en Tula y en Chichén Itzá.

Junto a estas estructuras de carácter residencial destacan por su frecuencia unos edificios redondos de función templaria, y altares cuya forma varía desde completamente circular a cónico-truncada. Se trata de verdaderos templos con sus basamentos, escalinatas con alfardas, cuerpos en talud y cornisas que aparecen en Las Flores, Tancol y Pavón.

Los edificios redondos en Mesoamérica han estado emparentados tradicionalmente con Ehécatl, una vertiente de Quetzalcóatl en su calidad de dios del viento. Por otra parte, Quetzalcóatl está ligado al este como punto cardinal de referencia, y la Huasteca es una de las regiones emplazadas más al noreste de Mesoamérica. No extraña, pues, que sea ésta la zona que encierra mayor cantidad porcentual de construcciones redondas y que, aparentemente, haya estado dedicada al dios del viento con sus templos y tableros circulares que parecen emular al remolino. Este culto aparece reflejado en las lápidas 1 y 2 de Huilocintla, en Veracruz, en que aparece el sacerdote Quetzalcóatl autosacrificándose y llevando una pieza que identifica el remolino. El propio mural de Tamuin parece representar sacerdotes dedicados al culto exclusivo de esta deidad.

Un rasgo que también resulta característico en esta región es el uso del alquitrán o *chapopote,* que se utiliza tanto para decorar figuras como para cubrir los suelos, y cuya práctica puede haber llegado hasta aquí desde Veracruz, estado en el que se empleó de manera generalizada durante la etapa clásica. Incluso las fachadas de algunos templos fueron cubiertas con este material.

El estilo escultórico empleado en la Huasteca se desarrolla preferentemente so-

bre losas planas en las que se tallan motivos en bajorrelieve. Quizás la pieza más característica del arte huasteco sea aquella de una figura conocida como el Niño huasteco, que apareció bajo una pequeña estructura temprana, cuya espalda, brazos y rostro están decorados con finos relieves que simulan tatuajes. Característicos de las figuras que se tallan en losas o son exentas son los tocados en forma cónica o una cavidad en el pecho que pudo haber albergado alguna incrustación. Otras esculturas parecen representar escenas de vida y de muerte, a veces confluyendo ambas en la misma pieza.

La cerámica tuvo un desarrollo bastante autóctono y local, con pocos cambios a lo largo de la amplia secuencia establecida, lo cual abunda en su carácter periférico y lugar poco visitado por los grandes centros mesoamericanos de influencia. Ya en el Postclásico tardío se introdujo un único estilo cerámico negro sobre blanco que formó varios diseños sobre jarras y vasos, muchos de ellos efigie, el cual se transformó en un marcador de horizonte de la fase Pánuco y pone de manifiesto las influencias aztecas. Esta cerámica fue comerciada con poblaciones del sureste de los Estados Unidos, aunque los contactos entre ambas regiones parecen haber sido bastante esporádicos.

Este florecimiento cultural, al cual nos hemos referido brevemente, no pasó, sin embargo, hacia el interior; por ejemplo, en la Sierra de Tamaulipas y laderas del este de la Sierra Madre Oriental se obtuvo el máximo desarrollo durante el periodo Clásico temprano, pero después se volvió a una vida de poblado agrícola que ya no se va a alterar hasta el momento de la conquista.

1.4. *Chichén Itzá y el Yucatán postclásico*

El hundimiento de los grandes centros civicoceremoniales del sur de las tierras bajas mayas y el efímero momento de florecimiento de algunos asentamientos del centro y norte del Yucatán había originado un profundo cambio en la orientación de las redes comerciales a larga distancia y de las zonas de influencia en el área maya.

En esta nueva situación, las antiguas rutas fluviales o terrestres del interior del Petén, Belice y cuenca del Usumacinta se quedan obsoletas y la estrategia comercial se desplaza hacia las periferias de la península del Yucatán, hacia sus costas. Seguramente, este cambio en la estrategia de comercio que se opera a lo largo de la novena centuria provocara en buena medida la caída de los centros clásicos, pero también estuvo acompañado por innovaciones tecnológicas mediante las cuales se manufacturaron canoas grandes y pesadas, que pudieron llevar mayor cantidad de productos y más variedad. El centro que en buena medida dominó el comercio en el área maya fue Acalán, en la costa del Golfo. Por otra parte, los productos comerciados durante el periodo Postclásico ya no van a ser de importancia exclusiva de la élite, sino que también hacen frente a las necesidades cotidianas de amplios segmentos de población: fundamentalmente cacao, sal, algodón y obsidiana, pero también conchas, cerámicas, basalto, jadeíta y piedra verde, *copal,* esclavos, miel, plumas y una amplia variedad de alimentos.

Como consecuencia de este cambio de estrategia en las redes comerciales, y esto no quiere decir que no existieran rutas en el interior pero menos importantes, se produjo una alteración en la estrategia de asentamiento; los sitios que se habían establecido en el interior comenzaron a decaer, a la vez que las poblaciones riverinas y

costeras se iban haciendo cada vez más importantes; por ejemplo, los asentamientos emplazados a lo largo de la costa oriental de la península del Yucatán habrían de alcanzar un desarrollo sin precedentes.

Otro rasgo panmesoamericano, el militarismo, permite explicar el nuevo tipo de organización de la sociedad postclásica y los cambios ocurridos a finales del Clásico terminal. La guerra ha sido un mecanismo muy utilizado para explicar los acontecimientos ocurridos en las tierras bajas desde la décima centuria; ha servido para definir el hundimiento de los centros clásicos y también como razonamiento de la aparición de ciudades amuralladas en la costa oriental de Yucatán.

En todos estos cambios, innovaciones tecnológicas y alteraciones de la sociedad clásica se observa la lenta aparición de un grupo afincado en las tierras bajas de Tabasco que incrementa de manera notable las redes de comunicación del sur de Mesoamérica y pone en conexión regiones muy distantes. Este grupo, de habla chontal, es conocido con el término de Putún y porta consigo un gran número de tradiciones del centro de México, tanto de Teotihuacan como de Tula, y de diversos sitios de la costa del Golfo.

Los putún son una mezcla de guerreros y comerciantes cuyo máximo interés parece haber sido controlar las rutas comerciales más importantes, mediante las cuales pusieron en relación amplias regiones del centro y sur de Mesoamérica. Por ejemplo, los rasgos mayas que aparecen en la cancha del juego de pelota o en las estelas de Xochicalco o los excelentes murales de Cacaxtla manifiestan este contacto durante el periodo Clásico, y las influencias mayas en el Grupo Principal de Tula sugieren que se extendió a la etapa postclásica. En dirección opuesta, los rasgos mexicanizados aparecidos en Ceibal durante el Clásico terminal, o el arte tolteca en Chichén, sugieren que ambas zonas estuvieron en contacto durante largos periodos de tiempo.

La evolución de los acontecimientos en estas regiones está muy poco documentada, pues la visión tradicional presupone que la expulsión de Quetzalcóatl de la capital tolteca motivó su éxodo hacia el sur y arrastró con él tradiciones e instituciones del centro de México, introduciéndolas en Chichén Itzá a comienzos del Postclásico. Hoy día, a la vista de centros con fuerte influencia de Clásico maya emplazados en regiones cercanas a la cuenca de México como Cacaxtla, Xochicalco o la propia Tula, la cuestión no está tan clara, aunque aún no disponemos de datos suficientes para discutir en profundidad esta cuestión.

Los documentos yucatecos afirman que para inicios de la novena centuria hacen su aparición diversos grupos itzás en la zona, los cuales se verán reforzados por nuevas oleadas que llegan a lo largo del siglo x. Para esta época, probablemente hacia el año 987, un grupo de gente procedente de Tula y encabezado por un líder que se había asignado el título de Quetzalcóatl-Kukulcán (Serpiente Emplumada) llega al asentamiento de Chichén Itzá. Las leyendas son muy confusas en lo que se refiere a este personaje, cuyo título deben haber utilizado sucesivos líderes para detentar más prestigio y poder; es muy posible que los contingentes que llegan a Chichén Itzá sean diversos grupos itzás aliados con los maya putunes de las tierras bajas de Tabasco, y que lo hagan en diferentes oleadas hasta lograr el dominio de este centro yucateco.

A partir de este momento, y hasta finales del siglo xii, Chichén Itzá va a controlar gran parte de la península del Yucatán, coincidiendo con el final del florecimiento de los sitios emplazados en la zona puuc. Tanto los murales como los relieves esculpidos en la ciudad ponen de manifiesto que este dominio no siempre fue pacífico, sino que los gobernantes mayas locales, descontentos con la política de tributos in-

troducida por los itzás, protagonizaron sucesivos conflictos armados que tuvieron que ser sofocados por los ocupantes de Chichén Itzá.

Una de las tareas más urgentes que iniciaron los nuevos pobladores del centro fue la reconstrucción de la ciudad a semejanza de la que ellos habían dejado en el centro de México, y su fundación debió obedecer a la cercanía de dos fuentes de agua importantes: el *cenote* Xtóloc, «iguana», y el Cenote de los Sacrificios, en el cual se centralizó el culto al dios de la lluvia. Sin duda, existieron varios *cenotes* más en el perímetro urbano, los cuales se encuentran tapados en la actualidad.

La estapa tolteca se manifiesta en dos momentos constructivos diferentes que, quizás, coinciden con las dos oleadas de gentes que llegan al asentamiento: una primera etapa en la que se levantó el Templo del Chac Mool bajo la Pirámide de los Guerreros y la subestructura del Templo de Kukulcán; y un segundo momento que caracteriza el resto de la ocupación tardía de la ciudad, y que introdujo las siguientes innovaciones artísticas con respecto al periodo Clásico:

1. Edificios con grandes graderías de pilares o columnatas, las cuales permitieron cubrir construcciones más profundas y amplias.
2. Templos redondos, que eran de uso muy frecuente en el norte de México.
3. Columnas en forma de serpiente emplumada con la cabeza apoyada en el suelo, las cuales sostienen puertas más anchas que las habituales de los templos mayas.
4. Uso general de la serpiente emplumada para decorar las balaustradas, paredes, alfardas, y otros elementos arquitectónicos.
5. *Tzompantlis* o altares de cráneos tallados en sus cuatro lados con motivos de calaveras y huesos cruzados en bajorrelieve.
6. Empleo de atlantes con los brazos hacia arriba para sostener banquetas y altares.
7. Portaestandartes en lo alto de la escalinata.
8. Jaguares babeantes o comiendo corazones humanos y águilas en la misma disposición alojados en pequeñas plataformas.
9. Representaciones muy frecuentes de Kukulcán.
10. Figuras de guerreros tallados en jambas y pilares con su vestimenta, ornamentos e insignias características, que recuerdan a las órdenes militares de los caballeros águila y los caballeros jaguar del centro de México y de Veracruz.
11. Chac mool o figuras de bulto redondo reclinadas sobre sus codos y mirando hacia un lado, algunas de las cuales presentan un pequeño orificio en el abdomen.
12. Cerámica Plomiza y Anaranjada Fina de tipo Silho.
13. Desarrollo de la metalurgia, especialmente oro. Los toltecas no manufacturaron, ni siquiera tal vez usaron, los metales, pero impulsaron su empleo por toda Mesoamérica a través de sus complejas redes comerciales.
14. Incineración de cadáveres.
15. Representaciones de diversos dioses mexicanos como Tezcatlipoca, Tláloc, Chicomecóatl y Tlalchitonatiuh.
16. Una transformación profunda y generalizada en el estilo artístico.

Ahora bien, los edificios del periodo tolteca de Chichén Itzá también aprovechan

Disco de oro rescatado en el Cenote de los Sacrificios de Chichén Itzá.

muchos rasgos de la arquitectura puuc, como lo son el uso de veneras, el empleo de mosaicos para decorar las fachadas de las estructuras o la representación de deidades clásicas como Chac. En definitiva, hay una fusión de elementos entre los que llaman la atención, por su carácter poco cotidiano, aquellos que proceden del centro de México.

Situada a medio camino entre los dos *cenotes* anteriormente mencionados y cubriendo un área aproximada de unos cinco kilómetros cuadrados, se levanta una enorme plataforma que sostiene el Juego de Pelota, el *tzompantli,* las plataformas de los Jaguares y de las Águilas, el Castillo o Templo de Kukulcán, el Templo de los Guerreros, el Patio de las 100 columnas, el Mercado, el baño de vapor y dos juegos de pelota más pequeños. Todo este amplio conjunto pudo estar rodeado por altas paredes y encierra básicamente el área tolteca de Chichén Itzá.

El Castillo domina esta enorme plataforma. Se trata de un alto edificio con nueve cuerpos en talud y cuatro escalinatas que dan acceso a un templo de cuatro puertas, de las cuales la más ancha está sostenida por dos columnas en forma de serpiente emplumada. Además, las escalinatas están limitadas por alfardas que finalizan en grandes cabezas de serpiente que descansan en el suelo. Debajo de este templo se encontró una estructura similar que fue construida en los primeros momentos de la llegada itzá, y en la que se encontró un chac mool y un trono en forma de jaguar pintado de rojo con los colmillos de calcedonia, los ojos de concha e incrustaciones circulares de jadeíta que simularon las manchas de la piel.

Al oeste de la plataforma se levanta el gran juego de pelota en forma de I sobre un edificio más temprano conocido con el nombre de Templo de los Jaguares. Con unas dimensiones de 146 metros de largo por 36 metros de ancho, incorpora elementos toltecas, puuc, del Petén y del Usumacinta, siendo el principal de los siete descubiertos en la ciudad. A él se asocia el Templo del Norte o del Hombre Barba-

son de gran interés porque contienen relieves que representan árboles cósmicos al estilo de Izapa, con mariposas, pájaros y flores que rodean los troncos. En su interior, varias escenas relatan la vida y la muerte de Kukulcán. En su extremo más meridional se levanta el Templo del Sur, que tiene un solo cuarto al que se accede por un gran vano sustentado por seis pilares tallados con figuras de guerreros.

En la banqueta oriental se emplaza el Templo de los Jaguares, con dos cuartos, y cuya fachada principal está sostenida por dos grandes columnas serpentiformes que descansan sus cabezas y bocas abiertas en el suelo. El friso está decorado con tallas de felino y las jambas de las puertas y los pilares con bajorrelieves que representan guerreros.

Las banquetas inferiores en talud están ornamentadas con grandes paneles tallados en los que se muestra la decapitación de un jugador y cuya sangre fertiliza granos de maíz. Las banquetas superiores son rectas y altas y tienen anillos de piedra y marcadores del terreno de juego.

Cerca del juego de pelota se levanta una plataforma baja decorada con cráneos humanos tallados, el *tzompantli.* A su lado, las plataformas de los jaguares y de las águilas que están decoradas con sendos animales devorando corazones humanos, y que constituyeron un recuerdo constante de la obligación de sus ocupantes de proporcionar corazones humanos y sangre a la divinidad.

Al este del Castillo se levanta el Templo de los Guerreros, que se superpone a otra estructura anterior denominada Templo del Chac Mool y que tiene pilares pintados con guerreros, que recuerda al Templo de Quetzalcóatl o de Tlahuizcanpantecuhtli en Tula; a él se accede por un amplio vestíbulo de columnas cuadradas grabadas con guerreros toltecas. En la parte alta de la escalinata, cuyas alfardas están decoradas en su parte más alta por sendos portaestandartes, se sitúa un Chac Mool frente a la entrada, que una vez más está sostenida por columnas en forma de serpiente emplumada. Al fondo del edificio hay un altar sostenido por pequeños atlantes en una habitación cuyas paredes fueron decoradas por frescos que recuerdan las batallas entre los putún y los mayas. El resto de los edificios es de importancia menor.

Una corta calzada o *sacbé* une esta gran plataforma a la cual nos hemos referido con el Cenote de los Sacrificios, una amplia depresión natural del terreno en la que, en buena medida, Chichén Itzá fundamentó su prestigio durante el periodo Postclásico. Su diámetro es de casi sesenta metros y las paredes casi verticales se alzan veinte metros desde la superficie del agua. En su lado sur, justo en el borde, se formó una gradería desde la que observar las ceremonia y rituales llevados a cabo en relación con él, así como un edificio y un pequeño baño de vapor. Es de suponer, pues, que se llevaron a cabo ciertas ceremonias de purificación antes de efectuar un ritual más complejo. En el interior del *cenote* se han descubierto, además de restos humanos, cuchillos de pedernal, cuencos con *copal,* vasijas de diversos tipos, piezas de jade y obsidiana, conchas, pirita, turquesa, ámbar, objetos de oro y de cobre, etc., que ponen de manifiesto que fue en el *cenote* en torno al que, en cierta medida, giró el ceremonial tolteca del Postclásico.

Desde un punto de vista político y social, la frecuente relación putún e itzá con la península del Yucatán puede tener más importancia aún de lo que hasta ahora se ha establecido. Desde el Clásico terminal (800 a 1000) parece clara la intrusión de pueblos mexicanizados que ponen en contacto desde el norte del Yucatán (Chichén

Itzá) hasta el sur de las tierras bajas mayas (Ceibal), el altiplano y la llanura costera del Pacífico (Cotzumalhuapa) y el propio centro de México (Xochicalco y Cacaxtla).

Chichén Itzá ocupa un puesto de importancia en estas relaciones, aunque a medida que profundizamos en el conocimiento de los problemas de la Mesoamérica de la etapa postclásica, cada vez tenemos más claro que nunca llegó a ser un puesto tolteca; no obstante, es posible que mantuviera con Tula conexiones económicas teniendo como intermediarios a los putún e, incluso, alianzas militares y diplomáticas especiales. Si uno analiza la procedencia de los materiales obtenidos en las sucesivas excavaciones efectuadas en Chichén Itzá, puede observar hasta dónde se extendieron estas conexiones a larga distancia fundamentadas en las alianzas con asentamientos poderosos del centro de México: desde una pipa de arcilla muy frágil procedente del oeste de México hasta cerámicas de la *ware* Anaranjada Fina de la costa del Golfo, Plomiza de la costa de Guatemala o bienes de lujo incluido el oro de Panamá, jadeíta y turquesa de la cuenca de México y otros artículos. Ahora bien, el control y el comercio de las ricas salinas del norte de la península parece haber sido uno de los puntales en los que se fundamentan estas relaciones.

Las crónicas ponen de manifiesto que estos nuevos contingentes humanos, cuyas élites habían contraído las mencionadas alianzas, no fueron muy bien vistas por los anteriores ocupantes mayas, que les achacaban haber introducido la lujuria, el culto fálico, la promiscuidad y otras perversiones en Yucatán. Es más, son numerosos los pasajes en dichos documentos en los que la población nativa del Yucatán procura rebajar a los extranjeros diciendo de ellos que hablan mal la lengua maya, haciendo referencia quizás a su habla chontal, un dialecto distinto.

Las causas son tan confusas a la hora de tratar la decadencia de Chichén Itzá como cuando documentan la llegada de pueblos mexicanizados a este asentamiento. Alrededor del año 1100 se fundó al oeste de esta capital un pequeño asentamiento que, según cuenta Landa en su *Relación de las cosas del Yucatán,* fue fundado por Quetzalcóatl y por un grupo de itzás procedentes de Chichén Itzá, aunque la arqueología prefiere sugerir que el sitio se formó con gentes que iban llegando de la isla de Cozumel, en la costa oriental del Yucatán. El linaje dirigente de este nuevo grupo, denominado cocom, pudo estar implicado en la definitiva decadencia del gran centro yucateco.

Siguiendo la narración incluida en las crónicas, el gobernante de Chichén Itzá raptó a la esposa del dirigente de Izamal, un asentamiento que ya había mantenido ciertos litigios con este centro. Por aquel entonces, Hunac Ceel regía los destinos de Mayapán y era aliado de Izamal, brindándole su colaboración al instante; entre los dos gobernantes lograron saquear la ciudad y expulsar de ella a los itzás. Excavaciones practicadas en el interior del Templo de los Guerreros ponen de manifiesto que la estructura fue parcialmente destruida y sus símbolos más relevantes derribados.

Así pues, en torno al año 1200 el gran centro que concentró las influencias mexicanas y logró dominar prácticamente toda la península del Yucatán durante un periodo de doscientos años, fue despojado de sus símbolos más importantes, y el poder pasó a manos del linaje Cocom que unos cien años antes había fundado el pequeño asentamiento de Mayapán. Tras la derrota de los orgullosos itzás, éstos tuvieron que abandonar su capital e iniciar un éxodo que les condujo hacia el sur, a través del Petén, hasta que llegaron a los lagos Petén Itzá y Ekixil, donde se establecieron sin resistencia en cinco pequeñas islas. En esta zona fundaron reducidos centros cuya capital fue Tayasal, que se alzó como último reducto maya, y resistió a las presiones de

los conquistadores hasta que se rindió a la corona española en 1697. Mientras este éxodo se llevaba a cabo, Hunac Ceel no se conformó con la derrota y destrucción de Chichén Itzá, sino que rompió su alianza con Izamal hasta que logró que Mayapán acaparara el poder sobre un vasto territorio emplazado al norte de la península del Yucatán.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

POSTCLÁSICO MESOAMERICANO

ACOSTA, Jorge R., «Interpretación de algunos de los datos obtenidos en Tula relativos a la época tolteca», en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos,* vol. 14, 2, págs. 75-110, México, 1956, 1957.

DAVIES, Nigel, *The tolteca until the fall of Tula,* Norman, Oklahoma, University of Oklahoma Press, 1977.

DHIEL, Richard A., *Tula, The Toltec capital of ancient Mexico,* Londres, Thames and Hudson, 1983.

DI PESO, Charles C., «Archaeology and Etnohistory of the northern sierra», en *Handbook of Middle Americans Indians,* vol. 4, págs. 3-25, Austin, University of Texas Press, 1966.

FLANNERY, Kent V., y Joyce MARCUS (eds.), *The Cloud People,* Nueva York, Academic Press, 1983.

LAMEIRAS, Brigite, *Formación del Estado en México Prehispánico,* El Colegio de Michoacán, 1986.

MONJARAS, Jesús y otros, *Mesoamérica y el centro de México,* Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1985.

PIÑA CHAN, Román, *Los señoríos y estados militaristas,* México, SEP/INAH, 1975.

SPORES, Ronald, *The mixtec kings and their people,* Norman, University of Oklahoma Press, 1967.

ANDRÉS CIUDAD

2. Área Andina

Puede decirse que el final del periodo Clásico, en los Andes Centrales al menos, es la consecuencia de un proceso de integración natural entre todos los reinos o cacicazgos que existían hasta ese momento. Lumbreras menciona varios hallazgos individuales importantes como son el del *bronce* por parte de los tiahuanacotas; los nazcas habían comenzado a desarrollar desde muy temprano «un tipo de vivienda concentrada y protegida con tendencias al gran centro poblado de tipo secular» y los mochicas «tenían un sistema teocrático-militarista basado en una explotación económica cada vez más exigente en hombres y tierras». (Lumbreras, 1969). La confluencia de todos esos avances en un momento en el que las relaciones comerciales son muy intensas, no sólo a lo largo de la costa, sino entre la costa y la sierra, va a conducir a un replanteamiento del tipo de sociedad que era necesario en ese momento histórico; la religión y el sacerdocio que centralizaban todo el poder, incluido el poder militar, no podían expansionarse más. Algunos estados, como el mochica, habían extendido sus fronteras hasta alcanzar un tamaño tan grande como el de un verdadero imperio, pero la cohesión interna de la organización del reino no permitía seguir indefinidamente la expansión; para ello se requería un cambio radical, de manera que el grupo militar adquiriese el poder, dejando en un segundo lugar al poder religioso. Ese cambio se va a producir en torno a los siglos IX y X.

2.1. *Zona septentrional*

En la zona septentrional del área andina la mayor parte de las unidades culturales de las que tenemos noticia debieron ser señoríos o jefaturas, o simplemente tribus, desde el punto de vista de la organización política. En los párrafos siguientes aludiremos a las culturas más importantes.

Nada sabemos por el momento sobre la etapa o periodo de integración en el área de La Tolita, pero los recientes trabajos de J. F. Bouchard nos darán, sin duda, una respuesta adecuada a esta cuestión. Algo más al sur, en la misma provincia de Esmeraldas, nuestros propios estudios en Balao y Atacames nos permiten avanzar algunas ideas al respecto.

La cultura *Balao,* de la que tenemos fechas radiocarbónicas de entre 940 y 1370, debe corresponder a una facies contemporánea de Atacames tardío, aunque hay indicios de culturas anteriores. Su patrón de asentamiento es de tipo disperso, estimándose en cincuenta o setenta personas las que constituirían el grupo social de cada

unidad de asentamiento. Las fuentes de subsistencia serían: recolección de moluscos en el mar y en el bosque, pesca y la agricultura del maíz, la yuca y el algodón.

La cultura *Atacames* puede definirse ahora gracias a las excavaciones realizadas en el mismo Atacames y en Tonsupa. El sitio de Atacames tiene una extensión de casi dos kilómetros cuadrados, dentro de cuyo terreno se localizan 74 montículos-habitación o «tolas». Aplicando modernos métodos de análisis, Mercedes Guinea ha calculado en 5.640 los habitantes del Atacames prehistórico.

Sobre la base de los datos rescatados en la excavación de Atacames, he propuesto en otro lugar un patrón de asentamiento concentrado, basado en la reproducción indefinida de un modelo consistente en una plaza circular en la que una choza representa un posible templo o casa ceremonial, mientras las restantes son viviendas y dejan en el centro de la plaza una zona de enterramientos que, en ocasiones, es un montículo de gran extensión y poca altura. Muchas de esas plazas tienen una «aguada» que puede recoger agua pluvial o está conectada con el estero Taseche subterráneamente.

La cultura *Atacames* podría quedar dividida en dos fases: temprana y tardía. El problema cronológico que significa aceptar esta adscripción de la fase Atacames temprano (750-850 d.C.) al periodo de Desarrollo Regional puede resolverse admitiendo que éste quede modernizado pasando de comprender desde el 500 a.C. hasta el 500 d.C., según la cronología propuesta por B. J. Meggers, a la que proponemos nosotros: del comienzo de la era cristiana a 850/900 d.C. De ese modo el periodo de Integración se retrasaría igualmente en esta región comprendiendo desde 850 hasta el 1600 d.C. e incluyendo así Atacames tardío y Balao.

Durante el periodo de Integración se vuelve a concentrar la mayor cantidad de información en la región del Guayas y en la provincia de Manabi, siendo la cultura *Manteña* la dominante en esa región. Los asentamientos de la cultura *Manteña* o *Huancavilca* están constituidos por grandes poblados que concentraban millares de habitantes y en los que había algunas construcciones en piedra con pilastras y columnas de las que determinadas se hallaban en pie a principios de siglo. Una particularidad del arte manteño es el de la gran escultura en piedra, especialmente en las innumerables «sillas» o altares en forma de U, con un personaje echado que sirve de sostén, o las estelas o placas líticas con relieves, representando a una mujer con los brazos y piernas doblados hacia los lados: unas y otras han podido tener un sentido religioso en un posible culto a la fertilidad.

El territorio de la cuenca del Guayas, desde Santo Domingo de los Colorados hasta la provincia del Oro, estuvo ocupado por la cultura *Milagro-Quevedo.* En este territorio se han descubierto asimismo otras construcciones agrícolas para defenderse de las inundaciones. La cerámica Milagro-Quevedo suele ser de escasa calidad artística, monocroma e incisa, ofreciendo formas variadas: platos de fondo plano, cuencos, ollas trípodes y compoteras. «Las figurillas de barro son representaciones esquemáticas por no decir estereotipadas, con ojos saltones, nariz ganchuda y múltiples adornos auriculares» (Holm-Crespo, 1980).

El área sur de Colombia y norte del Ecuador es un buen ejemplo de la escasez de estudios, al tiempo que sus conclusiones son confusas y contradictorias. Las culturas de Pastos y Quillacingas se extienden a ambos lados de la frontera, pero los nombres de culturas tales como Capulí, Piartal, Tuza y Cuasmal sólo viene a complicar el panorama con diferencias probablemente étnicas, pero no cronológicas. Las figurillas de estas culturas parecen ser una continuación de las del periodo Clásico, al tiempo

que la metalurgia parece representar una prolongación de la brillante metalurgia del valle del Cauca.

Más al sur, en la región de Imbabura, hallamos evidencias de una cultura tardía, la de los Carangues, caracterizada por densos centros de población con numerosas pirámides con rampa, como es el caso de Cochasqui y abundantes montículos de carácter habitacional o de enterramientos. Con una cerámica poco brillante y figurillas de escaso valor estético, las culturas de esta región no han sido aún suficientemente estudiadas. Albert Meyers en 1975 distinguía entre las formas: platos, ollas, polipodos, compoteras, frascos, timbales, etc.

Finalmente, hay que señalar en la región de Cañar, Cuenca, Jubones, etc., en la sierra sur del Ecuador, los hallazgos arqueológicos correspondientes a la etnia Cañari. El sitio de Ingapirca es uno entre otros muchos, en el que aparece la cerámica *Cashaloma* y *Tacalshapa* a la que se superpone y mezcla la cerámica incaica, correspondiente al breve periodo de tiempo en que este territorio se incorporó al Tawantinsuyu. Vasijas en forma de timbal o keros, floreros, botellas, cuencos, etc., decorados en rojo y crema con algunas representaciones antropormorfas modeladas sobre los cuellos, etc., son características de esta región. En el caso de Ingapirca, hay que señalar un tipo de escultura en piedra muy particular: se trata de una serie de cabezas-clava representando cabezas de guacamaya o de auquénidos que debieron servir para decorar los muros de algunos edificios de particular valor religioso, como es el caso del conjunto denominado Pilaloma.

2.2. *Zona Central*

La idea de que un *estilo* o un *imperio* panperuano se había desarrollado al comienzo de la etapa que estudiamos ahora en el área andina central, se venía fraguando desde antiguo. Ya Max Uhle había señalado la existencia de un estilo parecido al tiahuanaco, que se extendía por la sierra y llegaba a la costa también. Tiahuanaco epigonal, Tiahuanaco costero, Tiahuanacoide, Tiahuanaco del Perú fueron algunos de los nombres dados por Uhle, Kroeber, Benett, etc. En realidad, se iba buscando un sitio del que procediese el cambio que se observaba: el lugar que se buscaba era *Wari,* sitio que había descubierto Tello en 1931 y que es visitado por Rowe, Collier y Willey en 1950. Es a partir de 1953, cuando Bennett publica sus excavaciones en Wari, cuando se empieza a hablar de horizonte Wari. Posteriormente se ha discutido si su expansión fue una expansión proselitista de tipo religioso (Menzel), o una expansión de carácter militarista (Lumbreras), o ambas cosas a un tiempo. En cualquier caso, la antigua expansión tiahuanacota se aclaró, imponiéndose la idea de un imperio Wari.

En realidad, Wari es una ciudad de extraordinario tamaño, de la que se conocen algunos sectores solamente. Los sectores mejor conservados serían: *Ushpa Coto,* que es una zona habitacional en torno a una plaza rectangular; *Capillayoc* concentra uno de los conjuntos más bellos de la ciudad, donde se ha descubierto un edificio de base triangular, de unos 200 metros de longitud, en cuyo centro hay una plataforma de base de unos diez metros de altura; *Checo Huasi* es un conjunto con tres de los edificios mejor conservados de toda la ciudad. Además de esos sectores, la ciudad ofrece evidencias en otras muchas zonas. Así, entre Checo Huasi y Ushapa Coto, en una zona que se conoce con el nombre de *Cahuaricuna,* se aprecia la mayor concentración de edificios.

«La escultura Wari es nítidamenta emparentada con Tiwanaku, aunque tiene rasgos peculiares que obligan a hablar de ella como de un estilo particular que no tuvo, además, mucha difusión, pues aparte del conjunto de estatuas encontradas en las ruinas de Wari no se conocen otras. En Huancavelica parece que hay una que otra aislada en un centro habitacional al que Tello llama *Hatun Wayllay.*

»La piedra utilizada para la confección de grandes estatuas es una toba volcánica de color gris ceniza generalmente, lo que les da una apariencia especial de contraste nítido de los colores de los ambientes en los que se encuentran» (Lumbreras, 1969).

En conjunto, puede decirse que la serie escultórica de Wari no siendo muy abundante es, sin embargo, muy homogénea; no obstante, lo más notable del arte Wari, o al menos lo que representa un marcador muy evidente que sirve para detectar la influencia o la difusión del estilo, es la *cerámica.* La cerámica Wari se había iniciado a partir de la fase Huarpa; es solamente en la época del Tiahuanaco IV cuando recibe influencias estilísticas decisivas de esta cultura sureña, a partir de lo cual se constituye el estilo típicamente Wari. Se trata de una cerámica fina y bien elaborada que toma diseños directamente de la cerámica tiahuanacota, al mismo tiempo que conserva los motivos escultóricos; ésta es la cerámica que se conoce como *Robles Moco,* que corresponde a la fase Wari I. Es a partir de esta fase cuando se aprecia la expansión de Wari. Para esta fase la cerámica Wari se encuentra desde Nazca hasta Chancay y hasta Huaraz, en el Callejón de Huaylas.

En la fase Wari II se aprecia que la influencia Tiahuanaco se afianza definitivamente en Ayacucho, pero produciéndose una forma original que no es ni Tiahuanaco ni Ayacucho. Esta es la cerámica que se conoció en algún momento como *Tihuanaco Costeño.* Es la época de la gran expansión Wari. Como derivados de la cerámica Robles Moco se conocen hasta cinco modalidades: Viñaque; Atarco (Nazca); Pachacamac (Costa central); Curawasi y Coscopa (Arequipa).

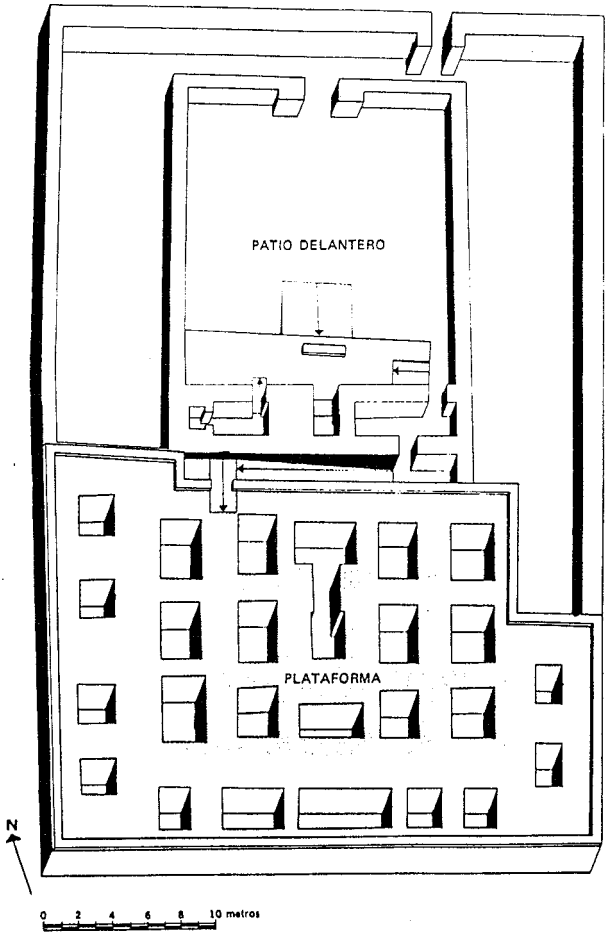
La época Wari III es el momento de la gran expansión de carácter militar de la cultura Wari, alcanzando sus límites extremos desde Lambayeque y Cajamarca en el norte hasta Sihuas y Sicuani en el sur. «Los efectos de la conquista de Wari III corresponden a una situación de naturaleza despótica en la que los conquistadores imponen su dominio a la fuerza, lapidando con la conquista cualquier sistema de vida diferente al de ellos. La cultura Moche desaparece bajo las armas de los serranos conquistadores y hasta sus templos pasan a una situación secundaria. Es, con toda seguridad, la fase tercera de Wari, el tiempo en que el poder estuvo más fuertemente centralizado, pese a ciertas naturales diferencias regionales en algunas manifestaciones de la cultura. Es éste también el momento en que algunos centros administrativos y ceremoniales, como Pachacamac, en la costa central, cobran importancia tan grande que seguramente hicieron tambalear la hegemonía de Wari y quizá si lograron su final caída que se produjo al finalizar la época III» (Lumbreras, 1969).

El inesperado final de la cultura y el imperio Wari abre en el área andina central un periodo al que se puede aplicar el nombre de *Renacentista* en el que los antiguos pueblos sojuzgados alcanzan de nuevo su libertad y tratan de rescatar la tradición de la que procedían antes de la invasión Wari. Eso quiere decir que, tras el momento de unificación política que abarca, como ya vimos, buena parte del territorio peruano, se pasa a una fragmentación política y cultural en pequeños reinos o señoríos, de los cuales algunos progresarán engrandeciéndose y otros quedarán reducidos a sus antiguos límites hasta el momento de la nueva unificación política que representa el Imperio Inca.

Uno de los reinos que se engrandeció hasta constituir un pequeño estado centralizado o una confederación de reinos o jefaturas semiindependientes fue el llamado *Reino de Chimor*. Como ya hemos dicho, una de las consecuencias de la dominación Wari en los valles costeros septentrionales del Perú fue la imposición de un patrón de asentamiento de carácter urbano en muchos de aquellos valles. De entonces es, sin duda, la fundación de Chan Chan, la capital del reino del Gran Chimú.

Chan Chan es una de las más grandes urbes de la América precolombina y uno de los intentos más grandiosos y perfectos de planificación urbana. La zona arqueológica, situada al noroeste de Trujillo, cubre unos 18 kilómetros cuadrados, calculándose que en la época de máxima expansión la ciudad concentraría una población de unas 200.000 personas. La construcción de la ciudad se hizo sobre otras ocupaciones, Mochica y Wari, de las que los chimús aprovecharon parcialmente sus materiales de construcción y la disposición de algunos edificios.

En conjunto, la ciudad tiene forma aproximadamente rectangular con los lados más largos en el sentido norte-sur. En su interior se pueden aislar hasta nueve o diez



Chan Chan: Huaca, *Las Avispas*.

unidades, conocidas bajo el nombre de «ciudadelas», que pueden ser verdaderos barrios o ciudades de otro carácter, las que se comunican entre sí por medio de calles, pasajes, calzadas, etc. Cada una de las ciudades está limitada por una muralla de nueve a catorce metros de altura, de corte trapezoidal. Al parecer, cada una de esas ciudades representa una época constructiva, que venía a añadirse a las anteriores. Las ciudadelas o barrios llevan en muchos casos los nombres de algunos de los viajeros y arqueólogos que se ocuparon de estas ruinas. La ciudadela *Chaihuac* puede ser el más primitivo de los intentos para construir una ciudad en este lugar y se sitúa en la zona más próxima al mar. En su misma línea se hallan las ciudadelas: *Uhle, Bandelier* y *El Laberinto.* Finalmente, aunque Chan Chan fue, seguramente, la capital del reino, en cada valle había ciudades, algunas de las cuales llegaron a ser casi de tanta importancia como la misma Chan Chan. Entre las más notables habría que citar: *Chiquitoy Viejo* y *Chicamita,* en el valle de Chicama; *Pacatnamu,* en Jequetepeque; *Cerro Corbacho,* en Saña; *Patapo,* en Lambayeque; *Batán Grande,* en río de La Leche, etc. Sin embargo, la segunda ciudad en tamaño es *Apurlé,* que se halla al sur de Motupe y cuyo perímetro mide unos dos kilómetros. Dentro de ese perímetro hay multitud de calles y edificios que, al igual que en Chan Chan, están hechos de adobes y tapial.

Los valles de la costa central del Perú, después de la caída del imperio Wari, parece que están dominados por una serie de reinos, de los que tenemos alguna información etnohistórica. Tales son los reinos de Cuismancu y Chuquimancu. Es arriesgado, sin embargo, relacionar estos datos con los de carácter arqueológico. Lo que sabemos por la arqueología es que los valles de Chancay y Chillón están dominados por una cultura bastante homogénea a la que conocemos por *Cultura Chancay,* cuya influencia alcanza desde Huáura hasta Lima.

El asentamiento principal de la zona es *Pisquillo Chico.* En ese asentamiento se distingue un sector ceremonial con varias estructuras piramidales con rampas de acceso, en relación con una plaza. Hay también otro sector habitacional y un cementerio. Otro asentamiento de cultura Chancay es *Lumbra,* un centro que incluye, además de un edificio de tipo administrativo semejante al de Pisquillo, varias construcciones de ingeniería hidráulica: terrazas, canales, reservorios, etc. Además del centro administrativo hay un sector ceremonial con varios templos y una zona habitacional con calles y plazas. *Zapallán,* en el valle de Chillón, es otro sitio bastante extenso, de carácter habitacional, con calles y plazas, construido sobre la base de abobes y tapial. En el valle del Rimac hay numerosos asentamientos que pueden atribuirse a esta época. Todos ellos tienen un aspecto parecido a los centros mencionados. *Cajamarquilla,* que perduró durante todo el periodo Wari, parece que se abandonó al terminar la dominación serrana. Hay que mencionar, además, los sitios de Mango Marca, Huaycan, Armatambo y Caraponga, que son centros que perduran hasta la época inca.

Una de las características más notables de la cultura Chancay es la existencia de grandes cementerios en los que hallamos todo tipo de enterramientos conteniendo abundante y muy característica cerámica y una gran cantidad de valiosísimas telas. Hay que destacar en este caso las gasas, que son una especialidad de la cultura Chancay.

En cuanto a la cerámica, además del estilo *Negro sobre Blanco,* que es el más conocido y característico, hay que mencionar el estilo *Teatino,* que perdura desde la época Wari y un estilo asociado: el llamado *Lauri,* cuya característica más sobresaliente es la decoración por impresión con cañas o punzones.

En los valles meridionales de la costa peruana ocurre algo parecido a lo que decíamos para los valles centrales. Cada uno de esos valles —Chincha, Ica, Poroma y Acari— parecen tener una historia individual, pero al mismo tiempo hay rasgos comunes que sin duda son debidos a la existencia de una unidad política y cultural superior que los unía.

En el valle de *Chincha* hay numerosos sitios monumentales: Tambo de Mora, con la huaca del mismo nombre y La Centinela; y los centros de *Lurín, Chincha* y *San Pedro,* donde existe otro edificio piramidal llamado igualmente La Centinela, de tamaño e importancia semejante a los monumentos de Tambo de Mora.

2.3. *Zona circum-Titicaca*

La nueva concepción del área andina, tal como la ha planteado Lumbreras (1981), incluye un área o subárea de carácter fundamentalmente internacional, ya que engloba territorios pertenecientes a Perú, Bolivia, Chile y Argentina; es la que se ha bautizado como Andes centro-sur o circum-Titicaca, ya que es en torno a la nucleación del lago como se puede entender el conjunto cultural que se engloba en el área. El hecho de haberse analizado o investigado desde las perspectivas nacionales ha impedido contemplar el conjunto como una unidad y, al mismo tiempo, ha dejado numerosas zonas mal o poco conocidas. «Comprende este área el llamado *extremo sur peruano,* que va desde el valle de Sihuas en Arequipa hasta Tacna y desde el nudo de Vicalnota hasta las fronteras políticas de Boliva y Chile: abarca asimismo todo el *norte Grande* chileno, tocando los confines del desierto de Atacama; forma parte de su ámbito igualmente las altiplanicies y valles bolivianos y, finalmente, la sección norte de la puna argentina y el norte de Jujuy, especialmente la famosa Quebrada de Humahuaca» (Lumbreras, 1981).

La región *circum-lacustre* viene a ser el centro nervioso de toda el área, la zona de mayor creatividad cultural, de la que se han difundido la mayor cantidad de impulsos creadores del área hacia la periferia y la que, al mismo tiempo, sirve de gozne o quicio que la relaciona con los Andes centrales. Pese a su considerable altura sobre el nivel del mar —3.600 a 3.800 metros y más—, lo que limita sus posibilidades agrícolas, la densidad de población en muchas épocas de su historia prueba la importancia sociocultural de la misma. Un eje noroeste-sureste marca los dos polos culturales más importantes: Pucará y Tiahuanaco.

La región *valluna* comprende la vertiente oriental de los Andes en territorios boliviano y argentino, con valles tan importantes como el de Chuquisaca y Cochabamba en Bolivia y la Quebrada de Humahuaca en Argentina. Su límite oriental sería la selva amazónica y el Gran Chaco, pero su riqueza interior se pone de manifiesto en desarrollos locales tan importantes como se destacan mediante la cerámica Yampará, o Misque Tiahuanaco, Presto Puno, Mojocoya, etc.

La región de la *puna* constituye el corazón de la aridez del área. Su enorme altitud, su extrema sequedad y la gran extensión de tulares y áreas desérticas hacen de la región una de las más favorecidas del área. «No está bien definida la región arqueológicamente, dado que los trabajos aparecen más bien aislados. La puna argentina ha sido más estudiada y nos parece —dice Lumbreras (1981)— que la parte norte de ella puede ser estudiada conjuntamente con la puna boliviana y la puna atacameña, aislando en los Andes meridionales la sección sur de la puna argentina que se liga a Salta y Catamarca.»

El llamado *desierto costero* es una región estrechamente relacionada con la puna inmediata, con la que tiene en común las escasas condiciones de habitabilidad. No obstante, algunos valles como el del río Loa o los oasis dispersos en medio del desierto permitieron un desarrollo cultural sumamente variado e importante que se enriquece, además, con los núcleos de pescadores en la costa.

Finalmente, la zona de los *valles occidentales,* que incluyen los del departamento de Arica en Chile, y los de Tacna, Moquegua y Arequipa en Perú, constituye una de las regiones más ricas desde el punto de vista agrícola. Su importancia arqueológica, que se puso de manifiesto desde los estudios pioneros de Max Uhle sobre Tacna y Arica, incide especialmente en su relación directa con el área circum-lacustre.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

ALCINA FRANCH, José, *La Arqueología de Esmeraldas (Ecuador). Introducción General,* Memorias de la Misión Arqueológica Española, vol. 1, Madrid, 1979.

BENNETT, Wendell C., *Excavations at Wari, Ayacucho, Perú,* Yale University Publications in Anthropology, núm. 49, New Haven, Conn, 1953.

ESTRADA, Emilio, *Los Huancavilcas,* Publicaciones del Museo Víctor E. Estrada, vol. 3, Guayaquil, 1957.

HOLM, Olaf y Hernán CRESPO, «El periodo de Integración», *Historia del Ecuador,* vol. 2, páginas 1-127, Quito, 1980.

KUTSCHER, Gerdt, *Chimú,* Gerstember Verlag, Hildesheim, 1977.

LUMBRERAS, Luis G., «La cultura de Wari, Ayacucho», *Etnología y Arqueología,* vol. 1, páginas 130-226, Lima, 1960.

— *Arqueología de la América Andina,* Lima, Editorial Milla Batres, 1981.

OBEREM, Udo (comp.), *Cochasqui. Estudios arqueológicos,* Colección Pendoneros, vol. 3, 4 y 5, Otavalo, 1981.

RAVINES, Rogger, *Chanchán. Metrópoli Chimú,* Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1980.

JOSÉ ALCINA FRANCH

TERCERA PARTE

HISTORIA ANTIGUA

CÓDICES Y TRADICIONES ORALES

La Historia Antigua se inicia hacia la centuria decimosegunda de nuestra era y termina con la llegada de los españoles a fines del siglo XV o principios del XVI. Grandes migraciones y campañas militares de conquista realizan una labor de mezcla cultural en las zonas mesoamericana y andina de la que surgirán las tres grandes claves azteca, maya e inca, culminación de un desarrollo evolutivo peculiar y aislado del mundo euroasiático. Los códices y las tradiciones orales escritas luego por españoles e indios nos informan sobre ese pasado que se origina siempre con una historia legendaria, como la de todos los países del mundo, y se desarrolla luego con dinastías de grandes gobernantes, batallas y conquistas, también como todas las otras de nuestra tierra. En lo que difieren verdaderamente de las demás es en su final brusco que corta los procesos ante la llegada de unos hombres que parecen venidos de otro planeta o, a lo menos, del cielo, con sus armas, sus corazas, sus caballos y sus perros. Es un final dramático, y sobre todo patético, el que sepulta esta antigüedad para dar paso a la modernidad.

1. Los pueblos de los códices mexicanos

1.1. *Chichimecas*

La caída de Tula, como la anterior de Teotihuacan o la ocurrida en los grandes centros mayas de la tierras bajas, marca el inicio de un periodo de profunda reformulación en la que diferentes centros que habían mantenido una situación secundaria durante largos años, están dispuestos a ocupar su lugar y controlar vastos territorios. Sin embargo, esta tarea no siempre es fácil y rápida; ni siquiera estos grandes asentamientos secundarios, a los cuales acabamos de hacer referencia, terminan por alzarse con el poder en esta lucha de intereses políticos, comerciales y militares.

Esta situación de reorganización interna del estatus político de las poblaciones que se emplazan en la cuenca de México se ve complicada tanto por la propia necesi-

dad de rebelarse contra sus antiguos opresores toltecas, como por la llegada de nuevas oleadas de gente del norte de Mesoamérica, quienes, ansiosas de adquirir y asumir los mecanismos y estrategias que hacían posible la vida civilizada de los mesoamericanos, se veían obligados a irrumpir violentamente en la cuenca de México.

Resulta una tarea bastante dificultosa establecer con rotundidad una relación de causa/efecto entre estos movimientos de pueblos desde la frontera norte y la caída de Tula, pero en cualquier caso parece claro que tras la decadencia de esta capital hacia el año 1156 se inician una serie de migraciones en dirección hacia el sur desde un área situada entre el suroeste de los Estados Unidos y el norte de México; esta región se conoce con el nombre genérico de la Gran Chichimeca.

Si uno efectúa un rápido análisis de la situación geográfica del área, puede comprender que cualquier cambio menor en el régimen de lluvias es susceptible de provocar grandes movimientos de las gentes que ocupan estos terrenos en exceso áridos. Si estos cambios fueran de importancia, entonces el contingente humano que se vio obligado a trasladarse sería mayor e implicaría tanto a pueblos de la Gran Chichimeca como a comunidades establecidas en la propia frontera norte de Mesoamérica.

De esta manera, y desde los inicios del siglo XII, tanto gentes aculturadas que estaban establecidas en el límite más septentrional de esta zona de alta cultura, que conocían la agricultura y que formaban parte —aunque muy marginal— de las extensas redes comerciales patrocinadas por los complejos centros del sur, como grupos que se desplazan desde la Gran Chichimeca, comienzan a ejercer presiones sobre el centro de México.

El desarrollo cultural de estos emigrantes no es, por lo tanto, uniforme, y a comunidades que practican la agricultura se adhieren otras que viven en la antigua tradición de la cultura del Desierto. Es decir, que se alimentan de la caza de conejos, lagartos y otros animales pequeños y de la recolección de mesquite y otras plantas subdesérticas y llevan un sistema de vida seminómada.

Estos dos contingentes humanos diferentes que representan sendas tradiciones culturales han sido denominados con el término genérico de Chichimecas, bárbaros del norte en el sentido más amplio de la palabra.

En esta situación conflictiva vive la cuenca de México desde aproximadamente el año 1156 hasta el 1370, año en que Tezozómoc accede al poder como gobernante de los tecpanecas de Atcapotzalco. En estos 214 escasos años se produce una superposición cultural entre los pueblos agrícolas sedentarios inmersos en una tradición cultural mesoamericana y aquellos otros seminómadas procedentes del norte de México y del suroeste de los Estados Unidos. La coexistencia de tales contingentes no parece haber sido fácil y las crónicas mencionan frecuentes conflictos entre los representantes de estas dos tradiciones profundamente dispares.

Pedro Carrasco ha tratado de analizar la procedencia y la filiación cultural de varios grupos que confluyen en la cuenca de México, llegando a distinguir un contingente nonoalca que en realidad estuvo presente en Tollan Xicocotitlán (Tula), y que tras su decadencia se asentó en la región de Itzocan, en la zona de Mixteca-Puebla. Otro grupo que también se había emplazado por un breve espacio de tiempo en Tula decidió trasladarse a Culhuacán, y aun otros fueron más puramente chichimecas, como los seguidores de Xólotl, o poco aculturados como los propios mexicas.

Esta información de carácter histórico se ve complementada por otra de origen arqueológico que pone de manifiesto la tremenda dificultad existente a la hora de es-

tablecer los acontecimientos ocurridos en la cuenca de México en el periodo que se ha venido a llamar Chichimeca. Recientes investigaciones sugieren que el extremo norte de la cuenca estuvo deshabitado, mientras que la zona central era controlada por centros importantes como Atzcapotzalco y Tenayuca al oeste del lago Texcoco, y Huexotla y Coatlinchan al este; y cada uno de ellos llegó a concentrar importantes poblaciones que variaban de 10.000 a 15.000 individuos. Sin embargo, la parte sur fue sin duda la que albergó más asentamientos, con centros que llegaron a tener una proyección regional en algunos casos, como Culhuacán, Xochimilco, Cuitlahuac, Chalco, Xico, o Amecameca entre otros.

Uno de los grupos más relevantes de chichimecas parece haber estado capitaneado por Xólotl, quien, procedente del norte de Mesoamérica, llegó a la cuenca de México, atravesó la mítica Tula, y se estableció de manera temporal en un lugar conocido por el término de Xoloque o Xóloc. Fue éste un emplazamiento en el que ya se dejó sentir con fuerza el choque cultural entre los ocupantes más antiguos que vivían de la agricultura y la pesca dentro de una órbita cultural que podríamos caracterizar como «tolteca», y aquellos otros de tradición cazadora-recolectora denominados chichimecas.

Más tarde, él, su hijo, Nopaltzin y otros líderes del grupo se dedicaron a explorar la cuenca y fueron alternando su lugar de emplazamiento en sitios como Tzinacanóztoc o Cueva del Murciélago y Anauhyácac, hasta que se establecieron de manera más estable en Tenayuca, en la orilla oeste del lago Texcoco. Por último, cuando vieron su poder confirmado sobre esta zona, decidieron trasladarse de manera definitiva a Texcoco, su capital, la cual habría de desempeñar un papel muy importante en la historia inmediata de la cuenca.

En Tenayuca se efectúa la superposición étnica y cultural definitiva de los contingentes toltecas —antiguos ocupantes de la región— y chichimecas, a la vez que se van sumando nuevos grupos nómadas como tepanecas, otomíes y acolhuas. La política de Xólotl parece haber sido de hermandad con respecto a estos nuevos emigrantes y, de hecho, les donó determinadas tierras. Atzcapotzalco a los tepanecas, Xaltocan a los otomíes y Coatlinchan a los acolhuas. Fueron surgiendo entonces los señoríos que hemos mencionado con anterioridad, los cuales llegaron a tener proyección de pequeños estados regionales en determinados momentos (Texcoco, Tenayuca, Atzcapotzalco, Xaltocan, Coatlinchan, Xico, Chalco, Amecameca, etc.).

Un nuevo grupo de emigrantes chichimecas que llega a la cuenca tiene un carácter semiaculturado: conoce el ciclo de cincuenta y dos años y el juego de pelota, cultiva algunos productos básicos y viste prendas de fibra de maguey. Este nuevo pueblo de habla nahua se conoce con el nombre de azteca —una derivación de Aztlán, «lugar de las siete cuevas»— y fueron conocidos con otros nombres como tenochca, mexica o, más propiamente, culhua-mexica.

El Códice Xólotl resulta bastante explícito a la hora de describir cómo se efectuó la superposición chichimeca-tolteca desde poblaciones que se refugiaban en cuevas y vivían de la caza y la recolección del *nopal* y del *mezquite,* hasta hacerse sedentarios, dedicados a cultivar maíz, domesticar y cuidar animales, recibir tributos, etc.

Tenayuca es el lugar donde ocurre esta transformación, sufriendo varias etapas constructivas: la primera de ellas consiste en un gran basamento de cuatro cuerpos en talud y una escalinata con doble alfarda central, la cual pone de manifiesto que sobre este basamento se colocaron dos templos. Buena parte de esta primera etapa constructiva se ha realizado con materiales toltecas que sugieren este primer mo-

mento de fusión tolteca-chichimeca que caraterizó la etapa de Xólotl. Sucesivas superposiciones hasta un número de cuatro dieron a la pirámide una gran altura, siendo los materiales típicos de la época chichimeca; sin embargo, la quinta superposición y las otras dos posteriores dejan ver con claridad la influencia mexica.

Texcoco fue otro centro de fundación chichimeca que surgió hacia el año 1327 a partir del interés de su primer gobernante Quinatzin. Su sucesor, Techotlallatzin, expandió el señorío hasta transformarlo en uno de los más influyentes de la cuenca de México, hasta el punto que asentamientos como el propio Huexotla o Coatlinchan llegaron a encuadrarse dentro de su órbita comercial y política.

También los aztecas o mexica fueron protagonistas de este periodo Chichimeca. Como acabamos de mencionar, formaron parte de una de las siete tribus semimíticas que partieron de Aztlán hacia el sur y durante generaciones vagaron de un sitio a otro, desplazados, hasta que siguiendo a su deidad tribal —Huitzilopochtli—llegaron a la cuenca de México hacia 1193. El estatus de los aztecas en este momento era marginal, seguramente fueron un grupo agresivo pero tributario con respecto a otros grupos más fuertes de la cuenca. De hecho, se hizo necesaria su fragmentación, de manera que varios contingentes fueron a vivir a Culhuacán, otros a Tlatelolco y aún otros se fueron a vivir a Tenochtitlan hasta que, a partir de 1427, finaliza su condición de pueblo fragmentario y marginal e inician la construcción de uno de los estados más potentes y complejos de la Mesoamérica prehispánica.

Con todo, su contribución al periodo Chichimeca (1156 a 1350) es real, y al menos tres de sus gobernantes (Acamapichtli, Huitzilíhuitl y Chimalpopoca) se pueden encuadrar en él. Tales líderes fueron los encargados de dirigir al pueblo azteca en una etapa de enormes dificultades sociopolíticas y económicas, pasando de ser vagabundos a mercenarios de los tepanecas de Atzcapotzalco, bajo los cuales fueron sojuzgados y sufrieron tributo, hasta que finalmente se iniciaron tensiones entre ellos y, con la ayuda de Texcoco y Huexotzingo, la arrogante Atzcapotzalco pudo ser destruida e iniciarse el gran periodo mexica.

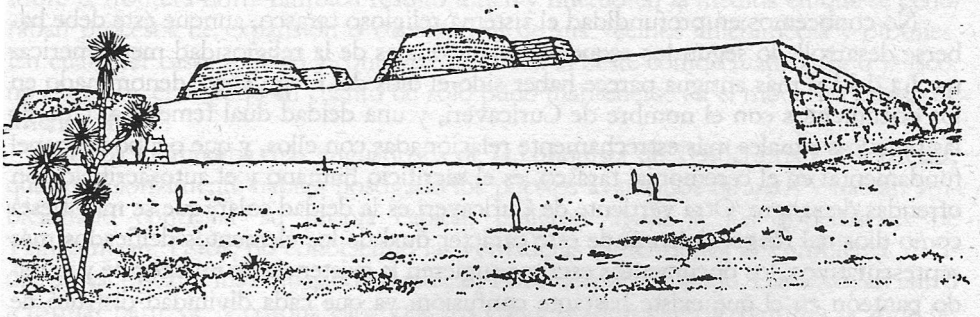
1.2. *Tarascos*

Uno de los desarrollos culturales más relevantes de la zona occidental de Mesoamérica durante el periodo Protohistórico se originó en torno a la cultura tarasca, que para el momento de la conquista había logrado diseñar un imperio en expansión cuya fama se iba ampliando cada vez más. En realidad, el área, como otras muchas de Mesoamérica, ha sido poco analizada por los arqueólogos, aunque por fortuna nuestra información se complementa por las continuas menciones que al respecto hacen los códices manuscritos en el siglo XVI. El códice denominado Lienzo de Jucutácato, escrito en nahua y tarasco, manifiesta una profunda influencia hispánica y, junto con la *Relación de Michoacán*, resulta de gran utilidad a la hora de reconstruir la historia de este pueblo. Por último, las primeras crónicas españolas o los propios títulos de tierras que los tarascos utilizaron en sus posteriores disputas sobre la propiedad de sus terrenos, constituyen un panorama complementario de nuestra visión sobre el pueblo tarasco.

Tal documentación hace referencia a que los tarascos establecieron su primera capital en el pueblo de Pátzcuaro, la cual fue fundada por su héroe guerrero Taríakuri, que posteriormente impuso el gobierno y la lengua tarascos sobre las poblaciones

autóctonas establecidas con anterioridad en la región. Más tarde, esta capital fue trasladada a Tzintzuntzan, en el noroeste del lago Pátzcuaro, sede de la nobleza tarasca hasta la llegada de los españoles.

En este centro, las construcciones templarias y las residencias de la aristocracia se levantaron sobre inmensas plataformas, denominadas en la región con el término de *yácatas,* cuya utilización no se restringe a este yacimiento, sino que aparece también en otros asentamientos importantes como el propio Pátzcuaro o Ihuátzio.



Reconstrucción de una *yácata* tarasca (según Adams, 1977; fig. 47).

La construcción de las *yácatas* se efectuó a base de mampostería mezclada con mortero de barro y alcanzó una forma rectangular o de T de extremos redondeados, combinando una estructura rectangular con otra circular hasta un total de cinco. Estos enormes conjuntos de estructuras pueden haber estado dedicados de manera general al dios del viento, aunque no debemos descartar una finalidad funeraria, ya que en su interior o en sus alrededores más inmediatos se ha encontrado una buena cantidad de enterramientos, en los cuales se depositaron también ofrendas procedentes de diferentes áreas de Mesoamérica, en particular trabajos en metalurgia.

Cerca de las mencionadas *yácatas* se construyeron también estructuras residenciales y palaciegas, pero, por desgracia, disponemos de muy poca información acerca de sus características formales, aunque sí sabemos que en su construcción se emplearon pequeñas losas de piedra bien cortadas, que en muchas ocasiones se colocaron sin mortero, razón por la cual el centro se encuentra bastante destruido.

Las excavaciones efectuadas en las grandes plataformas en forma de T, algunas de las cuales han sido posteriormente reconstruidas, han proporcionado rasgos cerámicos como las asas estribo, pitorros, trípodes miniatura y pipas de cerámica, que ponen de manifiesto sus estrechas relaciones con comunidades más septentrionales. Asimismo, trabajos en metalurgia a base de diversos metales como oro, plata y cobre han sido frecuentemente extraídos en las excavaciones.

Uno de los rasgos más característicos asociados a los asentamientos tarascos es la escultura en piedra, que concede una preponderancia especial al culto del coyote, lo que puede constituir otro signo claro de su relación con las poblaciones emplazadas al norte de Mesoamérica. También son frecuentes las figuras humanas sentadas y el chac mool, a pesar de que este rasgo no haya sido encontrado en el propio sitio de Tzintzuntzan, sino en Ihuátzio.

Los enterramientos tarascos son muy complejos y contienen siempre ofrendas de metalurgia, siendo también comunes las pipas de cerámica, el cristal de cuarzo e

instrumentos de obsidiana y turquesa. Muchos de estos enterramientos son múltiples, y en ellos están implicados tanto individuos importantes como los sirvientes de los señores de los centros importantes, los cuales fueron sacrificados para acompañar a sus señores después de la muerte. La complejidad y riqueza contenida en los rituales de inhumación de la aristocracia tarasca ha sido puesta de manifiesto en diferentes relatos contenidos en las *Relaciones de Michoacán* o en los propios escritos de Torquemada. Otra práctica funeraria detectada en Tzintzuntzan, además de aquella que estaba en estrecha relación con las *yácatas,* fue el enterramiento secundario y la cremación.

No conocemos en profundidad el sistema religioso tarasco, aunque éste debe haberse desarrollado según los esquemas tradicionales de la religiosidad mesoamericana. La deidad más antigua parece haber sido el dios del fuego viejo, denominado en los documentos con el nombre de Curicaveri, y una deidad dual femenina. Una de las prácticas rituales más estrechamente relacionadas con ellos, y que ocupó un papel fundamental en el ceremonial tarasco, es el sacrificio humano y el autosacrificio con ofrendas de sangre. Otra vertiente de Curicaveri es la deidad solar, que se manifiesta como dios del fuego. Además de este carácter dual de los elementos deificados más representativos, los documentos escritos sugieren la existencia de un enorme y variado panteón en el que existe bastante confusión, ya que cada divinidad disfrutó de una rica variedad de atributos y funcionó de muy distintas maneras, según estuviera asociada con diferentes colores, con los días del calendario o con los puntos cardinales; es decir, un comportamiento religioso que se corresponde con los rasgos básicos de la religiosidad mesoamericana.

Asimismo, disponemos de suficientes datos para afirmar que en los alrededores del lago Pátzcuaro se utilizó el calendario Tonalpohualli, empleando símbolos y funciones muy similares a los que por aquel entonces ostentaban los aztecas emplazados en la cuenca de México.

En lo que respecta a la organización política del estado tarasco, las *Relaciones de Michoacán* mencionan que sus comunidades estuvieron gobernadas por un rey-sacerdote divinizado que dominó una sociedad de características teocráticas y controló una amplísima unidad política, quizás una de las más extensas de Mesoamérica en el momento de la conquista. Como tal unidad, dominó vastos territorios del oeste y norte de México y fue ambicionada por los aztecas, que de manera repetida lanzaron sus ataques sobre Tzintzuntzan.

Un segundo nivel de la jerarquía social y política tarasca estuvo formando por los gobernantes de otros centros importantes, en particular Pátzcuaro y Ihuátzio, y después por los dirigentes de los sitios fortificados y fronterizos que aseguraban el control de la región y la paz social a los ocupantes del centro del estado.

De esta manera, los tarascos pudieron controlar las rutas comerciales que atravesaban el norte de Mesoamérica, ya que el azteca fue un imperio orientado fundamentalmente hacia el sur, que en ningún momento fue capaz de ejercer un férreo control sobre las ricas zonas de recursos o, al menos, sobre las rutas comerciales de regiones septentrionales.

La gestación de este extenso estado tarasco no fue sencilla, sino que se basó en un dilatado proceso bélico con las poblaciones de los alrededores entre 1350 y 1522, mediante el cual logró crear un pequeño imperio que incluía el noroeste de Michoacán y Jalisco, parte de la zona caliente y tierras húmedas de Michoacán y noroeste de Guerrero. Para mantener el control de esta enorme zona se vieron obligados a colo-

car un rosario de puntos fortificados a lo largo de la frontera de la esfera de influencia azteca.

Por lo general, tales fortalezas se emplazaron sobre promontorios desde los cuales era fácil realizar funciones de vigilancia sobre las rutas de acceso a la región. Un buen ejemplo de esta práctica lo pueden constituir los puestos colocados sobre los depósitos de sal de Ixtapan al este; de cobre, plata, oro y cinabrio en asentamientos de los altos, así como de miel, algodón, cacao y resinas olorosas como *copal* procedentes de las cuencas del Balsas y Tepalcatepec. Pero el mantenimiento del control sobre la frontera norte también resultó difícil y fluctuó en la medida en que se generaban procesos de expansión o contracción de sus vecinos chichimecas y otomíes. En cualquier caso, se llegó a controlar sitios tan al oeste como Guadalajara o Jalisco; no obstante, el imperio en cuanto tal sólo pudo mantenerse en el moderno estado de Michoacán.

En los momentos más angustiosos de la conquista de Tenochtitlan, los aztecas, que tradicionalmente habían hostigado los puestos avanzados tarascos y habían ambicionado controlar su propia capital, pidieron ayuda a los gobernantes de Tzintzuntzan. Éstos, no conociendo las verdaderas dimensiones del problema, decidieron sacrificar a los embajadores aztecas. Poco después, cuando Tenochtitlan entró a formar parte de la corona española, los conquistadores se dirigieron a la zona tarasca, y su rey, Tangaxoan II, ofreció poca resistencia a su anexión.

1.3. *Mixtecos*

Bernal comenta que el hogar del pueblo mixteco fue una sucesión de pequeños, pero a la vez prósperos, valles rodeados de áreas bastante áridas cuya historia comenzó a ser registrada en códices a partir del año 692 d.C. Desde un punto de vista geográfico y, en parte, cultural, la Mixteca incluye tres regiones diferenciadas: la Mixteca Baja, situada al oeste y noroeste del estado de Oaxaca; la Mixteca Alta, emplazada al este y sur del valle de Oaxaca, que mantuvo estrechos contactos con comunidades zapotecas, y la Mixteca de la costa o tierras bajas costeras de Oaxaca.

Los mixtecos se distribuyeron en multitud de pequeños reinos cuyos gobernantes estuvieron relacionados por complicadas alianzas basadas en enlaces matrimoniales. Los centros principales que representaron a estos minúsculos reinos fueron Tilantongo, Coixtlahuaca, Tlaxiaco, Yanhuitla y Tututepec. La tónica general de las relaciones entre ellos fue el conflicto, pero controlado, de tal manera que nunca se logró formar una unidad política comparable a otras existentes en Mesoamérica.

El valle de Coixtlahuaca en la zona costera constituye un buen ejemplo de la trayectoria cultural de estos pequeños reinos autóctonos: en él se ha encontrado tanto cerámica gris pulida, característica de las comunidades zapotecas, como los tipos polícromos mixtecos, que tan amplia distribución habrían de tener en el sur de Mesoamérica. Al mismo tiempo, el centro principal manifiesta influencia zapoteca en la arquitectura, al cubrir la fachada de los edificios con mosaicos muy similares a los existentes en Mitla y en Yagul. Los rasgos mixtecos se distribuyeron por todo el valle de Oaxaca, llegando a Yagul, a Mitla y al propio Monte Albán.

El valle de Nochtitlán tuvo una dilatada historia cultural que se inició en el 1300 a.C. y para el periodo Protohistórico pudo acoger una población cercana a los 50.000 habitantes. Éstos, que durante la etapa clásica habían ocupado el centro ur-

bano de Yacuñadahui, decidieron desocuparlo y trasladarse al extremo norte del valle, al centro de Yanhuitlán, formando un pequeño estado cuyos sitios más relevantes se emplazan en lugares poco defendidos, lo cual pone de manifiesto que nos encontramos ante un periodo de relativa tranquilidad social y política.

Yanhuitlán tuvo una organización social estratificada en cuatro clases con el gobernante y su linaje más cercano en el estrato más elevado, los cuales crearon un complicado sistema de tributación destinado a su mantenimiento. Un segundo grupo lo constituyó la nobleza, que administró los asentamientos menores y fue un factor importante en el control de ese intrincado sistema de tributos al que nos hemos referido. Un tercer segmento estuvo formado por la gente común, encargada de las actividades de subsistencia y artesanales; hubo un cuarto grupo de población que gozó de un estatus especial constituido por los comerciantes.

El pequeño reino costero de Tututepec ejerció fuertes presiones sobre Yanhuitlán y logró ser el más importante y estable de los emplazados en la costa de Oaxaca, pero en buena medida esto fue debido a la política de alianzas que mantuvo con otros pequeños estados de la Mixteca, los cuales alcanzaron un promedio de habitantes cercano a los 50.000. En cualquier caso, el poder de tales estados nunca fue homogéneo y unos tuvieron que rendir tributo a otros según las circunstancias políticas del momento.

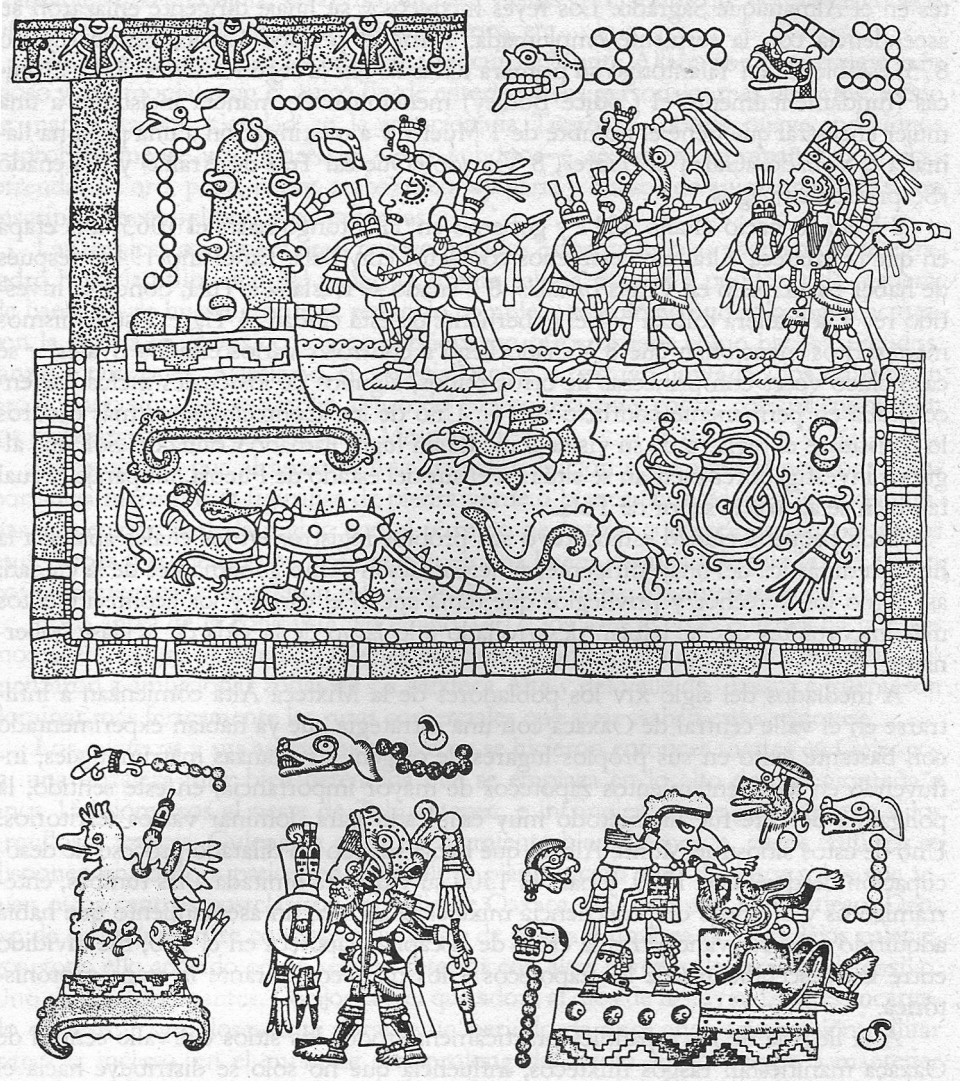
Como puede observarse de esta escueta descripción de los centros mixtecos, la región, a pesar de contener algunas de las piezas artísticas más afamadas de Mesoamérica, es bastante desconocida. Sin embargo, hay dos elementos que han conferido a los mixtecas el marchamo de consumados artesanos y artistas: uno engloba una trayectoria artística conocida con el apelativo de estilo mixteca-puebla; otro, incluido en el anterior, son los códices y los excelentes trabajos en metalurgia.

El nombre con que se designa este estilo ha creado mucha confusión, ya que hace referencia a un desarrollo cultural ocurrido desde tiempos toltecas en las regiones de Cholula, Tlaxcala y límite de Oaxaca; de hecho, hay fuertes semejanzas entre cerámicas y figurillas de la Mixteca Alta y las procedentes de la mencionada área. El estilo se encuentra además reflejado en el grupo del Códice Borgia y en las pinturas murales de Tizatlán, Tlaxcala, Mitla, Oaxaca y emplazamientos de la costa oriental de la península del Yucatán, alcanzando su límite más al sur en asentamientos de Nicaragua y Costa Rica.

Los libros mixtecos se confeccionaron en piel de venado, pintados en colores muy vivos y cubiertos por una fina película de estuco, y fueron escritos por la nobleza en los últimos días prehispánicos, conteniendo amplias genealogías de casas reales y acontecimientos históricos. El sistema de lectura se desarrolla en zig-zag, de arriba a abajo; no se trata de una escritura puramente jeroglífica, sino más bien de una combinación de principios pictográficos y logográficos, acompañados por fechas de la Rueda Calendárica de 52 años. Este mismo sistema fue adaptado más tarde por las comunidades nahuas del centro de México.

Los códices pueden distribuirse en dos grupos amplios: el Borgia, cuyo documento principal es el Códice Borgia, que consta de seis manuscritos de contenido ritual y calendárico, en el cual son muy frecuentes las representaciones de dioses y acontecimientos mitológicos y, al menos tres de ellos, parecen proceder de la Mixteca.

El segundo grupo manifiesta un interés superior por las genealogías y los acontecimientos de tipo histórico, siendo muy frecuentes los nombres de los días, jeroglí-



Pasajes del Códice Nutall.

ficos de dioses, matrimonios, ceremonias, sacrificios, etc., y consta de ocho manuscritos.

El Códice de Viena constituye una excepción temática, ya que parece hacer referencia a un título de propiedad de un terreno, mediante el cual se establecen los derechos de ciertos linajes para gobernar determinados sitios mediante la sanción de la divinidad y de los ancestros sagrados.

Nos encontramos, pues, ante una información de gran valor, tanto más cuanto que se trata de regiones muy desconocidas desde el punto de vista de la arqueología. En cuanto a su contenido más específico, abarcan desde narraciones de los orígenes de la aristocracia mixteca y su relación con ancestros míticos a su genealogía, siendo nombradas las personas que aparecen en los códices según las circunstancias presen-

tes en el Almanaque Sagrado. Los reyes mixtecos y su linaje dirigente enlazaron su ascendencia con la serpiente emplumada. Hacia el periodo Clásico tardío (859 ó 875) establecen en Tilantongo su primera dinastía. En la segunda dinastía, las crónicas (fundamentalmente el Códice Bodley) mencionan de manera insistente a una mujer ancestral que tiene el nombre de 1 Muerte y a continuación a una persona llamada 8 Venado «Garra de Tigre», 8 Venado «Quetzal Tela de Araña» y 8 Venado «Serpiente de Fuego».

8 Venado nació el año 1011 y gobernó en Tilantongo hasta el 1063, una etapa en que la Mixteca Alta tiene estrechos contactos con Tula. En el año 1945, después de haber participado en varias batallas, 8 Venado se traslada a Tula, donde es investido rey a la manera tolteca por el gobernante de esta ciudad, 4 Tigre. Estos mismos manuscritos mencionan que 8 Venado llegó a controlar varios estados rivales, y se casó cinco veces con princesas de otros reinos, algunos de los cuales incluso se encontraba en permanente conflicto con él. Uno de los acontecimientos más oscuros lo constituye el registro de su visita al rey de un lugar llamado Colina del Sol, que algunos investigadores piensan se sitúa en el sur del estado de Puebla, un paraje al cual también se acercó el señor de Tula.

Cada pequeña ciudad estado tuvo sus propios registros en los cuales aparecía la historia dinástica del linaje dirigente, su legitimación como gobernantes de la ciudad, así como los derechos y privilegios que tenía anexo el cargo y los acontecimientos más importantes que se habían desarrollado a lo largo de la vida de la clase gobernante.

A mediados del siglo XIV los pobladores de la Mixteca Alta comienzan a infiltrarse en el valle central de Oaxaca con una estrategia que ya habían experimentado con bastante éxito en sus propios lugares de origen: las alianzas matrimoniales, influyendo en los asentamientos zapotecos de mayor importancia; en este sentido, la poligamia de élite fue un método muy empleado para dominar vastos territorios. Uno de estos sitios fue Monte Albán, que había sufrido un dilatado proceso de desocupación desde el año 1200, y para el 1300 su vida está limitada a las tumbas, enterramientos y ofrendas de procedencia mixteca. Zaachila, un asentamiento que había adquirido gran relevancia tras la caída de la capital zapoteca en el 700, fue dividido entre los descendientes de los zapotecos y los mixtecos durante la etapa protohistórica.

A la llegada de los españoles prácticamente todos los sitios del valle central de Oaxaca manifiestan rasgos mixtecos, influencia que no sólo se distribuye hacia el sur, sino también hacia el norte a la zona de Cholula, dando un impulso final al estilo mixteca-puebla.

Una segunda característica de los reinos mixtecos que complementa sus esmerados registros genealógicos en códices es la artesanía, de tal manera que gran parte del área se transformó en un gran centro de especialización en metalurgia, mosaicos de jade y turquesa y cerámicas polícromas.

Curiosamente, las mejores muestras de su especialización manufacturera no se dan en los centros mixtecos, sino en los asentamientos zapotecos de finales del periodo Protohistórico que desde el siglo XIV habían sufrido la superposición mixteca. Quizás el ejemplo más afamado sea el de la Tumba 7 de Monte Albán que, construida en el periodo IIIb (550-700), fue reutilizada por los intrusos del Postclásico tardío para enterrar a un personaje de alto estatus. En ella se encontraron 24 objetos de plata, 121 de oro, 8 vasijas de *tecalli* (travertina) y diferentes collares de jade, ámbar,

azabache, coral y concha; así como también vasijas complejamente decoradas, brazaletes y orejeras de jade, vasos de cristal de roca, etc.

No cabe duda de que los mixtecos reocupan Monte Albán por su prestigio religioso y ceremonial, con el único fin de enterrar a sus personajes más notorios; y esto se manifiesta con claridad en la mencionada Tumba 7, donde nueve individuos —probablemente un dignatario y sus súbditos— se hacen acompañar por ricas ofrendas de oro, plata, cobre, trabajos en lapidaria y huesos de animal grabados con inscripciones jeroglíficas y calendáricas.

Las técnicas con que fueron confeccionados estos materiales abarcan desde el taladro hasta la utilización del pedernal, arenas muy abrasivas y pulidores de madera, de bambú y de hueso. Con este reducido complejo tecnológico no sólo manufacturaron la joyería en oro, sino que confeccionaron otros objetos como hachas, escudos, lanzas y punzones. Asimismo, su especialización no estuvo limitada a los trabajos en oro y plata, sino que se amplió al uso del plomo, estaño y cobre, convirtiéndolos en los metalúrgicos más afamados de Mesoamérica.

Unos objetos que alcanzaron una gran distribución y, en algunas ocasiones, importancia fueron unas figurillas de piedra verde o blanca conocidas en las monografías arqueológicas de la región con el término de *penates;* confeccionadas con rasgos muy firmes y esquemáticos, aparecieron en una buena cantidad de tumbas de superposición mixteca, y estuvieron relacionadas con el culto a los antepasados.

Poco antes de la conquista, en el año 1497, los aztecas, con quienes hasta estos momentos habían mantenido buenas relaciones comerciales e, incluso, políticas, comenzaron a ambicionar zonas de La Mixteca Alta y del valle de Oaxaca e intentaron dominar más férreamente las rutas comerciales que atravesaban estas regiones.

Los mixtecos y sus asociados zapotecos se hicieron entonces fuertes en Guiengola, una fortaleza muy bien defendida que se emplaza en lo alto de una montaña a unos 15 kilómetros al oeste de Tehuantepec, e infringieron una gran derrota a los orgullosos aztecas. Guiengola es un asentamiento bien defendido, cuyos edificios se disponen en torno a patios, en un estilo y planificación algo distintos a los que tenían otros centros postclásicos del valle de Oaxaca, por ejemplo, Lambytieco. Dentro de su perímetro se construyó un juego de pelota y un área de complejos palaciegos, todo ello acotado en un recinto interior con altas paredes de carácter defensivo. Uno de sus gobernantes, Cocijoeza («el que adora al dios de la lluvia»), fue el encargado de resistir orgullosamente durante un periodo de once años a la presión militar azteca e, incluso, en el curso de este prolongado asedio le dio tiempo a mantener ciertas rencillas con los propios estados mixtecas que no lograron reducir su prepotencia.

A pesar de esta resistencia y de la derrota infringida a los aztecas, no pudo evitar que a lo largo del siglo XV dilatados territorios de la Mixteca Alta fueran anexionados por los ejércitos imperiales del centro de México, los cuales, en última instancia, no pudieron frenar la posterior colonización española.

1.4. *Los mayas*

Tras los sucesos violentos ocurridos en Chichén Itzá, Izamal y Mayapán en el año 1200, cesa la influencia del primer centro sobre la península del Yucatán y sus habitantes, los itzás, lo abandonan paulatinamente y se ven obligados a iniciar un

éxodo hacia el sur hasta establecerse en el lago Petén. Estas rencillas entre los dirigentes de los centros del norte no terminan con el abandono de Chichén Itzá, y luchas posteriores entre Izamal y Mayapán permiten a este último centro transformarse en la última ciudad importante de la historia prehispánica maya.

La historia documental, que ha sido muy bien recogida por Landa, indica que este nuevo asentamiento fue fundado hacia el año 1100 y utilizado por sus gobernantes Cocom para concentrar a la nobleza y los líderes locales a partir del año 1250, con lo cual el poder político sobre una buena porción del estado de Yucatán quedaba asegurado. Paralelamente a esta concentración de poder por parte del linaje Cocom, Chichén Itzá había dejado de mantener una relación directa con el centro de México y se inicia un periodo de continua competición entre una multitud de pequeñas unidades políticas que no están controladas de manera directa por Mayapán.

Lo que conocemos a partir de los estudios arqueológicos nos muestra un asentamiento de unos cuatro kilómetros cuadrados de extensión en los que se apiñan 4.140 estructuras, de las cuales tan sólo 140 tienen una clara función ceremonial. El perímetro de la ciudad estuvo rodeado por unas murallas de carácter defensivo a lo largo de nueve kilómetros y tiene dos entradas y diversas puertas de acceso; es decir, que la concepción y planificación urbana del centro es bastante diferente de lo que habitualmente observamos en otros asentamientos complejos de las tierras bajas mayas.

Durante el primer periodo de su desarrollo se corresponde con la fase tolteca de Chichén Itzá; se trata entonces de un pequeño sitio dedicado al culto de Kukulcán que pudo haberse utilizado como un centro administrativo o subsidiario por los toltecas. La duración de esta fase se inicia con su fundación en el 1100 y finaliza con el abandono de Chichén Itzá.

La segunda etapa de Mayapán se corresponde con su periodo de esplendor entre 1250 y 1450, durante el cual se forma la ciudad sin una planificación excesivamente cuidadosa, una práctica que se había constituido en norma general en los centros mayas.

Estas 4.140 construcciones incluidas dentro del recinto amurallado albergaban una población aproximada de 10.000 habitantes, mientras que el paisaje circundante estuvo ocupado por residencias campesinas que, en esta ocasión sí, se dispusieron según el patrón de asentamiento habitual en las tierras bajas.

En el interior de este recinto, que tiene la forma aproximada de una elipse, se dio un fenómeno de sincretismo de algunos rasgos toltecas de Chichén Itzá con aquellos otros propugnados por un sistema de vida en la más pura tradición maya; es decir, que se fusionaron en el mismo sitio dos tendencias antagónicas que, en términos amplios, coinciden con la propia historia de la ciudad: el tolteca de la primera época y el maya representado por el acceso del linaje Cocom al poder en la segunda.

El grupo de construcción más importante está ocupado por el recinto ceremonial, que incluye más de 121 edificios con una disposición y orientación más acorde con las ideas del centro de México que con las del área maya. El templo principal es una copia a pequeña escala de El Castillo de Chichén Itzá, e incluso existen en el sitio otros edificios que emulan a aquellos levantados en la antigua capital yucateca, incluida una estructura redonda de gran semejanza con El Caracol, con ocho cuerpos en talud y escalinatas con alfardas. Se trata de una construcción a base de piedras irregulares unidas con mortero, utilizándose la bóveda de aproximación de hiladas y

el estuco para cubrir las fachadas, y siguiendo una tradición que enlaza con las corrientes decorativas del Clásico maya.

Este compendio de tendencias se puede ampliar a otros rasgos como el uso de columnas serpentiformes y vestíbulos con columnas o pilares de clara filiación maya-tolteca, o la revitalización del culto a la estela y la planificación de edificios en torno a un pequeño patio más característico de los estilos clásicos. El resultado de este sincretismo de dos tradiciones culturales distintas, una del altiplano y otra de las tierras bajas, es la confección de un asentamiento urbano y nucleado, pero sin estar planificado de forma urbana; por ejemplo, los servicios no están bien distribuidos por la ciudad, a las nueve entradas que tiene el centro no corresponden otras tantas calzadas o caminos que conecten partes neurálgicas de la ciudad, y la distribución interna de los edificios nos recuerda más los pequeños núcleos del medievo europeo que a los bien planificados centros mayas.

De los 4.140 edificios, aproximadamente 2.100 tuvieron una naturaleza residencial, y en ellos habitaban entre 10.000 y 12.000 personas. Tales casas se solían disponer en torno a un espacio abierto rodeando los recintos residenciales y ceremoniales más importantes. Cada casa o grupo de casas dispersas en el interior del recinto estuvieron rodeadas por vallas de piedra caliza que debieron ser similares a las cercas que hoy día se utilizan de manera general en la península del Yucatán. Las residencias de la nobleza incluyeron un pequeño santuario familiar en torno al cual celebraron determinadas ceremonias de linaje y enterraron a sus muertos.

En definitiva, y en lo que al aspecto arquitectónico se refiere, Mayapán representa un declive cultural del periodo tolteca, empleando materiales de mampostería más pobres, con defectos evidentes en la construcción que se intentan paliar mediante la colocación de plastones de estuco en las grietas. En cuanto a los sistemas de construcción, los edificios son más pequeños y están peor planificados, no siendo otra cosa sino burdas copias de aquellos que con tanta esbeltez se levantaron en Chichén Itzá.

Fuera de este gran espacio vallado se distribuyeron de manera dispersa las construcciones, algunas de ellas de mampostería, correspondientes al segmento campesino, las cuales, como aquellas del interior, estuvieron limitadas por vallas de piedra caliza que en nada variaban el sistema de asentamiento utilizado en las tierras bajas del norte desde el Formativo.

La cerámica encontrada en Mayapán es prioritariamente utilitaria, siendo muy escasos los tipos decorados, que manifiestan influencias de la costa de Golfo y de formas y decoraciones mexicanas del Postclásico tardío. Las relaciones con la costa de Campeche se dejan notar por la importación de un tipo de cerámica Anaranjada Fina de peor manufactura que aquella que con tanta aceptación circuló durante todo el periodo Clásico mesoamericano.

Un rasgo muy típico de Mayapán, y en realidad de todos los centros mayas protohistóricos que aparece desde el sur de Veracruz hasta Belice pasando por el Yucatán o el lago Petén, son los incensarios en forma de grandes cilindros de cerámica con cabezas modeladas, y con brazos, manos, piernas y vestidos de varias deidades, algunas de las cuales muestran una estrecha relación con aquellas otras del panteón mexicano. Ciertas formas, colores y símbolos iconográficos son muy similares a los aparecidos en los códices del centro de México.

La documentación escrita es un poco confusa a la hora de establecer las preferencias de culto de los individuos que habitaron la ciudad; sin embargo, los registros

arqueológicos y sobre todo las divinidades representadas en los mencionados incensarios, ponen de manifiesto que durante un corto periodo inicial hubo una revitalización del culto a Kukulcán, la cual culminó con la construcción del templo principal del asentamiento. Tras esta breve etapa, las antiguas deidades mayas desplazaron a Kukulcán, e Itzamná se transformó en el dios más popular, seguido de Ek Chuah, el dios del comercio, que para esta época se había revitalizado con un poder desconocido, dado que los gobernantes putún habían alcanzado una gran prosperidad y preponderancia social y política.

Desde una órbita sociopolítica, la estrategia del linaje Cocom consiste en concentrar la nobleza local en Mayapán, y asignar a sus miembros amplias residencias para llevar una vida cómoda, la cual tuvo sus frutos beneficiosos durante unos doscientos cincuenta años. Sin duda, la permanencia de dichos líderes (que en realidad pudieron sentirse cautivos en multitud de ocasiones) permitió una fácil recaudación de tributos procedentes de regiones alejadas y complementarias del Yucatán, al mismo tiempo que se lograba controlar una situación de profunda reacomodación política y los acontecimientos internos surgidos tras el abandono de Chichén Itzá.

Esta política, mezclada con un intrincado sistema de alianzas matrimoniales con linajes nobles en la zona y la contratación de mercenarios de México central, como los Ah Canul, no fue, sin embargo, suficiente para controlar la situación durante un periodo de tiempo tan largo como lo habían tenido los grandes centros mesoamericanos del Clásico, y el propio sistema agobiante de mantener semicautiva a la nobleza local terminó por originar un periodo de revueltas que culminaron en el año 1441, en que los gobernantes de Mayapán fueron vencidos y finalizó la última gran unidad política maya de la época prehispánica.

Paralelo a este dominio de Mayapán sobre vastos territorios del Yucatán, se inició una etapa de esplendor en la costa oriental de la península, la cual para nada concuerda con la denominación de «Período Decadente», con la que se bautizó a este momento de su desarrollo cultural.

Los grupos putún de la costa del Golfo, que habían logrado hacerse afamados mercaderes y guerreros mercenarios desde el Clásico terminal, habían urdido para el Postclásico una extensísima red comercial mediante la cual pusieron en contacto comunidades del centro de México con poblaciones emplazadas en la costa yucateca, y llegaron hasta Nito y el golfo de Honduras. Junto con sus mercaderías exóticas lograron distribuir una buena cantidad de los elementos mexicanos que habían llegado a Chichén Itzá y sitios de la costa oriental: columnas en forma de serpiente, pilastras talladas en bajorrelieve representando guerreros mexicanizados, balaustradas, vestíbulos de columnas y pilastras, esculturas de chac mool, estructuras circulares y murales con elementos mixtecos, fueron integradas entonces en las concepciones del arte maya.

La zona oriental de la península del Yucatán había estado poco poblada durante el periodo Clásico tardío, quizás debido a una orientación hacia el interior que caracterizó a los asentamientos mayas de la época. Para el periodo siguiente el desarrollo de las redes comerciales, cuyo circuito recorría todo el entorno de la península, hizo necesaria la fundación de pequeños asentamientos costeros. Los centros más simples pudieron entonces ser utilizados como simples guías para los navegantes, mientras que los más complejos y nucleados se emplearon como lugares de aprovisionamiento, intercambio y descanso, o también como puertos de concentración de productos del interior; incluso, algunos otros fueron utilizados como santuarios y centros de

peregrinación para los mercaderes que de manera tan frecuente se veían obligados a transitar por esas rutas.

La propia Mayapán tuvo una participaicón importante en la potenciación de las vías que antiguamente había controlado Chichén Itzá por medio de gente putún, y en su época de expansión mantuvo contactos muy estrechos con diversos yacimientos emplazados en la isla de Cozumel, que le proporcionaron, además de facilidades portuarias en San Gervasio, un centro de culto dedicado a Ix Chel, al cual acudieron frecuentemente los comerciantes.

El sitio más importante de estos enclaves costeros fue Tulum, también conocido con el término de Zamá. Situado en un promontorio rocoso y rodeado al este por el mar, tiene unos seis kilómetros cuadrados de extensión y está rodeado en sus otros tres lados por unos 800 metros de muralla que tiene dos metros de altura por término medio y cinco puertas de acceso. Tulum, a pesar de sus fuertes semejanzas estilísticas con Mayapán es, sin embargo, una ciudad planificada en torno a una calle principal que sirve de eje. A uno y otro lado se levantan edificios públicos y residenciales, incluyendo una plaza de mercado.

Los edificios más importantes de Tulum muestran también cierto sincretismo en lo que a elementos estilísticos y arquitectónicos se refiere, utilizando rasgos de tradición tolteca y maya: así, en El Castillo se emplean las columnas serpentiformes y las habitaciones porticadas que tienen techumbres planas de vigas y mortero, pero el edificio se recubre con estuco y se decora por medio de una figura del Dios Descendente (Ah Muzencab), una deidad relacionada con la miel y con las abejas, que está presente en algunas de las estructuras más importantes de la ciudad. También se revitaliza el culto a la estela, aunque, como sucede con la sureña Ichpaatún, puede tratarse de una reutilización de monumentos más antiguos, pues en este último centro las fechas son mucho más tempranas que los materiales extraídos en las excavaciones.

De especial importancia son el Templo de los Frescos y el Templo del Dios Descendente, construidos entre 1450 y 1500, los cuales están decorados con pinturas murales que guardan una estrecha semejanza con los códices e, incluso, con los códices mixtecos que tan amplia distribución alcanzaron en Mesoamérica. Por ejemplo, el Templo de los Frescos contiene escenas hieráticas en que aparecen varios dioses y escenas rituales identificadas en el Códice de Madrid. Tales rasgos hacen pensar que en la Mesoamérica protohistórica llegó a existir un estilo internacional en lo que respecta a la técnica decorativa de murales, aunque ciertos estudiosos opinan que los gobernantes de los principales sitios del estado de Quintana Roo llegaron a contratar a artistas mixtecos para que decoraran sus edificios. El Templo de las Series Iniciales o la Casa de las Columnas son estructuras importantes que participan de ese estilo característico del Protohistórico yucateco.

Al norte de Tulum, Xcaret (el Polé de los días coloniales), Xelhá, Tancah, San Gervasio, Isla Mujeres, Cancún y otros asentamientos muestran rasgos similares en lo que a arquitectura y decoración se refiere, y están emplazados por término general en sitios bien abrigados y recogidos, muy aptos para recalar embarcaciones.

Merece la pena detenerse un poco en el papel que desempeñó Cozumel en este constante ir y venir de personas y productos. La pequeña isla de Cozumel, localizada al noreste de la península del Yucatán, estuvo dedicada al culto de la diosa Ix Chel, a la cual se levantó un pequeño templo que se transformó en el principal centro de peregrinación de la zona. A su condición sacralizada sumó unas excelentes cualidades de

puerto bien defendido que pudo concentrar buena parte del comercio que se dirigía o procedía de la bahía de Honduras y del gran puerto de Nito.

En esta isla se descubrieron más de treinta pequeños asentamientos, algunos de los cuales dedicados a ser reducidos santuarios o faros costeros para la navegación marítima. Un rasgo muy importante es que gran parte de la isla estuvo planificada por una serie de paredes en forma de parrilla con una orientación de 20°, en un sistema de parcelación similar al que se originó en ciertas zonas de Mayapán. Algunos de estos sitios costeros parecen haber estado dedicados al almacenaje de productos.

Este tipo de ocupaciones se continuaron hacia el sur de Tulum, en sitios como Ichpaatún y Santa Rita Corozal, donde se han encontrado unos espléndidos murales que pueden ser considerados verdaderamente mixtecos en lo que a la técnica de confección se refiere, aunque los temas representados sean mayas, como Ek Chuak, Chac y otras divinidades. Asimismo, en estos asentamientos son frecuentes cerámicas, figurillas e incensarios característicos de Mayapán.

En definitiva, este cuadro que hemos detallado de manera tal vez excesivamente breve, puede contradecir ese término de «Decadente» con el que se ha querido identificar el desarrollo protohistórico de la costa oriental del Yucatán. Lejos de unas comunidades desorganizadas y en franca decadencia nos encontramos ante una serie de centros que parecen estar muy bien organizados cultural y económicamente, los cuales, bajo la dirección de Mayapán, ponen en contacto la costa del Golfo con la bahía de Honduras. Estos centros, ricos, según muestran los murales de influencia mixteca, que reciben buenas cantidades de cacao, miel, obsidiana, sal, piedras pesadas, plumas, algodón y una vasta variedad de productos, tuvieron que fortificarse —al menos los más relevantes— y ofrecer buenas facilidades de almacenaje seguro. Con todas estas posibilidades geoestratégicas, la costa oriental del Yucatán logró alcanzar una época de prosperidad hasta entonces inimaginable para la zona.

Pero mientras el este se refuerza económica y políticamente, bien controlado y organizado por los mercaderes y mercenarios putún, Mayapán comienza a dar señales de decadencia, de fragilidad, y en 1441 un noble del linaje Xiu, Ah Xupan, organiza una revuelta contra los Cocom, mata a todos los miembros de su linaje, excepto a uno que se encontraba por aquel entonces en misión comercial, y Mayapán deja de existir como centro que integra el poder en una amplia región del Yucatán. Tras estos sucesos es abandonada y corre la misma suerte que el resto de los grandes centros mayas de periodos anteriores.

La historia del linaje Xiu es tan oscura como la de los Cocom y la de otro tipo de acontecimientos que se suceden en el Yucatán postclásico, debido quizás a que las tradiciones orales se van incluyendo poco a poco en una nebulosa muy confusa que ofrece gran dificultad de desentrañar. En cualquier caso, parece haber cierto consenso en establecer el lugar de origen de los Xiu en torno a Uxmal, los cuales se movieron hacia Mayapán después del siglo x, ciudad donde permanecieron en segundo plano con respecto al linaje Cocom. Más tarde, una serie de alianzas y movimientos técnicos permitirán a los Xiu participar en la administración de Mayapán.

El descontento de los Xiu por su posición secundaria hizo que promovieran un estado de inestabilidad, y que los Cocom desconfiaran hasta tal punto que pidieron ayuda a mercenarios mexicanos de la región de Tabasco. Coincide esta situación con la ambición de los gobernantes del centro de México por controlar las rutas comerciales dirigidas hasta entonces en buena medida por los dirigentes de Mayapán. La consecuencia final de tales actitudes es la destrucción del linaje Cocom y de su capital.

Los Xiu quedaron en buena posición para mantener el poder, pero decidieron trasladarse hacia el sur de Mayapán, a Maní, donde residieron hasta el momento de la conquista. A partir de ese momento, la situación del Yucatán se complica y surgen pequeñas provincias autónomas e independientes que frecuentemente chocan entre sí, pero ya no se logrará una unidad política de importancia en el área.

Muertos y dispersos los Cocom, trasladados los Xiu a Maní, y la familia Chel, otro linaje importante de Mayapán, envuelta en otro éxodo hacia el sitio de Tecoh, Mayapán quedó destruida por el pillaje y el fuego. El último descendiente Cocom, que en los días finales de la ciudad se encontraba de viaje con una delegación comercial, logró reunir a varios fieles que habían quedado dispersos en Sotuta.

Uno de los últimos acontecimientos notables en la zona antes de la conquista es la peregrinación que planea Ah Dzun Xiu, gobernante de Maní, a Chichén Itzá. Para ello tenía que pedir un salvoconducto a Nachi Cocom, señor de Sotuta, ya que habían de atravesar sus dominios. Éste no dudó un solo momento en expedir el permiso, y cuando el señor de Maní, acompañado de su hijo y de la mayoría de los señores que componían su corte, eran agasajados en Otzmal, en tierras de Sotuta, fueron muertos y el linaje Cocom vengó la derrota de sus antepasados.

Tras la caída de Mayapán, Yucatán se divide en diecisiete jurisdicciones *(cuchcaob)* que se distribuyen en su parte norte y oriental (Champutun, Canpeh, Cochuah, Ah Canul, Maní, Chakan, Cehpech, Hocaba, Sotuta, Ah Kin Chel, Chickinchel, Cupul, Tases, Cochuah, Ecab, Uaymil y Chetumal).

Estas jurisdicciones, o provincias como más tarde las denominaron los españoles, estaban gobernadas por linajes hereditarios y afectaban a poco más de medio millón de individuos. El poder político no se ejerció en todas ellas de manera uniforme, sino que al menos hubo tres modalidades: *a*) un simple señor reinó como una especie de monarca sobre su pueblo, y fue reconocido como tal, rindiéndosele vasallaje y tributándole. Se le denominaba *Halach Uninic* («hombre verdadero»), y fue la forma de autoridad característica de Maní, Sotuta, Ah Kinchel o Cochuah; *b*) otro tipo de organización política fue el gobierno de un linaje, como en el caso de los Canul o Cupul; *c*) y un tercer tipo consistía en la alianza de varios pueblos para formar una provincia que en muchas ocasiones era efectiva, pero en otras las rencillas eran más frecuentes que la cooperación; por ejemplo, el área de Chakan, que incluía Mérida.

Es decir, que en todo tipo de organización política del Yucatán y a pesar de sus variedades, ésta descansaba en los lazos de parentesco de cada linaje particular, cuyas cabezas dirigentes se traspasaban el poder y el prestigio. Ésta fue la situación política existente tras la caída de Mayapán, la que se encontraron los españoles, y que estaba caracterizada por la competición interna y la reformulación continua de los *cuchcahob,* no existiendo ningún centro integrador que les pudiera dar un periodo de esplendor y arrogancia como los que existieron en el pasado.

En los siglos XV y XVI al menos nueve de las diecisiete provincias políticas a las que hemos hecho referencia estaban dirigidas por un *halach uinic,* al cual también se le asignaba el cargo de *ahau* (rey, emperador, monarca, príncipe o gran señor), concentrando amplísimos poderes políticos, militares y religiosos. Como es natural, este gran señor residió en la capital de la jurisdicción bajo su dominio, apoyado por un consejo mixto de nobles y sacerdotes *(Ah cuch cabob).* La administración de los poblados corría a cargo de los *batabob,* que mantuvieron con él una relación de tipo feudal, al proceder de una nobleza hereditaria *(almenehob)* con un alto grado de autonomía

como autoridad ejecutiva y judicial en los territorios bajo su jurisdicción. Generalmente, el cargo de *batab* fue hereditario y adquirió el grado de capitán de guerra, aunque también hubo capitanes electos, que detentaban el cargo de *nacom.* El consejo de *Ah cuch cab,* dos o tres, ayudaba al *batab* en la administración de los asuntos internos de cada poblado, e incluso llegaron a gobernar diversos barrios dentro de él. Otro título importante en la organización política del Yucatán protohistórico fue el de *halpop* («cabeza de estera»), cuyas funciones se asimilaron a las del *batab* y, de hecho, en algunos casos son los responsables de centros importantes, pero cuya existencia se limita a aquellas provincias en que no existe la figura del *halach uinic.*

Las crónicas también han dejado constancia de los cargos religiosos en los que estaba organizada la sociedad, siendo el título más importante el de *Ahuacan* («señor serpiente»), en el que se concentraron las más altas funciones del culto y de la adivinación. En muchas ocasiones el cargo se asimiló al de *Ahau.* Los *chilanes* estuvieron encargados en exclusiva de la adivinación, mientras que el *nacom* fue un cargo sacerdotal (distinto al de capitán) dedicado a efectuar los sacrificios humanos, de carácter vitalicio, y que Landa conecta con las ceremonias relacionadas con Chac. El sacerdote maya recibió el título de *Ah Kin* («el del sol»), que tenía funciones proféticas y de oráculos, siendo muy importantes aquellas profecías asociadas con el ciclo de los 13 *katunes.* Paralelamente, en las rancherías y otros núcleos pequeños de habitación, el culto estuvo dirigido por los *Ah men,* que equivalen al cargo actual de rezador y curandero en la región.

La clase campesina *(ah chembal uinicob)* vivía dispersa en ranchos, en campos de cultivo y en las afueras de los poblados. Por último, los esclavos *(ppentacob)* procedieron tanto por nacimiento como por juicios de falta, prisioneros de guerra o por comercio, y constituyeron el último estrato de la sociedad protohistórica del Yucatán.

Cuando se inician los primeros contactos con los conquistadores, una inmensa porción del territorio había retornado a una vida de poblado, conservando prácticamente las mismas técnicas y cultivos que los existentes durante toda su trayectoria cultural, viviendo en el mismo tipo de casas, y seguramente teniendo la misma dieta que la utilizada desde tiempos formativos. Esta reformulación cultural, que se basaba en la tradición y en sistemas de vida olvidados desde hacía muchas centurias, no consiguió afectar en profundidad a una de las actividades en las que se había cimentado su pasado esplendor: el comercio. Las transacciones comerciales por tierra y por mar continuaron siendo importantes, y los productos tradicionales, como miel, sal, algodón, esclavos, jade, conchas, plumería, etc., que circulaban desde el gran puerto de Xicalanco hasta la bahía de Honduras continuaron afluyendo a la región, al menos hasta que los ocupantes del Yucatán fueron anexionados por la corona española en 1540.

Un lugar clave de esta política comercial fue Acalán, en el occidente del Yucatán. Xicalanco fue un puerto de gran importancia en el que se concentraban los productos procedentes del norte y centro de México, del Yucatán y del interior de las tierras bajas mayas, el cual logró su popularidad debido a su posición geoestratégica en la Laguna de Términos. Penetrando por el río Candelaria se accedía a la provincia maya chontal de Acalán («Lugar de canoas»), en la que había un tipo de organización sociopolítica y económica muy similar a la existente en el norte del Yucatán, donde las familias nobles controlaron toda la vida política, económica y religiosa. Su capital fue Itzamkanac, y estuvo dividida en cuatro barrios, cada uno de ellos dirigi-

do por un oficial administrativo y todos ellos subordinados a un gobernante que ostentaba el título de *ahau*.

Cada barrio estuvo presidido por un templo dedicado a divinidades importantes, las cuales, quizás, patrocinaron los oficios y ocupaciones de sus habitantes; por ejemplo, Ix Chel, Ek Chuak y, presidiendo el conjunto, un templo mayor dedicado al culto de Kukulcán, el dios tutelar del gobernante. En 1524, cuando Cortés visita el área en su camino hacia Honduras, su dirigente es Paxbolonachá, el cual había logrado dar un nuevo impulso a las antiguas rutas comerciales controladas por los pobladores putún y chontal.

También importante dentro de esta organización comercial del área maya durante el Protohistórico fue la llanura de Sula, al sureste de Nito. En ella, Chetumal y otros centros comerciales del norte habían mantenido determinados puertos de comercio en los que resultaba relativamente fácil almacenar productos estratégicos procedentes de diversas rutas menores. En el pasado, la llanura había sido controlada por señores de Chichén Itzá y de Mayapán con el fin de aprovisionarse de oro, metales, plumas y cacao procedentes de la propia región o de áreas más al sur, en Centroamérica. Se trata de una zona fronteriza, donde grupos de habla chortí y chol se mezclaron con comerciantes de habla chontal y nahua, y con grupos Jicaque, Lenca y Paya.

Naco fue un centro próspero que logró concentrar unos 10.000 habitantes procedentes del valle medio del Chamalecón y que había ampliado sus dominios a la propia llanura de Sula a comienzos del siglo XVI. En el momento de la conquista era probablemente un enclave chortí, un centro comercial de frontera muy pujante y cosmopolita.

No debemos olvidar en este breve repaso de la situación del mundo maya inmediatamente anterior a la conquista a aquellos itzás ocupantes de Chichén Itzá que, tras la caída de la ciudad a manos del linaje Cocom, hubieron de abandonarla e iniciaron un lento y penoso éxodo hacia el sur, atravesando el Petén y estableciéndose en el lago Petén Itzá.

Tayasal fue la capital política que los Itzás fundaron junto a otros pequeños asentamientos en los lagos Petén Itzá, Macanché y Yaxhá; como por ejemplo, Topoxté, una pequeña y nucleada capital que se fundó en el siglo XIII en la que se distribuyen poco más que una docena de templos y residencias con vestíbulos abiertos muy similares a los que fueron levantados en Mayapán. La arquitectura de Topoxté, situado en una pequeña isla del lago Yaxhá, tiene fuertes reminiscencias del estilo de Tulum y sitios cercanos; y en lo que se refiere a materiales cerámicos, incensarios y demás objetos menores, guardan semejanza con los descubiertos en Mayapán, al igual que sucede en muchos yacimientos de las tierras bajas del norte durante esta época.

Esta capital política estaba gobernada por el linaje Canek, el cual se encargó de continuar las tradiciones y el modo de vida maya-yucateco hasta que en 1697, ante la imposibilidad de mantener el aislamiento que habían conseguido durante ciento setenta años, fueron anexionados a la corona española.

Culturalmente, los itzás de Tayasal fueron yucatecos, hasta el punto de que muchos de sus habitantes mantuvieron nombres personales en vigor en el norte del Yucatán. El poder de Ahau Canek fue similar en todas sus funciones al que mantuvo cualquier *halach unicic* yucateco. Tayasal estuvo dividido en cuatro barrios gobernados por otros tantos *bataob* e, incluso, hubo subdivisiones administrativas menores que, tal vez, pudieron corresponderse con los linajes existentes en el centro. El *na-*

com, un oficial de carácter militar, llevó el mismo título y jugó idénticas funciones que los de su omónimo yucateco.

La mayoría de los dioses de Tayasal, incluido el todopoderoso Itzamná, también fueron adorados en el centro de las tierras bajas durante el periodo Protohistórico, de la misma manera que fue frecuente el uso de chac mool y cultos que hacen referencia al santuario de Ix Chel en Cozumel. El sacrificio humano, especialmente la extracción del corazón de las víctimas, fue una práctica común. En definitiva, los itzás de Tayasal intentaron llevar una vida muy similar a la que durante el momento de su máximo esplendor, doscientos cincuenta años antes, desarrollaron en el gran centro de Chichén Itzá.

Mientras tanto, en el altiplano y zonas meridionales del área maya, también en el periodo Postclásico, se dejaron sentir profundos cambios culturales. Una primera medida que pone de manifiesto esta situación consiste en el paulatino abandono de los asentamientos emplazados en valles abiertos y su traslado a sitios bien defendidos y de difícil acceso. Seguramente, estos acontecimientos están relacionados con los movimientos originados entre los siglos X y XII por poblaciones con rasgos toltecas, nonoalcas y putunes que procedían de la costa del Golfo, tal vez los mismos que ocuparon Chichén Itzá y áreas del Yucatán.

La filiación de los grupos de habla chontal que llegaron atravesando las cuencas del Usumacinta y del Chixoy hasta el altiplano de Guatemala era muy diversa y, tras un periodo de reunificación en torno a Santa Cruz del Quiché, establecieron sus propias capitales regionales apoyados por muchos centros secundarios. Tales capitales, que aprovecharon en multitud de ocasiones los centros fortificados del Postclásico temprano, se van a transformar en verdaderos estados independientes durante el Protohistórico.

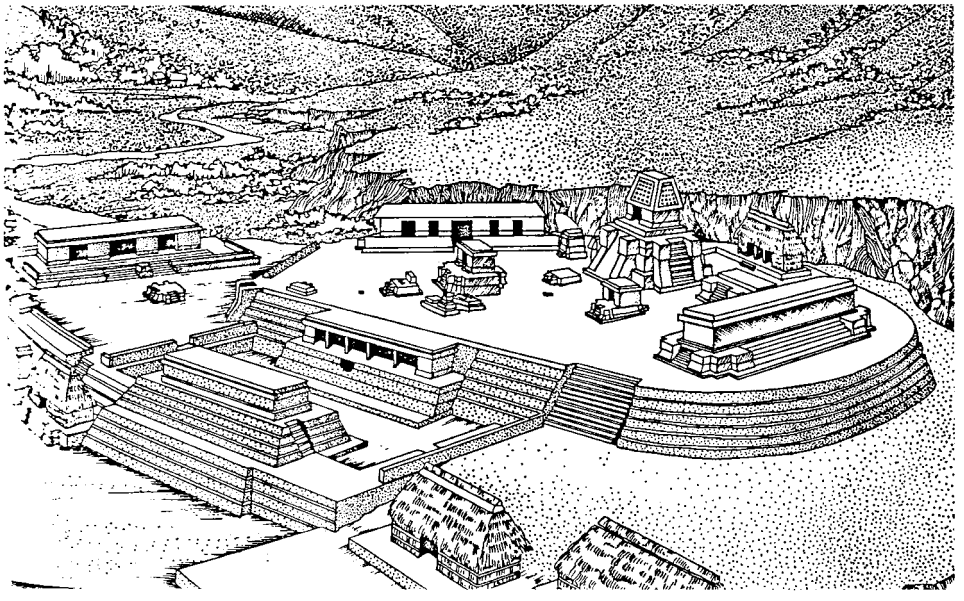
Los estados autónomos más importantes incluían centros como Mixco Viejo y Chinautla Viejo (área Pokoman), Atitlán y Chuitinamit (área Tzutuhil), Zaculeu (área Mam), Utatlán y Zacualpa (área Quiché) e Iximché (área Cakchiquel). En ellos se concentra buena parte de la historia de unos grupos cuyo origen se ha establecido en torno a la costa del Golfo, de donde salen hacia el 1200. Se trata, sin duda, de contingentes putún muy mexicanizados con muchos rasgos mayas sincretizados, a pesar de sus continuos intentos por enraizarse con los linajes más relevantes de Tula. Por ejemplo, varios de los linajes más prestigiosos de tales grupos se intitulan con nombres que manifiestan tal asociación: Kumatz (serpiente), Can Sakitzol (serpiente emplumada) o Xiuj Toltecatl (tolteca Xiu, un nombre de linaje yucateco).

Ahora bien, la arqueología sugiere la existencia de una buena cantidad de rasgos mexicanos en los centros mencionados, entre los que destacan escalinatas muy amplias divididas por una balaustrada o por rampas, templos dobles colocados sobre una misma plataforma, techumbres planas de vigas y mortero o de materiales perecederos, salas hipóstilas con columnas o pilares, templos de planta circular, etc.

Estos guerreros fuertemente mexicanizados perdieron, sin embargo, su lengua original y, aunque con muchos términos propios, adoptaron la lengua de los pueblos mayas del altiplano que ellos mismos habían conquistado. En esta situación de hibridismo que se da entre ambas tradiciones culturales, hubo parcelas irrenunciables como el estatus de la élite y ciertas tradiciones rituales en las que nunca participó la población indígena.

Los acontecimientos políticos que se desarrollan durante el Protohistórico están muy bien documentados en las crónicas. Tras una primera etapa en la región serrana

de Chujuyub, los quichés lograron consolidar su poder en un área que se extendía entre el río Chixoy y la cuenca del Motagua, fundando una nueva capital en Ismachi hacia el año 1350, la cual hubo de ser trasladada de nuevo debido a sucesivos procesos de ampliación a que se vio sometido su territorio. Esta vez el sitio elegido fue Gumarcaj, hoy Utatlán, que fue fundada a comienzos del siglo XV por Gucumatz (serpiente emplumada).



Reconstrucción del centro quiché de Chutixtiox (según Adams; fig. 30).

El siglo XV es una época de expansionismo quiché, que ambicionaba no sólo controlar las rutas comerciales del altiplano y las principales fuentes de materias primas, sino aquellas otras que conducían a la rica región del cacao en la llanura costera del Pacífico. Sin embargo, esta época de expansionismo continuo, que estuvo protagonizada por el propio Gucumatz y su hijo Quicab, sufrió un serio revés hacia el año 1474, cuando los cakchiqueles, que hasta entonces habían sido aliados, pero tratados de manera despectiva por los quichés, decidieron organizar una revuelta y hacerse independientes de ellos.

Una vez más es el choque entre linajes importantes y su ambición por el poder el que desencadena acontecimientos violentos en el área maya durante el Protohistórico. Como consecuencia de ello, los cakchiqueles fundaron su propia capital en Iximché, al este de Utatlán. Se trata de un sitio bien defendido, con grandes templos y plataformas de danza construidas a la manera mexicana, juegos de pelota, palacios decorados con murales que muestran cráneos, corazones y otros motivos que recuerdan la decoración del centro de México.

Desde este momento, los choques se reprodujeron con frecuencia; hubo intentos de conquistar el reino cakchiquel por parte de los quichés, pero fueron vanos, hasta que en una gran batalla aquéllos lograron vencer al ejército quiché, dispersar a sus hombres y capturar y sacrificar a sus líderes. Sin embargo, alrededor de 1524 el pue-

blo cakchiquel, fuertemente debilitado por las enfermedades introducidas por los españoles, por las revueltas internas y por el renovado hostigamiento quiché, decidió aliarse con el ejército español que, poco tiempo más tarde, terminó por anexionar a la corona todo el altiplano de Guatemala.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

ADAMS, Richard E. W., *Prehistoric Mesoamerica,* Boston, Little, Brown and Co. 1977.

BLANTON, Richard, *Monte Alban: Settlement Patterns at the Ancient Zapotec Capital,* Nueva York, Academic Press, 1978.

COE, Michael D., *Mexico,* Londres, Thames and Hudson, 1984.

— *The Maya,* Londres, Thames and Hudson, 1980.

HAMMOND, Norman, *Ancient Maya Civilization,* New Jersey, Rutgers University Press, 1982.

JIMÉNEZ MORENO, Wigberto, «Los imperios prehispánicos de Mesoamérica», en *Revista de la Sociedad Mexicana de Antropología,* vol. 20, 179-195, México, 1966.

MARQUINA, Ignacio, *Arquitectura prehispánica,* Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia, vol. 1, México, 1951.

MORLEY, Sylvanus G.; George BRAINERD y Robert J. SHARER, *The Ancient Maya,* 4.ª edición, Stanford, Stanford University Press, 1983.

PIÑA CHAN, Román, *Mesoamérica,* Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1960.

RIVERA, Miguel, *Los mayas de la antigüedad,* Madrid, Alhambra, 1985.

RUZ, Alberto, *Los mayas antiguos,* México, Sep/80, 1981.

SANDERS, William T. y Barbara J. PRICE, *Mesoamerica: the Evolution of a Civilization,* Nueva York, Random House, 1968.

SPORES, Ronald, *The Mixtec Kings and Their People,* Norman, University of Oklahoma Press, 1967.

WEAVER, Muriel Porter, *The Azteca, Maya and Their Predecessors,* Nueva York, Academic Press, 1981.

ANDRÉS CIUDAD

2. Los aztecas

En el corazón de la actual República Mexicana diversas cadenas montañosas fueron creando un valle que alcanza 8.000 metros cuadrados de superficie, a una altitud de más de 2.200 metros sobre el nivel del mar. En su centro, las aguas procedentes de los montes gigantes que lo rodeaban (algunos de más de 5.000 metros de altura, como los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl) formaron un grupo de lagos que dio albergue a una poderosa civilización. Numerosas ciudades fueron fundadas en las orillas y una, llamada a brillar sobre todas las otras, en una isla: México-Tenochtitlan.

Sus fundadores fueron unos refugiados que merodeaban por la zona: los mexica, a los que la tradición ha dado en llamar azteca. En rigor, sus vecinos también eran azteca, pues este nombre designaba a las siete tribus que salieron de Aztlan en un tiempo mítico. Azteca eran los xochimilca, los acolhua, los chalca, etc. Los adoradores de Huitzilopochtli eran los mexica y como habitantes de Tenochtitlan, tenochca. Fuera del valle fueron llamados culhua o culhua-mexica, y así los conocieron los españoles. Hernández de Córdoba, Grijalva y Cortés trataron de saber qué poder dominaba en la futura Nueva España, y las respuestas fueron invariablemente «culhua, culhua» y «Motecuhzoma»: el pueblo dominante y el señor universal. En las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés y en la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España* del soldado Bernal Díaz del Castillo, tenemos las primeras noticias de un pueblo cuyo conocimiento nos ha llegado a través del voluminoso papeleo que la burocracia del siglo XVI engendró, de las crónicas de guerreros, frailes y civiles, de los códices que sobrevivieron al celo evangelizador y de los estudios arqueológicos modernos, entre los que no es posible dejar de hacer referencia al espectacular rescate del Templo Mayor de México-Tenochtitlan, llevado a cabo en el centro de la ciudad de México a comienzos de la década de los 80.

Los mexica heredaron una tradición cultural milenaria y supieron inyectarle savia nueva, creando un enorme imperio en una región en la que las distancias se multiplican por la difícil orografía y la casi total ausencia de ríos navegables.

2.1. *La historia*

El origen de los azteca es una mera conjetura. El mito lo sitúa en un lugar llamado Aztlan, ubicado al noroeste del valle de México, y del que salieron también otros pueblos que los precedieron en el arribo a la zona lacustre donde definitivamente se

establecieron. La versión que conocemos sobre la migración tiene el defecto de haber sido escrita muchos años después por los descendientes de los protagonistas. Tras la emancipación de Azcapotzalco, los mexica destruyeron los archivos y reescribieron la historia, otorgándose un papel preeminente. Fuentes procedentes de otras etnias nos permiten equilibrar el relato.

Los azteca que conocemos bien eran un pueblo poderoso, señor de un imperio, temido en todos los rincones de sus dominios. Malhadadamente célebres son sus sangrientos ritos sacrificiales. La historia muestra que no siempre fueron así y, al mismo tiempo, su evolución nos permite comprender mejor la cultura que Cortés y sus hombres sometieron.

Nos ceñiremos en este capítulo al aspecto diacrónico. El estudio del proceso a través del cual un pueblo nómada se convirtió en el más poderoso imperio de la Mesoamérica prehispánica es muy instructivo. Nos enseña cuándo y de qué manera se fueron produciendo las modificaciones, qué causas las engendraron y qué nuevos elementos fueron incorporados a la cultura tradicional mesoamericana. Para realizar este estudio podemos considerar tres grandes periodos:

El primero comprende la migración, la fundación de Tenochtitlan y la etapa de sujección al señorío de Azcapotzalco.

El segundo abarca la emancipación (1427-1430) y la formación del imperio hasta la conquista de la ciudad gemela de Tlatelolco (1473) o el fin del reinado de Axayácatl (1481).

El tercero es el de la consolidación del imperio y su caída ante las huestes de Hernán Cortés. A este último medio siglo corresponde la mayor parte de la información de que disponemos.

Aparte del valor histórico, el relato de los avatares azteca lo tiene también literario. La historia política del Valle de México se parece en gran medida a la de Europa. Hay un cúmulo de alianzas cambiantes, de pactos de familia violados constantemente, de traiciones, lealtades y aventuras caballerescas. La biografía del *tlatoani* («señor») de Texcoco, Nezahualcóyotl («Coyote que ayuna», 1402-1472) es casi una novela de caballería en la que se mezcla el sufrimiento, el heroísmo, la razón ultrajada, la ayuda divina y el amor.

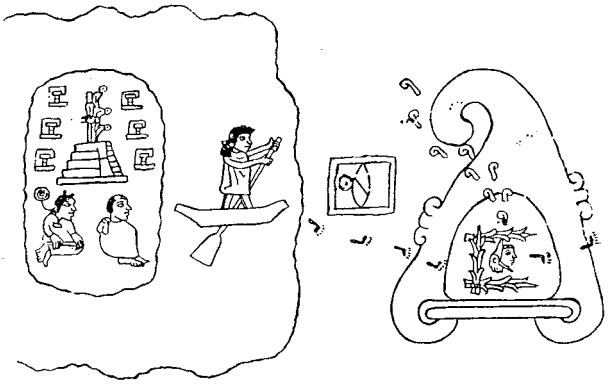
Los azteca han merecido justa fama como guerreros, y fue por la fuerza de las armas como levantaron su imperio, presidido por el terror que inspiraba el sanguinario dios Huitzilopochtli a través de sus seguidores, pero también administrado sabiamente. Siempre había una causa que desataba las hostilidades: ofensa a embajadores, negativa a entregar el tributo, asesinato de mercaderes, etc. Antes de emprender una campaña era necesario declarar la guerra formalmente, alegando una causa justa. Si ésta no existía, se inventaba, e incluso se llegaron a emprender acciones prescindiendo del ritual de la declaración de hostilidades. Las páginas siguientes darán testimonio de estos procederes.

a) Migración, fundación de Tenochtitlan y sujección a Azcapotzalco

Posiblemente fueron los propios mexica los que mejor sintetizaron la historia de la etapa en la que iban de un lado a otro buscando un lugar para establecerse. Por ello les vamos a dejar la palabra, transcribiendo parte de un texto recogido por el franciscano fray Bernardino de Sahagún en el siglo XVI: Huitzilopochtli, el dios tute-

lar mexica, instigó el comienzo de la peregrinación prometiendo actuar como guía e indicar en todo momento a sus seguidores qué debían hacer:

> Enseguida los aztecas comenzaron a venir hacia acá, existen, están pintados, se nombran en lengua azteca los lugares por donde vinieron pasando los mexicas. Y cuando vinieron los mexicas, ciertamente andaban sin rumbo, vinieron a ser los últimos. Al venir fueron siguiendo su camino, ya no fueron recibidos en ninguna parte. Por todas partes eran reprendidos.
>
> —¿Quiénes sois vosotros? ¿De dónde venís?
>
> Así, en ninguna parte pudieron establecerse, sólo eran arrojados, por todas partes eran perseguidos. Vinieron a parar a Coatepec, vinieron a parar a Tollan, vinieron a parar a Ichpuchco, vinieron a parar a Ecatepec, luego a Chiquiuhtepetitlan. Enseguida a Chapultepec donde vino a establecerse mucha gente. Y ya existía señorío en Azcapotzalco, en Coatlichan, en Culhuacan, pero México no existía todavía. Aún había tulares y carrizales donde ahora es México.



Salida de los aztecas de Aztlan, según el Códice Boturini.

El mito señala que en cada uno de estos lugares los mexica iban dejando gente: enfermos, ancianos y descontentos. No permanecían el mismo tiempo en cada sitio, sino que la estancia variaba de acuerdo con las condiciones del asentamiento y las relaciones con los vecinos.

Una vez llegados al valle de México, participaron en las frecuentes guerras como mercenarios al servicio de unos y otros. Rápidamente destacaron por sus cualidades guerreras, entre los que se contaba una gran crueldad. Permanecieron un buen número de años en Chapultepec y, al ser expulsados de aquel paraje, acudieron al señor de Culhuacan en demanda de un lugar en el que establecerse. Los de Culhuacan, deseosos de deshacerse de un vecino tan incómodo, les permitieron asentarse en Tizaapan, sitio infestado de serpientes venenosas. La maniobra no les salió bien, pues los mexica, en vez de sentirse agraviados y perecer en tan inhóspita región, se alegraron y acabaron con las alimañas mediante el procedimiento de asarlas y comérselas. Esto les permitió acrecentar su fama y obtener del espantado señor de Culhuacan que les permitiera entrar en su ciudad para comerciar y les consintiera emparentar con ellos por vía de casamiento. De estas uniones procede la estirpe de los culhua-mexica.

Tampoco duraron mucho los mexica en Culhuacan. Envalentonados con sus éxitos, pidieron a Achitometl, el *tlatoani* de la ciudad, su hija para convertirla en es-

posa de Huitzilopochtli. Achitometl aceptó y fue invitado a la ceremonia que consistió en el sacrificio y desollamiento de la muchacha. Cuando el culhua se percató de que quien bailaba no era su hija, sino un sacerdote mexica que se había ataviado con la piel de la muchacha, montó en cólera y comenzó la guerra. Era el año 1323, y una vez más los mexica hubieron de emigrar, para establecerse esta vez en un islote situado en el lago de Texcoco, en el que sólo crecían el tule y el carrizo. El mito cuenta que Huitzilopochtli les había ordenado fundar su capital donde encontraran un águila subida en un nopal devorando a una serpiente, figura que se ha convertido en el emblema de México. Esto dio nombre a la ciudad («Lugar del nopal»). Otra versión indica que el tunal había crecido sobre el corazón de Copil, un sobrino de Huitzilopochtli que comandaba una facción opuesta. El dios lo había mandado matar, para después arrojar su corazón entre los tulares. De este modo, la fundación de Tenochtitlan venía a convertirse en la reunión de los mexica. Era el año 1325, según la cuenta más comúnmente aceptada.

A partir de ese momento, los mexica comienzan a acondicionar su lugar, sometidos a Azcapotzalco. Levantan un templo con materiales perecederos, viven de los recursos del lago y continúan prestando servicio como mercenarios. Poco a poco van progresando, y en 1367 consiguen que Acamapichtli («Manojo de cañas»), hijo del señor de Culhuacan, vaya a Tenochtitlan a gobernar. En los años siguientes, México-Tenochtitlan continúa desarrollándose bajo el dominio de los tepaneca de Azcapotzalco. En 1391 Huitzilíhuitl («Pluma de colibrí») sucede a Acamapichtli y casa con una hija de Tezozómoc («El que enoja a la gente»), señor de Azcapotzalco. De esta forma, los mexica consiguieron aliviar la carga tributaria que pesaba sobre ellos. A la muerte de Huitzilíhuitl, fue elegido *tlatoani* su hijo Chimalpopoca («Escudo humeante»), niño de corta edad. Con esta maniobra los mexica trataban de explotar la benevolencia que le tenía su abuelo. Obtuvieron permiso para dotar a la ciudad de agua potable construyendo un acueducto desde Chapultepec. Lo hicieron de barro y frecuentemente necesitaba ser reparado. Los mexica aprovecharon la circunstancia para provocar a Azcapotzalco pidiendo materiales de construcción de los que carecían.

Era el año 1415. La situación en el valle era confusa. En 1411 había accedido al señorío de Texcoco Ixtlilxóchitl («Flor de cara negra»), que dos años después hubo de enfrentarse a los mexica en una guerra instigada por Tezozómoc de Azcapotzalco. Los mexica hubieron de combatir también a Tenayuca en 1416. En 1417 Ixtlilxóchitl comenzó una intriga destinada a acabar con la hegemonía de Azcapotzalco. Ello le costó la vida y a su hijo Nezahualcóyotl el comienzo de su odisea. Los mexica se sentían cada día más fuertes y aumentaron sus desplantes a Tezozómoc, escudándose en el cariño que éste le tenía a Chimalpopoca. Se avecinaba la época de la

b) Emancipación y construcción del imperio

El anciano señor tepaneca murió en 1426 y fue sucedido por Maxtla, quien obtuvo su derecho eliminando a los posibles competidores. Entre sus primeras acciones se cuenta la orden de asesinar a Chimalpopoca y a Tlacatéotl, señor de Tlatelolco. Los mexica eligen a Itzcóatl como su *tlatoani* y rápidamente comienza la guerra. Dados los lazos sanguíneos que unían a los señores de las diferentes ciudades litigan-

tes, debemos considerar un pleito dinástico la caída de Azcapotzalco. Maxtla había usurpado el trono y recibía su castigo.

Merece la pena detenerse un poco en este acontecimiento. Tenochtitlan alcanzó la emancipación e inició su rápido ascenso al poder, apoyada sobre todo en su alianza con Texcoco, cimentada al reponer a Nezahualcóyotl como *tlatoani* en 1431.

La guerra de 1428 supone la primera aparición en escena de Tlacaelel («El de corazón varonil»), la figura más controvertida de la historia mexica. Era sobrino de Itzcóatl («Serpiente de obsidiana») y su participación en la campaña fue decisiva. A él se atribuye el pacto que dividió a los mexica en *pipiltin* («señores») y *macehualtin* («gente común»). Tlacaélel y sus seguidores eran partidarios de la guerra de emancipación, mientras que otra facción abogaba por el mantenimiento del *statu quo.* Tlacaélel ofreció entregarse con su gente si salía perdedor, para que hicieran con ellos lo que quisieran. Por su parte, los futuros *macehualtin* manifestaron que:

> ...nos obligamos, si salís con vuestro intento, de os servir y tributar y ser vuestros terrazgueros y de edificar vuestras casas y de os servir como a verdaderos señores nuestros, y de os dar nuestras hijas y hermanas y sobrinas para que os sirváis dellas... y finalmente vendemos y sujetamos nuestras personas y bienes a vuestro servicio para siempre. [Fray Diego Durán.]

Tlacaélel ocupó el cargo de *cihuacóatl* («mujer serpiente»), segundo en la jerarquía, en los gobiernos de Itzcóatl, Motecuhzoma Ilhuicamina («Señor que se enoja flechador del cielo») y Axayácatl («Mosca del lago»), aunque algunas fuentes lo extienden a los de Tízoc y Ahuítzotl. Fue consciente de su inmenso poder hasta el punto de que en varias ocasiones rechazó el convertirse en *tlatoani.* Junto a Motecuhzoma Ilhuicamina fue el forjador del estado mexica y el implantador de la reforma que los llevó a ser el pueblo del sol, los guerreros de Huitzilopochtli, el dios sediento de sangre.

Tras la derrota de Azcapotzalco y el establecimiento de la Triple Alianza (Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan), comienza la expansión mexica. Las conquistas de Itzcoatl se suceden: Xochimilco, Teotihuacan y Otompan en 1430, Coyoacan en 1431, Mízquic en 1432, Cuitláhuac en 1433 y Cuaunáhuac, la actual Cuernavaca, en 1439.

En 1440 muere el emancipador y le sucede Motecuhzoma Ilhuicamina o «el viejo», hermano de Tlacaélel, con lo que se inicia una de las etapas críticas de la historia mexica. Motecuhzoma llevó a cabo numerosas reformas referentes a tres aspectos básicos: organización política y juridica, administración económica y organización religiosa. Creó una auténtica burocracia que se encargó de mantener en funcionamiento el creciente imperio. La expansión mexica rebasó abiertamente los límites del Valle de México, con campañas en la cuenca del río Balsas, situado al suroeste. Comenzaron también a presionar en la rica región agrícola de Chalco, pero en 1450 sobrevino una gran inundación. Al año siguiente una helada arruinó las cosechas. Las reservas alimenticias se agotaron y se produjo una etapa de hambre que se prolongó hasta 1454. La carencia de productos básicos impulsó la guerra contra Chalco en 1452, mientras otras expediciones trataban de anexar regiones productoras. En 1460 se sometió Quauhtochco y se atacó Cuetlaxtlan, que prolongó su resistencia hasta 1463. En 1465 termina la guerra de Chalco y se conquista Oaxaca. En 1466 cae Tepeyácac y en 1468 se ataca Tlatlauhquitépec.

El reinado de Motecuhzoma supuso un gran empuje para la formación del imperio y fue el germen de su estructura administrativa.

Axayácatl, nieto de Motecuhzoma, accede al trono en 1469. Continúa la tónica de su predecesor y termina la conquista de Tlatlauhquitépec. En 1473 emprende una acción clave: la anexión de la ciudad hermana de Tlatelolco, el rival en casa. El pretexto fue el mal trato dado por el señor de Tlatelolco a su esposa tenochca, pero tras ello se escondía el deseo de absorber la potencia comercial tlatelolca. Los tenochca consiguieron una rápida victoria.

Sometió la provincia de Cuetlaxtlan que se había revelado y atacó a los matlatzinca, que se encontraban situados entre los mexica y los tarascos. En 1475 ataca Tollocan, en 1476 conquista Ocuillan y Malinalco y tiene que castigar un levantamiento en Cuauhnáhuac. Tollocan se rebela en 1477, mientras los mexica se hallaban sumidos en su guerra más desastrosa. Al occidente se había formado un poderoso reino, el tarasco, con capital en Tzintzuntzan. Los mexica mantuvieron una constante guerra de fronteras y en 1478 sufrieron una estrepitosa derrota. En 1479 recuperaron parte del prestigio perdido derrotando a Xilotépec. Mientras tanto, los tarascos continuaban su expansión.

c) Consolidación y caída

Como indicábamos antes, el reinado de Axayácatl constituye otro punto de inflexión en la historia mexica. Realizó numersas conquistas, incorporando al imperio regiones próximas a Tenochtitlan y realizó la vital anexión de Tlatelolco, con lo que su capital obtuvo el control del comercio, cada vez más importante en la economía del imperio. Por otra parte, las invencibles tropas mexica recibieron su primer correctivo duro ante un enemigo al que consideraban inferior. Las riquezas minera y agrícolas de occidente quedaron fuera del ámbito mexica, al tiempo que se consolidaba un amenazante poder.

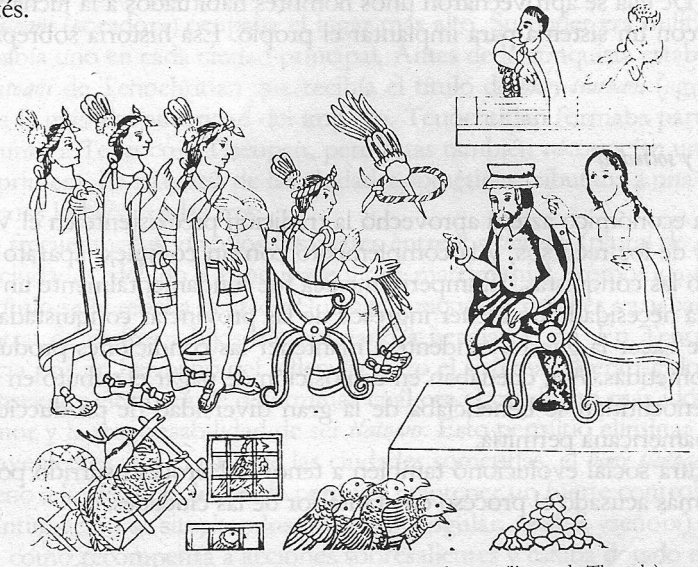
Tízoc sucedió a su hermano Axayácatl en 1481. Su reinado fue efímero y misterioso. Sufrió un revés en el ataque a Metztitlan y no fue suficientemente expeditivo en sofocar una rebelión en Tollocan. Murió en 1486, presumiblemente eliminado por su propia corte, descontenta con su actuación. Aún así, en 1485 realizó un acto que sería frecuentemente imitado por su sucesor: eliminó el gobierno militar en Chalco, restableciendo la dinastía local, aunque fuera en la persona de un miembro proclive a Tenochtitlan.

Con Ahuítzotl comienza el periodo del gran esplendor azteca. Fue un *tlatoani* muy popular que realizó numerosas conquistas y promovió a sus capitanes a altos puestos. En 1487 realizó la solemne dedicación del Templo Mayor de Tenochtitlan, en la que se sacrificaron miles de prisioneros (Fray Diego Durán da 80.400, cifra que debemos leer como «innumerables»; lo mismo ocurre con los 20.000 que dan otras fuentes). Entre sus conquistas debemos destacar la de Tequantépec y, sobre todo, la del lejano Xoconochco. Realizó diversas campañas a petición de los comerciantes y fortaleció el imperio con una política familiar que le permitió colocar en los principales señoríos a parientes suyos que pertenecían al mismo tiempo a las dinastías locales. Así ocurrió en Tlacopan, Coyoacan, Xochimilco, Culhuacan, Azcapotzalco, Tula e Iztapalapa.

Para esa época la doble ciudad Tenochtitlan-Tlatelolco era ya una gran metrópo-

li con grandes problemas de abastecimiento. El acueducto de Chapultepec apenas suministraba suficiente agua y Ahuítzotl decidió construir otro. Pese a los consejos de sus asesores, hizo traer el agua de una fuente llamada Acuecuexco, con el resultado de que la ciudad quedó casi destruida por una inundación. Se reinado terminó con un frustrado ataque a Tlxacala en 1501.

Motecuhzoma Xocoyotzin («Señor que se enoja el joven»), hijo de Axayácatl, ocupó el trono en 1502. Su figura es muy controvertida, pues contrasta su actitud de conquistador implacable con las tendencias místicas que supuestamente influyeron en la conquista española. En su etapa hay diversas guerras de importancia: contra Huexotzinco (1505-1515, 1518), guerra florida contra Cholula (1508), guerras contra Tlaxcala (1504, 1515, 1518) y nuevos fracasos contra los tarascos. Hubo mucha agitación política, plasmada en continuas rebeliones y cambios de alianzas. Motecuhzoma Xocoyotzin trató de devolver a la nobleza tradicional su papel preponderante, realizando reformas contrarias a los ascensos otorgados por su predecesor. Adquirió el fasto de un emperador oriental, admitiendo sólo a su presencia a los más nobles señores y castigando con dureza toda insolencia. No fue una figura popular y esto pudo influir en el abandono al que se vio sometido cuando fue capturado por Hernán Cortés.



Hernán Cortés se entrevista con Motecuhzoma (lienzo de Tlaxcala).

La temerosa postura del *tlatoani,* favorecido por diversos prodigios que se habían sucedido, fue providencial para la incursión española. En 1517 arribó a costas de Campeche Hernández de Córdoba. En 1518 fue Grijalva, y en 1519 Cortés hizo su aparición, Motecuhzoma tuvo noticias de todas las expediciones a través de la organización administrativa del imperio. Cortés se dio perfecta cuenta de la caldeada situación política mexicana y fue capaz de catalizar el descontento para derrocar al poder central e imponer el suyo. Tras combatir y aliarse sucesivamente con Cempoala y Tlaxcala, realizó la matanza de Cholula para prevenir una supuesta conspiración y dar ejemplo de su fuerza. Entró en Tenochtitlan como amigo e invitado del *tlatoani,* al que no tardó en «convidar» a vivir con él. La llegada de Pánfilo de Narváez a someterlo, le obligó a abandonar la ciudad para rechazar el ataque, y a su victorioso re-

greso se encontró con que Alvarado había interrumpido sangrientamente una ceremonia y se encontraba sitiado por los iracundos mexica. El intento de mediar de Motecuhzoma acabó con su muerte, achacada por cada bando al enemigo. Los españoles abandonaron la ciudad con enormes pérdidas, la «Noche Triste» (30 de junio de 1520). Cortés recompuso su ejército en Tlaxcala, obtuvo nuevas alianzas y asedió Tenochtitlan. Lanzas, arcabuces, espadas, caballos, perros, bergantines y cañones se vieron ayudados por una epidemia de viruela que diezmó a los sitiados. Entre los muertos se contó Cuitláhuac, el sucesor de Motecuhzoma. El hambre contribuyó a minar las fuerzas, y el 13 de agosto de 1521, el último *tlatoani,* Cuauhtémoc, fue hecho prisionero, poniendo fin al imperio de los culhua-mexica.

Una vez pasada la sorpresa inicial de enfrentarse a un enemigo desconocido en tácticas y armamento, el equilibrio entre los dos ejércitos se decantó hacia el bando que incluía a los castellanos. Así se hizo posible que Hernán Cortés, con un ejército un poco más grande que una guardia de corps (unos 500 soldados al comienzo; algo más de mil tras la incorporación de parte del ejército de Narváez) pudiera dominar un imperio. Cempoaltecas, tlaxcaltecas, cholultecas, huexotzincas, texcocanos, tepanecas y un sinfín de pueblos promovieron una guerra civil que derrocó al tirano de Tenochtitlan. De ella se aprovecharon unos hombres habituados a la lucha y la intriga, acabando con un sistema para implantar el propio. Esa historia sobrepasa nuestro cometido.

2.2. *Economía y sociedad*

El sistema económico azteca aprovechó la tradición preexistente en el Valle para la explotación de los recursos, y la complementó con un complejo aparato exactivo que rentabilizó las conquistas. El imperio mexica fue fundamentalmente un dominio económico. La necesidad de obtener ingresos de las provincias conquistadas influyó en el modo de hacer la guerra, tendente a mantener las condiciones productivas de las regiones sometidas. Así, quedaban en disposición de pagar el tributo en especie y servicios y Tenochtitlan se beneficiaba de la gran diversidad de producción que la ecología mesoamericana permitía.

La estructura social evolucionó también a tenor del proceso sufrido por el conjunto, siendo más acusado el proceso en el interior de las ciudades.

a) Organización social

A grandes rasgos, los mexica pueden ser divididos en dos grupos: los poseedores y los desposeídos, los dominantes y los dominados. La realidad se muestra después mucho más compleja, pues cada grupo suele subdividirse de acuerdo a muchos criterios. El factor diferenciador es la posesión o no de tierra, el principal medio de producción, teóricamente reservado a los señores, guerreros y comerciantes. Otro aspecto, generalmente ligado a éste, es el tipo de tributo que debían pagar. Las diferenciaciones no son tajantes y hubo artesanos que llegaron a poseer tierra y macehualtin que estuvieron exentos del pago del tributo. La riqueza y el prestigio fueron cobrando una importancia cada vez mayor, creando incipientes clases intermedias, al menos en Tenochtitlan.

Había movilidad social, más teórica que práctica. Un individuo podía progresar destacando en la guerra, el sacerdocio o el comercio. La primera era considerada la actividad por excelencia del azteca y en ella los hijos de los nobles refrendaban el prestigio heredado, y los plebeyos podían encumbrarse a la nobleza. Para ello era necesario capturar guerreros enemigos en el combate, principalmente gente de Huexotzinco, Tlaxcala o Atlixco. Por supuesto, la superior instrucción militar de los nobles y el trato de favor que recibían en la lucha facilitaban su promoción. El comercio se convirtió en la alternativa fundamental, creando numerosas tensiones en el interior de la sociedad. Los comerciantes labraban su ascenso ofreciendo costosas fiestas en las que intercambiaban sus riquezas por un prestigio que los ponía en condiciones de acrecentarlas. El grado más alto lo obtenían sacrificando esclavos comprados. Cualquiera que pudiera costear el sacrificio ritual de un esclavo, elevaba su estatus. Pocos alcanzaban este costoso honor.

El estamento dominante

Las fuentes describen varias categorías de señores.

El *tlatoani* («orador») ocupaba el lugar más alto. Su poder era militar, civil y religioso y había uno en cada ciudad principal. Antes de la conquista estaban subordinados al *tlatoani* de Tenochtitlan que recibía el título de *huey tlatoani* («gran orador») y constituía la más alta autoridad del imperio. Tenochtitlan formaba parte de la Triple Alianza junto a Texcoco y Tlacopan, pero éstas también reconocían un estatus superior a la primera. La mayoría de las ciudades sometidas tributaba a una de las cabeceras y algunas lo hacían a las tres.

Eran frecuentes los vínculos familiares entre los *tlatoque* (plural de *tlatoani)* de diferentes ciudades, debido a la activa política matrimonial promovida por Tenochtitlan. El título se heredaba dentro del linaje, aunque los detalles variaban de una localidad a otra: de padres a hijos, de hermano a hermano, etc. En Tenochtitlan había preferencia por un hermano del fallecido, pero el sistema no era rígido, encargándose un consejo de electores de determinar cuál era el candidato más idóneo para recibir el honor y la responsabilidad de ser *tlatoani.* Esto permitió eliminar a los candidatos inconvenientes. En el caso de las ciudades sometidas, el *huey tlatoani* debía dar el visto bueno a la elección, lo que le permitía mantener un fuerte control político.

A continuación se situaban los *tetecuhtin* (singular: *tecuhtli,* «señor»). Este título se otorgaba como recompensa a acciones sobresalientes y estaba dotado de tierra y servidores. No era directamente hereditario, pero si los hijos de un señor habían hecho méritos, eran preferidos para ocupar el puesto. La elección dependía del *tlatoani.* Los primeros títulos se otorgaron a quienes se habían distinguido en la guerra contra Azcapotzalco.

Un *tecuhtli* era cabeza de un *teccalli* («casa de señor»), compuesto de tierra de cultivo y servidores. Muchos ejercían cargos en la administración del imperio y eran recompensados por ello. Entre éstos estaban los jueces, dependientes del palacio. Aparte de las obligaciones que por sus puestos tenían, la misión de un *tecuhtli* era administrar sus dominios y la gente que residía en ellos, sirviendo a su *tlatoani* cuando lo demandara.

Los hijos de los *tlatoque* y de los *tetecuhtin* recibían al nacer la categoría de *pipiltin* (singular: *pilli).* Literalmente significa «hijo» y venía a ser equivalente de «infante» en

castellano. Tenían una sala para reunirse en el palacio y actuaban como embajadores, administradores de justicia y recaudadores de tributo, recibiendo alimentos del palacio como pago. Tenían tierras hereditarias que formaban parte de un *teccalli* y renteros en ellas para cultivarlas.

El *pilli* estaba caracterizado por su pertenencia a un linaje noble, y los *tetecuhtin* y los *tlaotoque* eran cargos limitados a un cierto número de plazas.

Los *macehualtin* (singular: *macehualli)* o gente común que ascendía a la nobleza tenían un lugar de reunión separado del resto de los nobles. Recibían el nombre de nobles-águila o nobles-tigre y estaban exentos del pago de tributo. Siempre se les recordaba su origen humilde, pero sus hijos eran *pipiltin* desde que nacían. Tenían otras limitaciones, como no poder usar en sus trajes guerreros ciertas plumas e insignias, reservadas a los nobles de cuna, o no poder tener renteros.

La posesión de tierras cultivadas por renteros daba a los nobles independencia para dedicarse a los asuntos de la guerra y ocupar cargos públicos. Tenían tribunales particulares y escuelas exclusivas. Sólo los nobles podían ser polígamos y les estaban reservados ciertos distintivos que denotaban su estatus. El uso indebido de estos símbolos estaba fuertemente castigado.

El estamento dominado

En él entraba la mayor parte de la población. Fuera de las grandes ciudades su ocupación principal era el cultivo de la tierra, pero en éstas el espectro profesional estaba más diversificado. La riqueza constituía un factor de diferenciación, aunque el más caracterizado sea la condición de la persona a la que debían pagar el tributo. La mayoría estaba sujeta al *tlatoani,* pero algunos podían ser asignados a un noble o estar permanentemente ligados a un *teccalli.* De todos modos, se organizan en *calpulli,* de los que hablaremos más adelante.

A los cincuenta y dos años los hombres quedaban exentos del pago del tributo, al tiempo que se les autorizaba a consumir bebidas alcohólicas. Los ancianos del *calpulli* constituían un importante órgano consultivo ayudando al cabeza del *calpulli* en sus obligaciones, entre las que las principales era el registro minucioso de los componentes y sus parcelas, y el cobro del tributo.

Un grupo importante de *macehualtin* estaba constituido por los renteros que cultivaban las tierras de los nobles, estando ligados a ellas. Si una tierra cambiaba de manos, el nuevo señor lo era también de los renteros. Transmitían la tierra por herencia y estaban obligados a dar al señor una parte de la cosecha y servicios, generalmente consistentes en aprovisionar la casa señorial de agua y leña. Como ya pagaban tributo a un noble, no tenían que hacerlo al *tlatoani,* por lo que el sistema era una cesión del derecho de tributación hecha por el *tlatoani* al noble como pago por sus servicios. En la categoría de rentero no figuraban sólo agricultores, sino que había también artesanos y comerciantes que pagaban con el producto de su trabajo. Todos contribuían a surtir las necesidades del señor.

Otro grupo estaba constituido por los inadecuadamente llamados esclavos. Dos tipos diferentes de personas han sido incluidos aquí. Por un lado estaban los que efectuaban algún trabajo para otro como pago de bienes recibidos con anticipación, para solventar una deuda o como condena por un delito, principalmente por robo. En muchos estudios se dice que estas personas se vendían, pero no perdían su con-

dición social ni sus bienes. Eran libres para casarse o para tener servidores y se liberaban de la obligación contraída pagando la cantidad que habían recibido. Por ello parece ser un tipo de contrato. Quien no cumplía sus compromisos y era amonestado públicamente por tres veces, podía ser transferido a otro «amo». Si esta situación se repetía tres veces, podía ser destinado al sacrificio. Éstos sí pueden ser considerados un tipo de esclavos, pues no tenían libertad ninguna y se disponía de su vida.

Incurrían en la esclavitud para el sacrificio, además de los ya mencionados, los prisioneros de guerra.

Había contratos en los que una familia se comprometía a servir a determinado señor, tarea en la que se turnaban diferentes miembros de la familia. Si el servidor moría en casa del señor, el contrato se daba por terminado, por lo que gozaban de gran libertad de movimientos, pudiendo ir a dormir a sus casas. Este servicio hereditario se llamaba *huehuetlatlacolli* («vieja servidumbre»)

Los mexica eran muy aficionados a los juegos, sobre todo al de pelota y al *patolli* (especie de parchís), llegando a apostarse en ellos a sí mismos, con lo que la derrota los convertía en *tlacotin* (singular *tlacotli,* «esclavo»).

Los servicios de estos *tlacotin* eran utilizados preferentemente en el trabajo agrícola, el transporte, el comercio y el servicio doméstico.

El *calpulli* era una organización de parentesco que agrupaba a los *macehualtin.* Se conocen *calpulli* desde la migración, y los cronistas españoles los llamaron «barrios», especificando que no eran iguales a los españoles. Había algunas diferencias entre los *calpulli* rurales y los urbanos. En éstos la cohesión del parentesco se había relajado mucho, siendo sustituido por otros controles.

En los *calpulli* que tenían tierra, ésta era poseída comunalmente, adjudicándose parcelas a sus componentes para que las cultivaran. Quien dejaba de hacerlo durante dos años, las perdía. Cuando un mexica creía que el lote que le había correspondido no era bueno, o se sentía con fuerzas para realizar más trabajo, podía rentar tierras de otro *calpulli* o de un señor.

Los matrimonios no seguían una regla fija de endogamia o exogamia, y sólo estaba prohibido en los grados más próximos de parentesco. Un individuo podía cambiar de *calpulli,* lo que indica una pérdida de importancia de la relación de parentesco.

Al frente del *calpulli* estaba el *calpúllec,* asesorado por los ancianos. Llevaba el registro de las parcelas y se cuidaba de que el grupo cultivara las de las viudas, los impedidos y las destinadas al beneficio de la comunidad.

El *calpulli* actuaba de forma corporativa para dar tributos o servicios, incluidos los guerreros, y tenía dioses y templos particulares. En cada uno había una casa de jóvenes *(telpochcalli)* en la que se impartía la instrucción obligatoria que convertía a los muchachos en miembros de la comunidad. De allí salían para casarse, después de haber aprendido las artes de la guerra y las pautas de conducta que les permitirían desenvolverse en la sociedad. Al frente de estas casas se encontraba un *telpochtlato* («el que habla a los jóvenes») que inculcaba en sus discípulos el rígido y austero sentido de la vida del mexica. Los niños aprendían de sus padres los diversos oficios, ya que lo más frecuente era que siguieran la profesión familiar. De sus madres aprendían las niñas las labores de la casa (cocina y tejido).

b) Recursos y técnicas

Las diferencias de altura (de por debajo del nivel del mar hasta más de 5.000 metros por encima), conjugadas con la latitud tropical, hacen de Mesoamérica un mosaico de nichos ecológicos, ampliando la gama de recursos de manera espectacular.

La agricultura era la base económica mexica. Los cultivos básicos eran el maíz, el frijol y el chile, cada uno con sus variedades. La calabaza era utilizada por su pulpa, sus semillas, su flor y porque servía de recipiente. Se consumían verduras (jitomate, miltomate, huauhzontli, epazote), semillas (bledos, chía), tubérculos y raíces (jicama, camote), plantas enteras, como el chayote, del que se aprovechaban el fruto y la raíz, y muchas frutas (aguacate, chirimoya, mamey, zapote, capulín, tejocote, jocote, guayaba, nanche, guamúchil, etc.).

De particular importancia era el cacao, con el que se hacía el chocolate, reservado a las élites y con una variedad que se utilizaba como moneda. Otras plantas eran utilizadas como condimentos, como la vainilla y el achiote, del que también se extraía un colorante.

Se cultivaban también dos cactáceas, el nopal y el maguey. De la primera se aprovechaban las hojas y los frutos, y de la segunda prácticamente todo. Con las fibras de las hojas se hacían hilos que, una vez tejidos, servían para confeccionar ropa; las pencas se utilizaban para techar; las aguzadas púas, para hacer agujas y para sangrarse, y el vástago central era aprovechado como viga. Del jugo de la planta se hacían dos bebidas alcohólicas, el pulque, de gran valor alimenticio, y el mezcal.

El algodón era cultivado en la tierra caliente, e hilado para tejer ropa de calidad. También se cultivaba el tabaco y se empleaban hongos alucinógenos, como el *ololiuhqui* y el peyote.

Las proteínas procedían de diversas fuentes, animales y vegetales. Entre estas últimas destaca el chile, y entre las primeras, su variedad. Los únicos animales domésticos eran el pavo y el perro, practicándose también la apicultura para obtener cera y miel. Los perros eran de pequeño tamaño, de pelo ralo, y no ladraban. Eran engordados para ser comidos. Además, se comía la caza, destacando entre las piezas el venado y las aves acuáticas. Se cazaba cualquier animal que se pusiese a tiro, incluyendo serpientes e insectos, como los saltamontes y los gusanos.

De particular importancia en la alimentación era el consumo de *tecuitlatl,* una especie de alga que se recogía en el lago de Texcoco y se dejaba secar para formar tortas. Estas algas contenían una bacteria, llamada spinilina, que proporciona una enorme cantidad de nutrientes, de modo que la ingestión de una mínima porción de ella bastaba para cubrir todas las aparentes deficiencias de la dieta. Su consumo puede explicar la llamativa frugalidad del indígena.

La carencia de animales de carga fue suplida por el hombre, que se acostumbró a portar pesados bultos. En los lugares en los que la geografía lo permitía eran utilizadas canoas. Así se hacía en las regiones lacustres, en algunos ríos y en las costas. La rueda fue conocida desde antiguo, pero no se aplicó al transporte. En ello debieron influir tanto la falta de animales de tiro como la difícil orografía mesoamericana que tanto condiciona aún hoy el trazado de las carreteras.

El metal fue conocido en Mesoamérica en época tardía. En tiempos de los mexi-

ca se trabajaban el oro, la plata y el cobre, destinándose a la fabricación de joyas y adornos. Los tarascos hicieron armas y herramientas de cobre, lo que debió desempeñar su papel en las derrotas que infligieron a los mexica.

Agricultura, caza, pesca

Los procedimientos agrícolas eran variados, dependiendo de las condiciones del lugar. En las zonas de selva se utilizaba el método de roza, o tala y quema, en el que las cenizas de las plantas abatidas y quemadas abonan el terreno. La productividad se mantiene poco tiempo y se hace necesario abandonar el campo a los pocos años para dejarlo recobrarse una larga temporada.

En los lugares en los que la hidrografía lo permitía se practicaba el regadío, y donde no, se construían terrazas y chinampas. Estas últimas constituyen el cultivo típico de la zona de los lagos y eran de gran productividad. Mediante postes y árboles se cerraba un espacio en la parte somera de los lagos, y se rellenaba de tierra hasta que sobrepasaba el nivel de las aguas. Sobre este terreno se sembraba, manteniéndolo fértil con el limo que se extraía de los canales que quedaban entre las chinampas para facilitar su acceso. Las plantas se sembraban en almáciga y se transplantaban las que se lograban, con lo que se elevaban los rendimientos agrícolas y se posibilitaban varias cosechas anuales. El uso de abonos orgánicos y el cultivo conjunto de plantas que absorbían nutrientes complementarios, como es el caso del maíz y el frijol, elevaban la productividad. El sistema de tala y quema además de permitir dos cosechas simultáneas, alargaba el periodo de fertilidad del suelo, manteniendo su equilibrio.

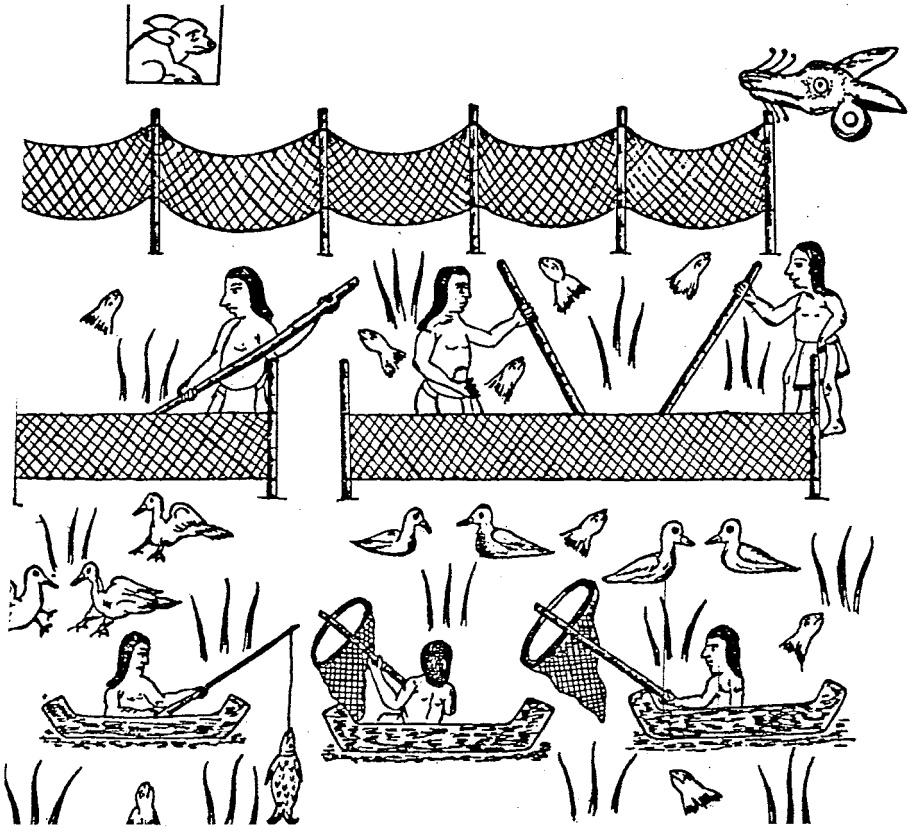
Para el trabajo de los campos se utilizaban herramientas de piedra o madera. Entre ellas destaca la coa o palo plantador, con el que se abrían los agujeros en los que se depositaban las semillas. En las chinampas se utilizaba un palo largo, con una bolsa en un extremo, que permitía extraer el lodo del fondo de los canales y depositarlo en los terrenos de cultivo. De esta forma, con una sola operación cumplían un objetivo doble: impedían que se azolvaran los canales y fertilizaban las parcelas.

La caza era realizada por cualquiera a quien se le cruzaba un animal. Además, los señores la practicaban como ejercicios y diversión, y había cazadores profesionales. En los mercados se podía comprar carne de caza. Cualquier animal era aprovechado, pero los venados, los jaguares y las águilas eran los preferidos. Se utilizaban trampas, arcos y flechas y lanzas. Especial habilidad requería la captura de aves de pluma rica, pues no había que dañarlas. La plumería era una artesanía muy apreciada y el *huey tlatoani* criaba aves en el *totocalli* («casa de las aves»), para disponer de sus plumas preferidas: quetzal y tlauquechol. También se capturaban animales para los zoológicos, entre los que destacó el que tuvo en Tenochtitlan Motecuhzoma Xocoyotzin.

Algo similar a la caza ocurría con la pesca, muy abundante en los numerosos lagos. Anzuelos, fisgas y redes eran las herramientas favoritas y en el centro de México casi se confundía la pesca con la caza de aves acuáticas con red. Había también pescadores especializados, como los que se dedicaban a la caza/pesca de las tortugas.

Debemos tratar aquí la posesión de la tierra. Ya hemos apuntado que era el principal medio de producción que, con sus excedentes, mantenía a las ciudades. Podemos distinguir tres tipos de tierras, según quienes fueran sus poseedores:

1. Tierras de las comunidades: comprenden las tierrras de los *calpulli*. Eran de carácter comunal y se adjudicaban a *macehualtin* para que las labraran.



Actividades lacustres (lám. XIII del Códice Azcatitlan).

2. Propiedades de los nobles. Eran de carácter individual y se podían enajenar entre los propios nobles. Se transmitían por herencia y eran cultivadas por renteros. Entran aquí las donaciones realizadas por el *tlatoani* a personas que se hubieran distinguido en la guerra, el comercio, el sacerdocio o cualquier otra actividad.

3. Tierras de carácter público: en ellas se incluyen las destinadas al sostenimiento de los nobles, a los gastos de la guerra y a proveer rentas para los gastos del gobierno. Eran cultivadas por renteros o por tributarios.

El artesanado

Dentro del aparato productivo, la artesanía se encargaba de la transformación de las materias primas. Había artesanos en los pueblos, en los *teccalli* y en los palacios de los señores, pero debemos diferenciar entre los que compartían esta actividad con la agricultura, realizando trabajos para su casa o para establecer un intercambio en pequeña escala, y los artesanos profesionales. Estos últimos tenían organizaciones y dioses particulares y eran abundantes en las grandes ciudades.

Las técnicas de producción eran transmitidas de padres a hijos, creándose algo similar a los gremios.

Había artesanos que fabricaban productos utilitarios y artesanos que hacían objetos de lujo. Entre los primeros debemos contar a los alfareros, petateros (fabricantes de esteras), los que hacían navajas de obsidiana y herramientas en general, así como los pintores y tejedores. Los artesanos de objetos de lujo gozaban de un estatus superior que les confería la exclusividad de uso de sus productos por los nobles. Tenían estrechos vínculos con los comerciantes, pues transformaban las costosas materias primas que aquéllos conseguían, y podían amasar considerables fortunas que les permitieran patrocinar el sacrificio de un esclavo el día de su fiesta. Entre estos artesanos se encontraban los orfebres y plateros, cuya excepcional técnica produjo piezas bellísimas, y destacan los *amanteca* (singular *amantécatl*, «habitante de Amantla», uno de los barrios de Tenochtitlan) o plumajeros. Éstos hacían adornos de plumas ricas, construyendo verdaderos mosaicos de vivos colores. Era una actividad compleja en la que existía división del trabajo y eran los más ligados a los grupos de comerciantes de larga distancia.

También formaban parte de este grupo los lapidarios, que componían bellas joyas o convertían en suntuarios objetos de uso diario. Utilizaban jade y turquesa con preferencia, pero no desdeñaban ninguna piedra decorativa.

El arte textil estuvo muy desarrollado, empleándose fibras de maguey e hilo de algodón, combinándose con las ya mencionadas plumas o con pelo de conejo para conseguir complicados efectos. El tejido formaba parte de las obligaciones caseras de las mujeres, pero también hubo tejedores profesionales.

De particular importancia fueron las mantas de algodón llamadas *quachtli*. Estaban decorados de diversas maneras y eran tributadas por casi todas las provincias del imperio en cantidades astronómicas. Constituían uno de los principales medios de pago, junto al cacao.

Sin ser exactamente artesanos, existía un considerable número de operarios como albañiles, canteros, carpinteros, entalladores, etc., que deben ser mencionados aquí. En los pueblos los hombres eran más polifacéticos y resolvían por sí mismos muchas de sus necesidades, pero la división del trabajo existente en las ciudades, sobre todo en Tenochtitlan, requirió la formación de nuevos especialistas, muchos de los cuales obtenían sus clientes en el mercado.

Comercio y mercado

La circulación de productos se realizó a través de tres mecanismos: el tributo, que veremos más adelante, el comercio y el mercado. Ninguna de las tres actividades fue una innovación mexica.

El comercio de larga distancia era una actividad muy prestigiosa que podía llevar a sus desempeñantes a formar parte de la nobleza. Para ello debían realizar con éxito diversas expediciones que les permitieran acumular riquezas y gastarlas en patrocinar una ceremonia. Este gasto sancionaba la adquisición de prestigio. Los comerciantes, llamados *pochteca* («habitantes de Pochtlan», uno de los barrios de Tenochtitlan) tenían una organización aparte que incluía jueces, señores y dioses, entre los que destaca Yacatecuhtli («Señor nariz»), dios de los que viajan. Los *pochteca tlatoque* controlaban las expediciones, pudiendo realizar operaciones a comisión sin tener que arrostrar los considerables peligros que las expediciones a tierras lejanas implicaban. Eran también los encargados de juzgar si el gasto que un comerciante deseoso de ascender había realizado era suficiente o no.

Las caravanas comerciales se defendían a sí mismas y podían llegar a realizar conquistas en nombre del imperio. Alcanzaban lugares tan lejanos como el Xoconochco (a unos 1.000 kilómetros de Tenochtitlan) para comerciar con productos de gran valor y poco peso, como el cacao, gemas, algodón o plumas preciosas. Las inversiones eran considerables y los beneficios cuantiosos. Los *pochteca* mantenían estrechas relaciones con los artesanos de objetos de lujo que transformaban las materias primas que ellos traían en las costosas joyas que la nobleza deseaba.

Para iniciarse en la carrera de *pochteca,* un muchacho debía ser aceptado por las autoridades del comercio y acudir a una expedición como aprendiz. Si regresaba con éxito podía participar, tras celebrar la correspondiente fiesta, como miembro de una caravana llevando sus propias mercancías. Tras finalizar con éxito varias campañas podía tratar de convertirse en guía de caravana, para lo cual debía patrocinar una fiesta suficientemente dispendiosa. El siguiente paso era mucho más costoso, pero permitía a los que lo lograban participar en las expediciones sin necesidad de acudir a ellas. La fiesta debía ser realmente suntuosa para recibir la aprobación de los *pochteca tlatoque.* La máxima categoría que podían alcanzar era la de «bañadores de esclavos», reservada a los comerciantes ricos que habían ofrecido esclavos en sacrificio.

Los *pochteca* eran de gran importancia para el imperio. No sólo traían objetos valiosos de tierras exóticas, sino que fungían como espías e incluso, en situaciones concretas, actuaban como un verdadero ejército, llegando a culminar conquistas. Ahuítzotl fue un gran benefactor de los *pochteca,* realizando campañas que los favorecían y participando económicamente en las expediciones.

El transporte se realizaba en canoas o en *tlameme* («cargadores»). Las primeras eran útiles en los lagos centrales, en algún río y en el mar. Las expediciones lejanas realizaban parte de sus jornadas costeando, función en la que destacaron los mayas putunes. El resto del camino se hacía a pie, con los fardos cargados por los *tlameme* en sus cacaxtles (armazón que se ponía a la espalda y se sujetaba a la cabeza con una banda). Estos hombres aprendían el oficio desde que eran muchachos, incrementándose el peso poco a poco, hasta alcanzar dos arrobas (23 kilos), que era el peso medio de las cargas. Con ellas realizaban jornadas de unos 25 kilómetros. Fue un oficio muy extendido en Mesoamérica, pues por cualquier lado se encontraban cargadores.

Las características de la carga podían variar en el transcurso de la expedición, pues los *pochteca* iban comerciando sobre la marcha. Además debían llevar parte de sus pertrechos, pues el aprovisionamiento en ruta no siempre estaba asegurado. No era extraño que se demoraran más de un año fuera de casa y a su regreso fueran recibidos con alborozo.

Junto al prestigioso comercio de larga distancia se encontraba un comercio local mucho más modesto en distancia y ganancias. Casi cualquier cosa era objeto de venta y una red de regatones iba de mercado en mercado, comprando y vendiendo según las oportunidades, buscando el máximo beneficio. Ambos tipos de comercio están ligados al mercado, donde se daba salida a todos los productos.

Los escritores españoles del siglo XVI quedaron admirados por la magnificencia de los mercados mesoamericanos. Señalan que tenían lugar periódicamente cada veinte días en los lugares pequeños, cada cinco en los de más importancia y diariamente en Tenochtitlan, donde funcionaba más de un *tianguiz* («mercado»). Las descripciones más detalladas se refieren al mercado de Tlatelolco, en el que se reunían diariamente cerca de 60.000 personas a vender, comprar e intercambiar información.

Allí se podían encontrar alimentos crudos y cocinados, aves vivas y muertas, todo género de animales de pelo, pluma y escama; pieles, tejidos, cerámica, madera, piedra, joyas, plumas, materiales de construcción, herramientas, esclavos y cualquier cosa que uno pudiera desear. También en el mercado se podían contratar los servicios de maestros de todos los oficios, cargadores, cortarse el pelo, comer, beber, etc.

Era el centro de la vida de las poblaciones, donde circulaban las noticias. Cada tipo de mercancía tenía asignado su lugar, de manera que se podían controlar las calidades y los precios. El mercado estaba regido por un representante de los *pochteca* y disponía de una corte de justicia con doce jueces, en la que se fallaban todas las disputas que pudieran surgir. Un cuerpo de alguaciles estaba encargado de mantener el orden y comprobar que no se produjeran fraudes en las medidas ni en los precios.

Los intercambios se producían mediante el trueque o empleando alguno de los diferentes tipos de moneda en uso: cacao, mantas, oro, etc.

Servicios

La especialización laboral en la ciudad produjo la aparición de profesionales dedicados a cubrir aspectos que en el campo son realizados por cada persona. Al mismo tiempo la complejidad de la vida urbana engendró nuevas necesidades, muchas de ellas producidas por la multiplicación de cada actividad.

El sector terciario surge en las ciudades para cubrir estas necesidades. En él debemos incluir la administración, el sacerdocio y el sistema educativo, que recibirán tratamiento aparte, y también a todos los que se dedicaban a tareas destinadas a mantener en funcionamiento la ciudad o a hacer la vida más agradable dentro de ella.

Entre los servicios necesarios están los de vigilancia, la distribución por la ciudad del agua que llegaba por el acueducto, los encargados de la limpieza, tanto barriendo las calles como cambiando las canoas empleadas como letrinas, y los que dirigían a estas gentes.

Un grupo considerable estaba relacionado con la sanidad: médicos, parteras, boticarios, odontólogos y los que cuidaban los baños públicos. En el mismo apartado puede encajar gente tan diversa como los barberos y los encargados de las pompas fúnebres y debemos incluir también a astrólogos y hechiceros.

La «hostelería» también estaba representada. Un centro administrativo, como era la capital mexica, recibe continuamente visitantes que requieren casas donde comer y beber pagando y albergues. Todo ello existía en Tenochtitlan.

Una parte considerable de la población se dedicaba al servicio doméstico, en palacios, templos o casas particulares. El espectro se completa con una serie típica de personajes de la vida urbana: prostitutas, alcahuetes, ladrones, jugadores, juglares, etc.

c) Interacción económica. El tributo

La estructura económica mexica alcanzó gran complejidad. En origen, los mexica eran un pueblo tributario que dependía de los limitados recursos del sistema lacustre para cumplir sus obligaciones. Una vez que iniciaron la expansión obtuvieron

mayores ingresos que posibilitaron el crecimiento de su capital, lo que hizo necesario, a su vez, un nuevo crecimiento de los ingresos. Tenochtitlan se fue convirtiendo en un centro administrativo en el que las materias primas importadas eran transformadas en objetos manufacturados. El mantenimiento de la creciente población de la ciudad exigió cada vez más alimentos.

Los mexica debieron asegurar el suministro de los productos de primera necesidad y la vía que escogieron fue la conquista. De esta forma fueron obteniendo tierras en que sembrar y aseguraron la reproducción del sistema. A este motivo obedecen la prolongada guerra contra Chalco y la conquista de la Huaxteca. Ambas siguieron a agudas crisis de hambre en la metrópoli.

El tributo proporcionó al estado un elevado volumen de ingresos. Cada una de las 38 provincias tenía asignada una cantidad en la que figuraban alimentos (maíz, frijol, chía), objetos de lujo, textiles, materias primas y mercancía-moneda. Entre éstas destacan el cacao y las mantas. Más de 2.000.000 de mantas de algodón entraban al año en Tenochtitlan como tributo y eran el producto que más provincias pagaban. Su valor variaba de acuerdo a su tamaño y calidad. Una carga de mantas (20) de valor de cien cacaos cada una permitía a un hombre mantenerse durante algo más de un año.

Para obtener el tributo, los mexica se valieron de la guerra, en la que alcanzaron una fiera reputación. La guerra contra lugares sometidos era declarada cuando una provincia o pueblo se rebelaba o no pagaba el tributo debido. Los mexica instigaban a la población rebelde a deponer a sus señores y entregarlos, y si no lo hacían, atacaban. En el primer caso, se restablecía el estado de cosas anterior, pues se consideraba que el pueblo no era culpable de la actuación de sus gobernantes. En el segundo, se aumentaba considerablemente la carga tributaria.

Para declarar la guerra a lugares independientes se consideraban motivos suficientes la muerte de mercaderes mexica, la muerte u ofensas a embajadores o el no reconocimiento de la superioridad de los dioses azteca. No era difícil comenzar las hostilidades allá donde querían. Con la creciente expansión del imperio, las campañas se fueron haciendo largas y costosas. La victoria se definía generalmente por el incendio del templo principal o la captura de los gobernantes, y no solían ser muy sangrientas. Aunque hubo excepciones, y se produjeron pillajes, se trataba de mantener la capacidad productiva de los lugares que se sometían para que estuvieran en condiciones de satisfacer las exigencias del tributo. La cuantía de éste dependía de la riqueza de la región y del grado de resistencia que hubieran ofrecido. La periodicidad dependía de los lugares y los productos, siendo las más frecuentes ochenta días, medio año y un año. El tributo que debía pagar cada región no estaba compuesto exclusivamente de lo que se producía en ella. Todo lo contrario. La creciente demanda de Tenochtitlan amplió también la oferta que hacía, lo que obligó a ir diversificando la economía de las provincias para convertirlas en consumidoras de lo que la capital exportaba. Sólo así pudieron lograr que aumentaran su producción. Uno de los incentivos para el desarrollo provincial fue el exigir como tributo bienes no producidos localmente, obligando a la periferia a establecer nexos comerciales que les permitieran cumplir con las exigencias de la metrópoli. De esta forma, se desarrollaron centros comerciales y metrópolis locales que servían de puente entre la producción y el consumo de la capital y los de las provincias, extendiendo poco a poco al resto del imperio el proceso de transformación que había sufrido Tenochtitlan.

La autoridad central, representada por el *huey tlatoani,* controlaba los tributos, que eran destinados a:

1. Sostenimiento del *tlatoani,* su familia y su corte.
2. Gastos militares: sostenimiento del ejército, incluyendo guarniciones en lugares lejanos, vestuario y recompensas a guerreros.
3. Celebración de fiestas.
4. Donaciones, regalos y sacrificios con fines religiosos.
5. Gastos sociales.
6. Regalos de cortesía a mensajeros, huéspedes y otros.
7. Construcciones públicas.
8. Sueldos de empleados.
9. Diversas prestaciones asistenciales.
10. Mantenimiento de artesanos, comerciantes y otros.

El tributo era impuesto colectivamente a las provincias y canalizado a través de los *tlatoque* locales hasta el *huey tlatoani.* Para supervisar el funcionamiento del sistema había encargados del cobro del tributo en diferentes lugares. Recibían el nombre de *calpixque* (singular: *calpixqui,* «el que guarda la casa»), llamados por los españoles mayordomos. En lugares muy distantes o conflictivos estaban apoyados por guarniciones. El registro de las cantidades a pagar por cada pueblo y la periodicidad de las mismas se llevaba en códices realizados por los *tlacuiloque* (singular: *tlacuilo,* «pintor o escribano»).

d) Guerra y guerreros

La actividad fundamental de cada hombre mexica era la guerra. Con su participación en ella cumplía la obligación de dar de comer sangre al sol, bien ofreciendo la suya propia o la de los prisioneros que capturara. Éste era el baremo para definir el rango de un guerrero: el número de prisioneros que había capturado. No todos valían lo mismo. Era preferible capturar a un capitán o señor o a un soldado de Tlaxcala, Huexotzinco o Atlixco. Cuatro prisioneros de una de estas regiones otorgaban el grado de capitán.

La enseñanza militar era impartida en los *telpochcalli.* Los mancebos en edad adecuada acompañaban como ayudantes a guerreros consagrados e iban adquiriendo experiencia en el combate. Los nobles eran guerreros toda la vida, pero los *macehualtin* podían dejar la carrera militar, casarse y ejercer un oficio, aunque ello no los excluía del reclutamiento cuando era necesario.

Había un cuerpo de soldados profesionales, los *quáchic* («rapados») a los que se permitían ciertas licencias, como bailar en la noche en la «casa de los cantos» *(cuicacalli)* o amancebarse. Los *quachictin* hacían promesa de no retroceder en el combate y ocupaban los lugares de más peligro, destacándose por su ferocidad. Los padres aconsejaban a sus hijos que no siguieran su ejemplo, pues los veían como locos que nunca serían elegidos para desempeñar un puesto de responsabilidad. Su vida solía ser corta.

Conforme se ampliaban las fronteras del imperio, las campañas se alejaban más. Esto reducía las posibilidades de mantener el entrenamiento militar y obtener prisio-

neros para el necesario sacrificio a los dioses. Por ello se creó la «guerra florida», que se realizaba contra los estados vecinos de Cholula, Tlaxcala, Huexotzinco, etc. Se fijaba una fecha y un lugar para el combate y lo único que se perseguía era la obtención de prisioneros para el sacrificio. No obstante, se produjeron fuertes fricciones, como cuando los tlaxcaltecas capturaron a un hijo del *tlatoani* de Tenochtitlan. Las guerras de «entrenamiento» se fueron convirtiendo en agudas enemistades.

Además de esto, los mexica debían mantener continuamente un ejército en campaña y tenían guarniciones militares en provincias tendentes a la rebelión y en las fronteras con enemigos poderosos, como eran los tarascos.

Los asuntos militares eran regidos por un consejo militar que tenía representantes en el consejo supremo y, en última instancia, por el *tlatoani.*

Las tácticas incluían el combate en campo abierto y las emboscadas. Una conquista solía terminar con el incendio del templo de la ciudad, lo que significaba la derrota del defensor. En los códices, un templo incendiado junto con un topónimo significa la conquista del sitio.

Las armas principales eran la macana, bastón de madera dura con afiladas hojas de obsidiana incrustadas en él, arco y flechas y lanza. Las macanas eran armas muy eficientes que podían llegar a cortar la cabeza de un caballo, como comprobaron los españoles. Además usaban escudos y un ropaje de algodón acolchado, de gran efectividad contra armas filosas.

El objetivo del combatiente era hacer prisionero al contrario, para lo que era más práctico poderlo herir o privarlo de conocimiento sin peligro de muerte. Este proceder se reveló ineficiente contra los españoles, que mataban a diestro y siniestro con sus espadas, mientras los mexica trataban de capturarlos vivos para poder sacrificarlos más tarde.

e) El aparato administrativo

La organización del aparato administrativo mexica fue obra de Motecuzhoma Ilhuicamina y su coadjutor Tlacaélel, que ocupó el cargo de *cihuacóatl* a mediados del siglo XV.

Ambos se encargaron de establecer un sistema piramidal, en cuya cúspide se encontraban, en el que había alguien encargado de cada cosa, tanto dentro como fuera de la capital. Las fuentes indican que el *tlatoani* se ocupaba preferentemente del imperio y el *cihuacóatl* de la ciudad de Tenochtitlan.

En la organización externa los mexica aprovecharon las estructuras de los lugares sometidos, que englobaban a los *calpulli, pilli, tecuhtli, tlatoani,* etc. Se ganaban la amistad del gobernante o ponían en el poder a un miembro de la dinastía que fuera favorable a ellos, y estrechaban los lazos con alianzas matrimoniales y la educación de los futuros herederos en Tenochtitlan. En los lugares más rebeldes se colocaban gobernadores militares y se mantenían guarniciones. Para los asuntos económicos se encontraban *calpixque* distribuidos por todas las provincias. Un sistema de embajadores y mensajeros mantenía el centro informado y transmitía las órdenes del soberano.

La administración estaba centralizada en el palacio o *tecpan,* en el que se concentraban diversas funciones.

En primer lugar residía en él la corte del *huey tlatoani.* Ésta incluía a las numero-

sas esposas del señor, con sus hijos y toda la servidumbre. Los señores de México se turnaban en hacer guardia y servir al *huey tlatoani,* de manera que diariamente acudían al palacio 600 señores con sus criados, siendo todos alimentados por el palacio. Además, estaban los encargados de las diversas dependencias, como los jardines y el zoológico. También residían en el palacio diversos tipos de artesanos, juglares y los monstruos humanos que Motecuhzoma Xocoyotzin coleccionaba. El mantenimiento de tanto personal era muy costoso.

El gobierno se centraba en diversas salas a las que acudían a deliberar o a recibir órdenes los señores, los guerreros, los sacerdotes y los encargados de la enseñanza. El consejo supremo o *tlatocan* («lugar de los tlatoque» o «lugar donde se habla») estaba formado por el *tlatoani* y los señores de más alto rango, entre los que se encontraba el *cihuacóatl.* Constituían la máxima autoridad y tenían la facultad de elegir al siguiente *tlatoani* entre sus miembros.

Una sala llamada *petlacalco* («lugar del cofre», almacén) y encabezada por el *petlacálcatl* o *huey calpixqui* era clave en el sistema económico. No sólo servía como almacén, llevando la cuenta de los tributos cobrados y por cobrar y de lo que se distribuía, sino que era el centro neurálgico donde convergían para recibir instrucciones los encargados de materias diversas, como los de las obras públicas, los servicios personales o la recaudación de impuestos. En ella eran muy importantes los *tlacuiloque,* que registraban todos los movimientos, tanto de personas como de bienes y los archivaban. El sistema de *calpixque* era doble. Cada ciudad tenía uno *in situ* y otro en la capital.

La organización judicial contaba con dos tribunales diferentes, uno para los nobles y otro para los *macehualtin.* En ellos se reunían los jueces y a su alrededor giraba una cohorte de escribanos, abogados, pregoneros, mensajeros y ejecutores que llevaban a cabo los resultados de los procesos. Las leyes mexica eran estrictas, castigando sobre todo la transgresión de la norma. Por ello es muy abundante la pena de muerte, que era aplicada, en primer lugar, a los jueces corruptos.

La mayor parte de los cargos del imperio era ocupada por nobles. Recibían remuneración por ello, consistente en tierras que usufructuaban mientras ocupaban el cargo. También recibían presentes del *huey tlatoani* en atención a los méritos contraídos. Su posición era de privilegio, pero debían obrar con rectitud, pues eran un ejemplo para la población. Sus castigos eran más severos.

f) La educación

Entre las reformas que implantaron Motecuhzoma Ilhuicamina y Tlacaélel estuvo la enseñanza obligatoria para todos los muchachos. Ésta era llevada a cabo en diferentes centros de enseñanza: *calmécac* y *telpochcalli.*

Había un *telpochcalli* en cada *calpulli* y en ellos maestros especializados instruían a los muchachos en el arte de la guerra y en los principios de la cultura mexica. Realizaban trabajos en común, pero podían ir a dormir a sus casas. La enseñanza especializada de los oficios que desempeñarían en la vida era transmitida de padres a hijos. Cuando los muchachos llegaban a edad de casarse, los padres pedían a los maestros licencia para que dejaran el *telpochcalli* y se convirtieran en ciudadanos de pleno derecho.

Los *calmécac* eran muchos menos y era extremadamente difícil el acceso a uno de

ellos de un muchacho no noble. Entraban a él a edad temprana y funcionaba como un internado. La enseñanza era de tipo más intelectual, con énfasis en la religión, pero sin excluir la escritura, la lectura, la historia, la música y, sobre todo, llevar una vida austera, con frecuentes ayunos y pocas horas de sueño. De esta manera se forjaba el estoico carácter mexica. Los castigos eran muy duros y los muchachos díscolos veían truncada su carrera.

Había siete *calmécac* en Tenochtitlan y de ellos salían los jóvenes que ocuparían los puestos claves de las jerarquías religiosa, política y administrativa.

Las muchachas eran educadas por sus madres en las tareas del hogar. Para las nobles había una especie de monasterios donde podían vivir en común bajo una estricta vigilancia hasta que llegara el momento de contraer matrimonio.

Los *calmécac* estaban regidos por miembros de la organización sacerdotal.

En los *telpochcalli* había dos tipos de maestros. El *telpochtlato* («el que habla a los jóvenes») se encargaba de las enseñanzas generales, y el *tiachcauh* («capitán»), de la educación militar. Diariamente acudían a una de las salas del palacio, el *cuicacalli*, a recibir instrucciones sobre las tareas a realizar.

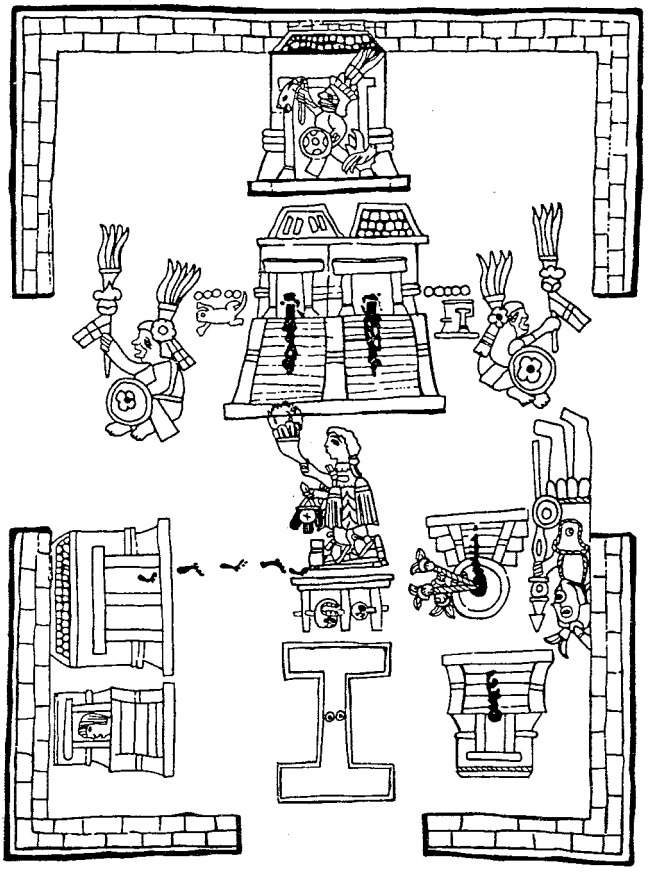
g) Tenochtitlan

El imperio mexica alcanzó una alta tasa de urbanización, sobre todo alrededor de los lagos del Valle de México, donde se agrupaba una red de ciudades unidas por un sistema de calzadas: Tlacopan, Xochimilco, Chalco, Itztapalapa, Coyoacan, Texcoco, Tlatelolco y México-Tenochtitlan. Todas ellas forman parte hoy de la inmensa ciudad de México.

Los españoles quedaron impresionados por la magnificencia del sistema cuando se asomaron por primera vez al valle. Los lagos servían de separación y al mismo tiempo de comunicación, facilitando el transporte mediante calzadas y canales que se abrían paso entre las chinampas. En el centro se erigía el núcleo mayor: la doble ciudad Tenochtitlan-Tlatelolco. La cuantía de su población está aún discutida, pero se sitúa entre 150.000 y 300.000 habitantes, concentrados en una pequeña isla que había ido ganando terreno a los lagos mediante la construcción de chinampas. En el centro se encontraba el recinto del Templo Mayor, que incluía 78 edificios entre los que estaba el propio Templo Mayor, el templo de Quetzalcóatl, el juego de pelota, el *tzompantli* o altar donde se ponían los cráneos de los sacrificados, etc. A este recinto llegaban las calzadas principales que unían la ciudad con Tlacopan, Itztapalapa y Tepeyácac.

Alrededor de este centro se encontraban los palacios de los señores y el mercado. Conforme se alejaba uno del centro de la ciudad, la calidad de los edificios y la riqueza de los habitantes disminuía, hasta acabar con las chozas construidas a las orillas de la laguna. Había tres tipos de calles: canales, calles de tierra firme y mixtas, siguiendo un plano casi ortogonal. Aunque no había tierras de cultivo, abundaban los jardines y huertas. El agua potable llegaba desde Chapultepec por un acueducto con dos caños. Mientras uno estaba en servicio, se limpiaba el otro. A los palacios llegaba el agua por conductos especiales y el común de la gente había de acudir al acueducto o adquirirla de vendedores especializados que la cargaban en canoas para distribuirla por la ciudad.

El espectáculo era más vistoso en la noche. Las casas bajas (sólo tenían dos plan-



El Templo Mayor de México (Códice Durán).

tas las de algunos nobles) permitían divisar una amplia panorámica de la ciudad iluminada por las fogatas encendidas en los templos: los ya mencionados del Templo Mayor, y uno en cada uno de los 108 barrios.

La ciudad era abastecida a través del mercado y del sistema tributario. Los propietarios de tierras tenían ingresos en especie procedentes de sus edificios. La diversidad de oficios era impresionante y favoreció el crecimiento atrayendo nuevos inmigrantes deseosos de escapar de las vicisitudes del cultivo de la tierra. El acceso al mercado de trabajo se producía en el *tianguiz*, donde ofrecían sus servicios los recién llegados.

El rápido crecimiento de la ciudad desarticuló el sistema de parentesco, dando prioridad a lazos como la pertenencia a un mismo oficio. La economía se diversificó y la moneda se desarrolló como medio de intercambio y pago de servicios. El cacao era una especie de moneda fraccionaria de las mantas, a las que se unían los cañones de pluma llenos de oro, y hachuelas de cobre en forma de tau. El sistema legal también se desarrolló como medio de control de una sociedad en la que la masa diluía las relaciones personales que mantienen la cohesión en sociedades más reducidas.

El crecimiento de la ciudad engendró la necesidad de cubrir servicios que, a su

vez, posibilitaron un mayor crecimiento al atraer inmigrantes, y modificó las normas sociales para ajustarlas a la nueva realidad.

2.3. *Ideología*

El aparato del estado estaba íntimamente ligado a la religión, que presidía todos los actos. Las conquistas se realizaban en nombre del dios mexica, Huitzilopochtli, y la no aceptación de la superioridad de los dioses mexica era considerada causa suficiente para declarar la guerra. La vida estaba regida por un elaborado calendario religioso y los diversos dioses presidían cada actividad y cada festividad. Los ascensos sociales eran sancionados mediante el patrocinio de una ceremonia religiosa.

a) Religión

La religión formaba parte de cada momento de la vida mexica. Una gran cantidad de dioses poblaba el panteón, que se fue extendiendo conforme lo hacía el imperio debido a la extraordinaria capacidad de absorción de la religión azteca. Antiguos dioses mesoamericanos y los dioses de los pueblos conquistados fueron incorporados al culto y tuvieron templo propio.

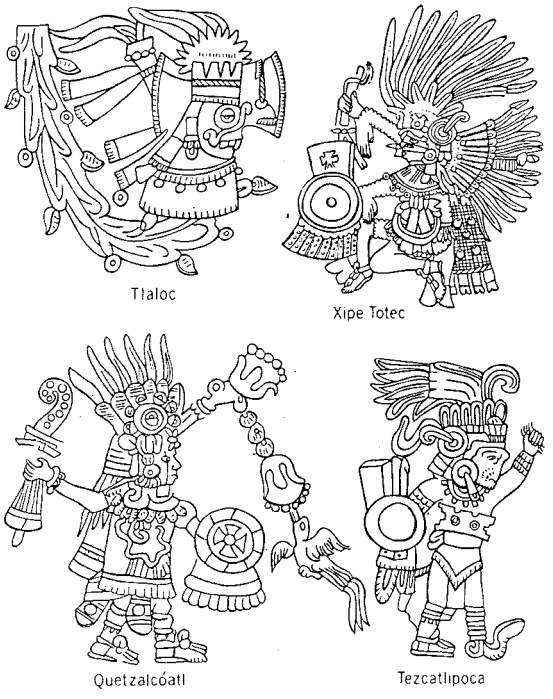
Antes de describir a los dioses debemos precisar algunas características generales. La primera es la gran complejidad del sistema y la facilidad con que los atributos de unos dioses pasan a otros. A simple vista, los mexica eran politeístas, con dioses particulares para cada actividad, pero en realidad éstos pueden ir siendo agrupados hasta quedar reducidos a muy pocos. Cada dios mexica era uno y múltiple, y nosotros tenemos tendencia a considerar cada aspecto un dios separado. Los números más extendidos eran 4 y 5, que simbolizaban los rumbos del universo (los cuatro puntos cardinales y el centro), pero al mismo tiempo cada dios era dual en diversos puntos: bueno y malo, joven y viejo, masculino y femenino, etc. Y cada aspecto puede llevar un nombre diferente. El caso de Tezcatlipoca («Espejo que humea») es ejemplar. Éste era uno de los dioses más importantes, siendo uno y cuatro: el Tezcatlipoca negro, el Tezcatlipoca rojo, el Tezcatlipoca azul y el Tezcatlipoca blanco, cada uno asociado a uno de los rumbos del universo. El rojo era llamado también Xipe Tótec («Nuestro señor el desollado»), el azul es Huitzilopochtli, el blanco es Quetzalcóatl («Serpiente quetzal o preciosa»), uno de los dioses más complejos, que reviste, a su vez, nuevos aspectos, cada uno con su propia denominación. Con el nombre de Quetzalcóatl era el dios del comercio en Cholula, héroe cultural, descubridor del maíz. Yacatecuhtli, el dios de los pochteca, era una de sus advocaciones. Como dios del viento era conocido como Ehécatl; como dios de los gemelos y de los monstruos, Xólotl, y como estrella de la mañana o planeta Venus, Tlahuizcapantecuhtli («Señor de la casa del amanecer»). Todos ellos son Quetzalcóatl, es decir, Tezcatlipoca. Éste tenía otros nombres, como Yáotl, el enemigo.

Los dioses mexica reflejan el mundo humano. Tienen pasiones e intrigas. Por eso pueden ser muchas cosas al tiempo, pues todo depende del trato que uno les dispense y del humor del que estén ellos. Hay un dios que escapa a este patrón, cantado por Nezahualcóyotl y otros poetas como el principio creador e intangible. También recibe varios nombres: Tloque Nahuaque («Dueño del cerca y el junto»), Ipalnemoa-

ni («Por quien se vive»), Moyocoyani («El que se inventa a sí mismo»). Su relación con el resto del panteón no es clara.

Dejando aparte a este dios poético, el panteón mexica estaba encabezado por un dios creador, Ometéotl («Dios dos»), que era al mismo tiempo una pareja: Ometecuhtli («Señor dos») y Omecíhuatl («Señora dos»). También eran llamados Tonacatecuhtli («Señor de nuestro sustento») y Tonacacíhuatl («Señora de nuestro sustento»). Ellos engendraron a los principales dioses: Tezcatlipoca, quien, como el Tezcatlipoca negro, era un dios solar y guerrero, como Tezcatlipoca rojo o Xipe Tótec, era dios de la primavera y la vegetación, como Tezcatlipoca blanco o Quetzalcóatl, señor de las artes y como Tezcatlipoca azul o Huitzilopochtli, dios del sol y de la guerra.

De gran importancia eran los dioses del agua, Tláloc y Chalchiuhtlicue («La de la falda de jade»), que imponían su dominio sobre los montes, las aguas celestes, las aguas superficiales y las aguas subterráneas. Tláloc era un dios de gran tradición en Mesoamérica y su importancia fue suficiente para compartir con Huizilopochtli la cima del Templo Mayor de Tenochtitlan.



Dioses aztecas (según Porter Weaver, 1981).

La agricultura tenía su propio grupo de dioses, con Teteo Innan («La madre de los dioses») a la cabeza. Cada aspecto del ciclo agrícola, sobre todo el del maíz, tenía un dios específico. Los dioses de los placeres formaban parte de este grupo; Xochipilli, dios de las flores y del placer, y Tlazoltéotl, encargada de perdonar las ofensas, por lo que se la llamaba también la «Comedora de inmundicias». Coatlicue («La de la falda de serpientes»), madre de Huitzilopochtli, y Xochiquétzal («Flor preciosa») eran diosas importantes, la última patrona de diversas artesanías y del tejido.

También debemos relacionar con la agricultura a Mayahuel, la diosa del maguey

y a los Centzontotochtin («400 conejos»), los 400 dioses del pulque y la embriaguez. Los mexica empleaban el número 400 para indicar «incontables», y justificaban su empleo aquí alegando que cada persona tenía su forma particular de embriagarse y, por lo tanto, tenía su propio «conejo», que la visitaba cuando se emborrachaba.

Xiuhtecuhtli («Señor del año o del fuego») fue otro de los dioses importantes, con su advocación Ixcozauhqui («Cara amarilla»). También lo fueron los astros: Tonatiuh, el sol como disco emisor de luz y calor; Coyolxauhqui, la luna, también llamada Metztli; Tlahuizcalpantecuhtli, Venus; Mixcóatl y los 400 Mimixcoa, los dioses de las estrellas. Varios de ellos aparecen en diversos mitos que explican el mundo, su origen y su existencia.

El último grupo importante es el de los dioses de la tierra y la muerte: Tlaltecuhtli («Señor tierra»), el monstruo de la tierra, Mictlantecuhtli («Señor del lugar de la muerte») y Mictecacíhuatl («Señora del lugar de la muerte»), los señores del inframundo.

Además de los mencionados había inmumerables advocaciones de los dioses principales, que gobernaban los oficios, las fuerzas de la naturaleza y cualquier acontecimiento de la vida mexica.

b) Cosmovisión y cosmogonía

Los mexica situaban la tierra en el centro del mundo. Por encima de ella había trece cielos en los que moraban los dioses y los astros. Por debajo de la superficie de la tierra estaban los nueve pisos del inframundo, en los que habitaban diversas fuerzas que eran gobernadas por Mictlantecuhtli desde el piso noveno. El sol salía por el Éste e iba ascendiendo los distintos pisos hasta llegar al cenit al mediodía. Entonces comenzaba a bajar para adentrarse en el inframundo cuando llegaba al oeste. Ahí comenzaba la noche, que se prolongaba hasta que el sol volvía a aparecer por el este.

Los mitos mexica explican las fuerzas de la naturaleza y el devenir de los días y las noches.

Entre los más conocidos está la creación del Quinto Sol, en el que vivía la humanidad actual. Antes, el sol había sido creado cuatro veces, y las cuatro había sido destruido, cada vez por un cataclismo diferentes: un huracán, una inundación, una lluvia de fuego (quizá una erupción volcánica), una invasión de fieras salvajes. La humanidad creada en cada uno de estos soles fue destruida, y los dioses decidieron hacer un nuevo intento. Para ello se reunieron en Teotihuacan y uno se arrojó al fuego para convertirse en sol. Otro hizo lo mismo para ser la luna y, finalmente, todos debieron seguir el mismo camino para lograr que los astros se movieran y pudiera haber días y noches. Este Quinto Sol recibió el nombre de Sol de Movimiento y debería terminar con un temblor de tierra. De este sacrificio de los dioses procede la obligación de los hombres de sacrificarse para alimentar al sol con su sangre. El fundamento del sacrificio humano es ofrendar el corazón de la víctima para posibilitar la continuación del mundo.

El mito mexica más de actualidad es el del nacimiento de Huitzilopochtli, escenificado en el Templo Mayor de Tenochtitlan.

Coatlicue, diosa terrestre, concibió un hijo sin mediación de varón alguno, lo que ofendió a su hija Coyolxauhqui («La de los cascabeles en la cara») y sus hermanos, los Centzonhuitznahua («Los innumerables del sur»). Se pusieron de acuerdo

para matarla y lavar así la afrenta. Huizilopochtli se enteró de los planes de sus futuros hermanos y tranquilizó a su madre, diciéndole que él la protegería. Estaban en la cima del Coatépec («Monte de la Serpiente») cuando Coyolxauhqui y sus hermanos acudieron con intención de consumar sus planes. En ese momento nació Huitzilopochtli como un adulto completamente armado y decapitó a Coyolxauhqui, arrojando su cuerpo ladera abajo, con lo que quedó completamente desmembrado. Los hermanos emprendieron la huida, pero fueron alcanzados por Huitzilopochtli, que les dio muerte. El mito explica la sucesión de los días y las noches, y guarda cierta relación con el egipcio de Osiris. Huitzilopochtli es el sol naciente, que «mata» a la luna (Coyolxauhqui) y a las estrellas (los Centzonhuitnahua). El sol nace de la madre tierra (Coatlicue). El edificio del Templo Mayor simboliza la montaña Coatépec. En la cima se encontraba el templo de Huitzilopochtli y al pie se halló el monolito de Coyolxauhqui, que la representa con la cabeza cortada y el cuerpo destrozado. Los Centzonhuitznahua pueden estar representados por unas estatuas que figuran varones, pero este extremo aún no ha sido determinado con certeza.

El descubrimiento del maíz, hecho por Quetzalcóatl es objeto de otro mito, como lo son también la invención de técnicas, o el patrocinio de actividades concretas por los dioses.

c) Organización religiosa: sacerdotes, ritos y calendarios

Como ocurría con la administración, la religión también estaba regida por una gran cantidad de sacerdotes de diferentes rangos y cometidos. El sacerdocio, con la guerra y el comercio, permitía el ascenso en la escala social.

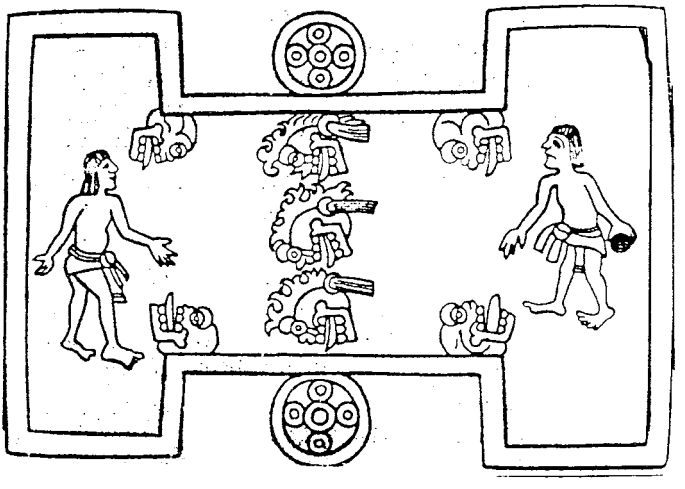
En lo alto de la jerarquía sacerdotal estaban el Quetzalcóatl Tláloc Tlamacazqui y el Quetzalcóatl Tótec Tlamacazqui. Por debajo de ellos se ubicaba el resto del elenco, compuesto de sacerdotes de dos rangos *tlamacazque* («los que dan algo», ofrendantes) y *tlenamacaque* («los que dan fuego»), y aprendices. Los sacerdotes estaban encargados de mantener el culto en los numerosos templos y sus asistentes debían asegurarse de que siempre hubiera leña para mantener los fuegos encendidos. Cada barrio tenía su templo y era responsable del avituallamiento del mismo. Los templos principales disponían de tierras, de las cuales se sustentaban los sacerdotes y el culto.

Los sacerdotes llevaban a cabo los solemnes rituales que marcaba el calendario y tenían incidencia en la vida diaria a través de su participación en las pequeñas ceremonias del ciclo de la vida, como la imposición del nombre a un niño, matrimonios, muertes, ritos de paso, etc.

Los aspirantes al sacerdocio se educaban en los *calmécac*, donde aprendían los secretos de las ceremonias y se instruían en la historia y la mitología. Las ciencias estaban muy ligadas a estos centros: astronomía, medicina, escritura.

La religiosidad del pueblo mexica quedaba plasmada en el ritual. Un elaborado calendario señalaba cuándo debían ser realizadas las fiestas dedicadas a los diferentes dioses. Todas las grandes ceremonias tenían aspectos comunes: eran públicas, solemnes y espectaculares. Los celebrantes, sacerdotes y eventualmente el patrocinador de la fiesta, se purificaban antes ayunando durante un determinado periodo de tiempo y haciendo penitencias como no dormir, bañarse a media noche en agua fría y sangrarse. La sangre era la principal ofrenda a los dioses. Llegada la fiesta, se celebraban banquetes, en los que a veces se comía la carne de algún sacrificado, bailes,

cantos, juegos y sacrificios, desde codornices hasta seres humanos. Los mexica eran muy aficionados a los juegos, que se practicaban como diversión o en un contexto ritual. Los principales eran el *patolli,* un juego parecido al parchís, y el *tlachtli* o juego de pelota. Éste estuvo muy extendido por Mesoamérica. Se jugaba entre dos bandos, en un campo en forma de I, cerrado por banquetas, en las que estaban situados dos aros verticales. El juego consistía en hacer pasar una pelota de caucho macizo de un lado al otro del campo, golpeándola con los codos, las rodillas y las caderas. Cuando un equipo fallaba en su intento, daba puntos a su contrincante. Si uno de los dos bandos lograba que la pelota pasara por el aro, ganaba automáticamente y podía quedarse con lo que portaran los adversarios y los espectadores. Parece ser que esta hazaña no fue muy frecuente. Hay muchas representaciones de dioses jugando a la pelota en los códices. La apuesta formaba parte del juego, pudiendo apostarse un jugador a sí mismo. El juego de pelota más conocido de la historia mexica fue disputado por Motecuhzoma Xocoyotzin y Nezahualpilli de Texcoco. El motivo fue un desacuerdo entre los adivinos de Tenochtitlan y los de Texcoco. Éstos pronosticaron que Motecuhzoma perdería su reino y aquéllos lo desmintieron. Los *tlatoque* decidieron dejar que la suerte probara quiénes tenían razón. Si Nezahualpilli perdía, entregaría su señorío, y si ganaba sólo consintió en aceptar unos guajolotes. Motecuhzoma ganó los dos primeros juegos y perdió los tres siguientes. La historia verificó que los adivinos de Texcoco estaban más próximos a la verdad.



Jugadores de pelota.

Los mexica ofrendaban comida ritual, codornices, palomas y, sobre todo, seres humanos. Quizá sea este tipo de sacrificio el rasgo más debatido de su cultura, hasta el punto de eclipsar otros más importantes. Como ya hemos visto, los hombres debían alimentar al sol para que el mundo continuara su marcha. Y el sol se nutría de sangre humana. En casi todas las fiestas de los meses había sacrificios humanos. Eran destinados a él los guerreros apresados en combate y los esclavos. A Tláloc y a los dioses relacionados con él se les ofrendaban niños, que morían ahogados. La forma más común de sacrificio era la ablación del corazón en vida. La víctima, ataviada como el dios al que era ofrecido, subía a lo alto del templo, y allí, mientras varios sacerdotes le sujetaban los brazos, las piernas y la cabeza, otro le abría el pecho con

un cuchillo de obsidiana o pedernal y extraía el corazón. Era frecuente que la carne de la víctima fuera consumida en un banquete ritual, en el que el ofrendante no participaba.

Otros métodos eran el flechamiento y el «sacrificio gladiatorio». Éste era considerado un honor y se reservaba a los prisioneros prestigiosos. La víctima era atada de un tobillo a una piedra circular, con una cuerda, y recibía armas de madera y pluma, con las que debía enfrentarse a cuatro guerreros escogidos. Si los vencía, aparecía un quinto, zurdo. Si lograba derrotarlo, ganaba su libertad. Si perdía, recibía la muerte mediante la extracción del corazón. Solamente se registra el caso de un guerrero que saliera airoso. Tlalhuicole, un capitán tlaxcalteca capturado, ayudó a los mexica en una campaña contra los tarascos. El *tlatoani* le ofreció el perdón, pero el tlaxcalteca pidió ser sacrificado. Venció a sus oponentes, pero rechazó la libertad. Las fuentes difieren sobre si pidió ser sacrificado o se arrojó desde las gradas del templo. Si un *macehualli* capturado conseguía huir y regresar a su tierra era perdonado, pero si un noble hacía lo mismo, sus propios vecinos lo mataban.

Los comerciantes y los que desempeñaban oficios productivos podían comprar esclavos para el sacrificio, ofreciendo así el equivalente de un prisionero. La dificultad estribaba en el precio de los esclavos de sacrificio, que era muy elevado.

En las grandes solemnidades, como la coronación de un *huey tlatoani* o la inauguración de un templo, crecía el número de sacrificios. Un nuevo gobernante generalmente emprendía una guerra para obtener víctimas para su festival. Fray Diego Durán, un fraile dominico que escribió a finales del siglo XVI, atribuye a la inauguración del Templo Mayor de Tenochtitlan en 1487, bajo el mandato de Ahuítzotl, 80.400 sacrificios, cifra absolutamente descabellada.

Se han atribuido toda suerte de causas a esta «sed de sangre» mexica. La teoría con más éxito ha sido la proteínica, que considera que el consumo de carne humana suplía la escasez de animales. Dos argumentos de peso se oponen a ella. El primero es que, aun aceptando las cifras más altas de sacrificios, la ración anual de carne que suministrarían a Tenochtitlan era muy pequeña. Además, las clases altas, a quienes llegaba preferentemente la carne humana, eran las mejor alimentadas, con un acceso más fácil a la carne animal. El segundo es la propia dieta mexica. Ya hemos visto que la carne no era tan escasa, pese a la carencia de animales domésticos de gran tamaño. Las deficiencias eran cubiertas por el consumo de *tecuitlatl.*

Tampoco es viable que el motivo fuera el control de la población, dado que la mayoría de los sacrificados eran hombres jóvenes. Parece que el fundamento era ideológico, justificando a través de un mito un régimen de terror que fortalecía el poderío mexica.

El templo principal de Tenochtitlan era el Mayor. En su cima había dos recintos, dedicados a Tláloc y Huitzilopochtli. Tláloc, en el lado norte, era un dios antiguo, de gran tradición en Mesoamérica, protector de los recursos naturales. Como dios de las aguas celestes, superficiales y subterráneas, era el dios con más presencia en la cosmovisión mexica, y aseguraba la vida posibilitando que se lograran las cosechas. Huitzilopochtli, en el lado sur, era el dios tribal mexica y uno de los aspectos de Tezcatlipoca. Como dios solar y de la guerra, aseguraba la vida a través del control de los tributos obtenidos en las conquistas. El Templo Mayor resumía la interacción ideológica y económica del imperio.

La religión regía los destinos de los hombres, y éstos se preocupaban de que fueran todo lo favorables que se pudiera. Por ello era constante la consulta del calenda-

rio, que permitía conocer las influencias fastas y nefastas que se concentraban en un día determinado. Cualquier acción era emprendida en un día favorable a ella. Los encargados del manejo de los calendarios recibían el nombre de *tonalpouhque* (singular: *tonalpouhqui,* «lector de destinos») y eran consultados frecuentemente. Los niños solían recibir como nombre el del día de su nacimiento. Si la influencia era mala, se trataba de contrarrestarla retrasando la ceremonia de la imposición del nombre a un día favorable. Los *tonalpouhqui* disponían de *tonalámatl* («libro de destinos»), donde estaban escritos los días y sus características.

El calendario mexica fue una herencia mesoamericana. Se componía de dos ciclos diferentes que combinaban sus influencias. Era más un sistema de denominación que de cómputo. Los grandes rituales estaban regidos por un ciclo de 365 días, dividido en 18 periodos de 20 días, a los que se añadían otros 5, considerados de mala suerte, los *nemontemi* (véase tabla I).

Cada día recibía un número del 1 al 20 y el nombre del mes en curso. El año comenzaba con 1 *izcalli,* al que seguía 2 *izcalli.* Tras 20 *izcalli,* seguía 1 *atlcahualo* y así sucesivamente, hasta que a 5 *nemontemi* sucedía 1 *izcalli,* comenzando un nuevo ciclo. Este calendario, de duración aproximada a la del año solar, se llamaba *xiuhpohualli* («cuenta del año»).

El segundo calendario estaba compuesto por los números 1 al 13 y veinte nombre de días (véase tabla II). Cada día recibía un número y un nombre. A 1 *cipactli* seguía 2 *ehécatl* y a 13 *tochtli,* 1 *océlotl.* La rueda seguía hasta que a 13 *xóchitl* sucedía 1 *cipactli,* comenzando de nuevo. Este ciclo, llamado *tonalpohualli* («cuenta de los destinos»), duraba 260 días.

Una fecha completa tenía su número y nombre de *tonalpohualli* y su número y mes del *xiuhpohualli.* Con estos cuatro elementos, un día se repetía al cabo de 18.980 ó 52 años de 365 días (18.980 es el mínimo común múltiplo de 365 y 260). Estos 52 años constituían un «siglo» azteca y a su término se realizaba una importante ceremonia llamada el Fuego Nuevo. Se apagaban todos los fuegos y se encendía uno en el pecho de un sacrificado en lo alto del Cerro de la Estrella. De allí salían mensajeros que encendías los demás hogares.

A los cincuenta y dos años la gente dejaba de pagar tributo y podía tomar libremente bebidas alcohólicas. Cada año era llamado por el día del *tonalpohualli* que coincidía con 20 *tititl.* Sólo los días *calli, tochtli, ácatl* y *técpatl* podían ocupar esa posición, acompañados por cada uno de los 13 numerales. Cada uno de estos años poseía influencias propias que modificaban las de cada uno de los días. El Fuego Nuevo se realizaba en los años 2 *ácatl* y el último antes de la conquista fue el año 1507.

Cada número y cada nombre llevaba asociados dioses con influencias benéficas, maléficas o indiferentes. Las de cada uno se contrarrestaban. Hay que añadir también una secuencia de nueve señores de la noche que contribuyen a que los días absolutamente aciagos sean escasos. Un día podría ser apropiado para emprender una expedición comercial y no serlo para estrenar ropa o hacer herramientas.

Un tema aún debatido es el del ajuste del calendario al año solar. Cada cuatro años se demoraba un día y no está definitivamente aclarado si existía algún tipo de bisiesto. La cuantía de la diferencia sí era conocida y manejada por los astrónomos, que no sólo habían precisado la duración del año solar, sino también de los ciclos sinódicos de la Luna, Venus y Marte. Este conocimiento no se aplicaba a la vida diaria, con lo que el calendario fue sufriendo un desajuste con la naturaleza. Las fiestas

perdieron relación con el ciclo agrícola, pero el sistema fue eficaz para el control del tiempo.

d) Moral y el más allá

La moral y las leyes mexica tenían que ver con la vida terrenal, no con el más allá. Los mexica afirmaban que sólo se vive una vez y que habían venido a la tierra a gozar y a sufrir. Su vida ulterior después dependía de la forma en que morían, no de su comportamiento en vida. Sólo los niños que morían pequeños iban a un lugar en el que esperarían una nueva oportunidad.

Aparte de ellos, había tres posibles destinos.

La mayoría de la gente iba al Mictlan, el inframundo, lugar de oscuridad. Para lograrlo debían superar nueve pruebas que les llevaban cuatro años, durante los cuales los vivos debían celebrar exequias para ayudarlos. Una vez que llegaban al reino de Mictlantecuhtli, allí quedaban. Sufrían este destino los que morían de muerte natural o de alguna forma que no les condujera a otro lugar.

Los elegidos de Tláloc iban al Tlalocan, cuyas descripciones lo aproximan al Paraíso Terrenal cristiano: un jardín siempre en flor, con abundancia de todo. Tláloc señalaba a los suyos haciéndolos morir ahogados, fulminados por un rayo o consumidos por alguna enfermedad relacionada con él, como eran la gota y la hidropesía.

Por último estaba el cielo del sol, el más deseable para un mexica. A él iban los guerreros que morían en combate, los sacrificados y las mujeres muertas de parto. Los guerreros acompañaban al sol en su marcha desde el amanecer al mediodía, y las mujeres desde ese momento hasta el ocaso. Por eso en náhuatl el Occidente se llama *cihuatlampa,* «lugar de las mujeres».

El destino ultraterreno dependía de la manera de abandonar el mundo. Los muertos eran normalmente incinerados, salvo los que iban al Tlalocan que eran enterrados. La mayoría de las víctimas sacrificiales eran comidas.

Las normas de conducta quedaban referidas a la vida en la tierra. Esta es una de las razones de que los castigos fueran muy severos. Los delitos eran penados en la mayor parte de los casos con la muerte. Se trataba de que no se transgrediera la ley más de en qué cuantía se hacía.

La educación de los niños era muy severa, abundando los castigos corporales. Eran adiestrados en la frugalidad y en la vigilia, consiguiendo una gran resistencia corporal. Las normas eran inculcadas de forma que ni siquiera se considerara la posibilidad de transgredirlas.

Los mexica veían la vida como un camino que discurría por la cumbre de una montaña: a ambos lados había profundos precipicios, de forma que la más mínima desviación los precipitaba en un abismo sin regreso. Este ideal no era cumplido siempre. Fray Bernardino de Sahagún, franciscano del siglo XVI, nos ha dejado numerosos ejemplos en sus *huehuetlatolli* o consejos de los ancianos, en el libro VI de su obra.

Los españoles quedaron sorprendidos por lo poco que necesitaban los mexica para vivir. Más tarde afirmaron que los indios se habían corrompido completamente, se habían vuelto vagos y borrachos. Las leyes españolas, pese a su evidente brutalidad, eran más suaves que las indígenas, y gran parte del castigo se basaba en la amenaza de la condenación eterna. Para explicar el concepto de infierno, los misio-

neros recurrieron al Mictlan, y los mexica creían que de todos modos irían allá, así que ante la suavización de los castigos terrenos, relajaron sus costumbres.

Al hombre se le inculcaba el valor, la capacidad de sacrificio, la lealtad, el respeto, la obediencia y la laboriosidad. A la mujer, la obediencia, la laboriosidad, el recato, la castidad, el respeto a sus maridos y el amor a sus hijos. Las mujeres eran educadas para llevar la casa y los hombres para ser el sostén de la familia. La ociosidad era considerada el peor de los vicios.

La poligamia era permitida entre la nobleza, sobre todo los gobernantes, que la utilizaban como un arma política para establecer alianzas. La cantidad de esposas estaba determinada por el poder económico. El adulterio era severamente castigado, representando generalmente la muerte de los culpables.

e) Leyes, costumbres y vida diaria

El mundo mexica estaba dividido de la misma manera que en cualquier otra cultura. No era igual la vida diaria para un hombre que para una mujer; para un adulto que para un niño o un anciano; para un rico que para un pobre.

La ley tenía también en cuenta estas diferencias, y las penas variaban según el delito y el delincuente.

La primera distinción era la del sexo. Ya desde el nacimiento, los hombres y las mujeres tenían asignados papeles diferentes en el mundo, y su educación se encaminaba a prepararlos para cumplir adecuadamente sus misiones. Cuando un varón nacía, era saludado con las siguientes palabras:

> Hijo mío muy amado... sábete y entiende que no es aquí tu casa donde has nacido, porque eres soldado y criado, eres ave que llaman quecholli... esta casa donde has nacido no es sino un nido... tu oficio es dar de beber al sol con sangre de los enemigos, y dar de comer a la tierra, que se llama Tlaltecuhtli, con los cuerpos de tus enemigos.

En la ceremonia de imposición del nombre se le entregaban un escudo, un arco y flechas diminutos. Desde corta edad, los muchachos ayudaban a sus padres realizando pequeños trabajos, como acarrear leña. Aprendían de su padre el oficio que desempeñarían de adultos, así como las cosas que les habrían de ser útiles en su vida. Al llegar a la edad apropiada entraban en el *telpochcalli,* de donde saldrían para casarse. Si eran nobles podían ir al *calmécac,* al que se entraba más joven, para llevar una vida austera, dedicada al servicio de los dioses y al estudio. Del *calmécac* salían los futuros dirigentes.

Una vez casados, los hombres debían mantener a sus familias y atender las necesidades del estado y del culto, cumpliendo escrupulosamente las obligaciones que su posición social les impusiera.

Cuando nacía una niña, las palabras de bienvenida eran:

> Habéis de estar dentro de casa como el corazón dentro del cuerpo... habéis de ser la ceniza con que se cubre el fuego del hogar.

Al recibir el nombre, se le daba un huso, una lanzadera y un cofrecito, representantes de sus futuras tareas. La misión de la mujer era estar en la casa, atendiendo a

su marido y a sus hijos. La cocina y el tejido eran las actividades básicas de la mujer y las aprendía de su madre, pues sólo las hijas de los nobles podían acudir a una escuela de muchachas. Éste era el ideal, pues muchas mujeres se ocupaban en el servicio doméstico en casas de nobles y templos, en vender en el mercado, cuidar los baños de vapor o ejercer como médico, partera o prostituta. Entre los comerciantes de larga distancia se encuentran mujeres que participaban con sus mercancías en las expediciones, pero no viajaban.

Los hombres participaban en la continuidad del mundo ofreciendo la sangre de los cautivos que obtenían o la suya propia si el combate les era adverso. Las mujeres también alimentaban al dios sol y obtenían su lugar en el cortejo del astro rey muriendo al dar a luz. El sacrificio de la mujer al proporcionar un futuro guerrero le permitía acompañar al sol desde el mediodía hasta el ocaso. Durante la noche bajaban a la tierra, merodeando por los cruces de los caminos y haciendo mal a quienes se encontraban.

Los muchachos salían del *telpochcalli* para casarse, acto con el que se convertían en miembros plenos de la comunidad. El concierto del matrimonio era una cuestión familiar. Seguramente los padres tenían en consideración los deseos y preferencias de sus hijos, pero eran ellos los encargados de buscarles una esposa. Una vez elegida la candidata, hacían llamar a las casamenteras, quienes iban a ver a los padres de la muchacha para comunicarles sus pretensiones. Los padres de la novia se excusaban aduciendo que su hija tenía muchos defectos y eran muy joven todavía. Comoquiera que esta respuesta estaba obligada por las normas de cortesía, no cundía el desánimo, y las casamenteras rendían una nueva visita en la que se llegaba a un acuerdo. El matrimonio era celebrado con grandes fiestas, tanto en casa del novio como de la novia. Finalmente, los parientes de la muchacha la llevaban a casa del novio. Allí eran anudadas juntas las mantas de ambos y la esposa daba a comer tamales a su marido. El matrimonio era ya un hecho.

La verdad es que no siempre se seguía este camino. La gente de pocos recursos procuraba eludir el gasto que la boda suponía. Para ello el hombre se robaba a la muchacha y, tras convivir con ella, recababan el perdón de las familias y seguían haciendo vida en común. La costumbre sancionaba que las parejas que llevaban tiempo viviendo ostensiblemente como matrimonio fueran aceptadas como tal.

Los nobles podían ser polígamos y, de hecho, los *tlatoque* utilizaban esta prerrogativa como medio para fortalecer o establecer alianzas. El número de esposas estaba limitado por la capacidad económica del marido y existía una jerarquía interna regida por el linaje de origen de cada una. Era posible divorciarse.

Los hombres y las mujeres casados eran miembros de la comunidad y cumplían sus deberes tributarios y sociales hasta que alcanzaban los cincuenta y dos años de edad. En ese momento, en el que habían vivido todos y cada uno de los días de una Rueda Calendárica, pasaban a engrosar el respetado mundo de los ancianos, cuyo consejo era buscado y apreciado en todos los órdenes de la vida. El ser anciano les liberaba de sus obligaciones y les permitía licencias como emborracharse, acto severamente castigado en los demás.

La existencia en el mundo mexica era dura, tanto para los hombres como para las mujeres. El día comenzaba antes de amanecer para las mujeres, que tenían que preparar la masa y hacer las tortillas para el desayuno y el almuerzo de sus maridos. Éstos acudían temprano a sus trabajos, tanto en el campo como en la ciudad, y no regresaban hasta la tarde. Desde niños habían sido acostumbrados a dormir poco,

comer frugalmente y tener una enorme resistencia física. Los placeres quedaban reservados para los días de fiesta.

Los ricos tenían una existencia más cómoda, ayudados por sus criados y sirvientes, pero no por ello podían abandonarse a la molicie. El ideal mexica era que todo el mundo contribuyera a la comunidad y, por ello, un padre noble advertía a sus hijos:

> En ninguna parte se ha visto que nadie se mantenga por su hidalguía o nobleza solamente.

Los hijos perezosos podían llegar a perder la condición de noble.

Cada hombre mexica tenía un deber que cumplir, y éste era tanto más difícil de sobrellevar cuanto más se ascendía en la escala social. El ser *tlatoani* era considerado una pesada carga que sólo un hombre de espíritu esforzado podía soportar. Los nobles llevaban una vida estricta y sacrificada en su juventud para poder obtener puestos elevados en su madurez, en la que el disfrute de sus riquezas estaba limitado por las normas sociales.

La enseñanza en el *calmécac* les preparaba a tener una conducta apropiada. Aprendían los arcanos de la religión, la historia y la escritura, así como el proceder conveniente a su rango:

> Ningún soberbio, ni erguido, ni presuntuoso, ni bullicioso, ha sido electo por señor; ningún descortés, malcriado, deslenguado, ni atrevido en hablar, ninguno que habla lo que le viene a la boca, ha sido puesto en el estrado y trono real.

El comportamiento alocado era desaprobado y sólo se aceptaba entre los *quachictin,* los guerreros que habían hecho promesa de no retroceder en combate. Estos hombres acudían todas las noches al *cuicacalli* a bailar, y frecuentaban a las *auianime* (sing. *auiani,* «alegradora») o mujeres públicas. Se les permitían estas licencias por su utilidad al estado y porque sus vidas eran cortas y nunca llegaban a desempeñar puestos de importancia.

El ritmo del día y de la noche era marcado por las trompetas y tambores que tocaban en los templos, y el ritmo de la vida, por los ritos de paso que sancionaban los cambios en el orden social. Los conquistadores españoles destacaron como lo más impresionante de la captura de Cuauhtémoc que puso fin al sitio de Tenochtitlan el silencio que se hizo al cesar el lúgubre tañido de los tambores.

Había ritos de paso comunes a toda la población: imposición del nombre, entrada y salida de los *telpochcalli* y *calmécac,* matrimonio y exequias. En todos los casos se buscaba un día favorable en el calendario consultando a los *tonalpouhque,* se hacían penitencias y ofrendas y se celebraban fiestas.

Los que seguían una profesión tenían que revalidar cada ascenso en ella patrocinando una fiesta. Los comerciantes de larga distancia tenían ante sí una carrera de gastos. Debían celebrar su paso por las etapas de aprendiz, *pochteca,* guía de caravana, comerciante que ya no viajaba, «bañador de esclavos» y *pochteca tlatoque.* Sin fiesta, o con una insuficientemente espléndida, no ascendían.

La educación mexica eran estricta y rígida, presidida por un comportamiento mesurado en todo momento. Los muchachos díscolos recibían continuos castigos corporales, algunos muy crueles. Un niño demasiado desobediente podía ser obliga-

do a respirar el humo producido por la quema de chiles picosos, lo que podía llegar a representar un peligro real de asfixia. Cualquier desacato a las normas era rápida y severamente castigado. Los niños tenían que acostumbrarse a respetar la ley y caminar sin titubeos por el estrecho sendero rodeado de precipicios que era la vida.

La ley era muy severa. Se castigaba fundamentalmente la transgresión de la norma y por ello las penas tenían un marcado carácter disuasorio.

Los castigos variaban según el delito y el infractor. Para un noble de alto rango o para quien desempeñara un puesto de responsabilidad, como ocurría con los jueces, cualquier delito se pagaba con la muerte. Los *macehualtin* escapaban la primera vez con un castigo menor, pero, si reincidían, eran eliminados de la sociedad.

La pena de muerte era la más extendida en el código de justicia. Era el castigo para los traidores, los homicidas, entre los que se contaban la mujer que abortase y quienes la ayudaran, los incestuosos y los violadores.

El adulterio era castigado con la lapidación, siendo la mujer previamente estrangulada. Para llegar a esta situación no bastaba el testimonio del marido, sino que era necesaria la presencia de testigos. No era admitido el tomarse la justicia por su mano, y quienes lo hacían eran tratados como homicidas. Escapaban a la pena de muerte los guerreros, a los que se conmutaba el castigo por el servicio perpetuo en guarniciones de frontera. Los *tlatoque* tenían a gala ser justos y no admitir trato de favor a nadie, ni siquiera a sus familiares. Nezahualpilli de Texcoco se vio obligado a condenar a muerte a una de sus esposas, mujer del linaje de los señores de México, y en otra ocasión a uno de sus hijos preferidos, por haber cometido delitos de tipo sexual.

La embriaguez era severamente castigada. Sólo se podían ingerir bebidas alcohólicas en contextos rituales muy precisos y en cantidades preestablecidas. Los ancianos quedaban excluidos de la norma y los guerreros profesionales podían tener exenciones determinadas. Los nobles encontrados ebrios recibían secretamente la muerte. Los *macehualtin* eran amonestados la primera vez, rapándoseles la cabeza para que fuera patente a todo el mundo el oprobio. Si reincidían no escapaban a la ejecución.

El robo tenía normas estrictas, y en los castigos tenía importancia el lugar en el que se produjera. Robar en el mercado conducía a la muerte, mientras que en los caminos se permitía tomar impunemente algunas mazorcas de maíz de las plantas próximas a la orilla, siempre que fuera para el propio sustento. Nuevamente, los nobles tenían pena de muerte en todos los casos, mientras que los *macehualtin* eran castigados con la esclavitud hasta haber restituido con su trabajo el valor de lo robado. Esto ocurría si para efectuar el robo no había mediado la perforación de algún muro, en cuyo caso la ejecución esperaba al infractor. Los reincidentes eran condenados a muerte.

Pese a la dureza de la ley, existían delitos. La actividad de los tribunales lo atestigua, y fray Bernardino de Sahagún en su descripción de los tipos mexica incluye ladrones, alcahuetes, médicos que ayudaban a abortar, etc. Un delincuente podía eludir la acción de la justicia confesando sus delitos a un sacerdote de la diosa Tlazoltéotl, pero el perdón sólo era posible una vez en la vida. Tlazoltéotl era llamada también por esto Tlaelquani, «comedora de inmundicias».

La existencia de un mexica estaba precisamente regulada desde el nacimiento hasta la muerte. Los pasos en la vida estaban predeterminados, como lo estaban el ocio y el trabajo. Las diversiones tenían días y contextos específicos, estando regula-

do hasta el acceso a las *auianime*. Pese a todo, la historia de los mexica nos demuestra que la realidad no encajaba completamente en el ideal, y el pueblo del sol era, en primer lugar, humano.

2.4. *Artes y conocimientos*

Los mexica se hicieron famosos por su destreza guerrera y sus sangrientos ritos. Eso ha desviado la atención de puntos cruciales como la compleja administración del imperio, el crecimiento y vida de grandes ciudades, las realizaciones artísticas y los logros técnicos. Los mexica no comenzaron de cero. Se integraron a la tradición cultural mesoamericana, absorbiendo sus conocimientos e intereses, y se entregaron al ejercicio de las artes, la literatura y la ciencia.

El calendario requirió en su gestacion una gran cantidad de observaciones y cálculos astronómicos y un sistema de expresión perdurable en el que registrarlos. Los combates y los sacrificios humanos ayudaron al impulso de la herbolaria y la medicina, sobre todo la anatomía humana. La misma religión condujo, a través de la reflexión, a la filosofía y la literatura.

a) Artes plásticas

Los mexica, como civilizados, tuvieron un sentido estético y un gusto por el ornato, aun cuando muchas de sus obras maestras sean contrarias a nuestro ideal.

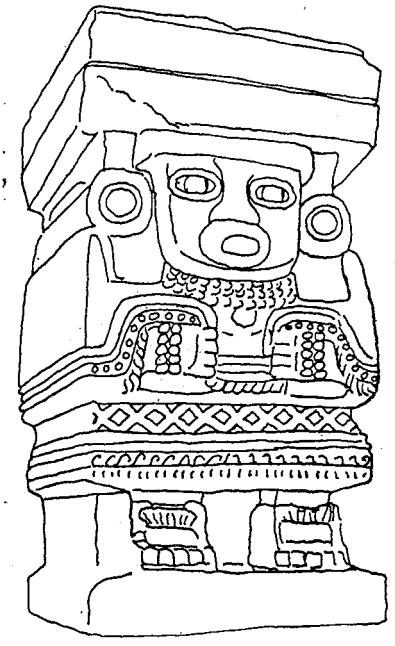
El concepto de «artista» era muy diferente al de la cultura del Occidente de Europa, heredado de los griegos. No conocemos los nombres de los artífices, con excepción de la literatura, en la que algunos poetas unieron su nombre a sus composiciones. Los autores de las obras entran en el grupo de los artesanos. Nada sabemos sobre los arquitectos e ingenieros, pero tenemos descripciones de la vida y trabajos de los orfebres y los plumajeros. Podían estar adscritos a un señor, incluido el *tlatoani* o trabajar libremente, vendiendo sus obras en el mercado o produciendo por encargo. Recibían generosas recompensas por sus trabajos, en los que frecuentemente colaboraban varias personas.

Escultura

Mesoamérica produjo obras destacadas en todos los campos de las artes, con culturas sobresalientes en unas y otras. En escultura, los mexica se llevan la máxima distinción, tanto por la cantidad y calidad de su producción como por la variedad de la temática.

A grandes rasgos, podemos distinguir dos grupos: la escultura colosal y la de pequeñas dimensiones, en la que incluimos las joyas realizadas por los lapidarios. Los temas fundamentales también se agrupan en dos: religión y naturaleza. Al lado de impresionantes piezas representando dioses revestidos de elaborados códigos simbólicos hay exquisitas representaciones de animales y realistas efigies humanas. Las piezas del tema «natural» están muy cerca de nuestro sentido estético.

Dos características definen la escultura mexica: abstracción del conjunto y realis-



Estatua monolítica de Chalchiuhtlicue.

mo en el detalle. Se capta la esencia de lo que se va a representar y se plasma cuidadosamente. Nada de lo que está sobra y nada de lo que falta es necesario.

La escultura colosal presenta piezas de enorme tamaño que representan a los dioses, los mitos, los reyes, y sus hazañas. Las más representativas se conservan en la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología e Historia de la ciudad de México.

La obra más conocida es la Piedra del Sol o Calendario Azteca, encontrado a fines del siglo XVIII en el Zócalo de la ciudad de México. Es un disco de casi cuatro metros de diámetro, que representa en relieve al Quinto Sol, Nahui Ollin («cuatro movimiento»), rodeado por los cuatro soles anteriores y diversas inscripciones calendáricas. Fue esculpido en tiempos de Motecuhzoma Xocoyotzin.

Coyolxauhqui está representada en el Templo Mayor por un monolito de 3,26 metros de diámetro y unos 10 centímetros de grosor. En la cara superior aparece en relieve el cuerpo desmembrado de la diosa, con sangre manando de las desprendidas articulaciones.

La estatua de Coatlicue es una de las más famosas por haber representado el aspecto terrible de la escultura mexica. En relieve, sobre un bloque de más de tres metros de altura, se representa a la diosa como una mujer con pies y manos como garras y la cabeza formada por dos serpientes enfrentadas. Su falda está compuesta por serpientes entretejidas y se adorna con un collar compuesto de manos y corazones humanos y un cráneo en el centro.

Entre las numerosas piezas destacadas merecen citarse el *cuauhxicalli* («vasija águila») en forma de jaguar, en el que se depositaban los corazones de los sacrificados, y la piedra de Tízoc. Resulta curioso que haya sido el *huey tlatoani* más desprestigiado el que nos ha legado la historia de sus conquistas. La piedra es un gran mono-

lito cilíndrico que debía servir para el sacrificio gladiatorio. En su cara lateral se representa a Tízoc con los pueblos que sometió. La representación se compone del *tlatoani* sujetando por el cabello a un guerrero vencido, y el nombre del lugar de procedencia de éste.

Por último, y aunque ya apenas se distinguen por estar casi completamente desgastadas, debemos referirnos a las efigies de los *huey tlatoque* esculpidas en el bosque de Chapultepec. La costumbre fue iniciada por Motecuhzoma Ilhuicamina, con la representación de Tlacaélel y el propio *tlatoani*. Los escultores encargados del trabajo fueron espléndidamente recompensados con mantas, cacao, joyas y esclavos. Los siguientes *tlatoque* añadieron sus figuras al conjunto.

La escultura de pequeño tamaño reproduce generalmente animales y objetos de la vida diaria. El trabajo se realizaba en piedras semipreciosas, como la jadeíta o en rocas comunes. Podemos incluir aquí las figuras humanas sedentes, los atlantes, los supuestos *centzonhuitznahua* encontrados en el Templo Mayor y el Chacmool situado ante la entrada del templo de Tláloc.

Muchas de las piezas representan restos de pintura, y los ojos y otros detalles están realizados con incrustaciones de otras piedras.

Los animales están soberbiamente representados. Hay coyotes, serpientes, con plumas o sin ellas, jaguares, aves, etc. Destaca por su belleza un saltamontes (chapulín) que se encuentra en el Museo Nacional de Antropología e Historia de México.

La técnica mexica creó obras extraordinarias con materiales muy difíciles de labrar. Entre ellas debemos destacar una vasija de obsidiana que representa un mono y se conservaba en el Museo Nacional de Antropología e Historia. Su paradero es hoy desconocido por haber formado parte del botín sustraído el 25 de diciembre de 1985. Una pieza excepcional es la calavera de cristal de roca que reposa en las vitrinas del Mankind Museum de Londres. En ella se percibe el detallado conocimiento anatómico mexica y la pericia de su trabajo con la piedra, presentando una pieza casi transparente y de un pulido perfecto.

La madera también fue trabajada. Se tallaron los *átlatl* («lanzadardos»), los *huehuétl* (tambores verticales con parche) y los *teponaxtli* (tambores horizontales de lengüetas) y sirvió de soporte para los mosaicos. En éstos se combinaban piedras de distintos colores y conchas, con especial predilección por la turquesa. Así, se hicieron escudos, máscaras, se decoraron cráneos y se realizaron mangos de cuchillos y joyas, en las que a veces entraban los metales. La colección de mosaicos más importante se conserva en el Mankind Museum de Londres, y destacan entre sus integrantes uno de los cuchillos, cuyo mango representa una figura humana, y un pectoral de turquesa, compuesto de dos serpientes que se unen por la cola.

Pintura

La pintura mural y la escritura estaban muy unidas y recibían en náhuatl el mismo nombre: *tlacuilolli*. Ambas participaban de los mismos rasgos estilísticos. El color y la línea eran el fundamento y no existían ni la perspectiva ni el claroscuro. Los colores eran planos y sin matices y tenían connotaciones simbólicas.

La excavación del Templo Mayor de México-Tenochtitlan nos ha mostrado cómo el color estaba presente en la arquitectura, decorando frisos y relieves. No conocemos ninguna pintura mural mexica, pero debemos suponer que los muros de

los templos y palacios debían estar profusamente decorados, como ocurría entre los mayas, en Teotihuacan, en Cacaxtla, etc.

Mucho más conocida es la escritura. Se realizaba en papel hecho con la corteza del amate (especie de ficus) o en piel de venado. Un enlucido de estuco recibía la pintura. Las hojas se doblaban en forma de biombo y el libro se protegía con cubiertas de madera. La escritura era mezcla de elementos pictográficos y fonéticos. Una representación estilizada de un cerro representaba una montaña; unas huellas de pies, un camino, etc. En los nombres de lugar, un cerro debe leerse *tépetl* (como en Chapultepec, representado por un saltamontes sobre el cerro), unos dientes (en náhuatl, *tlantli)* como el sufijo locativo *-tlan* (Quauhtitlan, «lugar de árboles», se representaba con unos dientes en el tronco de un árbol).

Nos han llegado pocos códices prehispánicos, pero la técnica nos es conocida por la continuidad de su empleo en la colonia. Tenemos cuatro códices mexica, de los que sólo uno es ciertamente prehispánico. Los otros son copias fieles, realizadas durante el dominio español. El Códice Borbónico, el único prehispánico, es un libro calendárico que consta de dos partes: un *tonalámatl* o libro de los destinos y un *xiuhpohualli,* o fiestas de los meses. El Tonalamatl Aubin es una rueda calendárica; la Tira de la Peregrinación o Códice Boturini narra la migración azteca desde la salida de Aztlan, y no está coloreado. La Matrícula de Tributos refleja las cantidades que cada provincia debía pagar y los momentos en que debía hacerlo.

Los mexica representaban en sus libros la historia, la geografía, la genealogía, la economía y la religión.

Debía haber muchos *tonalámatl* para que cada *tonalpouhqui* tuviera donde leer los destinos de los que le consultaban. La documentación económica era abundante, aunque sólo nos haya llegado la Matrícula de Tributos. Sabemos que se registraba todo movimiento y que los *capulleque* llevaban cuenta de la gente que tenía a su cargo y las parcelas que les correspondían. El control de los tributos requería las matrículas, censos y catastros.

La veracidad de estas suposiciones es atestiguada por códices procedentes de otras regiones, ya de época colonial. La Matrícula de Huexotzinco es un auténtico padrón. El Códice Kingsborough, un libro de tributos, el Códice de Santa María Asunción, un catastro y el Códice Osuna, la información para el esclarecimiento de una reclamación.

La escritura fue necesaria para la administración del imperio, pero también consiguió remontarse a la expresión de ideas abstractas y permitió la transmisión de los poemas y otras composiciones literarias.

Arquitectura

No son muchas las evidencias de la arquitectura mexica que nos han llegado. La ciudad de Tenochtitlan fue arrasada en la conquista y sobre ella se edificó la ciudad de México, lo que ha impedido realizar excavaciones de envergadura. Algunas excepciones rompen el esquema, como los recientes trabajos que se han llevado a cabo en el centro de la ciudad para devolver a la luz el Templo Mayor.

La mayor parte de las noticias nos han llegado a través de las descripciones de los cronistas y la información extraída de los archivos. Hernán Cortés y Bernal Díaz describieron los palacios, los templos y las casas. Quedaron impresionados por la

magnificiencia de las habitaciones de Motecuhzoma, en las que diversos edificios se agrupaban alrededor de estanques, jardines y patios, para albergar la vivienda del señor y su numerosa familia, las dependencias de la administración, los talleres de los artesanos y las jaulas de las aves. Cada *huey tlatoani* edificaba su propio palacio y los españoles fueron albergados en el que había pertenecido a Axayácatl. Los documentos desempolvados de los archivos han demostrado la veracidad de las descripciones, mostrando planos en los que los cuartos se agrupan alrededor de patios, formando unidades habitacionales.

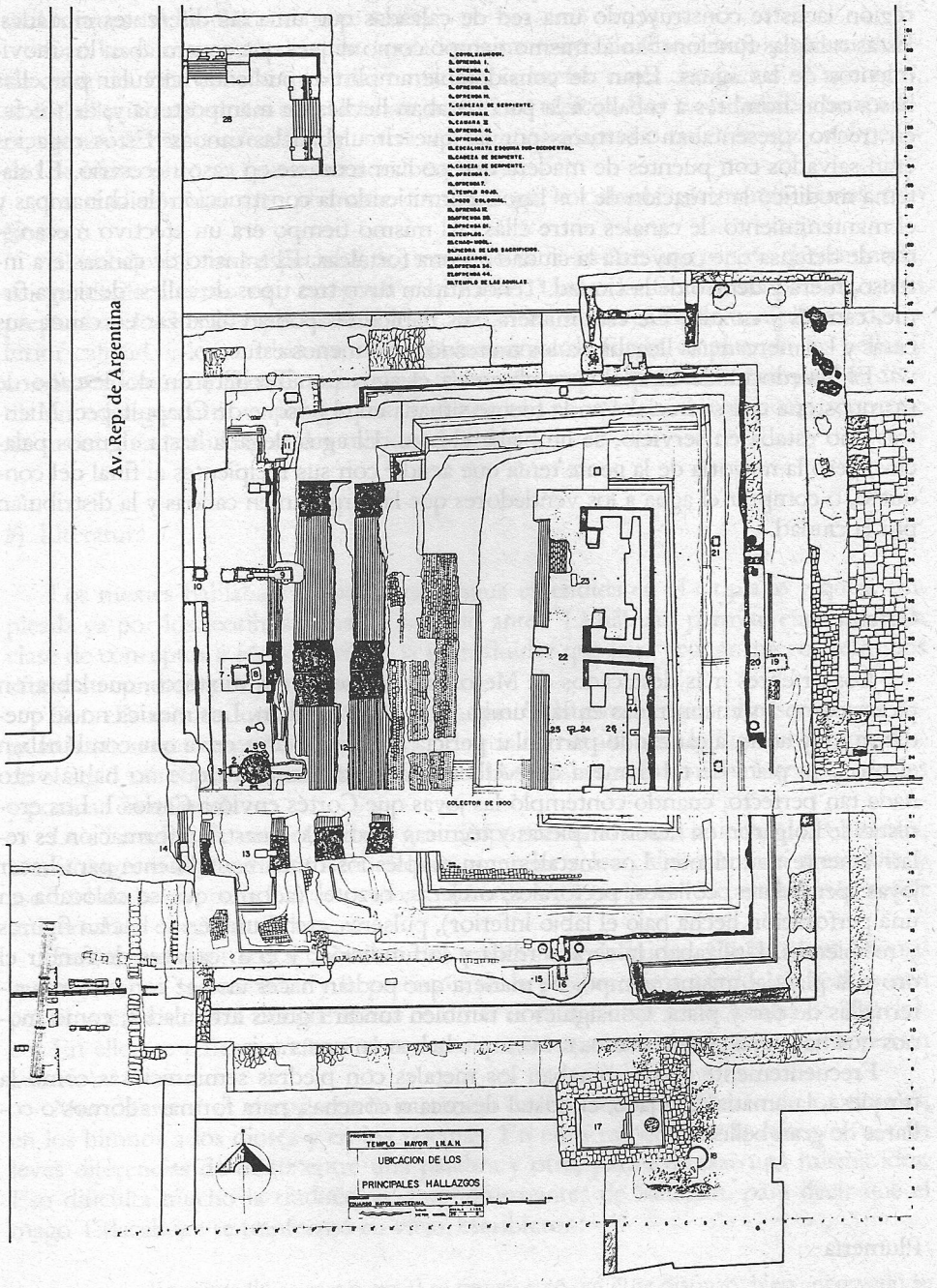
La arquitectura propiamente mexica queda reducida a Tenochtitlan, pero fuera de ella hay edificios que presentan el mismo estilo. Un ejemplo cercano es Tenayuca, situada al noroeste y hoy día englobada en la ciudad de México. Allí se encuentra una gran pirámide con doble escalinata y rodeada por un *coatepantli* o «muro de serpientes». El sistema constructivo es el tradicional en Mesoamérica, en el que los nuevos edificios se construyen encima de los antiguos. El templo de Tenayuca es muy similar al Templo Mayor de Tenochtitlan.

Otros edificios de estilo mexica son el templo circular de Calixtlahuaca, el templo de Tepoztlan y la pirámide de Santa Cecilia Acatitlan, próxima a Tenayuca. En Malinalco (estado de México) hay varios edificios entre los que destaca un templo circular excavado en la roca.

Fray Bernardino de Sahagún hizo una completa descripción del recinto del Templo Mayor. Se encontraba rodeado por un muro que presentaba tres puertas: la del norte daba salida a la calzada de Tepeyácac, la del oeste a la calzada de Tlacopan y la del sur a la de Iztapalapa. En el interior se encontraban 78 edificios, entre los que destacan el templo de Quetzalcóatl, de forma circular y con la puerta representando las fauces de una serpiente. Los templos al dios del viento se hacían circulares por considerarse que al aire se le dificultaban las esquinas. Había también un juego de pelota y un *tzompantli* o altar de cráneos. Este último era una estructura compuesta de estacas horizontales, sostenidas por soportes verticales, en las que se espetaban los cráneos de los sacrificados. Había otro templo dedicado a Tezcatlipoca y un auténtico panteón, en el sentido griego de la palabra, en el que se veneraba a los dioses adoptados por los mexica.

El conjunto estaba dominado por el monumental Templo Mayor. Sobre una enorme plataforma se elevaba un basamento con dos escaleras en el lado oeste, flanqueadas por alfardas. En la cima se encontraba un doble templo: el del lado norte dedicado a Tláloc y el del lado sur a Huitzilopohtli. Presentaba numerosos edificios anexos, algunos de los cuales han sido ya rescatados. El aspecto general es similar a la pirámide de Tenayuca y a otros edificios de la zona, como el Templo Mayor de Tlatelolco, cuyas ruinas se aprecian en la plaza de Las Tres Culturas, en México, D. F. Cada *tlatoani* fue ampliando el edificio, superponiendo sus reformas, con lo que pudo crecer en magnificencia con un costo limitado. El templo representaba la montaña Coatépec, en la que nació Huitzilopochtli, y aparecen los restantes elementos del mito. Al pie de la escalinata de Huitzilopochtli se encontró la escultura de Coyolxauhqui.

Los materiales de construcción son los tradicionales de Mesoamérica. El núcleo estaba compuesto por tierra y cascote, y el exterior era revestido de piedra. Las paredes solían presentar relieves coloreados y era frecuente la existencia de murales pintados sobre un enlucido de estuco. Para realizar las ampliaciones, el edificio existente era utilizado como relleno, conservándose intacto.



Planta del Templo Mayor de México (según *The Art of the Great Temple*, INAH, 1981).

No debemos desligar de la arquitectura la ingeniería. Los mexica dominaron la región lacustre construyendo una red de calzadas que unía las diferentes ciudades. Estas calzadas funcionaban al mismo tiempo como diques que controlaban los movimientos de las aguas. Eran de considerable amplitud, pudiendo circular por ellas hasta ocho hombres a caballo a la par. Estaban hechas de mampostería y, de trecho en trecho, presentaban aberturas por las que circulaban las canoas. Estos espacios eran salvados con puentes de madera que podían retirarse en caso necesario. El sistema modificó la situación de los lagos, permitiendo la construcción de chinampas y el mantenimiento de canales entre ellas. Al mismo tiempo era un efectivo mecanismo de defensa que convertía la ciudad en una fortaleza. El tránsito de canoas era intenso, fuera y dentro de la ciudad. Tenochtitlan tuvo tres tipos de calles: de tierra firme, canales y mixtas. De esta manera, sus habitantes podían alcanzar en canoa sus casas y las mercancías llegaban a los mercados con menos esfuerzo.

El acueducto de Chapultépec abastecía el agua potable. Era un doble caño de mampostería que se iniciaba en la fuente situada en el bosque de Chapultépec. Mientras uno estaba en servicio, se limpiaba el otro. El agua llegaba hasta algunos palacios, pero la mayoría de la gente tenía que acudir con sus recipientes al final del conducto, o comprar el agua a los vendedores que la cargaban en canoas y la distribuían por la ciudad.

Orfebrería

Los orfebres más destacados de Mesoamérica fueron los mixtecos, que labraron piezas como las encontradas en la Tumba 7 de Monte Albán. Los mexica no se quedaron muy atrás, alcanzando particular pericia en la fundición, en la que combinaban el oro y la plata de tal manera que Alberto Durero manifestó que no había visto nada tan perfecto, cuando contempló las joyas que Cortés envió a Carlos I. Los cronistas se holgaron en describir piezas y técnicas y por ello nuestra información es relativamente abundante. Los metales eran empleados fundamentalmente para hacer joyas: pendientes, collares, pectorales, orejeras, bezotes (adorno que se colocaba en una perforación hecha bajo el labio inferior), pulseras, etc. También se hacían figuras y recipientes. Utilizaban la cera perdida y la fundición, y eran capaces de fundir el oro y la plata al mismo tiempo, de manera que podían hacer un pez con escamas alternadas de oro y plata. Consiguieron también fundir figuras articuladas, como monos que hacen juegos de manos o aves que beben en una vasija.

Frecuentemente se combinaban los metales con piedras semipreciosas como la turquesa, la amatista, el jade, el cristal de roca o conchas, para formar adornos o collares de gran belleza.

Plumería

La plumería parece haber sido un arte exclusivamente mesoamericano. Las plumas se conseguían criando aves en cautividad o cazándolas con técnicas refinadas que no dañaban el plumaje de la presa. Las plumas eran clasificadas de acuerdo a su tamaño, calidad y color. Las más preciadas eran las verdes del quetzal, sobre todo las

larguísimas plumas caudales, las rojas del tlauquecholli, parecido al flamenco, y los azul turquesa del xiuhtótotl («ave azul»).

Con las plumas se realizaban verdaderos mosaicos de fino dibujo y extraordinario colorido. Con ellos se adornaban mantas, se hacían trajes completos de guerrero, se embellecían escudos o se realizaban auténticos tapices. Por su condición perecedera, apenas se han conservado muestras en algunos mantos o en el excepcional penacho de Motecuhzoma que se conserva en Viena.

La tradición del arte plumaria continuó en la colonia plasmando temas religiosos.

El trabajo era muy especializado, teniendo cada artífice una misión determinada, designada de acuerdo a su categoría y aptitudes. Unos clasificaban las plumas, otros preparaban los lienzos que las recibirían, otros realizaban el fondo con plumas de inferior calidad, y los verdaderos artistas componían la figura empleando las bellas y costosas plumas de lujo. Era fama que trabajaban con tal precisión que podían dividir un encargo entre varios grupos, y al unirlos, no sólo casaba el dibujo, sino que no se percibían cambios en los matices de color.

b) Literatura

Los mexica hablaban náhuatl, una lengua extendida en el altiplano y quizá empleada ya por los teotihuacanos un milenio antes. El náhuatl permite expresar toda clase de conceptos e ideas gracias a la gran fluidez que para acuñar nuevos términos ofrece su condición de lengua aglutinante.

Con ella crearon una literatura propia que registraron en sus libros y que ha llegado hasta nosotros en las transcripciones que con el alfabeto latino se hicieron desde el siglo XVI. Conocemos gracias a los indios alfabetizados mitos, leyendas, anales y poemas en náhuatl.

La educación de un noble daba gran importancia al conocimiento de la historia, la mitología y la poesía. No sólo debían aprender a leer, sino también a escribir, y eso incluía la composición de poemas, discursos y canciones. No en balde el señor universal era el «gran orador».

En los escritos mexica coexisten dos estilos muy definidos. En las obras históricas predomina la concisión y la precisión de la palabra, expresando los hechos con pocos vocablos. Es el caso de libros como el Códice Aubin o los Anales de Tlatelolco. En ellos se refiere el año y el acontecimiento que se produjo escuetamente, sin adorno ni florituras.

Muy diferente es el estilo en la narración de los mitos, en el texto de los rituales, en los himnos a los dioses y en los poemas. En ellos es continua la reiteración, con leves diferencias de matiz entre una palabra y otra, para expresar una misma idea. Eso dificulta mucho la traducción. Los informantes de Sahagún, para decir que el mago Titlacahuan se tranformó en viejo, escribieron:

> En viejecillo se tornó, en él se transformó, en él se disfrazó, bien encorvado se hizo, bien de blanca cabeza se hizo, bien de cabeza cana.

Lo mismo se aprecia en el comienzo de la leyenda del nacimiento del Quinto Sol, en la que la versión española queda lejos de la musicalidad del náhuatl:

Se cuenta que cuando aún era de noche, aún no había luz, aún no había amanecido, se convocaron, se reunieron los dioses, allá en Teotihuacan.

Otro recurso muy frecuente es el llamado difrasismo. Consiste en emplear dos términos a modo de metáfora para expresar una idea. La manera de decir «poema» es un buen ejemplo: «flor y canto». Del mismo modo, para designar el gobierno, se decía *icpalpan, petlapan* («en el sitial, en la estera»), y para nombrar al pueblo, «la cola, el ala».

La poesía náhuatl se ocupó de temas diversos. Por una parte están los himnos a los dioses, recopilados por Sahagún, y por otra, tenemos colecciones de poemas que tratan de la trascendencia de la vida, de la amistad, de la guerra y del amor.

A través de estos poemas se pueden rastrear las creencias de los mexica en la divinidad, en la vida mundana, en los valores de la amistad. Trasciende de su lectura una auténtica filosofía náhuatl.

Aparece continuamente en ellos un ente invisible e impalpable, una fuerza suprema: Ipalnemoani. La tierra es presentada como un lugar donde se ha venido a sufrir y a gozar y a donde no se ha de retornar. Hay una vida de la fama que impulsa a dejar algo para que perdure el recuerdo de los que ya se fueron al «lugar donde de algún modo se vive». El sentimiento de lo perecedero de la vida inspiró algunos de los más bellos poemas mexica:

¿Acaso en verdad se vive en la tierra?
No para siempre en la tierra,
solamente un poco aquí.
Aunque sea jade, se rompe.
Aunque sea oro, se hiende.
Y el plumaje de quetzal, se quiebra.
No para siempre en la tierra,
solamente un poco aquí.

Gran parte de las idea morales y los principios educativos de los mexica nos han llegado a través de los *huehuetlatolli* («palabras antiguas»), recogidas por Fray Bernardino de Sahagún y Fray Andrés de Olmos en el siglo XVI. En ellos quedaron bellamente expresados los ideales de la vida de los hombres y mujeres mexica y los estrictos principios morales que los regían. La vida de un azteca era estoica, acostumbrada a la dureza, pero no exenta de momentos placenteros. Su afición a la música, la poesía y el canto lo atestigua.

La música estaba muy ligada a la literatura. La poesía era «flor y canto», y el verso y el ritmo eran valiosas ayudas para la memorización. Los manuscritos presentan palabras intraducibles que servían para marcar el ritmo. Las composiciones estaban hechas para ser recitadas o cantadas, más que leídas. Los mitos eran representados públicamente en las fiestas, y los tambores y las trompetas servían para llevar el ritmo más que para dar melodía. Los nobles acudían al *cuicacalli* para aprender a cantar y a bailar y había maestros especializados en la tarea. Los *tlatoque* tenían compositores propios, como los tenían también algunos templos.

c) Conocimientos científicos

Los mexica fueron grandes observadores de la naturaleza. Parte de sus conocimientos fueron aplicados a las artes, como lo prueban la escultura, la arquitectura, la pintura y la orfebrería. Esta última es buen ejemplo del conocimiento que tenían de las propiedades de los metales y cómo aprovecharlas.

Tuvieron hombres dedicados a la ciencia, muy ligada a la religión. Estos profesionales realizaban observaciones y las transmitían a sus discípulos, con ayuda de libros en los que quedaban registrados los conocimientos.

Dedicaron especial atención a la astronomía, siendo herederos de una larga tradición en ese campo. El complejo calendario mesoamericano fue elaborado a partir de observaciones precisas que permitieron determinar con gran exactitud las revoluciones sinódicas del sol, la luna y planetas como Venus y seguramente Marte. La observación de los cielos prestó atención a las estrellas, agrupándolas en constelaciones que no coinciden con las nuestras. Entre éstas, destacan los Mastelejos (en náhuatl, *mamalhuaztli,* los palos con que se encendía el fuego), cerca de las Cabrillas. Su aparición en el cielo nocturno el día de la celebración del Fuego Nuevo garantizaba que el mundo duraría otros cincuenta y dos años. En ese momento se sacrificaba a la víctima y se encendía en su pecho el fuego que viviría el nuevo siglo, procediéndose a su reparto por la región.

Conocieron también los cometas, llamados «estrella que humea», y determinaron la frecuencia de los eclipses de sol y de luna. Cortés no pudo sorprender a los indígenas como lo hizo Colón años antes «ordenando al sol oscurecerse».

La observación del cielo se extendió también a la metereología. Asociaron las lluvias con las nubes y consideraron que la aparición del arco iris era una señal de serenidad. Sabían en qué momentos eran posibles las heladas y establecieron las características de los vientos: los del norte y del sur eran fuertes y hacían peligrosa la navegación en los lagos. El del oriente era benigno, y el occidental, frío.

Cada fenómeno tenía asociado un dios o un aspecto de una divinidad importante, como ocurría con las lluvias (Tláloc) y los vientos (Ehécatl).

La medicina y la herbolaria son las disciplinas en las que más destacaron. Las prácticas mágicas estuvieron muy ligadas a la medicina, pero bajo los ritos se escondía una base científica importante. La atribución de las enfermedades a causas como los «aires» o la intrusión de un cuerpo extraño no impidió la aplicación de remedios en los que eran frecuentes las tisanas y los emplastos. Un buen nivel de aseo ayudó a la salubridad general. Los indígenas se bañaban diariamente, con abundante uso del baño de vapor que, frecuentemente, era la primera medida adoptada ante las enfermedades. La constante limpieza de la ciudad de Tenochtitlan, la incineración de los cadáveres, mucho menos contaminante que la inhumación, y la eliminación de los desechos humanos proporcionaron un elevado nivel sanitario.

La observación de la naturaleza permitió determinar las propiedades curativas de plantas y minerales, y las dosis y enfermedades en que eran efectivas. El México indígena sigue disfrutando hoy día de esos conocimientos, con una extensa medicina tradicional que, para ciertos males, es muy efectiva. Yerbateros y sobadores gozan de una bien ganada reputación, aunque no falten los charlatanes entre ellos.

La herbolaria prehispánica empleaba purgantes, eméticos, diuréticos, sedantes,

narcóticos, etc. Francisco Hernández, médico enviado por el rey a la Nueva España en el siglo XVI, registró más de 1.200 plantas utilizadas en terapéutica.

El carácter sangriento de la religión mexica redundó en beneficio de la medicina, proporcionando mucho material de estudio. El rito de la ablación del corazón mostraba en su desempeño unos sólidos conocimientos de anatomía. La incisión era realizada en el lugar preciso con un solo tajo y la extracción de la víscera se hacía sin movimientos superfluos. El posterior desmembramiento del cuerpo para repartirlo entre los futuros comensales resultó una buena escuela de anatomía y disección. Las continuas guerras proporcionaron un campo de experimentación para remedios de las heridas inciso-contusas. Conocieron los métodos de reducción de fracturas y aplicaron emplastos y sangrías a los golpes.

Un ejemplo de los remedios mexica lo constituye el procedimiento para afrontar la mordedura por una serpiente venenosa, tan abundantes en Mesoamérica. Lo recogió fray Bernardino de Sahagún en su libro VI:

> La medicina contra las mordeduras de las culebras es chuparse luego [en seguida] el lugar donde mordió y sajarle y ponerle una tela muy delgada y transparente que se hace en la sobre haz de la penca del maguey, y llegar al fuego la mordedura, calentándola y fregándola con picietl [tabaco] molido.

El ejercicio de la medicina era practicado por hombres y mujeres. Una fuente afirma que hombres curaban a los hombres, y mujeres a las mujeres. Estas últimas tendrían por ello el monopolio del oficio de partera. La hechicería y la magia (o el rito religioso, según el punto de vista) estaban siempre presentes en forma de sahumerios, oraciones, trances, etc.

En general, los practicantes de la medicina gozaban de buena reputación. Fray Bernardino de Sahagún nos dejó la siguiente opinión:

> El médico suele curar y remediar las enfermedades; el buen médico es entendido, buen conocedor de las propiedades de las yerbas, piedras, árboles y raíces, experimentado en las curas, el cual tiene también por oficio saber concertar los huesos, purgar, sangrar y sajar, y dar puntos, y al fin librar de las puertas de la muerte.

Aunque entre los mexica no estuvo muy extendida la deformación y mutilación de los dientes, debemos referirnos a la técnica de los odontólogos, que conseguían limar los dientes e incrustarles adornos sin matarlos, y todo ello con un instrumental que nos parece realmente burdo.

Algunos de los *tlatoque* más famosos del México antiguo tuvieron a gala ejercer la ciencia y fueron considerados grandes sabios. Nezahualcóyotl (1402-1472), señor de Texcoco, fue reconocido como ingeniero, arquitecto, astrónomo y poeta, habiéndonos legado algunas de las más bellas composiciones de la literatura náhuatl. Su figura se acercó mucho al ideal de hombre renacentista vigente en Europa por las mismas fechas.

2.5. *Los mexica en la historia*

La fama y la gloria de México-Tenochtitlan no acabaron el 13 de agosto de 1521, festividad de San Hipólito. La ciudad había sido arrasada y el señor universal,

Cuauhtémoc, estaba preso, pero la cultura vivía en el pueblo. Cortés comandó una guerra interna e impuso un sistema socioeconómico europeo, en el que sus aliados recibieron un trato de favor.

El proceso de cambio comienza tras la fundación de la ciudad de México. Los pocos españoles que habían llegado se establecieron allí y comenzaron a hacer correrías, amistades y trapacerías. La lengua, las costumbres y las creencias no se pueden cambiar por decreto y la «colonia» se fue forjando con el paso del tiempo, la acción de los hombres y la fijación de las leyes. Lo prehispánico y lo novohispano se fueron imbricando para dar nacimiento al germen del México actual.

En un principio se mantuvo el *statu quo* existente. Los españoles se dieron cuenta de que se encontraban ante un sistema administrativo que funcionaba perfectamente y se aprovechaban de ello. La mayor parte de los señores naturales siguió en sus puestos. Los tributarios continuaron aportando su trabajo y sus productos. Había cambiado el poder central, que fue extendiendo su presencia física con el correr de los años, la inmigración y el mestizaje.

Los documentos generados en el siglo XVI, sobre todo hasta los años 1570-1580, reflejan un mundo indígena en el que se pueden rastrear con facilidad las intromisiones españolas. El náhuatl seguía siendo la lengua franca, y jeroglíficos y letras registraban los movimientos: contratos, testamentos, historias, probanzas, milagros, etc. Muchas veces encontramos junto al texto indígena una versión española, para uso de los tribunales, hecha por el *nahuatlato* («el que habla náhuatl»), nombre que recibían los intérpretes, independientemente de la lengua que tradujeran.

Los misioneros percibieron rápidamente la situación y se dedicaron al estudio de las lenguas indígenas como único medio de ejercer provechosamente su tarea evangelizadora. Gracias a este celo tenemos ahora un valiosísimo tesoro de artes y vocabularios de lenguas como el maya, el zapoteco, el mixteco, el tarasco, el matlatzinca, el otomí y, por supuesto, el náhuatl. La aspiración de los frailes era poder predicar en un lenguaje comprensible a sus feligreses, y poder entender las confesiones, para erradicar las idolatrías. Posiblemente es la introducción del cristianismo el elemento que más pronto causó cambios irreversibles en el mundo indígena. Los evangelizadores se entregaron en cuerpo y alma a sustituir enteramente el sistema de creencias, lo que significaba en última instancia un cambio social total. La ley apoyó incondicionalmente esta cruzada, castigando duramente a los rebeldes. Los indígenas demostraron su gran capacidad de adaptación y realizaron un auténtico sincretismo entre sus creencias y las de los españoles. Cristo, la Virgen María y los santos pasaron a regir las actividades que antes favorecían Quetzalcóatl, Xipe Tótec y los demás dioses. Muchas creencias prehispánicas se fundieron con el cristianismo para, a pesar de las persecuciones e intentos de erradicación que se sucedieron, dar lugar a una forma particular de catolicismo indígena que algunos autores han descrito bajo la etiqueta de «catolicismo popular». El desajuste moral que se produjo en los primeros momentos, provocado por errores como la asociación del Mictlan con el infierno, fue un poderoso agente del cambio social.

El idioma español fue extendiéndose hasta alcanzar la generalización y ocupar el sitio del náhuatl, pero no por ello las lenguas indígenas desaparecieron. En cada lugar se siguió hablando el idioma vernáculo y se produjo un flujo de vocablos en ambos sentidos. Las lenguas aborígenes presentan palabras y construcciones del español, y éste fue enriquecido con numerosos indigenismos, entre los que destacan por su número los nahuatlismos. Algunos han tomado universal carta de naturaleza,

como es el caso de «tomate» o «chocolate». Otros son híbridos, como «tlapalería», compuesto del náhuatl *tlapalli,* «color», y el sufijo derivativo español. Reciben este nombre las tiendas de artículos varios que se corresponden con las droguerías españolas.

Las campañas de alfabetización han supuesto la extensión del español en México, erradicando casi totalmente las personas monolingües. Al mismo tiempo, han provocado un interés creciente por las lenguas indígenas que están aumentando el número de sus hablantes. El impulso mayor lo han recibido el maya, el tarasco y el náhuatl.

El estudio de la cultura mexica ha sido abordado desde diferentes puntos de vista, pero casi podríamos decir que ha forjado una disciplina nueva: la etnohistoria. Ésta participa de los métodos de los historiadores y los intereses de los etnólogos, sin dejar de aprovechar lo que le ofrecen la lingüística, la arqueología o la antropología. Compone, pues, un método multidisciplinario en el que todos los elementos se combinan para llevar a buen término una investigación.

El trabajo de campo antropológico de un etnohistoriador se realiza en los archivos. Sus informantes son los documentos y sus aliados la paleografía, la diplomática y la lingüística. Los códigos culturales de un pueblo están inscritos en el lenguaje que usa que, a su vez, refleja la concepción del mundo y del hombre. En el caso mexica contamos con códices jeroglíficos cuya comprensión incluye el conocimiento preciso de la lengua en la que fueron concebidos y realizados. Muchos documentos de este tipo fueron realizados en la colonia y presentan comentarios y aclaraciones en náhuatl, castellano, latín o italiano, no siempre acertados. Los frailes y los soldados escribieron profusamente para combatir idolatrías o reclamar recompensas a sus méritos. La intencionalidad de un texto puede producir deformaciones, pero debajo de ellas se esconde la realidad. Esto se aplica por igual a las probanzas de méritos, a las descripciones de la religión, a los pleitos o a los testamentos. El etnohistoriador está interesado en las estructuras y los procesos más que en las historias personales, por lo que apenas le afecta que los testigos cambien los linderos de un terreno o falseen los precios de una compra. La crítica de la fuente forma parte de la labor diaria del investigador. Ello le permite determinar dónde pueden existir deformaciones, exageraciones o mentiras. El contraste de la información procedente de diversas fuentes generadas independientemente permite validar los resultados.

La credibilidad de los cronistas ha recibido un sonoro refrendo con la excavación del Templo Mayor de México-Tenochtitlan. Ya hacía muchos años que se había determinado su emplazamiento, pero la reciente excavación ha demostrado la veracidad de las descripciones y la acuciosidad de las medidas tomadas a «ojo de buen cubero». La investigación se ha beneficiado también de los avances realizados en el estudio de otras culturas mesoamericanas, y la historia, la economía, la sociedad, la religión y las artes mexica son mejor conocidas ahora. Y lo serán mejor en el futuro.

Con el paso de los años y la sucesión de las investigaciones, los mexica han dejado de aparecer como una tribu sanguinaria, regida por un jefe despótico. Hoy se nos presentan como un pueblo conquistador que fue capaz de amalgamar influencias diversas para crear una cultura propia dentro de un contexto bien definido.

La lección para nosotros es que, con una tecnología distinta y, a nuestro parecer, insuficiente, con diferentes recursos animales, vegetales y minerales, con un sistema de valores y creencias ajeno al nuestro, los mexica erigieron un gran imperio basado en un sofisticado control económico de las provincias, poblaron una gran ciudad

que en su tiempo llegó a ser una de las más grandes y, con seguridad, la más limpia, y fueron capaces de disfrutar de la vida, las artes y el juego. Cortés no sometió a unos bárbaros, y debemos cuestionarnos qué civilización estaba más avanzada. Lo que está claro es que, tras las marcadas diferencias que separan a los mexica de Occidente, se encuentran muchos elementos comunes con las sociedades humanas de otros tiempos y espacios, incluido el momento actual.

TABLA I

MESES DEL XIUHPOHUALLI

Nombre del mes	Significado
IZCALLI	Crecimiento
ATLCAHUALO	Cesan las aguas
TLACAXIPEHUALIZTLI	Desollamiento de hombres
TOZOZTONTLI	Pequeña vigilia
HUEY TOZOZTLI	Gran vigilia
TÓXCATL	Sequía
ETZALQUALIZTLI	Comida de etzalli (bledos)
TECUILHUITONTLI	Pequeña fiesta de los señores
HUEY TECUILHUITL	Gran fiesta de los señores
TLAXOCHIMACO	Ofrenda de flores
XOCOTLHUETZI	Caída de xócotl (un fruto)
OCHPANIZTLI	Barrimiento
TEOTLECO	Bajada de los dioses
TEPEILHUITL	Fiesta de los montes
QUECHOLLI	Flamenco
PANQUETZALIZTLI	Erección de banderas
ATEMOZTLI	Bajada del agua
TÍTITL	Estiramiento
NEMONTEMI	Días vanos

TABLA II

DÍAS DE TONALPOHUALLI

Nombre del día	Significado
CIPACTLI	Cocodrilo
EHÉCATL	Viento
CALLI	Casa
CUETZPALLIN	Lagartija
CÓATL	Serpiente
MIQUIZTLI	Muerte
MÁZATL	Venado
TOCHTLI	Conejo
ATL	Agua
ITZCUINTLI	Perro
OZOMATLI	Mono

MALINALLI	Hierba
ÁCATL	Caña
OCÉLOTL	Jaguar
QUAUHTLI	Águila
COZCAQUAUHTLI	Buitre
OLLIN	Movimiento
TÉCPATL	Cuchillo de pedernal
QUIAHUITL	Lluvia de fuego
XÓCHITL	Flor

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

BAUDOT, George, *Las letras precolombinas,* México, Siglo XXI, 1979.

CARRASCO, Pedro, «La sociedad mexicana antes de la Conquista», *Historia General de México,* vol. 1, págs. 165-288, México, El Colegio de México, 1977.

CARRASCO, Pedro, Johanna BRODA y otros, *Estratificación social en Mesoamérica prehispánica,* México, Sep INAH, 1976.

— *Economía política e ideología en el México prehispánico,* México, CIS/INAH ed. Nueva Imagen, 1978.

CASTILLO, Víctor M., *Estructura económica de la sociedad mexica según las fuentes documentales,* México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1972 (reedición en 1984).

CORTÉS, Hernán, *Cartas de Relación de la Conquista de México,* Madrid, Espasa Calpe, 1979.

DAVIES, Claude Nigel Byam, *Los aztecas,* Barcelona, Ed. Destino, 1977.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España,* Madrid, Crónicas de América 2, Historia 16, Madrid, 1984.

DURÁN, Fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España,* México, Porrúa, 1967.

GIBSON, Charles, *Los aztecas bajo el dominio español 1519-1810,* México, Siglo XXI, 1978, 4.ª edición.

GONZÁLEZ TORRES, Yólotl, *El sacrificio humano entre los mexicas,* México, FCE, 1985.

LAMEIRAS, José, *Los déspotas armados,* México, El Colegio de Michoacán, 1985.

LEÓN PORTILLA, Miguel, *Antología. De Teotihuacan a los aztecas. Fuentes e interpretaciones históricas,* México, UNAM, 1971 (varias reimpresiones).

— *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares,* México, FCE, 1961 (diversas reimpresiones).

— *La filosofía náhuatl,* México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1979.

MONJARAS RUIZ, Jesús, *La nobleza mexica,* México, Edicol, 1980.

ROJAS, José Luis de, *México-Tenochtitlan: economía y sociedad en el siglo XVI,* México, El Colegio de Michoacán, Crónica de la ciudad de méxico y FCE, 1986.

SAHAGÚN, Fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España,* México, Porrúa, 1975 (diversas ediciones).

SOUSTELLE, Jacques, *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista española,* México, FCE (diversas ediciones).

VAILLANT, George C., *La civilización azteca,* México, FCE, 1944 (diversas ediciones).

JOSÉ LUIS ROJAS

3. Los incas

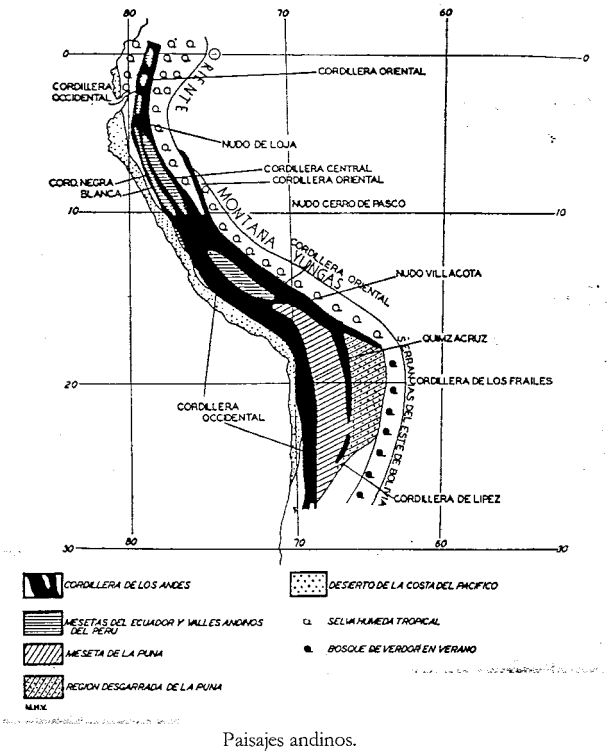
La civilización de los incas es el resultado de un prolongado proceso evolutivo que, habiéndose iniciado al menos unos veinte mil años antes en los Andes, viene a culminar muy poco antes de la llegada de los españoles a esa región del continente americano en la cuarta década del siglo XVI. Este desarrollo, cuyo detalle se ha estudiado en capítulos anteriores, es al mismo tiempo el producto de una adecuación bien proporcionada entre las sociedades humanas y el medio ambiente en que les tocó vivir. En las páginas siguientes esbozaremos las cualidades distintivas de ese medio ambiente natural, así como los caracteres más significativos del hombre de esa región desde el punto de vista de su estructura física y de su lengua.

3.1. *Medio ambiente y población*

El imperio de los incas en su momento de máxima expansión comprendió desde la región sur de la actual república de Colombia hasta una zona media de Chile y desde la costa del Pacífico hasta el comienzo del área de bosque tropical amazónico, lo que viene a representar en la práctica la totalidad del área andina en sentido geográfico y casi un 80 por 100 del área andina en sentido cultural. Geográficamente, esa región se ha venido considerando tradicionalmente dividida en tres regiones: la costa, la sierra y la montaña o el bosque; sin embargo, la realidad resulta ser mucho más compleja de lo que se entendería tras esa enunciación de regiones, porque, efectivamente, las diferencias regionales que pueden establecerse vienen definidas por una serie de factores que al jugar entre sí dan como resultado una gama casi infinita de paisajes.

Los principales factores a tener en cuenta son de carácter topográfico o altitudinal, los que se refieren a su distribución en función de la latitud, así como a otros factores geográficos tan importantes como son su proximidad al océano Pacífico, la influencia de la región amazónica, y otros cuya enumeración sería largo de hacer.

La estructura de los Andes de por sí hace que la llamada región serrana esté constituida por una serie de cadenas montañosas o pliegues paralelos que dejan entre sí zonas elevadas o «altiplanos» más o menos extensos, que representan mesetas protegidas de los vientos, bien irrigadas y con climas templados en relación a los de las tierras bajas inmediatas. Ese pliegue montañoso, paralelo a la costa, va formando así nudos, cordilleras, mesetas y valles «interandinos», etc., que definen de manera característica desde el punto de vista orográfico la zona de sierra del área andina.



Paisajes andinos.

A pesar del tiempo transcurrido, el tratamiento que hizo Carl Troll del área andina en 1931 sigue siendo válido en este momento. «Para la división zonal, climática, de los Andes tropicales —dice Troll—, es mejor comenzar por la región elevada, esto es, por los escalones de altitud entre el límite de la agricultura o de los bosques y el límite de las nieves perpetuas. Reconocemos entonces que de modo muy semejante a lo que ocurre en las tierras bajas del trópico, en las montañas también, entre el ecuador y los subtrópicos, se escalonan cuatro fajas o zonas climáticas según el grado de humedad. En las tierras bajas son: 1) la faja ecuatorial, siempre húmeda, de los bosques lluviosos; 2) la faja tropical semihúmeda, de lluvias periódicas, húmeda en verano y seca en invierno, de las sabanas o estepas húmedas; 3) la faja tropical de las estepas con plantas espinosas y suculentas, igualmente de lluvias periódicas, húmeda en verano y seca en invierno, pero ya semiárida; y 4) la faja desértica. En América del Sur, estas fajas se hallan desigualmente repartidas a uno y otro lado de los Andes, principalmente por el influjo de las montañas, las que en el oriente substraen la humedad de los vientos alisios del sureste y en el occidente actúan como paraguas. Por consiguiente, en las laderas orientales de los Andes, la zona siempre húmeda no sólo se extiende a toda la zona tropical, sino que llega con sus últimas manifestaciones hasta los 27° de latitud sur a la región de Tucumán; en el lado occidental, al revés, el desierto de Atacama, se extiende hasta la proximidad del ecuador, con sus últimas manifestaciones hasta la península de Santa Elena, al occidente del Ecuador. De ello resulta forzosamente que las zonas climáticas regionales se extienden oblicuamente sobre las montañas, de noroeste a sudeste. En las altas regiones, por

encima del límite de los cultivos, corresponden según el grado de humedad: la zona de bosques lluviosos de las tierras bajas a los páramos siempre húmedos, la zona de sabana de las tierras bajas a la puna húmeda o normal (puna de estepa de gramíneas), húmeda en verano y seca en invierno; la estepa de espinas y plantas suculentas (zona de tola, de los botánicos); y el desierto de las llanuras bajas, al desierto de las altas montañas o puna desértica, tal como lo hemos descompuesto en trabajos anteriores. En la ecología de la vegetación, en los tipos de suelos y en la hidrología se manifiesta con toda claridad la misma articulación» (Troll, 1958).

El problema de la población indígena en el área andina antes de la conquista española ha preocupado particularmente a numerosos autores, los cuales han dado a conocer sus estimaciones, basadas generalmente en escasos datos concretos, y que han cifrado la población indígena en unos diez o doce millones de habitantes, habiendo algunos que llegaban a proponer dieciocho o veinte millones para el imperio de los incas. Dentro de ese marco tradicional, solamente Alfred L. Kroeber rebajaba la cifra de esa población hasta solamente tres millones. Julian H. Steward y George Kubler siguen, en general, la opinión de Kroeber, mientras John H. Rowe consideraba que esa cifra debía duplicarse hasta alcanzar los seis millones de habitantes.

Más recientemente, los trabajos de la escuela de Berkeley —Simpson, Cook y Borah—, al elevar considerablemente la población de Mesoamérica, han iniciado un movimiento al alza para todo el continente. A partir de planteamientos semejantes «Dobyns calcula una población precolombina de entre 90 a 112 millones de habitantes, de los cuales 60 corresponderían por mitades a México central y a Perú [...] Dobyns revisa críticamente todas las hipótesis y métodos antes formulados y eleva a un grado de generalidad los resultados alcanzados por los minuciosos estudios históricos de Cook, Borah y Simpson» (Sánchez-Albornoz). Es posible, por lo tanto, tener de nuevo en cuenta las apreciaciones de Sapper, por ejemplo, que cifraba en unos quince millones la población indígena del Perú en época precolombina.

Por otra parte, debemos tener en cuenta que la población del Cuzco podía ser en la época de la conquista de unos 200.000 habitantes y que otras ciudades, más antiguas, pero englobadas en el imperio, como Chan Chan, son de extensión muy considerable y podrían tener en ese momento una población parecida a la de la capital del Tawantinsuyu.

Si, para definir el grupo humano del área, tenemos en cuenta la clasificación de José Imbelloni, observaremos que para esta región el tipo humano es extraordinariamente homogéneo, hasta el punto de que se puede hablar prácticamente de un solo grupo racial. Este grupo racial viene a ser la fracción meridional del grupo *pueblo-andido,* señalado por Imbelloni para gran parte de Mesoamérica y sur de Norteamérica, al mismo tiempo que lo identifica desde el sur de Colombia hasta la región central de Chile. Este grupo racial es, por lo tanto, el resultado de comparar e identificar el grupo pueblo con los andidos de otras clasificaciones.

Las características antropológicas de este grupo pueden resumirse en la forma siguiente: los hombres son de baja estatura —de 1,59 a 1,62 metros—, cráneo braquicéfalo —índice de 81,2 a 89—, con aplicación de algunos tipos de deformaciones craneanas, cabeza pequeña, sobre todo en las mujeres, cara corta y nariz con base ancha, diámetro bicigomático muy amplio, torso muy desarrollado en comparación con los miembros, tórax convexo, color cutáneo con predominio de pigmentación intensa y escasa pilosidad corporal, con cabello duro, liso y negro e iris oscuro (Imbelloni, 1958).

Sin embargo, esa homogeneidad es, al parecer, aparente, ya que si examinamos las series antropométricas de enterramientos precolombinos de la costa y de la sierra, advertiremos que la tendencia de la braquicrania, en toda la costa del Perú, ya observada por Hrdlička y confirmada por Newman y Stewart, queda muy gráficamente expresada por Munizaga, quien recoge series de Mochica, Chicama, Cupisnique y Costa Central, lo que contrasta con las series de la sierra que se mantienen en el límite más bajo del tipo mesocráneo. Esta misma diversidad se aprecia en las series de la costa ecuatoriana.

El panorama lingüístico del área andina en la época anterior a la constitución del imperio incaico, al igual que en el aspecto cultural, representaba un mosaico sumamente complejo y poco conocido, sobre el cual vino a superponerse el *quechua* como lengua oficial del imperio. Si la unificación cultural no se había producido todavía en el momento de la conquista española, otro tanto podemos suponer que sucedía en lo que se refiere al problema de la lengua. Esta labor unificadora del *quechua* vino a acentuarse precisamente con la conquista española, ya que, movidos los misioneros por un interés básicamente proselitista, utilizarían la lengua imperial para alcanzar, mediante un rápido aprendizaje, una mayor expansión de la labor misional. Es por esta razón por lo que en los siglos XVI y XVII el quechua, no solamente no retrocede, sino que se amplía en su difusión, por obra precisamente de los españoles.

De ahí que el proceso de descomposición y muerte de multitud de lenguas locales preincaicas se produzca principalmente en el periodo colonial, en beneficio de la lengua imperial, dando como resultado un panorama lingüístico sumamente homogéneo en la actualidad, en el cual el quechua es preponderante en todo el Perú, y en partes apreciables del Ecuador, Bolivia, noroeste argentino y Chile septentrional, mientras las demás lenguas, salvo el aymara, que habla una amplia población en Bolivia y Perú, solamente son habladas por un número reducido de indígenas.

En el panorama actual, según X. Albo, «la población de Bolivia se distribuía en 1950, de acuerdo a su idioma materno en: castellanos (34%), quechuas (35%) y ayumaras (25%), siendo el total tres millones (en 1972 las estimaciones se acercan a los cinco millones). En Perú, el censo de 1961 distribuye sus diez millones (estimados 15 en 1972) de habitantes en: castellanos monolingües (60%), quechuas (35%), de los que unos dos tercios hablan los dialectos ayacuchano y cuzqueño y el otro tercio dialectos centrales no inteligibles para los anteriores y un 4% aymaras» (Albo, 1973).

Además de las dos lenguas principales ya mencionadas —quechua y aymara—, quedan, como residuos vivos del mosaico lingüístico prehispánico y preincaico, tres lenguas: el *haqearu,* que se habla en la provincia peruana de Yauyos; el *callahuaya,* que hablan unos 30.000 indios en el departamento de La Paz, en Bolivia, y el *chipaya,* que se habla en la provincia de Atahuallpa, igualmente en Boliva (Büttner, 1983).

3.2. *Historia política*

Lo primero que llamó la atención de los conquistadores españoles del Perú fue la riqueza de la tradición histórica de los incas. En efecto, «los sucesos que transcurrieron en aquel entonces —dice M. Rostworowski— fueron cuidadosamente conservados por los incas, por medio de cantares, de quipus y de pinturas. Recopilados más tarde por un gran número de cronistas, tienen estos datos los propios defectos de su transmisión hasta nosotros» (Rostworowski, 1953). Pese al «eterno descrédito» que

atribuye Rowe a los escritores españoles del siglo XVI, que no supieron, según él, conservar lo mucho que en aquel momento la tradición oral había transmitido, lo cierto es que, precisamente, fueron los escritores españoles los que salvaron esa tradición, que de otro modo se hubiese perdido.

De la tradición oral conservada por los escritores españoles se desprende una larga lista de reyes que el propio Rowe (1946) reproduce en la forma siguiente:

1) Manco Capac
2) Sinchi Roca
3) Lloque Yupanqui
4) Mayta Capac
5) Capac Yupanqui
6) Inca Roca
7) Yahuar Huacac
8) Viracocha Inca
9) Pachacuti Inca Yupanqui
10) Topa Inca Yupanqui
11) Huayna Capac
12) Huáscar
13) Atahuallpa

Con independencias de que todos o parte de los soberanos cuzqueños enlistados correspondan al tiempo histórico o al tiempo mítico. Rowe señala al igual una serie de fechas que pueden servir de apoyo para la elaboración de una historia verdadera y real:

1438: Coronación de Pachacuti
1463: Topa Inca toma el mando del ejército
1471: Topa Inca sucede a Pachacuti
1492: Huayna Capac sucede a Topa Inca
1527: Muerte de Huayna Capac: Huascar le sucede
1532: Muerte de Huáscar por Atahuallpa tras una larga guerra civil. Llegada de los españoles

a) Historia legendaria

La historia política de los incas, como la de la mayor parte de los pueblos protohistóricos, se halla profundamente mezclada en sus orígenes con el sistema cosmogónico y el mundo legendario de esos pueblos, de tal manera que todo aquello que corresponde a lo más remoto de la historia que nos han legado los cronistas hay que interpretarlo, en su mayor parte, más como un relato legendario que como una auténtica historia. En el caso de los incas, además, la disconformidad existente entre los relatos de los diversos cronistas es de tal naturaleza que en algún caso se podrían identificar con las diversas tradiciones seguidas por los informantes de tales historiadores españoles.

Si dejamos a un lado la concepción cosmogónica reproducida por Montesinos —siguiendo probablemente a Blas Valera—, según la cual hubo cuatro edades ante-

riores a la época histórica actual en la cual vivieron los incas, al modo como dividían también los azteca su pasado más remoto, el lugar de origen de los incas debe situarse a unos 25 kilómetros al sureste del Cuzco, en el llamado *Paccari-tambo* («posada de la Aurora» o «casa originaria»). Allí se alzaba una colina llamada *Tampu-Tocco* («Posada con nichos») en cuyos muros se abrían tres ventanas o cuevas, y de donde salieron las primeras generaciones de los incas.

Viracoha, el creador de estas primeras generaciones, hizo salir de la abertura central o «Abertura Magnífica» a los jefes, mientras que de las dos laterales salían los diez clanes o *ayllus* originarios. No es preciso destacar el estrecho paralelismo entre este mito y el de Chicomóztoc que explica el origen de la tribu azteca.

El inca *Manco Capac.*

Los jefes incaicos de esta primera generación fueron cuatro hermanos casados con sus cuatro hermanas. Los varones se llamaban Ayar Manco, Ayar Cachi, Ayar Uchu y Ayar Auca, y sus cuatro esposas-hermanas se llamaban: Mama Ocllo, Mama Huaco, Mama Cora y Mama Raua. Estas cuatro parejas, conduciendo a los diez *ayllus* incaicos, iniciaron la emigración que les conduciría a situarse en la región tradicionalmente incaica del Cuzco. Pese a lo corto de la distancia, emplearon muchos años en esa emigración, descansando en varias ocasiones en el trayecto y fundando diferentes pueblos. Durante este lapso de tiempo nacería Sinchi-Roca, el segundo so-

berano de los incas, hijo de Ayar Manco o Manco Capac y de su hermana Mama Ocllo, al mismo tiempo que irían siendo eliminados los restantes hermanos de Manco.

Ayar Uchu fue dejado atrás, en el camino, para que sirviese al sol, transformándose luego en piedra, en la montaña de *Huanacauri,* ídolo o huaca que en la época imperial presidía los ritos de iniciación de los jóvenes nobles; Ayar Cachi, que al parecer tenía atemorizados a sus hermanos por su extrema rudeza, era sumamente hábil en el uso de la honda, de tal manera que cada piedra que lanzaba hacía caer a una montaña a la que convertía en un valle; Ayar Auca, finalmente, era un genio alado que, como sus hermanos, se metamorfoseó en piedra, siendo el ídolo protector de la ciudad del Cuzco a donde había llegado con Manco Capac.

De este modo quedaría como jefe único de la tribu incaica Manco Capac con sus cuatro hermanas, a la llegada de éstos al valle del Cuzco. Habitaban estas tierras, al parecer, cuatro tribus aymaras: *los huallas,* los *alcabizas,* los *lares* y los *poques,* pero dada la superioridad cultural y militar de los incas, pronto fueron dominadas, teniendo los incas la habilidad de incorporar a los vencidos a sus propios *ayllus,* de manera que la conquista fuese permanente y duradera.

Según otra versión recogida por Garcilaso de la Vega, Manco Capac fue un héroe civilizador, el cual, habiendo encontrado a las tribus que habitaban el Cuzco en un estado de «salvajismo» semejante al de las tribus de la selva amazónica, les enseñó los principios esenciales para el desarrollo de la civilización y de la vida política. Manco Capac, que tiraba de vez en cuando una barra de oro al suelo, para determinar la bondad del mismo, con el fin de fundar su ciudad, eligió finalmente la región comprendida en la confluencia de los ríos Huatanay y Tullumayo, donde al parecer la barra de oro se hundió profundamente en la tierra.

La ciudad del Cuzco, fundado por Manco Capac, iba a tener una estructura semejante a la de México-Tenochtitlan, ya que se basaba en la instalación de diez tribus, clanes o *ayllus* —siete en el caso azteca— y se dividiría en cuatro circunscripciones o barrios, cuyos nombres —del pájaro-mosca, de los tejedores, del tabaco y mezclado— recuerda a las tribus dominadas por los incas en este lugar. El propio Manco Capac elevaría, en el lugar donde se hundió la barra de oro, una choza o templo primitivo dedicado al sol, donde después se construiría el templo de piedra que conocerían los españoles, y el mismo soberano terminaría sus días como sus otros hermanos, transformándose en estatua de piedra, que sería venerada como un ídolo.

Los primeros incas, hasta el reinado de Roca, deben ser considerados como soberanos semilegendarios, de los cuales sabemos más por las leyendas elaboradas en su torno que por los acontecimientos probadamente históricos. «En Manco Capac está representado todo el pasado un tanto confuso y nebuloso de la raza inca. Él personifica la larga peregrinación de tribus agrícolas en busca de tierras de cultivo. Es la unión entre la mitología y la historia» (Rostworoswki, 1953).

El sucesor de Manco Capac, Sinchi Roca, como sus descendientes y sucesores, debió ser más bien un jefe militar *(sinchi)* que un auténtico soberano. Las tribus que habitaban por entonces en el área inmediata al valle del Cuzco debían estar en guerra intermitentemente, de tal manera que al predominio de una de ellas sobre las restantes, con la consiguiente imposición de tributos, etc., debía suceder el de otra distinta sobre las demás, llegándose en cualquier caso a la constitución de confederaciones tribales bajo el mando más o menos teórico de un *sinchi* o jefe de guerra, cuya área de dominio no sobrepasaría los valles próximos al Cuzco, no llegando hacia el sur más allá del nudo Vilcanota.

A Sinchi Roca le sucedió su hijo Lloque Yupanqui («el zurdo»), quien supo mantener, al parecer, la unión tribal sobre la base de alianzas más que por el imperio de la fuerza. En este caso se sigue ya el criterio selectivo en lo que se refiere a la sucesión, y no el de primogenitura, ya que Lloque Yupanqui tenía un hermano mayor que no heredó. Su hijo, Maita Capac, al llegar a la edad adulta se hizo cargo del ejército, instaurándose así una costumbre que perduraría en los reinados sucesivos.

El reinado y la personalidad de Maita Capac están rodeados de leyendas. Se considera que nació con toda su dentadura después de sólo tres meses de gestación, creciendo después a un ritmo asombroso, de tal manera que al año era tan grande como un niño de ocho, y a los dos años se peleaba con otros muchachos de mayor edad, demostrando así, desde la infancia, una agresividad que le llevaría luego a desarrollar guerras de conquista que son consideradas por algunos cronistas como las primeras campañas expansivas de importancia del imperio incaico. Se mencionan así: la guerra contra la confederación de los Alcabizas, la invasión del Collao, etc.

El quinto soberano inca fue Capac Yupanqui, cuya ascensión al trono plantea problemas que serán habituales en lo sucesivo. Designado sucesor por su padre, tuvo que luchar con sus hermanos para alcanzar el trono. Durante su reinado los incas entraron en relación con los andahuailas, los cuales se incorporarían a la confederación cuzqueña pese al dominio que ejercía sobre ellos el reino de los chancas.

A la muerte de Capac Yupanqui se produce, al parecer, un cambio de dinastía. Hasta entonces, todos los soberanos procedían del *Hurin Cuzco* o Bajo Cuzco. Luchas intensas entre los miembros de las dos mitades del Cuzco debieron dar como consecuencia el triunfo de la mitad correspondiente al *Hanan Cuzco* o Alto Cuzco, instaurándose así una nueva dinastía. El primer soberano de esta nueva dinastía sería el Inca Roca. El impulso creador de este soberano se extiende a todos los dominios: construcción de canales, embellecimiento de la ciudad, creación de escuelas, etc. Desde el punto de vista militar, parece que el inca contaba ya con un verdadero ejército de unos 20.000 hombres, que emplea en las primeras campañas militares de expansión de verdadera importancia. En efecto, por el sureste penetra hasta Cochabamba y Chuquisaca, mientras por el noroeste alcanza los valles centrales y llega hasta la costa por la región de Ica. Sin embargo, el encuentro militar de mayor importancia se realizará con los chancas.

La importancia de Tito Cusi Hualpa o *Yahuar Huacac* («El que llora sangre») está rodeada de leyendas. Al parecer, Cusi Hualpa era hijo de Mama Micay, una hermosa muchacha de la tribu huayllaca, la cual, habiendo sido prometida primeramente a los ayarmacas, iba a casarse con el Inca Roca. Los ofendidos ayarmacas declararon la guerra a los huayllacas, los cuales para obtener la paz prometieron entregar a Cusi Hualpa, entonces un niño de corta edad. Mediante engaños los huayllacas lograron su propósito y fue entonces cuando Cusi Hualpa, según dice la leyenda, lloró lágrimas de sangre al ser entregado a los ayarmacas. Pasarían varios años antes de que el muchacho fuese devuelto a su padre, quien lo hizo cogobernador del naciente imperio en los últimos años de su reinado bajo el nombre por el que es conocido: Yahuar Huacac.

Yahuar Huacac, durante su reinado, en la segunda mitad del siglo XIV, no parece haber sido importante ni por su capacidad organizadora, ni por sus conquistas. El fin de su reinado está también presidido por la duda y probablemente la leyenda, ya que si, según algunos cronistas, el emperador fue asesinado cuando se disponía a entrar en guerra contra los collas, según otros tuvo que huir del Cuzco ante un inespe-

rado ataque de los chancas, dejando que su hijo, el futuro Viracocha, organizase la defensa y rechazase el ataque, quedando a partir de entonces relegado a un segundo término y muriendo oscuramente en un lugar alejado del Cuzco, mientras su hijo le sucedía en el trono.

El hijo de Yahuar Huacac y de una *coya*, que no era su hermana, según la tradición, se llamaba Hatun Tupac, pero sería más conocido con el nombre de *Viracocha*, por habérsele aparecido ese dios en su juventud. Durante su reinado se intensificarían las luchas entre los linajes de *Hurin Cuzco* y *Hanan Cuzco*. Estas tradicionales querellas no se extinguirían sino a partir del reinado de Pachacuti.

El final del reinado de Viracocha vino a ser en cierto modo una repetición de los comienzos de su propio reinado. Viracocha había designado como sucesor del trono, no a uno de los hijos de su esposa principal, sino al hijo de una concubina, llamado Urco. Cusi Yupanqui, tercer hijo legítimo de Viracocha, animado por varios parientes, se rebeló contra su padre haciéndose con el poder.

b) Pachacuti

En el panorama étnico de la región meridional del área andina, en la época que nos interesa ahora, dominaban cinco grandes grupos: los collas y lupacas, en las proximidades del lago Titicaca, de lengua aymara, y más al norte los chancas, los quechuas y los incas.

La confederación chanca que agrupaba fracciones de indios de las regiones de Ayacucho, Vilcas, Cangallo, Huanta, Huamaca y Huancavélica, y que se decían originarios de Choclococha, eran tradicionales enemigos de los quechuas y de los incas. Constituían una organización tribal basada en dos «mitades» con dos jefes. Siendo más rudos y crueles que los incas, se igualaban a éstos en la pompa de sus ceremonias y en la suntuosidad de sus vestidos de lana de vicuña o de llama, distinguiéndose de ellos mediante el uso de bonetes o turbantes, la pintura que empleaban bajo los ojos, el especial corte del cabello, etc.

Los chancas, que ya habían dominado a los quechuas, se dispusieron a atacar el Cuzco dirigiéndose un poderoso ejército de aquéllos bajo el mando de dos caudillos: Asto Huaraca y Tomay Huaraca. Viracocha junto con Urco, el presunto heredero, y otro hijo, creyendo perdida la batalla de antemano, huye del Cuzco, refugiándose en la fortaleza de Caquia-Xaquixahuana. Éste es el momento elegido por Cusi Yupanqui, y los generales que le apoyaban para demostrar su capacidad como *sinchi*. En efecto, Cusi y los generales Vicaquirao y Maita organizan con muy escasos efectivos militares una defensa desesperada de la ciudad del Cuzco. La batalla, incierta en determinado sentido, fue una victoria tan inesperada para los heroicos defensores que les pareció que las rocas del campo de batalla se transformaban en un milagroso ejército aliado, hasta el punto que, como una categoría especial de dioses —los *pururauka*—, pasarían a engrosar el panteón incaico. Al parecer esta victoria más o menos segura de los incas hizo que todas las tribus aliadas que se hallaban a la expectativa se incorporaran a la batalla del lado de los incas, haciendo que ésta se transformase en una rotunda derrota de los chancas.

Al término de esta primera guerra contra los chancas, algunos cronistas mencionan el hecho de que Cusi Yupanqui se trasladó hasta Xaquixahuana para ofrecer la victoria a su padre Viracocha, el cual ordenó que se la ofreciese al que había designa-

do como sucesor. La decisión de los chancas por vencer a los incas les llevaría a una segunda guerra en la que obtendrían una nueva y más terrible derrota, siendo perseguidos por Cusi Yupanqui hasta la región de Andahuailas.

Ya fuese por la propia voluntad de Viracocha, ante los repetidos éxitos de Cusi Yupanqui, o por el apoyo de sus generales y amigos, lo cierto es que Cusi Yupanqui sería coronado como rey de los incas hacia 1438, con el nombre que se haría glorioso de *Pachacuti,* terminándose así un periodo para el que las fuentes no están del todo de acuerdo, e iniciándose el apogeo imperial que llevaría a esta tribu a constituir el más grande imperio territorial conocido de la América anterior a los españoles.

La figura de Pachacuti constituye para la mayor parte de los autores que se ocupan de la historia incaica una de las más relevantes en función de las conquistas que se le atribuyen, al mismo tiempo que por las reformas que instauró y las construcciones monumentales que realizó durante su periodo de gobierno. No debemos olvidar, sin embargo, que de acuerdo con la minuciosa y aguda investigación crítica de Imbelloni (1946), tanto el esquema histórico general, como la misma existencia real del personaje Pachacuti que estudiamos ahora, deben ser analizados a la luz del influjo que la mitología ejerce en la reconstrucción histórica en la etapa que historiamos, lo que quiere decir que hasta la existencia misma de tal personaje es perfectamente discutible, si tenemos en cuenta aquellos postulados.

Tras las victoriosas campañas militares de Cusi Yupanqui contra los chancas que le confieren autoridad por sí mismo o por el reconocimiento de su padre Viracocha, el sucesor oficial, Urco, es depuesto por los principales jefes militares y abandonado por la mayor parte de sus seguidores, aunque aún logra reunir a algunos de sus partidarios en Yucay, muriendo poco después, probablemente en una batalla desarrollada en el Collao.

El carácter semirreal, semimitológico de la figura de Pachacuti hace que se le atribuyan una multitud de hechos, reformas y construcciones, algunas de las cuales pueden ser obras anteriores o posteriores a su ya de por sí dudoso reinado.

Una de las obras más importantes atribuidas a Pachacuti es el Coricancha. «Antes de emprender cualquier reforma, decidió el Inca reedificar primero el Templo del Sol. Cobo nos dice que el Inticancha o recinto del Sol, antes de su refacción, era pequeño y de humilde factura. El primitivo lugar, habitado primero por los sauasiray, se había tornado, con la dinastía de los Hurin Cuzco, en el templo palacio de aquéllos. Los Hanan establecieron sus palacios en la parte alta de la ciudad, quedando el Inticancha sólo de morada del Sol. Yupanqui transformará el templo colmándolo de riquezas y de fausto, así lo atestigua su nuevo nombre de Coricancha o sea recinto de oro» (Rostworowski, 1953).

Al propio Pachacuti se le atribuye también la reconstrucción total del Cuzco, como una gran urbe, para lo que el soberano requiere ampliar la población y, por consiguiente, aumentar la producción de alimentos. Ello le obliga a replantear el sistema de riego, así como el establecimiento de un sistema de almacenes de granos para sustentar a la población obrera que se requiere para la construcción y ampliación de la ciudad.

Sólo cuando esa infraestructura está realizada «se dedicará Pachacutec a reedificar el Cuzco, distribuyendo solares, formando nuevos barrios y levantando nuevas *canchas.* Sus obras iniciadas en la capital, las extenderá hacia las diversas regiones del Imperio. En todo el Tahuantinsuyo se alzarán pucaras, tambos, templos y depósitos, enlazando y uniendo las comarcas más distantes por maravillosos caminos y puen-

tes. Esta obra de gran empuje, será llevada a cabo a través del largo reinado de Pachacutec y será continuada bajo el gobierno de su hijo Tupac y de su nieto Huaina Capac; ellos no harán más que seguir el plan trazado por Yupanqui» (Rostworowski, 1953).

Si a todas estas actividades de orden interior unimos la intensa y extensa expansión militar en el exterior, debemos maravillarnos de lo que un solo hombre pudo realizar en un periodo de tiempo relativamente corto: entre 1438 y 1471 aproximadamente. Las primeras campañas militares dirigidas por Pachacuti estuvieron orientadas a consolidar definitivamente el dominio inca en el ámbito inmediato al Cuzco. Es así como en muy poco tiempo dominó las provincias meridionales de Omasayo, Aymara, Chilque y Cotapampa o los territorios de Vilcas y Soras, al oeste de los quechuas y chancas, o hacia el valle de Urubamba inferior y Vilcapampa en la región septentrional.

Tras estas campañas militares en torno a la ciudad del Cuzco, Capac Yupanqui, hermano de Pachacuti, al mando de un muy poderoso ejército, al que ya se habían incorporado importantes contingentes chancas, conquistaría las regiones de Angara, Huanca y Tarma. Al parecer, la actuación de los chancas en las primeras batallas fue tan brillante que debieron hacerse comparaciones entre los mismos soldados, de las que los incas no resultaban bien parados. Llegadas estas noticias a oídos del emperador, éste, con el fin de evitar que los chancas, enorgullecidos, pudiesen preparar alguna sublevación contra los incas, ordenó secretamente a Capac Yupanqui que asesinase a los jefes chancas, entre los cuales se hallaba Anco Ayllo. Esta orden, sin embargo, debió filtrarse, y enterados los chancas decidieron huir hacia las selvas orientales. Capac Yupanqui trató de seguirlos, pero no pudiendo alcanzarlos, sobrepasó, sin embargo, el límite de Yanamayo, marcado por Pachacuti como frontera del imperio. Llegado así a la provincia de Cajamarca, decidió realizar su conquista regresando después, victorioso, al Cuzco. A pesar del resultado favorable de esta campaña, Capac Yupanqui sería condenado a muerte aparentemente por haber dejado escapar a los chancas, desobedeciendo además las órdenes del emperador, pero sin duda promovida por el temor de Pachacuti de que, envanecido por sus conquistas y por la fuerza que representaba el ejército bajo su mando, intentase alzarse contra su hermano.

En sucesivas campañas, Pachacuti conquista los reinos de Cuismancu y Chuquimancu en la costa, apoderándose del gran santuario de Pachacamac, mientras en la región del lago Titicaca, ayudado por dos de sus hijos, uno de los cuales, Amaru, parecía ser el llamado a suceder a Pachacuti, dominaba a los lupacas y otros pueblos rebeldes, así como a los chumpivilcas.

Hacia 1463, mientras los hijos mayores de Pachacuti estaban tratando de conquistar y dominar a los turbulentos collas, Pachacuti cambió de opinión respecto a su sucesor, nombrando a uno de sus hijos más jóvenes, Tupac Yupanqui, a quien encargaría muy pronto del mando de uno de sus ejércitos.

Por aquellos mismos años, Pachacuti había enviado una expedición militar hacia la selva, con el fin de ampliar también en esa dirección su ya extenso imperio. Esta expedición sería un total fracaso, ya que el ejército regresaría totalmente agotado y diezmado por las enfermedades, las fieras y los padecimientos. Ante este fracaso es el mismo Pachacuti quien se pone al mando de un nuevo y poderoso ejército, pero antes de llegar a la selva tiene que regresar para dominar una rebelión de los collas,

tras lo cual una parte del ejército haría un nuevo intento, igualmente fracasado, por dominar esa región.

c) La gran expansión imperial

Tupac Yupanqui, ya como cogobernador del imperio, pero en los últimos años de vida de Pachacuti, emprende una de las más largas y fructíferas campañas militares de todos los tiempos. Partiendo de la región de Cajamarca y el alto valle del Amazonas, Tupac Yupanqui se dirige hacia el este, hasta Chachapoyas, siendo detenido en esa dirección por la impenetrable selva, haciendo otro tanto hacia Piura y Tumbez. De aquí partirá a la conquista del reino de los cañaris, los que, tras una feroz resistencia, tendrán que capitular ante el enorme poder del ejército de los incas. En Tomabamba o quizás en Hatun Cañar (Ingapirca), capital de los cañaris, residirá durante algún tiempo, dedicándose a la construcción de caminos, puentes, templos, almacenes, etc., ganándose la confianza de los recién conquistados, hasta el punto de que, en lo sucesivo, constituirán uno de los apoyos más firmes y seguros de su ejército; así nos lo prueba el hecho de que, al parecer, Tupac Yupanqui constituye su guardia personal con soldados cañaris. Después de esta conquista se lanzará al ataque contra los caras y los quiteños, guerra de larga duración y gran dureza en la que las tropas incaicas sufrieron grandes reveses, pero de la que saldrían finalmente triunfantes, extendiendo las fronteras del imperio hasta el río Ancasmayo.

En ese momento de la fantástica expedición de Topa Inca Yupanqui, para la conquista de las tierras del norte del imperio de los incas, se sitúa una más fantástica expedición de tipo marítimo en dirección a unas islas del Pacífico que se llamaban, según la tradición, Hagua Chumbi y Nina Chumbi, que han querido ser identificadas con las islas Lobos de Tierra y Lobos de Afuera, con las Galápagos, o con otras de la costa ecuatoriana más al norte, pero que podrían ser también algunas islas del archipiélago de Tuamotu en Polinesia. Al parecer, partiendo de Tumbez, sale una flota de balsas con un ejército de 20.000 hombres, regresando al cabo de nueve meses trayendo oro y productos exóticos de aquellas islas. A pesar del excelente conocimiento náutico de los habitantes de la costa de Manta, isla de la Puná e incluso Tumbez y el excelente tipo de embarcación que era la balsa, parece dudoso que Tupac Yupanqui se embarcase en una tan peligrosa aventura.

A su regreso de esta problemática expedición marítima, o acaso antes, Tupac Yupanqui realizó una de las más importantes conquistas de su vida: la del reino del Gran Chimú. Era éste un estado complejo, portador de una civilización muy desarrollada, con una organización social, política y militar de alto nivel de complejidad, que dominaba en los valles-oasis de la costa septentrional del Perú. Ante el ataque del ejército de Tupac Yupanqui y quizás como consecuencia de un proceso de descomposición interior, las poderosas fortificaciones chimús no sirvieron de nada, rindiéndose los soberanos de este reino ante el poderoso Pachacuti.

Tras la conquista de este reino, Tupac Yupanqui emprendería el regreso al Cuzco, siguiendo la línea costera hasta la región de Lima. En una segunda campaña militar se incorporarían al imperio todos los pequeños reinos costeros de más al sur, llegando hasta la zona de Nazca.

Pachacuti, tras haber ejercido el poder por sí mismo, o en colaboración con su hijo, Tupac Yupanqui, cedió a éste el trono el año 1471, retirándose de la vida pú-

blica y muriendo pocos años después. La situación del imperio en el momento de la transmisión de poderes era ya, en gran parte, la que conocieron los españoles a comienzos del siglo XVI. Los caminos, puentes, tambos y chasquis aseguraban las mejores comunicaciones entre el Cuzco y los más apartados lugares del imperio, proporcionando una gran movilidad al ejército; el abastecimiento interregional era perfecto, mientras la administración se había centralizado al máximo, y la *Pax incaica* se extendía desde Quito en el norte hasta Nazca en el sur y desde la costa hasta la selva amazónica.

La región boscosa de las tierras bajas del este seguía constituyendo una preocupación para el Inca: sin ser un verdadero peligro para el imperio, las bandas de pueblos cazadores, habitantes de estas regiones, realizaban periódicas incursiones que penetraban en el interior del imperio, causando, si no otra cosa, desasosiego y malestar entre los dirigentes incas. Por otra parte, en la región selvática se podían obtener productos como la *coca*, la palmera *chonta* y otras maderas preciosas, bambú, plumas de brillante colorido, cauchú, plantas medicinales y, sobre todo, oro, que eran muy codiciados por los incas. Es por esta razón por lo que Tupac Yupanqui intenta de nuevo la penetración en la selva, organiza varias expediciones que alcanzan hasta el río Madre de Dios —Amaru— y si bien no llega a someter e incorporar a las poblaciones de esa zona, la extremada dureza con que las trata hace que disminuyan las incursiones de los salvajes al interior del imperio. Las rebeliones de los collas, lupacas y otros pueblos del altiplano hace que esta acción en la selva tenga que ser interrumpida.

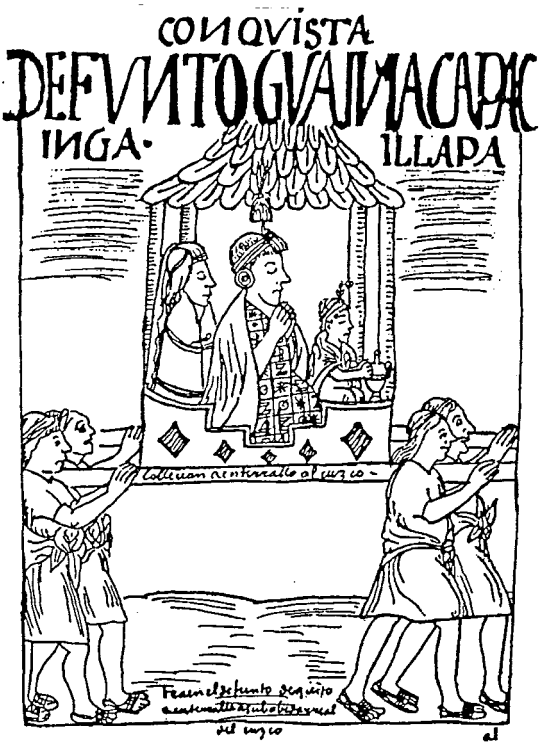
La siguiente campaña militar de Tupa Inca Yupanqui sería en dirección al este, por la región de Bolivia, llegando hasta la región del Gran Chaco y área de los chiriguanos, gentes muy aguerridas que causarían graves dificultades al ejército incaico y que provocarían la construcción de una fortaleza en Cochabamba para defenderse de ellos.

Por otra parte, quedaban aún muchas tierras, al parecer fértiles y pobladas por numerosas tribus, más al sur de Nazca. Tupac Yupanqui organizaría una nueva campaña militar por el sur del Perú y la región septentrional de lo que hoy es Chile, que llevaría la frontera del imperio hasta el río Maule, donde quedaría fijada para siempre, sin duda a causa de la feroz resistencia que debieron presentar los araucanos.

Además de sus grandes conquistas militares que llevaron las fronteras del imperio hasta sus límites más extremos, Tupac Yupanqui realizó también grandes construcciones monumentales. Se citan entre ellas la de la gran fortaleza de Sacsahuamán con la que se protegía la capital del imperio. Otra importante fundación de Tupac Yupanqui fue la de los palacios de Chichero, lugar próximo a Yucay, donde concentró propiedades de su *panaca* y donde construyó una serie de edificios que servían para él y su familia y donde pasó los últimos años de su vida.

En efecto, el final del reinado de Tupa Inca Yupanqui se centra muy estrechamente a la vida de Chinchero como residencia palaciega. En 1493, cuando contaba al parecer más de ochenta años, Tupac Yupanqui enfermaba e iba a morir a Chinchero, que fue «el palacio de su predilección».

El nombre del heredero era Tito Cusi Hualpa, más conocido con el nombre de su coronación, Huayna Capac, el que había acaparado el cariño del viejo Pachacuti en los últimos años de su vida y que, sin embargo, por «una intriga de serrallo» iba a tener que luchar duramente por su legítima sucesión a la muerte de su padre, Tupac Yupanqui. Huayna Capac era hijo de Mama Ocllo, la *Coya* o esposa principal de Tupa Inca,



Huayna Capac es transportado de Quito al Cuzco para su entierro.

pero tenía además otros setenta hermanastros, hijos de otras concubinas, entre los cuales, Capac Huari, hijo de Mama Chiqui-Ocllo.

«Al morir Topa Inca designó sucesor a Capac Huari, hijo de su concubina Mama Chiqui Ocllo. Los peruanos tenían tanto respeto por la voluntad de su soberano que hubieran reconocido a Capac Huari si la reina madre de Guayna Capac no hubiera protestado contra la voluntad de su esposo amparándose en sus propias leyes» (Cabello Balboa). La intriga había sido fraguada en el propio Chinchero por Chiqui Ocllo y Curi Ocllo. Sin embargo, Mama Ocllo dominó la situación con la ayuda de su cuñado Huamán. Ocultaron en Quispicanchis al heredero para salvarle la vida de la conjuración; y develaron ésta en el Cuzco, matando a las dos concubinas, a quienes acusaron de haber envenenado al Inca viejo y desterrado o ejecutado al pretendiente, que no volvió a aparecer en la corte. Según Cabello Balboa, «le señalaron una pensión para que viviera según su rango, con la prohibición de no volver jamás al Cuzco».

Aunque durante el reinado de Huayna Capac (1493-1525) prosiguió el esplendor del imperio incaico, el proceso de engrandecimiento había acabado con la muerte de su padre, probablemente porque las fronteras políticas habían alcanzado ya los límites naturales. Por el sur los araucanos y por el este las tribus amazónicas, constituían un mundo de naturaleza cultural diferente, notablemente hostil y de poco interés para los incas. Solamente por el norte los pueblos eran de cultura parecida a todos los que habían sido englobados en el imperio incaico, pero las distancias eran tan considerables y la organización tan complicada que difícilmente hubiesen podido ser gobernados más territorios sobre los que entonces estaban integrados dentro del imperio. De esta situa-

ción pudo darse cuenta el nuevo emperador Huayna Capac cuando, en los primeros años de su gobierno, hizo el recorrido tradicional por todas las tierras del imperio, y ello fue lo que le obligó a residir durante muchos años de su reinado en Tomebamba, la capital imperial del norte, región que por diversas circunstancias reclamaban entonces una acción y un interés más particular.

Entre las escasas conquistas militares que se atribuyen a Huayna Capac hay que mencionar las de las provincias de Chachapoyas y Moyopampa en la «ceja de selva», a las que consiguió pacificar en muy poco tiempo. Cuando estaba celebrando en el Cuzco estas victorias llegaron noticias de la rebelión de los quitos y otros pueblos en el norte del Ecuador. Gutiérrez de Santa Clara nos dice «que lo llevaron en hombros en unas andas muy ricas, el cual llegado allá con mucha gente armada ganó por su persona aquel reino que era entonces muy grande y rico y mató en el campo al rey en una batalla que le dio y después se casó con la reina viuda, que era moza y muy hermosa y hubo en ella un hijo llamado *Atahualpa,* que quiere decir *gallo fuerte».* En Cuzco, por su parte, había dejado a su hijo mayor Huáscar y también a Manco Inca y Paulo.

Las conquistas de Huayna Capac siguieron más al norte hasta llegar al reino de los pastos, tras lo que, una vez pacificada toda la región, vino a residir a Tomebamba, donde construyó un nuevo palacio que se llamó *Mullucancha,* porque sus habitaciones estaban decoradas con las rojas conchas del *spondylus,* y un templo del Sol y monasterio para seiscientas vírgenes o doncellas escogidas, «obra la mayor y la más célebre entre cuantas se refieren al tiempo de su reinado». De esa época debe ser también el *ushnu* de Ingapirca, edificio conocido comúnmente como «El Castillo».

La muerte de Huayna Capac, cuya fecha es absolutamente imprecisa, ya que oscila entre 1522 y 1532, fue originada muy probablemente por una terrible peste de viruelas que despoblaba el imperio.

d) El final del imperio

«Al momento en que muere el inca Huayna Capac, la sociedad cuzqueña sufrió una honda crisis, manifestada en ámbitos políticos y religiosos, sociales y económicos que provocó y estimuló el conflicto entre el Cuzco y Tomebamba, del cual los cronistas guardaron memoria. Puede afirmarse desde ahora que es imposible señalar esta guerra como la lucha fratricida y motivada por puras cuestiones de ambición de poder de los respectivos caudillos que la tradición ha conservado: Huáscar del Cuzco y Atahualpa de Tomebamba» (Pease, 1977).

Según la tradición, fue el mismo Huayna Capac quien, en su lecho de muerte, dividió el imperio entre su hijo primogénito Huáscar, a quien daría la fracción meridional, con la capital en el Cuzco, y Atahualpa, a quien concedería la región septentrional. Pero esta versión no parece concordar con la realidad. Según otras fuentes, Huayna Capac había designado como sucesor en primer lugar a Ninam Cuyuchi y poco después a Cusi Hualpa o Huáscar. La lucha entre ambos acabaría muy pronto, al morir el primero, probablemente como consecuencia de la misma epidemia de viruela que llevaría a la tumba a su padre. La lucha por el poder se centraría entonces en Huáscar y Atahualpa.

Si bien al principio parece ser que quedó admitida, explícita o implícitamente, la división del imperio, muy pronto —hacia 1530— se inició la feroz lucha entre Atahualpa y Huáscar, que, coincidiendo con la llegada de Pizarro al Perú, pondría punto final a la brillante y fulgurante historia del imperio incaico.

Atahualpa, que residió durante bastante tiempo en Caranqui, cerca de Otavalo, contaba con el poderoso y experimentado ejército de su padre, que seguía aún en el extremo septentrional del imperio, aún no del todo pacificado, y con una serie de veteranos generales como Chacuchima, Kizkiz y Rumiñahui. Tal vez la consideración de su propio poder o las intrigas de unos y de otros condujeron al rompimiento de las hostilidades entre Huáscar y Atahualpa en torno al estratégico sitio de Tomebamba, donde Atahualpa se hallaba dedicado a la construcción de edificios y monumentos. Las batallas en torno a Tomebamba, en las que la victoria alternó entre un bando y otro, condujo en alguna ocasión al aprisionamiento de Atahualpa, quien finalmente quedaría libre para proseguir las campañas hacia el sur. Tal vez fue a lo largo de estas campañas militares en Tomebamba, Rio-Bamba, etc., cuando se fue fortaleciendo en el ánimo de Atahualpa la idea de derrocar a Huáscar y hacerse proclamar emperador único de todo el territorio inca. Entre tanto, Huáscar se dispuso, al frente de un nuevo ejército, a defender la capital del imperio. El encuentro se produjo en Cotabamba, junto al río Apurimac. Si bien el primer día de la batalla parece que fue favorable a Huáscar, al día siguiente, el general Chalcuchima, no sólo derrotó estrepitosamente al ejército cuzqueño, sino que hizo prisionero a Huáscar y ocupó la capital.

Atahualpa, que se encontraba en aquellos momentos en Cajamarca en contra de las promesas y primera actuación de sus generales en el Cuzco, obró de la manera más cruel, ordenando la ejecución de todos los miembros de la familia de Huáscar: sus mujeres e hijos mayores e incluso los niños de corta edad.

El final de Atahualpa se hallaba, sin embargo, mucho más cerca de lo que él mismo podía sospechar. En efecto, por aquellas mismas fechas, Francisco Pizarro había desembarcado en Tumbez y se disponía a invadir el imperio de los incas. Enterado de las luchas entre Huáscar y Atahualpa, trató de aprovecharse de estas disensiones en beneficio de sus propios designios. Conociendo, sin embargo, la situación que se presentaba tras la prisión de Huáscar, trató de vencer rápidamente a Atahualpa con el fin de dominar brevemente a todo el imperio.

En vista de esta situación, Atahualpa quedó a la expectativa en Cajamarca, esperando por una parte a Huáscar que venía prisionero desde el Cuzco, y por otra esperando saber cuál era la actitud de Pizarro. Éste decidió ir directamente a Cajamarca y, en efecto, el 15 de noviembre de 1532 entraba con su pequeña hueste en la ciudad que había quedado prácticamente desierta, ya que Atahualpa con su ejército —40.000 u 80.000 hombres— acampaba en las proximidades. Tras la embajada que llevaron varios capitanes al Inca para que viniese a entrevistarse con Pizarro en Cajamarca, Atahualpa accedió, cayendo en la emboscada que le había tendido el español. Es así, pues, cómo factores muy diversos, entre los que la audacia de los españoles no era el menor, hicieron posible que en un instante todo un inmenso imperio cayese en manos de un puñado de españoles.

Al tiempo que Atahualpa era hecho prisionero por Pizarro, el Inca, temiendo que los españoles apoyasen a Huáscar, había ordenado secretamente que matasen a éste y a los oficiales que traían prisioneros hacia el campamento de Atahualpa. Con el fin de pagar su propio rescate ofreció llenar su celda con objetos de oro hasta una altura que apenas pudiese alcanzar un hombre, lo que al parecer pudo cumplirse, ya que de todos los confines del Imperio llegaron rápidamente grandes cantidades de oro para el rescate. Poco tiempo después, sin embargo, Atahualpa fue juzgado y castigado con la pena de muerte por toda una serie de crímenes más o menos reales y en virtud de una su-

puesta justicia cuyo objetivo era meramente político: decapitar el imperio, con lo que éste caía de un solo golpe en manos de los españoles.

e) Los últimos incas

Aunque en un primer momento los conquistadores españoles aparecieron ante buena parte de los grupos indígenas sometidos por los incas como verdaderos «libertadores», muy pronto la resistencia de los pueblos indígenas integrados en el imperio se intensificó y multiplicó, prolongándose a lo largo del siglo XVI y renovándose a partir del siglo XVIII. Quizás el primer intento de resistencia fue el acaudillado por el general Rumiñahui, que habiendo abandonado a Atahualpa en Cajamarca, ofrecería una feroz resistencia a los españoles en el reino de Quito hasta su captura en 1535.

Más al sur, en la región de Jauja, un ejército bajo el mando de Huallpa y Yua Paru sería obligado a retirarse hacia Cuzco donde se uniría al de Apu Kizkiz. Los españoles, utilizando con habilidad el enfrentamiento de los seguidores de Huáscar, entre los que se hallaba Manco Inca, su hermano, acabaron con la resistencia de Kizkiz. «Vemos de este modo que en el primer periodo de la resistencia a la invasión española, la lucha de las masas populares la encabeza aquella parte de la aristocracia incaica que apoyaba a la denominada *dinastia de Quito,* o sea la dinastía de Atahualpa y sus parientes. Los partidarios de la *dinastía del Cuzco* en este periodo se mantuvieron pasivos o colaboraron activamente con los españoles.»

Tras la muerte de Atahualpa los españoles trataron de apoyarse en los descendiente de Huáscar, de manera que Pizarro y Almagro echaron mano del «mayor de los sobrevivientes hijos de Huayna Capac, Tupac Huallpa, hermano menor de Huáscar, el que tanto trabajo se había tomado para evitar que Atahualpa lo hiciera asesinar a su llegada a Cajamarca. Pizarro organizó para este Inca títere una coronación en toda regla» (Hemming, 1982).

La resistencia quechua frente a los españoles se reanudó en realidad bajo Tisoc, tío de Manco Inca, quien encabezó el levantamiento en la región de Tarma y Bombón. Tras ese prematuro intento la rebelión de Manco Inca fue un hecho incontenible desde febrero de 1536 hasta que en 1544 fue asesinado en la zona montañosa de Vilcabamba donde se reproduce a pequeña escala el estado incaico.

Tras Manco Inca la resistencia estará dirigida por su hijo Sayry Túpac, y tras su muerte por Tito Cusi y por Túpac Amaru, igualmente hijos de Manco Inca. Este último sería decapitado por los españoles en 1572, cuarenta años después de la llegada de Pizarro al territorio del Tawantinsuyu.

3.3. *Organización social*

Durante los últimos veinte años los estudios relativos a la estructura y organización social de los incas han variado sustancialmente sobre lo que se conocía anteriormente. Han sido especialmente los estudios de R. Tom Zuidema (1964) y de Nathan Wachtel (1973) los que han hecho inclinarse la interpretación de estos temas desde un enfoque típicamente histórico hasta otro que cabe calificar de estructuralista. En los párrafos siguientes trataremos de sintetizar ambos puntos de vista de una manera coordinada.

a) La familia

La familia en tiempo de los incas estaba caracterizada por ser endogámica, patrilineal y poligínica o monogámica, según las circunstancias; no obstante tales categorías, como vamos a ver a continuación, deben matizarse convenientemente.

En función de que la sociedad incaica era de marcado carácter militarista y de que se hallaba sometida a una pérdida demográfica continua en razón de sus constantes acciones militares, el excedente de mujeres hacía no sólo permisible, sino aconsejable la práctica de la poliginia. Para que el grupo social estuviese bien integrado, sin embargo, por ser el matrimonio un factor, no solamente de carácter social, sino también de tipo económico, la práctica de la poliginia se hallaba reservada única o preponderantemente a las clases sociales mejor dotadas desde un punto de vista económico. En cualquier caso, entre las varias esposas que podía tener cada individuo se distinguía claramente la esposa principal, que era la primera, de las secundarias o concubinas. El único matrimonio sancionado por el Estado era el primero, y esa esposa no podía ser repudiada de ningún modo; no así las concubinas o esposas secundarias que se tomaban sin ningún ceremonial y de las que se podían desprender con igual facilidad. Al morir la esposa principal, el hombre podía tomar una segunda esposa principal, pero no podía elevar a ese rango a una de las concubinas. Por el contrario, las viudas, en general, no podían casarse de nuevo si tenían hijos, pero podían hacerlo libremente si carecian de ellos (Muñoz, 1966). La poliginia, pues, constituía esencialmente un motivo de prestigio entre los hombres, cuyo prestigio llegaba al máximo en el caso de los Incas, los cuales poseían a veces varios centenares de concubinas, cuya descendencia constituía la base del *ayllu* real o *panaca* de todo soberano.

Estando prohibidos los desplazamientos dentro del Tawantinsuyu, o siendo éstos muy limitados, el matrimonio debía ser fundamentalmente endogámico: aunque, como veremos luego, las reglas, que eran muy complicadas, tendían a evitar el incesto, pese a que el matrimonio entre hermanos estuviese consagrado en el caso del matrimonio principal del Inca. Entre los nobles se permitía el matrimonio entre medio-hermanos.

Aunque no hay acuerdo entre los cronistas, la edad para contraer matrimonio debió ser más bien temprana, según ocurre en casi todas las sociedades poco evolucionadas. No obstante, podemos dar cierto crédito a los autores que mencionan la edad de veinticuatro a veintiséis años para los varones y de dieciocho a veinte para las mujeres —Garcilaso—, si tenemos en cuenta que algunos hacen referencia a la existencia de matrimonios de ensayo, en los que los novios cohabitaban desde unos días o semanas hasta varios años, como paso previo a un matrimonio estable y sancionado por el Estado. Este tipo de matrimonio de ensayo, no significando la virginidad una virtud apreciable, constituía un motivo de prestigio para la mujer que demostraba así su capacidad de atracción para el hombre.

La ceremonia del matrimonio formal o principal era de carácter exclusivamente civil, no interviniendo el sacerdocio en ningún caso. En una época del año previamente acordada, el gobernador o un funcionario estatal verificaba tales matrimonios. Reunidos todos los jóvenes de ambos sexos en edad matrimonial formando dos filas, cada hombre señalaba a la mujer elegida, lo que respondía a un acuerdo

previo entre los jóvenes o entre sus familias; únicamente en el caso de dos rivales que solicitaban la misma muchacha, el funcionario decidía con quién debía casarse. Por último, aquellos que quedaban sin emparejar eran invitados a elegir esposa y en caso de no hacerlo, el funcionario señalaba la mujer que les correspondía, en cuyo sentido debemos considerar el matrimonio como *status* obligatorio tanto en el hombre como en la mujer.

Las concubinas o esposas secundarias podían obtenerse por sistemas diferentes: como obsequio del Inca, por herencia de un hermano muerto, las esposas que no hubieran tenido hijos de entre las concubinas de su padre, o como botín de guerra.

La ceremonia matrimonial del Inca coincidía con su elevación al trono, en cuya ocasión el soberano, ya entronizado, iba a la casa de su hermana, donde ésta le esperaba, ofreciéndole ricos vestidos, le calzaba una sandalia y al tiempo que le abrazaba le ofrecía cien mujeres para su servicio en tanto que *coya* o reina. Juntos se desplazaban entonces al *Coricancha,* donde el Sumo Sacerdote les ofrecía dos vasijas de chicha. Estas festividades de la boda y la entronización como emperador podían durar en la ciudad del Cuzco hasta dos o tres meses.

Aunque la mayor parte de los autores españoles del periodo colonial prestaron escasa atención a este aspecto de la sociedad, algunos como González Holguín nos proporcionan suficiente información acerca del parentesco como para que podamos formarnos una idea del mismo a través de las palabras utilizadas para designar esos nexos. Así como existen términos diferentes para designar al padre *(yaya)* o a la madre *(mama),* el padre podía distinguir al hijo de la hija, pero no así la madre, que utilizaba el término *niño* sin distinción de sexo. El término para designar a los primos y primas era idéntico al de hermano y hermana. De la misma manera, habiendo formas diferentes para designar al abuelo *(maco)* y la abuela *(paya),* sólo tenía un término para designar a los nietos *(haway).* El hermano del padre era llamado padre *(yaya),* mientras la hermana del padre era llamada tía *(ipa)* y similarmente la hermana de la madre era llamada madre *(mama),* mientras el hermano de la madre era llamado tío *(caca).*

b) El *ayllu*

La unidad básica de toda la organizacion social incaica, por encima de la familia, era el *ayllu,* el cual venía a ser como una extensión de la familia, o una subdivisión de la tribu. De esta agrupación se han dado numerosas definiciones. Para Valcárcel es básicamente una unidad económica caracterizada por el control de tierras y trabajo. Según Rowe, el *ayllu* inca era un grupo de parentesco con endogamia teórica, con descendencia por la línea masculina. Kirchhoff dice del *ayllu* que es un grupo permanentemente basado en una descendencia común, real o supuesta, de sus miembros, mientras Baudin afirma que estaba formado por todos los descendientes de un real o supuesto antecesor.

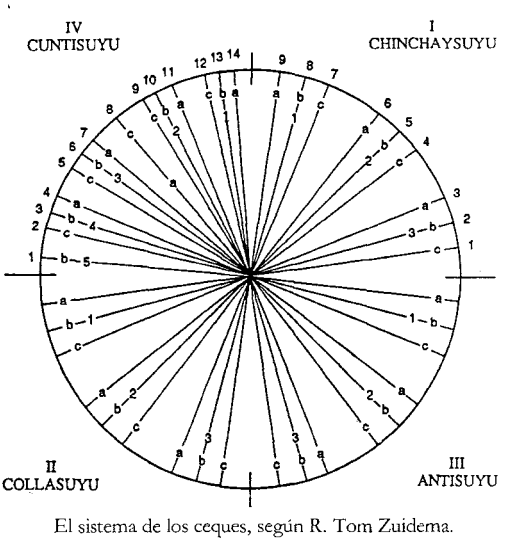
Esencialmente pues, el *ayllu* representaba una unidad de parentesco en la que los miembros se consideraban descendientes de un antepasado común. Tal parentesco, por otra parte, podía ser real —como en el caso de las *panaca*—, constituyendo, por consiguiente, un linaje propiamente dicho. Pero además, esta agrupación de parientes tenía una localización territorial estricta. La residencia era posiblemente patrilocal, todo lo cual debía contribuir a que se observase una marcada tendencia a la endogamia, si bien con las limitaciones que hemos mencionado.

La incorporación de este sistema social tradicional al imperio da, como consecuencia, el nacimiento de los llamados *ayllus* reales o *panaca.* El *ayllu* real está formado por todos los descendientes varones de un determinado inca, salvo el sucesor, quien a su vez crea un nuevo *ayllu* real. El culto a los antepasados, que es inherente al concepto de *ayllu,* se concreta en el caso de los *ayllus* reales en el culto a las *panaca.* La principal función de estas *panaca* era perpetuar la memoria y la momia de su fundador. La importancia que se daba al culto de las momias se deduce del hecho de que éstas fuesen reunidas en el Coricancha, como auténticas divinidades.

c) Estructura social

A partir del minucioso e ingenioso estudio de Zuidema (1964), en el que se aplica el método estructuralista a materiales históricos, podemos entender mejor la estructura social en la época de los incas. Para ello hay que tener en cuenta varios principios fundamentales: la tripartición, el dualismo y la división decimal. Esos principios, que tienen que ver fundamentalmente con la organización del espacio, se derivan de una primera descripción del mismo debida al padre Bernabé Cobo: la *Relación de los ceques.* Allí se presenta «una descripción de aproximadamente cuatrocientos lugares sagrados en el interior y alrededores del Cuzco, referente a peñascos, fuentes o construcciones que, por una razón u otra, tenían un significado particular en la mitología o en la historia inca. Estos sitios estaban repartidos en grupos. Cada grupo de sitios se concebía como dispuesto sobre una línea imaginaria, llamada *ceque;* se consideraba que todas estas líneas convergían al centro del Cuzco; el mantenimiento y el culto de los lugares dispuestos sobre estas líneas estaba asignado a determinados grupos sociales» (Zuidema, 1964.)

La organización del espacio entre los incas representa un modelo que se aplica de manera parecida a Cuzco y otras ciudades del Tawantinsuyo y a la totalidad del imperio en circunstancias particulares. Así Cuzco, como la totalidad del territorio, se dividía en cuatro partes o barrios: *Chinchaysuyu* al norte, *Collasuyu* al sur, *Antisuyu* al



El sistema de los ceques, según R. Tom Zuidema.

este, y *Contisuyu* al oeste. Esas cuatro partes en el caso del Cuzco corresponden a dos mitades: Cuntisuyu y Collasuyu corresponden a la mitad de abajo *(Hurin Cuzco),* mientras Chinchaysuyu y Antisuyu pertenecen a la mitad de arriba *(Hanan Cuzco).*

Si consideramos solamente la división del espacio en el Cuzco, entenderemos que cada barrio está dividido en tres secciones llamadas: 1) Collana, 2) Payan, y 3) Cayao. Cada sección a su vez se divide en tres ceques que se llaman de la misma manera que las secciones: a) Collana, b) Payan y c) Cayao. Hay que advertir que el barrio IV, Cuntisuyu, tiene cinco secciones en lugar de tres y que la colocación de secciones y ceques es diferente, de manera que en los barrios I y III el orden es según la marcha de las agujas del reloj, mientras en los barrios II y IV se ordenan justamente al revés.

Según Zuidema, en la ciudad del Cuzco había diez *panaca* y diez *ayllu.* «Las indicaciones de los cronistas son lo suficientemente concordantes como para poder atribuir en cada barrio a cada grupo de *ceque,* una *panaca* y un *ayllu.* Las *panaca* corresponden a los *ceque* Payan, los *ayllu* a los *ceque* Cayao, mientras que los jefes incas, fundadores de la *panaca,* están relacionados con los *ceque* Collana. Por lo tanto, las *panaca* de los cinco primeros Incas están situadas en II y IV y pertenecen a la mitad de Hurin Cuzco o Bajo Cuzco. Las panaca de los otros cinco Incas están situadas en I y III y pertenecen a Hanan Cuzco o Alto Cuzco» (Wachtel, 1973).

La endogamia y exogamia en la sociedad inca se impone a partir del principio de la tripartición, que se basa en los grupos llamados *Collana, Payán* y *Cayao. Collana* designa algunos endógamos de ego y a los antepasados de todos los individuos *collana* que forman parte de la parentela legal o descendiente de la esposa principal. El grupo de los *cayao* era aquel en el que los hombres *collana* elegían a sus esposas secundarias o concubinas. Finalmente, el grupo *payán* correspondía a los descendientes de los matrimonios secundarios de hombre *collana* y mujer *cayao.* Esta misma tripartición, desde un punto de vista jerárquico, está representando la situación cuzqueña, en el sentido de que los individuos *collana* equivalen a los incas dominadores: los *cayao* a los vencidos; y los *payán* tienen una naturaleza ambigua. Desde el punto de vista espacial, los *collana* se sitúan en el centro del Cuzco; los *payán* están en el interior de la ciudad, pero en torno al centro; y los *cayao* se hallan en los alrededores de la ciudad.

«Las relaciones exogámicas entre los tres grupos están, pues, reglamentadas por el modelo de matrimonio asimétrico con la prima cruzada matrilateral y los cambios matrimoniales están orientados en el sentido: Collana → Payán → Cayao» (Wachtel, 1973.)

Las atribuciones de cada barrio o parte del imperio a una de las clases antes mencionadas y a las mitades correspondientes sería en la forma siguiente:

Mitad de abajo HURIN CUZCO	Cuntisuyu IV	Chinchaysuyu I *Collana*	HANAN CUZCO Mitad de arriba
	Collasuyu II *Cayao*	Antisuyu III *Payán*	

Además de la bipartición o dualismo que se desprende de la existencia de las dos mitades en el Cuzco hay dos géneros de «oposiciones» que marcan también ese dualismo: de una parte Collana y Payán son parientes entre sí y se oponen a Cayao que corresponde a un grupo extraño y vencido; por otra parte, Collana representa a los incas, mientras Payán y Cayao son los no-incas. De esas oposiciones dualistas se desprenden consecuencias importantes, ya que «el grupo endógamo está compuesto por cuatro clases matrimoniales matrilineales, relacionadas por matrimonio asimétrico con la prima cruzada, hija del hermano de la madre y repartidas en dos mitades exógamas matrilineales» (Zuidema, 1964).

El tercer principio antes mencionado corresponde a la división decimal. Además de la agrupación de la población en diez *panaca* y diez *ayllu*, hay que considerar que los tributarios se organizaban en grupos de 10, 100, 1.000, 10.000 y 40.000 y sus correspondientes mitades, 50, 500, y 5.000. En cuanto al tiempo, Zuidema considera que la serie de diez soberanos reinaron durante cien años cada uno, y que cada una de las cuatro edades o «soles» anteriores a la de los incas había durado mil años.

La aplicación del sistema de relaciones de parentescos, según la interpretación de Zuidema, le lleva a presentar dos versiones de la «historia» de los incas, según la versión de Gutiérrez de Santa Clara las diez *panaca* habrían sido fundadas por un inca, Pachacuti, y nueve de sus parientes: cuatro de la parentela principal y cinco de la parentela secundaria. «En total los diez parientes representan cinco linajes: cada linaje está representado por dos jefes, uno que pertenece a la parentela principal y el otro a la secundaria. Además, estos cinco linajes están definidos de la manera siguiente: a uno pertenecía el bisabuelo de Pachacuti; a otro su abuelo; a otro su padre; a otro el mismo Pachacuti; y al último su hijo» (Wachtel, 1973).

Según la versión de Polo de Ondegardo y Acosta, habría habido dos dinastías contemporáneas correspondientes a Hanan Cuzco y Hurin Cuzco. Ambas versiones podrían resumirse en el siguiente cuadro simplificado por Wachtel:

Las clases y barrios según Zuidema	Los cinco linajes según Gutiérrez de Santa Clara	Jefes de Hurin Cuzco (Parentela secundaria de Pachacuti)	Jefes de Hanan Cuzco (Parentela principal de Pachacuti)
IV	Linaje del padre del padre del padre	Manco Capac (1)	Inca Roca (6)
III	Linaje del padre del padre	Sinchi Roca (2)	Yahuar Huacac (7)
II	Linaje del padre	Lloque Yupanqui (3)	Viracocha Inca (8)
I	Linaje de ego (Pachacuti) Linaje del hijo	Mayta Capac (4) Capac Yupanqui (5)	Pachacuti (9) Tupac Yupanqui (10)

Además de las divisiones mencionadas, la población del imperio se hallaba agrupada por el sexo y la edad. Tales divisiones eran variables según las regiones. En la provincia de Pacaxe, habitada por aymaras, se reconocían los siguientes grupos de edad: de 5 a 10 años, de 10 a 20 años, de 20 a 25, de 25 a 30, de 30 a 50 y de más de 50 años, o sea sobre la base de múltiplos de 5. En el valle de Chincha la agrupación se hacía sobre la base del número 4: de 1 a 4 meses, de 4 a 8 meses, de 8 meses a 1 año, de 1 a 2 años, de 2 a 4, de 4 a 6, de 6 a 8, de 8 a 10, de 10 a 12, de 12 a 16, de 16 a 20, de 20 a 25, de 25 a 40, de 40 a 50, de 50 a 60 y de más de 60 años. Es-

tas divisiones por edad correspondían principalmente a la población masculina. Entre las mujeres, las clases por edad eran menos importantes que la división entre aquellas que eran escogidas para ser educadas en los conventos *(aclla)* con el fin de ser esposas o concubinas de los nobles, de aquellas otras que eran rechazadas *(huasipascunas)*.

d) Las clases sociales

Si bien se puede hablar de una estratificación social fundamental, en la que los nobles y plebeyos son los dos extremos perfectamente marcados y separados, el número de las situaciones intermedias indefinidas o poco definidas es tal, que la división en clases sociales en la época incaica es materia poco aclarada hasta ahora.

Dentro de la organización imperial incaica resulta claro distinguir la nobleza real incaica del resto de la población. Esta nobleza estaba basada en el parentesco, en el sentido de que cada uno de los soberanos fundaba una nueva *panaca,* cuyos descendientes, salvo el nuevo heredero del trono, eran nobles por naturaleza y estaban unidos por vínculos de parentesco y afecto dentro del *ayllu* real así formado. El heredero de la realeza por sí mismo y por su matrimonio con una hermana carnal daba origen a una nueva *panaca,* y así sucesivamente. No es tan clara la situación y características de los nobles fuera de estos *ayllu* reales.

La nobleza de los *ayllu* rurales de los reinos sometidos por los incas iba unida a la categoría política o gubernamental, de modo que puede hablarse de los *curacas* y sus familiares como únicos nobles diferenciados en el campo, frente a la masa de plebeyos que constituía la comunidad gobernada por ellos. Es poco lo que se sabe en relación con el sistema de selección para el cargo de *curaca* y, por lo tanto, los sistemas de acceso a la nobleza por parte de los plebeyos. En cualquier caso, el sistema de parentesco en la época del imperio mantenía en el cargo a los miembros de la nobleza local tradicional, a la que el gobernador incaico confirmaba, pero a la que muy raras veces se rechazaba o sustituía. Tanto en el caso de la nobleza inca como en el de la nobleza rural el sistema patrilineal hacía recaer el cargo en los hijos o hermanos.

Los hijos de los *curaca* debían ir a residir durante uno o dos años en el Cuzco, o bien en la casa del gobernador inca de la provincia, de modo que en este tiempo se instruyesen suficientemente no sólo en lo que respecta al idioma quechua, que era desconocido para la mayor parte de ellos, sino en todos los múltiples detalles administrativos sobre los cuales funcionaba el imperio y que le iban a ser tan necesarios al ocupar el cargo de curaca en el futuro, ya que todo el sistema estaba basado en la existencia de tales jefes locales.

El *curaca* aceptaba muchas veces la esposa ofrecida por el Inca o el gobernador de entre muchachas escogidas de las que hablaremos luego, y aunque le estaba permitido tener otras varias esposas secundarias o concubinas, éstas no solían ser más de dos o tres. La sucesión entre los *curacas,* al igual que en el caso del Inca, no estaba reglamentada por ningún sistema específico. Todos los hijos tenían igual derecho a la sucesión en el cargo, pero era solamente el que demostraba tener una mayor capacidad el que llegaba finalmente a suceder a su padre. Aunque raras veces se llegaba a la destitución de un *curaca,* algunos documentos nos informan de las causas graves por las que podía llegarse a este extremo: desobediencia a las órdenes del Inca, rebe-

lión, negligencia en el envío de tributos o en los sacrificios obligados a los templos, o por haber empleado a los indios en su servicio personal, etc.

La nobleza incaica estaba constituida, según hemos visto, por los miembros de los *ayllu* reales o *panaca,* a los cuales llamaron los españoles «orejones» en razón de uno de sus atributos externos más sobresalientes: el de llevar pesados pendientes en las orejas, que les deformaban éstas extraordinariamente. Estos orejones recibían una educación especial a la que luego nos referiremos, y sufrían una serie de pruebas de iniciación, como la carrera al cerro Huanacauri, el tiro con arco y honda, etc., tras las cuales eran proclamados orejones y recibían una serie de distintivos —diadema de plumería, pectoral de joyas, etc.—, de los que el más notable era el de los pendientes. Estos orejones, que gozaban de numeros privilegios, entre los cuales el de poseer tierras, proporcionaban la base humana de todo el sistema administrativo, judicial, militar y religioso del imperio.

La diferenciación social de la mujer durante el imperio incaico se realizaba sobre bases totalmente distintas de las del hombre. La mayor parte de las mujeres o *huasipascunas* («muchachas descartadas») iban a ser las esposas de los plebeyos y como tales iban a trabajar en el hogar o en la agricultura de la comunidad, etc. Periódicamente, sin embargo, un funcionario estatal pasaba por cada una de las comunidades del imperio, para clasificar a las niñas en torno a los diez años de edad, seleccionando a aquellas que parecían más bellas. Estas *acllacunas* o «mujeres escogidas» eran enviadas a los conventos que había en las capitales provinciales o cabeceras de circunscripciones territoriales, donde, durante cuatro años, recibían una educación fundamental en lo que podríamos llamar «ciencia doméstica»: hilado, tejido, culinaria, fabricación de chicha, etc., y en conocimiento y práctica religiosa. Algunas de estas mujeres eran seleccionadas a su vez para ser sacrificadas en los templos, pero la mayor parte de ellas eran entregadas al soberano, quien escogería de entre ellas algunas que pasarían a ser sus concubinas, dejando las demás para los nobles u orejones y para los curacas locales. Las restantes muchachas escogidas eran consagradas a partir de entonces al servicio del Sol, convirtiéndose en *mamacunas* o «vírgenes del Sol», con voto de perpetua castidad. Estas mujeres residían en conventos especiales o quedaban adscritas al servicio de los diferentes templos del Sol, encargándose de la fabricación de las telas utilizadas por los sacerdotes o de la chicha necesaria para las festividades religiosas. Las *acllacunas* entregadas por el Inca como esposas principales de nobles o curacas no podían ser repudiadas nunca; no así las concubinas que procedían del grupo de mujeres «no escogidas».

Las hijas de los nobles formaban parte de las «mujeres escogidas», siguiendo el mismo sistema educativo que las demás, pero hacia los dieciocho años salían de los conventos para contraer matrimonio con un joven de su mismo rango social. Sólo en circunstancias especiales podía concederse que un muchacho de rango social inferior contrajera matrimonio con una joven de sangre imperial: tal es el caso argumental del drama *Ollantay.*

Finalmente, el caso de los *yanaconas* es uno de los más interesantes. No es fácil una definición de su estatus social, ya que si en cierto sentido pueden ser considerados como esclavos, en otros aspectos podría entenderse que formaban parte de una clase escogida.

Como en otros aspectos, el problema de los *yana* debe ser enfocado de manera diferente, según se trate de la organización estatal o los señoríos étnicos. En algún caso parece que estos *yana* estuviesen especializados en el cuidado y manejo de los

ganados de las comunidades. En cualquier caso, parece que eran hereditarios, pero sólo si eran «aptos» para el trabajo que deberían realizar. Murra ha estudiado el tema a partir de nuevas evidencias relativas a los *uru,* los *chinchasuyu* y los lupaqa (Murra, 1965).

3.4. *Organización política y administrativa*

Es sumamente difícil definir y clasificar al Estado inca dentro de una sola categoría, ya que participaba a la vez de características muy diferentes. Era monárquico o diárquico por poseer una o varias cabezas rectoras del mismo; teocrático, por proceder ese poder de una generación divina y por ser la clase sacerdotal un grupo privilegiado dentro de la organización estatal. Por otra parte, muchos autores han clasificado a los incas como *socialistas, feudales,* o *totalitarios.* Por último, la calificación de ese Estado puede ser absolutamente diferente —despótico o protector y paternal—, según que la intención sea crítica o apologética. En realidad, no parece que todo ello sea importante. «Lo que necesitamos es hacer un nuevo examen de las evidencias a la luz de lo que la antropología ha logrado en las últimas décadas, a base de trabajos de campo en sociedades precapitalistas estratificadas, particularmente en el Pacífico y África» (Murra, 1958).

El origen del Estado inca ha preocupado desde hace mucho tiempo a los especialistas. Aunque la transición entre el nivel de las «jefaturas» a los estados se había producido en fechas tempranas en el área andina y especialmente en el área andina central, en la región del Cuzco, y en concreto en el caso de los incas, se produjo muy probablemente en los comienzos del siglo xv (Schaedel, 1978). El predominio de la jefatura inca sobre las demás de la región debió basarse, según María Rostworowski (1978), en la aplicación de los principios económicos y de relación social que se conocen como sistema de redistribución y de reciprocidad asimétrica. Los triunfos militares sobre los chanca debió animar a otros varios grupos de la región a entrar en el juego de la reciprocidad, en la que esperaban recibir más que entregar, ya que la protección militar ejercida por un grupo tan agresivo y militarista como los incas bien valía la entrega de bienes materiales que se iban a acumular en los nacientes sistemas de almacenamiento. El sistema redistributivo de los incas correspondía, por otra parte, a un sistema tradicional en los Andes, el de la *minka,* por el que las prestaciones de trabajo eran recompensadas mediante alimentos y bebidas, antes, durante y después de la *minka.*

El crecimiento del poderio de la jefatura inca se produjo, naturalmente, como consecuencia de las conquistas militares: territorio y bienes, y como consecuencia de la dependencia de otras jefaturas de menor capacidad militar que solicitaban protección a cambio de entregas de bienes y trabajo.

a) El Inca

A la cabeza del Estado se hallaba, según hemos dicho, el Inca, «rey», «emperador» o soberano supremo, que si en un principio era el jefe de la tribu incaica, muy pronto se iba a convertir en el monarca de un vasto imperio. Su poder procedió directamente de la divinidad, el Sol, Inti, del cual descendía también en sentido mito-

lógico de un modo directo, ya que Manco Capac y Mama Ocllo eran hijos del Sol y progenitores de todos los incas. De ahí que toda su presencia física y el ceremonial que les rodeaba estuviesen caracterizadas por la magnificencia. El Inca iba vestido con una larga túnica sin mangas que le llegaba hasta las rodillas, sobre la cual llevaba una capa ancha y larga que se anudaba sobre el pecho o sobre un hombro, pasando por debajo del otro brazo. Túnica y capa, como todas las telas que utilizaba el Inca, eran de la más fina lana de vicuña y sus sandalias estaban también confeccionadas con una muy fina lana blanca. Las insignias del poder eran múltiples. La más común era la *mascapaicha* o trenza multicolor enrollada varias veces alrededor de la cabeza, por encima de la frente y de la que colgaba el *lautu* o franja roja con pequeños tubos de oro. Por encima de la trenza o *mascapaicha* llevaba tres plumas negras y blancas del pájaro sagrado *coriquingue*. Al igual que los nobles, sus orejas estaban deformadas por el uso de grandes orejeras de oro. Para las grandes ceremonias usaba también un cetro, largo como una alabarda o una macana o maza estrellada de oro y un escudo de cuero, adornado con el signo imperial.

De acuerdo con las descripciones e ilustraciones reproducidas por los cronistas, estos signos o escudos imperiales fueron diferentes para los distintos incas: el de Sinchi Roca fue un halcón; el de Capac Yupanqui, un cuadrúpedo, un pájaro y una serpiente; el de Inca Roca, un pájaro; el de Pachacuti, un arco iris y dos serpientes; el de Atahualpa, un halcón entre dos árboles o dos serpientes y un puma bajo un arco iris, etc.

Su propio nombre tenía casi siempre un carácter laudatorio: *inchi* era equivalente a «jefe» o «caudillo»; *capac* = «señor»; *yupanqui* = «memorable»; *huayna* = «joven». Comía en vajilla de metales preciosos —plata u oro—; dormía sobre colchón de algodón, cubierto con mantas de lana de llama o de vicuña y se rodeaba en todos sus actos, ordinarios o extraordinarios, de un riguroso ceremonial. Al igual que el *tlatoani* de Tenochtitlan, todo aquel que se presentaba ante él debía ir descalzo y con los ojos bajos, sin osar mirarle cara a cara y era trasladado, casi siempre en litera, para que sus pies no tocasen nunca el suelo.

A pesar de la exposición «histórica» y secuencial de los soberanos incas que hemos hecho en páginas anteriores, debemos volver al tema para analizar lo que está siendo debatido actualmente: la diarquía o la estructura dual del poder entre los incas.

Ya vimos igualmente en páginas anteriores que el análisis estructural de Zuidema de la sociedad inca parecía aconsejar la existencia simultánea de los jefes de *Hurin Cuzco* y los de *Hanan Cuzco*. Retomando el tema, Duviols (1979), tras hacer un análisis detallado de los textos de Polo de Ondegardo y José de Acosta, define una secuencia doble de los jefes o soberanos de Hanan Cuzco y Hurin Cuzco:

Hanan		*Hurin*	
Inca Roca	1		Sinchi Roca
Yahuar Huaca	2	2	Capac Yupanqui
Viracocha	3	3	Lloque Yupanqui
Inca Yupanqui			
Pachacuti	4	4	Mayta Capac
Tupac Yupanqui	5	5	Tarco Huaman
Tupac Yupanqui II	6	6	Hijo
Huayna Capac	7	7?	D. Juan Tambo Mayta
Huáscar	8	8?	D. Juan Tambo Mayta

El mismo Duviols hace un examen de la mayor parte de los cronistas de la primera época para comprender cómo, cuándo y por qué se llegó a adoptar la secuencia continuada de los señores de *Hurin Cuzco* en primer lugar y después de *Hanan Cuzco,* centrando toda la explicación en una frase de Cieza de León en la que el cronista dice: «Y aún algunos indios quisieron decir que el un Inca había de ser uno de destos linajes y otro del otro; *mas no lo tengo por cierto.*» La incomprensión de los españoles y en especial de Cieza por un sistema de gobierno de carácter dual, pues, sería responsable de la amplia difusión de un sistema monárquico, a la manera europea; por otra parte, los intereses personales de los miembros de la nobleza incaica en las primeras décadas del gobierno español tendió a ocultar esa diarquía incaica.

Pese a los indicios acumulados, «la investigación en torno al funcionamiento de la diarquía es difícil por falta de información y lo confuso de las fuentes. No se trata sólo de poner en una lista doble, por un lado los incas de *Hanan* y por otro los de *Hurin*» (Duviols, 1979). «Nada indica que se nombrara simultáneamente en cada ocasión a los dos Incas. Tampoco existe semejante tradición entre los curacas» (Rostworowski, 1983).

Esta misma autora ha sugerido que el gobierno cuzqueño pudiese responder al sistema cuatripartito, al menos a partir de las reformas de Topa Inca Yupanqui, quien al crear los cuatro grandes *suyu* del imperio, gobernados por los *Capac* (= señor rey), creó en realidad lo que Santillán llama un «consejo real», pero que pudo ser en realidad un gobierno de cuatro: Capac Achachi, Capac Larico, Capac Yochi y Capac Gualpaya. Como dice textualmente María Rostworowski, «si bien los mencionados cronistas se refieren a la existencia de un consejo formando un todo aparte del soberano, es factible que el propio consejo fuese el sistema de poder en el Incario. En otras palabras, el *Capac* de Chinchaysuyu o *Sapan Inca* tenía la autoridad máxima y era el personaje de mayor jerarquía en el Tahuantinsuyu. Su "segunda persona" pertenecía al señor de Antisuyu, mientras en Hurin Cuzco el Villac Umu o sacerdote del Sol tenía el más alto rango en el Cusco bajo seguido por un personaje del cuarto suyu».

Es mucho, como podemos apreciar, lo que queda por investigar en el terreno del gobierno de los incas para llegar a tener la lista de aquellos gobernantes: muchos de ellos fueron silenciados y probablemente nunca podremos llegar a conocer con precisión cuál fue la sucesión completa de los miembros dobles o cuádruples del gobierno inca. El tema está abierto y probablemente el futuro nos permitirá conocer mejor el funcionamiento de ese gobierno.

Otro importante problema, probablemente relacionado con el sistema de gobierno al que acabamos de referirnos, es el de la sucesión. Fue María Rostworowski (1960) también quien se refirió más tempranamente a este tema. «La transmisión de poder entre los curacas en tiempos prehispánicos no se efectuaba forzosamente de padres a hijos. El criterio que prevalecía era escoger el *más hábil* entre los posibles candidatos, ya fuesen *hermanos* del difunto cacique, el hijo de la hermana o también un hijo» (Rostworowski, 1983). Los datos acumulados por la autora sobre sistemas de sucesión en los curacazgos del imperio, en muy diversas regiones dentro del Tawantisuyu, prueban que dominaban la sucesión del hermano o del hijo de la hermana, y si consideramos que el Estado Inca se constituye tardíamente y surge de un curacazgo como tantos más comprenderemos que en el caso incaico la sucesión fue muchas veces más una elección que una herencia, ya que el propio Garcilaso, a pesar de insistir en la primogenitura, indica que la elección recaía en «el hijo más querido de sus súbditos».

Es bien sabido que las sucesiones que relatan los cronistas para la mayor parte de los Incas llevaron consigo luchas que en ocasiones llegaron a dividir el imperio en dos partes. En esas luchas han debido desempeñar un papel importante las *panaca* o *ayllu* reales, y aun el mayor o menor peso que tuviesen las *coyas* y concubinas del soberano muerto, quienes apoyarían a sus hijos como candidatos a la sucesión.

Si tomamos como ejemplo la lucha por la sucesión más famosa de cuantas conocemos, la lucha entre Huáscar y Atahualpa, podremos entender algo del mecanismo interno de estas peleas. «De acuerdo con la visión europea, tenemos a los dos últimos incas, ambos hijos de Huayna Capac, luchando por destruirse. Desde este punto de vista resulta completamente incomprensible por qué los generales de Atahualpa quemaron la momia de Tupa Yupanqui y se nos escapan los motivos que los llevaron a semejante venganza [...]. En cambio, si los mismos hechos se aprecian con la visión andina, su significado es otro. A través de Raura Ocllo, Huáscar pertenecía al linaje de Tupa Yupanqui, o sea de *Capac Ayllu,* mientras Atahualpa por su madre Tocto Coca era del linaje de *Hatun Ayllu* de Pachacutec. Como era costumbre en el Cusco, durante las pugnas entre los candidatos cada uno se unía a su respectiva panaca materna. Dicho en otras palabras, las luchas fratricidas en lugar de tener un aspecto regional de norte contra sur, como se ha gustado interpretarlas, lo eran entre linajes reales, o sea entre panacas» (Rostworowski, 1985).

Con el fin de evitar, al menos en parte, estas luchas por el poder a la hora de la sucesión, se estableció la costumbre de elevar al hijo que debía suceder al soberano a la categoría de cogobernador, entregándole gran parte de los poderes aún en vida de su padre, si bien en muchas ocasiones el hijo primeramente elegido fue sustituido a última hora por otro de sus hermanos. Es posible también que tuviese esa finalidad la costumbre de casar al sucesor con su hermana, de modo que se fortaleciesen así los derechos de sucesión de los hijos de la *coya.*

El ceremonialismo que presidía todos los actos en que intervenía el Inca se hacía verdaderamente esplendoroso en los momentos de mayor importancia; tal, por ejemplo, la coronación y el entierro del Inca. El acto de la coronación se realizaba en la gran plaza central del Cuzco, sobre un estrado y en presencia de las imágenes de numerosos dioses, y sobre todo de todas las momias de los soberanos antepasados, que se sacaban del Coricancha en esa ocasión. Los jefes y *curacas* de todas las provincias el Tawantinsuyu llegaban portadores de regalos, de los más apreciados por el Inca: los que procedían de la costa traían conchas, cerámica y ricos tejidos; los del altiplano, vestidos de lana de vicuña, armas y sandalias; los de la región selvática, plumas, coca y plantas aromáticas. Durante diez días el heredero permanecía, ayunando y en oración, en el palacio. Trasladado a la gran plaza del Cuzco, esperaba allí a su padre, el Inca reinante, quien se quitaba su propio tocado con el lauto y se lo imponía a su hijo, dándole al mismo tiempo el nombre que como Inca supremo llevaría desde entonces, rindiéndole homenaje como a tal, bebiendo chicha y arrodillándose ante él. Antes y después de esta ceremonia se realizaban sacrificios de llamas, coca, mullu, y a veces niños, en el templo del Sol.

La muerte del Inca era una nueva ocasión para dar paso al brillante ceremonialismo incaico. Al inca muerto, que era conducido como en vida, en una litera, le seguía su hijo, el nuevo Inca reinante, adornado con vestidos de lana de vicuña blancos y grises, así como todas las concubinas, con los cabellos cortados en señal de duelo, llorando, lamentándose y fustigándose con plantas punzantes y golpeando rítmicamente tamboriles en señal de duelo. El cuerpo del soberano era embalsamado

para pasar a ser una especie de ídolo familiar al convertirse en progenitor de su propio *ayllu* o *panaca*. Sacrificios de llamas sobre todo, pero también de seres humanos: mujeres, servidores, niños y amigos, en el Coricancha, rubricaban este acto solemne. Durante el año que seguía a la muerte del Inca, ciertos días servían para realizar actos y ceremonias en recuerdo del difunto.

Las actividades desarrolladas por el Inca eran múltiples: viajes de inspección por el territorio del imperio, trabajos públicos, edificación de palacios y fortalezas, organización y dirección económica de todos los territorios del imperio y sobre todo las empresas militares llenaban por completo la vida del soberano. Los viajes de inspección, que en ocasiones se complicaban con acciones militares de carácter local, se prolongaban a veces varios meses e incluso un año o más, en cuya oportunidad, la administración del Cuzco, o los otros asuntos del Imperio, recaían sobre la *coya* que sustituía al soberano en sus funciones. Durante esos viajes, así como para trasladarse de un lugar a otro en la misma ciudad del Cuzco, el Inca utilizaba siempre una litera, llevada habitualmente por porteadores que pertenecían a la tribu de los rucanas.

Entre las diversiones del Inca, la caza era una de las preferidas. En determinadas regiones de cada provincia la caza estaba reservada al Inca y la nobleza. Multitud de indios acosaban a los animales para que el Inca pudiese cazar con comodidad, pero cuidando siempre de dejar en libertad a las hembras, practicando así el principio esencial de la defensa de la caza, al proteger la vida de las hembras y, por lo tanto, de su descendencia.

Cada nuevo Inca construía su propio palacio, que sería el lugar de residencia del *ayllu* real o *panaca* fundada por él. En este palacio había recámaras especiales para el propio Inca y la *coya*, para las concubinas, los servidores y la guardia. Los *chasquis* tenían unas dependencias aparte, pero próximas al edificio principal, y más lejos estaban los depósitos de alimentos, chicha, tejidos y para la guardia que custodiaba estas riquezas.

La alimentación del Inca, en contraste con la de los plebeyos, era sumamente rica y variada. El maíz cocido y reducido a harina era, como para el resto de la población, junto con la patata y algunos otros productos, la base de su sustento. Las habas y porotos se solían tomar cocidos y aderezados con sal y pimienta. El chuño era la forma más común de preparar la patata: seca, triturada y mezclada con agua, sal y pimienta, constituía uno de los alimentos preferidos por los incas en general. En la misma forma se preparaba la *yuca* y la *oca*, y con granos de *quinoa*, *achita*, etcétera, transformados en harina, se hacían sopas con otras legumbres y féculas. Las carnes más apreciadas por el Inca eran las de llamas de menos de tres años y de vicuñas de menos de dos años. Y además constituían manjares apreciados los patos salvajes, las perdices de la puna y los peces y mariscos de la costa del Pacífico que, como tributo, obsequio, regalo u ofrenda, llegaban constantemente al Palacio de todos los rincones del país.

b) Los funcionarios

El complicado sistema económico-administrativo del imperio incaico hizo necesario el empleo de una burocracia cada vez más numerosa. Estos puestos eran cubiertos principalmente por los miembros de la aristocracia: miembros de las *panaca* y «orejones», pero muy pronto se hizo necesario utilizar a la nobleza local y elevar a

esa categoría a otra serie de gentes que demostraban su capacidad de mando en la milicia o en otros trabajos.

Utilizando los vocabularios de fray Domingo de Santo Tomás y González Holguín, María Rostworowski (1978) ha descrito los diferentes escalones de la administración incaica: «Un gran número de pequeños jefes formaban la primera estratificación de la sociedad; cada aldea o pueblo tenía su *Llactayoc Apu* (González Holguín). Ellos a su vez estaban supeditados al *Curaca Señor principal de vasallos* (González Holguin). Varios de estos Curacas, unidos por lazos de parentesco y étnicos, eran gobernados por un *Gran Señor, Hatun* o *Akapac Curaca* (González Holguin)».

Con el fin de procurar una *incanización* progresiva y rápida, los hijos de los curacas locales iban a residir o bien en el Cuzco, donde eran educados junto con los demás hijos de los nobles incas, o bien en el palacio del gobernador inca, de modo que sirviesen por una parte como rehenes, para asegurar la fidelidad de los señoríos recién incorporados al imperio, y por otra, para que se adiestrasen en el conocimiento del idioma quechua, de la religión, del sistema de cómputo y estadística de los *quipus* y de la historia incaica.

Tanto los «orejones» como los *curacas* locales gozaban de una serie de privilegios entre los que se contaba el uso de literas para su transporte personal, vestidos de telas finas, uso de quitasoles, esposas secundarias o concubinas y servidores o *yanaconas* que se hallaban directamente a su servicio, aunque no se podían considerar como verdaderos esclavos.

Guamán Poma de Ayala decía que el imperio estaba gobernado por los *quipus,* y, en efecto, gran parte del complejo sistema administrativo incaico se basaba en la obtención de una información estadística de lo más exacta posible, lo que era consignado y trasmitido gracias al uso de los *quipus.* Es así como se podía conocer en un momento dado cuál era la población según sexo, edad, clase, etc., desde una pequeña aldea hasta la totalidad del imperio, pasando por las pequeñas circunscripciones, reinos, provincias y *suyus,* de la misma manera a como se conocía la producción de las diversas materias que debían ser distribuidas por la administración central, con vista a que toda la población tuviese un bienestar semejante. El manejo de estos datos estadísticos, así como la aplicación práctica de las órdenes recibidas del Cuzco en cuanto al envío y transporte de los productos de una región a otra, era de competencia de toda esta serie de funcionarios administrativos que, a escala mayor o menor, mantenían unido el imperio por una densa red de comunicaciones interrelacionadas.

Toda la población del Tawantinsuyu se agrupaba de acuerdo con un sistema aproximadamente decimal (Wedin, 1965). Los grupos más pequeños eran las *decurias* o grupos de diez familias o diez hombres entre veinticinco y cincuenta años y las *decurias superiores* o grupos de cincuenta familias. Estos grupos tenían como jefe a plebeyos distinguidos que eran designados por el *curaca* superior, cuyo cargo no era hereditario. Las *centurias,* las *centurias superiores* (500 familias) o los grupos de 1.000, 5.000 ó 10.000 familias o cabezas de familia estaban mandadas por los *curacas* o antiguos miembros de las familias nobles de cada región, tribu o provincia, cuyo cargo si era hereditario, y aunque tenía que ser confirmado por el Inca, esta confirmación era prácticamente automática. Por encima de estos grupos se hallaban ya los *suyus,* cuyos jefes formaban el consejo de gobierno al que nos hemos referido antes.

Esta división decimal de la población debemos entenderla en un sentido aproximado, ya que hubiera sido totalmente imposible agruparla de un modo exacto. «Parte de la confusión surge de que el método decimal con cifras redondeadas, usado por

la burocracia cuzqueña, no podía corresponder a las realidades demográficas ni a las de poder. Los asentamientos rurales, aun cuando su población fuera trasladada por mandato administrativo, no pueden alinearse con ningún orden decimal. Por ejemplo, el señor de una aldea o de un valle trabajará en las chacras con sus familiares, mientras otro, responsable de un grupo étnico de igual tamaño, no lo hará, según las normas culturales que imperen en la localidad» (Murra, 1958).

La relación jerárquica así establecida hacía que un determinado *curaca* se relacionase directamente con sus subordinados y con su inmediato superior, pero escasamente con los de su misma categoría, constituyendo una organización de carácter piramidal. Finalmente, los *tucuiricuc* («los que lo ven todo») o inspectores, vigilaban el buen funcionamiento de todo este engranaje y comunicaban sus informes a las jerarquías superiores del imperio de manera que el comportamiento no correcto de algún *curaca* era castigado con la destitución, lo cual, si no se producía con frecuencia, podía producirse en cualquier momento, siempre que las faltas del curaca fuesen graves.

Para mantener el equilibrio necesario en la población, la circulación de ésta fuera de su circunscripción estaba estrictamente prohibida, y para hacer más seguro el control, cada población tenía un distintivo en su indumentaria que la identificaba a simple vista. Así, los collas del lago Titicaca, se distinguían de los demás por usar bonetes de lana; los huancas del norte de Cuzco usaban turbante negro; los de cajamarca llevaban un delgado cordón en torno a la cabeza, etc. Durante la Colonia los distintivos fueron generalmente diferentes tipos de montera, lo que ha pervivido hasta nuestros días.

En algún caso, sin embargo, el Estado ordenaba el desplazamiento de grupos enteros de población en su propio interés. Éstos eran lo *micmacs* o *mitimaes*. Tales grupos desplazados por orden real lo eran con fines sociales, políticos, religiosos o económicos. En muchas ocasiones, tras la conquista de un nuevo señorío, se trasladaba a él un grupo de población de habla quechua y cultura inca, para controlar políticamente a la población recién incorporada, al tiempo que cierto número de individuos de esa nueva población iban a convivir con los incas en la población de donde procedían los mitimaes que ellos habían recibido. Aunque el sistema de control de diferentes pisos ecológicos, al que nos referiremos luego, no es un sistema exclusivamente inca, podemos considerar que las personas desplazadas para ejercer tal control económico pueden ser consideradas como mitimaes.

Hay que mencionar también desplazamiento de poblaciones, desde lugares donde la densidad demográfica así lo aconsejase, o con fines de defensa militar, de protección a santuarios, etc. En cualquier caso los mitimaes eran agentes de aculturación que aseguraban la expansión del quechua y de la cultura inca, garantizando así la asimilación e integración de los pueblos conquistados al cuerpo social y político del Tawantinsuyu.

c) El ejército

El militarismo, que ya había tenido un notable desarrollo entre algunos pueblos peruanos en la etapa clásica, va a cobrar una importancia extraordinaria en esta última etapa de la cultura andina, gracias a la entrada en la escena histórica del pueblo inca. En gran medida, la organización de la población en un sistema quinario-

decimal tenía su razón de ser precisamente en función de su utilidad en relación con la organización militar. Todos los hombres aptos para la guerra, entre veinticinco y cincuenta años, eran incorporados al ejército, total o parcialmente, presentándose así en unidades locales, tribales y regionales, que daban una gran cohesión a los grupos de guerreros, estimulando su espíritu de emulación en el combate.

La jefatura del ejército estaba también en función del sistema organizador descrito, quedando reservado a los incas los puestos más elevados en la escala militar. La jefatura suprema la ostentaba generalmente el propio Inca, o su sucesor elevado ya al cargo de cogobernador, pero otras veces eran generales distinguidos los que dirigían una determinada campaña. En estos casos, además de los distintivos propios de su rango, el jefe del ejército era transportado en litera y llevaba en su mano el *suntur paucar* o insignia de comandante. Cuando el jefe del ejército era el propio Inca, llevaba el *oriflama* o estandarte de algodón con el escudo personal y a veces se hacía acompañar de un ídolo que era llevado por una guardia de honor especial, encargada de su protección. «Cuando los Incas daban rangos y funciones militares a los *curacas* permanecían éstos todavía bajo el control directo de comandantes de origen noble. Todas las tareas realmente responsables, tales como la exploración y el espionaje, eran confiadas solamente a hombres de sangre incaica. Igualmente en las batallas, las tareas particularmente arduas, tales como los ataques a las bien defendidas fortalezas de las montañas eran asignadas a destacamentos compuestos exclusivamente por los incas. De esta manera los incas formaban el sostén real del ejército imperial» (Bram, 1977).

La disciplina militar era extraordinaria y los hombres no podían salirse de sus filas ni siquiera mientras durase la marcha de aproximación. Sin embargo, el combate mismo era, como en la mayor parte de los pueblos de su mismo desarrollo cultural, extremadamente desordenado, de cuerpo a cuerpo y de carácter individual.

El gran éxito del ejército incaico consistió, sin embargo, en la organización de su aprovisionamiento. Por una parte, los caminos, que atravesaban todo el territorio, permitían la concentración del ejército y la marcha de éste en una determinada dirección en relativamente poco tiempo; por otra parte, la existencia de *tambos* a lo largo de esos caminos con depósitos de armas y vituallas aseguraban el mantenimiento de grandes masas de soldados en esas circunstancias. Cuando se sobrepasaban las fronteras del Tawantinsuyu, multitud de reatas de llamas aseguraban un constante y regular aprovisionamiento del ejército en armas y alimentos, lo cual permitía un esfuerzo continuado en la dirección de la penetración.

Otra causa del éxito de los ejércitos de los incas fue, sin duda, la táctica y la estrategia utilizados. Los movimientos envolventes, el ataque por la retaguardia, las falsas retiradas y las estratagemas de todo género no eran desconocidas de los incas, y en el combate mismo los generales o el propio Inca sabían distinguir con facilidad la situación del jefe y los ídolos del ejército enemigo, de modo que en esa dirección desataban el ataque principal, y así, una vez hecho prisionero el jefe enemigo, o en su posesión la imagen de los dioses de aquellos, quedaba desbaratada la resistencia y obtenían fácilmente la victoria.

El arma típica de las tropas incas era la *estólica,* o lanzadardos, frente al arco y la flecha, cuyo uso era propio de las tribus selváticas, que formaban parte del ejército incaico. Arma arrojadiza de gran importancia eran la *honda,* que consistía en una larga banda de hasta dos metros de longitud de lana o de fibras trenzadas, con la cual conseguían impactos de gran precisión a distancias considerables. Como armas de

ataque directo y contundente poseían la *maza* o rompecabezas de forma esférica o estrellada, realizada en piedra o metal, y la *macana* o palo de madera de filos cortantes y gran peso que era manejada con ambas manos.

En cuanto a las armas defensivas o de protección, usaban armaduras de algodón acolchado, cuya ligereza y resistencia les hacía caminar y desenvolverse con soltura, quedando protegidos suficientemente. Llevaban en la cabeza yelmos de madera o de caña trenzada y se cubrían la espalda con corazas de tablillas de madera. En la mano llevaban otros escudos más pequeños, de forma circular o rectangular recubiertos generalmente de piel y decorados con algún adorno de color.

La guerra efectiva era precedida por una actividad diplomática importante en la que los enviados del Inca mostraban a los jefes de la tribu o señorío que se iba a atacar la conveniencia de incorporarse pacíficamente al imperio: aludían a las ventajas que esa incorporación podía representar para su pueblo, al mismo tiempo que amenazaban con el peso del ejército, si no accedían a una anexión pacífica.

Tras la etapa diplomática, el espionaje iba revelando la posición y cuantía de las tropas enemigas, los puntos de mayor resistencia, los centros de aprovisionamiento y la importancia y solidez de las alianzas establecidas por el enemigo. Finalmente, antes de entrar en combate se requería de una preparación que llamaríamos de carácter mágico-religioso, en la que por medio de ayunos, plegarias, sacrificios y consultas a los *augures* se propiciaba el éxito de la campaña, pidiendo la protección de los dioses en aquella empresa.

«Carácter puramente militar o bélico tenían las demostraciones preliminares o previas a la guerra, o al comienzo de las campañas, así como las medidas que tomaban para amedrentar al enemigo durante el combate. Los alardes, pues este es el verdadero nombre, nos los describe Murúa del modo siguiente: "... salió Huascar Ynga en sus andas a ver a sus soldados y escuadrones y la orden que tenían y viéndole tocaron luego infinidad de instrumentos militares que en las batallas suelen usar, de bocinas, flautas, caracolas y huesos..."» (Ballesteros, 1969).

Con el rostro pintado de rojo o negro para causar mayor horror a los enemigos comenzaba el ataque, primeramente ordenado, yendo en primer lugar los honderos y tras ellos los arqueros y los que manejaban la estólica, pero una vez que habían lanzado todas sus armas arrojadizas el orden general se descomponía en un sinfín de combates individuales, muy desordenados y cuyo resultado era muy diverso.

Además de los factores que hemos mencionado, como contribuyentes al éxito de las empresas militares incaicas, el mayor éxito de los incas estaba asegurado por su actitud de respeto a los vencidos. Las crueldades y la rapiña eran evitados en primer lugar con el mayor cuidado. No se trataba al enemigo como vencido, sino más bien como gentes hermanas incorporadas al Imperio, y, en consecuencia, se hacía todo lo posible para que esta incorporación se hiciese efectiva lo antes posible. Muchas veces el jefe local continuaba en su puesto de mando como *curaca* confirmado por la administración inca. Se construían edificios oficiales y se les enseñaban las artes y artesanías incas, la agricultura de plantas a veces desconocidas o poco cultivadas y se llevaba la ganadería de las llamas.

El fin de una campaña militar, sin embargo, constituía el momento de triunfo de los incas que era celebrado de muy diversas maneras, pero que siempre representaba la glorificación del vencedor. El Inca era enormemente generoso con aquellos que habían intervenido en el combate, especialmente con los nobles, capitanes y generales de su ejército. A éstos les obsequiaba ropas de muy fino tejido, esposas secunda-

rias de entre las «escogidas» y ascensos en su función administrativa o en su situación militar.

El regreso del ejército triunfador al Cuzco era siempre un acto solemne y espectacular. El desfile iba encabezado por todas las tropas que habían conseguido la victoria. Tras ellos iban los prisioneros, generalmente pocos en número, ya que únicamente se trataba como a tales a los jefes y capitanes del ejército enemigo, los cuales iban desnudos y con las manos atadas a la espalda; de todos ellos únicamente el soberano enemigo era transportado en litera, rodeado de tambores hechos con la piel de sus parientes más allegados, tras los prisioneros venían los portadores del botín, grupos de muchachas de las casas de mujeres escogidas bailando, y finalmente el Inca, en su litera, rodeado de los más altos funcionarios del Tawantinsuyu y seguido por gran número de parientes, esposas e hijos. Llegada la comitiva a la gran plaza del Cuzco, el Inca debía atravesarla pisando únicamente los cuerpos de los prisioneros acostados en el suelo. Danzas, cantos, comida y bebida en abundancia generalizaban el festejo por todos los rincones de la capital del imperio.

3.5. *Organización económica*

Uno de los aspectos más significativos e importantes para entender el funcionamiento de la sociedad y el estado incaico es la organización económica del Tawantinsuyu. En las páginas siguientes intentaremos sintetizar lo que hoy se sabe al respecto, después que John V. Murra replantease en 1955 la cuestión y de que a partir de ese momento él mismo y otros varios autores hayan abordado cuestiones tan importantes como el control vertical de un máximo de pisos ecológicos, la reciprocidad y la redistribución, la tenencia de la tierra, la organización hidráulica, el papel del tejido y los rebaños, la *mita* y la *minka,* el intercambio y el trueque, etc.

Es importante destacar en primer lugar que los dos niveles que se distinguen en la sociedad inca son «por una parte, los miembros de las comunidades rurales (o ayllus), unidos por vínculos de parentesco [que] entran en relaciones regidas por el principio de reciprocidad; por otra parte el Estado (encarnado por el Inca, rodeado de un aparato administrativo y militar) absorbe las prestaciones que le deben sus súbditos y, a su vez, los hace beneficiarios de los productos de su trabajo, mediante la redistribución» (Wachtel). Reciprocidad y redistribución, nivel rural/local o comunal y nivel estatal desempeñan los papeles principales en la compleja organización económica de los Andes en la época incaica.

a) Agricultura y ecología

Se ha dicho, no sin razón, que «más de la mitad de los alimentos que actualmente consume el mundo fueron desarrollados por los campesinos andinos». En efecto, en ninguna otra región de la América prehispánica se han llegado a identificar tantas plantas cultivadas, con fines alimenticios o no, como en el área andina. Es claro que tal número de plantas cultivadas no fueron domesticadas primeramente por los incas, sino que formaban parte del patrimonio agrícola común de todos los pueblos que habitaban en los Andes en el momento de la aparición de los incas y de la constitución de su imperio. Tal vez haya que atribuir a los incas la expansión de determi-

nados cultivos y, sobre todo, el mayor desarrollo tecnológico aplicado a la agricultura.

Sería imposible hacer una enumeración ni siquiera incompleta de las plantas cultivadas en el área andina central en la época que nos ocupa. Entre las más importantes para la alimentación hay que citar el maíz, la patata —de la que conocían no menos de 240 variedades diferentes—, los frijoles, porotos y pallares, la quinua, la yuca, el camote, cacahuete, piña, chirimoya, guanábano, zapote, calabaza, tomate, pimiento, ulluco, papaya, etc. (Horkheimer, 1973). Plantas cultivadas con otros fines que la alimentación fueron el algodón, la coca, el tabaco, el cacao, el maguey, el achiote, etc.

La relación de la serie de plantas cultivadas y el medio ambiente es decididamente fundamental. Es en ese sentido como se da «la separación de los cultivos verdaderamente andinos, como la papa, del cultivo panamericano de clima cálido, que es el maíz. En los niveles superiores los tubérculos autóctonos —la papa, la oca, el ulluco— son los únicos bien aclimatados [...] se halló una especie de papa silvestre floreciendo a 5.000 metros a una temperatura de –7 grados; y muchas de las variedades cultivadas prosperan regularmente a los 4.000 metros» (Murra, 1978).

Todas esas plantas cultivadas formaban dos complejos etnobotánicos diferentes: el complejo del *maíz* o *sara,* cuyos límites en altitud alcanzan a un máximo de 3.800 metros en algunos lugares bien resguardados de las inmediaciones del lago Titicaca y en el que se incluyen la yuca, el camote, el zapallu, la calabaza, el zapote etc., y el complejo de la *papa,* la cual alcanza altitudes tan considerables como los 4.575 metros de la variedad *tatu* y en el que se incluye la oca, la quinoa, la cañagua, el añu, etcétera. Ambos complejos, el uno ascendente y el otro descendente, tienen su mejor campo de acción en las tierras de los valles del Cuzco —Apurimac, Urubamba, Paucartambo—, a una altura media, donde la variedad de la flora agrícola es, en la práctica, infinita.

Esta enorme cantidad y variedad de cultivos se multiplicaba, en toda la extensión del Tawantinsuyu, por un número de campos cultivados indudablemente mayor que el actual, si tenemos en cuenta la densidad de población de aquel momento, en la mayor parte de los territorios del imperio. Esa misma población, al propio tiempo que exigía una mayor producción de alimentos, proporcionaba la mano de obra necesaria para la construcción de una infinidad de obras hidráulicas que, a su vez, permitiría que los mismos campos cultivados produjesen una mayor cantidad de alimentos.

Para intensificar la producción agrícola se utilizaron diversos sistemas de abono: excrementos de llama, restos de pescado o guano. Con el fin de aprovechar todo el territorio se construyeron infinidad de andenerías, muros de contención para tierra o para las aguas, etc., de manera que el aprovechamiento de los recursos hidráulicos se llevase hasta sus últimas consecuencias. Un sistema tal de ordenación agrícola implica, evidentemente, una planificación más o menos centralizada, así como un trabajo cooperativo entre diferentes poblaciones, lo que no hubiese sido posible sin una organización política unitaria como la que proporcionó el Estado inca.

La agricultura incaica, tan avanzada en los aspectos relativos a la ingenieria hidráulica y en la domesticación de plantas, fue, sin embargo, muy pobre y primitiva en lo que se refiere a instrumentos de labranza. El principal utensilio manejado por los agricultores incas era la *taclla* o palo cavador, que con su agudo y endurecido extremo servía para desmoronar la tierra, para airearla, para hacer los agujeros necesa-

rios para la siembra, etc. Otros dos instrumentos utilizados frecuentemente por las mujeres eran el mazo de cabeza lítica y el azadón corto.

El calendario agrícola de los incas comenzaba en agosto, cuando se preparaban los campos para la siembra del maíz en septiembre. Durante los dos meses siguientes se regaban los campos utilizando los diferentes sistemas hidráulicos. En diciembre se hacía la siembra de las papas, la oca y las legumbres. Durante el mes de enero, en que las lluvias se van haciendo cada vez más intensas y frecuentes, se escardan los campos, mientras que en febrero y marzo, al tiempo que el maíz iba creciendo y madurando, se trataba de defender la cosecha de los pájaros y otros animales. Los meses de abril y mayo eran los más alegres, ya que llegaba el momento de hacer la recolección de otras plantas y el almacenamiento de los diferentes productos agrícolas. «Al rey Pachacuti se le atribuye no sólo la reforma del calendario ceremonial, sino también la erección en las afueras del Cuzco de varios pilares de piedra que servían como indicadores solares de las estaciones» (Murra, 1978).

Labranza de las tierras en agosto.

En la medida en que los sistemas redistributivos implican la conservación de los bienes que deben ser redistribuidos, los pueblos andinos desarrollaron desde tiempos muy antiguos técnicas para convertir la papa en *chuño* por desecación, de manera que fuese posible su conservación; sin embargo, ninguna planta mejor que el maíz para esos fines.

John V. Murra, a quien debemos los análisis más lúcidos y profundos sobre la organización económica de los incas (1978), es asimismo el autor de una de las tesis

más esclarecedoras acerca del sistema económico andino. Tal tesis, que se refiere al control vertical de un máximo de pisos ecológicos, tiene su base en la estructura ecológica en los Andes, donde en ocasiones, no a mucha distancia, encontramos nichos ecológicos muy diversos que proporcionan una amplia gama de productos a los habitantes de un determinado lugar. El control ejercido por muchas o pocas personas que quedan desplazadas de sus lugares de origen, llega a convertirse en «un ideal andino compartido por etnias muy distantes geográficamente entre sí y muy distintas en cuanto a la complejidad de su organización económica y política. Por ejemplo, lo compartían los *yacha* quechua-hablantes de Chaupiwaranga, que conformaban menos de mil unidades domésticas, pero también los *lupaqa* aymara-hablantes del Titicaca, que, según un *khipu* que presentaron a Garci Diez, habían sido veinte mil hogares antes de la invasión europea» (Murra, 1975).

En el ensayo citado, Murra menciona «cinco casos diferentes de control simultáneo de pisos e "islas" ecológicos bajo las condiciones muy distintas entre sí, en un esfuerzo para precisar los alcances, pero también los límites, del modelo». En el primero de esos casos —único que podemos mencionar aquí por razones de espacio—, Murra dice que «aunque no tenemos todavía una lista completa de los asentamientos periféricos de los *yacha* o *chupaychu,* sabemos que a tres días de camino hacia arriba, saliendo de núcleos serranos como Ichu, Marcaguasio Paucar, pastaban sus rebaños y explotaban salinas. A dos, tres o cuatro días, camino abajo de los mismos centros de poder, tenían sus cocales, bosques o algodonales, todo esto sin ejercer mayor soberanía en los territorios inmediatos» (Murra, 1975).

Con total independencia del control de diferentes pisos ecológicos, es evidente que la agricultura depende por igual de la posesión de tierras adecuadas para el cultivo y de las aguas que pueden hacer desarrollar tales cultivos. En términos generales, diríamos que la civilización inca es una civilización hidráulica, y que tal carácter no es una mera innovación, sino que corresponde a una tradición antigua. Las investigaciones llevadas a cabo desde hace algunos años por Jeannette Sherbondy le han llevado a establecer una relación estrecha entre el sistema de *ceques, suyus* y *mitades,* con los asentamientos de *ayllus* y *panacas* y la explotación de ríos y canales para el riego de las tierras donde dichos grupos sociales se hallaban instalados.

Parece evidente que *hanan* y *hurin* no sólo significó lo de arriba y abajo, sino «aguas arriba» y «aguas abajo» de un lugar al que se considera central, y que muchas de las huacas situadas en un *ceque* pueden ser fuentes de agua o lugares separados relacionados con el agua. Por ejemplo, «Tambo Machay es la huaca que indica no sólo el origen del canal de Sucsu Aucaille, sino la fuente del río de Tambo Machay que a su vez alimenta otras varias acequias que toman agua del río aguas abajo de la toma de la acequia de Sucsu Aucaille». Esta nueva visión de la distribución de los grupos sociales en el valle del Cuzco, y su papel ritual en relación con las huacas y los ceques, aclara de manera significativa algunos de los problemas pendientes en relación con el papel de *panacas* y *ayllus* en esa región (Sherbondy).

b) Tenencia de la tierra

En los párrafos anteriores se ha aludido a algunos problemas en relación con el tema de la posesión de la tierra en el Tawantinsuyu. La gran extensión territorial de paisajes geográficos a los que hemos aludido más arriba no podían contribuir, natu-

ralmente, a una gran uniformidad en cuanto a los tipos de tenencia de la tierra. Así, las evidentes diferencias entre el altiplano y la costa, entre las zonas de pastos y fértiles oasis, entre las regiones en que predominaba el cultivo de la papa y aquellas otras en que era más frecuente la agricultura del maíz, de la coca o del algodón, o bien entre las regiones en que los sistemas de irrigación eran predominantes o frecuentes y aquellas otras zonas donde no se habían realizado trabajos de ese género, o entre las tierras situadas en torno al Cuzco y aquellas otras que se habían incorporado más recientemente como resultado de la conquista militar. Todo ello parecía contribuir a que las diferencias en cuanto a la posesión de la tierra fuesen más considerables que el carácter unificador y uniforme que los incas trataban de imponer en toda la extensión de su imperio.

Es muy probable que, conforme se vayan conociendo mejor las condiciones particulares de la vida rural durante el imperio inca, la idea de una organización monolítica y uniforme vaya dejando paso a un cuadro más realista en el que las condiciones locales predominan sobre los rasgos uniformizadores.

Como dice Murra (1978), «en términos de tenencia, un asentamiento que controlaba determinadas chacras en una *llacta* que se traduce libremente como "aldea"; consistía de varios *ayllu* o grupos de parentesco. La tierra era poseída y cultivada *"ayllu"* por *"ayllu"*. De modo que se identificaba a la tierra no sólo con la subsistencia, sino también con los vínculos de parentesco. Asimismo, como bien lo dijera el jesuita mestizo Blas Valera, la "propiedad" consistía en y se justificaba por "el trabajo común y particular que habían de poner en labrarla". En tales circunstancias era muy intenso el apego a la tierra que uno cultivaba: no sabemos cuál fue la resistencia que suscitó la política colonizadora de los incas, pero en el primer siglo de dominio europeo con frecuencia leemos noticias de que los campesinos se resistían a establecerse en las "reducciones"; se evadían para volver a sus lares».

En términos generales, podemos decir que la tierra venía a quedar dividida en dos grandes sectores: tierras destinadas a la subsistencia de las unidades doméstica y tierras que servían para el mantenimiento del aparato estatal: tierras del Sol y tierras del Inca. Pero secundariamente, había otras múltiples formas de posesión de la tierra, como vamos a ver a continuación.

En cuanto a las tierras de los *ayllu,* sigue abierta la discusión desde hace ya mucho tiempo acerca de si se trataba de una propiedad comunal o si, por el contrario, era de carácter individual. Al parecer, ambas consideraciones se combinan en la realidad. Según la tradición ampliamente difundida por el inca Garcilaso de la Vega, en el mes *chacraconacuy* «el mes del cambio de los campos», según Trimborn, correspondiente a julio-agosto de nuestro calendario, se verificaba cada año el reparto o redistribución de las tierras, mediante el cual cada nueva pareja recibía un *tupu* de tierra, equivalente a una hanegada y media a lo cual se añadía otro *tupu* por cada hijo varón y medio *tupu* por cada hija, al realizarse un nuevo matrimonio, las familias del hombre y la mujer perdían la fracción de tierra correspondiente, mientras la joven pareja recibía una nueva parcela para su sustento. Este sistema parece ser que se practicaba a la vez que los parientes más próximos heredaban las tierras poseídas por sus mayores.

En teoría, todas las tierras del Tawantinsuyu, así como los ríos, bosques, llamas, etc., pertenecían al Inca, quien concedía tierras a los *curacas,* comunidades rurales, etc., las cuales, por esa razón, se debían considerar como concedidas en *usufructo.* En la realidad, el Estado, al incorporar un nuevo recinto o señorío al imperio, reali-

zaba una primera labor de deslinde por el cual las tierras de las diversas comunidades quedaban superadas de acuerdo con las tradiciones locales, al mismo tiempo que separaba las tierras que le eran propias y las que estaban destinadas al mantenimiento de los templos y de la clase sacerdotal. Entre estas tierras se hallaban aquellas que estando antes improductivas eran trabajadas entonces por primera vez, o aquellas otras en las que se emprendían entonces trabajos de irrigación, construcción de terrazas y colonización. En ausencia de cualquier tipo de tributación, el producto de estas tierras era la mayor fuente de ingresos para la iglesia y el Estado.

La proporción de tierras que se reservaba el Estado era diferente, según las regiones. En la zona costera, donde los cultivos de algodón y maíz en los oasis eran de un máximo interés para la administración, la proporción de tierras reservadas para el Estado debió ser mayor que en el altiplano. Según algunos autores, las tierras destinadas a la administración eran más extensas que aquellas otras que servían al mantenimiento de la clase sacerdotal.

En cuanto a estas últimas tierras, debemos distinguir dos tipos de propiedades: las de la religión oficial o tierras del Sol y las de propiedad de los santuarios locales y tradicionales, que han merecido poca atención hasta ahora. Estas últimas debían ser trabajadas por los miembros de la comunidad mediante el sistema de *minka,* de la misma forma que las tierras de viudas, ancianos o personas ausentes. Las tierras del Sol, o de la religión oficial, eran consideradas por el pueblo de manera parecida a las tierras del Inca. En estos campos se cultivaba el maíz ceremonial y otros productos para el mantenimiento de las casas de las vírgenes escogidas, templos y sacerdocio en general.

Además de estos grupos de tierras, había otras clases igualmente diferenciadas, aunque en menor extensión. Los *curacas,* como jefes tradicionales de las comunidades rurales incorporadas al imperio, poseían una mayor o menor cantidad de tierras. Este tipo de propiedad era tolerado y confirmado por el Inca, al mismo tiempo que el *curaca* pasaba a formar parte de la administración del Estado. Por otra parte, el Inca entregaba a determinados miembros de la nobleza tierras que desde entonces les pertenecían a ellos o a sus linajes, como premio por determinados servicios de carácter excepcional, mientras otras tierras pertenecían a las *panaca* o linajes reales, cuyas tierras eran totalmente independientes de las propiedades de la corona o el Estado.

Por último, los *mitimaes,* con carácter de colonizadores, o de guarnición militar o ambas cosas al mismo tiempo, también poseían tierras con independencia de las otras clases.

c) Rebaños

El área andina es la única región de todo el continente americano en la que se alcanzó a desarrollar un cierto tipo de ganadería. Allí se encontraban, al menos desde el 8000 a.C., un cierto número de animales como la llama, la alpaca, la vicuña y el guanaco, de los cuales los dos primeros se llegaron a domesticar y constituyeron la base de una ganadería relativamente extensa. Esta domesticación tuvo lugar, al parecer, en la región inmediata al lago Titicaca, donde hay una mayor concentración de especies domésticas y salvajes probablemente antes del año 100 a.C.

Jorge A. Flores Ochoa, un especialista en el tema, considera que la distribución

actual del pastoreo de ovinos y camélidos sudamericanos es debida a la acción de los españoles durante la colonia, ya que anteriormente la distribución geográfica de llamas y alpacas se extendía a pisos ecológicos que actualmente han sido ocupados por los ovinos europeos (Flores, 1980).

Estos animales, sobre todo la llama, constituyeron un auxiliar muy valioso para transportar cargas y para proporcionar lana para tejer y confeccionar vestidos. La lana de la llama es, generalmente, de color claro, de pelo corto, de textura áspera, mientras que la de la alpaca es más larga y de color negro o castaño oscuro. Las llamas se criaban especialmente para servir para el transporte y sólo se esquilaban después de muertas, mientras las alpacas eran utilizadas por su lana, por lo que eran esquiladas con frecuencia. El estiércol proporcionado por estos ganados era utilizado como combustible y también para abonar los campos en la sierra.

La relación entre los pastores y los rebaños de llamas y alpacas era tan íntima y entrañable que podía hacer decir a uno de estos pastores: «las alpacas son como nuestros hijos, las reconocemos en cualquier parte, porque las conocemos y las queremos a cada una desde que nace». Flores Ochoa (1981) ha estudiado los diferentes sistemas de clasificación que hacen de ese conocimiento algo tan especial. Tales sistemas clasificatorios se refieren a su calidad como salvajes o domesticados, a la longitud y calidad de su pelo, al sexo, a la edad, y a la gama de colores de su pelo, etc.

La llama, como animal de transporte, vino a significar para los incas lo que el camello para los pueblos asiáticos y norteafricanos, si bien no es tan resistente, ni tan rápida como el camello. No soporta una carga mayor a los 45 kilos, pudiendo así caminar entre 15 y 20 kilómetros por día. Estas marchas las hacía en reatas muy numerosas, de hasta varios centenares de animales, necesitando no menos de ocho conductores cada cien llamas. El sistema de redistribución de productos manufacturados o materias primas, así como el abastecimiento del ejército incaico, se hizo a base de estas largas reatas de llamas.

Además de la llama y la alpaca, los incas tuvieron como animales domésticos al perro, que era un animal casero de muy escasa utilidad y que raras veces servía como alimento, los patos y los conejillos de Indias o *cuys,* que se criaban abundantemente en todos los hogares, y constituían, en la práctica, la única carne, salvo la procedente de la caza, que comían los plebeyos durante el imperio incaico.

Las llamas y alpacas constituían rebaños que eran cuidados, cuando eran poco numerosos, por niños o muchachos, pero que cuando se hicieron muy numerososos pasaron a ser conducidos por pastores adultos que se desplazaban con sus rebaños hasta lugares a veces muy distantes de la localidad. En estos casos las tierras de los pastores eran cultivadas mediante el sistema de *minka,* por sus parientes. Los que conducían los ganados, que eran llamados *llama Kamayoq* o *michiy Kamayoq,* eran considerados dentro de la comunidad como «gente principal» y tenían a su servicio numerososo auxiliares o pastores a razón de uno por cada 30 ó 40 animales o más. Cuando el pastor estaba en la puna tenía obligación, además, de cuidar el ganado, de hacer sogas, recolectar plumas y cazar animales dañinos o comestibles. Los pastores constituían una unidad social aparte, tenían fiestas y celebraciones especiales y «veneraban a *Urcuchillay,* la constelación de Lira, a la que concebían como una llama macho policroma que velaba por el crecimiento y la multiplicación de los auquénidos» (Murra, 1964).

La posesión de ganado era sumamente irregular. En algunas regiones no existía el ganado en absoluto, mientras en otras algunos miembros de la comunidad poseían

un gran número de animales al tiempo que otros tenían muy pocos o ninguno. A los dos o tres años se solía cortar el pelo a los niños y se acostumbraba a regalarles una llama. Los miembros de la comunidad que no poseían ganado alguno podían obtenerlo solicitando algún animal de los que poseía la comunidad, o bien lo recibían como regalo del *curaca* en cuyos campos hubiese trabajado el indio. Los llamados *wakcha,* o «pobres» a la manera europea, «carecían de animales a causa de epizootias, mal manejo de los mismos o falta de una parentela influyente o numerosa».

Las llamas y alpacas eran marcadas en un acto público y ceremonial, marchando en el rebaño juntos los animales de la comunidad con los de los caciques y gente principal. Los ganados de la iglesia y del Estado eran otros, diferentes de los de las comunidades. Los ganados del Estado tenían una finalidad fundamentalmente militar y servían para el suministro de víveres y armas a sus ejércitos, siendo conducidos en inmensas reatas por los caminos incaicos.

Además del pastoreo en sí mismo, al final del periodo de las lluvias los ganados se empleaban para la práctica del comercio interregional. Papas, lanas y charqui eran los principales productos transportados por los rebaños de llamas desde el altiplano a la costa, de la que venían cargados principalmente con maíz. Los arrieros eran proporcionados por los diferentes *ayllus,* y a éstos se les daba diferentes productos para que, mediante trueque, tuviesen asegurada su alimentación.

d) Tejidos

En este aspecto, como en tantos otros, ha sido John V. Murra (1958) quien ha descubierto un horizonte nuevo en el sistema económico del Tawantinsuyu al destacar la importancia del tejido en contextos sociales y políticos. «Todos sabemos —dice Murra— que en el Tawantisuyu la entrada principal del presupuesto estatal tuvo como base el esfuerzo productivo agrícola del campesino. Pero es importante recordar la ausencia no sólo del dinero, sino también del tributo. El esfuerzo productivo del agricultor tenía dos dimensiones económicas: por un lado continuar su vida casi autosuficiente dentro del *ayllu,* y por otro lado contribuir al Estado con tiempo, energía y trabajo.»

De esa manera el trabajo de la población campesina se distribuía entre el relativo a las tierras del *ayllu* y el que correspondía a las tierras de la Iglesia oficial y del Estado. Pero, además, se advierte un «segundo vínculo, menos obvio al observador europeo del siglo XVI, pero que sí parece tener importancia no sólo en el pensamiento económico incaico, sino dentro de los hondos valores andinos de todas las épocas pre y postincaicas»: el que se refiere al tejido.

Las dos fibras que sirvieron en los Andes centrales para el desarrollo del tejido fueron el algodón en la costa y la lana de los auquénidos en la sierra, y si bien tenemos para la costa la mayor información arqueológica, es la información etnohistórica con referencia a la sierra la que nos revela, a través del estudio de Murra, todo el complejo papel desempeñado por el tejido en los Andes.

Habría que decir en primer lugar que la obligación de tejer era por igual en relación al Estado y en relación a los *curacas* o jefes étnicos de la comunidad, aunque en este último caso la poliginia servía a los curacas de tal modo que, en realidad, tanto la materia prima como la mano de obra le pertenecían. «En la ideología inca, el Estado necesitaba de gran cantidad de tejidos y en todos los hogares se cumplía con la

obligación de tejer» (Murra). Esta obligación recaía principalmente en las mujeres, de manera que cuando no había esposa en la casa no se esperaba el cumplimiento de la *mita* textil. Lo que no está tan claro a través de los testimonios españoles es la cuota señalada para cada unidad doméstica, porque unos autores hablan de una manta al año por casa y una camiseta por persona y otras fuentes dan a entender que no había límite: tejían lo que se les mandaba y siempre estaban tejiendo. Toda esa producción estatal o para el Estado se acumulaba en depósitos de cuya cuantía tenemos impresiones muy fieles a través de los cronistas de la primera época.

Telar de cinturón.

El valor de los tejidos y las ropas es, evidentemente, y en primer lugar, de carácter económico: es así que el uso de estos grandes depósitos de mantas y vestidos estaba destinado en primer término a atender la demanda de los ejércitos en campaña; pero es igualmente evidente que las ropas tenían un valor simbólico y aun religioso. Quitar la ropa al vencido era la plasmación inmediata de su derrota, de la misma manera que la ropa era quemada para que no cayera en manos del enemigo, pero al mismo tiempo los tejidos servían como ofrendas. Por eso «la iglesia como el ejército, era gran consumidora de tejidos, ya que los quemaba en los continuos sacrificios necesarios para la protección mágica del Estado y del Inca» (Murra).

Por otra parte, el sistema de redistribución que dominaba la economía incaica obligaba al mismo tiempo que a ofrecer trabajo para esa tal acumulación de tejidos en manos de *curacas* y de funcionarios eclesiásticos y estatales, a recibir como obsequio de los *curacas* y del Estado bienes textiles. Y lo mismo podemos decir de las negociaciones entre señoríos o entre el Estado inca y los señoríos, en las que siempre el tejido, junto a la comida y otros bienes y servicios, desempeñaban un papel importante.

e) Redistribución y comercio

Según hemos venido viendo en las páginas anteriores, todos los pueblos pertenecientes al imperio incaico entregaban al Estado no una determinada cantidad de productos en estado bruto o manufacturado, en concepto de contribución o tributo al Estado, sino trabajo individual cuyo producto se llevaba el Estado, la iglesia oficial, los santuarios locales, los *curacas,* etc.

Los productos de la *mita,* excepción hecha de los servicios prestados, se acumulaban en depósitos o *tambos,* localizados en las aldeas, pueblos, caminos o ciudades, donde esos productos eran contabilizados por oficiales especializados, quienes comunicaban a los administradores del Cuzco las cantidades en existencia de cada uno de los productos mediante el uso de *quipus.* De este modo, la administración central sabía en cada momento cuáles eran las existencias de tal o cual producto y, por consiguiente, dónde faltaban o sobraban algunos de esos productos. El maíz, las papas, la lana, los tejidos y las otras mil materias primas y productos manufacturados de uso corriente que se almacenaban así en los tambos eran empleados de acuerdo con los diferentes intereses del Estado o bien en atender las necesidades de ciertas regiones deficitarias circunstancialmente por catástrofes o calamidades públicas o por malas cosechas, de manera que todos los pueblos integrados dentro de la organización imperial tuviesen satisfechas sus necesidades básicas, o bien en el sostenimiento de las constantes expediciones militares o para premiar los servicios distinguidos de determinadas personas o para corromper al enemigo forzándole a unirse al Imperio, o para otras necesidades semejantes. La administración, por lo tanto, venía a cumplir, en este sentido, una función redistributiva fundamental, haciendo, en consecuencia, prácticamente innecesario el comercio.

Puede decirse, pues, que el sistema económico andino en general e incaico en particular era a la vez un sistema de reciprocidad y de redistribución, y en ocasiones de intercambio o trueque.

Blas Valera llamó al sistema de reciprocidad la «ley de hermandad», según la cual «todos los habitantes de la aldea *se ayudasen unos a otros a barbechar y a sembrar y a coger sus cosechas* [...] *sin llevar paga ninguna*». Los recién casados tenían derecho a que se les construyera una casa, con tanto «que señalase el día que se hubiese de hacer». Si la tarea era de mayor envergadura e involucraba a varios linajes, éstos se turnaban hasta terminar el trabajo. A esos intercambios de energía con su parentela y con los demás miembros de la etnia Blas Valera los denomina *mitachanacuy,* «mudarse a veces por su rueda o por linajes» [...], término que sobrevivió en la región andina en la forma abreviada de *mita* y se refirió después a los servicios obligatorios en beneficio de los mismos, los propietarios de la tierra, la iglesia o el estado» (Murra, 1978).

La *mita* constituye, pues, el sistema tributario incaico, tanto en el nivel de los señoríos étnicos como en el estatal: los miembros de las unidades domésticas ofrecían al Estado o a los *curacas* su fuerza de trabajo a cambio simplemente de la manutención. Ése es, en definitiva, el sistema de reciprocidad típico de los *ayllus,* en la forma de *aini* o *minka,* según que la reciprocidad se estableciese de forma simétrica o asimétrica.

Un problema difícil de resolver es el de la indudable simultaneidad entre el sistema de reciprocidad y redistribución estatal y la existencia de un comercio a corta o

larga distancia, mercados y mercaderes. Las evidencias acumuladas por M. Rostworowski (1970), en relación con el comercio a larga distancia desde el valle de Chincha con la costa ecuatoriana y el Collao, parecen apuntar a la existencia simultánea de un sistema mercantil que incluso pudo ser monetario en la costa norte, y el tradicional sistema redistributivo utilizado y expansionado por los incas. En esa línea, el comercio del *mullu* y del cobre serían las bases para otro tipo de intercambios y tueques de materias primas o productos manufacturados, como sabemos positivamente que en algunas regiones del área andina —especialmente de la región septentrional— se había desarrollado desde muy antiguo.

3.6. *Religión*

El mundo de las creencias religiosas en el área andina en tiempos del imperio de los incas es, al igual que otros aspectos ya examinados, un mosaico en el que algunas ideas corresponden a un mundo tribal, mientras otras pertenecen a una religión altamente desarrollada y compleja, al mismo tiempo que la organización alcanzaba el nivel de lo eclesiástico. Por consiguiente, magia y religión convivían, al tiempo que un culto local y otro imperial, y una iglesia oficial y oficiantes locales. Por otra parte, la propia descendencia del Inca hacía de esa monarquía o diarquía una verdadera teocracia.

a) Cosmogonía

Con independencia de que la serie de los Incas que hemos mencionado más arriba sea en realidad una lista legendaria o mítica total o parcialmente, conocemos un mito cosmogónico de estructura muy parecida a la *Leyenda de los Soles*, de la tradición mexica aplicable al origen de los incas. Una larga lista de soberanos recogida en la obra de Montesinos se halla dividida en cuatro periodos de mil años, al final de cada uno de los cuales un cataclismo acaba con la humanidad existente, al mismo tiempo que cada uno de esos periodos está presidido por un Sol diferente.

La primera edad fue la de *Wari-Viracocha-runa*, o de los hombres del dios Viracocha. El fin de este periodo fue anunciado por siniestros presagios y se produjo como consecuencia de pestilencias y guerras que acabaron con la humanidad y los objetos se revelaron contra sus dueños, como en el mito maya. La segunda edad o Sol fue la de *Wari-runa*, los hombres sagrados, al final de la cual el Sol, fatigado de su constante caminar, rehusó su luz a los hombres, los cuales hicieron grandes sacrificios para procurarse el beneficio de la luz solar, pero acabaron siendo consumidos por el fuego celeste. La tercera edad fue la de los *Purun-runa*, los guerreros, la cual terminaría también por un cataclismo cósmico, convirtiéndose los hombres en afeminados y entregándose a la sodomía. La dinastía tradicional de los *Incas* con su instauración regeneraría a la Humanidad, iniciándose así el quinto Sol.

Esta visión cíclica de las cuatro edades o soles ofrece varias versiones. «Entre estas edades funcionaron periodos de *caos* que pueden ser asimilados a las diferentes destrucciones que las divinidades realizaron por conversión en piedra [¿terremoto?], agua [diluvio, inundación] y fuego, extendidas por todos los Andes centrales y del sur, aunque con variantes en cada una de las diferentes regiones» (Pease, 1973).

b) El panteón

Debe afirmarse en primer lugar que en el mundo andino no existe el más leve indicio de monoteísmo. «En los Andes hallamos a diversos dioses mayores y también a una numerosa jerarquía de divinidades subalternas propias de varios ayllus, de cada pueblo en particular e ídolos personales» (Rostworowski, 1983).

El dios al que, sin duda, se ha concedido una mayor importancia por parte de los cronistas españoles, hasta el punto de considerarsele como el dios creador, fue Viracocha. De él dice un mito, reproducido en varios cronistas con ligeras variantes, que creó el cielo, la tierra y una generación de hombres que vivían en la oscuridad, y a los que había dado el ser tras haber emergido del lago Titicaca. Esa primera generación humana, aun sin conocer la luz, pecó contra su creador, haciendo que éste resurgiese del lago destruyendo a aquella primera humanidad a la que transforma en piedra. La nueva humanidad creada por Viracocha fue también de piedra. Se trata de las estatuas de piedra encontradas en Tiahuanaco, a las que había hecho salir del subsuelo. Viracocha crea entonces la luz, haciendo subir al cielo al sol y a la luna. Tras ello, Viracocha hizo en el Cuzco a un señor al que puso por nombre Alcaviza. Después de esto, la divinidad se dirigió hacia el norte y luego hacia el oeste hasta llegar al mar, donde se unió a sus ayudantes alejándose sobre el mar (Pease, 1973).

Es bastante probable que tanto la personalidad como el mito de Tici Viracocha sean en gran parte una adaptación cristiana de mitos y dioses indígenas con vistas a procurar la cristianización del Perú. María Rostworowski hace alusión a una pareja de dioses, Tici y Caylla Viracocha, y a la mezcla de características con otra divinidad conocida bajo el nombre de Tunupa.

«Entre los dioses del sur andino, Tunupa parece haber sido una divinidad muy antigua cuya área de influencia llegó a su máxima extensión antes del auge del culto a Viracocha» (Rostworowski, 1983).

Pese a las confusiones y concordancias con Viracocha, parece que Tunapa eran dos pares de dioses: *Taguapaca, Taapac, Tarapaca* y *Tunupa.* Dos de esos dioses parecen ser *hanan* o de arriba, mientras los otros dos podrían ser *hurin* o de abajo. Las dobles parejas se podrían organizar del siguiente modo:

ARRIBA = fuego del cielo *(rayo)*
agua del cielo *(lluvia)*

ABAJO = fuego de la tierra *(lava)*
agua de la tierra *(laguna)*

En la jerarquía de los dioses del panteón inca, por debajo de Viracocha se hallaban todos los dioses celestes, de los cuales Inti, el Sol, era sin duda, el más importante, y al que se atribuían todos los beneficios que hacían prosperar la agricultura. De tal manera era esto así que en la mente de los campesinos era Inti probablemente el dios supremo, ya que Viracocha resultaba ser una elaboración intelectual excesiva-

mente rebuscada y carente de un influjo suficientemente directo en la realidad circundante. Como consecuencia de ello, la mayor parte de los santuarios eran conocidos como «templos del Sol» y las muchachas escogidas como «vírgenes del Sol», del mismo modo que las tierras o los ganados propios de la iglesia oficial «tierras o ganados del Sol». La imagen más popularizada de esta divinidad era el disco con rostro humano, con rayas y realizado generalmente en oro, como el que adornaba, al parecer, el *Coricancha,* o el gran templo del Sol en el Cuzco. A él se atribuía el origen de la realeza incaica, y por eso los Incas se consideraban descendientes de esa divinidad.

Illapa era una divinidad que seguía en importancia a Inti, el Sol. Según Acosta, se le llamaba *Chuquilla, Catuilla* e *Intillapa,* significando siempre el dios del rayo y la tormenta. Se le invocaba para pedirle el agua que haría fructificar los campos y traería la riqueza y el bienestar a los hombres. Era representado en forma de un hombre portador de una honda y una maza en cada una de sus manos. Según la mitología Inca, la honda de Illapa, al soltarla, era el trueno, la piedra que contenía era el rayo, y el relámpago era el resplandor de las vestiduras de la divinidad. La piedra arrojada por Illapa iba a romper una jarra que tenía su hermana y de la cual caía el agua beneficiosa para los campos.

La diviniad más importante de la costa central era sin lugar a dudas Pachacamac, que, en opinión de Ávila era, junto con el templo del Sol del lago Titicaca, una de las dos huacas más poderosas e influyentes del Tawantinsuyu. «Gran parte de su prestigio se debía a sus oráculos y vaticinios consultados desde lejanas tierras, a los que eran muy aficionados los yungas» (Rostworowski, 1983).

De Pachacamac se conocen numerosos mitos. Según uno de ellos, Pachacamac creó una pareja humana, pero no les dio alimentos: el hombre murió y la mujer fue fecundada por el Sol dando a luz a un niño, al cual Pachamac, colérico, descuartizó: sembró sus dientes de los que brotó el maíz, los huesos (yuca), el cuerpo (pepinos, pacaes, etc.), con lo cual se inició la abundancia de los llanos. El Sol resucitó al niño a partir de su ombligo: el nuevo ser resucitado se llamó *Vichama, Villana* o *Vichma,* quien abandonaba continuamente a su madre. En ese contexto Vichama es el Sol y su madre es la Tierra, que queda desamparada cuando el Sol desaparece.

Mamaquilla o la luna era hermana y esposa del Sol, cuyo matrimonio fue seguido por los soberanos Incas, al casarse con sus hermanas para mantener la pureza de la sangre de origen divino. Su actividad estaba en relación con el cálculo del tiempo y con el calendario incaico.

La diosa madre o diosa de la tierra, Pachamama, era venerada en las tierras del interior, mientras que la madre del mar o Mamacocha lo era de los habitantes de la costa, especialmente por los pescadores o gentes que vivían del mar.

Importancia semejante tenían los dioses estelares. Muchas estrellas y constelaciones eran consideradas como divinidades que velaban desde el cielo por la vida de los hombres en algún sentido. La constelación de lira era una llama con su hembra y un pequeño, siendo considerada como patrona de los pastores. Las Pléyades cuidaban de las semillas. Un cierto número de estrellas de la constelación de Escorpión parecían dibujar en el cielo la imagen de un felino al que se le rendía culto, y Venus, como estrella de la mañana, era importante dentro de las divinidades estelares.

María Rostworowski, en su reciente obra sobre la religión de los incas, estudia una larga serie de divinidades de las que es imposible que digamos nada más que sus nombres: Pariaca, Guari, Libiac, Catequil y Pigueras, Chicopec y Aiapaec, Tumayricapa, Raco y Yanacolca, etc.

c) *Huacas* y espíritus

Las creencias populares que convivían con las de la religión oficial del Estado y el sistema eclesiástico eran de una riqueza extraordinaria. La devoción a las *huacas* tenía un papel muy singular dentro de este conjunto de creencias populares. El término de *huaca* es una expresión extraordinariamente vaga que sirve para designar una fuerza espiritual que se halla por encima o por fuera de lo ordinario, que viene a materializarse o encarnarse en cualquier objeto y, por extensión, estos objetos son considerados también como *huacas*. Su número, por lo tanto, era extraordinariamente grande y podía ser cualquier cosa: las cimas nevadas de las montañas, los ríos, las fuentes, las rocas de formas particulares, o los niños gemelos, las personas que tenían más dedos de lo normal o los lugares que habían sido frecuentados por el Inca o en los que había dormido una noche, los templos, los enterramientos o cualquier otro género de materialización.

Consideradas como benéficas o maléficas, estas *huacas* recibían constantemente ofrendas de los campesinos o caminantes. Las que se denominaban *apachita,* y que no eran otra cosa que un montón de piedras, situadas junto a un camino, en un lugar especialmente importante o peligroso, recibían constantemente, como ofrenda de los viajeros que pasaban junto a ella, una piedra más u otro objeto que llevase el caminante, orando ante ellas para pedir su protección. El Cuzco mismo debía ser considerado como una *huaca* o ciudad sagrada, y en torno a él, orientadas en líneas o *ceques* que partían de su centro en todas las direcciones, había varios centenares de huacas: fuentes, rocas talladas o naturales, cuevas, montes, etc.

Los espíritus poblaban el mundo de creencias de los campesinos y para invocar su protección o para evitar los daños que pudieran derivarse de ellos el pueblo hacía un sinnúmero de ofrendas y oraciones. Antes de iniciar cualquier trabajo agrícola se esparcía coca y chicha por el campo; antes de atravesar un río se bebía agua, etc. En los propios lugares había un sinnúmero de «fetiches» que se iban transmitiendo de generación en generación y que eran conservados en nichos, en las paredes, e incluso cada individuo tenía su propio fetiche personal o *huauqui,* que venía a ser su doble o hermano gemelo y en el que residía el espíritu protector o tutelar de cada persona. Tales fetiches tenían forma humana o de animales o plantas o simplemente no tenían una forma definida, como la *piedra bezoar,* la que se forma en el cuájar de la llama y que era considerada como un fetiche de potencial mágico extraordinario.

Dentro de este aspecto hay que considerar de un modo especial el culto rendido a los muertos, especialmente a las momias de los soberanos a las que se sacaba procesionalmente en muchas ocasiones del *Coricancha,* donde residían. Pero, en general, todos los muertos recibían culto especial, con el fin de evitar su constante visita o actividades que podían resultar maléficas para los hogares de los vivos. Con este fin se les regalaba comida y chicha de vez en cuando para aplacar su hambre.

El mundo de ultratumba se consideraba en dos sentidos: había un cielo, donde se disfrutaba de todas las cosas buenas de la vida, donde todo eran placeres y descanso y al cual iban las personas buenas y los nobles, y un infierno, donde siempre hacía frío y donde sólo se comían piedras, al cual iban los malvados.

d) El sacerdocio

La importancia del sacerdocio dentro de la organización social incaica parece que fue mucho mayor durante el reinado de los primeros soberanos. Entonces, todas las categorías de sacerdotes debían tener carácter hereditario y debían estar en manos de los nobles, teniendo el Sumo Sacerdote poderes incluso por encima de los del Inca. Durante el reinado de Viracocha se dice que los sacerdotes pretendieron aumentar aún más su poder para controlar por completo la organización, pero fueron contenidos por los nobles y a partir de entonces su posición decreció en importancia dentro de la organización estatal, siendo electivos muchos de sus cargos y admitiéndose en el sacerdocio a miembros de las clases sociales más bajas o populares.

A la cabeza de la iglesia oficial se hallaba el Pontífice Máximo, llamado *Villca Humu,* quien generalmente era un hermano o primo del Inca, el cual recibía el homenaje de la familia imperial, nobles y *curacas* de todo el imperio. Según la mayor parte de las fuentes, al Sumo Sacerdote no le estaba permitido el matrimonio, viviendo, por consiguiente, en la castidad durante toda su vida, pese a lo cual Cieza afirma que tenía concubinas. El *Villaca Humu* presidía un Consejo Supremo compuesto por nueve o diez *hatun villca* o sacerdotes de alta categoría y tanto él como la escala más elevada del sacerdocio disfrutaba de una serie de privilegios tales como nombrar a ciertos poetas para que compusiesen canciones oficiales en su honor; tanto él como el resto del sacerdocio estaban exentos de pagar tributos, prestar servicios de carácter militar o en trabajos públicos, y en conjunto venían a ocupar una situación semejante a la de los nobles. El Sumo Sacerdote debía alimentarse únicamente de hierbas y raíces, bebiendo solamente agua y haciendo ayunos continuos de hasta ocho días seguidos. Su residencia estaba en el campo, pero cerca de la ciudad, de modo que pudiese contemplar las estrellas y meditar. Su vestido ordinario estaba compuesto de una especie de sotana de lana que le llegaba hasta los tobillos y una manta de color gris, marrón o negro, mientras que para las grandes ceremonias se adornaba con una capa de lana blanca con una franja bordada en rojo, un pectoral de oro en forma de media luna, así como numerosos brazaletes y ajorcas de oro y una tiara igualmente de oro con el adorno de un sol en el centro. El Sumo Sacerdote era, al mismo tiempo, juez de todos los asuntos de carácter religioso.

Por debajo de esta clase, la más alta del sacerdocio, se hallaban los *huatuc,* es decir, los adivinos y los confesores, y aún por debajo de ellos los *humu* o *nacac.* Este tipo de sacerdotes hacía su servicio durante un tiempo limitado en el cual no les estaba permitido tener relaciones sexuales. Los confesores de las vírgenes del Sol debían ser eunucos o hacer voto de perpetua castidad. Aún por debajo de estas clases de sacerdotes había sirvientes, quienes vivían en sus respectivas casas; solamente aquellos de estas clases que no estuviesen casados vivían en un barrio especial íntimamente ligado al templo.

El Sumo Sacerdote nombraba, al parecer, a los miembros del alto clero, los cuales, a su vez, nombraban a sus subalternos, todos los cuales se hallaban bajo la vigilancia de inspectores que nombraba el *Villca Humu,* los que, a su vez, estaban controlados por ciertos funcionarios del Estado.

Además de las diferentes clases de sacerdotes a que nos hemos referido, había

monjes, la mayor parte de los cuales eran eunucos *(corasca)* y cuya principal función era cuidar los conventos de las vírgenes del Sol.

Entre los ocho y diez años, las muchachas eran seleccionadas por un funcionario que visitaba de vez en cuando cada localidad. Las niñas más bellas eran seleccionadas para seguir una educación y un género de vida totalmente diferente al de las demás muchachas. Estas *acllacunas* o «mujeres escogidas» entraban entonces en una especie de conventos dirigidos por matronas expertas, que se localizaban en ciudades importantes y cabeceras de provincia. Había numerosas casas de este tipo a través de todo el imperio. En Caxas, durante la conquista se contaron hasta 500 muchachas repartidas en tres de estos conventos. Entre los diez y los doce años las niñas se ocupaban de preparar chicha para usos ceremoniales y para el Inca, e hilaban y tejían los vestidos del Inca y de la Coya. Dentro de estos conventos había una determinada jerarquía, de acuerdo probablemente con la clase social de la cual procediesen, de modo que había algunas que podían considerarse como sirvientas de las demás, mientras a la cabeza de la jerarquía femenina se hallaban las llamadas «Vírgenes del Sol».

En el momento de la pubertad, hacia los doce años, las muchachas eran interrogadas por el Sumo Sacerdote o algún alto dignatario de la Iglesia oficial, se les cortaba parte del cabello y se vestían de un modo especial, pasando entonces a una categoría superior, especie de noviciado que duraba tres años. Durante este periodo de tiempo recibían una instrucción de carácter civil: se les enseñaba a hilar, tejer, cocinar, preparar bebidas, etc., al mismo tiempo que recibían una enseñanza especial de carácter religioso: ordenaban los objetos sagrados, cuidaban del fuego en los santuarios, etc.

Las hijas de los nobles se educaban en esas mismas casas, en compañía de las mujeres escogidas, y al cabo del periodo de noviciado, unas y otras decidían o bien seguir la vida religiosa, consagrándose al Sol, o bien pasar a la vida civil, siendo entregadas por el Inca, como esposas principales, a la multitud de funcionarios a los que necesitaba recompensar por sus servicios distinguidos.

Dentro del grupo de las vírgenes, había las mujeres que nunca contraían matrimonio, las *yurac aclla,* las *vayru aclla,* o mujeres destinadas a ser esposas principales o concubinas de los nobles; las *paco aclla* que eran aquellas que el Inca destinaba como esposas de los *curacas* y las *yana aclla,* que servían como criadas a las primeras y que, finalmente, eran dadas como esposas a los hombres del pueblo.

e) Ceremonial y fiestas

Todo el ceremonialismo propio de la iglesia oficial de los incas se desarrolló en las grandes plazas frente a los templos, donde se congregaba la multitud con este fin. En el Cuzco tales ceremonias se realizaban en la gran plaza central. Estas ceremonias estaban relacionadas por lo general con las diferentes fases del trabajo agrícola y con los dioses directamente implicados en tales trabajos, por lo que tenían generalmente una periodicidad anual y, en consecuencia, su celebración estaba relacionada y determinada por el calendario mismo. En estas ocasiones se sacaban del templo principal o de otros de la ciudad, las momias de los soberanos y otras imágenes y objetos relacionados con el motivo principal de la celebración, que eran objeto de culto y veneración por parte de la multitud. Danzas, cánticos, oraciones y sacrificios y un gran consumo de chicha marcaban el carácter de estas ceremonias.

Por lo general, había una fiesta de este tipo cada mes o periodo lunar, en relación con las labores agrícolas correspondientes a ese periodo de tiempo. En diciembre, por ejemplo, se celebraba la fiesta de la pubertad de las muchachas nobles, en la que las pruebas atléticas y las luchas simbólicas formaban el núcleo principal de las ceremonias. Durante el mes de junio, en el que se adoraba especialmente al Sol, se celebraba también la fiesta del Fuego Nuevo, equivalente a la del mismo nombre y significado entre los mexica.

Las oraciones, recitadas individual o colectivamente, según las circunstancias o la intención, formaban parte importante del ritual, así como el ayuno y la abstinencia de determinados alimentos o de todos ellos, y de las relaciones sexuales, formaba parte de los sacrificios personales ofrecidos con ocasión de celebraciones importantes o para la consecución de determinadas peticiones personales elevadas a la divinidad.

Al igual que en el caso mesoamericano, la confesión formaba parte del ritual religioso. Los confesores eran designados especialmente por los sacerdotes de mayor jerarquía y cumplían su misión generalmente en el campo, junto a un arroyo a donde iban a parar todos los pecados humanos. Escuchada la confesión, el sacerdote golpeaba ligeramente con una piedra al pecador, haciéndole escupir en una bolsa que era arrojada después al río e imponiéndole una penitencia que, en algún caso, consistía en ir al desierto o a la montaña durante algún tiempo.

Los sacrificios que se realizaban con ocasión de las fiestas públicas, o cualquier otro tipo de ceremonia religiosa, podían ser muy variados: desde dejar de masticar la bola de coca que constantemente llevaban en sus bocas los indios de casi todas las regiones del imperio, hasta ofrecer alimentos, bebidas, plumas u otros objetos ricos y sacrificar llamas u otros animales e incluso seres humanos. El sacrificio de llamas era probablemente el más común. Todos los días se sacrificaba una llama en el templo, dedicada al culto solar: degollada primero, era consumida por el fuego después y el primer día de cada mes se sacrificaban hasta un centenar de llamas en los templos.

El sacrificio humano, costumbre muy extendida, al parecer, entre los pueblos preincaicos, fue generalmente sustituido por el de animales, especialmente llamas. En algunos casos especiales, sin embargo, se mantuvo la costumbre del sacrificio humano, como cuando el Inca se hallaba enfermo en peligro de muerte o en determinados ritos como el de *Wa Kon,* en Canta (Lima) en que se sacrificaban niños, o en el de *Huarochiri* en el que una doncella era despeñada por un acantilado como ofrenda a *Wallalo,* para procurar la fertilidad de los campos, aunque muchas veces el hombre destinado al sacrificio era sustituido en el último momento por una llama que llevaba su nombre.

f) Magia y adivinación

Dentro del complejo sacerdotal a que nos hemos referido antes, había un grupo de sacerdotes especialistas de particular importancia, los adivinos, encargados de predecir el futuro, a los que se consultaba frecuentemente, con fines muy variados. De igual modo, los procedimientos empleados por estos sacerdotes para hallar respuesta a las consultas que se les hacía eran muy diferentes. Para los problemas más graves utilizaban el procedimiento del fuego. Colocados dos braseros, uno junto al otro, se iban quemando diferentes materias, de modo que las llamas que aparecían en

uno u otro momento eran las voces de los espíritus invocados, cuyas respuestas tenían que ser interpretadas por el *yacarca* o adivino. Otro procedimiento de adivinación consistía en obtener las vísceras de una llama, especialmente sacrificada con este fin: si los pulmones respiraban todavía al sacarlos del cuerpo, el presagio era favorable. Contar un número intederminado de objetos —como piedras, frijoles, granos de maíz, etc.— para saber si eran pares o nones era otro procedimiento utilizado con fines adivinatorios. E igualmente se utilizaba con este fin la observación de los movimientos de animales encerrados, como culebras, arañas, etc.

La religión popular se llenaba además con toda una serie de prácticas de hechicería o brujería con el fin de procurar el mal o defenderse de él, o para propiciar determinados actos. Los brujos, hechiceros y encantadores tenían un gran predicamento entre la masa de población campesina. Tenían, al parecer, poderes sobrenaturales que les permitían transformarse en animales durante el sueño —como los *nahuales* mesoamericanos— o bien desprenderse de alguna parte de su cuerpo —especialmente la cabeza— que actuaba independientemente de ellos. Utilizando diferentes procedimientos procuraban la atracción amorosa de una persona esquiva o sabían, mediante el uso de plegarias o conjuros, causar el mal al enemigo o evitar el daño que otro hechicero hubiese podido hacer.

3.7. *Urbanismo y arquitectura*

Partiendo de la base establecida por Rowe (1963) para toda el área andina, en el sentido de considerar como las cuatro clases de asentamientos urbanos: el pueblo *sincoritico,* el pueblo *acoritico,* la ciudad *sincoritica* y la ciudad *acoritica,* además de los *centros ceremoniales,* consideraremos aquí exclusivamente lo relativo a las *ciudades,* durante el periodo incaico.

a) El Cuzco

El núcleo de la nación inca, y después de todo el imperio, fue la ciudad del Cuzco, cuyos orígenes legendarios se remontan a la emigración de Manco Capac y Mama Ocllo y los *ayllu* que descendieron de ellos. La primera fundación del Cuzco se ha querido datar hacia el año 1100 de nuestra era, pero la existencia de la ciudad imperial, tal y como la conocieron los españoles en el momento de la conquista, data de la época de Pachacuti, es decir, de mediados del siglo XV.

El Cuzco está situado en un valle cerrado por tres de sus lados por colinas que se elevan entre 3.300 y 3.400 metros sobre el nivel del mar. Desde sus origenes y, según hemos visto, por razones de parentesco más que por razones de carácter topográfico, se distinguen dos partes en la ciudad: *Hanan Cuzco* o alto Cuzco y *Hurin Cuzco* o Cuzco bajo. Al mismo tiempo existía una división cuatripartita de la ciudad, que correspondía a la división cosmogónica de las cuatro direcciones del mundo y a la división en cuatro partes o *suyus* del imperio.

En el centro de la ciudad se hallaban localizados los *ayllu* reales, compuestos, según hemos dicho, por los familiares y descendientes de cada uno de los incas, mientras en su torno y en los arrabales de la ciudad se iban situando los miembros más pobres de la primera comunidad, así como los miembros de otras comunidades que

por una u otra razón se incorporaban a la ciudad imperial, guardando siempre el orden de que los recién llegados iban a habitar en el sector correspondiente a la fracción del imperio de la cual procedían.

El trazado de la ciudad que conocieron los primeros conquistadores españoles era obra de los arquitectos profesionales que trabajaban a las órdenes de Pachacuti y sus sucesores, y tenía un carácter geométrico que correspondía al sentido matemático y numérico, ordenado y perfecto, que en tantos aspectos distingue a la civilización inca de todas las restantes de la América precolombina.

Las calles eran rectas y largas, aunque estrechas en general, y toda su ordenación se había hecho a partir de dos plazas principales, en una de las cuales, la llamada *Huaycapata* («Plaza de la Alegría»), se desarrollaban las más importantes ceremonias de carácter religioso o civil en las que intervenía generalmente el Inca. Estas calles tenían una o dos aceras, igualmente estrechas y por su centro corría un canal conductor de agua, que aseguraba la más estricta limpieza de la ciudad. Las casas que bordeaban las calles principales estaban construidas en piedra y tenían hasta dos pisos de elevación, mientras que las casas de los plebeyos eran más y más pobres conforme se iban alejando del centro de la ciudad.

En torno a la plaza principal y en todo el sector habitado por los *ayllu* reales se multiplicaban los palacios y edificios públicos, entre los que cabe citar los siguientes: *Yachawasi, Cassana, Coracora, Kiswarkancha, Kuyusmanco, Hatunkancha, Acllahuasi, Amarukancha,* etc., y no lejos el grandioso templo del Sol o *Coricancha.* Los muros de palacios y templos, enormente sobrios en su decoración, se destacaban por la perfección de la sillería tan ajustadamente ensamblada que ha podido resistir la tremenda vibración de los frecuentes terremotos.

Aunque es difícil de calcular, sobre lo que nos indican los cronistas, la población del Cuzco, en el momento de la conquista, debemos suponer que no sería inferior a los 150.000 ó 200.000 habitantes. Sus estrechas calles llenas de la abigarrada multitud de funcionarios, artesanos o campesinos con sus diferentes gorros que les identificaban con sus respectivas patrias de origen, los rebaños de llamas pasando junto a los templos, palacios y casas de mujeres escogidas, debían producir una impresión imborrable en los visitantes extraños, según se desprende de las admiradas descripciones que nos han dejado en sus escritos los primeros cronistas.

b) Caminos y comunicaciones

Todo el sistema de conquistas del imperio incaico, así como el complicado sistema económico-administrativo, estaba basado en la existencia de una amplia red de comunicaciones entre todas las partes del Tawantinsuyu. Al igual que los romanos, los incas se preocuparon de que esta red de comunicaciones abarcase el mayor número de lugares, de que las noticias y los transportes viajasen sin dificultad alguna y de que no hubiese ningún impedimento para el paso de los ejércitos de conquista o de represión desde el centro del imperio hasta los más apartados confines del mismo.

Según las recientes investigaciones de Hyslop (1983), la red total de caminos incaicos registrados hasta ahora alcanza un total de 23.139 kilómetros, pero teniendo en cuenta la insuficiente información para muchas zonas, esta red podría alcanzar en la realidad hasta los 40.000 kilómetros. Estos caminos, en función de que no debían

dar paso a vehículos pesados o carruajes, se construyeron sin tener en cuenta el peso del transporte, por lo que o bien no existen o son muy ligeros los cimientos de los mismos. Por esta misma razón, su trazado, en las regiones más escarpadas, adquiere la forma de verdaderas escalinatas, con lo que se abrevia el recorrido y, por consiguiente, el trabajo de construcción del camino en esos lugares.

En función de la diferente topografía del terreno, también varió la anchura de las carreteras y el sistema mismo de construcción. A lo largo de la carretera de la costa, en la que no había demasiados accidentes geográficos que salvar, ésta tenía una anchura casi constante de 7,30 metros, mientras que en la carretera real de los Andes, la anchura media era de 4,50 a 5,50 metros, y a veces se estrechaba hasta ser un verdadero sendero, bordeando los acantilados. En tanto que era posible, el camino incaico se trazaba de un modo rectilíneo. Esta posibilidad, que no era general en el altiplano o en los caminos laterales, se daba con frecuencia en la costa, donde hay tramos de hasta siete kilómetros y más, absolutamente rectos. En esta región, la carretera era más bien un trazado, aprovechando la solidez misma del terreno desértico o semidesértico, mientras en otros lugares se construía el suelo del camino, apisonando muchos tramos. En la región montañosa, los caminos estaban propiamente tallados en la roca.

De esta manera se construyeron decenas de miles de kilómetros de caminos que cruzaban toda la enorme extensión del imperio incaico. De norte a sur había dos importantes caminos que recorrían prácticamente toda la extensión del Tawantinsuyu. La carretera real o *Capac-ñan* iba a través de la cordillera, desde la frontera septentrional del imperio, en el río Ancasmayo y pasaba por Quito, Hatun Cañar o Ingapirca, Tomebamba (Cuenca), Cajamarca, Huánuco Pampa, Jauja, Vilcashuaman hasta llegar al Cuzco, rodeaba el lago Titicaca, internándose en Boliva hasta Paria y Cochabamba, llegando a la Argentina en la región de Salta, hasta Tilcara, la Paya y Pucará de Andagala, y se desviaba hacia Chile para terminar en el río Maule.

La carretera de la costa se iniciaba en Tumbez, atravesaba todos los valles-oasis, alcanzando Pachacamac, Inkawasi, Tambo Colorado, Nazca, Chala y Arequipa, internándose después en el territorio chileno. Entre ambas carreteras principales había una multitud de caminos transversales, de los cuales se ha comprobado la existencia de no menos de veinte que seguían los valles que descienden desde los Andes hasta la costa, pero de los que, sin duda, había muchos más.

Todos estos caminos estaban marcados mediante mojones o *topos* que representaban una distancia equivalente a una legua y media castellana. La delimitación de las carreteras consistía muchas veces en muros más o menos altos que marcaban las lindes del camino, pero en otras ocasiones se hacía necesario construir terraplenes y verdaderas calzadas, para salvar desniveles o pantanos, o tallar en la roca verdaderas escalinatas para salvar diferencias considerables de nivel, o incluso construir túneles para atravesar zonas montañosas de relieve muy accidentado o insalvable mediante otro sistema cualquiera.

Las mayores dificultades, sin embargo, se presentaban para cruzar los cursos fluviales. Los puentes fueron, en general, la solución dada para salvar estas dificultades. Algunas veces se empleó el arco falso o por aproximación de hiladas para construir puentes de poca longitud, pero la mayor parte de las veces se construyeron puentes colgantes sobre la base del uso de cinco gruesos cables de fibras vegetales empotrados en ambas orillas mediante gruesas vigas y obra de mapostería, que servían de puntos de apoyo. Tres cables servían de sostén al suelo del puente hecho a base de

troncos de árbol, mientras otros dos cables hacían las veces de pasamanos. En muchos de estos lugares había dos puentes: uno para uso exclusivo del Inca y otro para uso del ejército, *chasquis* y administradores o para el paso de las numerosas reatas de llamas que transportaban vituallas del ejército o los productos naturales o manufacturados de las diferentes regiones del imperio. El más famoso de estos puentes —que estuvo en uso hasta 1890— fue el de San Luis Rey, sobre el río Apurimac.

En otros lugares, donde el tránsito no era tan frecuente, había otro tipo de puente llamado *oroya,* que consistía en dos cables, a uno de los cuales estaba atada una cesta, en la cual podía pasar un hombre mediante el uso de otras cuerdas o cables adicionales. También se usaron puentes de pontones —como el del río Desaguadero—, a base de barcas o balsas hechas de totora como las que actualmente siguen usándose en el lago Titicaca. Alberto Regal (1972) ha recogido la mayor cantidad de información posible sobre puentes de la época incaica.

El transporte por tierra siempre se hizo a espaldas de hombres o a lomos de llamas. Los primeros, que podían transportar un peso relativamente mayor que las segundas, colocaban la carga envuelta en mantas, a la espalda y sujeta mediante cintas al pecho. Las llamas, utilizadas en grandes cantidades para transporte de mercancías del Estado o vituallas del ejército, no podían llevar más de 35 kilos de peso cada una. Los *curacas,* los jefes del ejército o el propio Inca eran transportados en literas por cuatro o más porteadores. Si bien estas literas servían generalmente para transportar a una sola persona, a veces servían para dos que quedaban enfrentadas: tal era el caso del transporte del Inca y la *Coya.*

Los caminos estaban bajo la vigilancia de inspectores que cuidaban de su conservación y hacían que los vecinos de los pueblos por los que pasaban se encargasen de la reparación de los mismos en un determinado trecho, así como que miembros de la comunidad hiciesen el servicio de *chasquis,* de que luego hablaremos. Los puentes también tenían sus guardianes, los cuales se ocupaban de la conservación de los mismos y de hacer guardar un orden en su utilización.

La transmisión de noticias alcanzó en esta época una perfección no igualada por ningún otro pueblo de la América precolombina. A distancias variables —los cronistas mencionan desde un cuarto de legua hasta una legua y media, probablemente en función de la dificultad del terreno—, entre dos y tres kilómetros por término medio, existía a ambos lados de la carretera dos casas o refugios —*chuclas*— en los que se hallaban preparados noche y día dos *chasquis.* Uno de ellos vigilaba el camino, mientras el otro descansaba. Al divisar la llegada de un *chasqui,* se preparaba el otro para recoger la noticia o el pequeño paquete que había que transportar. Durante un trecho corría al lado del *chasqui* que llegaba hasta que aprendía de memoria la noticia o la dirección del destinatario del paquete. El *chasqui* llevaba en secreto el mensaje aprendido hasta la *chucla* siguiente, donde lo transmitía a otro *chasqui* que hacía el trabajo equivalente, de modo que las noticias podían viajar a una velocidad muy considerable, con un promedio de diez kilómetros por hora. La distancia entre Quito y el Cuzco se salvaba así entre cinco o diez días, y solamente tres eran necesarios para salvar la distancia entre Cuzco y la costa.

Además de los sistemas de transporte por tierra mencionados, hay que añadir para la costa el empleo de pieles hinchadas, balsas de totora y balsas de madera. Especialmente estas últimas características de la región de Tumbez a Esmeraldas, eran de una gran capacidad para el transporte, no sólo como embarcaciones de cabotaje,

sino para navegar en alta mar quizás hacia lugares más o menos alejados del continente, como las islas Galápagos, o mucho más al oeste, hasta la Polinesia.

c) Tipología de los asentamientos

La arquitectura desarrollada por los incas a lo largo del siglo XV y el primer tercio del siglo XVI es uno de los aspectos de la cultura de este pueblo que lo sitúa en una posición privilegiada y relevante respecto de los demás del área andina, e incluso de todos los pueblos de la América precolombina. Sería imposible que en pocas líneas resumiésemos lo que en este momento se sabe acerca de los tipos de estructuras, y soluciones técnicas para multitud de problemas de carácter constructivo, tal como lo han estudiado F. Bouchard (1983) y A. Kendall (1976).

Sería igualmente imposible hacer una descripción minuciosa de las innumerables ciudades incas a lo largo del Tawantinsuyu. Mencionaremos únicamente algunas de ellas como Pisac, Kenko, Chinchero, Ollantaytambo, Raqchi, Machu-Picchu e Ingapirca.

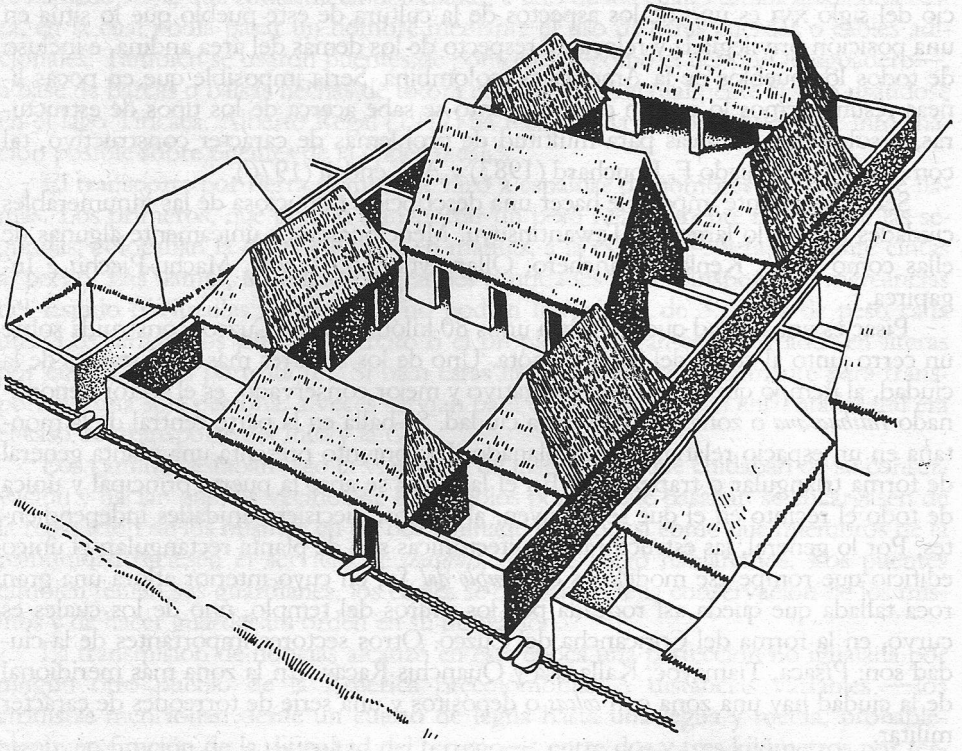
Pisac es una ciudad que se sitúa a unos 80 kilómetros de Cuzco, construida sobre un cerro junto al curso del río Vilcanota. Uno de los sectores más importantes de la ciudad, al tiempo que el más representativo y mejor conservado, es el sector denominado *Intihuatana* o zona religiosa de la ciudad. Se halla en la parte central de la montaña en un espacio relativamente aplanado. El conjunto presenta una planta general de forma triangular o trapezoidal. En el lado sur se abre la puerta principal y única de todo el recinto en el que se incluyen, al menos, diecisiete unidades independientes. Por lo general, las estructuras arquitectónicas son de planta rectangular; el único edificio que rompe ese modelo es el *Templo del Sol,* en cuyo interior aflora una gran roca tallada que queda así rodeada por los muros del templo, uno de los cuales es curvo, en la forma del Coricancha del Cuzco. Otros sectores importantes de la ciudad son: Pisaca, Tiamayoc, Kallacasa y Quanchis Racay. En la zona más meridional de la ciudad hay una zona con *colcas* o depósitos y una serie de torreones de carácter militar.

Hatun Kenco o Kenco chico es un conjunto de rocas talladas y construcciones incas no lejos de Cuzco, cuyos elementos más destacados son los canales tallados en la roca, los que en forma de zig-zag recorren tres o cuatro metros de longitud. Es importante la construcción subterránea a la que se accede por medio de dos puertas y, sobre todo, el llamado «anfiteatro», explanada de 630 metros cuadrados limitada por un muro curvado que da la impresión de una elipse de con grandes hornacinas. Hay, además, una fuente, y en el centro del anfiteatro, adosado al muro rocoso, un gran monolito sin tallar que se sitúa sobre un altar.

El yacimiento arqueológico de Chinchero está situado a 28 kilómetros de Cuzco en el camino a Yucay y a una altura de 3.720 metros sobre el nivel del mar y constituye una de las residencias de la *panaca* de Topa Inca Yupanqui, quien moriría allí en 1493. En términos generales, pueden señalarse tres sectores: 1) área de carácter civil; 2) área religiosa, y 3) área agrícola. Las dos primeras se desarrollan en torno a dos plazas que les sirven de eje o centro; la actual plaza del pueblo y una extensa plaza ceremonial: el *Capellan pampa.*

El sector civil de Chinchero incluye una serie de estructuras arquitectónicas que se sitúan sobre tres planos o plataformas escalonadas. En la primera plataforma se

sitúa el grupo de «los tres palacios» adornados interiormente con numerosas hornacinas. El conjunto religioso está constituido por una sola estructura de forma piramidal: el *Ushnu*, en el que destaca un «trono» con dos esculturas representando pumas. Más allá de los sectores indicados se encuentra la zona de «andenerías agrícolas», probablemente relacionadas con el cultivo de plantas de interés religioso, y un conjunto de rocas talladas entre las que destaca la llamada *Titicaca*.



Reconstrucción del recinto de doble concha en Ollanta y Tambo, según Gasparini y Margolies.

A 68 kilómetros de la ciudad de Cuzco se halla el asentamiento de Ollantaytambo, en cuyo perímetro hay que mencionar: Intihuatana, Pumamarca, Incamisana, Baño de la Ñusta, Pinculluna, Manyaraqui, Patacalli, etc. El *Intihuatana* se halla al norte de la ciudad y consta de un muro adornado con cuatro hornacinas en cuyas jambas se aprecian varias perforaciones o argollas, las que sirven para dar nombre al lugar: «amarradero del Inca» Pumamarca es un extenso cuadrilátero amurallado. Incamisana es un lugar al este de la fortaleza en el que abundan las rocas talladas que dan al lugar un carácter sagrado. El Baño de la Ñusta es un conjunto aislado, en el que, junto a una serie de muros muy finamente labrados, se aprecia un gran bloque de granito bellamente esculpido con motivos geométricos, a cuya parte superior va a parar un canal de agua que la vierte sobre una pequeña poza. Pinculluna es un sitio localizado a los pies del cerro con tres estructuras muy alargadas. La plaza de Manyaraqui se halla a los pies de la fortaleza y consiste en una enorme explanada de 68 × 60 metros en torno a la cual se alzan construcciones de grandes dimensiones y de arquitectura de estilos diferentes. Patacalli es un conjunto que se sitúa al norte de

la población y es una construcción rectangular de gran tamaño con dos patios en torno a los cuales hay numerosas habitaciones. Finalmente, el Templo Solar es, sin duda, la construcción más impresionante de todo el conjunto de Ollantaytambo. Sobre el fondo de una gran plaza de 17 × 25 metros se van levantando seis grandes monolitos de pórfido rojo de entre tres y cuatro metros de altura y casi dos metros de anchura cada uno, tallados de manera perfecta, conformando un muro casi absolutamente liso de extraordinaria belleza.

El asentamiento de *Raqchi* se halla a 118 kilómetros al sur de Cuzco. El conjunto, que cubre aproximadamente 80 hectáreas, estuvo rodeado por una muralla, de la que aún se conservan unos 3.500 metros. El edificio principal es el famoso Templo de Viracocha, de planta rectangular (92 metros de longitud × 25 de anchura). Este edificio presenta un muro a lo largo del eje central con diez puertas que comunican ambas salas y 22 columnas que servirían de soporte a las vigas de la techumbre. Junto al «templo» hay una serie de cinco *Kanchas* con edificios en tres de sus lados. Todos ellos están divididos en dos por un muro central. Hacia el sur de la zona de habitaciones hay un conjunto de *collcas* circulares de las que se conservan unas ochenta.

Machu-Pichu es una de las ciudades arqueológicas más conocidas de América del Sur. La topografía y el paisaje hacen impensable su situación: en el espinazo de una montaña, a 2.700 metros sobre el nivel del mar y a 400 metros por encima del curso del río Urumba. El yacimiento fue descubierto por Hiram Bingham en 1911.

Todo el conjunto urbanístico está dominado por un espacio amplio y alargado que funciona a manera de Gran Plaza ceremonial rodeada por elevaciones a ambos lados, de manera que la plaza viene a ser una especie de cubeta. El lado oriental de la plaza está cubierto por grupos de viviendas. En esta zona se desarrolla una unidad que se repite indefinidamente y que está compuesta por una entrada cubierta y un patio central en cuyo perímetro se construyeron cuatro o cinco habitaciones. Cada una de éstas se relacionaba con las demás mediante estrechas callejas, presentando el conjunto un carácter muy abigarrado.

La zona de la ciudad más elaborada y con construcciones más importantes desde el punto de vista arquitectónico es la que se desarrolla sobre el espolón que se levanta a occidente de la Plaza ceremonial. Entre los monumentos más importantes de este sector hay que mencionar los siguientes: la llamada Casa de la Ñusta, edificio de dos plantas adornado interiormente con numerosas hornacinas y realizado con el tipo de sillería más perfecto de cuantos ofrece la arquitectura inca; junto a ella una estrecha y perfecta escalera da acceso al Torreón militar, el cual se apoya sobre una enorme roca con un frente inclinado bajo el que se han hecho construcciones adicionales, para adaptarla a una cámara. El torreón presenta un frente curvado con ventanas, teniendo detrás de él un bello muro con numerosas hornacinas, todo ello construido en granito gris-blanco y dentro de un estilo perfecto en cuanto al ensamblaje de las piezas líticas. Otro importante conjunto es el llamado Templo de las Tres Ventanas, espacio abierto de 10,50 metros de longitud y 4,70 metros de anchura en uno de cuyos muros se aprecian tres ventanas abiertas al exterior, de forma trapezoidal y perfectísima talla. En el ángulo noroeste de la ciudad se halla el Templo principal, compuesto igualmente de tres enormes muros con grandes piezas monolíticas sobre ellas que cierran un espacio de 6,70 metros de anchura por 7,70 metros de longitud y en cuyo interior hay varios monolitos con aspecto de haber servido como mesas de altar. Más adelante, por último, se llega al *Intihuatana,* roca tallada caracte-

rística que se halla rodeada por una serie de muros, puertas, pasillos, etc., sobre una construcción que en parte se apoya sobre una roca natural.

Finalmente mencionaremos Ingapirca, la antigua *Hatun Cañar,* asentamiento inca en territorio Cañari y, por lo tanto, de época muy tardía. Los sectores principales del asentamiento son: El Castillo, el Intihuayco, el Ingachungana, Pilaloma y La Condamine. El grupo de El Castillo está constituido por un conjunto arquitectónico sobre plataformas en el que cabe distinguir un conjunto con cinco habitaciones o cámaras de las que se conserva en buen estado la más oriental; una segunda plataforma sirve de base para la estructura de El Castillo. Éste consiste en una gran elipse de unos 38 metros de longitud, 17 metros de anchura y 5 metros de altura, construida mediante un grueso y fuerte muro de contención de grandes sillares perfectamente tallados y ensamblados dentro del mejor estilo cuzqueño. Para ascender a la plataforma superior existe un juego de escaleras por la parte sur de monumento, las cuales se sitúan por fuera de la estructura y, tras de una puerta trapezoidal, también por su parte interior, en la plataforma superior hay un edificio cuadrado con dos cámaras, cuyas puertas se orientan hacia el este y el oeste, teniendo varias hornacinas en la parte interior de los muros. El monumento en conjunto tiene la apariencia de un *ushnu.*

El llamado grupo de La Condamine, que se extiende a los pies del Castillo está constituido por un edificio de planta rectangular con un pasillo central y habitaciones cuadradas o rectangulares a ambos lados. Hacia el sureste del conjunto de La Condamine se sitúa una colina denominada Pilaloma, donde se ha descubierto un complejo arquitectónico del mayor interés. Este conjunto, de planta semielíptica, presenta un patio central, en cuyo centro se descubrió un enterramiento colectivo, rodeado por seis habitaciones cuadradas o rectangulares.

3.8. *Arte, pensamiento y ciencia*

Gran parte de las dificultades que podemos encontrar en el estudio del pensamiento y de los conocimientos científicos de los incas se deriva del hecho de que no ha llegado hasta nosotros un sistema de escritura semejante a los creados en Mesoamérica, por lo que toda nuestra información deriva de las confusas ideas recogidas por los cronistas.

a) El calendario

El calendario inca era mucho más parecido al occidental que el de los pueblos mesoamericanos, ya que en su composición se incluían doce periodos o *quilla,* apoyados sobre los dos solsticios: de verano (21 de diciembre) y de invierno (21 de junio). Basándose en datos proporcionados por cronistas y el sistema de *ceques* y *huacas* del Cuzco, Zuidema ha podido reconstruir el calendario inca dándole un sentido mucho más coherente del que tenía.

De acuerdo con esta reconstrucción, parece que cada uno de los 365 días del año se hallaba materializado en una *huaca* determinada. Cada diez de estas *huacas* debían estar relacionadas con los *ceques,* que en este sentido venían a tener el valor de semanas. Cada grupo de tres *ceques* —Cayao, Payán y Coyana— constituían un mes o *quilla.* Según vimos, los *ceques* de tres regiones —Antisuyu, Collasuyu y Chinchasuyu—

eran nueve, y solamente para el Cuntisuyu había 15 *ceques*. Ello puede quedar explicado por el hecho de que acaso originalmente el número de *ceques* sería igual al de las otras regiones, ya que el número de *huacas* es sensiblemente el mismo. El calendario proporcionado por Guamán Poma es el siguiente:

Pucuy Sucanca (solsticio de verano: 21 de diciembre)

1. ENERO: *Capac raymi*
   Camay quilla
2. FEBRERO: Paucar uaray
   Hatun pucuy quilla
3. MARZO:
   Pachay pucuy quilla.
4. ABRIL: *Inca raymi*
   Camay quilla
5. MAYO: Hatun cusqui aymoray quilla
6. JUNIO: Huacay cusqui quilla

Chirao Sucanca (solsticio de invierno: 21 de junio)

7. JULIO: Chacra cunacuy quilla
8. AGOSTO: Chacra yapuy quilla
9. SEPTIEMBRE: *Coya raymi* quilla
10. OCTUBRE: Uma raymi quilla
11. NOVIEMBRE: Ayamarcay quilla
12. DICIEMBRE: *Capac Inti raymi* quilla

b) El sistema decimal

Así como las culturas mesoamericanas desarrollaron sistemas matemáticos de carácter vigesimal, los incas se basaron siempre en el sistema decimal: semanas, *quipus*, organización militar, etc. El aspecto más importante en lo que se refiere a la aplicación del sistema decimal fue la organización de la población en unidades de valor creciente: 10, 100, 1.000 ó 10.000 personas, incluyendo sus mitades: 50, 500 y 5.000. Cada una de estas agrupaciones estaría bajo el mando de un jefe de jerarquía ascendente. Sin embargo, la agrupación mayor o *huna* debemos tener en cuenta que tanto significa 10.000 como «incontable», lo que equivale a dar una gran imprecisión sobre estos datos. Según Wedin, tal sistema decimal, aplicado a la población civil, no es más que una extensión del sistema decimal de carácter militar aplicado por los incas exclusivamente con fines de organización aproximada del ejército, realizada por los informantes indígenas o los cronistas en época tardía dentro del periodo colonial, sin que, por lo tanto, tenga ningún valor efectivo en el sentido de que pueda servir para reconstruir una posible organización civil sobre esta base.

Queda, por lo tanto, sujeto a mera hipótesis, difícilmente demostrable, el saber si este mismo sistema decimal de carácter militar pudo ser o no aplicable a la organización de la población civil dentro del Estado o a determinados estamentos sociales, como el sacerdocio, etc.

c) Los *quipus*

El *quipu* es un conjunto de cuerdas o cordones unidos todos ellos en un punto o atados sucesivamente a otro cordón, sobre los cuales se pueden observar pequeños nudos de un solo color o de diversos colores, situados a determinadas distancias de la base o atadura. Tales nudos pueden ser interpretados en el sentido de poseer un valor numérico o no numérico, en este caso un sistema de carácter mnemotécnico para recordar historias, leyendas, poemas o cualquier otro género de composiciones literarias o de informaciones orales. Este doble carácter debieron poseer los *quipus*, a juzgar por el hecho de que ya Cieza de León distinguía los «quipus de cuenta» de los «quipus retóricos», si bien estos últimos no es posible interpretarlos en modo alguno sobre la base de los datos que poseemos en la actualidad, salvo como mera hipótesis. Es en este sentido como Nordenskiöld intepretó una serie de *quipus* encontrados en tumbas de la región costera.

Contador mayor con *quipu* y tablero de contabilidad.

La interpretación más segura dada hasta la hora con referencia a un buen número de estos *quipus* es la de carácter numérico. El sistema empleado sería de carácter decimal, utilizando un criterio de posiciones y representando el cero, mediante la ausencia de nudos. De esta manera, los grupos de nudos colocados más cerca de la atadura al cordón principal representaría los millares, el grupo siguiente las centenas, y

a continuación las decenas y unidades. Estos *quipus* debieron ser utilizados con fines estadísticos. El control de hombres de guerra, o de la población entera clasificada por sexo y edad, la cuenta de productos concentrados en los tambos, o de los ganados, tierras, etc., debieron ser hechos y representados mediante este sistema. La confección y la lectura de tales *quipus* estaba encomendada a personas especializadas llamadas *quipocamayocs,* los cuales no solamente conocían las reglas de carácter matemático, sino también el complejo sistema simbólico de los colores. Se dice que el amarillo representa el oro, el blanco la plata; el rojo era para los soldados, el verde para los muertos en batalla, el carmín para el Inca, el marrón para los *curacas,* etc.

La elaboración de las cuentas debió hacerse mediante el auxilio del ábaco, del que hallamos una representación en la obra de Guamán Poma de Ayala consistente en un tablero con cinco filas de cuatro casillas en las que se iban colocando piedrecillas o granos de maíz.

d) Pesos y medidas

En cuanto a medidas de longitud, los quechuas tenían la *rikra* o braza, distancia entre los dedos pulgares de ambos brazos cuando éstos se hallaban tendidos horizontalmente. La *sikya* era la media braza, equivalente a la vara castellana. El *cuchuch tupu,* equivalente al codo castellano, era la distancia desde el codo a la extremidad de la mano. Aún menores que esta medida eran el *capa* o palmo, y el *yuku* o jeme, equivalente a la distancia entre el pulgar y el índice cuando se hallan separados lo más posible.

Las medidas de capacidad más frecuentes eran la *pokcha,* que equivalía a media fanega o un celemín, es decir, 27,7 litros aproximadamente; el *runcu,* utilizado para medir coca o ají y que debía consistir en un gran cesto, ya que se conocen otras medidas fraccionadas, derivadas de la anterior, como *checta runcu* o media cesta, *cutmu* o un cuarto de canasta y *sillcu* o un octavo de canasta.

Por lo que se refiere a las medidas de superficie, se puede mencionar la *papacancha,* o quincha de papas, aunque también servía para medir superficies dedicadas a otros cultivos y que debía equivaler a una superficie de 20 × 20 varas. Más frecuente es el uso entre los cronistas del término *tupu,* si bien su equivalencia es muy dudosa o variable, habiendo quien dice que no era una medida exacta, sino la superficie de tierra con la que podía alimentarse una familia durante un año, con lo que variaba según la calidad de la tierra.

Las medidas entre los aymaras eran diferentes de las quechuas. Pueden mencionarse entre las más importantes el *aitthklli* o ancho de la mano con los dedos juntos; el *vicu* o jeme castellano; la *chia* o palmo. La medida de longitud más importante debió ser la *loca* o braza, fracción de carácter decimal, ya que la *ecca* era equivalente a diez brazas, mientras la *chuta* o *sayhua* equivalía a cien brazas. El *yapu,* finalmente, era como una legua y media española. El equivalente aymara del *tupu* quechua era la *camaña.*

e) Medicina

La ciencia médica entre los incas fue uno de los campos en que se alcanzó un más alto desarrollo, especialmente en lo que se refiere a la cirugía. Como las causas de la enfermedad eran atribuidas a agentes maléficos de carácter mágico, o a la mala voluntad de los dioses y otras fuerzas sobrenaturales, los procedimientos para combatir y controlar tales enfermedades eran igualmente de carácter mágico-religioso y los especialistas lo eran de la religión y la magia, lo que no impedía el uso de plantas de probado valor farmacológico.

Entre las enfermedades más comunes y específicas se conocía un cierto género de *verruga,* que se da con frecuencia entre los 1.000 y 3.000 metros de altitud y que puede llegar a producir hemorragias; la *uta,* especie de lepra que afecta al rostro, llegando a producir mutilaciones, y la *sífilis,* cuyo origen posiblemente sea peruano y de cuya existencia hay constancia arqueológica por las lesiones óseas encontradas en restos humanos.

La curación de estas y otras muchas enfermedades era procurada por medio de procedimientos mágicos, entre los que la expulsión de los espíritus por succión u otros métodos tenía una gran importancia, por medio de plegarias, sacrificios, ofrendas y cualquier otro género de recursos de carácter religioso y también por medio del uso de plantas y otros productos medicinales de valor curativo específico. La dieta, las purgas, los masajes y las sangrías eran utilizadas con frecuencia. También se usaba la coca para los vómitos, las úlceras y las diarreas; purgantes como la raíz de *huachanca* o el jugo de *quinaquina;* hojas de quina para la inflamación de los riñones, tabaco y agua caliente en ayunas para la retención de orina, arcilla comestible para calmar los dolores de gota, e incluso la orina, saliva, leche y aun excrementos humanos, para aliviar diversos males.

La cirugía estuvo altamente desarrollada y sus resultados son realmente asombrosos, si tenemos en cuenta la tosquedad de los instrumentos utilizados. Las amputaciones, excisiones, trepanaciones, injertos o trasplantes de huesos, etc., fueron operaciones quirúrgicas relativamente frecuentes.

f) Las artes

Al igual que otros pueblos conquistadores, los incas no fueron grandes creadores en el terreno de las artes plásticas. De ahí que, por ejemplo, su arquitectura deba ser considerada y admirada más por su solidez y por la perfección técnica que por la belleza de sus formas o de su decoración. Artes como la escultura monumental (o el relieve, o la pintura mural) fueron ignoradas sistemáticamente por los incas. Su cerámica fue extremadamente sencilla, tanto en sus formas, de las que se destaca por su originalidad el *aribalo,* y las formas aribaloides, como en su decoración, generalmente geométrica. Se distinguieron en el trabajo de la madera, con la elaboración de un tipo de vasija, el *kero,* de forma semicilíndrica, con decoración pintada, artesanía que iba a proseguir durante la Colonia, proporcionando muy bellos ejemplares.

En cuanto a la creación literaria, poco es lo que se puede decir de una auténtica literatura precolombina; la mayor cantidad de ejemplos procede de la tradición oral

postconquista. Jesús Lara ha señalado algunos género poéticos, entre los que cabe destacar: el *jailli,* el *arawi,* el *wawaki,* el *taki,* el *wayñu,* etc.

Por último, hay que mencionar algunas obras dramáticas, que, aunque con muchos agregados hispánicos, responden a estructuras sin duda precolombinas. La más famosa de las obras dramáticas quechuas llegadas a nosotros es, sin duda, el *Ollantay,* pero conocemos algunas más, entre las que se cuenta *La muerte de Atahualpa* y *Ushka Paucar.*

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

ALBO, X., «El futuro de los idiomas oprimidos en los Andes. Centro Pedagógico Portales», *Ier Congreso de Lenguas Nacionales,* Boletín núm. 4, Cochabamba, 1973.

BAUDIN, Luis, *El imperio socialista de los Incas,* Santiago de Chile, Zig-Zag, 1953.

— *La vie quotidienne au temps des derniers incas,* París, Hachette, 1955 (traducción española, Buenos Aires, 1977).

BOUCHARD, Jean François, *Contribution a l'étude de l'architecture inca,* París, Ed. de la Maison de Sciences Humaines, 1983.

BRAM, Joseph, *Análisis del militarismo incaico,* Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1977.

BRAVO, M.ª Concepción, *El tiempo de los incas,* Madrid, Alhambra, 1986.

BÜTTNER, Thomas Th., *Las lenguas de los Andes centrales,* Madrid, Eds. de Cultura Hispánica, 1983.

DENEVAN, William M. (ed.), *The Native Population of the Americas,* Madison, University of Wisconsin Press, 1976.

DOBYNS, Henry F., «Estimating aboriginal American population I: an appraisal of techniques with a new hemispheric estimate», *Current Anthropology,* vol. 7, págs. 395-416, Chicago, 1966.

DUVIOLS, Pierre, «La dinastía de los incas: ¿monarquía o diarquía? Argumentos heurísticos a favor de una tesis estructuralista», *Journal de la Société des Americanistes,* vol. 66, páginas 67-83, París, 1979.

FLORES OCHOA, Jorge A., «Causas que originaron la actual distribución espacial de las alpacas y llamas», *El hombre y su ambiente en los Andes Centrales,* Millones-Tomoeda eds., 1980, págs. 63-92, Kyoto, 1980.

— «Clasificación y nominación de camélidos sudamericanos», *La tecnología en el mundo andino* (Lechtman-Soldi), págs. 195-215, México, UNAM, 1981.

GASPARINI, Graziano y Luise MARGOLIES, *Arquitectura Inka,* Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1977.

HEMMING, John, *La conquista de los incas,* México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

HORKHEIMER, Hans, *Alimentación y obtención de alimentos en el Perú prehispánico,* Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1973.

HYSLOP, John, *The Inka Road System,* Nueva York, Academic Press, Inc., 1984.

IMBELLONI, José, *Pachakuti IX. El Incario Crítico,* Buenos Aires, Humanior D-2, 1946.

— «Nouveaux apports à la classification de l'homme américain», *Miscellanea Paul Rivet Octogenaria Dicata,* vol. I, págs. 107-136, México, 1958.

KARSTEN, Rafael, *La Civilisation de l'empire Inca,* París, Payot, 1976.

KENDALL, Ann, «Descripción e inventario de las formas arquitectónicas incas», *Revista del Museo Nacional,* vol. 42, págs. 13-96, Lima, 1976.

MASON, J. Alden, *Las antiguas culturas del Perú,* México, Fondo de Cultura Económica, 1961.

METRAUX, Alfred, *Les Incas,* París, Editions du Seuil, 1962.

MUÑOZ PUGLISEVICH, Germán, *Las segundas nupcias en el imperio de los incas,* Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1966.
MURRA, John V., «En torno a la estructura política de los inka», *Formaciones económicas y políticas del mundo andino,* págs. 23-43, Lima (1975), 1958.
— «Rebaños y pastores en la economía del Tawantinsuyu», *Formaciones...,* págs. 117-144, Lima (1975), 1964.
— «Nueva información sobre las poblaciones yana», *Formaciones...,* págs. 225-242, Lima (1975), 1964b.
— «El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas», *Formaciones...,* págs. 59-115, Lima (1975), 1972.
— *La organización económica del Estado inca,* México, Siglo XXI, 1978.
PEASE, Franklin, *El dios creador andino,* Lima, Mosca azul editores, 1973.
— *Los últimos incas del Cuzco,* Lima, 1977.
REGAL, Alberto, *Los puentes del Inca en el Antiguo Perú,* Lima, 1972.
ROSTWOROWSKI, María, *Pachacutec Inca Yupanqui,* Lima, 1953.
— *Pesos y medidas en el Perú pre-hispánico,* Lima, 1960a.
— «Succesion coöption to kinship and royal incest among the Inca», *Southwestern Journal of Anthropology,* vol. 10, núm. 4, Albuquerque, 1960b.
— «Mercaderes del Valle de Chincha en la época prehispánica», *Revista Española de Antropología Americana,* vol. 5, págs. 135-177, Madrid, 1970.
— «Una hipótesis sobre el surgimiento del Estado inca», *III Congreso Peruano: El Hombre y la Cultura andina,* vol. I, págs. 89-100, Lima, 1978.
— *Estructuras andinas del poder,* Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1983.
ROWE, John H., «Inca culture at the time of the Spanish conquest», *Handbook of South American Indians,* vol. 2, págs. 183-330, Washington, 1946.
— «Urban settlements in ancient Perú», *Ñawpa Pacha,* núm. 1, págs. 1-27, Berkeley, 1963.
SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás, *La población de América Latina,* Madrid, Alianza, 1973.
SCHAEDEL, Richard P., «Formation of the Inca State», *III Congreso Peruano: El hombre y la cultura andina,* vol. I, págs. 112-56, Lima, 1978.
SHERBONDY, Jeannette, «Les réseaux d'irrigation dans la géographie politique de Cuzco», *Journal de la Société des Américanistes,* vol. 66, págs. 45-66, París, 1979.
— *The canal systems of Hanan Cuzco,* Ph. D. Thesis University of Illinois Urbana (ms.), 1982.
VALCÁRCEL, Luis E., *Historia de la cultura antigua del Perú,* 2 vols., Lima, 1943-49.
WACHTEL, Nathan, «La reciprocidad y el estado inca: de Karl Polanyi a John V. Murra», *Sociedad e ideología,* págs. 59-78, Lima, 1973.
— *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española,* Madrid, Alianza, 1976.
WEDIN, Ake, *EL sistema decimal en el Imperio incaico,* Madrid, Instituto Iberoamericano de Gotenburgo, 1965.
ZUIDEMA, R. Tom, *The Ceque System in the Social Organization of Cuzco,* Leiden, 1962.
— «El calendario inca», *Actas y Memorias del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas,* vol. 2, págs. 23-28, Sevilla, 1966.

JOSÉ ALCINA FRANCH
y JOSEFINA PALOP

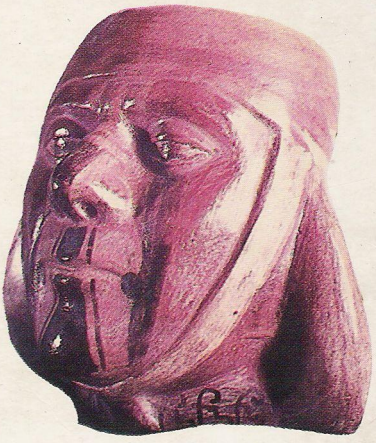
Manuel Lucena Salmoral
Catedrático de Historia de América, Universidad de Alcalá de Henares

Jordi Gussinyer
Profesor de Historia de América, Universidad de Barcelona

Emma Sánchez Montañés
Profesora titular de Historia de América, Universidad Complutense

Andrés Ciudad
Profesor titular de Historia de América, Universidad Complutense

José Alcina Franch
Catedrático de Arqueología Americana, Universidad Complutense

Josefina Palop
Profesora titular de Historia de América, Universidad Complutense

José Luis Rojas
Profesor del Centro de Estudios de la Tradición, Colegio de Michoacán (México)